FUNDADORAS DE LA SOCIOLOGÍA Y LA TEORÍA SOCIAL 1830-1930

Editado por

PATRICIA M. LENGERMANN
Y GILLIAN NIEBRUGGE

Presentación a cargo de
Teresa González de la Fe

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO SOCIAL

CIS
Centro de Investigaciones Sociológicas

Acceso Abierto

FUNDADORAS
DE LA SOCIOLOGÍA Y LA TEORÍA SOCIAL
1830-1930

FUNDADORAS DE LA SOCIOLOGÍA Y LA TEORÍA SOCIAL 1830-1930

Editado por
Patricia M. Lengermann y Gillian Niebrugge

Presentación a cargo de
Teresa González de la Fe

CIS
Centro de Investigaciones Sociológicas
Madrid, 2019

Consejo Editorial de la colección Clásicos del Pensamiento Social

Director:
José Félix Tezanos Tortajada, *Presidente del CIS*

Antonio Alaminos Chica – Inés Alberdi – Josetxo Beriain Razquin – M.ª Dolores Cáceres Zapatero – Esther del Campo García – Irene Delgado Sotillos – M.ª Ángeles Durán Heras – Manuel García Ferrando – Teresa González de la Fe – Julio Iglesias de Ussel – Emilio Lamo de Espinosa – Ramón Máiz Suárez – M.ª José Mateo Rivas – José Luis Moreno Pestaña – Benjamín Oltra y Martín de los Santos – Inmaculada Pastor Gosálbez – Alfonso Pérez-Agote – Ramón Ramos Torre – José Enrique Rodríguez Ibáñez – Carlota Solé y Puig – Eva Sotomayor Morales – Constanza Tobío Soler – Josep María Vallès Casadevall – Fernando Vallespín Oña

Secretaria:
María del Rosario H. Sánchez Morales, *Directora del Departamento de Publicaciones y Fomento de la Investigación del CIS*

Fundadoras de la sociología y la teoría social 1830-1930 / editado por Patricia M. Lengermann y Gillian Niebrugge; presentación a cargo de María Teresa González de la Fe; traducción de Verónica de Miguel Luken; revisión técnica de María Teresa González de la Fe. – Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2019.
(Clásicos del Pensamiento Social; 23)
1. Sociología - Historia 2. Mujeres sociólogas 3. Feminismo
316: 396
396: 316

Spanish Language Translation Copyright © 2019 Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS)
Título original: *The Women Founders. Sociology and Social Theory 1830-1930. A TextReader*

Copyright © 1998 by Patricia Madoo Lengermann y Gillian Niebrugge

The English language edition of this book is published by Waveland Press, Inc.
4180 IL Route 83, Suite 101, Long Grove, Illinois 60047, United States of America

All Rights Reserved.

Primera edición, febrero 2019
© Traducción: Verónica de Miguel Luken
© Presentación: María Teresa González de la Fe

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado
http://publicacionesoficiales.boe.es

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY
Impreso y hecho en España – *Printed and made in Spain*

NIPO: 045-19-004-5
ISBN: 978-84-7476-790-2
Depósito legal: M-4833-2019

Fotocomposición e impresión: INO Reproducciones
Pol. Malpica, calle E, 32-39 (INBISA II, nave 35) – 50016 Zaragoza

Esta publicación cumple los criterios medioambientales de contratación pública.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 1

AGRADECIMIENTOS 15

1. ***Presentes en la creación. Mujeres en la historia de la sociología y de la teoría social*** 17

Una presencia significativa: mujeres sociólogas, 1830-1930 21

Género y conocimiento: la política de la eliminación 32

Haciendo regresar a las mujeres 46

2. ***Harriet Martineau (1802-1876). Los inicios de una Ciencia de la Sociedad*** 51

Antecedentes biográficos 53

Teoría social general 62

La importancia de Martineau en la historia y la práctica actual de la sociología 77

De Harriet Martineau, *How to Observe Morals and Manners* 87

De Harriet Martineau, *Society in America* 99

De Harriet Martineau, «Domestic Service» 115

3. ***Jane Addams (1860-1935). Ética y sociedad*** 119

Antecedentes biográficos 121

Teoría social general 132

La relevancia de Addams en la historia y la práctica actual de la sociología 150

De Jane Addams, «The Settlement as a Factor in the Labor Movement» 159

De Jane Addams, *Democracy and Social Ethics* 167

De Jane Addams, «Problems of Municipal Administration» 174

De Jane Addams, *The Long Road of Woman's Memory* 177

4. ***Charlotte Perkins Gilman (1860-1935). Estructura social y género*** .. 187

Antecedentes biográficos 189

Teoría social general 200

La relevancia de Gilman en la historia y la práctica actual de la sociología 218

De Charlotte Perkins Gilman, *Women and Economics* 228

De Charlotte Perkins Gilman, *Human Work* 245

De Charlotte Perkins Gilman, *The Man-Made World, or Our Androcentric Culture* 254

5. ***Anna Julia Cooper (1858-1964) e Ida B. Wells-Barnett (1862-1931). La fundación de la sociología feminista negra*** 263

Antecedentes biográficos 265

Teoría social general 280

La relevancia de Cooper y Wells-Barnett en la historia y la práctica actual de la sociología 299

De Ida B. Wells-Barnett, *A Red Record* 307

De Anna Julia Cooper, *A Voice from the South* 320

6. ***Marianne Weber (1870-1954). Una sociología centrada en la mujer*** 337

Antecedentes biográficos 339

Teoría social general 349

La relevancia de Weber en la historia y la práctica actual de la sociología 367

De Marianne Weber, «Selections from Marianne Weber's *Reflections on Women and Women's Issues*». Traducido por Elizabeth Kirchen 372

7. *La Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago (1890-1920). La investigación como defensa* 399

Antecedentes biográficos 401

Teoría social general 420

La relevancia de la Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago en la historia y la práctica actual de la sociología 438

De Julia Lathrop, «The Cook County Charities» 444

De Annie Marion MacLean, «Two Weeks in Department Stores» 448

De Florence Kelley, «Aims and Principles of the Consumers' League» .. 453

De Frances Kellor, «Psychological and Environmental Study of Women Criminals» 456

De Florence Kelley, *Some Ethical Gains through Legislation* 460

De Grace Abbott, «The Chicago Employment Agency and the Inmigrant Worker» 463

De Marion Talbot, *The Education of Women* 467

De Sophonisba Breckinridge y Edith Abbott, «Housing Conditions in Chicago, III: Back of the Yards» 472

De Edith Abbott, «Are Women a Force for Good Government?» 477

8. *Beatrice Potter Webb (1858-1943). Sociología del positivismo crítico* 481

Antecedentes biográficos 483

Teoría social general 492

La relevancia de Webb en la historia y la práctica actual de la sociología 505

De Beatrice Potter Webb, «The Dock Life of East London» 510

De Beatrice Potter Webb, *The Co-operative Movement in Great Britain* 515

De Beatrice Potter Webb, «Introduction to "The Awakening of Women"» 523

EPÍLOGO – TEST DE SIGNIFICACIÓN 529

BIBLIOGRAFÍA 541

ORGANISMOS 567

ÍNDICE ANALÍTICO 573

PRESENTACIÓN

MUJERES, FEMINISMO Y SOCIOLOGÍA

Presentamos una historia feminista de la sociología porque su pregunta inicial es dónde están las mujeres en el inicio de la sociología, en los cien años que van de 1830 –«padres fundadores»– a 1930 –«clásicos y sistematizadores»–. Lo que recogen las historias de la sociología y de la teoría social, lo que se ha venido enseñando en todos los textos y cursos de introducción a la sociología desde 1940 en adelante es una galería de retratos de ilustres señores imaginando y formulando una ciencia de la sociedad, cada uno a su modo y con sus intenciones. Pero siempre hombres, brillantes y admirables sin duda, pero ¿dónde estaban las mujeres? ¿Estaban? ¿Cómo estaban? Y las mujeres estaban, por supuesto. Estaba Harriet Martineau en el inicio mismo, cuando Comte inventó la palabra sociología para definir la vieja aspiración de usar la razón y la ciencia para la mejora de la vida social, de la convivencia de gentes y países. Pero nadie nos lo había dicho.

Además, este libro es un clásico de la sociología contemporánea. En primer lugar, porque su primera edición en inglés data de 1998, hace ya veinte años. En segundo lugar, y más importante, porque las cuestiones que plantea, los temas que señala y denuncia, obligan a hacer un esfuerzo para repensar la historia de la sociología y de la teoría social que habíamos aprendido y que forma parte del sentido común y del acervo de conocimientos de la comunidad sociológica. Lengermann y Niebrugge-Brantley presentan una imagen alternativa de la «sociología heredada» en la medida en que presentan autoras que hacen sociología, tanto teoría como investigación empírica, que se reconocen a sí mismas como sociólogas y forman parte de las asociaciones so-

ciológicas, pero que, sin embargo, han sido expulsadas del canon sociológico, del conjunto de textos que han servido para socializar a quienes se introducen en los estudios de sociología y en la profesión sociológica.

En las páginas que siguen se reivindica la obra de un conjunto de mujeres que desde 1830 a 1930 hicieron sociología en el tiempo en que la sociología empezó a desarrollarse como una ciencia social distintiva, definiendo sus problemas de investigación, sus primeras teorías y las formas de dar soporte empírico a sus afirmaciones. Mujeres que aportaron conceptos, hipótesis y generalizaciones, así como métodos y técnicas de investigación que, de ser incluidos en el canon y enseñados a través de las generaciones, hubiera dado como resultado una sociología distinta que hace preguntas distintas a la realidad social y desarrolla instrumentos epistemológicos y metodológicos para responderlas.

Si no sabíamos nada de estas sociólogas y de sus aportaciones ha sido, dicen las autoras, como resultado de una exclusión por ser mujeres y por hacer una sociología comprometida con el cambio social. Por ello, este libro reivindica tres cuestiones: que las mujeres siempre se han implicado en hacer sociología; que han hecho contribuciones relevantes a la teoría social; y que sus contribuciones se han excluido de la historia de la sociología. El sostén de estas afirmaciones es una presentación cronológica, década a década, de las ideas de quince sociólogas que abarcan desde 1830 hasta 1930, con presencia destacada pero no exclusiva de sociólogas estadounidenses.

Entre las europeas encontramos a Harriet Martineau (capítulo 2), una británica que estaba creando la sociología al mismo tiempo que Comte; a Marianne Weber (capítulo 6) a quien conocíamos principalmente como biógrafa de su marido Max; y a Beatrice Potter Webb (capítulo 8), quizás la más conocida por sus estudios sobre el cooperativismo y el Estado del bienestar que ella contribuyó notablemente a crear. Entre las estadounidenses, mujeres relevantes como Jane Addams (capítulo3), creadora de ese experimento social que fue la *Hull House*; Charlotte Perkins Gilman (capítulo 4), destacada líder del movimiento sufragista y feminista; a las fundadoras de la sociología feminista negra Anna Julia Cooper e Ida B. Wells-Barnett (capítulo 5) y a ocho sociólogas de la Escuela de Chicago (capítulo 7): Julia Lathrop, Annie Marion McLean, Florence Kelley, Frances Kellor, Grace Abbott y su hermana Edith Abbott, Marion Talbot y Sophonisba Breckinridge.

En cada uno de los capítulos, Lengermann y Niebrugge-Brantley comienzan con un esbozo de los contextos sociohistóricos y biográficos, seguido por un análisis detallado de las teorías sociales y de las investigaciones realizadas, así como una evaluación de la relevancia de las aportaciones para la historia y para la práctica actual de la sociología y un análisis de sus contribuciones al feminismo. En cada capítulo se recoge una cuidada selección de los textos más relevantes de las autoras que permiten conocer directamente el pensamiento y el estilo de cada una de ellas. Como Lengermann y Niebrugge-Brantley señalan, estas quince mujeres han sido pioneras de una historia –la de la sociología– que incluye a muchas otras mujeres que aún esperan su reconocimiento en la formación y desarrollo del corpus de conocimiento sociológico.

Lengermann y Niebrugge-Brantley denuncian en el capítulo introductorio que estas quince sociólogas han sido eliminadas del canon sociológico como resultado de una doble política de exclusión: una política de género y una política de conocimiento. Como queda de manifiesto en los cuadros que acompañan el capítulo, las quince mujeres fueron contemporáneas de los fundadores y clásicos de la sociología, escribieron teoría social, hicieron investigaciones empíricas usando diversas metodologías, muchas dieron clases de sociología, estuvieron afiliadas a la recién creada *American Sociological Society* (que después se convirtió en la *American Sociological Association)* y escribieron en su órgano de expresión, el *American Journal of Sociology* (AJS), siendo reconocidas como sociólogas tanto por sus colegas masculinos como por el resto de la sociedad. Muchas de ellas, además, se conocían personalmente y conocían y citaban sus trabajos respectivos, salvo en los casos de Martineau, que fue de una generación anterior aunque algunas de sus obras sí fueron conocidas, y de Cooper, cuya trayectoria personal no estuvo centrada en Chicago.

No fueron invisibilizadas porque nunca fueron visibles. Fueron directamente excluidas como resultado de un proceso de empoderamiento masculino que definió tanto el tipo de ciencia que debía de ser la sociología –una ciencia libre de valores–, como quiénes debían figurar en el canon sociológico. Lengermann y Niebrugge-Brantley usan la figura de Addams como ilustrativa de este proceso de doble exclusión dada su proyección pública en su tiempo (fue reconocida como una de las figuras mas influyentes de su época) y su bien documentada relación con los sociólogos masculinos

de su época. Señalan cuatro momentos claves: la presencia de Addams en los círculos sociológicos dominantes (1894-1920), con abundantes artículos en la AJS, así como reseñas de sus libros en la misma revista, algunas por Herbert Mead o William James, señalando que entre 1914 y 1919 disminuye la presencia de Addams en las publicaciones sociológicas debido a sus posiciones pacifistas y contrarias a las entrada de los Estados Unidos en la I Guerra Mundial. Un segundo momento (1921 – 1928) señala la marginación de Addams en los textos masculinos de la sociología con escasas citas en textos influyente como los de Park y Burgess o de Sorokin. Un tercer momento (1937 – 1983) señala la eliminación de Addams de los registros textuales, empezando por *The Structure of Social Action* de Parsons (1937), pero también en los influyentes manuales de Timasheff y de Martindale, así como en los importantes textos de Coser, Nisbet, Gouldner o Ritzer. El cuarto momento, por último, señala la reemergencia tentativa del pensamiento de Addams en diversas obras desde 1965 en adelante.

La eliminación de las mujeres de la historia de la sociología se debe a su escasa autoridad en una cultura fundamentalmente masculina, donde no se las reconoce como iguales ni como parte del «nosotros» sociológico. La lucha por conseguir autoridad, el derecho a ser escuchadas y tenidas en cuenta, va a ser constante en la vida y la obra de estas mujeres que son amargamente conscientes de que su pertenencia al sexo femenino las excluye a priori del reconocimiento de su pensamiento. Pero, además, para Lengermann y Niebrugge-Brantley la marginación de las mujeres del canon sociológico se vio agravada por las consecuencias del debate sobre la misión de la sociología y el rol social de los sociólogos, que ellas definen como una política del conocimiento. Entre 1890 y 1947 se definió de forma consensuada que el rol del sociólogo era el de un intelectual «comprometido con el rigor científico, la neutralidad valorativa y la abstracción formal», lo que hizo perder legitimidad al trabajo científico de las mujeres fundadoras (y de muchos hombres) que practicaban una sociología crítica y activista comprometida con la mejora de las condiciones sociales. Este énfasis en la excelencia científica alejada de la práctica social fue resultado del creciente poder de la sociología realizada en las universidades y de la identificación de la sociología como una disciplina académica que posibilitó un nicho laboral, un estatus social y una autoridad profesional que sigue vigente hasta hoy.

Aunque las obras de las quince mujeres analizadas en este libro comparte muchos temas, empezando por la denuncia y la explicación de la situación de desigualdad y de opresión de las mujeres, quizás sea este compromiso moral con la reforma social lo que enlaza de forma inequívoca sus trayectorias vitales e intelectuales. Todas practican una sociología crítica y activista ligada al rigor teórico y metodológico. Si Harriet Martineau no hubiera sido tan activa y contundente en la lucha por la abolición de la esclavitud, no se le hubieran cerrado tantas puertas en los Estados Unidos para la realización de su gran obra *Society in America*, donde también defendía la igualdad entre los sexos y las razas y criticaba la acumulación de propiedad. Esta magna obra, publicada en 1836, es contemporánea de la *Democracia en América* (1835 y 1840) de Alexis de Tocqueville, a quien seguimos estudiando como un clásico de la sociología y la politología. Además, Martineau elabora este texto al mismo tiempo que el primer manual de metodología sociológica (*How to observe Morals and Manners*, 1838) donde aparecen temas y problemas que «nos suenan» a Durkheim: las instituciones, las costumbres, la moral, la conciencia colectiva, las patologías sociales. El compromiso práctico de Martineau queda expresamente formulado en su metodología cuando a los principios de imparcialidad y crítica, suma el de empatía: descubrir el significado que las acciones tienen para los actores. Adelantada en más de medio siglo a las *Reglas del método sociológico* de Durkheim, *How to observe Morals and Manners* no aparece en la historia ni en los manuales de la investigación sociológica.

El compromiso moral práctico de Jane Addams es el motor de su carrera como socióloga. Funda la *Hull House* en el barrio más deprimido de Chicago con la intención de «vivir entre los pobres», compromiso inicial que fue ampliándose en la medida en que ella y el resto de residentes de *Hull House* fueron tomando consciencia de los graves problemas de sus vecinos inmigrantes, de tal modo que empiezan a construir estructuras para la mejora social, lo que impulsó un primer trabajo de investigación empírica sobre el barrio que sigue siendo un modelo de investigación social aplicada (*Hull House Maps and Papers*). Los derechos de las mujeres figuraron entre sus principales preocupaciones, pero también la organización sindical del movimiento obrero, los problemas raciales, la integración de los inmigrantes o las luchas a favor de jornadas, condiciones de trabajo y salarios más justos. Su sociología no es teórica ni abstracta, sino que se basa en la narrativa de

los casos individuales que pueden ser típicos de una clase social o de situaciones típicas asociadas a las experiencias de marginación y desempoderamiento. La base filosófica de su sociología es el pragmatismo, filosofía que compartía con sus creadores –James, Dewey o Mead, todos ellos asiduos y colaboradores de la *Hull House*– y la idea de que el desarrollo de la inteligencia permitía a la especie humana el control de su propia evolución a través de la ética social.

Por su parte, el compromiso ético y político de Charlotte Perkins Gilman con el feminismo es el motor de su sociología. Gilman teoriza el género, aunque aún no dispone de ese concepto y lo denomina como la «excesiva distinción por sexo», y señala que es una construcción cultural que remarca las diferencias entre sexos e impide atender a las cualidades humanas compartidas. Este énfasis cultural en las distinciones de género está a la base de las relaciones entre género y trabajo, a las que llama la «relación sexo-económica», y de la cultura androcéntrica. Como socióloga, Gilman pone el acento en la estructura social como los entramados en los que tienen lugar las relaciones sociales de interdependencia que caracterizan las sociedades humanas, entre las que destaca el trabajo, la cultura y el género. La cultura aparece en la obra de Gilman como la fuente principal del sufrimiento humano (la patología social que se dispone a mejorar) debido a que es la fuente de pensamientos erróneos tanto en el ámbito del trabajo y la economía, como en la socialización o en las relaciones de género. Como señalan Lengermann y Niebrugge-Brantley, la relación sexo-económica es el núcleo de su obra más conocida –*Women and Economics* de 1898– en la que denuncia que es la fuente de la distorsión de la sociabilidad humana, la principal fuente de la desigualdad social y el resultado de la confusión en las relaciones de trabajo, en la distinción sexual biológica y el género como construcción social y cultural. Lo principal de la relación sexo-económica es la dependencia económica de las mujeres respecto de los hombres que desarrolla en las mujeres una personalidad subordinada. Su proyecto de reforma social parte de la eliminación de esta relación sexo-económica y el rediseño del hogar como espacio de desarrollo de todos sus miembros. Además de esta relación de dependencia económica, Gilman señala al patriarcado, la cultura androcéntrica como ella lo denominó, como otro lugar en que se pervierte la sociabilidad humana. La cultura an-

androcéntrica es una conciencia común en la sociedad que está moldeada por las experiencias y los intereses masculinos y es la fuente principal de los conceptos erróneos que están en el origen del sufrimiento humano.

En los casos de Anna Julia Cooper y de Ida B. Wells-Barnett, su condición de afroamericanas en una sociedad racista es la fuente de su compromiso práctico con el cambio social y el motor de sus teorías e investigaciones sociológicas. Aunque fueron coetáneas de muchas de las sociólogas analizadas en este libro, el contexto social en el que ambas crecieron y desarrollaron su pensamiento y sus teorías sociales apenas tiene que ver con el de las sociólogas blancas pertenecientes a clases sociales más o menos acomodadas que se comprometen con el cambio social impulsadas por principios éticos. Tanto Cooper como Wells-Barnett son descendientes de personas esclavizadas, por lo que la abolición de la esclavitud y la progresiva instauración de un nuevo orden social racista y segregacionista, forman parte de sus experiencias cotidianas y moldean decisivamente sus teorías sociológicas. Wells-Barnet comienza su carrera de escritora como periodista y el periodismo la conduce al análisis social sobre las relaciones entre género, raza, clase social y localización geopolítica que es el núcleo de su sociología. La denuncia de los linchamientos salvajes de afroamericanos frecuentes en los estados del Sur y de las leyes racistas no escritas pero vigentes, fue uno de sus caballos de batalla que la proyectó a nivel internacional e hizo de ella una líder y una conferenciante muy demandada dentro y fuera de los Estados Unidos. Cooper comienza desde los ámbitos de la educación y la religión y sufre también las consecuencias de ser una mujer negra, lo que la convierte en activista, conferenciante y escritora destacando la posición estratégica de las mujeres negras para el análisis de las relaciones sociales marcadas por el racismo y el sexismo. Ambas usan su posición de testigos para denunciar la dominación blanca y la incapacidad de los Estados Unidos para cumplir sus propias leyes y principios basados en la libertad, la igualdad y la justicia, siendo hipócritas tanto en las acciones cotidianas como en las políticas públicas, en un enfoque que Lengermann y Niebrugge-Brantley denominan «empírico crítico y forense».

Marianne Weber tiene en el feminismo, en la actividad política a favor de la mejora de la situación social y política de las mujeres, la fuente de su compromiso ético y político y de sus principales obras sociológicas. Su privile-

giada posición social como esposa de Max Weber, su contacto directo con Simmel, Tönnies y otros colegas contemporáneos, así como el conocimiento de sus obras, la llevan a centrarse en lo que está oculto en el discurso universalista de la sociología de su tiempo, que simplemente generaliza la situación y los puntos de vista masculinos sin atender a la otra mitad de la especie humana. Weber discute la teoría de la cultura femenina de Simmel, especialmente la idea de éste de la incapacidad de las mujeres para la creación de cultura objetiva y su confinamiento a la creación de cultura subjetiva, afirmando no sólo la capacidad femenina para la cultura objetiva y la subjetiva sino, además, su papel fundamental en un terreno intermedio entre ambas que ella denomina la formación de la vida cotidiana inmediata, sin la cual no es posible la vida productiva de los hombres y el funcionamiento de la sociedad. Igualmente interesante es la profundización que hace Weber sobre la ética protestante estudiada por su esposo, especialmente en las sectas puritanas, cuando señala que la libertad de conciencia fue la cuna de los derechos de la mujer y la base para la resistencia a las autoridades externas, entre ellas la del marido. Weber no sólo elabora una sociología del género al estudiar las diversas condiciones sociales de las mujeres con una gran atención a las diferencias entre ellas, sino hace también una sociología feminista en el sentido de que sus estudios van dirigidos expresamente a la mejora política de la situación social y política de las mujeres: la dependencia económica, la ausencia de derechos políticos o su exclusión de diversas áreas profesionales e institucionales consideradas exclusivas de los varones.

Las ocho mujeres que componen la Escuela de Sociología de Mujeres de Chicago y que son tratadas en este libro como una unidad teórica y metodológica, usan la investigación y la teoría como instrumentos para la denuncia de las situaciones de injusticia y desigualdad presentes en Chicago en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, y como palancas para la reforma social a través del cambio legislativo y de las presiones políticas para la construcción de un incipiente Estado del bienestar. Son una escuela teórica y metodológica, pero sobre todo son integrantes de un conjunto de redes sociales de acción política en múltiples frentes: mujeres, infancia (especialmente activas en contra del trabajo infantil), discriminación racial, inmigración, condiciones laborales de trabajadores y trabajadoras. Redes de activistas y reformadoras que usan la sociología para con-

seguir cambios sociales que alivien los sufrimientos originados por la estructura social impuesta por el desarrollo del capitalismo salvaje característico de la industrialización de los Estados Unidos, de la que Chicago fue un lugar estratégico de investigación (Merton, 1987). El compromiso ético de estas mujeres con el alivio de las condiciones de vida que la sociedad imponía a los grupos sociales más desfavorecidos y excluidos está presente tanto en la elección de los problemas de investigación, como en la metodología científica y las técnicas de investigación usadas para la descripción, el análisis y la explicación, para el desarrollo teórico. Ellas combinan la elaboración y explotación de datos estadísticos con diversas técnicas cualitativas, son pioneras en el uso de la observación participante como herramienta de investigación, tratan de los problemas que son habituales en la Escuela de Chicago, pero nunca las hemos estudiado ni en los manuales de metodología y técnicas de investigación sociológica ni en las historias de la Escuela de Chicago de Sociología.

Por último, el compromiso ético de Beatrice Potter Webb, cofundadora de la *London School of Economics* a cuya casa paterna acudía Spencer a cenar con frecuencia, es lo que la convierte en una «trabajadora mental» (como ella se define). Es la única socióloga de las presentes en este libro que está en el canon sociológico y es conocida y estudiada en sociología del trabajo. Como a tantos autores, la «cuestión social» –la miseria en medio de la opulencia– generó en Webb un dilema moral y un impulso para usar sus talentos para contribuir a su solución. El compromiso con la reforma social mediante políticas públicas, que tuvo como resultado el Estado del bienestar británico, está detrás de los numerosos trabajos de investigación de Webb y orientó el desarrollo de su carrera académica y política. No se declara feminista, e incluso se declara antisufragista, pero vivió la segregación sexual de las oportunidades de educación y desarrollo profesional ofrecidas en su tiempo a las mujeres de su privilegiada clase social. Es su compromiso ético con la mejora de las condiciones de vida de las clases trabajadoras lo que transforma la concepción individualista de la sociedad, que Webb mantenía como discípula de Spencer, en una concepción colectivista, según la cual las estructuras sociales son las que moldean las vidas y las acciones individuales, que guía sus investigaciones empíricas y sus principales aportaciones a la sociología.

Hay otro elemento común en la obra de estas sociólogas fundadoras que tiene que ver con su estilo como escritoras y que radica en la afirmación y expresión personal, en el sentido de que sus teorías y sus investigaciones no se expresan en nombre de un sujeto universal no sexuado y anónimo. Por el contrario, sus condiciones sociales como mujeres de una clase social, una época, una raza y un lugar aparecen en sus escritos dando contexto a sus teorías e investigaciones. En muchas de las autoras estudiadas en este libro y en los escritos que recopilan Lengermann y Niebrugge-Brantley, la vivencia personal de los fenómenos sociales analizados forma parte de su estrategia teórica y da fuerza a sus argumentaciones, sumándose a la descripción y la explicación de los hechos investigados empíricamente, sean éstos las condiciones de vida de las trabajadoras de los grandes almacenes, las condiciones de trabajo de hombres, mujeres y niños en los talleres textiles, la vida en los suburbios marginados, el choque cultural de las personas inmigrantes, el racismo detrás de los linchamientos en el sur de los Estados Unidos y un largo etcétera que emerge con fuerza en los textos seleccionados. En ellos no habla «la naturaleza» por sí misma (en este caso la naturaleza de la sociedad) y no se oculta la persona, como es lo habitual en el discurso y la retórica de las ciencias naturales y sociales donde los hechos «hablan por sí mismos» y quien escribe –sin sexo, sin clase social, sin lugar en el mundo y en la época– simplemente se asoma a la ventana de la naturaleza (Rorty, 1979) y relata lo que ve. Quizás con la excepción de algunos escritos de Webb, en estos textos oímos siempre a mujeres comprometidas con su tiempo e indignadas con las condiciones de la vida creadas por las estructuras económicas y sociales de las sociedades en que viven. El papel del sujeto, sea hombre o mujer, en la creación del social del conocimiento tanto científico como ordinario es un tema clásico en la sociología del conocimiento, tratado por Max Weber y por Karl Mannheim entre otros, y sigue siendo un tema a debate en la metodología de la ciencia social.

En este libro, sus protagonistas tienen claro que han de dejar explícito quién habla, para qué y para quiénes, lo que enlaza con otra característica común de nuestras sociólogas fundadoras: su afán de divulgación y de hacer asequibles al público educado los mensajes de sus teorías e investigaciones. No recurren a la abstracción y la universalización del discurso especializado y asequible únicamente a los iniciados. Por el contrario, en los escritos recogidos en este libro late el afán de llegar al gran público, de sensibilizar y mo-

vilizar las conciencias y de sumar personas a la lucha por la mejora de las situaciones que denuncian, describen y explican, con abundancia de datos tanto cuantitativos como cualitativos obtenidos mediante rigurosos procesos de investigación. Son fundadoras de la sociología como ciencia social y también son fundadoras de lo que en tiempos recientes se ha reivindicado como Sociología Pública (Burawoy, 2005; Fernández Esquinas, 2006).

Para finalizar esta breve presentación, quiero justificar por qué he calificado esta obra como una historia feminista de la sociología y no como una obra de teoría sociológica feminista. El feminismo es un movimiento político cuyo objetivo es mejorar la situación de las mujeres en todos los ámbitos de la vida. Para ello, ha echado mano de ideologías diversas –liberal, socialista, comunista– y ha elaborado sus propios principios para la lucha política. El feminismo es práctico y es político, quiere cambiar la situación de las mujeres en la vida social, por lo que las esferas y ámbitos que acaparan su atención son tan amplios y variados como la propia vida social, pues en cualquier esfera de la vida social encontramos mujeres y hombres y encontramos que mujeres y hombres están, pero no en las mismas condiciones ni situaciones, tanto en la vida familiar, económica y laboral, como en la política o en la cultura. Hoy, en la segunda década del siglo XXI, el feminismo es un movimiento mundial que moviliza mujeres (y hombres) en todos los continentes, países y culturas. En cada sitio y cada tiempo lucha (desde la legalidad o desde la clandestinidad) por dar voz a las mujeres y mejorar sus condiciones de existencia, pues las existencias femeninas por regla general se desarrollan en situaciones de desigualdad y desventaja con respecto a las de los hombres. Las teorías feministas han tratado de denunciar y explicar estas situaciones usando para ello diversas herramientas teóricas (ya existentes o creadas expresamente) que dan soporte a los programas políticos de las organizaciones de mujeres. Estas herramientas teóricas abarcan distintas disciplinas académicas: historia, economía, sociología, politología, antropología, crítica literaria, psicología, biología, neurociencia, genética. En el caso de la sociología, el feminismo se ha apoyado en teorías muy diversas que componen el ámbito multiparadigmático característico de nuestra disciplina (funcionalismo, marxismo, fenomenología, constructivismo) y las han usado para responder a las preguntas básicas del feminismo: ¿Dónde están las mujeres? Si están, ¿cómo están? Y si no están, ¿por qué no están? Algunas de las autoras estudiadas en este libro han hecho teoría e investigación sociológica para res-

ponder a las preguntas del feminismo y para dar soporte a sus luchas por la mejora de la situación de las mujeres. Fueron feministas y sociólogas. Otras fueron sociólogas interesadas en problemas sociales y políticos que iban más allá de las mujeres, aunque las incluían: clases trabajadoras, pobreza y marginación, inmigración, racismo, cultura, educación, etc. Lengermann y Niebrugge-Brantley analizan en cada caso sus aportaciones a la sociología (en la teoría y en la investigación) tanto respecto a la sociología de su tiempo como a la sociología actual, pero también evalúan sus aportaciones a la teoría feminista en sus diversas etapas históricas desde el feminismo de la primera ola centrado en el sufragismo hasta el actual feminismo que incluye personas homosexuales y transexuales, como sujetos de derechos negados o no reconocidos.

No en todos los casos de las quince sociólogas estudiadas en esta obra encontramos teoría sociológica feminista. Pero Lengermann y Niebrugge-Brantley realizan en este libro pionero una excelente historia feminista de la sociología, ampliamente conocida y citada en inglés, pero no disponible en español. Aunque han pasado veinte años desde su publicación original, como sucede con los auténticos clásicos sus contenidos siguen siendo vigentes, relevantes y actuales. Porque las mujeres siguen estando casi ausentes y poco reconocidas en el canon sociológico y porque los temas que las fundadoras y clásicas de la sociología recogidas en esta obra tratan en sus teorías y sus investigaciones siguen siendo problemas requeridos de investigación y de teorización. El capitalismo globalizado digital, del mismo modo que el capitalismo industrial de hace un siglo, sigue generando graves patologías sociales. El sexismo, el racismo, la xenofobia, el totalitarismo, la pobreza, la ignorancia, las denigrantes condiciones de trabajo, en suma, todas las formas de sufrimiento humano generadas por las condiciones de la sociedad siguen estando presentes y hacen que las aportaciones de las mujeres aquí estudiadas sean instrumentos útiles para «el alivio de la condición humana», que es, desde Bacon, el objetivo principal de la ciencia.

TERESA GONZÁLEZ DE LA FE
Catedrática de Sociología
Universidad de La Laguna

REFERENCIAS

Burawoy, M. (2005). «For Public Sociology». *American Sociological Review*, 70: 4-28.

Fernández Esquinas, M. (2006). «El resurgimiento de la "sociología pública"». *Revista Española de Sociología*, 6: 7-33.

Merton, R. (1987). «Three fragments from a sociologist's notebook: establishing the phenomenon, specified ignorance, and strategic research materials». *Annual Review of Sociology*, 13: 1-28.

Rorty, R. (1979). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Editorial Cátedra, 1989.

AGRADECIMIENTOS

En una ocasión, Agatha Christie remarcó en una entrevista que «cuando hay dos personas escribiendo un mismo libro, cada una cree que se lleva todos los problemas y solo la mitad de los beneficios». Nosotras, en cambio, hemos compartido los problemas en este libro en cada paso del camino. Tampoco el libro es producto únicamente de nuestro trabajo conjunto; estamos en deuda con un gran número de personas. Como se hará evidente, estamos en deuda intelectualmente con Mary Jo Deegan, que más que ninguna otra persona ha mantenido vivo el conocimiento de las contribuciones de las mujeres a la sociología y sin cuyos estudios este libro no habría sido posible; con Dorothy E. Smith, cuyas teorías alimentan estas páginas y cuyo trabajo establece un referente de excelencia; con George Ritzer, cuya visión de la sociología como ciencia multiparadigmática traza el camino para trabajos como este. Elizabeth Kirchen nos proporcionó las admirables traducciones de Marianne Weber que mejoran este volumen, además de su propia energía intelectual apasionada y su apoyo burlón (nos dejaba mensajes en nuestro contestador telefónico a horas intempestivas del día y de la noche: «Imaginad el peor lío en el que os hayáis metido; ahora elevadlo al cuadrado»). La inteligencia y la generosidad con la que nuestros revisores respondieron a este manuscrito, nos animaron y lo mejoraron. Nos brindaron horas de su tiempo y nos ofrecieron buenas ideas sobre el contenido y el estilo, y estamos enormemente agradecidas a Abby Ferber, Kate Hausbeck, Susan Hoecker-Drysdale, Terry Kandal, E. Doyle McCarthy, Eleanor Miller, Mary Rogers, y dos revisores anónimos de los capítulos 5 y 7. Nuestros editores fueron Jill Gordon, cuyo apoyo inmediato a la idea de este libro nos dio esta oportunidad, y Kathy Blake, que su-

pervisó su desarrollo y nuestro progreso con tacto, gracia, visión y un humor galante. Susan Trentacosti supervisó la producción con eficiencia e inalterables dosis de calma. Louise Rossmann, bibliotecaria para las consultas en la Wells College, nos apoyó enormemente en nuestra investigación, y nos ayudó a conseguir muchos textos originales a través de los préstamos interbibliotecarios; Mary Pryor, archivera en la Rockford College, que dedicó su tiempo a localizar un documento clave para nuestra comprensión de Jane Addams; el personal de la Biblioteca Dana Porter y de su Colección de Libros Raros de la Universidad de Waterloo, en Ontario; y Suzy Taraba, bibliotecaria de los Servicios Públicos de la Universidad de Chicago. Estamos en deuda con los estudiantes y colegas de la Universidad George Washington, la Northern Virginia Community College, y el Wells College, donde desarrollamos los conocimientos que enmarcan los descubrimientos presentados aquí. Dan Niebrugge y Barbara Lantz nos dieron buenos consejos en momentos críticos. Finalmente, nos gustaría expresar nuestro agradecimiento a Bentley's (el Bar al que hay que ir) y la York Street Kitchen de Stratford, Ontario, donde se gestó gran parte de este manuscrito, y a la comunidad de Stratford, que mantiene el bonito entramado de parques donde caminábamos y hablábamos sobre el libro en proceso.

1. Presentes en la creación. Mujeres en la historia de la sociología y de la teoría social

Sociología es la conciencia, desarrollada sistemáticamente, de la sociedad y de las relaciones sociales.
Dorothy E. Smith

Este es un libro sobre teoría sociológica y sobre la historia de la sociología. Reivindica tres cuestiones: que las mujeres siempre se han implicado significativamente en hacer sociología; que las mujeres siempre han realizado contribuciones distintivas y relevantes a la teoría social; y que las contribuciones de las mujeres a la sociología y a la teoría social se han excluido del registro de la historia de la sociología. Nuestra primera reivindicación se debe al esfuerzo de las feministas por reconstruir la contribución de las mujeres a la historia de las ciencias sociales (Broschart, 1991a, b; Collins, 1990; Costin, 1983; Deegan, 1988, 1991; Fish, 1981, 1985; Fitzpatrick, 1990; Hill, 1989; Hoecker-Drysdale, 1994; Keith 1991; Lemert, 1995; Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1996; MacDonald, 1994; Reinharz, 1992, 1993; Rosenberg, 1982; Terry, 1983). Nuestra segunda reivindicación justifica el enfoque particular de este libro: la explicación de las teorías sociales de las mujeres fundadoras de la sociología. Nuestra tercera reivindicación se refiere al tema de este capítulo, que explora cómo la exclusión de las obras de las mujeres fundadoras se produjo como parte de una política de género y una política del conocimiento dentro de la disciplina.

Nuestro análisis se centra en las vidas y las teorías sociales de quince mujeres que estuvieron presentes y activas en la creación de la sociología: Harriet Martineau (1802-1876), Jane Addams (1860-1935), Charlotte Perkins Gilman (1860-1935), Anna Julia Cooper (1858-1964), Ida B. Wells-Barnett (1862-1931), Marianne Weber (1870-1954), Beatrice Potter Webb (1858-1943), y el grupo que denominamos como la «Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago» –Edith Abbott (1876-1957), Grace Abbott (1878-1939), Sophonisba Breckinridge (1866-1948), Florence Kelley (1859-

1932), Frances Kellor (1873-1952), Julia Lathrop (1858-1932), Annie Marion MacLean (ca. 1870-1934), y Marion Talbot (1858-1947)–. Estas mujeres, todas participantes significativas en el desarrollo de la sociología, han emergido en nuestro estudio como las pioneras de una historia que incluye a muchas otras mujeres[1].

Una de las maneras en que una disciplina o una profesión socializa a sus nuevos miembros es contándoles su historia como un recuento de los textos, descubrimientos, pensadores e ideas reconocidos: el «canon» de la disciplina. La historia que los sociólogos se cuentan a sí mismos importa porque reafirma en los narradores y su audiencia su sentido de identidad: quiénes son los sociólogos, qué hacen los sociólogos, qué aspectos de la vida social estudian los sociólogos (Halbwachs, 1992). De alguna manera, países diferentes producen historias diferentes de la sociología occidental (Donald Levine, 1995). Al desarrollar la tesis de este capítulo y de este libro, nos centramos primordialmente en la manera en que la sociología americana ha construido su historia de la disciplina, un enfoque que refleja nuestra propia localización en la tradición americana. Pero consideramos que todas las tradiciones nacionales han excluido a las mujeres de sus textos y que esta exclusión distorsiona y reduce la comprensión de la sociología y de lo que hace. Al recobrar la presencia de la mujer en la creación de la sociología y de la teoría social, redescubrimos el papel que la sociología una vez jugó en dar forma a diversas sociedades occidentales, las direcciones que ha seguido, los caminos que podría haber escogido.

Normalmente se cuenta la historia de la sociología como la historia de sus teóricos y de sus teorías. Se trata de una elección. Se podría contar como la historia de los trabajos empíricos más relevantes (véanse, por ejemplo, Bulmer, Bales y Sklar, 1991; Kent, 1981; Madge, 1963; Platt, 1996; Reinharz, 1992) o del desarrollo de campos especializados como la criminología o el comportamiento colectivo. Pero hay razones de peso para escoger el estudio de la sociología como la historia de sus teorías, siempre que recordemos

[1] Entre esas otras mujeres están Helen Campbell, Janie Porter Barrett, Mary McLeod Bethune, Katharine Bement Davis, Ellen Irene Diggs, Frances R. Donovan, Ethel Sturgess Dummer, Isabel Eaton, Lucille Eaves, Emma Goldman, Amy Hewes, Leta Stetter Hollingworth, Susan Kingsbury, Alexandra Kollontai, Alice Masaryk, Florence Nightingale, Elsie Clews Parsons, Gertrud Simmel, Anna Garlin Spencer, Jessie Taft, Mary Church Terrell, Mary van Kleeck y Lillian Wald.

que realizamos una elección. Una «teoría» –la palabra procede del verbo griego «ver»– se puede entender como una lente que dirige la vista hacia una realidad dada, de manera que esta se centra en algunos de sus rasgos mientras filtra otros. Si no tuviésemos una teoría que guiara nuestra atención, se nos presentarían todas las cosas con la misma importancia, «una realidad estridente y alborotada» en palabras de William James. Una teoría social dirige sistemáticamente nuestra atención hacia ciertos aspectos de las relaciones sociales humanas; las teorías sociales se pueden distinguir entre ellas según los aspectos que enfatizan.

La historia de las teorías sociológicas se explica convencionalmente como una historia de capacidad de acción y de hombres blancos: el acopio de las contribuciones teóricas de una generación de hombres «fundadores», Auguste Comte, Herbert Spencer y Karl Marx, que escribieron a mediados del siglo XIX, y que se extendió a una segunda generación «clásica» de hombres, Emile Durkheim, Max Weber, Georg Simmel, George Herbert Mead y Robert E. Park, que escribieron entre 1890 y 1930. Esta historia se presenta como un relato de la trayectoria natural en que ocurrieron los hechos, una crónica que va más allá del poder de sus narradores para cambiarla. Nosotras, al contrario, retratamos esta historia como una construcción social que surge de las posiciones de poder en la disciplina y que, como todas las historias, refleja un conflicto continuo entre los valores y las prácticas exclusivistas e inclusivas (Becker, 1971; Lemert, 1995; D. Smith, 1987). En este capítulo demostramos primero el hecho de que las mujeres tuvieron una presencia significativa en la creación de la sociología. Después exploramos cómo llegaron a ser excluidas de los textos de la historia de la sociología. Concluimos con una exploración de las razones de su reintroducción contemporánea en el canon de la sociología.

UNA PRESENCIA SIGNIFICATIVA: MUJERES SOCIÓLOGAS, 1830-1930

La afirmación de que se ha «suprimido» a un grupo de la historia es diferente de la afirmación de que se ha «invisibilizado» a un grupo. La «invisibilidad» sugiere no ser visto, es decir, que nunca se ha reconocido la presencia como significativa; un concepto aplicado por muchos afroamericanos con respecto a su experiencia de marginación (p. ej., Collins, 1990; Cooper, 1892;

DuBois, 1903; Ellison, 1952; Lorde, 1984; Rollins, 1985). «Ser suprimido de los textos» sugiere que la presencia ha sido percibida alguna vez por la comunidad y luego ha sido borrada de sus registros. Por varias razones, el caso de las quince mujeres sociólogas que se tratan en este volumen constituye un ejemplo de eliminación más que de invisibilidad. En primer lugar, casi todas estas mujeres fueron figuras públicas reconocidas durante sus vidas, más grandes que la bisoña disciplina de la sociología que ayudaron a crear; como el trabajo de Marx, Max Weber o Durkheim, su trabajo tiene relevancia para todas las ciencias sociales. En segundo lugar, crearon teoría social e hicieron sociología en las mismas épocas y lugares que los hombres fundadores (véanse las tablas 1.1 y 1.2). En tercer lugar, sus contemporáneos, los sociólogos hombres incluidos, las reconocieron ampliamente como analistas sociales relevantes. En cuarto lugar, todas actuaron como miembros de una comunidad sociológica, cumpliendo al menos uno de los siguientes criterios: trabajaron contratadas como sociólogas, miembros de una asociación sociológica nacional, con publicaciones con una preocupación explícita por los principios sociológicos, se autoidentificaron como sociólogas y tuvieron el reconocimiento como sociólogas de sus contemporáneos (Käsler, 1981; Deegan, 1991). Presentamos algunas pruebas de estas afirmaciones en las breves descripciones que siguen de estas mujeres; y desarrollamos estas evidencias con más detalle en los capítulos siguientes.

Martineau –cuya obra *Illustrations of Political Economy* (1832-1834) superó en ventas al propio Charles Dickens (Hoecker-Drysdale, 1992)– fue una preeminente mujer británica de letras hasta su muerte, y escribió sobre análisis social, periodismo, historia, novela, historias para niños y libros de viaje. Identificada durante mucho tiempo en la historia de la sociología por su traducción y compendio de Comte de 1853, en 1834 ya escribía ella misma sobre sociología, redactando lo que se convertiría en la primera obra importante sobre métodos, *How to Observe Morals and Manners* (1838b) y probando su metodología en su clásico estudio *Society in America* (1836). Addams fue fundadora del famoso centro social Hull-House de Chicago, portavoz fundamental para la reforma progresista a favor de los inmigrantes, sindicatos, mujeres, niños, clase trabajadora y afroamericanos; y fue constantemente nombrada en las encuestas de opinión pública como una de las personas más admiradas en EE. UU. (Davis, 1973; Daniel Levine, 1971). En la Hull-House, administró una gran institución de investiga-

Tabla 1.1. Líneas de vida de las mujeres y de los hombres fundadores de la sociología

1790	1800	1810	1820	1830	1840	1850	1860	1870	1880	1890	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960
Auguste Comte 1798-1857																	
Harriet Martineau 1802-1876																	
Karl Marx 1818-1883																	
Herbert Spencer 1820-1903																	
Anna Julia Cooper 1858-1964																	
Emile Durkheim 1858-1917																	
Julia Lathrop 1858-1932																	
Georg Simmel 1858-1918																	
Marion Talbot 1858-1947																	
Beatrice Potter Webb 1858-1943																	
Florence Kelley 1859-1932																	
Jane Addams 1860-1935																	
Charlotte Perkins Gilman 1860-1935																	
Ida B. Wells-Barnett 1862-1931																	
George Herbert Mead 1863-1931																	
W. I. Thomas 1863-1947																	
Robert E. Park 1864-1944																	
Max Weber 1864-1920																	
Sophonisba Breckinridge 1866-1948																	
Annie Marrion MacLean ca. 1870-1934																	
Marianne Weber 1870-1954																	
Frances Kellor 1873-1952																	
Edith Abbott 1876-1957																	
Grace Abbott 1878-1939																	

Tabla 1.2. Coordenadas. Trabajos clave de las mujeres fundadoras, trabajos clave de los hombres fundadores y acontecimientos clave en la historia

Fechas	Canon masculino	Trabajos representativos de las mujeres fundadoras	Marcadores históricos
Prólogo			Revolución americana, 1776-83 Revolución francesa, 1789-99 Wollstonecraft, *The Vindication f the Rights of Women*, 1790 Guerras napoleónicas, 1799-1815
Década de 1830-1839	Comte, volumen I de *The Positive Philosophy*, 1830 Comte usa el término «sociología» en clase, 1839	Martineau, «Essays on the Art of Thinking», 1832 Flora Tristan, *Peregrinations of a Pariah*, 1833-1834 Martineau, *Society in America*, 1836 Martineau, *How to Observe Morals and Manners*, 1838 Martineau escribe una carta en 1837 sobre la edición de una nueva revista de «sociología»	Abolición de la esclavitud en el imperio británico Actividad abolicionista en Estados Unidos Victoria es coronada, 1837
Década de 1840-1849	Comte, seis volúmenes completos de *The Positive Philosophy*, 1842 Marx, *The German Ideology*, 1846 Marx y Engels, *The Communist Manifesto*, 1848	Tristan, *The London Journal of Flora Tristan*, o *The Aristocracy and Working Class of England*, 1840 Martineau, *Eastern Life: Past and Present*, 1848 Martineau, *Household Education*, 1849	Revoluciones liberales de la clase media en Europa contra la monarquía y la aristocracia, 1848 Convención de los Derechos de las Mujeres Seneca Falls, 1848

Tabla 1.2. continuación

Fechas	Canon masculino	Trabajos representativos de las mujeres fundadoras	Marcadores históricos
Década de 1850-1859	Spencer, *Social Statics*, 1850 Marx, *The Eighteenth Brumaire*, 1852	Martineau traduce *Positive Philosophy*, de Comte, 1853 Martineau, «Female Industry» en *Edinburgh Review*, 1859 Florence Nightingale escribe informes a los gobernadores sobre sus clínicas, 1853-54	Guerra de Crimea, 1856 Darwin, *The Origin of the Species*, 1859
Década de 1860-1869	Spencer, *First Principles*, 1862 Spencer, *Reasons for Dissenting from M. Comte*, 1864 Marx, *Capital*, 1867	Nightingale, *Notes on Hospitals*, 1863 Martineau, «Modern Domestic Industry», *Edinburgh Review*, 1862 Martineau trabaja como periodista para evitar que Gran Bretaña se una a la Guerra Civil Estadounidense de parte de los confederados	Guerra Civil Estadounidense, 1861-65 Liberación de los siervos en Rusia Proclamación de Emancipación, Estados Unidos, 1863 John Stuart y Harriet Taylor Mill, *On the Subjection of Women*, 1869
Década de 1870-1879	Spencer, *Principles of Sociology*, 1976-96	Nightingale, *Introductory Notes on Lying-In Institutions*, 1871 Publicación póstuma de *Autobiography*, de Martineau, 1876	Unificación de Alemania con Bismarck, 1871 Fin de la Reconstrucción, inicio de la segregación, leyes de Jim Crow, ley del linchamiento en los Estados Unidos
Década de 1880-1889	Engels, *The Origins of the Family*, 1884 Tönnies, *Gemeinschaft und Gesellschaft*, 1887	Kelley, «On Some Changes in the Legal Status of the Child since Blackstone», *The International Review*, 1882 Cooper presenta «Womanhood a Vital Element in the Regeneration and Progress of a Race» en la convención de clérigos negros de la Iglesia Protestante Episcopal, en Washington, DC, 1886 (se convierte en el primer ensayo de *A Voice from the South*)	Casos sobre Derechos Civiles en los Estados Unidos hacen posible que los individuos, de forma privada (o las corporaciones), discriminen en función de la raza, 1883 Masacre de Haymarket, signo de la agitación obrera en los Estados Unidos, 1886 Formación de la *American Federation of Labor*, 1886

Tabla 1.2. (continuación)

Fechas	Canon masculino	Trabajos representativos de las mujeres fundadoras	Marcadores históricos
		Kelley, «The Need for Theoretical Preparation for Philanthropic Work» en *On the Need and Opportunity for College-Trained Women in Philanthropic Work*, 1887 Kelley, traducción de *The Condition of the Working Class in England in 1844*, 1887 Webb, «The Dock Life of East London», en *Nineteenth Century*, 1887 Webb, «East London Labour», *Nineteenth Century*, 1888 Webb, «Pages from a Working-Girl's Diary», *Nineteenth Century*, 1888	Hull-House, centro social de Chicago, fundado por Addams y Ellen Gates Starr, 1889 Continúa la campaña por el sufragio de las mujeres Comienza la Era Progresista de reforma de los Estados Unidos a finales de la década de 1880
Década de 1890-1899	Durkheim, *The Division of Labor in Society*, 1893 Durkheim, *The Rules of Sociological Method*, 1895 Durkheim, *Suicide*, 1897	Webb, *The Co-operative Movement in Great Britain*, 1891 Cooper, *A Voice from the South*, 1892 Wells-Barnett, *Southern Horrors*, 1892 Addams, «The Objective Value of a Social Settlement» y «The Subjective Necessity for Social Settlements» en *Philanthropy and Social Progress*, 1893 Wells-Barnett, *A Red Record*, 1895 *Hull-House Maps and Papers. A Presentation of Nationalities and Wages in a Congested District of Chicago with Comments and Essays on Problems Growing out of Social Problems*, por las residentes de la Hull-House (incluye ensayos de Addams, Kelley y Lathrop; proyecto organizado por Kelley) Gilman, *Women and Economics*, 1898 MacLean, «Two Weeks in a Department Store», *AJS*, 1899 (estudio pionero con observación participante)	Continúa la campaña por el sufragio de las mujeres Bismarck es reemplazado como canciller de Alemania, 1890 Fundación de la Universidad de Chicago, 1891 Exposición Colombina en Chicago para conmemorar el 4º centenario del viaje de Colón; los afroamericanos protestan por su exclusión; 1892 Fundación del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, 1893 Huelga Pullman, 1894 Fundación de la *American Journal of Sociology*, 1895 *Plessy v Ferguson* defiende la doctrina segregacionista «separados pero iguales», 1896 Guerra Hispano-americana, 1898

Tabla 1.2. (continuación

Fechas	Canon masculino	Trabajos representativos de las mujeres fundadoras	Marcadores históricos
Década de 1900-1909	Cooley, *Human Nature and the Social Order*, 1902 Max Weber, «Methodology of the Social Sciences», 1903-17 (originariamente serie de ensayos en revistas) Simmel, «The Metropolis and Mental Life», 1903 Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, 1904 Sumner, *Folkways*, 1906 Simmel, *The Philosophy of Money*, 1907 Simmel, *Conflict and the Web of Group Affiliations*, 1908 Simmel, *Soziologie*, 1908 Cooley, *Social Organization*, 1909	Kelley, «Principles of the Consumers' League», *AJS*, 1899 Gilman, *On Children*, 1900 Marianne Weber, *Fichte's Sozialismus und Sein Verhältnis zur Marx'schen Doktrin*, 1900 Addams, *Democracy and Social Ethics*, 1902 Gilman, *Human Work*, 1904 Kellor, *Out of Work*, 1904 Kelley, *Some Ethical Gains through Legislation*, 1905 Addams, *Newer Ideals of Peace* 1907 Weber, *Matrimonio, Maternidad y Legislación*, 1907	McKinley reelegido; asesinado; Theodore Roosevelt convertido en presidente, promete *trato justo* en el control de las fusiones corporativas Congreso Panafricano, Londres, 1900; Cooper y W. DuBois entre los delegados de EE. UU. Establecimiento del *International Lady Garment Workers Union*, 1900 Muckraking empieza hacia 1902 Ida B. Tarbell empieza publicando *History of the Standard Oil Trust*, 1903 Muere la Reina Victoria en 1903; la sucede Eduardo VII *The Jungle*, de Upton Sinclair, conduce a las *Pure Food and Drug and Meat Inspection Acts*, 1906 Continúa la campaña por el sufragio de las mujeres
Década de 1910-1919	Durkheim, *The Elementary Forms of Religious Life*, 1912 Pareto, *General Treatise*, 1915 Max Weber, *The Religion of China* y *The Religion of India*, 1916 Mead enseña en la Universidad de Chicago Thomas y Znaniecki, *The Polish Peasant*, 1918	Addams, *Twenty years at Hull-House*, 1910 Edith Abbott, *Women in Industry*, 1910 Talbot, *The Education of Women*, 1910 Gilman, *The Man-Made World, or Our Androcentric Culture*, 1911 Addams, *The Long Road of Women's Memory*, 1916	Fundación de la NAACP, 1910 Se establece la *Federal Children's Bureau*; Lathrop, de la Hull-House, se convierte en su primera directora, 1912 Convención del Partido Progresista; Addams secunda la nominación de Teddy Roosevelt, 1912 Continúa la campaña por el sufragio de las mujeres Comienza la Primera Guerra Mundial en Europa, 1914

Tabla 1.2. (continuación)

Fechas	Canon masculino	Trabajos representativos de las mujeres fundadoras	Marcadores históricos
		Weber, *Reflections on Women and Women's Issues*, 1919 (colección de ensayos escritos de cerca de 20 años)	Revolución Comunista en Rusia, 1917 Estados Unidos entra en la Primera Guerra Mundial, 1917 Líderes militares alemanes dejan que la república alemana recientemente formada se rinda formalmente y acabe la Primera Guerra Mundial, 1918 Las mujeres alemanas consiguen el voto en la nueva República de Alemania, 1918 El Tratado de Versalles finaliza la guerra, castiga a Alemania, promete la Liga de las Naciones, 1919
Década de 1920-1929	Max Weber publica la primera parte de *Economy and Sociey*, 1920 Park y Burgess, *Introduction to the Science of Sociology*, 1921 Publicación póstuma de *Economy and Society*, de Max Weber, 1921	Gilman, *His Religion and Hers*, 1923 Weber edita y publica los ensayos de Max Weber para completar *Economy and Society*, 1921 Breckinridge, «The Home Responsibilities of Women Workers and the "Equal Wage"», *Journal of Political Economy*, 1923 Cooper, *Slavery and the French Revolutionists*, 1925 Weber, *Max Weber: A Life*, 1926 Webb, *My Apprenticeship*, 1926	La Décimonovena Enmienda garantiza el derecho al voto de las mujeres en Estados Unidos, 1920 Era de la Edad del Jazz, crónica de F. Scott Fitzgerald en Estados Unidos Mussolini logra el poder en Italia, 1922 Primer gobierno laborista en Gran Bretaña, 1924 Comienza la Gran Depresión Mundial, 1929

La Tabla 1.2 proporciona (1) trabajos clave que generalmente se consideran parte del canon de textos establecido por los sociólogos masculinos, (2) trabajos representativos de las mujeres fundadoras, algunos de los cuales podrían encontrar su hueco en un canon ampliado, y (3) marcadores históricos que indican bien acontecimientos útiles para situar a las personas en el contexto pasado, bien inquietudes de particular importancia para las mujeres teóricas.

ción, e hizo uso de su experiencia allí para formular su teoría social en ocho grandes libros y aproximadamente 200 artículos. Ella misma se identificó como socióloga; enseñó Sociología; fue miembro de la *American Sociological Society* (ASS) –nombre que recibió, hasta 1959, la *American Sociological Association* (ASA)–; publicó en la *American Journal of Sociology* (AJS); y estableció una importante relación con Mead, Park, W. I. Thomas, Albion Small, y Erness Burgess (Deegan, 1988). Gilman fue ampliamente considerada como la líder intelectual feminista de la época. Su *Women and Economics* (1898) había pasado por nueve ediciones antes de 1920, se tradujo a siete idiomas, y fue la biblia de numerosas organizaciones de mujeres estudiantes universitarias (Ceplair, 1991). Además de su clásica novela feminista *The Yellow Wallpaper* (1892) y alrededor de 2.000 obras periodísticas, poemas y prosa, escribió seis trabajos relevantes sobre teoría social formal, que incluían *Women and Economics*, *Human Work* (1904) y *The Man-Made World* (1911). También publicó en la *AJS*, fue miembro de la ASS y mantuvo relaciones intelectuales con Lester Ward y E. A. Ross.

Wells-Barnett encabezó campañas nacionales e internacionales antilinchamiento, escribió relevantes análisis sobre el linchamiento –*Southern Horrors* (1892) y *A Red Record* (1895)– y llevó la batalla a Gran Bretaña, donde a menudo se dirigió a multitudes de miles de personas. Fue una activista de los derechos civiles de los afroamericanos, y ayudó a fundar la *National Association for the Advancement of Colored People* (NAACP). El principal libro de Cooper, *A Voice from the South* (1892), recibió críticas excepcionales de publicaciones similares de blancos y de negros, posicionándola como una intelectual prominente representante de las mujeres afroamericanas; fue una de las dos mujeres que organizaron el primer Congreso Panafricano en Londres en 1900. Cooper y Wells-Barnett elaboraron una genuina teoría del conflicto no-marxista en la que expusieron el marco sociológico de su argumentación, pero el racismo americano hizo que cualquier relación entre ellas y los profesionales blancos de la sociología fuese tentativa, a pesar de que ambas conocieron y trabajaron con el sociólogo de color W. E. B. DuBois. Marianne Weber vivió en el centro de los círculos sociológicos alemanes y debatió las ideas de Simmel y de su marido Max en sus propios escritos. Fue una figura líder en el movimiento feminista alemán, la primera mujer elegida en el parlamento alemán, y autora de nueve libros sobre análisis social y sociología, que incluyeron un trabajo monumental sobre la posición de las mujeres

en la legislación, *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung* (*Matrimonio, maternidad y legislación*) (1907), y su colección de ensayos *Frauenfragen und Frauengedanken* (*Reflexiones sobre las mujeres y las cuestiones de las mujeres*) (1919). Aseguró la posición de Max dentro de la sociología tras su muerte al editar y publicar diez volúmenes de su trabajo y escribir una importante biografía interpretativa del autor.

Spencer tutorizó a Webb, que se autoidentificó como socióloga, enseñó Sociología, trabajó como investigadora social en el mayor estudio empírico de su época (el *Life and Labour of the People of London*, de Charles Booth), y realizó sus propias investigaciones independientes, que la llevaron al clásico de reforma socialista *The Co-operative Movement in Great Britain* (1891). Junto a su marido Sidney, investigó y escribió como coautora once voluminosos trabajos sobre sociología empírica que constituyeron el anteproyecto para el Estado del bienestar británico. Todas las mujeres miembros de la Escuela de Sociología de Mujeres de Chicago (desde ahora, referida como Escuela de Mujeres de Chicago o Mujeres de Chicago) escribieron prolíficamente como analistas sociales y todas publicaron en la *AJS*. Muchas fueron figuras públicas relevantes: Kelley lideró la *National Consumers' League* (1899-1932); Lathrop (1912-20) y después Grace Abbott (1920-34) fueron directoras del *Children's Bureau*, el puesto más alto liderado por una mujer en el gobierno federal de aquella época; Edith Abbott y Breckinridge fundaron la *School of Social Service Administration*, de la Universidad de Chicago (1922); Talbot fue decana de las mujeres en la Universidad de Chicago (1893-1925); Kellor fue fundadora y miembro del comité ejecutivo de la *American Arbitration League* (1926-53); Kelley conoció a Friedrich Engels, mantuvo correspondencia con él hasta su muerte y realizó la primera traducción al inglés de *The Condition of the Working Class in England in 1844*; MacLean estudió con Small, Mead y Charles Henderson; Kellor también estudió con Henderson; en *Introduction to the Science of Sociology*, Park y Burgess citan a Edith Abbott, Grace Abbott y Breckinridge; Talbot fue editora asociada en la *AJS* desde que Small la fundara hasta su jubilación en 1925.

Estas mujeres se conocieron personalmente o conocieron el trabajo de las demás. Gilman, Webb, Weber y Wells-Barnett visitaron la Hull-House, que fue, por supuesto, el lugar de trabajo de Addams y de la mayoría de las Mujeres de Chicago. Casi todas ellas leyeron *Women and Economics*, de Gilman –Webb, Weber, Addams, Kelley, Lathrop y Talbot–. Addams pu-

bló al menos en dos ocasiones con Wells-Barnett sobre el linchamiento, una de las publicaciones apareció en un número memorable de *Survey* en febrero de 1913, en el que tanto Addams, como Wells-Barnett, Breckinridge y DuBois analizaron el problema racial[2]. Addams, Wells-Barnett, Kelley y Breckinridge participaron en la fundación de la NAACP. Las residentes de la Hull-House, entre las que se incluían Addams, Lathrop y Kelley, usaron *The Co-operative Movement in Great Britain*, de Webb, para preparar su propia iniciativa de una casa cooperativa para mujeres trabajadoras. Las personas más ajenas a esta red son Martineau, que pertenecía a una generación anterior que el resto de mujeres, y Cooper, cuyo recorrido vital apenas la llevó a Chicago. No obstante, Edith Abbott conoció y respondió al trabajo de Martineau sobre el empleo femenino en América, y Gilman se refirió a los problemas de Martineau para superar las barreras de género en su carrera como analista social. Cooper habló efusivamente en Chicago en 1893 en la Conferencia de Mujeres blancas feministas, y fue activa, como Wells-Barnett, en la *National Federation of Colored Women's Clubs* y el movimiento del centro social afroamericano. Además, escribió un mensaje empático sobre el suicidio de Gilman.

Estas mujeres sabían que formaban parte de un movimiento mayor que buscaba crear una ciencia de la sociedad y tenían su propio parecer sobre lo que debía ser esa ciencia: un proyecto de crítica social en el que la investigación y la teoría se centraran, como necesidad moral, en la descripción, análisis y corrección de la desigualdad social. Estas mujeres variaron en los términos específicos de la desigualdad en los que se centraron –género, clase, raza, etnicidad, edad o la combinación de ellas–, en el equilibrio relativo entre investigación y teoría, y en la elección de la estrategia de investigación y el método teórico. Trabajando por el compromiso de una teoría social crítica, estas mujeres se implicaron en la sociología y en la comunidad sociológica en un momento en el que la propia disciplina estaba emergiendo. Sus relaciones diversas en dicha comunidad reflejan tanto la inestabilidad de la identidad de la sociología emergente como los efectos

[2] *Survey* fue una revista fundada tras la fusión de varias revistas de trabajo social; Paul U. Kellogg fue el editor y Addams trabajó en el equipo editorial. Esta revista sirvió como vehículo principal para los reformadores sociales que se veían a sí mismos comprometidos con la sociología. También ofrecía una versión más popular, *Survey Graphic*, ya que su equipo editorial consideraba que la tarea principal era la comunicación a un público general.

del género, de la clase y de la raza en el acceso a lo que se convertiría en una aventura académica formal, terreno de hombres blancos bien educados. Pero en la época en que escribían estas mujeres, la sociología era tanto su proyecto intelectual como el de los hombres; únicamente es al volver a contarlo cuando ellas desaparecieron.

GÉNERO Y CONOCIMIENTO: LA POLÍTICA DE LA ELIMINACIÓN

A pesar de sus trabajos en sociología y teoría social y de su visibilidad entre sus contemporáneos, las mujeres fundadoras desaparecieron como presencia significativa de los registros de la sociología, sobreviviendo solo en posiciones marginales. A Martineau se la recuerda como la traductora de Comte; a Weber, como la criada del genio; a Webb, como la pareja de Sidney; a Addams, como una santa secular; a Gilman, como el genio excéntrico de *The Yellow Wallpaper*; y a las Mujeres de Chicago, como trabajadoras sociales y reformadoras. DuBois cita a Cooper pero la reconoce solo como «una mujer de color» (Washington, 1988)[3]. Se puede entender esta eliminación en función de una serie de procesos de empoderamiento que implicaba la concesión o la negación de la *autoridad*, entendida como «una forma de poder que es una capacidad especial para conseguir, con las palabras, que se hagan las cosas » (D. Smith, 1987, p. 29). Prácticamente todas las mujeres fundadoras fueron conscientes de la importancia de la autoridad, asociada, como Smith proponía, a una habilidad para hacer cosas a través de las palabras, y entendieron que lograrla era un problema para las mujeres[4]. En esta sección, nos centramos en la autoridad como factor clave de dos políticas intrincada-

[3] DuBois y Cooper se conocían y él sabía perfectamente quién era ella y lo que había escrito. Además, como señala Mary Helen Washington (1988), Cooper animó a DuBois en algunos proyectos, incluido uno de sus trabajos más conocidos, *Black Reconstruction*; pero no hay ningún registro análogo de DuBois animando a Cooper.

[4] Addams, ya en 1881, reconoce que las mujeres necesitan adquirir «*auctoritas*... el derecho del orador a hacerse oír» (1881, p. 37). Cooper sostiene que se han silenciado las voces de las mujeres y que ocurrirá un cambio progresivo solo cuando «las mujeres hayan tenido una oportunidad de comprender, dominar y hacer uso de los dogmas [del mundo]» (1892, p. 58) (véase el capítulo 5). En *The Man-Made World* (1911), Gilman analiza las consecuencias de que los hombres se hayan apoderado de la autoridad para definir las palabras y los significados. Wells-Barnett, en su análisis del linchamiento, indica explícitamente que usará reportajes de periódicos de los blancos porque así «De sus propias bocas saldrá la condena a los asesinos » (1895, p. 15).

mente interrelacionadas que determinaron el destino de las mujeres –una política de género y una política del conocimiento–.

Para comprender la precaria relación de las mujeres con la autoridad en este contexto, es ilustrativo observar la carrera de Addams. Elegimos a Addams por su proyección pública en la sociedad americana, por su muy bien documentada relación con los sociólogos masculinos (Deegan, 1988), porque sus contemporáneos reconocieron sus publicaciones como sociología, y porque ella misma se autoidentificaba como socióloga. La tabla 1.3 presenta un retrato resumido de la reputación de Addams en la sociología, y ofrece un ejemplo de los procesos de empoderamiento que eliminaron a la mujer de la historia de la sociología.

UNA POLÍTICA DE GÉNERO

La eliminación de las mujeres fundadoras se explica básicamente por lo débil de su autoridad en una cultura hecha por hombres. Se puede entender esa debilidad con el análisis de cómo una persona está «presente» para, o es reconocida conscientemente por, otras personas. Desarrollamos este análisis a través de la reelaboración feminista de la teoría fenomenológica de Alfred Schutz (Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1995; Schutz 1967, 1973; Schutz y Luckmann, 1973).

Para Schutz, la capacidad de conocer a otra persona se aprende en la situación de una relación cara a cara, la relación esencial de la vida humana, en la que una conciencia reconoce en otra a una persona «como ella misma». Schutz llama a esto la «orientación-tú», o la relación «co-actuante»[5]. Cuando los individuos se alejan de la relación cara a cara, o co-actuante, entran en lo que Schutz categoriza normalmente como la relación «contemporánea». Cuando ya no están presentes físicamente el uno para el otro, los individuos están presentes en sus conciencias –se conocen– a través de constructos mentales o «tipificaciones». Una tipificación se puede basar en experiencias previas de primera mano, información procedente de conocidos comunes, documentos producidos por otros o que hablan sobre el otro, o acciones

[5] La forma más importante e íntima de la relación «de la orientación tú» es la relación nosotros, en la que dos personas en una relación cara a cara son mutuamente conscientes la una de la otra, y piensan en ella y en la otra como «nosotros».

Tabla 1.3. Breve resumen de la carrera de Addams en la Sociología

Momento I: presencia de Addams en los círculos sociológicos dominantes, 1894-1920

1894 Small y Vincent mencionan la Hull-House en *An Introduction to the Study of Society*.

1895 Addams participa en *Hull-House Maps and Papers*, un trabajo pionero de sociología empírica crítica: su contribución se titula «The Settlement as a Factor in the Labor Movement» y posiciona al centro social a favor de los trabajadores organizados –un paso radical en 1895; Charles Zeublin, de la Universidad de Chicago, también contribuye en este volumen–. No se reseña en la *AJS*, que no se empieza a publicar hasta marzo de 1895.

1896 Addams publica «A Belated Industry» en el volumen 1 de la *AJS*.

1899 Addams publica «Trade Unions and Public Duty» en el volumen 4 de la *AJS*; enseña con Kelley en el curso de verano de la Universidad de Chicago.

1902 Addams publica *Democracy and Social Ethics*, reseñado por Henderon en el volumen 8 de la *AJS* de ese mismo año.

1905 Addams publica «Problems of Municipal Administration» en el volumen 10 de la *AJS*.

1907 Addams publica *Newer Ideals of Peace*, reseñado por Mead en el volumen 13 de la *AJS* de ese mismo año.

1908 Addams publica «Comment on an Article by John R. Commons, "Class Conflict in America"» en el volumen 13 de la *AJS*.

1909 Addams publica *The Spirit of Youth and the City Streets*.

1910 Harriet Thomas y William James hacen una reseña de *The Spirit of Youth and the City Streets* en el volumen 15 de la *AJS*; Addams publica *Twenty Years at Hull-House*.

1912 Addams publica «Recreation as a Public Function in Urban Communities» en el volumen 17 de la *AJS*.

1914 Addams publica *A New Conscience and an Ancient Evil*, reseñado por Kelley en el volumen 18 de la *AJS*; publica «A Modern Devil Baby» en el volumen 19 de la *AJS*.

1916 Addams publica *The Long Road of Women's Memory*.

1919 Addams presenta «Americanization» en la reunión anual de la ASS (publicado en 1920 en *Papers and Proceedings of the American Sociological Society*).

NB: la escasez de publicaciones de Addams en revistas sociológicas entre 1914 y 1919 se explica por su marginación general en la sociedad estadounidense a causa de su continua oposición a la Primera Guerra Mundial y a que EE. UU. entrara en guerra.

Tabla 1.3. (continuación)

Momento II: Marginación de Addams en los textos masculinos de la disciplina
1921 En su *Introduction to the Science of Sociology**, Park y Burgess mencionan dos textos de Addams, *Twenty Years at Hull-House* y *The Spirit of Youth and the City Streets*; e incluyen *Hull-House Maps and Papers* en la bibliografía.
1922 Emory S. Bogardus menciona dos veces a Addams en *A History of Social Thought*, en el capítulo 24 «The Trend of Applied Sociology».
1928 En *Contemporary Sociological Theory**, Pitrim Sorokin menciona una vez a Addams.
Momento III: Se borra a Addams de los registros textuales
1937 Talcott Parsons no hace mención a Addams en *The Structure of Social Action**.
1951 Robin Williams no menciona a Addams en *American Society: A Sociological Interpretation*.
1955 Bogardus no incluye a Addams en la tercera edición de *The Development of Social Thought*; igualmente, Nicholas S. Timasheff no incluye a Addams en *Sociological Theory: Its Nature and Growth*, que será un texto teórico de referencia durante la década de los cincuenta y principios de los sesenta.
1960 En *The Origins and Types of Sociological Theory*, de Don Martindale, no se menciona a Addams.
1963 En *Masters of Sociological Theory*, de Lewis Coser, no se menciona a Addams.
1966 En *The Sociological Tradition**, de Robert Nisbet, no se menciona a Addams.
1970 En *The Coming Crisis in Western Sociology**, de Alvin Gouldner, no se menciona a Addams.
NB: Los textos introductorios de sociología de los sesenta y setenta tampoco incluyen normalmente a Addams.
1981 En *The Emergence of Sociological Theory*, de Jonathan Turner y Leonard Beeghley, no se menciona a Addams.
1983 En la primera edición de *Sociological Theory*, de George Ritzer, no se menciona a Addams.
Momento IV: Reemergencia tentativa de Addams
1965 El historiador Christopher Lasch edita la colección titulada *The Social Thought of Jane Addams*.
1988 Mary Jo Deegan publica *Jane Addams and the Men of the Chicago School, 1892-1918*.
1996 Ritzer incluye a Addams en la segunda edición de *Classical Sociology*.

Nota: Los textos marcados con un * son aquellos que Levine identifica en *Visions of the Sociological Tradition* (1995) como documentos clave para interpretar la historia de la sociología y conformar el canon.

que se sabe que la otra persona ha ejecutado. Cuando una persona muere, se convierte en «predecesora» en el esquema de Schutz y queda aún más sujeta a una tipificación rígida y duradera. A lo largo del tiempo, como aquellos que conocían al individuo también mueren, se recuerda cada vez más al predecesor a través de artefactos –cosas que la persona hizo o escribió, o cosas que otros hicieron o escribieron sobre la persona–. En una profesión académica como la sociología, los artefactos clave para tipificar a los predecesores son sus textos, que se pueden convertir en parte del canon.

La incorporación del factor género en este modelo lo altera de forma significativa. Como muestran muchos estudios feministas, las mujeres están presentes en la conciencia masculina en las relaciones cara a cara, no como yo-tú –yo y mi semejante– sino como yo-*otro* (p. ej. Anzaldúa, 1990; Benjamin, 1988; Chodorow, 1978; Collins, 1990; DeBeauvoir, 1947/1963; Keller, 1985; Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1995; Minnich, 1990; Olsen, 1972; Smith, 1987). Los colegas masculinos de las mujeres fundadoras las veían, a pesar de su fuerte presencia individual, a través del velo del privilegio masculino como «menos que el ser», «el ser que no era necesario tomar en serio» –como ellas, a las que *les falta autoridad*–. Las mujeres fundadoras eran conscientes de cómo se las consideraba en sus relaciones cara a cara con los hombres. Martineau señala, en la introducción de *Society in America*, «me han dicho frecuentemente que ser una mujer era una desventaja» para hacer investigación social (1836/1837: I: xii). Cooper escribe sobre un encuentro con una autoridad masculina que su decisión de «ir a la universidad... fue recibida con la misma incredulidad y consternación con la que se habría recibido a un botón de latón [de su abrigo] postulando un nuevo método para la cuadratura del círculo o la trisección del arco» (1892, pp. 77-78). Incluso Webb, que normalmente optaba por rechazar la discriminación de género, dedicó unas páginas en su diario en 1889 y en su autobiografía de 1926 a la conversación que mantuvo con el profesor Alfred Marshall de Cambridge, que intentó desanimarla para escribir *The Co-operative Movement in Great Britain* (1891); Marshall le dijo: «*Podría hacer que mi mujer me leyera por las noches un libro tuyo sobre el movimiento cooperativo para pasar el rato, pero no le prestaría ninguna atención*» (la cursiva es de ella) (Webb, 1926, p. 352).

Cuando la mujer es contemporánea, un otro viviente pero no presente directamente, su demanda de autoridad se vuelve aún más frágil, ya que no

puede invalidar, por la simple fuerza de carácter, la tipificación de «mujer» por la que se la ha estereotipado y subestimado en la conciencia masculina. Marianne Weber cuenta como en 1893, antes de su boda con Max, su familia la envió a una escuela para aprender a dirigir la casa, y ella le escribió para pedirle libros para leer. Él respondió con inquietud que debía labrarse un lugar en el espacio doméstico: « [M]i mente me dice... que tendrás una posición más segura... si no te centras en la esfera puramente intelectual y filosófica... sino en un dominio de actividad práctica... ya que... en el ámbito intelectual... yo tengo naturalmente mayores recursos» (Weber, 1926/1975, pp. 186-187)[6]. En 1899, Kelley presionó activamente al gobernador Theodore Roosevelt para conseguir el puesto de *New York State Inspector of Factories* (un puesto similar al que había ocupado en Illinois). Escribió a Roosevelt, le envió copias de sus publicaciones, hizo que Lillian Wald (fundadora del Settlemente Henry Street de la ciudad de Nueva York) hiciera presión a su favor, y logró que Addams fuera desde Chicago a encontrarse con el gobernador. Pero Roosevelt decidió que «el momento no era el oportuno» para designar a una mujer y en su lugar designó a un hombre que, a pesar de admitir que no se ajustaba nada a los requisitos para el puesto, también había estado presionando por el puesto. Roosevelt le aconsejó que hablara con Kelley: «sabe más sobre el cumplimiento de la legislación de las fábricas que cualquier hombre que conozca, y quiero que permanezcas en contacto con ella» (Sklar, 1995, pp. 293-294). A pesar de sus estrechos vínculos con los sociólogos hombres de la Universidad de Chicago, estos marginaron el trabajo de Addams casi desde el principio, como se muestra en la tabla 1.3. En su *Introduction to the Science of Sociology*, el libro de texto requerido para los estudiantes de Sociología entre 1921 y 1940, Park y Burgess agruparon unas 800 páginas de lecturas con aproximadamente 200 páginas con sus propios textos. Hicieron referencia a dos libros de Addams pero no incorporaron ninguna lectura de ella. En el otro extremo, había 43 referencias de Simmel, y se incluyeron diez lecturas suyas. Se da por hecho este contraste entre Addams y Simmel hoy porque la his-

[6] En su laudatoria biografía de Max, la característica presentación que hace Marianne Weber de sí misma es de una admirable humildad. Pero de vez en cuando, como después de esta carta, afirma de sí misma, aquí escrito de forma críptica, que «hizo lo que su propia consciencia le empujaba» a hacer, aunque no pudo haber anticipado que «su matrimonio dependería algún día... de su existencia intelectual independiente» (Weber 1926/1975, pp. 186-188).

toria de la disciplina ha enseñado que así es como se debían posicionar; pero aquí, en *Introduction*, Park y Burgess ya establecieron dicho *ranking*.

Cuando una mujer fallece y se convierte en predecesora, es verdaderamente subsumida en los supuestos del patriarcado: «Los hombres bien han producido o bien han controlado el universo de ideas, imágenes y temas –las formas simbólicas del pensamiento aceptadas en general– en tanto que el trabajo y la experiencia de las mujeres que se han incorporado a ellas lo han hecho en los términos decididos por los hombres» (D. Smith, 1987, p. 19). En la sociología académica, un elemento clave para el mantenimiento del predecesor es el canon, y a la mujer se la ha excluido del canon de la sociología (Sprague, 1997). El lector puede hacer aquí un simple test: vuelva al listado de mujeres al principio de este capítulo y pregúntese cuántas veces ha leído sus textos o discutido sus ideas como tema central en una clase de sociología. La inclusión en el canon –o en el plan de estudios, a microescala– es más que un ejercicio de selección; demanda del lector una orientación seria de su trabajo, que debe tener la cualidad de la autoridad. La importancia de esta petición, de que el lector oriente seriamente su trabajo, se muestra en un estudio clásico que descubrió que las respuestas espontáneas de los estudiantes sobre trabajos literarios a menudo daban como resultado una clasificación que no coincidía con el canon establecido. El autor de dicho estudio, I. A. Richards, concluyó: «Sin el control de esta... autoridad misteriosa y tradicional, los poetas con una reputación consolidada cambiarían sus posiciones muy rápida y sorprendentemente en función de la aprobación general» (1929/1962, p. 297).

La marginación patriarcal de las mujeres predecesoras se ilustra en los destinos profesionales de Addams y Martineau. Todos los textos de teoría social que se citan en la tabla 1.3, todos escritos por hombres, marginan a Addams. Este proceso también se evidencia en un largo poema que Burgess escribió a la muerte de Addams, un poema que trivializa en efecto el logro intelectual de Addams al enfatizar su «espíritu» maternal: «Jane Addams, madre de los pobres y desperanzados, / Y de toda la humanidad;... / Gran vecina / De los pobres, raramente agraciados por la compasión,... / La mirada de los niños en tus ojos, compasión / Por la inhumanidad del hombre hacia el hombre;... / Tu espíritu permanece para bendecir nuestro pensamiento y trabajo...» (las 93 líneas completas de este poema aparecen en

Deegan, 1988, pp. 150-151)[7]. De manera similar, los obituarios de Martineau desdibujan, distorsionan y en definitiva borran su contribución. John Morley, al escribir para la generación que seguiría a Martineau, concedió que tenía «un buen ojo para la realidad social», pero prefirió extenderse sobre su carácter, al declarar que poseía «cualidades refinadas, que principalmente se podrían describir como masculinas», «diligencia y energía... una sinceridad espléndida, una magnífica pasión por la verdad» (citado en Pichanick, 1980, p. 242). La alusión al género en la valoración de Morley ensombreció el destino de Martineau. Si «diligencia y energía... una sinceridad espléndida, una magnífica pasión por la verdad» son «masculinas», ¿qué queda para una mujer académica?[8].

UNA POLÍTICA DEL CONOCIMIENTO

La marginación de las mujeres fundadoras que produjo la política de género se aceleró en la comunidad sociológica por las consecuencias de un debate sobre el fin de la sociología y el rol social del sociólogo, consecuencias determinadas por las relaciones profesionales de poder que se pueden entender como política del conocimiento. Este debate se movió entre posiciones en un continuo que se ha descrito de formas variadas, como «la objetividad frente al compromiso» (Furner, 1975), atemporalidad «científica» frente a especificidad histórica (Ross, 1991), o «el servicio intelectual objetivo» frente al reformador «con un propósito» (M. Smith, 1994). En el periodo comprendido entre 1890 y 1947, las élites académicas de la sociología llegaron a consensuar que el rol apropiado del sociólogo era el del intelectual comprometido con el rigor científico, la neutralidad valorativa

---

[7] En caso de que el lector piense que la mayoría de los poemas «in memoriam» siguen esta pauta, podría mirar, por ejemplo, el tributo de W. H. Auden a la muerte de William Butler Yeats. Nadie esperaría que un teórico social hombre fuese elogiado con el sentimentalismo que Burgess le concedió a Addams.

[8] Aparentemente, lo que le queda es ser traductora de los hombres. Park y Burgess, en *Introduction to the Science of Sociology*, empiezan citando una traducción de Comte hecha por Martineau (se añade una referencia a ella en una nota a pie). Dicen de Comte: «Por supuesto que Comte no creó la sociología. Sí que le dio un nombre, un programa y un lugar entre las ciencias» (Park y Burgess 1921, p. 1). Aun cuando esa afirmación seguramente se puede hacer, Park y Burgess podrían haber mirado a Martineau con la misma facilidad y haber escrito «Por supuesto que Martineau no creó la sociología. Usó el nombre ya en 1837 y le dio un programa, un lugar entre las ciencias y un propósito para la sociedad» (Véanse Hill, 1989, Hoecker-Drysdale, 1992 y el capítulo 2 en este texto).

y la abstracción formal. Este consenso deslegitimizó el trabajo de las mujeres fundadoras y el de muchos hombres que practicaban este posicionamiento alternativo de una sociología crítica y activista de defensa. (Se pueden hallar aspectos de la historia de esta política en la sociología americana en Bannister, 1987; Diner, 1980; Furner, 1975; Halliday y Janowitz, 1992; Kuklick, 1973; Lemert, 1995; Lengermann, 1979; Donald Levine, 1995; Rosenberg, 1982; Ross, 1991; Silva y Slaughter, 1989; M. Smith, 1994; Turner y Turner, 1990 y Wilner, 1985).

Podemos seguir el rastro de la emergencia de este consenso a través de cuatro trabajos representativos de hombres fundadores de la sociología académica. En 1895, en el artículo principal del primer número de la *AJS*, el editor Albion Small adoptó una posición intermedia en este debate, instando al conocimiento científico al tiempo que respaldaba un propósito práctico para la nueva revista y para la sociología: «ningún tema que sea de interés para los hombres queda fuera de la atención de la sociología»; los autores debían ser «hombres y mujeres que reúnan materiales de la filosofía social desde las fuentes más diversas»; los contenidos podían ir desde la «metodología» hasta la «mejora social», pasando por las «condiciones sociales»; y el propósito era aumentar la comprensión de la gente de manera que se pudieran formar «combinaciones más efectivas para la promoción del bienestar general» (Small, 1895, p. 14). Pero en 1916, en el número correspondiente al vigésimo aniversario, Small defendió el gran desplazamiento que se había producido en la sociología académica durante décadas desde la reforma social hacia la investigación pura y el reconocimiento académico. En la comunidad sociológica estaba «creciendo la insatisfacción por las maneras en que... los hombres estaban procediendo... en interés de la mejora social» como «enriquecidas y alegres viudas sociales de ambos sexos que pensaban que resolvían problemas sociales mientras bebían una taza de té». Ahora se creía que la reputación académica de la sociología dependía del rigor científico: «El que [los sociólogos] mantengan el reconocimiento académico que han ganado dependerá de si se vuelven al menos tan científicos como sus colegas más responsables» (Small, 1916, pp. 768; 861-63). En 1921, Park y Burgess, en su texto definitivo *Introduction to the Science of Sociology*, describieron la sociología como un proyecto de investigación científica generalizada y pura: «una ciencia fundamental... no un mero compendio de programas e intervenciones para el bienestar so-

cial... [L]a sociología es la ciencia abstracta de la experiencia humana y de la naturaleza humana» (1921, pp. 42-43). En 1947, en el quincuagésimo aniversario de la *AJS*, el entonces editor Louis Wirth consolidó el cambio hacia la excelencia técnica, la abstracción y la neutralidad valorativa. Describió una sociología que empezó con «las migajas que caían de la mesa de... disciplinas académicas mejor establecidas,... con temas tales como la pobreza, la delincuencia y el crimen, la locura, el matrimonio y el divorcio, los suburbios y otras patologías, además de temas como la comunidad, los grupos de voluntarios, las clases y las razas» (Wirth, 1947, p. 276). Infravaloró a muchos sociólogos anteriores tildándolos de «trabajadores sociales, reformadores sociales, profetas sociales y críticos sociales que, a falta de otro refugio académico, se habían identificado con la ciencia adolescente de la sociología» (Wirth, 1947, p. 273). El ensayo de Wirth es importante porque es básicamente irreflexivo; asume que cualquiera que leyera la *AJS* en 1947 compartía su punto de vista.

Pero cada una de las mujeres fundadoras había definido como problemas principales los temas que Wirth infravaloró: pobreza, clase y raza, es decir, desigualdad social; cuestiones de género como el matrimonio y el divorcio; y las formas en que funcionaban las comunidades y los grupos de voluntarios. Y muchos sociólogos hombres habían compartido esta preocupación[9].

La principal explicación para el creciente énfasis por la excelencia científica era el desplazamiento de la sociología hacia la universidad como su «legítimo» emplazamiento de trabajo, un desplazamiento que era parte de su búsqueda de autoridad profesional, estatus social y seguridad laboral y salarial. Se abrieron muchos lugares potenciales de trabajo sociológico en los años noventa del s. XIX –agencias de servicios sociales, grupos de investigación y de diseño de políticas, centros sociales, organizaciones laborales, religiosas y políticas, y variados grupos de presión progresistas–. La historia de las ciencias sociales y de la sociología a menudo pasa por alto estas posibilidades, en parte debido a que no se tiene en cuenta el trabajo de las mujeres fundadoras durante este

[9] De hecho, incluso en los años veinte del siglo XX, Park y Burgess y los estudiantes a quienes enseñaban no practicaron sus declaradas metas de abstracción, sino que continuaron con una ciencia social que tenía un parecido sorprendente a gran parte del trabajo realizado por las mujeres fundadoras de la Escuela de Chicago, por su interés por describir la vida urbana, la etnicidad, la pobreza y la desviación en estudios de caso específicos, enmarcados en la mapificación regional de las funciones sociales.

periodo y en parte porque los propios historiadores escriben desde una posición académica y, por tanto, la favorecen. No obstante, la educación superior era una industria indiscutiblemente creciente, con un 2% de matriculados de todas las personas en edad universitaria en 1890 y un 15% hacia 1940 (Ross, 1991, p. 161). El efecto de esta expansión se multiplicó porque la población de EE. UU. en ese periodo se dobló. En este contexto de trabajo, la sociología americana se definió a sí misma «como una disciplina académica autónoma [con] un éxito fantástico» (Oberschall, 1972, p. 187), y pasó de cuatro instructores que daban clases en 1880 a 225 instructores y 59 departamentos hacia 1900 (Morgan, 1983, p. 43), y a que «casi cualquier universidad y universidad de primer ciclo[10] tenga un departamento independiente de sociología» en 1947 (Wirth, 1947, p. 279).

Asegurar y expandir este contexto de trabajo significó que la comunidad sociológica se convirtiera en permeable a las expectativas académicas y a los acuerdos de poder. La universidad, ya fuese privada o pública, dependía del apoyo económico de corporaciones poderosas y de grupos gubernamentales alineados con el capitalismo. Ante estas circunstancias, las administraciones de las universidades, los académicos con experiencia y las fundaciones de investigación normalmente se afanaban en distanciar a los departamentos y las escuelas de las políticas de los agitadores. Incluso en medio de la reforma progresista, el profesor de economía Richard T. Ely dijo que el presidente Harper de la Universidad de Chicago había manifestado que «El movimiento de los trabajadores puede ser correcto, pero nosotros conseguimos nuestro dinero de las corporaciones y yo estoy con los capitalistas en todo momento» (citado en Sklar, 1955, p. 295). Muchas universidades se deshicieron o presionaron a sus miembros más radicales, incluyendo a los científicos sociales Henry Carter Adams, Edward W. Bemis, John R. Commons, Richard T. Ely, E. A. Ross, W. I. Thomas y Thorstein Veblen (Deegan, 1988; Fitzpatrick, 1990; Ross, 1991; Sklar,

[10] N. de la T. El término que se usa en inglés original es *college*, que normalmente se diferencia de *university* en la oferta de estudios en cuanto a extensión de los programas y variedad de los mismos (los colleges ofrecen hasta un máximo de cuatro años de estudio, pudiéndose obtener como máximo el título de grado), y a menudo están más orientados a carreras profesionales de carácter más práctico, además de ser más pequeños en número de alumnos. Puede ocurrir que la propia universidad contenga *colleges*. En este texto se ha optado por traducir en general como universidad de primer ciclo. En ocasiones, si la distinción no es relevante, se deja simplemente universidad.

1995; M. Smith, 1994). Por ejemplo, después de haber sido despedido de la Universidad de Cornell por haber apoyado abiertamente a los trabajadores en la Masacre de Haymarket (1886), Adams aconsejó a sus colegas científicos sociales que «evitaran temas controvertidos y se convirtieran en técnicos expertos al servicio de los legisladores o las comisiones regulatorias» (M. Smith, 1994, p. 23). El economista Edward Bemis, después de ser despedido de la Universidad de Chicago y del *Kansas State Agricultural College*, obtuvo un puesto gracias a un alcalde reformista de Cleveland y desarrolló un modelo de abastecimiento de agua para la ciudad (Campbell, 1988). Dentro de la cultura académica, estas presiones se reformularon para dar lugar a un conjunto de criterios a los que los sociólogos académicos se tenían que adaptar para lograr la legitimidad académica: una temática distinta de la de otras disciplinas, una excelencia basada en la neutralidad valorativa, una retórica consistente con el decoro académico, un protocolo rutinario para hacer que los nuevos miembros se acreditaran, un cuerpo establecido de literatura –un canon– a través del cual se socializaran los nuevos miembros y un respeto hacia la jerarquía académica y las publicaciones profesionales (Furner, 1975; Donald Levine, 1995; Minnich, 1990; D. Smith, 1987, 1990, Stinchcombe, 1982).

Este entorno de trabajo académico hizo del todo imposible que las mujeres interactuaran con los hombres como profesionales del mismo nivel en las relaciones cara a cara. Entre 1890 y 1940, en todas las disciplinas las mujeres constituyeron de media una cuarta parte de los académicos (Bernard, 1964; Carter, 1981; Morgan, 1978; Misra, Kennelly y Karides, 1997). Esta proporción sobreestima la presencia de las mujeres en la sociología académica ya que incluye a las académicas de las universidades femeninos de primer ciclo; incluye a las académicas de las «disciplinas de mujeres» como la economía doméstica, la educación, y la biblioteconomía; y no distingue entre los puestos a tiempo completo y las vacantes a tiempo parcial, no numerarias, de bajo rango, o mal pagadas, que las mujeres cubrían normalmente[11]. Durante este periodo, en la profesión en su conjunto, ninguna

[11] No obstante, estas cifras podrían incluir a MacLean, confinada durante gran parte de su carrera en la *Chicago's Extension School*, y a Edith Abbott, quien en temporadas fue empleada solo como profesora de Estadística social en el departamento de Sociología de la Universidad de Chicago (como también Addams y Kelley, quienes enseñaron juntas durante un curso de verano de sociología en la universidad).

mujer tuvo un puesto de categoría en ninguno de los principales departamentos de Sociología, no se designó a ninguna mujer como presidenta de la *American Sociological Society*, y los artículos escritos por mujeres aceptados para su publicación en las principales revistas, la *American Journal of Sociology* y la *American Sociological Review*, supusieron menos del diez por ciento de todos los artículos publicados (Hughes, 1975)[12].

La tendencia hacia el cientificismo en las ciencias sociales posicionadas académicamente se ha ralentizado o redirigido en ocasiones en épocas reformistas en la sociedad en general. Una de esas épocas ayudó a hacer posible la producción sociológica de las mujeres fundadoras –el movimiento progresista liberal entre 1890 y 1915 que siguieron los trabajadores, grupos de inmigrantes, afroamericanos, un sector educado de la clase media, y los movimientos de las mujeres de la primera oleada feminista (véase la tabla 1.2)–. Otro momento similar ocurrió en las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XX por el impacto del movimiento pro derechos civiles de los afroamericanos, el movimiento antiguerra de Vietnam y el movimiento de la segunda oleada feminista. Pero en su mayoría, el conservadurismo general de la sociedad y de la política americana incentivó la tendencia hacia el cientificismo en la sociología académica. La aparente anomalía en este vínculo entre el conservadurismo social y el cientificismo profesional es, por supuesto, la década de 1930, un periodo de crisis económica, militancia de los trabajadores, oposición al capitalismo y compromiso de reforma del gobierno nacional –un compromiso que Franklin Roosevelt expresó en su campaña presidencial de 1932 como: «El país necesita y, a menos que me equivoque en su carácter, el país demanda una experimentación valiente y persistente»–. Esta afirmación podría haber parecido una llamada a la sociología activista; y de hecho muchos programas del *New Deal* (Pacto Social) habían sido defendidos anteriormente por las mujeres fundadoras (véanse capítulos 3 y 7). Pero, en líneas generales, la sociología académica ofreció lo que se le pidió que proporcionase –experiencia técnica en la evaluación e implementación de las políticas de Pacto Social–. La falta de textos críticos en las principales revistas sociológicas es una prueba de

[12] Los datos para 1925-45 proceden de Hughes 1975; los datos para 1895-1924 son nuestros propios recuentos. El único volumen anómalo es el volumen 14 de la *AJS* de 1908-9, en el que 11 de los 52 artículos publicados los escribieron mujeres, aproximadamente un veinte por ciento del total.

esta respuesta (Wilner, 1985), así como la expansión de la sociología estadística con William Ogburn en la Universidad de Chicago (Bannister, 1987), el trabajo realizado por H. L. Henderson en Harvard para llevar la sociología y otras ciencias sociales hacia la práctica de la excelencia técnica (Buxton y Turner, 1992), el movimiento en la ASS dirigido por L. L. Bernard para reivindicar una sociología completamente científica (Bannister, 1987) y la creciente población de sociólogos que trabajó para el gobierno federal en Washington durante los años treinta (Lengermann, 1979).

A mediados de la década de 1930-1939, la narrativa sociológica había experimentado una importante remodelación que marginó a muchos hombres pensadores y completó la eliminación de las mujeres fundadoras. Esta remodelación de la crónica intelectual sociológica legitimizó la combinación de la teoría estructural funcionalista y la investigación por encuestas que desarrollaron Talcott Parsons en Harvard y Robert Merton y Paul Lazarsfeld en Columbia, una combinación que ofrecía una teoría y una metodología formales, neutrales valorativamente y universales para el estudio de la sociedad. En su trabajo de referencia, *The Structure of Social Action* (1973), Parsons defendió la convergencia natural hacia una definición de la sociología como el estudio del consenso y del orden en el sistema social –una convergencia cuyo origen se sitúa en los trabajos de cuatro pensadores desvinculados históricamente, Durkheim en Francia, Max Weber en Alemania, Vilfredo Pareto en Italia y Alfred Marshall en Gran Bretaña–. En 1921, Park y Burgess habían hecho cada uno tres menciones irrelevantes a Weber y Marshall (básicamente a ninguno le fue mejor que a Addams), ninguna mención a Pareto, y solo habían prestado una atención moderada a Durkheim; sus figuras principales –atendiendo a las referencias, lecturas y extendida presencia en sus obras– habían sido Simmel, el propio Park, W. I. Thomas, Small, Spencer, Charles Horton Cooley y Charles Darwin.

Dos cuestiones emergen de este retrato general de la política del conocimiento en la sociología. En primer lugar, el canon operativo en la sociología moderna es un constructo social, no una evolución natural. En segundo lugar, su configuración legitima un patrón en la sociología que solo se concibe por la marginación previa de las mujeres fundadoras. No se podría buscar entre los fundadores y referentes a Martineau, Addams, Gilman, Cooper, Wells-Barnett, Marianne Weber, Webb o a las Mujeres de Chicago

y asegurar una definición de la sociología que enfatizara el consenso social por encima de la desigualdad social, el análisis distante por encima de la implicación activista, y la abstracción sobre la crítica.

HACIENDO REGRESAR A LAS MUJERES

Los próximos capítulos exploran las vidas, el trabajo y la importancia de las mujeres fundadoras de la sociología. Cada capítulo es una unidad independiente y se puede leer en el orden que el lector escoja. Nuestro orden se guía por tres objetivos: empezar con Martineau (capítulo 2) como miembro de la generación de sociólogos fundadores; concluir con las Mujeres de Chicago y Webb (capítulos 7 y 8) como representantes de la tradición empírica; y presentar a las otras pensadoras en el orden en que pudieron haber tenido una reputación más conocida y haber sido más accesibles a través de trabajos disponibles para un estudio más profundo: Addams (capítulo 3), Gilman (capítulo 4), Cooper y Wells-Barnett (capítulo 5) y Weber (capítulo 6).

Comenzamos cada capítulo con un esbozo biográfico, ya que todo conocimiento se sitúa en una localización cultural concreta, a partir de la que los sociólogos desarrollan sus teorías (McCarthy, 1996). Mientras que las vidas de los hombres fundadores son parte de la historia y la leyenda de la profesión, y de forma casi irreflexiva enmarcan el estudio de sus teorías, las vidas de las mujeres no son tan conocidas. Estas biografías son necesarias para permitir al lector localizar a las mujeres fundadoras en la historia y la sociedad. Las propias mujeres fueron conscientes de su situación, y dejaron a menudo documentos autobiográficos significativos, como en el caso de Martineau, Addams, Gilman, Cooper, Wells-Barnett, Weber, Webb, Kelley, Breckinridge, Talbot y MacLean.

A continuación analizamos las teorías, resumiendo sus supuestos subyacentes, explicando sus temas principales y presentando el vocabulario clave:

> El proyecto de Martineau es desarrollar un método para estudiar la relación entre la «moral» y las «costumbres» de una sociedad a través de indicadores sociales, «los OBJETOS», que miden los niveles de libertad y de dominación, y que ella cree que se muestran mejor en el tratamiento con los grupos desempoderados (mujeres, pobres, minorías raciales, niños y discapacitados).

Addams se centra en cómo las personas compaginan la conducta ética y los intereses materiales, cómo los sociólogos pueden estudiar esta compaginación a través de la participación empática en las vidas de los desempoderados y a través del análisis de las tendencias sociales, y cómo la sociedad americana de su tiempo puede llegar a ser una «democracia socializada».

Gilman crea una teoría crítica formal que relaciona los hechos determinantes de la vida social (conciencia, trabajo y género) y que muestra cómo la desigualdad de género («la relación sexo-económica») corrompe el potencial humano para pensar y trabajar de forma cooperativa, produciendo una «cultura androcéntrica» en lugar de una humana. Desarrolla un programa detallado para lograr la igualdad de género.

Cooper y Wells-Barnett formulan una sociología desde el punto de vista de los desempoderados, usando la combinación de raza y género como una doble lente a través de la que descubrir las prácticas sociales de «dominación» y los principios de una sociedad basada en la «justicia» social.

Weber describe el mundo social desde el punto de vista de las mujeres, empleando la experiencia de las mismas en cuanto a «autoridad y autonomía», «trabajo» y «cultura» para criticar tanto el mundo presente como la comprensión masculina universalizada de ese mundo.

- Las Mujeres de Chicago usan la investigación social para apoyar su teoría de que hay un «interés público» en el diseño de políticas sociales que mejoren la situación de categorías específicas de desempoderados (inmigrantes, clase trabajadora, niños, mujeres y afroamericanos).
- Webb busca solucionar el problema de la «pobreza entre los ricos» a través del uso de «la investigación social para orientar las políticas públicas».

Concluimos el análisis de cada capítulo con una discusión sobre la relación entre la teórica o teóricas con el canon establecido y con el paradigma feminista contemporáneo. Cada capítulo proporciona después textos seleccionados de la teórica o teóricas estudiadas.

Como muestra el resumen anterior de los temas, las mujeres fundadoras crearon toda una gama de teorías. Pero todas esas teorías comparten un compromiso moral con la idea de que la sociología debería y podría trabajar para aliviar el daño humano producido socialmente. El deber ético del sociólogo es buscar conocimiento científico fundamentado, rechazar hacer

de ese conocimiento un fin en sí mismo, hablar por los desempoderados, y defender la reforma social. Este sentido de finalidad moral no debería malinterpretarse como un remanente en las ciencias sociales de las «virtudes femeninas» del siglo XIX, descritas en la historia social americana como «el culto de la nueva femineidad» (p. ej., Welter, 1966/1973). Ya que en aspectos clave la sociología de las mujeres fundadoras se guía por reglas similares a las de las académicas feministas contemporáneas, para las que la teoría y la investigación deberían tener una base empírica y empoderar a los desempoderados, la correcta relación entre investigador y sujeto es la del reconocimiento mutuo, el teórico social debería monitorizarse a sí mismo de forma reflexiva como un actor ubicado socialmente, y el análisis social se debería construir desde relatos contextualizados hacia una teoría general y crítica de la sociedad (Benjamin, 1988; Collins, 1990; Fonow y Cook, 1995; Mies, 1983; Reinharz, 1983, 1992; Haraway, 1988).

Al elegir declarar que estas mujeres son parte de nuestra tradición como sociólogos, reafirmamos que la sociología es una disciplina que ha hablado directamente en la historia y ha presionado para actuar sobre los problemas más inmediatos que confronta cualquier sociedad en la que se practica. La importancia de la reincorporación de estas ideas es doble. En primer lugar, nos muestra que las ideas de la sociología feminista contemporánea tiene una ilustre, larga y genuina tradición en la disciplina. En segundo lugar, nos enfrenta a un problema en el corazón de la disciplina: la tensión entre los principios y prácticas exclusivas e inclusivas. Estos temas son sujeto del epílogo de este libro.

El presente volumen no es un triunfo de la verdad en sí misma, aunque pensamos que representa una verdad sobre la historia de la sociología y de la teoría social y contribuye de manera importante a la comprensión de nuestra herencia como sociólogos y teóricos sociales. Los mismos procesos que operaron para excluir a las mujeres, el funcionamiento conjunto de una política de género y una política del conocimiento, operan ahora para hacer posible su resurgir. Los sociólogos están redescubriendo a las mujeres fundadoras debido a un movimiento social mucho más amplio dirigido hacia una mayor inclusión –especialmente el movimiento global feminista de la segunda y, ahora, tercera oleada, junto con la movilización de personas de color y de gais y lesbianas–. Este reajuste de poder social afecta ahora a

las dinámicas internas de la profesión sociológica. Dentro de la sociología, es la acción feminista colectiva la que hace posible la recuperación de las mujeres fundadoras: la emergencia de *Sociologists for Women in Society* en 1971, la creación de la sección de la ASA sobre mujer y género en 1972, el establecimiento de *Gender & Society* en 1986 y la organización de la sección de la ASA sobre Raza, Clase y Género en 1996. Un movimiento hacia una historia más inclusiva, sin embargo, necesita más que buena voluntad. Debe basarse en una movilización continua de aquellos excluidos, una movilización que cree la posibilidad de diálogo entre iguales empoderados (Collins, 1996). Al hablar de los logros de las mujeres en la sociedad contemporánea, las sociólogas feministas «advierten del peligro de pasar por alto... que tales éxitos [son] el resultado de la acción feminista. Es fácil de olvidar» (Ferree y Hess, 1985, en Roby, 1992, p. 20). La historia que se despliega en los siguientes capítulos demuestra hasta qué punto son tenues dichos logros, hasta qué punto son implacables las fuerzas de exclusión y, sobre todo, lo *fácil que es olvidar*.

2. Harriet Martineau (1802-1876). *Los inicios de una Ciencia de la Sociedad*

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS

Harriet Martineau nació en Norwich, Inglaterra, el 12 de junio de 1802, y murió el 27 de junio de 1876 en Ambleside, en The Knoll, la casa que ella misma había diseñado y construido en el Lake District, en Inglaterra, con el dinero que había ganado como reputada mujer de letras en Gran Bretaña. Había cumplido la promesa que se había hecho a sí misma en su 27º cumpleaños, cuando se enfrentó a la elección de ganarse la vida con una aguja o con una pluma, siendo la costura la fuente de ingresos más segura: «No creo que posea talentos poco comunes, y no tengo un ápice de genio; pero dadas las circunstancias que me han llevado a pensar de forma más rigurosa y a leer más extensamente que otras mujeres, creo que puedo escribir sobre cuestiones de interés universal para informar a algunas mentes y agitar otras» (Martineau, 1877, III, p. 33). Escribió con éxito sobre diversas disciplinas (sociología, literatura, literatura infantil, historia y crónica política).

Estableció sus ideas fundacionales sobre la naturaleza de la sociedad y las reglas del método sociológico en la década de 1830-1839, principalmente en dos trabajos íntimamente relacionados, *Society in America* (1836) y *How to Observe Morals and Manners* (1838b). En su esbozo biográfico nos centramos en el camino intelectual y personal que la condujo al proyecto de fundar una ciencia de la sociedad; después hacemos un breve resumen del resto de su carrera, enfatizando su trabajo continuado en la sociología. Las fuentes de nuestro esbozo bibliográfico son la autobiografía remarcablemente vívida de Martineau, *Autobiography* (1877); el estudio erudito, meditado y ameno de Susan Hoecker-Drysdale, *Harriet Martineau: First Woman Sociologist* (1992); la excelente introducción de Michael R. Hill a la tan necesaria reedición de *How to Observe Morals and Manners* (1838/1989); y los estudios sobre Martineau realizados desde otras disciplinas por Pichanick (1980), Robert K. Webb (1960) y Yates (1985).

FUNDACIÓN DE UNA CIENCIA DE LA SOCIEDAD

Tres hechos biográficos son cruciales en el desarrollo de Martineau como socióloga: (1) una infancia marcada por las convicciones unitarias, por los intereses comerciales de una familia de clase media y por su infelicidad personal causada en parte por una progresiva pérdida de audición; (2) una serie de crisis a finales de los años veinte que interrumpieron –o la rescataron de– una vida convencional y le permitieron diseñar su propia vida; (3) su convicción de que debía usar su talento para escribir al servicio de la sociedad como educadora pública.

Infancia. Martineau creció en un ambiente que promovía la defensa de las ideas propias con independencia de las consecuencias sociales, fue capaz de expresar esas opiniones claramente con argumentos racionales, y buscó a través de una reflexión férrea cómo conjugar el propio comportamiento con los principios trascendentales que gobernaban el universo. Por tanto, desde su infancia, se interesó por la búsqueda de esos principios –el natural, el social y el ético– que configuran el mundo.

Fue la sexta de ocho niños nacidos de Thomas y Elizabeth (Rankin) Martineau en Norwich, una próspera ciudad industrial con una cultura intelectual centrada en la tradición inglesa disidente. Los disidentes pertenecían al grupo de sectas protestantes –baptistas, metodistas, quakers, presbiterianos y unitarios– que rechazaron aceptar el anglicanismo, la religión estatal de Gran Bretaña, y que tuvieron prohibidos algunos derechos civiles como votar y acceder a la universidad. Los Martineau eran unitarios, una secta particularmente intelectual que restaba importancia al significado de un Dios personal, y se centraba en cambio en el deber humano de buscar y vivir según los principios con los que Dios ordenó el mundo. Los unitarios enfatizaban la educación y pretendían una mayor educación para sus hijas de lo que era común en la sociedad británica. Martineau fue principalmente educada en casa, aunque tuvo algunas experiencias de escolarización en contextos más formales; pero como todas las mujeres de su época, y aunque le pesara toda su vida, tuvo prohibido el acceso a la universidad.

Su padre, Thomas, fue un fabricante de tejidos, que proporcionó a su familia un estilo de vida cómodo y cultivado de clase media. El sentido que Harriet Martineau le dio a la clase capitalista o poseedora de los medios de produc-

Harriet Martineau

ción estuvo afectado por las condiciones particulares del trabajo de su padre como capitalista a pequeña escala. Thomas Martineau trabajó duro supervisando personalmente a sus trabajadores, un fabricante cuya prosperidad estuvo ligada al bienestar de sus trabajadores, y un hombre de negocios sobrecargado por los impuestos y por las regulaciones gubernamentales. Pero este modo de fabricación, basado en la coordinación de artesanos cualificados y semicualificados, fue reemplazado durante su vida por una industria altamente mecanizada e impulsada por máquinas de vapor en Yorkshire y las Midlands británicas. Esta «revolución industrial» transformó las relaciones propietario-trabajadores de una manera que Harriet Martineau no siempre comprendió completamente –incluso a pesar de que esta revolución industrial, hacia 1820, había acabado con el negocio familiar y la prosperidad de la mayoría de Norwich (Webb, 1960)–. Estas experiencias hicieron que la «economía política», como se conocía entonces a la ciencia emergente de la economía, se convirtiera en un tema principal de debate en su familia, un tema por donde empezó a escribir sobre la ciencia social.

Los Martineau, por tanto, se hallaban fuera de la clase dirigente en dos sentidos: eran pequeños fabricantes en un país en el que el poder político todavía pertenecía a la nobleza terrateniente y eran disidentes de la iglesia establecida, que ejercía poder político y pretendía mantenerlo. Este posicionamiento social hizo que fuesen, como la mayoría de unitarios, políticamente progresistas más que revolucionarios: tenían mucho que ganar de la reforma pero incluso más que perder de la revolución. Desde esta tibia posición, los unitarios respondieron a los argumentos intelectuales de las revoluciones americana y francesa, buscaron la reforma política en Gran Bretaña y trabajaron por los derechos de otros grupos oprimidos, particularmente por la abolición de la esclavitud en el Imperio Británico.

Martineau, según su propio relato, enfermaba frecuentemente cuando era niña y era a la vez tímida y obstinada. Harriet interpretó que esto pudo haber producido cierto distanciamiento afectivo de su madre –o pudo ser simplemente que la Sra. Martineau estaba demasiado absorta en la gestión de un hogar grande–. La vida de Martineau se complicó aún más por la pérdida seria y permanente de la mayoría de su audición cuando tenía 12 años, una discapacidad que parece que su familia no reconoció inmediatamente –no consiguió su apreciada trompetilla para el oído hasta 1820. Su consuelo más profundo mientras crecía lo halló en la lectura, el estudio y la escritura. Durante toda su vida, Martineau desarrolló el hábito del autoaprendizaje disciplinado y de la escritura, reflejos de los valores del unitarismo, la admiración de su familia por la erudición, y la tregua del estrés diario que le producía ser auditivamente discapacitada. Su primera publicación fue un ensayo anónimo de 1822, «Female Writers on Practical Divinity», en la revista unitaria *Monthly Repository*, que recibió los elogios de su familia incluso antes de que conocieran su autoría.

Crisis y cambio. El curso de la vida de Martineau se vio dramáticamente afectado por dos acontecimientos en la década de 1820-1829: el declive de la fortuna familiar y la ruptura de su compromiso matrimonial. Con el comienzo de la crisis económica a escala nacional en 1824, el negocio textil de los Martineau sufrió una constante caída, que se aceleró con la muerte de su padre en 1826; el negocio quebró por completo en 1829. (La especulación financiera causó la crisis económica, y durante toda su vida Martineau se opuso a este tipo de inversiones capitalistas). Durante este mismo periodo, Martineau, con muchas reservas, se comprometió con un pastor unitario psicológicamente inestable. A juicio de Hoecker-Drysdale, parece que se comprometió más por convencionalismo que por afecto. Cuando él cayó en la locura, la respuesta de Martineau fue de alivio; rehusó visitarlo, pidió sus cartas de vuelta y un mes después de su muerte declaró que se encontraba con el «ánimo elevado» (Hoecker-Drysdale, 1992, p. 24). El hundimiento del negocio familiar había dejado a las mujeres Martineau solo con su apoyo mutuo. Dos hermanas se fueron a trabajar como institutrices. Se acordó en la familia que Martineau, debido a su sordera, se quedara en la casa familiar con su madre e intentara ganarse la vida cosiendo y escribiendo. Martineau comenzó a escribir cuentos de ficción sobre temas económicos y pidió que se le pagara por los textos éticos y fi-

losóficos con los que contribuía en el *Monthly Repository*. El editor de la revista le ofreció 15 libras al año y ella empezó a escribir prolíficamente. En 1830, año excepcional, completó 52 artículos para el *Repository*, más una novela, un libro sobre historia religiosa y ensayos para tres certámenes financiados por la *Unitarian Association*.

En 1831, durante una visita a Dublín financiada por un premio en efectivo de los unitarios, Martineau tuvo la idea de lanzarse definitivamente a la literatura inglesa y al mundo político de su momento, con la convicción de que el público lector estaba preparado para una serie de cuentos cortos que ilustraran los principios de la economía política. Tras mucho esfuerzo, logró finalmente interesar a un editor, pero las condiciones eran muy severas: tenía que conseguir 500 subscripciones de antemano; el editor se llevaría la mitad de los beneficios, podía cancelar el acuerdo después de cinco volúmenes, y se tenían que vender mil copias de los dos primeros volúmenes en dos semanas. Los primeros volúmenes de *Illustrations of Political Economy* se publicaron en 1832, y las series fueron un contundente éxito de ventas. Escribiendo *Illustrations*, Martineau sacó 25 volúmenes en 24 meses; en cada volumen de aproximadamente 33.000 palabras se narraba una historia que enseñaba los principios de la política económica, que se resumían al final, y se publicó en versión de bolsillo para que fuese más manejable. Hacia 1834, la serie se vendía al ritmo frenético de «10.000 ejemplares por mes, que se puede comparar con las ventas de otros autores bien conocidos en aquel periodo: se vendieron 3.000 copias de *Principles*, de J. S. Mills, en cuatro años; de las novelas de Dickens, que primero salieron en serie, se vendieron 2.000 o 3.000 copias y se consideraron muy exitosas;... Parece que superó en ventas a casi todo el mundo» (Hoecker-Drysdale, 1992, pp. 33-34).

Interpretando su propia vida hasta ese momento, Martineau consideraba que los grandes cambios de los años 20 –la pérdida de dinero y el fin de su compromiso matrimonial– la habían liberado:

> Yo, que había estado obligada a escribir antes del desayuno o de forma privada, tuve en adelante libertad para hacer mi propio trabajo a mi propia manera; porque habíamos perdido nuestra posición social... [A]l ser abandonadas, cuando todavía podíamos, a nuestros propios recursos, trabajamos eficiente y duramente, ganamos amigos, reputación e independencia, vimos abundante mundo, fuera y dentro y, en resumen, vivimos intensamente en lugar de vegetar. (1877, I, p. 142).

La llamada de la escritura. *Illustrations of Political Economy* situó a Martineau ante la opinión pública en el papel que iba a mantener durante el resto de su larga vida: comunicadora de las teorías críticas y temas de su época para el público en general. Escribir para un público general le permitió ser económicamente autosuficiente, influir en las políticas públicas, responder a la llamada del deber de educar a otros y, quizás, alcanzar una sociabilidad que su sordera amenazaba. Este conjunto de motivaciones la condujo a una sorprendente productividad a lo largo de una larga vida. La habilidad de Martineau para escribir a una velocidad excepcional fue el resultado del método para componer en el que se había entrenado a sí misma con rígida autodisciplina: «Siempre me he asegurado de lo que quiero decir, para después escribirlo sin miramientos ni ansiedad, ojeándolo de nuevo solo para ver si omití o repetí palabras, sin alterar una simple frase de todo el trabajo» (1877, I, pp. 121-123). Martineau mantuvo como un objetivo principal la accesibilidad al público en general de todos sus textos, una preocupación constante en *Illustrations*: «los trabajos que pretenden enseñar [economía política] se han escrito para los instruidos, y solo pueden interesar a los instruidos... No podemos comprender por qué la verdad y sus aplicaciones no se deberían hacer más claras e interesantes al mismo tiempo, describiendo cómo esos principios repercuten de hecho en las comunidades» (1832-1834, I, pp. viii-xi). *Illustrations* son, como Martineau fue la primera en admitir, poco originales; pero le dieron suficiente seguridad económica, confianza y reputación como para permitirse mayor independencia de pensamiento.

El nuevo giro en su pensamiento fue hacia la creación de una ciencia de la sociedad y empezó en 1834, cuando viajó a América buscando un cambio tras su agotadora producción de *Illustrations*. Pasó dos años en América y escribió tres libros sobre sus experiencias: *Society in America*, *How to Observe Morals and Manners* y *Retrospect of Western Travel* (1838d). A Martineau le encantó su aventura de dos años en América, desde el trayecto, durante el cual se ató a sí misma al mástil durante un huracán para vivir la experiencia plena, hasta sus viajes por toda América, y sus conversaciones allí con personas de todo tipo. Abre *Society in America* con un breve recuento de los lugares donde estuvo, describiendo un itinerario que intimidaría incluso al viajero moderno. Atracó en la ciudad de Nueva York, pero finalmente llegó lejos, por el sur hasta Nueva Orleans, por el oeste hasta la nueva ciudad de Chicago, y por el norte hasta la Isla Mackinac (Michigan). Visitó

veinte estados (de los entonces veinticuatro), viajó a pie, a caballo, en carruaje y en barco. Hizo visitas repetidas, especialmente a Nueva Inglaterra y a Nueva York. En Washington, visitó el Congreso, cenó con el presidente Jackson y conoció a «prácticamente cada senador y diputado» (1836/1837, I, pp. x-xiv). La visita a América provocó una nueva apertura en el pensamiento de Martineau, que muestra en *Society in America*, quizás su pieza más radical sobre análisis social. En esta obra, defiende con fuerza y claridad la equidad racial, la liberación de los esclavos, la causa abolicionista, los derechos de las mujeres, y la necesidad de equiparar la propiedad. Le gustaban los americanos, y parecía que a la mayor parte de ellos les había gustado ella (véase Webb, 1960, cap. 1). Hizo amistades significativas y duraderas, las más importantes con William Lloyd Garrison, el líder abolicionista y Maria Westin Chapman, otra abolicionista a quien Martineau nombraría más tarde su albacea literaria.

Su experiencia por la causa abolicionista le dio la oportunidad a Martineau de practicar lo que tanto había predicado: la valentía de la convicción. Martineau había escrito contra la esclavitud ya en 1830, pero no se había identificado con los abolicionistas americanos, cuyas estrategias beligerantes ella cuestionaba. Inicialmente fue bienvenida como invitada en casas de propietarios de esclavos en el sur, aunque se sentía incómoda y declaró haberse posicionado allí en contra de la esclavitud. Pero en su segunda visita a Boston asistió a una reunión abolicionista, donde le pasaron una nota preguntándole si hablaría para la concurrencia. En *Autobiography*, recuerda: «El momento en que leí esa nota fue uno de los más dolorosos de mi vida. Sentí que nunca podría ser feliz de nuevo si rehusaba hacer lo que me pedían, pero cumplir era probablemente cerrarme todas las puertas en los Estados Unidos excepto las de los abolicionistas» (1877, II, p. 30). Prefirió seguir su conciencia, a riesgo de ver reducidas sus posibilidades de hacer investigación en ciencias sociales. Martineau habló y a partir de entonces le amenazaron con su vida, se truncaron sus planes de un viaje de regreso al sur, y se redujeron sus opciones de visitar con facilidad a mucha gente del norte.

A su vuelta a Inglaterra en 1836, Martineau inició el proceso de publicación de *Society en America*, revisó y publicó *How to Observe Morals and Manners* y escribió varios artículos de revisión importantes en los que aplicó su perspectiva de las ciencias sociales. Al revisar los anales de la *Female Anti-Slavery*

Society en un artículo titulado «The Martyr Age of the United States» (1838c), subrayó tanto su visión antiesclavitud como su convicción inquebrantable de la importancia y el heroísmo de las mujeres. En «Domestic Service» (1838a) hizo un análisis sociológico detallado de la compleja práctica del trabajo doméstico remunerado como ejemplo de las tensiones de clase. Acabó la década con la novela *Deerbrook* (1839), que fue bien acogida y que rompió con los convencionalismos al ofrecer héroes de clase media en una novela sobre costumbres, que inspiró a Charlotte Brontë y George Eliot en sus esfuerzos posteriores, tal y como ellas mismas reconocieron.

CARRERA POSTERIOR

La década de 1840-1849 anticipó el patrón de gran parte del resto de la vida de Martineau: producción prolífica tanto en sociología como en otros géneros, lucha contra la enfermedad, voluntad de buscar nuevas aventuras e implicación en controversias intelectuales y políticas. Entre 1839 y 1844 estuvo enferma, aparentemente con problemas ginecológicos. Siguió escribiendo incluso cuando estuvo enferma: *The Hour and the Man* (1841a), un relato de ficción sobre Toussaint L'Ouverture, el libertador negro de Haití, y *The Playfellow* (1841b), una serie enormemente popular de historias de aventuras para niños. Curada finalmente –ella creyó que a través del mesmerismo–, Martineau escribió dos libros sobre la enfermedad: *Life in a Sick-Room* (1844), una narración desde la perspectiva del paciente, y *Letters on Mesmerism* (1845). Este último causó controversia porque el hipnotismo era algo nuevo y no convencional. Pero su recuperación fue completa, y antes de 1845 había comprado tierras en Ambleside y había diseñado y construido The Knoll. Intentó dirigir la casa como una granja modélica y una empresa doméstica, cultivando su propia comida y asegurándose de que el servicio doméstico recibía un trato justo. Continuó su análisis sociológico en *Eastern Life: Past and Present* (1848), un relato de su viaje en 1846 por Oriente Medio, que trata la religión como una construcción social más que como una revelación divina; y en *Household Education* (1849), un tratado sobre la socialización en la infancia que invita a los padres a actuar como un refugio donde ofrecer esencialmente su amor incondicional.

La década de 1850-1859 siguió la pauta de la anterior. En *Letters on the Laws of Man's Nature and Development* (1851), escrito con un filósofo y

amigo más joven, Henry George Atkinson, Martineau argumentó que la mente se puede estudiar científicamente como una realidad material que forma ideas a partir de la experiencia. Rechazó la tesis idealista de que la mente tiene categorías inmanentes infundidas directamente por Dios. El libro fue recibido principalmente como una declaración de ateísmo, una acusación que ella describió como cierta «en el sentido vulgar, el de rechazar la teología popular, pero no en el sentido filosófico, de negar una Primera Causa» (1877, II, p. 351). En 1852 escribió *Letters from Ireland*, un libro de viajes y análisis social. En 1853 Martineau hizo la contribución a la sociología por la que ha sido más recordada hasta la actualidad, la traducción de los seis volúmenes de Auguste Comte, *Positive Philosophy*. El trabajo fue mucho más que una traducción; fue una condensación sistemática que clarificó muchas de las principales ideas del original:

> Sobre el método de trabajo para mi versión, sobre el que a menudo he sido cuestionada, era bien simple. Estudiaba a medida que avanzaba con... los temas del autor, revisando todo lo que había sabido alguna vez sobre ellos, y aprendiendo mucho más. [Después], simplemente ponía el volumen en una pequeña mesa delante de mí, ojeaba una página o un párrafo, y anotaba su significado de la forma más breve y simple que podía. Por tanto, mi trabajo no fue una mera traducción: supuso un ejercicio intelectual bastante diferente... el trabajo de condensar (1877, II, p. 391).

La edición en dos volúmenes de Martineau hizo que Comte fuera accesible para los lectores en inglés, y a Comte le gustó tanto que lo hizo traducir de vuelta al francés. Parece que Martineau encontró un paralelismo entre la visión de Comte sobre el crecimiento social y su propio viaje intelectual desde la «teología» a la «metafísica» y a la «filosofía positiva». En 1855, Martineau enfermó de nuevo; temiendo que iba a morir, escribió su autobiografía en tres volúmenes, seguramente una de las obras de este género en inglés más deliciosas y profundas. Su otro trabajo sociológico significativo de esta década fue un importante artículo de revisión, «Female Industry» (1859), que analizó el trabajo de la mujer en Gran Bretaña y defendió la relevancia de ese trabajo para la riqueza nacional.

Desde la década de 1850-1859 en adelante, Martineau se concentró en su carrera como periodista y comentarista pública, escribiendo «editoriales», es decir, artículos de opinión en editoriales de revistas inglesas como *Household Words*, de Charles Dickens, y el periódico liberal *Daily News*, al que

contribuyó con unos 1600 artículos (editoriales, textos de opinión, cartas y obituarios). Pichanick resume la gama de temas sobre los que escribió: «condiciones económicas, sociales y políticas; guerra en Crimea... política imperialista en Irlanda, India y las colonias... educación a todos los niveles de la sociedad... salud pública, reformas políticas, legales y presidiarias... derechos de las mujeres... abolición y guerra civil en Estados Unidos, cuestiones que preocupaban a la clase trabajadora» (1980, pp. 204-205). La influencia de Martineau en estos años fue enorme; durante la Guerra Civil Americana un político británico declaró que «[f]ue Harriet Martineau la única que mantuvo informada a la opinión pública inglesa sobre América de parte del bando [unionista] a través de la prensa» (William Edward Forster, citado en Pichanick, 1980, p. 213).

Durante su último año, Martineau (1877) redujo progresivamente su rango de actividades, confinándose finalmente en su habitación de The Knoll; murió pacíficamente, dejando un obituario que había escrito para sí misma: «Vio la raza humana... avanzando conforme a la ley del progreso;... disfrutó de su parte de la experiencia, y no tuvo... reticencias ni ansiedad cuando tuvo que dejar de disfrutar de la misma» (1877, III, p. 462).

TEORÍA SOCIAL GENERAL

PREMISAS

Desde su infancia, Martineau eligió una vida construida alrededor del estudio, la lectura y la escritura. Aunque reconocida normalmente como una escritora de la época victoriana, tenía treinta y cinco años cuando Victoria llegó al trono en 1837. Sus experiencias formativas reflejan por tanto las condiciones intelectuales de la Inglaterra del primer tercio del siglo XIX –algunas difusas y populares, como la respuesta británica a las revoluciones políticas en el extranjero y la creencia general en el progreso; otras técnicas y académicas, que incluían los debates dentro de la religión unitaria, la psicología de Locke, la economía utilitaria y la filosofía positivista–.

Nacida en medio de la intervención desesperada de Inglaterra en las guerras napoleónicas, Martineau absorbió tanto la retórica de las revoluciones americana y francesa como la ambivalencia de los intelectuales ingleses hacia

la revolución. De la literatura de estas dos revoluciones (que incluyó su lectura de *Vindication of the Rights of Women*, de Mary Wollstonecraft), tomó la idea básica de la igualdad humana, especialmente con respecto a la igualdad de las mujeres y la oposición a la esclavitud. Es una pensadora radical en lo que se refiere a su compromiso por la igualdad de las mujeres y la igualdad racial, temas que son distintivos de su sociología.

Como la mayoría de sus contemporáneos, creyó en el progreso, es decir, que el principio que rige la historia humana es el movimiento hacia la mejora. El progreso se veía a veces como la dirección frecuentemente interrumpida pero discernible de los acontecimientos humanos; a veces se retrató como una tendencia marcada por una serie de etapas distinguibles. A medida que avanzaba el siglo XIX, la idea del progreso se entrelazaba con nociones de la evolución biológica como el primer principio del universo. El uso que Martineau hace del progreso está más próximo a la primera forma de esta teoría, que el progreso tiene un potencial discernible. Su sociología se distingue por su esfuerzo por llegar a una definición completa de lo que constituiría una mejora en los asuntos sociales humanos.

Desde su unitarismo, Martineau adoptó la comprensión de que las personas eran seres activos moral y éticamente, dado que la teología unitarista se centraba en la responsabilidad personal más que en la dependencia a la adoración de un Dios omnipotente. Una cuestión central en su sociología es cómo esta moral y esta naturaleza activas tienen lugar o se distorsionan en el proceso de la vida social humana. Un corolario del unitarismo en la época de Martineau era la doctrina del *necesarianismo*, que proclamaba que Dios había creado el universo en el origen y había puesto en marcha leyes naturales que gobernaban el universo –leyes a las que Dios también estaba sujeto–. Martineau tomó algunas ideas del *necesarianismo*: que el mundo operaba de acuerdo con principios fijos que se podían descubrir y que gobernaban la vida humana y la del mundo natural; que las cualidades humanas de la razón y la conciencia hacían que cada individuo fuese responsable de sus acciones; que el individuo debe ser consciente de que cualquier elección es producto de las acciones pasadas y que promueve futuros estados en los que una elección se deberá adoptar de nuevo; y que la vida espiritual se construye sobre el estudio de este funcionamiento ordenado del universo.

Martineau desarrolló una psicología a partir de sus lecturas de filósofos como Joseph Priestley y David Hartley sobre el tema del *necesarianismo*, y

de sus predecesores intelectuales como John Locke. Todas las ideas proceden de la experiencia; no hay ideas innatas (por tanto, no hay pecado original, ni un impulso hacia el mal que nace con cada persona). Pero la mente no es un receptor pasivo. Su cualidad de ser activa viene de lo que Hartley llama el principio de asociación de las ideas –las propias ideas estimulan otras ideas y así es posible que la mente formule leyes y principios–. La fe de Martineau en la educación, que siempre aparece en su trabajo como socióloga, se basa en esta teoría de que la mente se desarrolla en respuesta a su entorno, ese desarrollo moral e intelectual sólido se produce por un entorno donde conscientemente se forman las mentes.

Aunque Martineau abandonó más tarde la economía política –«la afirmada ciencia no es para nada ciencia, estrictamente hablando» (1877, II, p. 25)- recogió algunos principios de su estudio de la economía política, sobre todo el principio ampliamente aceptado de la economía utilitarista de que el propósito de la acción social es asegurarel mayor bien al mayor número. En la época en que Martineau escribió *Illustrations of Political Economy*, la idea había originado dos escuelas. Una defendía que la gente necesitaba que se la incentivara con premios o castigos para ajustar sus acciones por el bien del conjunto. La otra, representada con más notoriedad por Adam Smith, argumentaba que había un principio de «identidad de intereses» en la sociedad –si las personas persiguen sus intereses individuales, la «mano invisible del mercado» producirá el mayor beneficio para el mayor número; los gobiernos solo tienen que adoptar la postura de dejarse llevar por la economía y permitir que funcione la libre competencia–. Martineau, durante toda su vida, dudó entre estas dos posturas. Su compromiso con los valores de la libertad individual y la cacapacidad de acción moral la llevó en numerosas ocasiones a oponerse a la «reforma» que pretendía regular el mercado en interés de los trabajadores, considerando que esta reforma interfería en el principio de la identidad de los intereses. No obstante, también estuvo profundamente comprometida con el principio de igualdad, y nunca dudó de que es necesario algún tipo de equiparación de los recursos materiales para lograr dicho principio. La educación era su estrategia para resolver este enigma, no se debe forzar a las personas a ajustar sus intereses por el bien de la comunidad, pero se les puede educar para elegir libremente esa posición.

En 1830, Martineau halló otra explicación de los principios sociales en la filosofía positivista de Henri Saint-Simon (1760-1825), el maestro de

Comte. La tesis principal de Saint-Simon era que la sociedad y la ciencia habían progresado hasta un punto en que la sociedad podía usar la ciencia para descubrir y mejorar su orden social y moral. La lectura que Martineau realizó de Saint-Simon le pudo haber animado a dirigir su búsqueda de principios científicos hacia el diseño de una ciencia de la sociedad.

Temas principales. Martineau buscaba crear una ciencia de la sociedad qué fuese sistemática, basada en la observación empírica, y accesible al lector en general, que permitiera a la gente tomar decisiones políticas y personales guiadas por una comprensión científica de los principios que gobiernan la vida social. Como otras fundadoras de la sociología, trabajó relativamente sola, experimentando con las formas de nombrar lo que estaba estudiando. «Sociología» era un término general en su vocabulario. Hoecker-Drysdale comenta que en 1837 Martineau escribió a su hermano James para decirle que le habían ofrecido ser editora de una nueva revista que pretendía «tratar los principios filosóficos, abstractos y aplicados, de la sociología» (1992, pp. 70-71). Pero ella más a menudo describe su trabajo como la ciencia de la sociedad o la ciencia de la moral, y se refiere al sociólogo como el estudioso de la sociedad, el estudioso de la moral, el observador, el viajante. Usa el término «viajante» en su trabajo más teórico, *How to Observe Morals and Manners* (1838b), porque en él intenta imaginar las condiciones en las cuales su audiencia puede realmente ser llamada a pensar y observar sociológicamente. En nuestra descripción de sus ideas usaremos los términos «sociólogo», «estudioso de la sociología» y «observador».

Para crear una ciencia de la sociedad, Martineau tuvo que desarrollar tanto las reglas de la investigación científica como su comprensión de la propia sociedad. Esto es lo que hizo fundamentalmente en dos trabajos muy relacionados de los años treinta: *How to Observe Morals and Manners*, una guía para el trabajo de campo sociológico escrito durante su viaje a América (revisado y publicado tras sus experiencias en América), y *Society in America*, un análisis sociológico basado en sus dos años de trabajo de campo. Continuó haciendo análisis sociológico el resto de su vida. En lo que queda de esta sección, describimos la sociología de Martineau en términos de cómo desarrollaba un tema de discusión, una epistemología, una metodología y una crítica a la dominación.

1. Para Martineau, el tema de debate de la sociología es la configuración característica de la moral y las costumbres en una sociedad. «Moral y costum-

bres» es el término general que Martineau utiliza para describir el tema de debate de la sociología. Por «moral» entiende las ideas colectivas de una sociedad sobre los comportamientos prescritos y proscritos; por «costumbre», los patrones de acción y asociación en una sociedad. Martineau sostiene que las «costumbres son inseparables de la moral o, al menos, dejan de tener sentido cuando se separan» (1838b, p. 220). Es decir, los patrones de interacción se entrecruzan con las ideas colectivas de la gente, que son las que les infunden significado. La expresión «moral y costumbres» no es un victorianismo sentimental. Martineau, como Comte y más tarde Durkheim, busca una etiqueta para el fenómeno del conocimiento compartido de una sociedad. Usa, como ellos, muchos términos diferentes –por ejemplo, «cualidades», «principios», «instituciones», «mentalidad común»–. En el paradigma funcionalista moderno, este fenómeno se describe como «normas», «valores», «instituciones» y «cultura». Pero, a diferencia de los funcionalistas, Martineau no trata la moral como un revestimiento que controla y determina la acción o las costumbres. Más bien, cree que las costumbres –pautas de acción y asociación– se forman en torno a las ideas colectivas de una forma compleja: motivadas por ellas, contradiciéndolas, revisándolas. Y cree que la moral existe de maneras diversas en cuanto a generalidad y formalismo, en todo, desde las leyes hasta los epitafios o las canciones populares.

Para Martineau el trabajo del sociólogo es describir, explicar y evaluar la relación entre costumbres y moral en una sociedad dada en un momento concreto en el tiempo. Para hacer esto el sociólogo debe (1) «identificar... las circunstancias» en las que se origina dicha relación (1828b, p. 27), (2) generalizar qué aspectos de la moral y las costumbres son «fijos y esenciales» en una sociedad (1838b, p. 10) y (3) descubrir y explicar «anomalías» o contradicciones entre acción y significado (1836/1837, I, p. 132). Entre las circunstancias que la propia Martineau estudia están la geografía social, los recursos materiales, la densidad de la población, la historia, la relación con otras sociedades, y la homogeneidad o heterogeneidad étnica. Para describir lo que está fijo y es esencial en la moral y las costumbres de la gente, el sociólogo tiene que ver a los individuos de una forma particular. Martineau argumenta que aunque «[hay] dos aspectos en los que se puede observar a cada individuo» –uno sin duda es como una persona autónoma– el interés del sociólogo está en estudiar al individuo de una segunda manera, «como un ser conectado infinitamente a otros seres, con facultades

inferidas, con una... voluntad dirigida; un medio transparente a través del que se revela el funcionamiento de los principios...» (1836/1837, II, p. 93). Desde esta última perspectiva, el individuo es el medio, o enlace, entre la moral o principios de la sociedad, por una parte, y sus costumbres o prácticas de interacción, por otra.

En su trabajo de campo en América, más que en su formulación de *How to Observe*, Martineau descubre la necesidad del sociólogo de tratar las anomalías, es decir, las contradicciones entre la moral declarada de una sociedad y sus costumbres habituales. Las anomalías de la sociedad estadounidense se convierten en su tema central en *Society in America*. La anomalía es un rasgo particularmente llamativo en la sociedad americana porque esa sociedad declaró formal y conscientemente sus principios morales en su Declaración de Independencia y en su Constitución. Martineau se centra especialmente en los principios de la Declaración de Independencia, que promete «que todos los hombres han sido creados iguales» y describe a los gobiernos en el sentido de que «obtienen sus poderes del consenso de los gobernados». Las costumbres que sostiene que están más en contradicción con estos principios, o son anómalas a ellos, son la esclavitud, la sumisión de las mujeres, la desigualdad que resulta de buscar la riqueza en las propiedades, y el flagrante cinismo de los representantes electos del gobierno. Centrarse en estas anomalías la lleva a formular como principio básico del cambio social la tensión entre la moral y las costumbres, que no puede continuar sin resolverse en una sociedad.

América le ofrece a Martineau un terreno ideal en el que explorar su percepción fundamental de que la moral y las costumbres están siempre construyéndose y modificándose socialmente, a pesar de que la gente que vive en una sociedad no siempre es consciente de esta construcción continuada de la realidad social. Considera que América es sociológicamente fascinante porque lo que ella llama «el proceso de construir el mundo» es muy visible o transparente allí comparado con Inglaterra, donde las costumbres se esconden tanto:

> En Inglaterra, todo nos llega completo y acabado sin notarlo... Cada hombre puede ser consciente de algún proceso de formación, que es asunto suyo llevar a cabo; pero todo lo demás se le presenta en su completitud... [En América], se le da la vuelta a la experiencia anterior... Es absorbente observar el proceso

de construcción del mundo, tanto de la formación del mundo natural como del convencional. Fui testigo de ambos procesos en América. (1836/1837, I, pp. 155-156).

2. Para Martineau la validez epistemológica del conocimiento sociológico depende de tres prácticas interconectadas: imparcialidad, crítica y empatía. Para Martineau el asunto epistemológico clave es cómo puede el observador elaborar generalizaciones justas y precisas sobre la sociedad observada. La orientación apropiada para el observador es la de la «imparcialidad», que para Martineau engloba no solo una proscripción del etnocentrismo sino una prescripción de criterios independientes de valoración y la práctica de una comprensión empática. El discurso de Martineau sobre la imparcialidad es una interpretación matizada y original de la idea de objetividad en sociología. En primera instancia, imparcialidad significa «la exclusión del prejuicio, tanto filosófico como nacional». El sociólogo no debe instilar prejuicios etnocéntricos o personales en el estudio de otra sociedad, o atribuir a las acciones observadas significados importados de su propia biografía o sociedad. El sociólogo no debe «quedarse perplejo o enfadarse al ver que los grandes fines del asociacionismo humano se persiguen con medios que nunca podría haber concebido o con cuyas prácticas no podría reconciliarse» (1838b, p. 13)*. El estudioso de la sociología debe ser siempre consciente de que «las acciones y los hábitos no siempre llevan su moral impresa de forma visible para todos los ojos» (1838b, p. 17) y debe intentar descubrir el significado que las acciones tienen para los actores.

Es esencial entender que para Martineau la imparcialidad no es la neutralidad valorativa. El sociólogo es un ser moral que debe valorar crítica pero justamente el estatus moral de la sociedad observada. Esto exige referentes imparciales para evaluar. Un referente a usar es el conjunto de principios que una sociedad establece para sí misma. En *Society in America*, Martineau propone «comparar el estado existente de la sociedad en América con los principios en los cuales está declaradamente fundada; por tanto examinando las instituciones, la moral y las costumbres con un referente indisputable y no arbitrario» (1836/1837, I, p. 5). Martineau concluye que la sociedad

* Un asterisco que sigue a una cita en el texto significa que el pasaje citado se ofrece en un contexto más amplio en las lecturas al final del capítulo.

americana está en una situación anómala, limitada parcialmente por los principios de igualdad que ha declarado formalmente, pero «desde un acto de fe en el funcionamiento infalible de los principios de verdad y las normas de justicia... [los Estados Unidos] enaltecen en su civilización una idea solo algo más elevada que aquellas que manejan naciones mucho menos favorecidas... en... libertad política» (1836/1837, II, p. 154). Un segundo referente para un juicio imparcial, por el que se aboga explícitamente en la mayoría de los propios análisis de Martineau y se recomienda formalmente a los sociólogos es «el único general», el referente de «la cantidad relativa de felicidad humana» (1838b, p. 13)*. Martineau lo propone como un principio universal que trasciende a las sociedades, por el que se pueden y e en juzgar la moral y las costumbres explícitas o implícitas de las sociedades. En su propio análisis sociológico, aplica este principio utilitario de la máxima felicidad para el mayor número a algunas preocupaciones muy específicas sobre cómo se puede lograr, apelando a los principios derivados de justicia y ecuanimidad, especialmente en el tratamiento de los menos poderosos. Explora el principio así ampliado, estudiando casos en que se viola por actos de dominación (véase tema 4, más adelante).

Pero el sociólogo no puede, ni ser imparcial, ni juzgar correctamente sin la capacidad de *empatizar,* una capacidad que distingue a los estudiosos de la sociología del estudioso de la geología o de la estadística general. Martineau escribe que el estudioso de la sociedad que carece de empatía es «como el que, sin oír la música, ve una sala llena de gente que comienza a bailar». Martineau critica de forma similar al observador en América «que nunca ha tenido ningún interés político considerable, y no puede empatizar con el sentimiento americano sobre la majestuosidad de la igualdad social» y a aquellos observadores americanos de la sociedad inglesa que «no empatizan con lo antiguo». Los primeros «nunca podrán entender la religión política de los Estados Unidos; las conversaciones de los ciudadanos junto a la chimenea, las peroratas de los oradores en los ayuntamientos, las instalaciones de los funcionarios y el proceso de elecciones»; los segundos no pueden entender que la sociedad británica contemporánea no inventaría la fastuosidad de «los carruajes reales, con ocho caballos engalanados con adornos», pero la mantendría por respeto a la tradición*. El sociólogo que carece de la empatía para extraer el significado de tales acontecimientos públicos nunca será capaz de analizar fenómenos relativos a la comunidad y al hogar

mucho más complejos y significativos, «incluso aunque los tejados de todas las casas de una ciudad fuesen transparentes para él y pudiera mirar todo lo que se hace en cada salón, cocina y cuartos de los niños en un radio de cinco millas» (1838b, pp. 44-45)*. El énfasis en la capacidad de empatizar vinculará, para el lector contemporáneo, a Martineau con la tradición interpretativa o weberiana de la sociología. Tan significativa o quizás más intrigante es la atención que Martineau dedica a la vida doméstica como objeto central de análisis sociológico, un tema recurrente en su carrera. Esta atención muestra que ya desde el principio había una sociología feminista, una sociología desde la perspectiva femenina.

3. La metodología de Martineau es buscar objetivaciones representativas de las costumbres y la moral de la sociedad estudiada. La primera regla del método sociológico de Martineau es: «el gran secreto de una investigación juiciosa sobre la moral y las costumbres es empezar por el estudio de los OBJETOS, usando el DISCURSO DE LAS PERSONAS como información sobre los mismos» (1838b, p. 63)*. Enmarca esta regla en una exposición detallada de por qué elegir objetos en lugar de disertar, cómo escoger los objetos, qué tipos de objetos elegir, y cómo hacer y organizar las observaciones sobre los objetos elegidos.

El problema metodológico al que se enfrenta el sociólogo es encontrar representaciones justas y rigurosas que muestren lo que es fijo y esencial en las costumbres y la moral de un pueblo. Martineau ve numerosos problemas en llegar a la representatividad a partir de entrevistas y afirmaciones de la gente. El sociólogo solo puede hablar o escuchar a un número limitado de personas y no tiene forma de asegurar que esa muestra constituya una muestra representativa fiable de la población en general. La diversidad de circunstancias origina que las opiniones de algunas personas sean más accesibles, visibles y prominentes en una sociedad. Si el sociólogo recibe opiniones consistentes de los entrevistados puede concluir erróneamente que hay más consenso del que existe realmente; por otra parte, una amplia diversidad de opiniones puede conducir al sociólogo a hacer generalizaciones basadas en su predisposición personal.

Martineau, por tanto, recomienda el estudio de aquellos «objetos» que encarnan o representan la «mentalidad común», «la voz de la gente», «las condiciones de las masas»: «La elocuencia de las instituciones y de los regis-

tros,... sean del tipo que sean, restos arquitectónicos, epitafios, registros municipales, música nacional o cualquiera de las miles de manifestaciones de esa mentalidad común que se puede encontrar en cualquier persona, proporciona más información sobre la moral en un día que la obtenida de la conversación con individuos durante un año» (1838b, p. 64)*. Con una inventiva extraordinaria, busca la manera de captar las costumbres de la gente en los objetos, fijando la atención en los tipos de actividad colectiva en los que participa la población. Sugiere tanto los indicadores a buscar sobre las costumbres como las preguntas a hacerse sobre los mismos:

> Se deben buscar indicios generales... En las ciudades, ¿abundan las reuniones sociales? ¿Y cuáles son sus objetivos y su carácter? ¿Son mayoritariamente religiosas, políticas o festivas?... ¿Están las mujeres allí? ¿En qué proporción, y con qué tipo de libertad? ¿Cuáles son los entretenimientos públicos?... En las pequeñas ciudades del campo, ¿cómo se imitan las ciudades?... En los pueblos, ¿cuáles son los entretenimientos populares? ¿Se reúne la gente para beber o para leer, para debatir, para jugar a juegos de mesa, o para bailar? (1838b, pp. 64-65)*

Incluso se pueden tratar como objetos las conversaciones con las personas, o los «discursos». En su capítulo «Discourse» («Discurso»), no trata el significado de lo que la gente dice sobre los objetos, sino que más bien hace del discurso un objeto en sí mismo, sugiriendo una tipología de posibles estilos de discurso: «En unos países se presta menos atención a la verdad de los datos, a la precisión detallada, que en otros. Unas naciones son más sinceras; otras más amables. Unas hacen prosa; otras se expresan de forma ligera... Unas adulan al extraño; otras le ignoran... Se puede considerar tales características del discurso general como una corroboración de las suposiciones extraídas de otros hechos» (1838b, pp. 222-223).

Al decidir qué objetos observar, el sociólogo debería comenzar con los aspectos universales de la vida colectiva: las diferencias de edad y género, los requisitos para la subsistencia, como la comida, la ropa y el abrigo; las condiciones de mortalidad, nacimiento, reproducción, enfermedad, muerte; la necesidad de concebir reglas o pautas para la vida colectiva; la necesidad de vida hogareña y de afecto. Para hacer generalizaciones seguras de toda una sociedad, Martineau aconseja al sociólogo seleccionar objetos que sean manifestaciones particulares de esos rasgos universales de la vida social humana. El cuadro de contenidos de *How to Observe* muestra cómo operacionaliza estas directrices (véase la tabla 2.1).

Tabla 2.1. Contenidos de *How to Observe Morals and Manners*, que muestran la idea de Martineau de cuáles son los indicadores, las estructuras y los valores sociales claves

CAP. I. Religión	CAP. III. Estado doméstico
Iglesias	Suelo y aspecto del país
Clero	Mercados
Supersticiones	Clase agrícola
Suicidio	Clase manufacturera
	Clase comerciante
CAP. II. Nociones generales de moral	Salud
Epitafios	Matrimonio y mujer, hijos
Amor a los semejantes y lugar de nacimiento	CAP. IV. Idea de libertad
Conversaciones de ancianos y niños	Policía
Carácter del orgullo prevalente	Legislación
Naturaleza de los ídolos populares	Clases en la sociedad
Hitos de la sociedad	Sirvientes
Trato a los culpables	Imitación de la metrópolis
Testimonio de los delincuentes	Escuelas
Canciones populares	Objetos y formas de opresión
Literatura y filosofía	CAP. V. Progreso
	Caridad
	Artes e inventos
	Multiplicidad de objetos
	CAP. VI. Discurso

Por ejemplo, Martineau observa la experiencia universal de la muerte en las secciones sobre suicidios, epitafios y salud (en las que considera las tasas de mortalidad). Considera que los enterramientos y los epitafios son objetos extremadamente significativos porque indican la moral y las costumbres de la gente en torno a un hecho inevitable de la vida social –la gente muere y algo se debe hacer con el cuerpo–. En su interpretación, las pirámides de Egipto muestran cómo los privilegios de clase no se equilibran con la muerte;

el uso de la ciudad cementerio en Inglaterra como área de esparcimiento y de chismorreo fácil, por otra parte, sugiere un sentido de comunidad que trasciende la distinción entre la vida y la muerte; los epitafios en los cementerios de París muestran una visión de la muerte caracterizada por un sentimiento de desesperanza y desolación, mientras que los de Nueva Inglaterra proclaman que la fuerza y esperanza de los vínculos familiares continúan en una vida después de la muerte. Tales indicios pueden sugerir qué comportamientos considera el grupo que son buenos, cómo interpreta la pérdida de un miembro y, por tanto, cómo define su propia continuidad.

Sería un error considerar los indicadores sociales de la tabla 2.1 simplemente como una lista de verificación del investigador. Los títulos y subtítulos de esos capítulos nos proporcionan un resumen de lo que Martineau considera la organización fundamental de la sociedad y lo que considera como medidas del grado en que una sociedad concreta está alcanzando la felicidad humana. En teoría, define el alcance de la felicidad humana de una sociedad en función de los ideales de justicia y ecuanimidad, y la ausencia de prácticas de dominación. Aborda las actitudes generales hacia la autoridad y el potencial para la dominación en su capítulo cuarto, «Idea de libertad». Su sentido del progreso (el tema de su capítulo quinto) se centra en el movimiento hacia un espíritu más extenso de comunidad, que se mide de mejor manera por los tipos de caridad que se practican en una sociedad. Aconseja desde el primer momento y repetidamente que el sociólogo analice el estatus de la mujer en cualquier sociedad como referente para juzgar su estado de moral doméstica.

Martineau dedica un espacio considerable a los mecanismos para la recogida de datos, concibiendo un formato de diario que cubre las necesidades propias, manteniendo el diario de forma regular, entrevistando sin intimidar, escribiendo los resultados de las entrevistas tan pronto como puede, y reevaluando frecuentemente los protocolos de investigación. También sugiere con ejemplos el uso de tipologías como herramienta para los estudios comparativos de las sociedades. Por ejemplo, al buscar los indicadores sociales sobre la dominación, Martineau se centra en la práctica caritativa de una sociedad, usando una tipología según los esfuerzos caritativos, que oscilan desde el tipo más bajo de caridad, que se preocupa solo de «aliviar la presión inmediata del sufrimiento en casos individuales», hasta el más alto, que dirige sus es-

fuerzos a «la prevención más que al alivio». El progreso se mide por el grado en que «s[e] ayuda a los desamparados... expresamente a causa de su desamparo, no por los sentimientos de compasión desatados por el espectáculo de sufrimiento de casos particulares, sino de una manera más noble y abstracta» (1838b, pp. 208, 214). Al informar de los resultados, Martineau insiste en dar al lector un resumen vívido de las observaciones. A esta estrategia se adhiere explícitamente en *Society in America*. En la creación y publicación entrecruzada de *Society in America* y *How to Observe*, tenemos la primera yuxtaposición en sociología de una propuesta metodológica y de una aplicación a la investigación de dicha metodología. Si no hay otra cosa que proclame a Martineau como primera socióloga moderna, este hecho lo hace.

4. Para Martineau la sociología es una ciencia crítica con un imperativo ético de oposición a la dominación. Para ella, el derecho primordial de todos los individuos, la clave para que cada persona persiga la felicidad en el bien general, es el derecho a actuar como un ser moral. «Si hay algún poder humano o asunto o privilegio que sea absolutamente universal, es el descubrimiento y adopción del principio y las leyes del deber. Como cada individuo, ya sea hombre o mujer, tiene razón y conciencia, este es un trabajo que cada uno está, por tanto, autorizado a hacer por sí mismo/a» (1836/1837, II, pp. 229-230). Lo opuesto de autonomía, o independencia, es la dominación, la forzosa «sumisión de la voluntad de uno al otro» (1838a, p. 411)*. La dominación, en su forma más inmediata y visible, puede hallarse en las interacciones entre individuos en las que una persona usa a otra persona como un instrumento, negando la subjetividad independiente del otro. La dominación también existe en las prácticas sociales que limitan la habilidad de la gente para funcionar como agentes libres moralmente.

En *How to Observe*, Martineau presenta tres criterios formales para estimar el grado de dominación en una sociedad: (1) las condiciones de los actores menos poderosos o desempoderados –mujeres, prisioneros, aquellos que necesitan de la caridad–; (2) la idea de libertad de la sociedad, que mostrará sus actitudes hacia la autoridad y la autonomía y (3) la evolución de la sociedad como proveedora de los medios para que las personas puedan ser actores moralmente independientes. Estos criterios conforman su investigación de la sociedad americana, en la que halla cuatro prácticas principales de dominación –la esclavitud, el trato hacia la mujer, la reificación de la

opinión pública y el fetichismo de la riqueza–. Estas motivaron su análisis porque son claras anomalías con respecto a los primeros principios declarados en América de equidad ante la ley, el consentimiento de los gobernados y la institución del gobierno como forma de asegurar los derechos a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad.

En «The Morals of Slavery» (uno de los diversos capítulos donde explora la moral de algunas instituciones –economía, comercio, manufactura y política–), Martineau examina el intento de justificar la esclavitud como un ejemplo de la compleja relación entre las costumbres y la moral. Pregunta, «¿Qué virtudes sociales son posibles en una sociedad en la que la injusticia es la característica principal? ¿En una sociedad que está dividida en dos clases, los siervos y los señores?» (1836/1837, II, p. 106)*. Ella dice que los dueños de esclavos piden clemencia como jefes, pero que esta es una virtud sin sentido, que se deriva como lo hace de una injusticia fundamental: «la de seres humanos que están totalmente sometidos a la voluntad de otros seres humanos, que no están bajo ningún otro control externo que el de la ley que prohíbe matar y mutilar, una ley que es difícil hacer cumplir en casos particulares» (1836/1837, II, pp. 112-113)*. Martineau sostiene que la institución de la esclavitud subvierte el potencial moral de todos: el esclavo, los propietarios blancos de los esclavos –hombres, mujeres y niños–; otros blancos que están en contacto con ellos –los llamados blancos libres en el sur y los mercaderes del norte que negocian con los bienes producidos por los esclavos–. Se centra en la influencia perversa de la esclavitud en la sexualidad y el matrimonio, entre las poblaciones blanca y negra y dentro de ellas. Con un nivel de franqueza que no volveremos a ver de nuevo en los textos de los sociólogos hasta que empecemos a estudiar el trabajo de Anna Julia Cooper e Ida Wells-Barnett, que escribieron medio siglo más tarde, ella estudia la extendida explotación sexual de las mujeres negras por hombres blancos y la realidad de la atracción sexual entre razas. Investiga la pena que esta explotación causa en los hombres negros, la impotencia y la complicidad de las mujeres blancas, y la destrucción del carácter del hombre blanco que no es fiel a su mujer y, o bien abusa de ella, o no reconoce su relación con la mujer negra. Para Martineau, toda la estructura doméstica, que considera la unidad primaria en la sociedad, está envenenada por la institución de la esclavitud. Identifica la conexión entre raza,

color y esclavitud en su capítulo «The Citizenship of People of Color», es decir, gente de color «libre» a quienes se les niegan sus derechos legales como ciudadanos de los Estados Unidos.

Para Martineau, la dominación de las mujeres es muy similar a la dominación de los esclavos, y señala esta comparación contundentemente. Como el esclavo, la mujer se ve y se describe a sí misma como complacida, pero «se le otorga la indulgencia como sustitutivo de justicia. Su caso difiere del caso del esclavo,... solo en esto, que la indulgencia es amplia y universal, en lugar de baladí y caprichosa. En ambos casos, la justicia se niega alegando nada mejor que el derecho del más fuerte» (1836/1837, II, p. 227). Las leyes que niegan a la mujer los derechos políticos y económicos eliminan la capacidad de acción moral de la mujer. Martineau establece las consecuencias de esta negación de autonomía legal y moral, esta contradicción entre el principio del consentimiento de los gobernados y otros aspectos de la sociedad —el estado del matrimonio, las posibilidades de trabajo de las mujeres, la salud de las mujeres y de los niños, la socialización y la educación de las niñas, y la sexualidad–.

En el análisis de Martineau, la subordinación de los americanos a la opinión pública socava su independencia moral y su capacidad de practicar el gobierno republicano. Martineau cree que los americanos viven en un estado de perpetua autocensura por sus miedos a la opinión pública. Pide al lector que considere «[q]ué daño puede infligir "la fuerza de la opinión pública" a un hombre o a una mujer buenos, que se pueda comparar con el demonio de vivir en la perpetua cautela» (1836/1837, II, p. 159). En el caso de la esclavitud, los americanos publican su opinión argumentando que hablar en contra de la esclavitud puede dañar la Unión. «Pero es posible que estos no vean que la esclavitud está mal, y si de hecho permanece vinculada a la Unión, ¿no debe caer la Unión?» (1836/1837, I, p. 134). El mayor peligro es que la gente asocie la supuesta opinión pública con la norma mayoritaria; y «[e]n un país donde la voluntad de la mayoría decide todos los asuntos políticos, existe la tentación de pertenecer a la mayoría» (1836/1837, II, p. 154). Esta tentación significa que los hombres a menudo buscan un cargo en el gobierno «declarando que su opinión coincide con la supuesta mayoría» (1836/1837, I, p. 85). Martineau dice que nada le causó más tristeza durante su investigación en América que el menosprecio que los americanos

tenían por los que buscaban un puesto en el gobierno, precisamente porque esos que buscaban un puesto se doblegaban ante la opinión pública –la misma opinión pública a la que sus votantes también obedecían–.

Martineau también analiza la anomalía de la frenética búsqueda de riqueza en la república americana. Esta configuración de costumbres y moral conduce, de dos maneras, a la dominación. Primero, produce un orden estratificado análogo al de la raza y el género, ya que «[l]a riqueza es poder, y no deberían permanecer grandes cantidades de poder en manos individuales» en una república (1836/1837, I, p. 175)*. Segundo, la búsqueda de riqueza reduce la capacidad de acción moral de la gente porque promueve la ansiedad y limita la reflexión. Martineau ve a los americanos insatisfechos porque les falta el tiempo libre para pensar en la dirección apropiada para sus vidas: «El tiempo libre, en algún grado, es necesario para la salud espiritual de cada hombre. Ni la producción intelectual, ni la paz mental pueden florecer sin él». Martineau enfatiza que América es suficientemente rica para ofrecer suficiente tiempo libre para todos si hubiese una «comunidad propietaria» (1836/1837, II, p. 180)*. Cree que los americanos lograrán «una ecualización de la propiedad» cuando reconozcan los costes del fetichismo de la riqueza –delincuencia, ansiedad y mala salud–.

Observando las prácticas de dominación como socióloga crítica, Martineau realiza una crítica de América que se puede contrastar con la sociedad de hoy: considera que la promesa de la sociedad se ha deteriorado y distorsionado por el racismo, el sexismo, la búsqueda irracional de dinero, y el miedo-adoración hacia la opinión pública de los trabajadores públicos y votantes similares.

LA IMPORTANCIA DE MARTINEAU EN LA HISTORIA Y LA PRÁCTICA ACTUAL DE LA SOCIOLOGÍA

MARTINEAU Y EL CANON DE LA SOCIOLOGÍA

El lugar de Martineau en la historia de la sociología es el de un miembro de su primera generación de fundadores. Hasta ahora los sociólogos han interpretado esta generación de acuerdo con los trabajos de tres pensadores principales, Auguste Comte, Herbert Spencer y Karl Marx, quienes se considera que han establecido las principales corrientes macroestructurales

–funcionalismo y teoría marxista del conflicto[1]–. Cada uno de estos hombres elaboró amplias manifestaciones fundacionales que presentaron una visión de las dinámicas históricas, sociales y evolutivas imperantes y situaron el trabajo del analista social en la doble tarea de expandir la comprensión científica de estas dinámicas y de proceder deductivamente para interpretar cualquier sociedad dada. De estos tres, solo Marx basa su teoría en observaciones directas de la vida social.

Si incluimos la obra de Martineau como parte de esta actividad definitoria inicial (en cuanto a publicaciones su obra constituye prácticamente el primer bloque de textos sociológicos, que se solapan solo con los de Comte), descubrimos que desde los mismos comienzos hubo otras corrientes paradigmáticas presentes en la sociología. El trabajo de Martineau nos muestra que siempre ha habido (1) una inquietud por los significados que las acciones tienen para los actores, (2) la idea de que el lugar para empezar a hacer sociología es en el campo, (3) la definición de que el tema de debate de la sociología es la diversidad de la vida humana, (4) un compromiso con la idea de que el género importa y (5) la creencia de que una crítica de la sociedad en términos de sus *múltiples* prácticas opresivas es la responsabilidad moral del sociólogo. Estos cinco puntos nos muestran en diferentes configuraciones que Martineau representa en la generación fundacional tanto el paradigma interpretativo, que normalmente se ha señalado que fue introducido por la segunda generación de fundadores, y el paradigma feminista, solo presentado de forma intermitente como un paradigma sociológico con una tradición. Por tanto, el lugar de Martineau en el canon es esencial para una comprensión completa de la complejidad de la historia de la sociología. Ampliamos esta idea comparando la sociología de Martineau con la de Comte, Spencer y Marx y después, en la siguiente sección, explicando los elementos del paradigma feminista visibles en su obra.

Abstracción frente a teoría fundamentada. Comte, Spencer y Marx tienen todos como proyecto principal la creación de una teoría social general y abstracta, y presentan esta teoría en un estilo aparentemente sin restricciones

[1] Se puede hacer una comparación inmediata entre el trabajo de Martineau y el de Alexis de Tocqueville en *Democracy in America* (1835/1840). Pero los sociólogos normalmente no incluyen ni a Tocqueville ni a Martineau en su reconstrucción de la historia. De todas formas, Tocqueville es, de lejos, el cronista sobre América mejor recordado, testimonio de la política de género que discutimos en el capítulo 1.

de accesibilidad al público en general[2]. Martineau se distingue de estos hombres en que busca crear una sociología narrativa vívida, fundamentada empíricamente, que muestre la realidad concreta de la vida de las personas en un estilo accesible para el público en general. Desea educar al público en lo que más tarde se llamará la «imaginación sociológica» (Mills, 1957/1977), mostrándole el producto de su imaginación –imágenes fieles y precisas de la vida social– y enseñándole cómo observar las costumbres y la moral por sí mismo. Su objetivo es capacitar a la gente para que obtenga una comprensión, proporcionada por la ciencia social, de sus deberes como agentes moralmente independientes en el terreno político y en el social.

Evolución: temas de mayor o menor importancia. Todos los hombres fundadores sugieren como tesis primordial el principio del desarrollo unidireccional de las sociedades. En las teorías de los tres, el curso de la historia de la humanidad es un movimiento que va desde formas de la vida colectiva simples, primitivas y vulnerables, hacia sistemas sociales complejos que se acercan cada vez más a la posibilidad de lo que ellos sostienen que es el mayor bien humano realizable. Para Comte, este bien es la estabilidad social en una sociedad organizada jerárquicamente, guiada de forma autoconsciente por los principios científicos sociales; para Spencer, es el equilibrio social entre las instituciones de una sociedad democrática e industrial; para Marx, un orden técnico-industrial en el que el aparato de producción pertenece a la colectividad y los productos se distribuyen de acuerdo con un principio de equidad.

Martineau también cree en un principio de progreso hacia una mejor sociedad, que mide como la cantidad y distribución de la felicidad que, para ella, es equivalente al grado en que todas las personas funcionan como agentes morales completos. Dicha sociedad requiere una distribución justa de los bienes materiales, tiempo libre para la elección reflexiva, cultivar las actividades intelectuales y las bellas artes, la educación pública universal, la igualdad entre hombres y mujeres, el autogobierno, el espíritu de moderación y el respeto hacia todas las clases de trabajo honesto. Pero Martineau se distingue de los hombres en que no hace del principio de desarrollo unidireccional de la sociedad un tema central, ni sitúa completamente a ninguna sociedad

[2] *The Communist Manifesto*, de Marx y Friedrich Engels (1848), es la excepción a este estilo.

en algún punto de un continuo general hacia este bien. En lugar de eso, estudia las configuraciones variadas de costumbres y moral en una sociedad –por ejemplo, religión, política, matrimonio, género, economía, raza y clase–, y desarrolla una serie de subtipologías de progreso. En religión, distingue dos modelos extremos, el licencioso y el ascético, y el modo más conveniente, que denomina «el moderado» (1838b, p. 68); en estratificación de clases, distingue entre sociedades que solo tienen dos clases, «propietarios y trabajadores», sociedades definidas por gradaciones complejas, y «las más avanzadas», aquellas sociedades en las que las funciones del trabajo y del capital están mezcladas y «las clases son menos distinguibles» (1838b, pp. 190-191). Cuando todas estas tipologías entran en juego, ninguna sociedad, desde el punto de vista de Martineau, alcanza completamente la perfección y casi todas las sociedades tienen algunos rasgos de progreso.

Estructura frente a significado. Los hombres fundadores conciben los sistemas sociales como sistemas de estructuras interrelacionadas: Comte explora la relación entre instituciones intelectuales como la religión, la educación y la ciencia e instituciones prácticas como la economía y la política; Spencer, usando el paralelismo de la sociedad con un organismo, identifica las relaciones funcionales entre instituciones como la religión, el gobierno y la economía; Marx, le da la vuelta a Comte, y analiza el efecto de la economía sobre el resto de instituciones, incluyendo la intelectualidad, pero interpola las relaciones de clase como mecanismo de asociación entre instituciones. Martineau se distingue de esta generación por ir más allá del análisis de la estructura social e investigar las relaciones entre el orden social a nivel macro, a gran escala, y las microdinámicas de la vida cotidiana. Enfatiza la observación empírica crítica de las acciones de las personas y sus significados, ya que estas están tipificadas en la moral y los principios, que se manifiestan en la interacción y están presentes en estados intrapsíquicos, como el estado de ánimo y la motivación. Excepto en situaciones de extremo sufrimiento y pobreza, ella, a diferencia de Marx, no ve que las circunstancias materiales determinen la moral, sino que también la influyen. Su interés sigue siendo saber qué pretende la gente, por qué tienen las intenciones que tienen, por qué fracasan o tienen éxito en esas intenciones, y qué anomalías existen entre los principios formales declarados y la moral y las costumbres vividas cotidianamente. Para entender todo esto, Marti-

neau se centra en el mundo de cada día como tema de debate; este foco la distingue no solo de Comte, Spencer y Marx, sino también del sociólogo al que a primera vista podría parecerse más, Emile Durkheim.

Martineau y Durkheim. Es posible describir a Martineau como predecesora de Durkheim cuando comparamos la primera regla metodológica de Martineau, «el gran secreto de la investigación inteligente sobre la moral y las costumbres es comenzar con el estudios de los OBJETOS, usando el DISCURSO DE LAS PERSONAS como explicación de ello» (Martineau, 1838b, p. 63) con el argumento de Durkheim en *The Rules of Sociological Method* de que «[l]a primera y principal regla es: *Considerar los hechos sociales como objetos*» (Durkheim, 1896/1938, p. 14). Pero tal perspectiva trivializa y margina la aportación de Martineau. Ella realiza su afirmación unos sesenta años antes que Durkheim y la hace decisiva y central en su metodología. Además, su desarrollo del concepto «objeto» es diferente del de Durkheim en varios sentidos importantes, sentidos que nos dicen mucho sobre la idea de ella y la de él de la sociedad y de la vida social.

La diferencia en la elección de los objetos a observar es la más importante. Durkheim normalmente elige lo que la feminista contemporánea Dorothy E Smith (1987) llamaría «los textos de las relaciones entre las normas» –leyes, doctrinas religiosas y registros gubernamentales–; Martineau normalmente escoge objetos que Smith denomina «realidades de la experiencia vivida» –lo que la gente come cuando se reúne en el bar, si la gente se reúne para beber, leer o bailar, los productos que se venden en un mercado, si el hogar es el centro de la vida social o siempre se planea que la diversión tenga lugar fuera de casa–. Durkheim se centra en los registros estadísticos del suicidio, pero Martineau desea observar los epitafios en los cementerios. Durkheim desea observar las leyes como indicadores del consenso social, pero Martineau es escéptica sobre la importancia empírica de las leyes, que considera como expresión del consenso social solo en repúblicas completamente democráticas –un ideal ni siquiera alcanzado en los Estados Unidos–. Martineau prefiere buscar indicadores en las actitudes de la sociedad hacia la libertad y el control, que ella dice que es la idea que ellos tienen de libertad. Ella cree que esta idea se puede medir a través de las actitudes de las personas hacia la policía, en la presencia y la calidad de los periódicos y en las formas en que se produce la persecución de las opiniones (1838b, p. 204).

Durkheim desea estudiar qué obliga a las personas a hacer lo que no harían en otro caso; Martineau desea comprender qué significados están presentes en lo que hace la gente y juzgar dichos significados de acuerdo con el progreso humano. La operacionalización del concepto de «objetos» de Durkheim ofrece una fórmula para el paradigma funcionalista de la sociología; la de Martineau, para los paradigmas feminista e interpretativo. Esta última diferencia se hace evidente en la falta de interés de Durkheim por la dominación y la centralidad de la dominación en el pensamiento de Martineau.

HARRIET MARTINEAU Y LA TRADICIÓN DE LA SOCIOLOGÍA FEMINISTA

Desde su despertar como aventura intelectual a mediados del primer tercio del siglo XIX, la sociología ha tenido un paradigma feminista. Cuatro temas clave de este paradigma se articulan en la sociología de Martineau: (1) una perspectiva de género, (2) un interés por las vidas y el trabajo de las mujeres, (3) un estudio de la dominación y la desigualdad en función de los puntos de vista y las diferencias entre las mujeres, y (4) un compromiso no solo por analizar el mundo, sino por cambiarlo.

Perspectiva de género. Martineau escribe y hace sociología tanto consciente de su posición como mujer, como de forma inconsciente. Su punto de vista como mujer se refleja en la presentación que hace de sí misma ante los lectores, su respuesta a la situación de las mujeres, su elección por los objetos de estudio, y su estilo de hacer sociología y teoría sociológica. Comienza *Society in America* abordando explícitamente la cuestión de género: «Me dijeron a menudo que el hecho de ser mujer era una desventaja» para hacer investigación social (1836/1837, I, xiii)*. La respuesta de Martineau refleja tanto su perspectiva de género como la centralidad de la mujer cuando argumenta que las mujeres tienen ventaja en la investigación social porque pueden tener un acceso más fácil a la vida doméstica, que define como lugar estratégico para el estudio de la moral y las costumbres. Repetidamente, invierte la práctica masculina de enfatizar la llamada esfera pública y de marginar la privada. Sugiere que es bastante fácil estudiar la esfera pública y que lo que es importante –y difícil– es estudiar la esfera privada. Remarca el fracaso de los hombres en darse cuenta de la importancia de lo doméstico: «Los hombres saben muy poco sobre ello, y con agrado apa-

rentarían saber menos de lo que saben... Los hombres nunca piensan en esta cuestión si pueden evitarlo... Lo consideran un mal que es tarea de las esposas gestionar y aguantar» (1838a, p. 408)*.

Más adelante, en *Society in America*, responde como mujer a su propia descripción de las condiciones de las mujeres en su capítulo «Political Nonexistence of Women», que Pichanick llamó «un manifiesto precoz, demasiado ignorado, en la campaña por los derechos de las mujeres » (1980, p. 93). Siguiendo la historia de la falta y de la pérdida de derechos civiles de las mujeres en los Estados Unidos, Martineau se pregunta «[c]ómo se puede reconciliar la condición política de las mujeres» con las reivindicaciones universalistas e inclusivas de la Declaración de Independencia (1836/1837, II, p. 148)*. Con una prosa mordaz, contesta que no se puede y discute los argumentos que los americanos dan para explicar esta anomalía. A la afirmación frecuentemente repetida de que las propias mujeres están de acuerdo o consienten su posición, dice que, en primer lugar, «dicho consentimiento no prueba otra cosa que la degradación de la parte menoscabada». Pero en segundo lugar, «esta aquiescencia es solo parcial;... Yo, al menos, no estoy conforme... Sé que hay mujeres en América que están de acuerdo conmigo en esto. La excusa de la aquiescencia se invalida con nosotras» (1836/1837, II, pp. 151-152)*.

Una perspectiva de género modela el estilo de Martineau de hacer teoría sociología, como modela la de los hombres. Dijimos anteriormente que una diferencia sustancial entre Martineau y los hombres coetáneos a ella en la primera generación de sociólogos era que ellos reclamaban una teoría general abstracta, mientras que ella buscaba una teoría descriptivamente rica, sustentada empíricamente. Los teóricos hombres se distancian debido a su género del contacto con el mantenimiento cotidiano de la vida social; Comte vivió como un recluso, Spencer heredó una fortuna privada y pudo mantener un servicio doméstico y Marx trabajó en sus manuscritos mientras su mujer y sus hijas organizaban la vida doméstica sin dinero. Martineau, por el contrario, nunca se alejó de su propia experiencia cotidiana y la de otras mujeres que en la práctica y en lo material crean y mantienen la vida del hogar.

Enfoque sobre la vida y el trabajo de las mujeres. La cuestión feminista básica de «¿Dónde están las mujeres?» es central en la teoría social de Martineau. La pregunta que ella plantea a todos los investigadores de la socio-

logía es: «¿Están las mujeres presentes, y con qué tipo de libertad?» (1838b, p. 65)*. Contestar a esta pregunta la lleva a investigar la vida y el trabajo de las mujeres y a explorar la dominación y la desigualdad en función de los puntos de vista y de las diferencias entre las mujeres. Retrata a las mujeres como actores con capacidad de acción, miembros tivos del mundo social, que no son ornamentos pasivos; su capacidad de acción adopta muchas formas –autonomía moral, voluntad independiente y acción práctica–. Su primera publicación trata sobre las mujeres escritoras de teología (1822); dibuja a las mujeres como trabajadoras en *Illustrations of Political Economy*; realiza al menos tres investigaciones extensas sobre el trabajo remunerado femenino: «Domestic Service» (1838a), «Female Industry» (1859) y «Modern Domestic Service» (1862); cuando focaliza la atención en los esfuerzos abolicionistas en los Estados Unidos, lo hace a través de la lente de los informes anuales de la *Female Anti-Slavery Society* de 1835, 1836 y 1837 (1838c). Al final de su vida, se implica en una batalla contra los intentos del Gobierno británico de proteger la actividad sexual de los soldados castigando a las prostitutas –y a cualquier otra mujer– sospechosas de transmitir enfermedades contagiosas; aquí, de nuevo se dirige, como en otros momentos de su carrera, hacia el problema de las condiciones que conducen a las mujeres al trabajo sexual como medio para ganarse la vida.

En sus estudios sobre el trabajo de las mujeres, utiliza datos estadísticos para probar la importancia del trabajo de las mujeres en la economía y en la sociedad, elabora una historia del empleo femenino, presenta una panorámica de su variedad, habla sobre la dureza de las diferentes ocupaciones, justifica la necesidad de mayor formación y alaba los logros de las mujeres. En estos análisis, Martineau enfatiza las limitaciones impuestas por las prácticas patriarcales en la capacidad de acción de las mujeres y sus efectos negativos sobre el conjunto de la sociedad. Centra la atención en las interconexiones entre una educación restrictiva, unas oportunidades de trabajo limitadas, la elección forzosa del matrimonio y la envidia que sienten los hombres de las mujeres trabajadoras. Sostiene, además, que el matrimonio y la vida familiar se ven afectados por el maltrato a las mujeres. El matrimonio «se degrada al considerarse la única finalidad de la vida en este mundo, aquella de la que depende su mantenimiento, sus consecuencias y su poder» (1836/1837, I, p. 178). Razona que el resultado inevitable del matrimonio por conveniencia debe ser «que la santidad del matrimonio

se degrada y el vicio triunfa. Cualquiera debe observar a simple vista que si los hombres y las mujeres se casan con aquellos a quienes no aman, deben amar a aquellos con quienes no se casan» (1836/1837, II, p. 243).

Diferencias entre las mujeres. La crítica de Martineau a la dominación y a la desigualdad es una doctrina central en su sociología (véase el tema 4, anteriormente en este capítulo). Sus análisis sobre el servicio doméstico agrupan los conceptos de género, clase y etnicidad y constituyen probablemente sus esfuerzos más concentrados en la sociología feminista. Considera que la dominación es el núcleo del enigma del servicio doméstico: «La peculiaridad de la vida del servicio doméstico es el sometimiento a la voluntad de otro... Una sirvienta entra en una familia con el único propósito de cumplir con la voluntad del empleador... Lo problemático y fundamentalmente mezquino de un acuerdo como este se hace aparente cuando consideramos la dificultad de establecer dónde debe parar esta obediencia al otro» (Martineau, 1838a, p. 411)*.

Argumenta que el servicio doméstico «es importante en sí mismo y también porque es sintomático de algunas cosas además de sí mismo» (1838a, pp. 408-409)*. Una de las cosas de la que es sintomático es la tensión de clases, en particular porque esas tensiones se materializan en la relación entre empleado y empleador. Los problemas inherentes al servicio doméstico también son sintomáticos del hecho de que las relaciones de clase a menudo tienen un trasfondo histórico integrado que se basa en las diferencias étnicas. El estudio de Martineau sobre la dominación en el servicio doméstico la lleva a las diferencias entre mujeres basadas en la clase y la etnicidad y al problema de la colisión de los puntos de vista. La subordinación general de las mujeres a menudo intensifica el uso irresponsable del poder, en lugar de atenuarlo. El resultado de las tensiones entre mujeres de diferentes clases, empeorado por la subordinación general de las mujeres, está encapsulado para Martineau en un hecho que ella cita en sus principales artículos de revisión sobre el trabajo de las mujeres: «Junto con las institutrices, el grupo más amplio de pacientes femeninos en los asilos mentales son las criadas de todos los trabajos» (1838a, p. 423; 1859, p. 307; 1862, p. 426)*. Explora las interacciones entre empleados y empleadores en términos de la confrontación debido a los puntos de vista, causadas por la falta de vocabulario y de procesos de formación en habilidades domésticas y por la falta de imaginación sobre las diferencias entre los distintos actores:

> ¿[Q]uiénes, de los que no tienen un trabajo manual, entienden los sentimientos de quienes sí lo tienen?... ¿Qué fue una vez la sirvienta, y cómo fue su crianza? Pronto se acostumbró al trabajo duro y a la abnegación... Se ha acostumbrado a las órdenes de otras personas, pero no a las maneras de otras personas. Va a hacer su servicio, llena de temor y expectación. Durante algún tiempo su señora tiene paciencia con ella; pero las señoras no son conscientes del tiempo que lleva superar los pequeños hábitos de toda una vida (1838a, pp. 424-426)*.

La sirvienta a su vez no es consciente de que ella no tiene ningún derecho en la relación y a menudo desdeña o le irritan las actividades que hacen sus empleadoras: la lectura y la escritura, por ejemplo, les parecen un ocio frívolo.

Cambio social. Martineau es en esencia una feminista liberal que cree en el progreso. Interpreta el progreso como el movimiento hacia el mayor bien para el mayor número, y ese bien como el derecho de cada individuo de actuar independientemente, un ser social con una moral autónoma. Su carrera y su teoría del cambio se ocupan de cómo ocurre el progreso. Ella cree: (1) que el progreso requiere una transformación de las aspiraciones; (2) que la transformación de las aspiraciones no puede ser obligada –de hecho, obligar a un cambio implica dominación y la dominación es avanzar en contra del progreso–; (3) que la transformación de las aspiraciones suceden a través de la reflexión; (4) que la reflexión puede suceder gradual y naturalmente cuando la gente vive y piensa a través de la experiencia, y (5) que la reflexión también se puede producir de forma abrupta y radical por una llamada a la conciencia.

Martineau encuentra ejemplos de ambos tipos de cambio en sus estudios sobre América. Cree que los americanos renunciarán al final a su búsqueda apasionada por la riqueza y que la equiparación de la propiedad ocurrirá. Pero insiste en que no ocurrirá por una revolución; ocurrirá más bien «[c]uando las personas se cansen de su servidumbre universal a la ansiedad del mundo, cuando hayan meditado y debatido extensamente sobre el hecho» de que esta persecución de la riqueza es una fuente de sufrimiento más que de alegría (1836/1837, II, p. 185). El movimiento abolicionista ilustra la otra forma en que ocurren los cambios. El cambio en este caso no es el resultado de un proceso gradual de reflexión sino de una clara llamada a la conciencia producida por una contradicción entre los principios formales que se profesan y las costumbres y la moral cotidianas que se practican. Algunas personas que aprecian la anomalía, ya sean esclavas o ricas,

«se levantan para derribarla»; se levantan no porque necesariamente vean más que otras personas, sino porque tienen «mentes gigantes, no en comprensión, sino en fe» (1836/1837, I, pp. 132; 197).

El papel del educador público –y Martineau define al sociólogo como un educador público– es ayudar en esta transformación de las aspiraciones, urgiendo a la gente a reflexionar sobre sus propias vidas y haciendo una llamada a la conciencia en nombre de los amenazados y desempoderados.

LECTURA 2-1

EXTRACTOS DE *HOW TO OBSERVE MORALS AND MANNERS* [CÓMO OBSERVAR LA MORAL Y LAS COSTUMBRES]

Este es el trabajo programático de Martineau sobre el método sociológico, está enmarcado en una consideración teórica importante de la naturaleza de la sociedad, el tema de debate de la sociología, y el significado del estudio sociológico. A lo largo de él, se refiere al investigador sociólogo como «observador» o «viajero»; el último término es en parte una estrategia para incluir al lector medio en la idea y la posibilidad de la investigación sociológica, y en parte la consecuencia del hecho de que Martineau lo escribiera como guía de sus dos años de trabajo de campo en Estados Unidos entre 1834 y 1836. El informe de investigación de ese trabajo de campo, *Society in America*, se presenta en forma de extractos siguiendo las secciones de *How to Observe*.

EXTRACTO DE LA PARTE I, «REQUISITES FOR OBSERVATION» [REQUISITOS PARA LA OBSERVACIÓN]

Esta selección se ha extraído de las páginas 1-45. Define las tareas del sociólogo como el estudio comparativo de la moral y las costumbres de las sociedades; enfatiza la naturaleza científica de este terreno de investigación;

Fuente: Harriet Martineau, *How to Observe Morals and Maners* (London: Charles Knight and Company, 1838).

establece un estándar con el que el investigador puede valorar críticamente una sociedad en términos de los niveles de felicidad de sus miembros; y avisa del rígido etnocentrismo del investigador, que debe sobre todo adoptar la virtud de la empatía en el trabajo de campo.

El observador de los hombres y las costumbres necesita tanta preparación intelectual como cualquier otro estudioso. Esto, de hecho, no se supone por regla general, y multitud de viajeros actúan como si no fuera cierto. ... [N]o hay recelo que incite [a este viajero] a decir, «Puedo proporcionarte poca información general sobre la gente que he estado viendo; no he estudiado los principios morales; no he juzgado sus costumbres nacionales».

No habría nada de lo que avergonzarse en tal declaración. Ningún hombre sensato se sonroja por ser ignorante en cualquier ciencia que no se ajuste a su propósito de estudio... [E]l filósofo natural... o el académico clásico [no debería] avergonzarse por desconocer la ciencia que, de todas las ciencias que se han abierto ya a los hombres, sea, quizás, la menos cultivada, la menos definitiva, la menos verificada en sí misma, y la más difícil de aplicar...

... ¿Quién de nosotros asumiría clasificar la moral y las costumbres de cualquier aldea de Inglaterra, después de pasar un verano en ella?... ¿Quién pretende explicar todas las acciones de su vecino de la puerta de al lado?...

... Si es por tanto estando en casa, en un contexto familiar, y hay influencias prevalentes que condicionan la interpretación cuando se quiere alcanzar un mayor número de hechos, ¿qué esperanza de una valoración fiable le queda al turista extranjero, por muy bueno que sea su método de viaje, y por muy larga que sea su ausencia de casa? Mira a la gente que encuentra a lo largo de su camino, y conversa con algunos de esos individuos. Si se separa, de tanto en tanto, de la carretera principal –incluso si va de un pueblo a otro, y cruza montañas, para introducirse en las aldeas de los valles– todavía sigue solo una dirección, y no controla la amplitud; como mucho está surtido por no más que una muestra de personas; y si realmente constituye o no una muestra, quedará como conjetura que no tiene medios de verificar. Conversa quizás, más o menos, con un hombre de cada diez mil que ve...

¿Qué se debe hacer? Aclaremos primero lo que no se debe hacer.

El viajero debe privarse a sí mismo de toda satisfacción producto de decisiones perentorias, no solo ante el público a su vuelta, sino también en su diario y en sus pensamientos más superficiales...

Los filósofos naturales no sueñan con generalizar a la misma velocidad que la empleada por los observadores de hombres; aun así podrían hacerlo con más seguridad, a riesgo de un daño incalculablemente menor... [P]ero si el viajero señala una cualidad que puede haber observado en unos pocos individuos como una característica de una nación, el mal no será fácil ni rápidamente remediable. Los pensadores abyectos, los lectores pasivos, adoptan sus palabras; los padres se las repiten a sus hijos; y la gente de la ciudad divulga los juicios de valor sobre pueblos y aldeas –la fortaleza del prejuicio–; los futuros viajeros observan de acuerdo con las ideas preconcebidas que se les han enseñado, y añaden sus testimonios al error, hasta que revertir una generalización apresurada se convierta en trabajo de un siglo...

Ante todo, el viajero no debe desesperanzarse por encontrar buenos resultados de sus observaciones. Dado que no se pueden establecer conclusiones certeras con medios imperfectos, no debe desistir y no hacer nada en absoluto. Aunque no se pueda generalizar con seguridad por una vía, no debe deducirse que no haya otra vía...

Debería animar al viajero pensar que, incluso si no está en su poder establecer ninguna conclusión respecto a la moral y las costumbres de un imperio, puede ayudar infaliblemente a aportar medios de aproximación a la verdad, y a resaltar «lo que es fijo y esencial en un pueblo». Esto debería ser suficiente para estimular sus esfuerzos y satisfacer su ambición...

Hay dos partes en el trabajo de observación sobre la moral y las costumbres –la del observador y la del observado–. Este es un hecho importante por el que el viajero pocas veces se preocupa como debiera; pero un momento de consideración muestra que la mente del observador –el instrumento con el que realiza el trabajo– es tan esencial como el material que va a crear... Señalaré qué requisitos debe estar seguro el viajero que posee antes de comprometerse a ofrecer observaciones sobre la Moral y las Costumbres de un pueblo.

Debe haber establecido qué es lo que quiere saber... [Este] método es el único que promete resultados útiles...

¿Qué quiere saber el viajero? Es conciente de que dondequiera que vaya encontrará hombres, mujeres y niños; hombres fuertes y hombres débiles; simplemente hombres y hombres egoístas. Sabe que encontrará en todas partes necesidad de comida, ropa y abrigo; y en todas partes algún tipo de

acuerdo general sobre cómo convivir. Sabe que en todas partes encontrará nacimientos, matrimonios, y muerte; y por tanto apegos domésticos. ¿Qué resultados pretende buscar en todos estos elementos de la vida social?...

Las... consideraciones que se acaban de mencionar deben estar subordinadas a la consideración superior, –la única general– la de la cantidad relativa de felicidad humana. La importancia de cada elemento de la vida social se deriva de esta consideración. La importancia de las ventajas externas de los hombres, sus apegos y emociones internas, el orden social, se gradúan en importancia de forma precisa en proporción a cómo afectan a la felicidad general del grupo social en el que se dan. Aquí se halla entonces el objetivo sensato del viajero, mantenerse como un observador ajeno a los prejuicios, tanto filosóficos como nacionales. No debe permitirse a sí mismo quedarse perplejo o enfadarse al ver que los grandes fines del asociacionismo humano se persiguen con medios que nunca podría haber concebido o con cuyas prácticas no podría reconciliarse...

Esta creencia más filosófica, derivada de todas las evidencias imparciales y de la simple reflexión, es que los sentimientos de lo que está bien y de lo que está mal en cada hombre, en lugar de nacer con él, crecen con él a partir de las influencias a las que está sujeto. Lo vemos en otros casos, con respecto a la ciencia, al arte, a las apariencias de la naturaleza, los sentimientos crecen del conocimiento y de la experiencia; y hay evidencias de que esto también es así con respecto a la moral. Los sentimientos comienzan muy pronto; y esta es la razón por la que se supone que nacen con los hombres; pero son pocos e imperfectos en la infancia y, en el caso de aquellos que se ejercitan fuertemente en la moral, se van ampliando y reforzando y refinando a lo largo de sus vidas. ¡Qué efecto tiene en las observaciones del viajero el que defienda esta creencia sobre la conciencia! Sabiendo que algunas influencias actúan sobre las mentes de todas las personas en todos los países, mira por todas partes buscando algunos sentimientos sobre lo que está bien y lo que está mal, que es tan seguro que estén en las mentes de todos los hombres que es como si hubieran nacido con ellos. Por ejemplo, atormentar a alguien sin razón, real o imaginaria, se considera algo malo en todo el mundo. De la misma manera, hacer feliz a otros se considera universalmente algo bueno. Al mismo tiempo, el viajero está preparado para encontrar una variedad infinita de diferencias en cuestiones menores...

El viajero que se ha convencido a sí mismo de que hay algunos sentimientos universales sobre lo que está bien y lo que está mal, y que en consecuencia hay algunos aspectos de la conducta humana que están guiados por reglas generales, debe a continuación prestar atención a los modos de conducta, que le parecen a él buenos o malos, prevalentes en una nación, o región, o sociedad de límites inferiores. Su primer principio general es que la ley de la naturaleza es la única por la que la humanidad puede ser juzgada en general. El segundo debe ser que cada virtud o vicio prevalente es el resultado de las circunstancias particulares en las que se desarrolla la sociedad.

Las circunstancias en las que se origina una virtud o un vicio prevalente pueden ser o pueden no ser identificables para el viajero. Si son identificables, no debería escatimar esfuerzos por familiarizarse con el caso en su totalidad. Si son opacos, debe tener cuidado de no provocar que los individuos se avergüencen, ya que esos individuos no viven en las circunstancias que le han hecho a él ser lo que es. No culpará una deficiencia de independencia moral en un ciudadano de Philadelphia tan severamente como en un ciudadano de Londres, viendo, como debe, que el deseo de independencia moral es una carencia prevalente en los Estados Unidos, y debe haber alguna razón para ello...

El observador debe ser empático; y su empatía no debe tener restricciones ni reservas. Si un viajero es un estudioso de la geología, puede tener el corazón tan duro como las rocas que hace añicos, y aun así tener éxito en sus objetivos inmediatos: si es un estudiante de bellas artes, puede ser tan silencioso como una pintura, y aun así lograr sus fines; si es un estadístico, puede ser tan abstracto como una columna de cifras, y aun así comprender lo que quiere saber: pero un observador de la moral y las costumbres estará sujeto al engaño en cada esquina, si no encuentra el camino hacia los corazones y las mentes...

... Un extranjero que nunca ha sentido un interés político fuerte, y no puede simpatizar con el sentimiento americano sobre la majestuosidad de la igualdad social y la belleza del gobierno compartido, no podrá entender nunca la religión política de los Estados Unidos; ni las conversaciones de los ciudadanos junto a la chimenea, las peroratas de los oradores en los ayuntamientos, las instalaciones de los funcionarios y el proceso de elecciones, será todo un sonido vacío y una mueca para él. Estará tentado a reír, a que el mundo le llame loco, como aquel que, sin oír la música, ve una habitación llena de gente que comienza a bailar. El caso es el mismo que con ciertos

americanos que no sienten simpatía por lo antiguo, y piensan que nuestros soberanos están locos por conducir a St. Stephen's en la carroza real, con ocho caballos cubiertos de adornos y una tribu de grotescos hombres a pie... Si un viajero no empático se queda tan perplejo ante una mera cuestión de orden externo, –una procesión real, unas elecciones populares– ¿qué se puede esperar que entienda de lo que es mucho más importante, más intrincado, más misterioso, la vida doméstica y de la comunidad más próxima? Si no sabe ni siente nada de la religión de esas personas, puede aprender poco de ellas, incluso aunque los tejados de todas las casas de una ciudad fuesen transparentes para él y pudiera mirar todo lo que se hace en cada salón, cocina y cuartos de los niños en un radio de cinco millas.

EXTRACTO DE LA PARTE II, «WHAT TO OBSERVE» [QUÉ OBSERVAR]

Esta selección se ha extraído de las páginas 61-66. Es el pasaje más famoso del libro, y discute el problema de cómo tomar la muestra de informantes y la necesidad de estudiar «objetos» que objetiven la moral y las costumbres de una sociedad. Se clarifica cada uno de estos conceptos en la selección de Martineau sobre los indicadores de investigación.

Muchos rasgos componen la fisonomía de una nación; y casi nunca un viajero está cualificado para estudiarlos todos. El mismo hombre rara vez está suficientemente iluminado para hacer investigación sobre la religión de un pueblo, sus nociones generales de moral, su estado económico y doméstico, su condición política y las características de su progreso al mismo tiempo; todo lo que es necesario para entender completamente su moral y sus costumbres. Pocos han intentado ni siquiera una investigación de este alcance... [E]l viajero oye y anota lo que dicen unas y otras personas. Si tres o cuatro están de acuerdo en sus declaraciones en algún punto, él deja de tener dudas, y el asunto se zanja. Si difieren, él se queda confuso, no sabe a quién creer y decide, probablemente, de acuerdo con sus ideas preconcebidas. Cualquiera de los dos casos es casi igualmente malo. Oirá solo una versión de la cuestión si considera solo a una clase de personas, –como el inglés en América, por ejemplo, que se dirige por lo general con cartas de presentación de los comerciantes de su país a los comerciantes de las ciudades marítimas–... Esa interrelación parcial es fatal para las observaciones

del viajero; pero es menos confuso y doloroso en el momento en que el proceso se mejora yendo de un grupo de personas a otro, y oyendo lo que tienen que decir. Ningún viajero en los Estados Unidos puede aprender mucho del país sin conversar igualmente con granjeros y mercaderes, con artesanos y funcionarios, con aldeanos y agricultores; pero, mientras cumple con esta tarea, se desconcertará tanto con las contradicciones de las declaraciones y de las convicciones, que a menudo cerrará su cuaderno de notas en un estado de escepticismo de si habrá alguna verdad absoluta que brille firmememente tras toda esta tempestad de opiniones... La verdad completa empieza en el final equivocado.

El gran secreto de una investigación juiciosa sobre la moral y las costumbres es empezar por el estudio de los OBJETOS, usando el DISCURSO DE LAS PERSONAS como información sobre los mismos.

A pesar de que los hechos que buscan los investigadores se relacionan con las personas, se pueden aprender más fácilmente de los objetos. La elocuencia de las instituciones y de los registros, en los que se representan e inmortalizan las acciones de la nación, es más completa y veraz que cualquier conjunto de voces individuales. La voz de un pueblo completo se eleva del trabajo silencioso de una institución; la condición de las masas se refleja en la superficie de un registro. Las instituciones de una nación –políticas, religiosas o sociales– ponen las evidencias en manos del observador en cuanto a capacidades y deseos que el estudio de los individuos no podría proporcionar en el curso de una vida. Los registros de cualquier sociedad, sean de lo que sean, ya sean restos arquitectónicos, epitafios, registros civiles, música nacional o cualquiera de las miles de manifestaciones de esa mentalidad común que se puede encontrar en cualquier persona, proporciona más información sobre la moral en un día que la conversación con individuos durante un año. Por tanto también las costumbres deben ser valoradas... Se deben buscar indicios generales, en lugar de hacer generalizaciones a partir de las costumbres de los individuos. En las ciudades, ¿abundan las reuniones sociales? ¿Y cuáles son sus objetivos y su carácter? ¿Son mayoritariamente religiosas, políticas o festivas? Si son religiosas, ¿tienen más bien el carácter de la Semana de la Pasión en Roma, o de una reunión de campamento en Ohio? Si son políticas, ¿se reúnen las personas en amplias llanuras para adorar al Sol del Imperio Celestial como en China; o en ayun-

tamientos, para protestar ante los representantes políticos, como en Inglaterra; o en lugares secretos, para hacer saltar minas bajo los tronos de sus gobernantes, como en España? Si son festivas, ¿son más bien como los carnavales italianos, donde todo el mundo se ríe; o como unas vacaciones egipcias, donde todos los ojos se fijan solemnemente en los derviches giradores? ¿Están las mujeres allí? ¿En qué proporción, y con qué tipo de libertad? ¿Cuáles son los entretenimientos públicos?... En las pequeñas ciudades del campo, ¿cómo se imitan las ciudades? ¿Las emulan los provincianos sobre todo en los espectáculos, en la ciencia, en las artes plásticas? En los pueblos, ¿cuáles son los entretenimientos populares? ¿Se reúne la gente para beber o para leer, para debatir, para jugar a juegos de mesa, o para bailar? ¿Cómo son los edificios públicos? ¿Come la gente fruta y cuenta historias? ¿o bebe cerveza y habla de política? ¿o pide té y pasea? ¿o café y juega al dominó? ¿o limonada y se ríe con el ponche?... Un viajero que tenga en cuenta todo esto difícilmente podrá ir mal encaminado. Cada objeto que considere le instruirá, desde un acueducto hasta una ponchera, desde una penitenciaría hasta una pajarera, desde el instrumental de una universidad hasta el mobiliario de una cervecería o de una guardería...

En mi opinión la moral y las costumbres de una nación se pueden analizar desde los siguientes apartados de investigación: la religión del pueblo, sus nociones morales prevalentes, su estado doméstico, su idea de libertad, y su progreso, actual o en prospectiva.

EXTRACTO DE LA PARTE II, CAPÍTULO II, «GENERAL MORAL NOTIONS» [NOCIONES MORALES GENERALES]

Esta selección se ha extraído de las páginas 101-137. Contiene la descripción de Martineau de los objetos que un sociólogo puede estudiar y que revelan las actitudes y las aspiraciones de la gente corriente de una sociedad. Este extracto da una idea de la riqueza de su imaginación sociológica y nos presenta posibilidades de investigación todavía útiles hoy.

... Al hablar de la noción popular del sentido moral, se mencionó que hasta el momento, a pesar de haber un acuerdo general sobre la práctica de la moral, algunas cosas que se consideran eminentemente correctas en una época o país se consideran eminentemente erróneas en otros; si bien las personas de una época o país, habiendo crecido bajo influencias comunes, pien-

san y sienten de manera suficientemente parecida como para convivir en base a un acuerdo general sobre lo que está bien y lo que está mal. Es empresa del viajero verificar cuál es este acuerdo general en la sociedad que visita...

No encontrará mejor lugar de estudio que el cementerio, ni una enseñanza más instructiva que la de las inscripciones funerarias. El lenguaje breve de los muertos le enseñará más que los más largos discursos de los vivos.

Aprenderá cuáles son las posturas prevalentes ante la muerte; y cuando sepa cuál es la postura común ante la muerte, sabrá también sobre numerosos aspectos de la vida; es decir, habrá penetrado en el interior de la moral... [L]as pirámides de Egipto nos cuentan al menos que la muerte no se contemplaba como el gran nivelador, que los reyes y los campesinos no dormían lado a lado en la muerte, no más que en vida... En contraste con ellas, se encuentran los camposantos de las ciudades inglesas, cuyos muertos restan a la completa vista de los vivos; el niño del colegio le da vueltas a su aro entre ellos, y se habla de las noticias del día encima de sus lugares de descanso...

Se puede aprender mucho de las inscripciones funerarias de cualquier nación... Una regla común, originada por un sentimiento universal, ha presidido el marco de los epitafios durante algunos miles de años. «De mortuis nil nisi bonum» [de los muertos, solo cosas buenas] es el acuerdo universal de los dolientes*. Se sigue de ello que los epitafios deben indicar lo que se considera bueno en cada lugar.

El observador debe prestar atención a esto. En un pueblo en el que «los comerciantes son los príncipes», el elogio a los difuntos será de una clase diferente al que se encontrará en una nación beligerante, o en una comunidad de agricultores...

Incluso la naturaleza de los servicios a la comunidad que se conmemoran, siendo el servicio a la comunidad el mayor elogio, puede indicar mucho.

---

* Los ojos del viajero pueden encontrar alguna excepción alguna vez en su vida. Hay un camposanto en un pueblo en Inglaterra donde se puede ver la siguiente inscripción. Tras el nombre y la fecha se lee:

Fue un Mal Hijo,
Un Mal Marido,
Un Mal Padre.
«El malvado será enviado al Infierno».

tamientos, para protestar ante los representantes políticos, como en Inglaterra; o en lugares secretos, para hacer saltar minas bajo los tronos de sus gobernantes, como en España? Si son festivas, ¿son más bien como los carnavales italianos, donde todo el mundo se ríe; o como unas vacaciones egipcias, donde todos los ojos se fijan solemnemente en los derviches giradores? ¿Están las mujeres allí? ¿En qué proporción, y con qué tipo de libertad? ¿Cuáles son los entretenimientos públicos?... En las pequeñas ciudades del campo, ¿cómo se imitan las ciudades? ¿Las emulan los provincianos sobre todo en los espectáculos, en la ciencia, en las artes plásticas? En los pueblos, ¿cuáles son los entretenimientos populares? ¿Se reúne la gente para beber o para leer, para debatir, para jugar a juegos de mesa, o para bailar? ¿Cómo son los edificios públicos? ¿Come la gente fruta y cuenta historias? ¿o bebe cerveza y habla de política? ¿o pide té y pasea? ¿o café y juega al dominó? ¿o limonada y se ríe con el ponche?... Un viajero que tenga en cuenta todo esto difícilmente podrá ir mal encaminado. Cada objeto que considere le instruirá, desde un acueducto hasta una ponchera, desde una penitenciaría hasta una pajarera, desde el instrumental de una universidad hasta el mobiliario de una cervecería o de una guardería...

En mi opinión la moral y las costumbres de una nación se pueden analizar desde los siguientes apartados de investigación: la religión del pueblo, sus nociones morales prevalentes, su estado doméstico, su idea de libertad, y su progreso, actual o en prospectiva.

EXTRACTO DE LA PARTE II, CAPÍTULO II, «GENERAL MORAL NOTIONS» [NOCIONES MORALES GENERALES]

Esta selección se ha extraído de las páginas 101-137. Contiene la descripción de Martineau de los objetos que un sociólogo puede estudiar y que revelan las actitudes y las aspiraciones de la gente corriente de una sociedad. Este extracto da una idea de la riqueza de su imaginación sociológica y nos presenta posibilidades de investigación todavía útiles hoy.

... Al hablar de la noción popular del sentido moral, se mencionó que hasta el momento, a pesar de haber un acuerdo general sobre la práctica de la moral, algunas cosas que se consideran eminentemente correctas en una época o país se consideran eminentemente erróneas en otros; si bien las personas de una época o país, habiendo crecido bajo influencias comunes, pien-

san y sienten de manera suficientemente parecida como para convivir en base a un acuerdo general sobre lo que está bien y lo que está mal. Es empresa del viajero verificar cuál es este acuerdo general en la sociedad que visita...

No encontrará mejor lugar de estudio que el cementerio, ni una enseñanza más instructiva que la de las inscripciones funerarias. El lenguaje breve de los muertos le enseñará más que los más largos discursos de los vivos.

Aprenderá cuáles son las posturas prevalentes ante la muerte; y cuando sepa cuál es la postura común ante la muerte, sabrá también sobre numerosos aspectos de la vida; es decir, habrá penetrado en el interior de la moral... [L]as pirámides de Egipto nos cuentan al menos que la muerte no se contemplaba como el gran nivelador, que los reyes y los campesinos no dormían lado a lado en la muerte, no más que en vida... En contraste con ellas, se encuentran los camposantos de las ciudades inglesas, cuyos muertos restan a la completa vista de los vivos; el niño del colegio le da vueltas a su aro entre ellos, y se habla de las noticias del día encima de sus lugares de descanso...

Se puede aprender mucho de las inscripciones funerarias de cualquier nación... Una regla común, originada por un sentimiento universal, ha presidido el marco de los epitafios durante algunos miles de años. «De mortuis nil nisi bonum» [de los muertos, solo cosas buenas] es el acuerdo universal de los dolientes*. Se sigue de ello que los epitafios deben indicar lo que se considera bueno en cada lugar.

El observador debe prestar atención a esto. En un pueblo en el que «los comerciantes son los príncipes», el elogio a los difuntos será de una clase diferente al que se encontrará en una nación beligerante, o en una comunidad de agricultores...

Incluso la naturaleza de los servicios a la comunidad que se conmemoran, siendo el servicio a la comunidad el mayor elogio, puede indicar mucho.

---

* Los ojos del viajero pueden encontrar alguna excepción alguna vez en su vida. Hay un camposanto en un pueblo en Inglaterra donde se puede ver la siguiente inscripción. Tras el nombre y la fecha se lee:

Fue un Mal Hijo,
Un Mal Marido,
Un Mal Padre.
«El malvado será enviado al Infierno».

No es de poca significación el hecho de que se honre a un hombre después de su muerte por haber hecho una carretera, o por haber fundado un monasterio, o donado una escuela...

El viajero debe hablar con la gente mayor, y ver cuál es la naturaleza de la locuacidad de la edad. Debe hablar con los niños, y anotar la naturaleza de las aspiraciones de la infancia. Aprenderá entonces lo que está bien a ojos de aquellos que ya han pasado por la sociedad que estudia, y lo aprenderá de las esperanzas de aquellos que todavía tienen que entrar en ella. ¿Es el orgullo de una madre mayor que todos sus hijos tengan su honor impoluto y que sus hijas estén seguras en hogares felices? ¿O se jacta de que uno sea un cura, y la otra una paresa?...

Junto a esto se sitúa el estudio de las grandes épocas de la sociedad visitada... Las naciones, también, datan lo que más les interesa. Es importante aprender lo que esto significa. La fecha principal de los ciudadanos americanos es la Revolución; sus fechas secundarias son las elecciones, y las de las nuevas admisiones en la Unión. Las personas de Amsterdam datan la finalización de la Stadt Huis; los españoles el descubrimiento de Colón; los alemanes las hazañas de Lutero; los haitianos el secuestro de Toussaint L'Ouverture...

El tratamiento de los culpables es un indicador muy importante de las nociones de moral de una sociedad... Lo que el viajero tiene que observar por tanto es, primero, si ha habido una mejora en el tratamiento de los delincuentes en los países donde la población se ha pronunciado sobre ello; y, en los países dirigidos despóticamente, si la población se conmueve por las condiciones de los criminales de Estado, y si los hombres se tratan entre ellos con rencor cuando reclaman leyes para la ciudadanía;...

... Hasta un nivel relativamente alto de civilización, la ley defiende la vida mucho después de que el coste privado de ello se haya comprobado o haya cesado. Antes de que la ley haya reconocido debidamente lo sagrado de la vida humana, los duelos, las reyertas, los asesinatos, se interrumpen prácticamente e incluso se rechaza la guerra en alguna medida. Y llega el momento... Se restringen las penas capitales, –y más que restringidas– se prohíben. Ese es el proceso. Está ahora casi completado en los Estados Unidos; avanza rápidamente en Inglaterra...

La parte más verdaderamente popular y la más familiar de la poesía de cada nación debe ser siempre la de las canciones. Son invariablemente los pri-

meros frutos de la fantasía y de los sentimientos de las sociedades más rudas; e incluso en las más civilizadas, constituyen *la única* poesía de gran parte del pueblo. Su influencia, por tanto, en el carácter de un país se ha reconocido y sentido universalmente...

Parece que las canciones populares son tanto la causa como el efecto de la moral general: que primero se forma y luego reacciona. Desde ambos puntos de vista, sirven como indicador de la moral popular. Las baladas de la gente nos presentan, no solo vívidas escenas de objetos comunes que están ante sus ojos, proporcionadas con más naturalidad de la que correspondería a otro estilo de composición, sino que presentan también los sentimientos más prevalentes sobre los temas de interés popular más relevantes. Si no fuese así, no habría canciones populares. El viajero no puede equivocarse al concluir que ve un reflejo fiel de la mentalidad de la gente en sus baladas.

EXTRACTO DE LA PARTE II, CAPÍTULO IV, «IDEA OF LIBERTY» [IDEA DE LIBERTAD]

Esta selección se ha extraído de las páginas 183-205. Martineau analiza aquí un tema clave, la necesidad de estudiar el equilibrio relativo entre la cantidad de dominación y la cantidad de autonomía moral, o libertad, en una sociedad.

La misma regla –de darle preferencia a la observación de los objetos en lugar de confiar en el discurso de las personas– se sostiene apropiadamente en la tarea de confirmar la idea de libertad que alberga y de la que es consciente una sociedad. Los objetos que se deben observar para este propósito son los siguientes...

[L]a policía de un país [es] un signo fiable de la idea de libertad que existe en él. Cuando los soldados son los guardianes del orden social, el que sean tropas reales –una maquinaria destructiva organizada contra el pueblo– es totalmente diferente de que sean la Guardia Nacional, que se alza cuando el pueblo lo necesita, en beneficio del pueblo...

Esas son algunas de las relaciones de las personas con la autoridad... En algunas regiones, todos los hombres van armados: en otras, es delito llevar armas: en otras, las personas pueden hacer lo que desean. En algunos países, las clases visten conforme a la ley, en otros, de acuerdo con su opinión:

mientras que la moda es el único dictador en un tercer grupo. En algunas sociedades los ciudadanos deben obtener permiso de las autoridades para desplazarse de un lugar a otro; en otros, solo a los forasteros se les requiere el pasaporte, en otros, hay total libertad de movimientos.

Se da por hecho que el viajero se informa, antes de salir de viaje, de la forma de gobierno y del curso general de la ley en la nación que estudia. Mirará ambas, se ocupará de la administración y de cómo se forman las leyes, y visitará, cuando se lo permitan, las cortes de justicia así como las salas del parlamento. Pero debe recordar que ni la composición del gobierno, ni el conjunto de leyes, ni su administración, son una prueba de la idea de libertad presente entre la población, excepto en una república democrática, donde los actos de gobierno son el resultado de la última expresión del deseo nacional...

Si una sociedad está dividida en dos clases, o si hay una gradación, es otra consideración importante. Donde hay solo dos, propietarios y trabajadores, la idea de libertad es deficitaria o está ausente. La clase propietaria no puede tener otro deseo sobre la cuestión que reprimir el intrusionismo de los soberanos que están por encima de ellos, o de la clase trabajadora por debajo de ellos; y en la clase trabajadora la concepción de libertad no está todavía formada...

Hay dos promesas implícitas en el progreso de la idea de libertad en una comunidad: una es la mezcla de las funciones de propietarios y trabajadores en la sociedad en su conjunto, dirigida por un gobierno representativo; otra es la gradación de los rangos por algún otro principio que el de la sucesión hereditaria...

En estrecha conexión con esto, debe observar las condiciones de los sirvientes... En una casa de campo irlandesa, el invitado puede desear a veces cerrar con llave su armario. En Inglaterra, percibe los límites que tiene una clase para dirigirse a la clase superior. En Francia, una lavandera le habla con tanta comodidad a la duquesa como la duquesa a la lavandera. En Holanda, el servicio doméstico tiene habitaciones tan escrupulosamente limpias como las de sus patrones. En Irlanda, duermen en compartimentos escondidos. En Nueva York, pueden hacerse cargo de su propio alojamiento. En Cuba, duermen, como perros, en los pasillos de las viviendas familiares...

Un punto de cierta importancia es si los habitantes de las provincias dependen de la gestión e imitan los modos de vida de la metrópolis, o si tienen sus propios principios y costumbres. Cuando hay menos libertad y menos deseo de ella, todo se centra en la metrópolis. Cuando hay más libertad, cada «ciudad, pueblo y aldea» piensa y actúa por sí mismo...

Los periódicos proporcionan evidencias sólidas de las ideas políticas de la gente; ningún periódico particular, exceptuando dos, quizás, coincide completamente con otro en principios y sensibilidad, y se puede pensar que ninguno es absolutamente honesto. El viajero no debe formar su opinión a partir de periódicos particulares, sino a partir de la libertad de expresión que encuentra que se permite, o de las restricciones impuestas a la expresión. La idea de libertad debe ser escasa y débil entre las personas que permiten que el gobierno mantenga una censura estricta; y debe ser poderosa y efectiva en una sociedad que puede expresar todas sus quejas a través de los periódicos, sean como sean de desalentadores los informes de los periódicos sobre la situación de las cuestiones sociales.

LECTURA 2-2

EXTRACTOS DE *SOCIETY IN AMERICA* [SOCIEDAD EN AMÉRICA]

El trabajo de investigación más famoso de Martineau se basa en dos años de trabajo de campo en los Estados Unidos. La estructura analítica del estudio se anticipa en su trabajo metodológico paralelo, *How to Observe Morals and Manners*, cuyos extractos se han incluido en la lectura anterior.

EXTRACTO DE «INTRODUCTION» [INTRODUCCIÓN]

Esta selección se ha extraído del volumen I, páginas i-xv. Aquí, Martineau esboza su estrategia para estudiar la relación entre la moral y las costumbres en los Estados Unidos, y describe cómo realizó su trabajo de campo.

Fuente: Harriet Martineau, *Society in America*, 2 vols. (New York: Saunders and Otley, 1837).

Buscando métodos con los que poder comunicar lo que he observado en mis viajes, sin tener ninguna pretensión de enseñar al inglés, o juzgar a los americanos, se me ocurrieron dos recursos; y he adoptado ambos. Uno es comparar el estado en el que se encuentra América con los principios en los que declaradamente se funda; por tanto, analizar las instituciones, la moral y las costumbres siguiendo un patrón incuestionable y para nada arbitrario, y asegurando que mi punto de vista es el mismo que el de mis lectores en ambas naciones.

Al trabajar de acuerdo con este método, mis principales riesgos son dos. Tengo el riesgo de no comprender plenamente los principios en los que se fundamenta la sociedad en Estados Unidos; y de errar en la interpretación de los hechos que llegaron a mis sentidos. Respecto a esto último,... Solo puedo explicar que no he escatimado esfuerzos en descubrir la verdad, en ambas divisiones de mi tarea; y que invito a hacer correcciones, en todos los errores que se encuentren...

El otro método por el que propongo reducir mi propia responsabilidad consiste en permitir a los lectores que juzguen por sí mismos, mejor de lo que yo puedo hacerlo por ellos, si mi testimonio merece la pena. Para este propósito, ofrezco un breve relato de mis viajes,... y un informe de los principales medios que utilicé para obtener conocimientos del país...

Desembarqué en Nueva York el 19 de septiembre de 1834; realicé una corta visita... a... Nueva Jersey,... y crucé de nuevo Nueva York en mi camino hacia... el Hudson, y Stockbridge, Massachusetts... Viajé a través del Estado de Nueva York,... a las Cataratas del Niágara,... Embarqué en el Lago Erie, tomando tierra a espaldas de Pennsylvania, y viajé hacia el sur... hacia Pittsburgh... por las Alleghanies hacia Northumberland, [a]... Philadelphia... Baltimore... y Washington... Disfruté de oportunidades especiales de ser testigo en procesos de la Corte Suprema en las dos cámaras del Congreso. Conocí a casi todos los senadores y representantes eminentes, tanto de la administración como del lado de la oposición; y tuve una relación amistosa y cercana con algunos jueces de la Corte Suprema. Disfruté de la hospitalidad del Presidente, y de los directores de varios departamentos... Llegué a Montpelier, escaño del Sr. y la Sra. Madison... seguí hacia Charlottesville, y pasé dos días con los hospitalarios profesores de la Universidad del Sr. Jefferson... [Continué] hacia Richmond, donde había una sesión de

la asamblea legislativa de Virginia;... después fui desde Carolina del Norte y del Sur hacia Charleston... y Columbia, Carolina del Sur. ... Atravesé los estados del sur,... Georgia,... Alabama,... Nueva Orleans,... Tennessee ... Kentucky... Descendí por el Ohio hasta Cincinnati, [después seguí hacia] Virginia,..., llegando de nuevo a Nueva York el 14 de julio de 1835. Pasé el otoño en Massachusetts... Rhode Island... New Hampshire y Vermont... En mi último viaje... me alejé hacia el oeste,... yendo desde el Lago Erie a Detroit, y a lo largo del territorio de Michigan... a Chicago... y por los lagos Michigan, Hurón y St. Clair hasta Detroit, visitando Mackinaw por el camino... Navegué desde Nueva York hacia Inglaterra el 1 de agosto de 1836, habiéndome ausentado justo dos años.

En el transcurso de esta gira, visité casi cada tipo de institución. Las prisiones... los centros psiquiátricos y otros hospitales... las instituciones literarias y científicas; las fábricas del norte; las plantaciones del sur; las granjas del oeste. Viví en casas que podrían haberse llamado palacios, en alojamientos de alquiler, y en una casa-granja. Viajé... en vagones de tren... en diligencias... a lomo de caballos... en barcos de vapor. Presencié bodas y bautizos;... balnearios y... festivales campestres... venta de tierras, y... el mercado de esclavos.

... He respetado y querido a amigos de cada partido político; y de casi cada denominación religiosa; entre tratantes de esclavos, colonizadores y abolicionistas; entre granjeros, abogados, comerciantes, profesores y clérigos. Estuve con varias tribus de indios; y pasé meses en los estados sureños, siempre con negros cerca de mí.

Esas fueron mis fuentes de información...

Me dijeron a menudo que ser una mujer era una desventaja; y que se hubiera escuchado hablar previamente de mí, otra. No estoy de acuerdo con ello.

Estoy segura de que he visto mucho más de la vida doméstica de lo que se le habría mostrado a cualquier caballero que viajara a través del país. La habitación de los bebés, la alcoba, la cocina, son todas excelentes escuelas en las que aprender la moral y las costumbres de la gente y, por lo que se refiere a los asuntos públicos y profesionales, –aquellos que realmente sienten interés por los mismos pueden obtener siempre información completa– ya sean hombres o mujeres...

Por lo que respecta a la otra objeción, solo puedo manifestar mi creencia de que mis amigos y yo encontrábamos la relación personal mucho más gratificante que ningún conocimiento previo producto de habladurías, por lo que siempre olvidábamos lo que habíamos oído unos sobre otros anteriormente...

Soy consciente de que trabajé con una única desventaja peculiar; pero no puedo calcular cuánto afectó. Me refiero a mi sordera. Esta no pone en peligro la exactitud de mi información, creo, hasta donde llega, porque llevo una trompetilla de remarcable fidelidad... por lo que obtengo más del *tête-á-têtes* que lo que escucha la gente de las conversaciones generales... Pero soy consciente de que hay una pérdida no estimada, en un país extranjero, resultado de no oír las conversaciones casuales de todo tipo de personas, en las calles, diligencias, hoteles...

Esta era mi peculiar desventaja... La menciono para que la valía de mi testimonio se reduzca de acuerdo con el efecto que se le suponga a esta circunstancia.

EXTRACTO DE LA PARTE I, CAPÍTULO III, SECCIÓN IV «ALLEGIANCE TO LAW» [LEALTAD A LA LEY]

Esta selección se ha extraído del volumen I, páginas 120-134. Martineau realiza el descubrimiento teórico de la cuestión de la anomalía –una relación de contradicción entre la moral (o los principios) y las costumbres (o las pautas de interacción)–. Aquí, explora la anomalía y sus implicaciones.

La ley, en una república, es la encarnación de la voluntad del pueblo. Mientras la república se halle en un estado saludable y natural, sin contener anomalías,... la ley funciona fácilmente, y se comprende y reverencia...

Si hay alguna anomalía en las instituciones de una república, seguro que el funcionamiento de la ley se ve perturbado, más pronto o más tarde: y es normalmente la exhibición de esa perturbación el síntoma por el que primero se detecta, y después se cura... Será así con la esclavitud; y con cada institución inconsistente con los principios fundamentales de la democracia. El proceso se identifica fácilmente. Los intereses universales de una minoría –o quizá de una clase particular– están ligados a la anomalía: de una minoría, porque si la mayoría hubiese estado interesada en alguna institución an-

tirrepublicana, la república no habría existido. La minoría puede seguir adelante durante un periodo de tiempo en aparente armonía con la voluntad expresa de la mayoría, la ley. Pero llega el momento en el que su anomalía choca con la ley... [L]leva tiempo despertar la voluntad de la mayoría y, hasta que se despierta, el interés de la facción está activo y traspasa la ley... No hay temor de que la mayoría sucumba finalmente a la minoría, de la armoniosa ley a la anomalía discordante...

Se permite que la compleja falacia se dé a diario sin exponerse ni estigmatizarse. «No hay que hacer concesiones», me dijo un amigo extrañamente desconcertado por ella, «no disculpas a la gran cantidad de gente excelente que ve la anomalía y las leyes como tú, pero que se queda callada, porque creen sinceramente que si hablan y actúan peligraría la Unión». Esto explica la conducta de multitud de gente excelente... que agravian o satirizan a los abolicionistas y, después, frenan sus lenguas. Pero es posible que no vean que si la esclavitud está mal, y si de hecho está ligada a la Unión, ¿debe caer la Unión?... Considero una premisa falsa y dañina que la esclavitud esté ligada a la Unión: pero me creí el dictamen, no seré yo quien «retrase el día fatídico». Cada día que deje pasar los males de cualquier clase que la república sostenga en su seno sin rectificar;... cada día que añada una sanción a la fuerza bruta y altere lo sagrado de las leyes, cada día que prolongue la impunidad del opresor y el desaliento del oprimido, será un día más fatídico que el que acompañe a la palabra renovación.

Pero el dictamen no es cierto...

Dejemos que los ciudadanos no hagan sino obedecer individualmente para respetar la ley, y veamos lo que hacen los demás, ningún vecino la transgrede, ningún hombre de Estado la desprecia sin recibir reproches, ningún niño crece ignorándola o descuidándola; y la Unión estará segura como tierra sobre la que pisar. Si no se hace, todo estará en peligro, durante esa temporada; no solo la Unión, sino la propiedad, el hogar, la vida y la integridad.

EXTRACTO DE LA PARTE II, CAPÍTULO V, SECCIÓN I «MORALS OF SLAVERY» [LA MORAL DEL ESCLAVO]

Esta selección está extraída del volumen II, páginas 106-136. Como ya se hace evidente en el extracto anterior, la esclavitud es para Martineau la más

seria de las anomalías de la sociedad de los EE. UU. Explora la tensión entre dicha institución y los principios de la sociedad con un detalle vívido en este capítulo. Trata con un análisis directo los temas tabúes de entonces, la sexualidad y la raza.

Este título no está escrito en tono de broma; a pesar de que parezca broma en algún momento, cuando contrastamos la esclavitud con las reglas y los principios que ponen a prueba todas las instituciones americanas –los principios de que todos los hombres nacen libres e iguales– los legisladores derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; y la regla de la justicia recíproca. Esta discrepancia entre principios y prácticas no necesita más palabras. Pero la institución de la esclavitud existe; y lo que tenemos que ver es cuál es la moral de una sociedad sometida a ella.

¿Qué virtudes sociales son posibles en una sociedad en la que la injusticia es la característica principal?, ¿en una sociedad que está dividida en dos clases, los siervos y los señores?...

... [M]e han suplicado a menudo comprensión, indulgencia, paciencia en defensa del sistema... La falacia de esto es tan repugnante que hace falta exponerla en cualquier lugar, y en el acto. Estaba... cansada de explicar que la indulgencia nunca puede expiar el daño: que consentir el extremo, durante toda una vida, no compensa los derechos ignorados, no repara la injusticia irreparable...

... La injusticia inherente al sistema... origina toda una cosecha de falsa moral hacia el resto de la sociedad.

La opresión de los negros es el vicio más repugnante que conmueve al extranjero en el país. No podría nunca ser de otra forma si los seres humanos están completamente sometidos a la voluntad de otros seres humanos, que no están bajo ningún otro control externo que el de la ley que prohíbe matar y mutilar; una ley que es difícil hacer cumplir en casos particulares...

Una joven negra había escapado... y se dio la alarma a los agentes que, bajo la dirección del patrón, entraron en la casa [donde ella se había escondido]... Ella huyó subiendo por las escaleras a su habitación en el tercer piso, y desplazó un mueble pesado contra la puerta. No obstante, los agentes empujaron y entraron, y la chica se tiró por la ventana a la calle pavimentada. Su patrón la miró mientras ella yacía, declaró que ya no valdría para nada, y se volvió al sur. Se llevaron a la pobre criatura, con el cuerpo

magullado y las extremidades fracturadas, y cuidaron amablemente de ella; y ahora unas señoras de la beneficencia la mantienen en Boston, en su condición de mutilada.

... Echemos otro vistazo al verdadero libertinaje del sur, y sentenciemos si, con una sociedad en tal estado, puede haber algo de seguridad en la pureza y la paz domésticas. Las relaciones con las cuarteronas* de Nueva Orleans son casi universales, como me aseguraron...

Las madres de las chicas cuarteronas* de Nueva Orleans las han criado para ser lo que son: las amantes de los señores blancos... Externamente, las chicas están muy bien educadas y son, probablemente, tan guapas y están tan dotadas como lo pueda estar cualquier colectivo de mujeres. Cada hombre joven elige pronto a una, y la acomoda en una de esas casas tan bonitas y peculiares... de los Remparts... La relación dura a veces toda la vida, pero normalmente durante varios años. En el último caso, cuando le llega el momento al señor de buscar una esposa blanca, la terrible noticia llega a su compañera cuarterona... Nunca o en contadas ocasiones se tiene noticia de que la señora cuarterona forme una segunda relación. Muchas se suicidan: más mueren con el corazón roto. Algunos hombres mantienen la relación tras el matrimonio...

¿Qué seguridad de pureza y paz domésticas se puede encontrar cuando cada hombre ha tenido dos relaciones, una de las cuales debe esconderse; y dos familias, cuyas existencias no deben ser conocidas por ambas?...

No hay ocasión de explicar cómo se gestionan las mujeres esclavas en estados donde el objetivo es criar a tantas como sea posible, como si fueran ganado, para el mercado sureño: por no señalar el silencio infinito que rodea esta práctica...

Es bien sabido que la violencia más salvaje que ahora se escucha en el mundo tiene lugar en los estados del oeste y del sur de América. Se queman a personas vivas, se extraen los corazones, y se enganchan en la punta de un cuchillo, y otros actos igual de diabólicos, que resultan del odio más profundo del que es capaz el corazón humano... Surgen del libertinaje de las costumbres. El negro está desesperado porque le quitan a su mujer... Si el negro intenta contratacar,... arde madera a su alrededor...

---

* Nota del E.: Cuarteronas: descendientes de mestizos.

Veamos, de todas formas, cuál es el mejor estado de las cosas. Tomemos las palabras y los actos de algunos de los miembros más religiosos, refinados y amigables de la sociedad. Este aspecto de la cuestión me causaba más pena, si era posible, que los más tempestuosos que había presenciado. La vulgaridad y dureza de las mentes y las costumbres de los más distinguidos; lo obtuso del sentido moral de los más aplicados...

Una señora sureña, con una justa reputación por su finura..., me contó la siguiente historia... obviamente sin ser consciente de estar diciendo algo remarcable... Había tenido a una bonita chica mulata, de la que se declaraba orgullosa. Un joven llegó para quedarse en su casa y se enamoró de la chica. «Ella vino a mí», dijo la señora, «en busca de protección, y se la proporcioné». El joven se fue, pero después de unas semanas volvió diciendo que estaba tan enamorado de la chica que no podía vivir sin ella. «Me dio pena el joven», concluyó la señora, «así que le vendí a la chica por 1.500 dólares»...

La degradación de la mujer es tan evidente como consecuencia de las actitudes mostradas anteriormente, que no hace falta extenderse en este penoso asunto. Por degradación de la mujer, no me refiero a que haya ninguna duda sobre la pureza de sus costumbres...

Su degradación surge, no de su propia conducta, sino de la de todas las otras partes. Cuando la mayoría de los hombres guardan secretos que sus mujeres deben ser las últimas en conocer; cuando las inquietudes más apasionantes y absorbentes de la vida desgastan en un aspecto a un sexo, y en otro al otro, se debe poner fin a toda confianza y empatía generalizada, y la mujer se repliega para ser un ornamento en la casa de su marido, la administradora doméstica de su feudo, y no su amiga autosuficiente...

Por supuesto, los niños sufren, quizás más fatalmente que cualquier otro, el sistema de esclavitud. ¿Qué podemos esperar de nuestros niños pequeños que crecen considerando que el atributo más apreciable del hombre es la valentía física; orgullo de la especie y noble gracia de la casta?... ¿Qué se puede esperar de las niñas pequeñas que se jactan de haber hecho que azoten a un negro por ser impertinente con ellas?...

[L]a aristocracia del sur no sabe lo que es la libertad... muchos parecen inconscientes del estado de coacción en el que viven ellos mismos; ... coacción, no solo por sus temores, por ser dependientes de sus continuas co-

modidades a base de la voluntad extinguida o segregada de aquellos a quienes han hecho daño; sino coacción también por sus propias leyes. Las leyes contra la prensa son tan dictatoriales como en la mayoría de los países despóticos de Europa...

¿Qué se puede pensar de la libertad de los señores sujetos a la siguiente ley? «Cualquiera que intente enseñar a una persona libre de color, o a un esclavo, a deletrear, leer o escribir, será... multado... con quinientos dólares».

Qué se puede pensar de la libertad de los señores que no pueden liberar a sus propios esclavos, excepto por consentimiento de un juez.

EXTRACTO DE LA PARTE I, CAPÍTULO III, SECCIÓN VII «POLITICAL NON-EXISTENCE OF WOMEN» [LA NO-EXISTENCIA POLÍTICA DE LAS MUJERES]

Esta selección se ha extraído del volumen I, páginas 148-154. En este poderoso trabajo feminista, Martineau explora la segunda anomalía más importante de los Estados Unidos: la falta de derechos de la mujer. El estatus de la mujer es una preocupación que se analiza en otras secciones de este trabajo, por ejemplo, en relación con sus circunstancias económicas y domésticas.

Uno de los principios fundamentales anunciados en la Declaración de Independencia es que el gobierno obtiene sus justos poderes del consentimiento de los gobernados. ¿Cómo se puede conciliar esto con la condición política de las mujeres?

Los gobiernos de los Estados Unidos tienen el poder de gravar con impuestos a las mujeres que tienen propiedades; de divorciarlas de sus maridos; de multarles, meterlas en prisión y ejecutarlas por ciertos delitos. ¿De dónde obtienen estos gobiernos sus poderes? No son «justos», ya que no se obtienen del consentimiento de las mujeres a las que sin embargo gobiernan.

Los gobiernos de los Estados Unidos tienen el poder de esclavizar a ciertas mujeres; y también de castigar a otras mujeres por su trato inhumano hacia tales esclavas. Ninguno de estos poderes son «justos»; ya que no se obtienen del consentimiento de las gobernadas.

Los gobiernos decretan en algunos estados que las mujeres tengan la mitad de la propiedad de sus maridos; en otros un tercio. En algunos, una mujer,

al casarse, le entrega todas sus propiedades al marido; en otras, retiene una porción, o el total, en sus propias manos. ¿De dónde obtienen los gobiernos por tanto el injusto poder de disponer de la propiedad sin el consentimiento de las gobernadas?

Los principios democráticos condenan todo esto por erróneo; y requieren la representación política igualitaria de todos los seres racionales. Los niños, los idiotas y los delincuentes, durante el período de confinamiento, son las únicas excepciones.

El caso es tan claro que lo podría dejar aquí; pero es interesante investigar cómo una decisión tan obvia ha sido evadida para dejar en todo caso a las mujeres sin derechos políticos... Hasta donde he podido comprobar, no se ha ofrecido ninguna respuesta plausible; por la simple razón de que no se puede concebir ninguna respuesta plausible. Los expertos sobre política con más principios sobre este tema se han hundido en el... despotismo...

Jefferson dice... «Las mujeres, para prevenir su depravación moral y cualquier ambigüedad sobre la cuestión, no se podían mezclar promiscuamente en los encuentros públicos de los hombres...» ¡Como si no hubiera manera de conducir asuntos públicos sin reuniones promiscuas! ¡Como si hubiese más peligro en las reuniones promiscuas de asuntos políticos que en las reuniones de adoración, de oratoria, de música, de entretenimientos dramáticos, de cualquiera de las miles de interacciones de la vida civilizada! La petición no merece una palabra más...

Mill dice,... «Desde esta perspectiva, se puede considerar que los intereses de casi todas las mujeres están recogidos, bien en los de sus padres, bien en los de sus maridos»...

La palabra «casi», en la frase de Mill, rescata a algunas mujeres de la exclusión que propone. En la medida en que hay mujeres que no tienen maridos ni padres, esta proposición es absurda.

Los intereses de las mujeres que tienen padres y maridos nunca pueden ser idénticos a los de ellos, pero sí hay una necesidad de leyes que protejan a las mujeres de sus maridos y padres. Esta declaración no merece una palabra más.

Algunos que desean que haya igualdad en la propiedad entre hombres y mujeres, se oponen a la representación política de las mujeres, basándose en que los deberes políticos serían incompatibles con otros deberes con los

que las mujeres deben cumplir. La respuesta a esto es que las mujeres son las que mejor lo pueden juzgar... Pero sus guardianes siguen la antigua tradición de decidir lo que es mejor para sus tuteladas... El cultivador georgiano percibe lo duro que la libertad sería para sus esclavos. Y los mejores amigos de la mitad de la raza humana deciden perentoriamente por ellos y por sus derechos, sus deberes, sus sentimientos, sus poderes. En todos estos casos, por tanto, las personas son cuidadas así creen que la decisión abstracta permanece en ellas; que aunque puedan ser obligadas a rendirse, no requieren aquiescencia.

Se alega que la mitad de la raza humana consiente en América la decisión de que la otra mitad gobierne sus derechos y deberes. Y hay casos en que no solo por sumisión, sino por conformidad. Hace cuarenta años, las mujeres de Nueva Jersey fueron a las urnas y votaron en las elecciones del Estado [ya que la ley electoral indicaba «habitantes» sin consideración de sexo]. Se realizó una moción para corregir la inadvertencia; y se adoptó, como decisión natural; sin ninguna enmienda, hasta donde pude saber, de las personas que iban a ser perjudicadas. Esa conformidad prueba la degradación de la parte perjudicada... Una aquiescencia como esta es un argumento para cortar el camino incorrecto de quienes lo usan.

Pero esta aquiescencia es solo parcial; y, para dar muestra de la fuerza de la petición, la aquiescencia debe ser completa. Yo, al menos, no estoy conforme... Sé que hay mujeres en Inglaterra que en esto están de acuerdo conmigo, sé que hay mujeres en América que en esto están de acuerdo conmigo. La excusa de la aquiescencia se invalida con nosotras.

Se insta a que, en disfrute de la protección que confieren algunas leyes, las mujeres den su consentimiento a todo. Esto requiere una respuesta breve. Cualquier protección conferida así es, en las circunstancias de la mujer, una bendición que otorgan con placer aquellos en cuyo poder se encuentra la mujer. Ningún tipo de bendición compensa la privación de otra cosa...

No puedo entrar a valorar la petición más común de todas; la que se refiere a la influencia real de la mujer; su influjo sobre el juicio y la voluntad del hombre a través de su corazón; y similares. Uno también podría intentar diseccionar la neblina matutina...

La verdad es que, aunque hay mucho que decir sobre «la esfera de la mujer», dos nociones ampliamente diferentes se asocian con lo que quiere

decir esa expresión. La más reducida y, para el partido en el poder, la noción más conveniente, es que esa esfera está fijada por los hombres y limitada por su idea de propiedad; una noción de la que pueden disentir justamente todas y cada una de las mujeres. La concepción amplia y verdadera es la de la esfera fijada por Dios, y limitada por los poderes que Él ha conferido...

La mujer tiene el poder de representar sus propios intereses, nadie se lo puede negar hasta que ella lo haya intentado... Una vez establecido el principio, los métodos para hacerlo efectivo se seguirán de una forma fácil y natural, en una transmutación remarcable de lo absurdo a lo sublime...

El principio de los derechos igualitarios para las dos mitades de la raza humana es todo lo que se tiene en cuenta aquí. Es el verdadero principio democrático que nunca debe ser seriamente contrapuesto y que, si se evita, debe ser solo por un corto espacio de tiempo. Los gobiernos solo pueden obtener sus justos poderes del consentimiento de los gobernados.

EXTRACTO DE LA PARTE III, CAPÍTULO I, «IDEA OF HONOUR» [IDEA DE HONOR] Y PARTE I, CAPÍTULO III, SECCIÓN I «OFFICE» [CARGOS]

Esta selección se ha extraído del volumen II, páginas 155-168 y del volumen I, páginas 84-108. Explora las consecuencias para la gente y la vida política de la tercera gran anomalía americana –el temor a la opinión pública en una democracia que formalmente promueve la libre expresión de las opiniones–.

Es cierto que es mejor vivir para el honor que para la riqueza: pero cuánto mejor, depende de la idea de honor... Si el honor se obtiene de la opinión que manifiesten los demás, siempre va a haber un temor presente, que continuamente estimule la acción o la impida. En tal caso, se incurre en la misma servidumbre que cuando se persigue la riqueza.

Esta consideración sobre la opinión se muestra de varias formas en diferentes partes del país, y en órdenes sociales diversos...

Los americanos de los estados del norte están, por educación y hábitos, tan acostumbrados a la cautela de la que hablo, que no son conscientes de su alcance y singularidad... Podrán viajar por el mundo, y no encontrarán

ninguna sociedad excepto la suya que se someta de la misma manera a las restricciones de la cautela perpetua, en referencia a las opiniones de los demás. Podrán viajar por todo el mundo, y no encontrarán ningún país excepto el suyo donde los propios niños... hablen de los efectos de las acciones en las mentes de las personas...

«Sra. B», le dijo un chico de once años a una amiga mía, «¿a qué iglesia va?» –«A la del Sr. ____» –«Oh, Sra. B., ¿es usted unitaria?» –«No.» –«¿Entonces, por qué va a esa iglesia?» –«Porque puedo rezar mejor allí.» –«Oh, pero piense en el ejemplo que da, Sra. B. ¡en el ejemplo, Sra. B!».

Cuando el extranjero se ha recuperado un poco de la primera desagradable impresión que le produce esta cautela, naturalmente se pregunta qué puede haber para que esto merezca la pena. Nunca pude encontrar una respuesta satisfactoria a esta pregunta. No puedo imaginar qué daño le puede hacer a ningún individuo «la fuerza de la opinión pública» o la «publicidad»; no me puedo imaginar qué sufrimiento pueden infligir unas «malas artes» en un buen hombre o en una buena mujer, que se pueda comparar con el mal de vivir en una cautela perpetua... Esta esclavitud, este tormento, es peor que el peor que pudiera infligir la «fuerza de la opinión pública», incluso si esa fuerza pudiera cortar la expectativa de un avance político, la promoción profesional o el mejor de los privilegios sociales...

Los americanos estarán bien, particularmente los del este y del sur, cuando su idea del honor esté tan encumbrada como la que inspiró a sus ancestros revolucionaros. Cuando quiera que ellos mismos adopten la idea de su democracia, como la adoptaron los hombres de Estado en 1801, moderarán su respeto por la opinión humana, y realzarán su veneración por la humanidad. Hasta entonces no estarán a la altura de sus instituciones, ni disfrutarán de la libertad y de la paz interiores, para las que lo exterior solo constituye una parte de sus medios.

[de «Cargos»]... La tentación de propiciar una opinión se vuelve poderosa cuando un ciudadano desea entrar en el cuerpo legislativo, o ser magistrado superior del Estado. El riesgo aumenta cuando se vuelve candidato al Congreso; y no parece que haya expectativa de que un candidato a la presidencia, o sus partidarios, mantengan la simplicidad en su discurso, o consideren la igualdad en la distribución de los puestos y en sus promesas. Todo esto está terriblemente mal...

El principal error es suponer que los hombres no pueden soportar oír la verdad. Lo que se ha convertido en el método para conseguir un cargo, no solo es declarar que se coincide con la opinión de la supuesta mayoría, sobre los grandes temas de los que tendrá que hablar el candidato y sobre los que tendrá que actuar cuando esté en el cargo, sino negar, u ocultar, o afirmar cualquier otra cosa que se suponga que contentará a esa misma mayoría. La consecuencia es que los mejores hombres no estarán en el cargo...

... Los primeros principios de los Estados Unidos [son] «los gobernantes obtienen sus justos poderes del consentimiento de los gobernados»; y que... los mejores hombres son los elegidos para servir. Ambos presuponen la fe de los unos en los otros. Supongamos que los gobernados requieren honestidad como condición a su consentimiento; supongamos que eligen a los mejores hombres, de acuerdo con sus convicciones más escrupulosas, entonces habrá un final para este escepticismo político insultante y repugnante... [Y] se revivirá el espíritu de la constitución, que ahora se está abandonando en algunos de sus apartados más importantes.

Escribo con esperanzas más que con expectativas inmediatas. Vi mucho terreno para la esperanza, pero también vi mucho para la aflicción. Pocas cosas de las que observé en Estados Unidos me causaron tanta pena como la actitud despectiva de las personas distraídas por aquellos que se arrodillaban ante ellas para que se les permitiera servir.

... Toda la evidencia que pude recoger sobre el tema vino a probar que las personas pueden soportar, y prefieren escuchar, la verdad. Es un crimen alejarlas de ella; y un doble crimen sustituirla por adulación.

EXTRACTO DE LA PARTE II, CAPÍTULO III, SECCIÓN II «PROPERTY» [PROPIEDAD]

Esta selección se ha extraído del volumen II, páginas 175-186. Aquí, Martineau identifica la cuarta gran anomalía de los EE. UU. –la desigualdad en la riqueza en una república de iguales–. Realiza la sugerencia radical de que se debería igualar la riqueza con el fin de dar a todo el mundo mayor tiempo libre para su autonomía moral y su felicidad; pero cree que una comunidad debe elegir este camino por sí misma, y no porque se lo imponga una facción radical.

Hallé una verdad admitida en todos los Estados Unidos, y era que la enorme riqueza privada no es consistente con el espíritu republicano. La riqueza es poder, y no deberían permanecer grandes cantidades de poder en manos individuales...

Hay, como debería ser, un gran temor en América, como en cualquier otro sitio, a que el despotismo equilibre la propiedad arbitrariamente... Esa agresión contra la propiedad no debe tener lugar nunca, o ser seriamente aceptada en una república en la que todos, excepto los borrachos y los esclavos, son propietarios, y en la que la Declaración de Independencia proclama para cada uno, además de la vida y la libertad, la búsqueda de la felicidad. No habrá ataques a la propiedad en los EE. UU.

Pero me parece inevitable que haya un acuerdo general, más pronto o más tarde, sobre un mejor principio de la propiedad que ese con el que todos se sienten inquietos. Con el que la sabiduría y la paz de la comunidad caen lejos de lo que en otras circunstancias les llevaría a ellos mismos y a sus simpatizantes anticipar...

... El tiempo libre, en algún grado, es necesario para la salud espiritual de cada hombre. Ni la producción intelectual, ni la paz mental pueden florecer sin él. Podría tenerse con el sistema actual, pero no se tiene. Con una comunidad de bienes, se podría asegurar para todo el mundo. La cantidad requerida de trabajo conllevaría una pequeña proporción del tiempo disponible...

Los profesionales en América no están satisfechos... Para mantener una apariencia respetable hace falta un trabajo duro muy severo...

Los comerciantes no están satisfechos... En comparación con los comerciantes en general, están felices; pero en comparación con lo que los hombres están llamados a ser, están encadenados, agobiados y cansados, como los esclavos...

¿Están los mecánicos y los granjeros satisfechos? No... Ellos, también, son conscientes de que la vida debe significar otra cosa que ver cómo se agota buscando los recursos externos para vivir... Ningún hombre ni mujer que piense, que se vea reflejado en la cantidad de tiempo, pensamiento y energía que podrían liberarse si se eliminara la presión de la competitividad y de conseguir dinero, –tiempo, pensamiento y energía que ahora se emplean en agotar al cuerpo, y en estimular parcialmente y desaprovechar parcialmente la mente– puede estar satisfecho con el sistema actual...

... Cuando la gente se canse de su servidumbre universal en un mundo ansioso, cuando haya meditado y discutido plenamente el hecho de que el noventa y nueve por ciento de los delitos se asocian directamente con la propiedad, de que la mayor proporción de los errores humanos tiene relación con la posesión egoísta, de que las clases de enfermedades más temibles están causadas por el exceso de trabajo duro o la falta de él, y por la ansiedad mental; estará preparada para preguntarse si esta tremenda pesadilla es de hecho inamovible, y si las dificultades que cabe esperar con su eliminación puede ser comparable con los males que inflige...

Se objeta que la mayoría de la sociedad en América sentiría horror ante un cambio tan grande como el contemplado... Bien: mientras este sea el caso, no tienen cambio que temer, ya que todas las alteraciones deben proceder de su propia voluntad... Cuando miramos una oruga, nos gusta anticipar el brillante día en que se convierta en mariposa. Si pudiéramos hablar de ello con la oruga, esta estaría probablemente petrificada ante la idea, y rogaría evitar el excesivo peligro de estar allí arriba en el aire...

El temor principal, expresado u oculto, de aquellos a quienes les disgusta la simple mención del crecimiento de la propiedad individual, es el miedo a ser privados de sus ocupaciones, objetos e intereses. Pero esa privación no puede tener lugar hasta que hayan llegado a preferir otros intereses al dinero, y a desarrollar su ocupación favorita con otras perspectivas que la de obtener riqueza. «Oh, ¿qué haré sin mis hojas de grosella?» podría exclamar la oruga. «¿Cómo voy a pasar el día, si no me puedo arrastrar más por las ramitas?». En el momento en que haya acabado de arrastrarse, encontrará un par de alas desplegándose, que harán que arrastrarse le parezca despreciable en comparación... Los hombres pueden despreocuparse tranquilamente de que se satisfagan sus gustos futuros ante nuevas circunstancias, siempre que suceda que el cambio de gustos sea lo que traiga el cambio de circunstancias...

... Siempre que un apetito saludable permita que la mentalidad popular asimile un gran principio, habrá manos suficientemente fuertes y hábiles para hacer el trabajo requerido.

LECTURA 2-3

EXTRACTO DE «DOMESTIC SERVICE» [SERVICIO DOMÉSTICO]

Esta selección se ha extraído de las páginas 407-432. Este análisis sociológico sistemático, una de las muchas exploraciones de Martineau sobre el trabajo femenino asalariado, ilustra su punto de vista centrado en la mujer, sus preocupaciones sobre las tensiones entre perspectivas de mujeres que se interrelacionan a un lado y otro de líneas de diferenciación por clase y etnia en una situación caracterizada por la dominación, y su habilidad para unir análisis cuantitativos y cualitativos.

Cualquier relación entre empleadores y empleados sirve como ejemplo del resto... pero si hay una que sin duda incluye más que otras todos los sentimientos que se han traspasado a lo largo de un centenar de generaciones de ricos y pobres, es la del servicio doméstico... Es importante, por sí misma y porque es sintomática de algunas cosas fuera de ella.

... [E]l tema del servicio doméstico es considerado de poco nivel, banal y casi absurdo. Los hombres saben muy poco sobre ello, y con agrado aparentarían saber menos de lo que saben. Las simples palabras evocan en sus mentes imágenes de mopas y escobas, o de discusiones sobre si servir la carne fría, llamamientos a la policía por hurtos de las cocineras, y ese tipo de cosas desagradables. Los hombres nunca piensan en esta cuestión si pueden evitarlo: apartan todo conocimiento sobre ello por molesto. Lo consideran un mal que es tarea de las esposas gestionar y aguantar. Hace poco un señor le juró a un oficial de policía que jamás había visto a su sirvienta; y de hecho fue incapaz de identificarla...

Las cifras implicadas muestran que la relación es importante en sí misma. El número de personas en el servicio doméstico supera considerablemente el millón en el Reino Unido. El censo de 1831 nos presenta la estimación por primera vez. Setenta y cinco por cada mil mujeres, y dieciocho por cada mil hombres son empleados domésticos. Es extraño que este grupo grande haya sido objeto de tan poca observación y reflexión filosófica...

Fuente: Harriet Martineau, «Domestic Service», *London and Westminster Review* 7 y 29 (1838), pp. 405-32.

... [E]stas consideraciones serían suficientes para justificar una revisión seria de la cuestión del servicio doméstico en Gran Bretaña, pero nosotros la adoptamos principalmente como un exponente de la relación general entre empleadores y empleados. Recomendamos esta elección porque es quizás la ejemplificación más suave que se puede proponer de la oposición de intereses y talantes entre las dos clases implicadas...

La peculiaridad de la vida del servicio doméstico es el sometimiento a la voluntad del otro. Puede haber mayor o menor sometimiento, más abierto o más solapado, en otras formas de vida; pero en ninguna otra la distingue esta peculiaridad... Una sirvienta entra en una familia con el único propósito de cumplir con la voluntad del empleador; y la obediencia a las órdenes es el primer requisito que se demanda...

Lo problemático y fundamentalmente mezquino de un acuerdo como este se hace aparente cuando consideramos la dificultad de establecer dónde debe parar esta obediencia al otro, y cuando consideramos que el sistema es un *tertium quid* de la mezcla de otros dos sistemas muy diferentes en sus principios –el de la esclavitud y el contractual–.

... Pocos son los individuos que tienen un poder irresponsable sobre otros seres humanos y en los que se puede confiar; y esos pocos no se encuentran entre los que sufren ellos mismos el yugo de un poder arbitrario, como le ocurre a cada mujer...

... ¿De dónde surge la maldad eminente de [esta relación] en Inglaterra? El hecho más importante parece ser que los fieros males de la conquista normanda se consumen en esta relación. La vieja hostilidad anglosajona arde en el seno de las clases trabajadoras de Inglaterra; y en ninguna de forma más natural que en aquella que tiene que rendir servicios a un rango superior... Los que sufren por ella son ajenos a la causa. Miles y miles luchan e infligen, sin haber oído nunca el nombre de sajones o normandos... Se han transmitido los sentimientos, sin las tradiciones de aquellos tiempos, entre la gente corriente de Inglaterra...

... El deseo es [también] de simpatía, de conocimiento mutuo. Quizás no haya otro ejemplo paralelo de dos clases de personas que vivan en tan próxima unión ignorándose mutuamente casi por completo, que el caso de los señores y los sirvientes. Se ven los unos a los otros varias veces al día; pero

las partes ciegas de sus mentes están mutuamente presentes, y podrían estar también viviendo en diferentes mitades del globo por lo que respecta a lo que uno sabe del otro. En una ocasión le preguntaron a una niña del campo, que en un gran alarde de imaginación se suponía a sí misma Lady Anne, que qué haría si fuese realmente Lady Anne: «Columpiarme todo el día en la puerta, y comer pan y mantequilla». Esa es la noción del privilegio aristocrático. Un pastor que era escritor, pasaba gran parte de sus días con un libro o una pluma en la mano. La sirvienta de su mujer, después de varios síntomas de indignación, rompió un día en exclamaciones sobre el desperdicio de tiempo de la gente que siempre se entretenía con la lectura y la escritura, mientras que otros trabajaban duramente a su servicio. Esa es la noción del trabajador profesional. Por otra parte, ¿quiénes de los que no tienen un trabajo manual entienden los sentimientos de quienes sí lo tienen?...

¿Qué fue una vez la sirvienta, y cómo fue su crianza? Pronto se acostumbró al trabajo duro y a la abnegación; durmiendo en la silla cuando vigilaba, y despertándose de golpe ante el temor de haber dejado caer al bebé. Se ha acostumbrado a las órdenes de otras personas, pero no a las maneras de otras personas. Todo lo que ha visto viene de su madre. Barre la habitación familiar el sábado por la tarde. Friega cuando quiere la pequeña vajilla. Las patatas están de cualquier forma sobre la mesa. Nunca habla con extraños excepto por casualidad, y entonces finaliza su conversación como mejor puede. Va a hacer su servicio, llena de temor y expectación. Durante algún tiempo su señora tiene paciencia con ella; pero las señoras no son conscientes del tiempo que lleva superar los pequeños hábitos de una vida. Si, en unas semanas, los platos no están perfectamente dispuestos en la mesa, si hay una mancha en el mantel, o se ha olvidado de la mostaza fresca, si retuerce el extremo de su delantal cuando contesta a los extraños, si hace al final algo que se le dijo que hiciera al principio, desgraciada de ella. ... Si rompe una pieza de la China, quizás se horrorice por la amenaza habitual de que el importe del artículo se le deducirá de su salario. Ella no sabe que su señora no tiene derecho a hacer eso, y no tiene un abogado a mano que le informe de los términos de su contrato. No han desembolsado sus salarios durante largo tiempo más que en su cabeza; y ahora no sabe de cuánto se debe desprender de sus primeras ganancias... Tiembla con el sonido de la campana de su señora, espera su mirada, se alivia cuando la ve marchar fuera y se apena cuando la ve regresar...

Es común decir que la educación es el remedio de esto y de otros males sociales. Es cierto; pero la educación debe empezar por el patrón. Lo que comúnmente se denomina educación es un gran bien; pero si ha fracasado en enseñar a los empleadores la verdad que descansa en el fondo de la reforma social, fracasará probablemente en transmitirla al empleado. Esta gran verdad es que el *servicio mutuo es honorable, no ignominioso*...

... La propia educación de la clase empleadora –el estudio de la filosofía del trabajo, y la enseñanza de la empatía con los sentimientos humanos– ayudarán a rectificar la posición de una de las partes; y la influencia de su mejora sobre los que están debajo de ellos tenderá a disolver los prejuicios y atemperar los sentimientos de los otros.

3. Jane Addams (1860-1935). *Ética y sociedad*

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS

Jane Addams nació el 6 de septiembre de 1860, en Cedarville, Illinois, y murió el 21 de mayo de 1935 en Chicago. Durante su vida se convirtió en la mujer más destacada de América. Su extraordinario éxito, tanto como reformadora social como teórica social, se debe en gran medida a su capacidad intelectual, agudamente descrita por Charlotte Perkins Gilman: «Su mente tiene más "superficie habitable" que ninguna otra que yo haya conocido. Podía considerar un tema, sin prejuicios, y dar vueltas sobre él, teniendo en cuenta imparcialmente cada punto de vista» (Gilman, 1935, p. 184). Las fuentes de información sobre su vida son innumerables: alrededor de 30.000 documentos de su correspondencia, artículos de periódicos, recuerdos de personas que la conocieron; sus manifestaciones públicas, y sus escritos, especialmente los volúmenes autobiográficos *Twenty Years at Hull-House* (1910b) y *The Second Twenty Years at Hull-House* (1930). No hay todavía una biografía feminista de Addams a pesar de que varias sociólogas feministas la han estudiado en profundidad (p. ej. Gordon, 1994; Marilley, 1995; Muncy, 1991; Scott, 1964). Las dos biografías más importantes sobre ella son el laudatorio *Jane Addams*, de su sobrino James Weber Linn (1935), que la retrata con rico detalle, y el inteligente pero desigual estudio *American Heroine*, que la retrata como una leyenda americana, de Allen F. Davis (1973). La obra más importante sobre su lugar en la sociología es el estudio de referencia *Jane Addams and the Men of the Chicago School*, 1892-1918, de Mary Jo Deegan (1988). *The Jane Addams Papers* (Bryan, Slote, Angury, 1996) ofrece una riqueza de hechos que no se encuentran en ningún otro texto. En el resumen biográfico que sigue, exploramos cinco factores que dieron forma a Addams como socióloga y teórica social: (1) su demanda del derecho a hablar y ser escuchado, (2) Hull-House, el centro social que ella fundó, (3) sus relaciones con otras mujeres, (4) la reforma social y los movimientos en las ciencias sociales de la Era Progresista (1880-1914), y (5) su propio carácter y temperamento.

LA BÚSQUEDA DE AUTORIDAD

En su ensayo final en el Seminario Femenino de Rockford en 1881, Addams interpretó la historia de Cassandra, la profetisa que predijo la caída de Troya, como un problema de todas las mujeres: «se nos pone en duda y se nos rechaza a pesar de estar en lo cierto». Sostiene que las mujeres deben encontrar un camino para lograr «lo que los antiguos llamaban *auethoritas* [sic], el derecho del orador a hacerse escuchar» (Addams, 1881, p. 37). Nuestra tesis es que el proyecto de vida de Addams era encontrar la manera en que ella, como mujer en un mundo patriarcal, pudiera actuar y hablar con *auctoritas* –con dignidad, con influencia y con consecuencias–.

Por su relato, creció con el modelo de *auctoritas* de la figura masculina de su padre, John Huy Addams, un hombre de negocios y abogado exitoso que proporcionaba una confortable vida de clase media a su familia, que era activo en los asuntos civiles locales y que fue miembro de la asamblea legislativa del Estado de Illinois durante muchos años, trabajando durante parte de ese tiempo para Abraham Lincoln. La madre de Jane, Sarah Weber Addams, murió cuando ella tenía dos años y Jane, criada por sus cuatro hermanos mayores supervivientes, llegó a idolatrar a su padre. Cuando tenía ocho años, su padre se casó con una viuda con dos hijos, Anna Hostetter Haldeman, hacia quien Jane parece que sintió un afecto sincero y quien la inició en un estilo de vida –de muebles elegantes, música, debates sobre literatura y entretenimiento formal– que pudieron haberla ayudado a sentirse cómoda entre las personas adineradas que posteriormente patrocinarían la Hull-House.

Addams fue enviada al colegio del pueblo, donde fue diligente pero no precoz. A los diecisiete, a pesar de su deseo de ir hacia el este, al Smith College, siguió los deseos de su padre y se matriculó, como sus hermanas antes que ella, en el Seminario Femenino de Rockford. A pesar de su aparente desaprobación ante el énfasis religioso del colegio, Addams sobresalió como líder e intelectual, mostrando esas cualidades mentales que Nancy Miller atribuye a la experiencia intelectual de las mujeres: «no fríamente cerebral sino apasionada» (citado en Heilbrun 1988, p. 16). Empezó a tomarse la escritura en serio, guardando sus ensayos de la universidad y contribuyendo a la revista literaria. En más de una ocasión, escribió sobre la cuestión del rol de las mujeres en el mundo. Se graduó como primera de su promoción en 1881.

Jane Addams

Los siete años siguientes a su graduación estuvieron marcados por sus comienzos fallidos, la incertidumbre, la mala salud y los viajes. Emprendió y abandonó planes de escolarización; se enfrentó emocionalmente y en la práctica a las crisis familiares –la muerte de su padre en 1881, que la llevó a administrar su finca y su herencia, el deseo de compañía de su madrastra, la crisis nerviosa de un hermano, los problemas familiares de una hermana–; se sometió a una dolorosa intervención espinal y a una larga convalecencia y viajó dos veces a Europa, con su madrastra y amigos en 1883-85, y con dos amigas de la universidad en 1887-88. En estos viajes, parece que fue una típica turista joven americana, similar a las heroínas que Henry James había creado en su ficción –excepto en que no emergió el interés romántico de ningún hombre hacia ella–. Quizás si se hubiese adscrito al rol de tía soltera, una posibilidad que contempló, este periodo se habría interpretado como típico; pero dada la vida que hizo al final, los años 1881-87 se quedaron como un paréntesis falto de contenido.

Parece que Addams llegó a la decisión de fundar un centro social en 1888. Aunque sus cartas de aquella época hacían poca referencia a su decisión, su relato autobiográfico de 1910, *Twenty Years at Hull-House*, presenta una significativa interpretación sociológica de esta decisión, una experiencia que las feministas actuales denominan como «conciencia bifurcada» (D. Smith 1979, 1987). En su relato de 1883 de su visita al *East End* de Londres, una zona llena de pobreza, recuerda la visión desde lo alto de un ómnibus de la gente pobre pujando frenéticamente por los restos de comida barata. Ella escribe, «Desde aquello no he sido capaz de ver un puñado de manos levantadas, incluso... cuando son de una clase de niños rollizos que las mueven en respuesta entusiasta a la pregunta del profesor, sin revivir en cierta medida este recuerdo, y sin que se me encoja el corazón reminiscente de la desesperación y del resentimiento que me embargaron enton-

ces» (1910b, p. 68). Pero Addams, recordando el incidente, no se sobrecoge solo por lo que había visto, sino por su propia reacción ante ello. Su pensamiento evoca un pasaje de la literatura: «en el mismo momento en que miré hacia abajo desde lo alto del ómnibus en esa calle del este de Londres, recordé brusca y dolorosamente "The Vision of Sudden Death", a la que De Quincey se había enfrentado una noche de verano cuando le conducían a través de la Inglaterra rural en una elevada diligencia» (1910b, pp. 69-70). En la historia, De Quincey narra un momento de horror en el que se queda demasiado paralizado para actuar porque recuerda un pasaje de *La Ilíada*. Addams analiza esta división en su consciencia como consecuencia de su posición social de mujer joven, educada, de clase privilegiada. Su aprendizaje la había paralizado en un enfrentamiento con la experiencia real, alejándola de la acción más que llevándola hacia ella. Siente que ella, como otras mujeres de la primera generación de mujeres universitarias «había aprendido demasiado rápido,... había perdido esa respuesta casi automática y simple a las demandas humanas, esa vieja reacción saludable que tiene como consecuencia la actividad» (1910b, p. 71).

Sin embargo, en los dos años siguientes, Addams no hizo nada. Después, durante su segundo viaje a Europa, cuando la experiencia de bifurcación se repitió en otra retirada de la vida hacia la literatura, Addams comprendió que había estado sustituyendo la realidad de la acción por «la estrategia de soñar» que algún día haría algún tipo de trabajo de reforma. «Decidí que al día siguiente, pasara lo que pasara, comenzaría a llevar a cabo el plan, aunque solo fuese hablando sobre ello» (1910b, p. 87). Al día siguiente se lo contó a su compañera de viaje, su amiga de la universidad, Ellen Gates Starr, que se uniría a ella en su plan. En junio de 1888, cinco años después de su visita a los suburbios del este de Londres, volvió a Inglaterra para estudiar Toynbee Hall, prototipo de «centro social», un experimento social en el que jóvenes hombres universitarios de la clase social de Addams se iban a vivir entre los pobres para intentar unir la creciente separación entre clases sociales.

LA EXPERIENCIA DE LA HULL-HOUSE

Hacia enero de 1889, Addams y Starr buscaban en Chicago un emplazamiento y el apoyo financiero y relacional para su centro social. Eligieron el distrito diecinueve de Chicago, un barrio desesperadamente pobre de inmigrantes, edificios de viviendas de alquiler y talleres clandestinos, donde

alquilaron la segunda planta de una antigua mansión dividida en la calle Halsted, que llamaron «Hull-House» en honor al millonario Charles Hull de Chicago, el propietario original.

Addams siempre insistió en que ella y Starr no tuvieron ningún plan claro inicial más allá de ir a vivir entre los pobres como «vecinas», un papel que dice mucho de la sociología de Addams. Empezaron por invitar a sus vecinos a noches sociales que pretendían llevarles la «cultura» americana. Rápidamente se dieron cuenta de que los inmigrantes tenían culturas ricas en sí mismas, que lo que necesitaban era ayuda para poderlas preservar en América, y las noches se convirtieron en celebraciones de estas otras culturas. Cuando llegaron a conocer el barrio, Addams y Starr pasaron de verse como portadoras de cultura a centrarse en cuestiones prácticas de pobreza.

Casi desde el principio se les unieron otras mujeres, y algunos hombres, que fueron a vivir como «residentes» a la Hull-House. Los residentes pagaban la habitación y las comidas y usaban sus habilidades para responder como vecinos, llevando a que se realizara una gran variedad de esfuerzos desde la Hull-House: proporcionaban espacio para las reuniones de grupo –de sindicatos, anarquistas, socialistas y asociaciones de mujeres–, ofrecían servicios para niños –una guardería, un parque infantil, una clínica, campamentos de verano–, espacio y apoyo para grupos de estudio, clubs sociales y programas educativos; apartamentos cooperativos para mujeres trabajadoras y, posteriormente, viviendas para hombres trabajadores; una oficina de información de servicios sociales para ayudar a las mujeres abandonadas, trabajadores heridos, inquilinos desalojados, desempleados y personas tratadas en instituciones como el hospital del condado y los psiquiátricos estatales. La Hull-House se amplió desde una simple planta hasta una manzana de edificios que incluían una galería de arte, una cafetería, un gimnasio, una biblioteca, un teatro, un museo del trabajo, comedores, salas de música e instalaciones para las viviendas.

Enérgicos e implicados políticamente, los residentes empujaron a Addams a esfuerzos más sistemáticos de reforma[1]. Ayudó a Florence Kelley a coor-

[1] De ahora en adelante, nos referiremos a Addams en lugar de Addams y Starr. Ellen Gates Starr, que aún aguarda una biografía completa, fue una activista social durante un periodo de tiempo considerable, se unió a los piquetes e incluso fue arrestada. Finalmente, dejó la Hull-House y se convirtió al catolicismo. Pero ella y Addams continuaron siempre en contacto.

dinar un estudio extenso sobre el barrio de la Hull-House que llegaría a ser uno de los trabajos de investigación revolucionarios sobre América y la sociología feminista: *Hull-House Maps and Papers: A Presentation of Nationalities and Wages in a Congested District of Chicago, Together with Comments and Essays on Problems Growing out of the Social Conditions* (en adelante, *Hull-House Maps and Papers*) (véase capítulo 7). La autoría se presenta como «Por los residentes de la Hull-House, un centro social». Este extraño texto muestra el crecimiento de Addams y de la Hull-House entre 1889 y 1895. La Hull-House existía ya como una empresa colaborativa. El proyecto del centro había pasado de tener un vago sentido de compromiso con los pobres a crear estruturas para la mejora social. Los residentes ahora escribían y hablaban no solo como vecinos sino como científicos sociales. La propia contribución de Addams al estudio, «The Settlement as a Factor in the Labor Movement», muestra un crecimiento en la comprensión crítica de las clases y las relaciones estructurales y un compromiso con la acción social cuando parecía que hacía falta, incluso cuando era impopular, como lo era a menudo el movimiento obrero.

Como reformadora y activista social, Addams participó en reuniones de congresos obreros, centros sociales, grupos pro derechos de las mujeres y grupos pacifistas. Fue mediadora del *Ladies' Garment Workers' Union* (1903) en la huelga Pullman de 1894, y en la huelga de Hart, Schaffner y Marx (1910). Presionó con éxito para establecer el *Illinois Factory Inspector Office* (1893), el *Cook County Juvenile Court* (1898), el *Illinois Child Labor Act* (1902) y el *Federal Children's Bureau* (1909-12). Fue miembro del *National Child Labor Committee* (1904) y del *Chicago Board of Education* (1905-9), fue la primera mujer presidenta del *National Conference of Charities and Corrections* (1909), y vicepresidenta de la *National American Woman Suffrage Association* (1911-14), delegada en la *Progressive Party Convention* (1912), presidenta de la *International Committee of Women for Permanent Peace* (1915), como delegada del plan de paz de las mujeres de las capitales beligerantes de Europa (1915), y como inspectora de residuos (1895) y administradora de correos del distrito diecinueve (1897). Luchó en varias campañas políticas en contra de los ediles corruptos del distrito (1895-1900), aunque las mujeres no tenían permitido votar, y habló y escribió a favor del sufragio femenino (1906-20). Ayudó a organizar la *National Association*

for the Advancement of Colored People, el *Women's Peace Party*, la *National Consumers' League*, y la *National Women's Trade Union League*.

A través de todas estas vinculaciones, Addams trabajó con éxito para retener su liderazgo en la Hull-House y mantenter la Hull-House independiente de instituciones invasoras como la Universidad de Chicago. Mantuvo su independencia por ser una recaudadora de fondos altamente efectiva, que supo conjugar los intereses de patrones adinerados, con las necesidades de la comunidad y las habilidades de los residentes; formalizó parte de este patrocinio en un «sistema de camaradería» que proveía de estipendios a los residentes que hacían el trabajo de la Hull-House (Hamilton, 1943; Knight, 1991; Muncy, 1991). Gran parte de este patrocinio procedía de mujeres ricas.

LA CONFIANZA DE LAS MUJERES

A partir de sus relaciones con otras mujeres, Addams ganó confianza en su habilidad para hablar y actuar con *auctoritas*. Desde su base de la Hull-House, Addams formó vínculos con muchas otras mujeres implicadas en la reforma social y en la ciencia social. Un grupo, al que llamaremos «la Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago» (véase el capítulo 7), creó una sociología y una teoría sociológica al mismo tiempo que los hombres de la Universidad de Chicago construyeron lo que vendría a conocerse como la Escuela de Chicago en la sociología americana. La primera red incluía a mujeres que estudiaron o enseñaron en la Universidad de Chicago, y residentes de la Hull-House que hacían investigación desde ese centro. Además de Addams, esta red incluía a Edith y Grace Abbott, Sophonisba Breckinridge, Florence Kelley, Frances Kellor, Julia Lathrop, Annie Marion MacLean, Virginia Robinson, Anna Garlin Spencer, Jessie Taft y Marion Talbot. Estas mujeres fueron parte de una red más amplia de mujeres, la primera generación completa de mujeres activas en el gobierno de los Estados Unidos a nivel municipal, estatal y federal. Gordon (1994) realizó una breve biografía colectiva de 76 líderes de esta red, incluida Addams, a quien se la puede vincular por su correspondencia con al menos dos tercios de estas mujeres. «Los votantes de estas líderes ascienden a varios miles. Por ejemplo, solo en el Noreste hubo, entre 1911-1913, ochocientos trabajadores en centros sociales y mil setecientas mujeres «trabajadoras sociales», voluntarias y remuneradas, en 49 instituciones de bienestar social»

(Gordon, 1994, p. 72). Todavía Addams la extendió a otras redes a través de sus clases en las universidades de primer ciclo para mujeres, centros sociales y pequeñas ciudades. Esta elaborada red desafió su tradicional segregación hacia la esfera privada y su exclusión de la esfera pública (Fitzpatrick, 1990; Gordon, 1994; Rosenberg, 1982; Scott, 1964). Para hacer esto, tuvieron que ser inventivas en sus relaciones. Hull-House fue el resultado de tal inventiva, como lo fueron otros centros sociales organizados por mujeres, un despliegue de clubs y asociaciones, programas académicos esculpidos como nichos en las universidades dominadas por los hombres, y poderosas redes informales de activistas, académicas, y clubs de mujeres formados desde estas bases.

La Hull-House ofrecía un mundo extraordinario de amistad femenina, estimulación mental, consejo profesional y compañerismo, y apoyo práctico y material. Alice Hamilton, una pionera física y médica que vivió en la Hull-House durante 22 años, escribió: «La vida allí satisfacía cualquier anhelo de compañía, de entusiasmo por las nuevas experiencias, de estimulación intelectual constante, y de sentido de ser atrapada en un gran movimiento» (1943, p. 69). Las mujeres de la Hull-House a menudo formaron relaciones intensas y duraderas de todo tipo[2]. Addams normalmente controlaba sus presentaciones públicas y los residentes de la Hull-House se dirigían a ella como Señorita Addams, excepto su círculo íntimo, en el que estaban Kelley y Lathrop, que la llamaban J. A. Además estableció profundas relaciones de amistad y tuvo dos importantes relaciones amorosas. La primera, con Ellen Gates Starr, fue relevante en la fundación de la Hull-House ya que, en su apasionada devoción a Addams, Starr pudo haber tenido más confianza en Addams de la que Addams tuvo en sí misma. Pero en la década de 1890-1899, Addams transfirió gran parte de su cariño a Mary Rozet Smith, una voluntaria de la Hull-House, y posteriormente administradora del centro. Smith, la hija de una rica familia de Chicago, le brindó a Addams un amor

[2] Alice Hamilton presentó a su hermana Margaret a la compañera de la residencia Clara Landsberg con quien Margaret llegó a tener una relación romántica, y las tres se retiraron juntas al final. La directora de la *Children's Bureau*, Julia Lathrop, conoció y orientó a Grace Abbott, a quien había nombrado su sucesora en la *Children's Bureau*. Las residentes Sophonisba Breckinridge y Edith Abbott, compañeras en el edificio de la *School of Social Service Administration* de la Universidad de Chicago, formaron una tríada afectiva con Marion Talbot, la creadora de la *School of Household Administration* de la Universidad de Chicago (véanse Deegan, 1996; Fitzpatrick, 1990; Richards, 1993).

casi incondicional. Ocupó el papel de constante apoyo y esposa, financiando proyectos de la Hull-House, comprando ropa para Addams, preocupándose por su salud, pagando sus vacaciones, llevando a Addams al elegante hogar que compartía con sus padres y, sobre todo, proporcionándole a Addams la constante sensación de ser amada por una persona en particular[3].

Cuando Addams escribía sobre sociología, no buscaba en los hombres académicos su público primordial, sino en las miles de mujeres a las que conocía por su trabajo de reforma social, sus giras de conferencias, su correspondencia personal, y por ser potenciales lectoras de sus artículos en revistas populares. Entendía que el trabajo que ella y otras mujeres activistas hacían era sociología, una sociología creada principalmente por mujeres a partir de sus experiencias vitales.

LA REFORMA SOCIAL Y LOS MOVIMIENTOS DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Los años desde 1880 a 1920 en América marcaron un periodo de cambio social masivo y de dislocación social. Una respuesta a estos cambios fue el desarrollo de un vasto conglomerado de movimientos de reforma en América, generalmente conocido con el nombre de Progresismo. La ciudad de Chicago fue el epicentro de estos cambios y del impulso de reforma progresista. Chicago era el centro urbano de América que crecía más rápidamente. Su población, compuesta en gran parte por inmigrantes y americanos de primera generación, creció de 150.000 habitantes en 1860 a más de dos millones hacia 1920. Fue la ciudad del primer rascacielos, la primera bolsa de productos agrícolas, los mataderos más grandes del mundo, de fortunas enormes producidas por la manufactura y el comercio, y de un nivel de pobreza y miseria urbanas que sobrecogía tanto a los extranjeros como a los visitantes americanos de clase media. En Chicago, los trabajadores explotados escuchaban a los activistas tanto anarquistas como socialistas, y

[3] Hemos intentado describir esta relación como la habrían visto Addams y Smith; ellas hablaron de sí mismas como «casadas entre ellas», pero probablemente en el contexto de «los matrimonios de Boston». No eran declaradamente lesbianas y no sabemos cómo eran sus relaciones sexuales (que dependería en parte de los estándares que uno usara para categorizar «sexual»). (Véanse Cook, 1977; Davis, 1973; Faderman, 1991; Rosenberg-Smith, 1975).

frecuentemente tenían lugar violentas disputas laborales, como la huelga Pullman de 1894. William Jennings Bryan dio su famoso discurso «Cross of Gold» («Cruz de oro») allí, y Jane Addams fue aclamada como la primera mujer en secundar la nominación de un candidato a presidente (Theodore Roosevelt), en la convención del Partido Progresista en 1912[4]. El pensamiento social y la carrera de Addams se deben entender con este telón de fondo a nivel urbano y nacional; su persona pública, su *auctoritas*, y su teoría social estaban moldeadas por, y ayudarían a moldear, el programa de reforma progresista (véanse las «premisas» más adelante en este capítulo).

Casi desde los inicios de la Hull-House, Addams trabajó no solo como reformadora social sino también como socióloga. L. L. y Jessie Bernard (1943) llamaron a esa parte del sector, de pensamiento y actividad progresistas, «el movimiento de las ciencias sociales». El movimiento de las ciencias sociales expresaba la creencia progresista de que la ciencia debía controlar los cambios que la ciencia había provocado. Los sociólogos que formaban parte de este movimiento definían la reforma y la mejora de la sociedad como responsabilidades del sociólogo. Addams fue una participante activa de la sociología profesional a lo largo de toda su vida. Fue miembro de la *American Sociological Society* desde su fundación en 1895 y contribuyó frecuentemente a la *American Journal of Sociology*, que incluyó un artículo suyo en el primer volumen. Comenzó con su contribución a *Hull-House Maps and Papers* en 1895, y siguió escribiendo numerosos estudios sociológicos y nueve libros sobre teoría y análisis social: *Democracy and Social Ethics* (1902), *Newer Ideals of Peace* (1907), *The Spirit of Youth and the City Streets* (1909), *Twenty Years at Hull-House* (1910), *A New Conscience and an Ancient Evil* (1912), *Women at The Hague* (1915), *The Long Road of Woman's Memory* (1916), *Peace and Bread in Time of War* (1922) y *The Second Twenty Years at Hull-House* (1930). Se definió a sí misma como alguien que hacía sociología, se refirió a la vida en un centro social como «sociología», y resaltó con orgullo que la fundación de la Hull-House precedió en tres años a la fundación del primer departamento de sociología de los Estados Unidos (1930, p. 405). Addams encontró en los movimien-

[4] Parece que hay cierto debate sobre si Mary Lease pudo haber secundado una nominación en la Convención Populista de 1892. Pero los periódicos de la época de Addams informaron que su discurso secundando a Theodore Roosevelt fue el «primero».

tos de las ciencias sociales de reforma y de la sociología un área relativamente fluida de erudición en la que se pudo incluir y reconocer su teoría social –el trabajo como socióloga era otro camino hacia la *auctoritas*–.

CARÁCTER Y TEMPERAMENTO

En el periodo entre 1889 y 1915, Addams logró, quizás más allá de sus sueños, la *auctoritas*, la influencia y la credibilidad que les faltaban a las mujeres. El biógrafo Davis sintentiza acertadamente su éxito: «Probablemente ninguna otra mujer, en ningún periodo de la historia americana, haya sido tan venerada y alabada como lo fue Jane Addams en el periodo anterior a la Primera Guerra Mundial» (1973, p. 200), citando los resultados de las encuestas de opinión pública como un indicador de su prominencia. Gran parte de este éxito y el de la Hull-House se debieron al carácter y al temperamento de Addams. Tenía un remarcable don para apreciar los puntos de vista de otras personas, empatizando con la posición del otro, mientras mantenía sus propias opiniones. La vertiente más rica de su análisis sociológico pudo ser su exploración y descripción de la experiencia de la interacción social desde múltiples perspectivas. Esta sensibilidad hacia los planteamientos de los demás le hizo preferir la negociación a la derrota o la victoria. Algunos socios de Addams se sintieron como mínimo defraudados y otros incluso traicionados por su preferencia por el acuerdo antes que por la confrontación.

Además, al final Addams sacrificó por un principio –el de un mundo en paz– la *auctoritas* que tan diligentemente se había ganado. Con la irrupción de la Primera Guerra Mundial, se volvió cada vez más activa en los movimientos pacifistas que había respaldado durante mucho tiempo, y ayudó a organizar el *Woman's Peace Party*, presidió el Primer Congreso Internacional de Mujeres en La Haya, fue presidenta de la *International Committee of Women for Permanent Peace* y, en su iniciativa más osada, viajó con otras delegadas para llevar el plan de paz de las mujeres a los líderes de las naciones beligerantes. En los Estados Unidos, que avanzaban hacia su incorporación en la guerra, Addams fue primero ridiculizada por su especial diplomacia y después condenada por traidora que despreciaba la valentía de los hombres que luchaban con los aliados. Incluso con la entrada en guerra de Estados Unidos, Addams, a diferencia de muchos miembros de partidos

pacifistas, rechazó cambiar su posicionamiento antiguerra. El final de la guerra no le trajo un respiro. Dados sus esfuerzos por conseguir comida para los derrotados y hambrientos alemanes, la estigmatizaron por considerarla «pro-alemanes». Por su continua cruzada a favor de la libertad de expresión de socialistas y anarquistas, fue acusada de «simpatizante de los rojos». Estos continuos ataques deprimieron visiblemente a Addams. A pesar de ello, siguió fiel a sus principios, y volvió a Europa para convertirse en presidenta de una nueva organización, la *Women's International League for Peace and Freedom.* Durante los últimos quince años de su vida, intentó restablecer su credibilidad; parte de ese esfuerzo la llevó al Premio Nobel de la Paz en 1931, cuatro años antes de su muerte.

La propia Hull-House se marchitó lentamente, y los considerables logros de Addams como reformadora social y teórica social se borraron de los anales; se convirtió en un nombre que aprender en la escuela, no una mente a la que emular. En 1937, dos años después de la muerte de Addams, Talcott Parsons publicó *The Structure of Social Action*, que identificó la sociología con los esfuerzos de la teoría formal de los hombres europeos de la generación de Addams. Cincuenta años más tarde, en 1988, Mary Jo Deegan inició la tarea de recuperar el trabajo de Jane Addams para el canon de pensadores que habían ayudado a crear y establecer la sociología americana.

TEORÍA SOCIAL GENERAL

PREMISAS

Addams participó en varias comunidades interconectadas de debate, es decir, grupos de personas con grados diversos de afiliación formal que compartían preocupaciones y un vocabulario comunes: el movimiento de las mujeres, el progresismo, el darwinismo social de reforma, el pragmatismo filosófico, el cristianismo evangélico social y el movimiento de los centros sociales. Una revisión de las preocupaciones clave en cada comunidad de debate nos puede ayudar a valorar en qué aporta Addams su originalidad y dónde coincide o discute ideas extendidas de su época. La participación de Addams en todas estas comunidades se vio influida por la postura ética de su origen protestante de clase media del medio oeste. Aunque su fe religiosa posterior no está clara, siempre se vio a ella misma como una de

esas personas que habían recibido mucho y por tanto de las que se esperaba mucho, como una agente moral guiada por su conciencia y con un deber absoluto de actuar por el bien de la humanidad.

Llevó esa orientación a su posición como miembro de la primera generación de mujeres educadas en la universidad, una cohorte que fue posible por la prosperidad de la post-Guerra Civil. Estas mujeres se enfrentaron a la situación anómica de necesitar definir su rol en una sociedad que las había preparado a través de la educación a hacer casi cualquier cosa y que luego les negaba cualquier terreno de actuación que no fuera el doméstico. En respuesta a esta situación, el movimiento de las mujeres se centró en estrategias que llevaran a las mujeres a acceder a la esfera pública, muy especialmente con estrategias para ganar el voto. Los debates a menudo abordaban los argumentos filosóficos para reclamar el *derecho* a voto. La respuesta de Addams fue invocar la «ética social» como un deber que le correspondía a todo el mundo, pero especialmente a las mujeres como ella. Sus textos sobre el sufragio abordaron el tema con el argumento liberal feminista de que las mujeres tienen los mismos derechos inalienables que los hombres y que, por tanto, pueden reclamar igualdad política y social. Rechazaba el énfasis individualista en el argumento de los derechos naturales, que ella pensaba que no hacía concesiones a la capacidad humana para la moralidad colectiva en lugar de la individual. Sostenía que el sufragio femenino no era un derecho individual, sino un deber cívico entonces esencial para el pogreso social.

El origen religioso y de clase de Addams hizo que se sintiera cómoda en la comunidad progresista. En ella, las discusiones teóricas exploraban las responsabilidades apropiadas para el Estado. Los progresistas rechazaban la posición prevalente de dejarse llevar con una implicación mínima en asuntos de justicia económica y social, y defendían que los principios constitucionales y la lógica de las ciencias sociales demandaban un Estado ilustrado y activista. Los textos de Addams reflejan esta perspectiva. Ella, también, pensaba que la acción reformista debía contrarrestar el expansionismo capitalista de cara a atenuar el sufrimiento humano producido por tal expansión, y que el gobierno era la única estructura social con el poder y los recursos adecuados para esta tarea. Pero le preocupaba que el Estado concibiera algunas reformas y pudiera actuar sin el conocimiento necesario sobre la vida cotidiana de sus ciudadanos.

La filosofía del gobierno de dejarse llevar dio legitimidad a las ciencias sociales para invocar las teorías del darwinismo social de Herbert Spencer, que sostenían que la evolución social y el progreso social solo serían impedidos por la regulación gubernamental. Los progresistas avanzaron una tesis de ciencia social alternativa, el «darwinismo social de reforma», que sostenía que los humanos habían evolucionado hasta un punto en el que su inteligencia debía y podía asumir el control de la evolución. De acuerdo con esta tesis, la ley evolucionista demandaba que la gente encontrara formas alternativas para trabajar en equipo, los unos con los otros, y asegurar un entorno social en el que todo el mundo pudiera desarrollarse plenamente. El gobierno debía ser la expresión de esta inteligencia conjunta. La perspectiva de Addams de su deber en la práctica sociológica encajaba cómodamente en este ethos de ciencia social, y su teoría refleja el darwinismo social de reforma con su mezcla de historia e imaginería evolutiva. Su teoría también refleja sus relaciones con los sociólogos de la Universidad de Chicago, muy especialmente con George Herbert Mead, W. I. Thomas, Charles Henderson, Charles Zeublin y Albion Small (estas relaciones se exploran en detalle en Deegan, 1988).

Los argumentos del darwinismo social de reforma y de los progresistas sobre la ideología del *laissez-faire* no fueron simples debates académicos. Se defendieron en los tribunales en algunos de los casos más importantes de la historia americana: *Wabash, St. Louis & Pacific R.R. Co. contra Illinois* (1886), *Chicago, Milwaukee & St. Paul R.R. Co. contra Minnesota* (1890), *U.S. contra E.C. Knight Co.* (1895), *In Re Debs* (1895), *U.S. contra Trans-Missouri Freight Association* (1897), *Smyth contra Ames* (1898), *Swift & Co. contra U.S.* (1905), y *Lochner contra New York* (1905). En este último caso, con una opinión discordante, Justice Oliver Wendell Holmes, Jr. criticó la decisión mayoritaria por basarse en «una teoría económica» y advirtió que la «Enmienda número 14 no promulga el *Social Statics* del Sr. Herbert Spencer». Los argumentos de Addams sobre el papel del Estado se desarrollaron en este contexto de intenso debate legal sobre el derecho del Gobierno a regular las condiciones económicas y sociales.

El propio compromiso de Addams con el progresismo y el activismo social fue legitimado además por otra comunidad de debate, la del pragmatismo filosófico. Addams mantenía lazos personales importantes con muchos de

los mayores teóricos de esta filosofía, incluidos John Dewey, William James y George Herbert Mead (véase Deegan, 1988). El pragmatismo analizaba la cuestión de la conexión entre la verdad y la acción, el conocimiento y la experiencia vital. James (1907) manifestó que la verdad de cualquier proposición residía en sus consecuencias prácticas, su utilidad, su aplicabilidad. En este sentido, una idea que no funcionara no podía ser verdadera. Dewey entendía la inteligencia humana como un conjunto meticulosamente afinado de hábitos que servía para resolver problemas de cualquier tipo –morales, científicos, prácticos o teóricos– y definía la verdad como la hipótesis de un problema que se «comprobaba y confirmaba» con la experiencia (1922, pp. 98-99, 101). El pragmatismo proporcionó a Addams un marco filosófico para su convicción de que la verdad de cualquier teoría sociológica descansaba en su habilidad para presentar soluciones a cuestiones de la vida real, y para la resolución a la que había llegado anteriormente de que la respuesta a la crisis de su vida descansaba en la acción y no en el estudio.

El discurso religioso de las iglesias cristianas protestantes, conocido como el «evangelio social», confirmaba también las ideas progresistas. La doctrina del evangelio social urgía a los pastores a actuar como puentes entre clases, a usar «el gran poder aleccionador del púlpito de una forma sensata y sabia para abrir las mentes de las personas a la importancia moral de las cuestiones sociales», y a llamar a sus congregaciones a trabajar por los pobres y los oprimidos (Rauschenbusch, 1907, p. 369). Addams trabajó frecuentemente con pastores, pero tuvo cuidado de no autodefinirse como evangelizadora social: «Para Addams, el evangelio social es parte de un movimiento más amplio que no es necesariamente religioso. El evangelio social es la expresión cristiana del humanitarismo, que va primero» (Murphy-Geiss, 1995, p. 22).

El movimiento de los centros sociales unía la agenda de reforma progresista con los reformadores de las ciencias sociales y los ministerios evangélicos sociales. Iniciado en la década de 1880-1889 en Inglaterra, el movimiento de los centros sociales se expandió rápidamente hacia América y en América: en 1891 había 6 centros sociales en los Estados Unidos; en 1897, 74; hacia 1900, 100; hacia 1905, 200 y hacia 1910, 400 (Davis 1967, p. 12). Los debates del movimiento se centraron en el propósito de los centros, lo que debían ser para los residentes, cómo debían orientarse de cara a sus vecinos, cuál era su rol apropiado en el activismo político. Addams consi-

deraba los centros sociales como «una necesidad subjetiva» para la gente joven educada que iba allí como residente, reunificándola con la vida de la que su educación y privilegios la había separado (1893). Cada vez apreciaba más y hablaba más desde el punto de vista de sus vecinos. Desarrolló la justificación intelectual de que los centros estaban moralmente impelidos a la acción política por sus conexiones con los vecinos pobres, y usó la Hull-House como plataforma desde la que luchar por la reforma.

TEMAS PRINCIPALES

Addams escribió sobre teoría social como parte de un proyecto más amplio para lograr un cambio social hacia la mejora de su propia sociedad y época. Su principal proposición es que los tiempos necesitan una *ética social* como principio prevalente de conducta en la sociedad: las personas deben aprender a identificar sus intereses individuales con el bien común, y el bien común debe definirse como aquel que reconozca que un perjuicio a una persona es un perjuicio a todas las personas. Su teoría social se orienta hacia una explicación cuidadosa de la necesidad de esta ética y las condiciones necesarias para lograrla.

Addams fue una teórica que desconfiaba de la teoría, ya que reconocía la capacidad de la misma para distanciar al pensador de las realidades inmediatas y de lo que se tenía que hacer. Conscientemente, elaboró su teoría social de manera que evitara este peligro, basando y probando sus propuestas teóricas en sus experiencias y observaciones de la Hull-House y del activismo progresista, escribiendo con el compromiso de hacerla accesible, tomando como prototipo del sociólogo, no al académico, sino al residente del centro social, alguien que aprende de los hechos de la experiencia vivida. Dado su compromiso de aprender con la experiencia, Addams desarrolla una teoría orgánica en lugar de lineal, procediendo a través de la narrativa o de la ilustración y no de la argumentación, y presentando mediante la narrativa los temas principales de su sociología. La discusión que sigue es fiel a los temas de Addams, aunque impongamos cierta lineal idad analítica y describamos su teoría en términos de su epistemología, su método, su visión del individuo y su concepto de sociedad.

1. Para Addams, el trabajo del sociólogo es analizar la situación entre manos con el fin de provocar un cambio social de mejora en el contexto en el que

ocurre la situación. La comprensión de Addams de la sociología empieza con la idea de que es un trabajo que hay que realizar. Actúa en base al principio pragmático de que la vida se puede aprender solo a través de la experiencia, y la vida social solo a través de la participación interactiva en sociedad. El *sine qua non* de su teoría es que «la perspectiva social y la sensatez en los juicios proceden solo del contacto con la experiencia social» (1902/1907, p. 7)*. Es fácil malinterpretar esta declaración como simplemente el tópico del investigador de que se deben tener datos empíricos para hacer generalizaciones. Pero Addams se refiere a algo mucho más específico y exigente: se refiere a una participación activa y sostenida en los hechos de las vidas de las personas, una participación probada finalmente por un deseo de ayudar a aliviar y de hacer un «lote común» de los problemas y necesidades de la gente. Para Addams esta participación era vivir y trabajar «como un vecino» en la Hull-House. En su primer manifiesto teórico sobre su idea del centro social, «The Subjective Necessity for Social Settlements», Addams describió la orientación que necesitaban los residentes: «Deben estar contentos de vivir tranquilamente al lado de sus vecinos, hasta que crezca entre ellos un sentimiento de relación e intereses comunes... Están obligados a ver las necesidades de sus vecinos como un todo, a suministrar datos para legislar, y a usar sus influencias para asegurar la legislación» (1893/1910b, pp. 126-127). Sus dos principios epistemológicos principales: (1) que el conocimiento de la vida social solo se puede obtener a través de la experiencia social directa, y (2) que el conocedor es responsable del sujeto y de la situación cuando los conoce, criterio que aplica igualmente al analista social, al que puede ser reformador, al residente de la Hull-House, al ciudadano individual.

Addams insiste en que la situación por la que se ocupa el análisis social es la experiencia vivida por los actores individuales. El sociólogo puede descubrir esa experiencia combinando la «comprensión empática» con «la información del estadístico» (Addams 1910a, p. 70). Aunque ella misma usó casi siempre estudios de caso, fue también una consistente defensora de los estudios cuantitativos y contribuyó a uno de los primeros trabajos de la sociología americana que combinaba investigación cuantitativa y cuali-

* Un asterisco que sigue a una cita en el texto significa que el pasaje citado se ofrece en un contexto más amplio en las lecturas al final del capítulo.

tativa, *Hull-House Maps and Papers* (1895). El objetivo del investigador es construir conocimiento del mundo social como suma de las experiencias de sujetos humanos con variedad de intereses y puntos de vista. Para hacer esto, Addams combina elementos similares al *verstehen* weberiano con la observación participante del interaccionismo simbólico para formar un método que podríamos denominar «observación empática». Primero describe su técnica en su estudio publicado en el volumen inaugural de la *AJS* sobre el trabajo doméstico remunerado: «Se realiza un intento de presentar esta industria desde el punto de vista de aquellas mujeres que trabajan en los hogares por un salario... Las opiniones se han obtenido principalmente de la experiencia en una Oficina de Empleo Femenino, y a partir de las conversaciones mantenidas allí con mujeres que volvían de... "situaciones" en hogares de Chicago de todas las categorías» (1896, p. 536).

Addams sitúa al conocedor como un ser ético dentro de la «situación por descubrir». Para ella, la sociología está éticamente obligada a pasar del conocimiento obtenido en la investigación social a un proyecto de mejora social, que puede culminar en la acción política. Una postura de neutralidad valorativa invalidaría el conocimiento adquirido; el conocimiento debe sugerir el curso de la acción, y el analista social no es moralmente libre de ignorar ese curso de la acción o de considerarlo como algo aparte del proyecto de investigación. La investigación social debe conducir a una mejora social, y la investigación social vinculada a la experiencia vivida debe dar información para la acción política. En su contribución a *Hull-House Maps and Papers*, Addams establece la conexión lógica entre la experiencia y la mejora:

> Un centro social acepta... que compartir las vidas de los pobres es esencial para comprender y mejorar esas vidas... El daño social que sufre el hombre más humilde no solo se convierte en la preocupación del centro, sino que por el simple hecho de su ubicación, está en posición de ver, como nadie excepto el propio vecino puede ver, el estrés y la necesidad de quienes soportan la peor parte del daño social...

Si el centro está convencido de que... la falta de organización lleva al trabajador aislado a la indefensión, y es una amenaza para toda la comunidad, entonces está obligado a comprometerse con la organización industrial... Y es en ese punto cuando el centro entra en lo que se conoce más técnicamente como movimiento obrero (1895, pp. 183-184, 187)*.

El investigador también tiene la responsabilidad moral de no perder el punto de vista del sujeto en el relato sociológico. Addams buscó activamente estrategias para supervisar sus informes. Insiste en no hablar nunca «a una audiencia en Chicago sobre el tema del centro social y del barrio sin que vaya un vecino conmigo, para evitar que, al ser yo consciente de que hay un oyente que conoce las condiciones más íntimamente de lo que yo podría pretender conocerlas, pueda realizar ninguna generalización apresurada» (1910b, p. 96). También a modo de autosupervisión, nunca se permitió a sí misma olvidar su posición económica en relación con los vecinos:

> Por supuesto que siempre estaba presente la desgarradora conciencia de la diferencia de las condiciones económicas entre nosotros y nuestros vecinos. Incluso si nos fuésemos a vivir al bloque de viviendas más precario, existiría siempre una diferencia esencial entre ellos y nosotros, ya que nosotros seguiríamos sintiéndonos seguros ante la enfermedad y la vejez, y la falta de seguridad en estos dos aspectos son los espectros que más persistentemente se les aparecen a los pobres. (1910b, pp.133-134).

Su insistencia en la relación interactiva entre el investigador y el sujeto de la investigación, su creencia en las cualidades éticas de dicha relación y su respeto por las intenciones de sus sujetos definieron su método de hacer teoría.

2. El método de Addams de hacer teoría es informar sobre la situación entre manos y analizarla como una narrativa de múltiples puntos de vista. El método típico de Addams de elaborar teorías es desarrollar generalizaciones tentativas a través de narrativas. Usamos el término «narrativa» aquí en un sentido bastante tradicional, uno que habría entendido Addams, para referirnos a una historia que incorpora personajes y acontecimientos, contados en una secuencia cronológica y haciendo algunas atribuciones causales[5]. Addams cuenta historias de sus experiencias como vecina, una estrategia que le permite permanecer fiel a la situación que analiza y a las experiencias vividas por los distintos actores. Esta técnica la lleva al tema más consistente de su teoría social: la colisión de los puntos de vista entre actores situados de forma diferente. Sus trabajos sobre tales choques son a menudo reflexivos, e incluyen el punto de vista del residente/analista social, que es un individuo que se entiende que tiene, como cualquier otro de los

[5] Esta definición combina varias ideas del estudio de E. M. Foster en *Aspects of the Novel* (1927/1955).

participantes, una clase, una etnia, un género y unos intereses específicos. Ofrecemos como ejemplo una narrativa en la que Addams compara los esfuerzos y los referentes de los residentes de la Hull-House con los de los vecinos de la Hull-House en relación con los funerales:

> [U]n niño pequeño y delicado fue abandonado en la guardería de la Hull-House. Una investigación mostró que había nacido diez días antes en el hospital de Cook County, pero no se pudo encontrar ningún rastro de la desafortunada madre. El pequeño niño vivió durante varias semanas, pero luego, a pesar de todos los cuidados, murió. [Los residentes] decidieron que lo enterraran las autoridades del condado, y el coche debía llegar a las once en punto; sobre las nueve de la mañana el rumor del terrible suceso llegó a los vecinos. Media docena de ellos vinieron, muy nerviosos, a protestar. Hicieron una colecta a pesar de su pobreza con la que sufragar un funeral. Los residentes de la Hull-House eran entonces comparativamente nuevos en el barrio y no se habían dado cuenta de que realmente estaban ofendiendo el sentimiento moral auténtico de la comunidad. Con crudeza, pusieron el ejemplo de cuidados y ternura que había recibido el pequeño mientras estaba vivo; dijeron que había tenido todas las atenciones de un médico cualificado y de una enfermera formada, e incluso sugirieron que los nerviosos miembros del grupo no habían tomado parte en ello, y ahora recaía en la enfermera decidir que debía ser enterrado como había nacido, a expensas del condado. Es dudoso que la Hull-House haya hecho nunca nada que dañara tan profundamente el espíritu de algunos de sus vecinos. Los más indulgentes del terreno solo lo perdonaron porque las residentes eran solteronas, y no podían saber lo que era tener el corazón de una madre. Posiblemente, nadie nacido y criado en la comunidad podría haber cometido un error como ese. Nadie que hubiese estudiado los patrones éticos con toda la atención podría haber patinado tan completamente (1902/1907, pp. 240-242).

La teoría social no se ha creado como una narrativa o no se ha contado normalmente como tal. Al elegir desarrollar la sociología a través de la narrativa, Addams se compromete con una visión de la vida social basada en las experiencias históricas de las personas individuales en su interacción en lugares y momentos reales. En sus narrativas, se retrata a la gente organizando sus vidas, no solo de acuerdo con el tiempo y el espacio, sino en términos de valores, o lo que Addams llama ética. Hacen juicios de valor sobre sus propias acciones, su pasado, su futuro y otras personas; otorgan significados a los acontecimientos. Las narrativas de Addams giran en torno al conflicto entre diferentes puntos de vista o el conflicto de la conciencia, la

conciencia bifurcada, en la mente de un único protagonista, casi siempre una mujer. A menudo la protagonista es un «tipo social ideal», un personaje que surge de la combinación de muchas personas localizadas en una misma «intersección de biografía e historia» (Mills, 1959/1977, p. 6).

En uno de los usos teóricos más extensos de Addams de la narrativa, el capítulo «Charitable Effort» en *Democracy and Social Ethics*, cuenta la historia de una relación que fue tanto prominente en su propio momento como significativa para su sociología: la relación entre el asistente de la beneficiencia y el cliente. El asistente de la beneficiencia representa un tipo social, una mujer joven educada, potencialmente como la propia Addams, buscando usar su educación al servicio de los demás. El cliente, y los familiares y vecinos del cliente, son representativos del número creciente de pobres en la ciudad quienes, enfatiza Addams, han... «fracasado solo en el plano industrial [de la economía]» y «muchos poseen otros atractivos y virtudes»*. Addams desarrolla el guion de su narrativa a través del conflicto entre los puntos de vista que representan el asistente de la beneficencia y el cliente, y a través del conflicto interno experimentado por cada uno intentando comprender al otro. El asistente de la beneficencia se enfrentará al conflicto entre las indicaciones que recibe de la agencia para instruir y animar a la familia de su cliente, y su incipiente comprensión de que su privilegio de clase hace que sus instrucciones parezcan hipócritas. Los clientes se esfuerzan en verbalizar las obviedades que supuestamente se espera de ellos para obtener la ayuda, mientras dejan a un lado las realidades en las que cree la «mentalidad del vecindario», por ejemplo, que en la taberna, condenada a ese cliché, un hombre puede conseguir un préstamo para pagar el alquiler cuando el asistente de la beneficencia se encuentra a millas de distancia. Addams recoge este conglomerado de experiencias de los encuentros en «Charitable Effort», que lleva al lector a través del tiempo –el asistente de la beneficencia llega a la casa de la familia del cliente, alecciona, se va y vuelve– y que además sugiere una serie interminable de encuentros entre los asistentes de beneficencia típicos y las familias clientes típicas (1902/1907, pp. 13-19).

3. Addams entiende que el ser social individual es la personificación de la subjetividad, con capacidad de acción, y motivado por unos intereses y por una ética. Addams hace del individuo la unidad básica de su teoría, elaborando gran parte de su crítica al mundo en el que vive a partir de sus ideas

sobre el individuo. Observa al individuo no solo en términos de conciencia, voluntad y sociabilidad, sino también como una persona-en-un-cuerpo. El tema de la personificación le permite a Addams permanecer fundamentada empíricamente en los hechos de las vidas de sus sujetos, mantener al lector con un fundamento sólido, contrastar la teoría a través de soluciones prácticas y valorar ese mundo por su impacto en el cuerpo. Su análisis está marcado por una imaginería del cuerpo, rica y a menudo conmovedora, que evoca la interacción de clase, género, etnicidad y edad en la biografía individual:

> [A]lgunas mujeres asustadas me insistieron en ir rápidamente a la casa de una anciana alemana, a quien dos hombres de la oficina de empleados del Estado estaban intentando sacar de la enfermería del condado. La pobre criatura anciana se había tirado físicamente sobre una pequeña y maltrecha cajonera y se había agarrado ahí tan firmemente que habría sido imposible desprenderla sin haberse llevado también el mueble. No lloraba ni se quejaba, ni pretendía hacer ningún sonido humano, pero en su respiración entrecortada chillaba de forma aguda, como un animal asustado atrapado en una trampa. El pequeño grupo de mujeres y niños reunidos ante su puerta se quedaron de pie, horrorizados al comprender el negro temor que siempre nubla las vidas de los que son muy pobres cuando el trabajo escasea, pero que no deja de crecer y se hace más inminente y amenazante cuando se acerca la vejez. Las mujeres del barrio y yo nos apresuramos a hacer todo tipo de promesas de ayudar a la anciana y los empleados públicos, muy contentos de librarse de su desagradable tarea, la dejaron a nuestra merced (1910b, pp. 155-156).

Estas personificaciones se caracterizan por una compleja vida interior, marcada en primer lugar por la subjetividad de la acción –la capacidad de pensar y de desear–. Addams insiste en que el actor tiene sus propios propósitos. «No estamos», escribe, «conformes con incluir a todos los hombres en nuestras esperanzas, *ya que hemos llegado a ser conscientes de que todos los hombres tienen esperanzas* y son parte del mismo movimiento del que nosotros formamos parte» (la cursiva es nuestra) (1902/1907, p. 179). Esta capacidad del individuo de mantener sus propios propósitos incluso en las circunstancias más represivas o degradantes es algo que la maravilla, y un hecho de la vida social que debe ser tenido en cuenta por los demás actores sociales, tanto como deber normativo como por tratarse de una realidad práctica.

La teoría de Addams sobre el desarrollo humano se centra en la forma en que la voluntad se nutre, toma forma y se frustra. La crianza debería esti-

mular la capacidad del niño de realizar su propia voluntad; los padres deben comprender y respetar los «intentos del niño de reafirmar su individualidad, que tan a menudo se oponen a los deseos de la familia y a las reglas del hogar» (1902/1907, p. 92). La capacidad de desear está moldeada por las experiencias que la vida le presenta a la mente. Una obligación de la persona ética es intentar ampliar su abanico de experiencias (una de las descripciones más incriminatorias de Addams se refiere a la «estrechez de intereses»). Pero en el caso de los niños, y muchas personas desempoderadas, las experiencias están limitadas por sus circunstancias de clase, y estas circunstancias condicionan el foco de la acción: «[E]l niño al que se le ha puesto prematuramente a trabajar está constantemente oprimido por la interminable dificultad de los medios de subsistencia, e incluso los niños pequeños a menudo, en su afectuosa simpatía, se sienten abrumados por las preocupaciones de la vida» (1902/1907, p. 43)*. Gran parte del proyecto de progreso social de Addams implica intentar reducir el estrés en la voluntad individual mejorando las condiciones estructurales que frustran y distorsionan la voluntad de la población desempoderada. Al mismo tiempo es muy crítica con los reformadores y los filántropos cuyos proyectos rehúsan reconocer la legitimidad de la voluntad de las personas a quienes quieren ayudar; ella considera que esos reformadores son del «tipo de humanitarismo del que ama a la gente sin conocerla realmente... y que espera que las personas que no se conocen renuncien completamente al derecho de seguir su propio camino y se convenzan de la belleza y del valor del camino del otro» (Addams, 1905, pp. 425-426)*.

El ser social está impulsado a la acción no solo por los intereses dictados por el sentido práctico, sino por una necesidad ética que está arraigada en la propensión humana a la sociabilidad y a la bondad. El deseo de sociabilidad puede manifestarse a diario en una interacción que Addams etiqueta como «"sociabilidad estética", que nos incita a arrastrar a todos los miembros de la familia a la ventana cuando pasa una procesión por la calle o aparece un arcoíris en el cielo» (1916, p. 6)*. Esta necesidad de sociabilidad se hace a menudo aparente por los efectos de su ausencia. En su artículo para la *AJS* sobre las trabajadoras domésticas, Addams sugiere que las trabajadoras domésticas, a pesar de carecer de vocabulario para describir lo que les falta, frecuentemente abandonan sus puestos por el «aislamiento»: «Muchas chicas que se quejan de soledad, y que abandonan su situación

con esa única excusa, intentan formular débilmente ese sentimiento de contención y desajuste social. A veces dicen que "se sienten tan poco naturales todo el tiempo"» (1896, p. 548).

Addams considera que el deseo de sociabilidad es una motivación básica en la construcción de la conducta ética, e ilustra esta motivación con el trabajo de la maquinaria política corrupta. Manifiesta: «Después de todo, lo que el edil corrupto demanda de sus seguidores y de lo que depende en gran medida es su sentimiento de lealtad... Todo esto está perfectamente legitimado, y todo línea con el desarrollo de una lealtad cívica fuerte, aunque solo sea socializada y ampliada» (1902/1907, pp. 267-268). El votante que se implica en la maquinaria política ha llegado a entender que el gobierno de la ciudad afecta directamente a las vidas individuales y ha abandonado la idea de que cada persona haga su vida de forma independiente.

Los contemporáneos de Addams exploraron la idea en sociología de que los seres humanos desean la sociabilidad; pero Addams difiere y ella se centra en los seres humanos, no solo como seres sociables sino como seres que buscan activamente ser bondadosos. Uno de los puntos de su marco teórico es que toda la gente, sin importar hasta qué punto están materialmente en apuros, desean «dar mayor salida a la bondad», buscan «hacerle un favor a un amigo», esperan que «se le dé a la bondad... alguna forma de expresión gubernamental» (1907, p. 13). Para resumir este persistente deseo de bondad, usa la expresión en francés, «*l'imperieuse bonté* por la que designan esos impulsos hacia una conducta compasiva que no se le negaría a nadie» (1907, p. 21). En el estado actual del gobierno municipal, Addams señala que el ciudadano solo puede encontrar la expresión de la bondad en el gesto del político de distrito que entrega el pavo de Navidad, paga y asiste a un funeral, o ayuda a pagar una fianza pero espera un voto a cambio. Pero ella cree que es posible educar al ciudadano para que vea la bondad en la colectividad y sienta gratitud hacia la colectividad, «la ciudad que provee de... una guardería,... la Concejalía de Salud que apropiadamente anuncia en un cartel un caso de escarlatina en la puerta de al lado, ... las autoridades de la ciudad que ponen... un parque infantil» (1902/1907, pp. 266-267). Addams recurre frecuentemente al análisis de las acciones de los sindicatos como ejemplo de la fuerza de la llamada a la bondad y a la decencia humanas (p. ej. 1902/1907, 1905, 1907).

En las relaciones humanas, la capacidad de acción y los impulsos hacia la sociabilidad y la bondad se entrelazan inextricablemente cuando la gente busca un referente de ética y de corrección –que sus acciones sean, no solo prácticas, sino inteligiblemente morales o buenas–. «Ética» es el término que usa Addams para designar el estándar individual y colectivo de conducta adecuada en la interacción social y ella tiene como tesis principal que los tiempos requieren una ética colectiva, o social (véase a continuación el tema 4). Para que prevalezca una ética social, la gente debe aprender a practicar la bondad a través de la colectividad y no solo de forma individual. Una forma de establecer una ética que sea más social que individual es apelar a su potencial de bondad –un potencial que es recíproco, es tanto la gratitud por la bondad recibida como el deseo de ser bondadoso con otros–.

4. La teoría social de Addams resalta las características esenciales de la sociedad, describe su particular configuración en la sociedad americana y analiza cómo debe cambiar esa configuración si América se quiere transformar en una sociedad democrática. Addams considera la sociedad como personas interactuando en contextos relacionales múltiples, en tiempo y espacio reales –en ciudades, guetos, casas, fábricas, colegios, reuniones sindicales, sedes de partidos políticos, encuentros sociales, tribunales, tiendas–. Estos contextos están vinculados los unos a los otros de diferentes formas: por el desplazamiento de los individuos de un lugar a otro, por la interdependencia funcional, por pautas recurrentes de organización en lugares del mismo tipo (p. ej. un hogar de clase media), por coaliciones específicamente diseñadas para perseguir intereses comunes, y por la coordinación jerárquica. En estos contextos relacionales, las personas persiguen intereses prácticos: el sustento, la riqueza, el poder, los bienes materiales, la sociabilidad y la intimidad.

En estos contextos relacionales las personas también buscan percatarse de los intereses éticos como variable en cualquier relación. Aunque un código ético se origina con los impulsos humanos de sociabilidad y bondad, llega a implantarse en el individuo y en la sociedad solo a través de la práctica habitual en la interacción social: «por nuestras experiencias cotidianas hemos descubierto que no podemos defender mecánicamente un estándar moral, y después saltar a él en los raros momentos de entusiasmo en que tenemos la fuerza para ello,... [más bien] la fuerza para lograrlo se asegura del propio interés por la vida » (1902/1907, pp. 5-6)*. La ética está histó-

ricamente condicionada y «cada generación tiene su... estándar contemporáneo y actual por el que puede juzgar adecuadamente sus propios logros morales» (1902/1907, p. 2)*.

Esta comprensión de la sociedad explica la descripción de Addams de los Estados Unidos de su época. Para Addams, el hecho *histórico* de su tiempo es que los vínculos entre las personas se vuelven cada vez más intensos y complejos a medida que América se transforma de una sociedad agrícola a una industrial, de rural a urbana, de homogénea a heterogénea. Esta transformación reclama nuevas prácticas de sociabilidad y de ética. El hecho *social* central es que la gente debe lograr una ética social que encaje con el estado actual de la productividad material. Interpreta la necesidad de reajustarse éticamente en respuesta al cambio industrial, no como un determinismo económico, sino como la respuesta de la inteligencia humana en un área de la vida a los cambios provocados por la inteligencia humana en otra. La *contradicción* principal es que las nuevas formas de organización social todavía están impregnadas de la vieja ética: la ética individual que insta a la moral a través del logro personal; la ética familiar (o la «exigencia familiar») que insta a la lealtad a los familiares inmediatos y algunas otras personas próximas; y la ética militarista que premia la participación en la violencia colectiva aprobada por el grupo. Pero los tiempos claman por una ética social que requiere que el individuo se identifique con una comunidad más amplia, heterogénea, e incluso anónima, de la que forma parte. Esta identificación se debe aprender con la experiencia y se debe representar en todas las formas de asociacionismo.

Addams es crítica con la persistencia de estas formas anteriores de ética porque conducen a la gente a malinterpretar su situación presente —«enorgullecerse uno mismo de los resultados de su esfuerzo individual, cuando los tiempos demandan un ajuste social, es errar completamente en la comprensión de la situación» (1902/1907, pp. 2-3)* – y porque todas, de distintas maneras, legitiman la dominación. Addams sitúa la causa del conflicto industrial en el intento de mantener una ética individual de control contra una socialización de la producción, y pone como ejemplo la huelga Pullman de 1894: «[L]a gran preocupación por la manufactura ha dejado de ser un asunto privado; no solo se preocupan por su gestión un puñado de trabajadores y accionistas, sino que los intereses del público están tan implicados,

que los directivos de las compañías tienen la sensación real de estar administrando empresas públicas» (1902/1907, p. 143). Esta ética individual le proporcionó al millonario hombre de negocios George Pullman una lógica de dominación que aplicó en la construcción y regulación de una ciudad-compañía para sus trabajadores, no permitiéndoles voz en su gobierno porque «[é]l creía honestamente que sabía mejor lo que era bueno para ellos» (1902/1907, p. 144). En el hogar moderno, afirma Addams, la ética familiar aleja a las mujeres, en particular, del reconocimiento de que el verdadero grupo de uno es su vecindario, la comunidad o la sociedad –además de la familia–. La mujer debe «ampliar su sentido de la responsabilidad a muchas cuestiones de fuera de su propio hogar si quiere continuar preservando el hogar» (1910c, p. 21). Asimismo, la ética familiar anima al ama de casa a practicar la dominación sobre la vida de sus sirvientes, negándoles la libertad de estar con sus familias para asegurar la calidad de vida de su propia familia. Addams identifica el origen de muchos problemas del gobierno municipal del momento en la supervivencia de la ética militarista. Considera que tanto los fundadores de la nación como los de las ciudades tienen la idea de que un gobierno opera a través de «sanciones, coerción, obligación». Este sentido de la «fuerza de las armas» que se mantiene en los gobiernos municipales crea «una administración municipal en América que solo se preocupa a regañadientes de las necesidades sociales de la gente, y en gran medida se reduce a la administración de medidas restrictivas» (1907, p. 52).

Es importante reiterar que Addams ve su análisis de la sociedad americana contemporánea como específico históricamente; *no* dice que, como regla general, el cambio comienza con lo material y se desplaza hacia lo ético. De hecho, en su llamamiento al cambio social, sugiere una inversión posible: los cambios en los referentes éticos pueden cambiar la organización de la producción.

El primer cambio que reclama Addams es en la conciencia y en los hábitos de interacción. Las personas deben aprender a identificar sus intereses individuales con el bien común, a verse a sí mismas no en la lucha individual para obtener las cosas buenas de la vida, sino como participantes de un esfuerzo grupal hacia ese fin. La única manera de adquirir dicha concienciación es a través de la práctica interactiva; la ética social debe aprenderse como la ética de la familia, a través de su vivencia: «Nos hemos ocupado de las obli-

gaciones de nuestra vida familiar, no porque hayamos hecho propósitos para ese fin, sino de forma espontánea, porque la obligación se desarrolla de forma natural a partir del poso común de recuerdos y afectos, y no vemos otra manera de prepararnos para deberes sociales más amplios» (1902/1907, pp. 5-6)*. Esta práctica interactiva se debe basar en un principio de equidad y en un proceso de toma de decisiones colectivo y democrático. El principio de igualdad consiste en que «ningún grupo de personas tenga menos importancia que otro, como para sacrificar alguna parte valiosa de su vida por los demás» (1902/1907, p. 124). Para trabajar con éxito, la toma de decisiones colectiva requiere la forma de «imaginación» que hace posible «comprender las experiencias de otras personas» (1902/1907, p. 9). Addams argumenta que aprender a relacionarse como iguales desde posiciones diferentes y llegar a decisiones de forma colectiva es un proceso lento y difícil. Reconoce que «[h]emos estado a veces entretenidos por los fútiles esfuerzos, altamente individualizados, de media docena de personas agrupadas como comité. Sus intentos azarosos de encontrar un método de acción común recuerdan el movimiento vacilante de los brazos de un niño antes de haber aprendido a coordinar sus músculos». Pero insiste en que el proceso es tan importante como el resultado, que el «esfuerzo asociativo... que parece inefectivo... puede representar una cualidad social más fina que la acción individual más efectiva» (1902/1907, pp. 137-138).

El segundo cambio que reclama es la invención de nuevas formas y lugares de asociación. Los centros sociales fueron una invención de ese tipo, y la Hull-House en sí misma fomentó otras formas nuevas de asociacionismo: sindicatos (especialmente para mujeres), clubs educativos, asociaciones de mujeres, ligas de consumidores, grupos de estudio, equipos para tareas investigativas, y proyectos en cooperativas, como la fundación de una casa de apartamentos para jóvenes mujeres que trabajaban en las fábricas. El informe de Addams sobre el proyecto de la casa de apartamentos de la cooperativa de mujeres, financiado por la Hull-House, muestra el desarrollo de su programa de cambio social: la decisión de cooperar se basa en el deseo de ser un todo común; la idea surge de la experiencia de vulnerabilidad que vivieron las propias mujeres durante una huelga que amenazó sus ingresos económicos; la decisión se adopta tras una investigación cuidadosa; la presencia del centro como lugar de encuentro facilita la decisión; y el

propio centro está allí por la fe en que la época demandaba una ética social (1910b, pp. 135-137).

Un tercer cambio es que la gente debe usar sus nuevas formas asociativas para instar al Estado a actuar responsablemente con todos sus ciudadanos, porque solo el Estado puede compensar las concentraciones crecientes de riqueza y poder por las relaciones de la industria capitalista. El análisis de Addams señala la incompetencia del Estado que surge del deseo de no actuar en absoluto, de su predilección por definir mal sus actividades en términos militaristas y formalistas más que en términos éticos, y una tendencia, cuando actúa, a hacerlo a través del político de distrito en lugar de usar los procedimientos éticos establecidos. En un barrio como el distrito 19 de Chicago, «la política de las autoridades públicas de no tomar nunca la iniciativa... es obviamente fatal [porque] hay muy poca iniciativa de los ciudadanos» (1910b, p. 98). Pero esta falta de iniciativa procede del hecho de que el Estado haya permitido «condiciones industriales» que llevan a la fuerza «a los trabajadores a niveles por debajo de la decencia». Dado que «la simple existencia del Estado depende de la naturaleza de sus ciudadanos,... se torna posible deducir el derecho a una regulación del Estado» de esta situación (1910b, p. 229). Para que el Estado se reforme, los ciudadanos deben tener un interés continuado en su administración, movilizarse para convertirlo en el canal de sus propios impulsos éticos, y promover una reforma de la legislación que apunte al «cuidado doméstico municipal»[6]. Las labores domésticas municipales se refieren al cuidado de la comunidad de forma colectiva y cooperativa de manera que el Gobierno se convierta en un agente de salud, de seguridad para la tercera edad, de regulación de las condiciones laborales y los salarios, «en resumen, toda la organización y actividad que... prevenga un descenso en los niveles de vida» (1902/1907, p. 166).

[6] De hecho, las palabras de Addams parece que fueron «cuidado doméstico de la ciudad» o «cuidado doméstico cívico». Pero la idea, que repitió muchas veces, llegó a ser popularmente recordada como «cuidado doméstico municipal». Quizás este recuerdo proceda del título de la conferencia en la que por primera vez señaló su orientación, «The Modern City and the Municipal Franchise for Women» (su conferencia de 1906 para la *National American Woman Suffrage Association*).

LA RELEVANCIA DE ADDAMS EN LA HISTORIA Y LA PRÁCTICA ACTUAL DE LA SOCIOLOGÍA

ADDAMS Y EL CANON DE LA SOCIOLOGÍA

Mientras que Martineau pertenece a la generación fundadora de la sociología, es decir, aquellos sociólogos que escribieron entre 1830 y 1870, Addams y el resto de mujeres estudiadas en este texto pertenecen a la siguiente generación de teóricos sociales, aquellos que hicieron sociología en el periodo entre 1890 y 1930. La contribución de esta generación clásica se entiende normalmente en términos de (1) una continuación del funcionalismo de los trabajos de Emile Durkheim, Vilfredo Pareto y, posiblemente, Robert E. Park, (2) la emergencia del paradigma interpretativo con los trabajos de Max Weber, Mead y Georg Simmel, y (3) el establecimiento de la sociología como disciplina académica. Al añadir a Addams en esta generación de clásicos se proporcionan nuevas perspectivas en la construcción de la distinción entre teoría y aplicación, la elección de una voz apropiada para escribir teoría sociológica, las posibilidades críticas del paradigma interpretativo y la problemática en curso sobre el actor social limitado o con capacidad de acción.

Teoría versus aplicación. En el momento de la historia de la sociología en el que Addams estaba haciendo su trabajo más creativo, la distinción, que ahora damos por hecho, entre teoría y práctica, entre el trabajo académico y la sociología aplicada, no había tenido todavía lugar. Esta distinción se formó durante el periodo en que vivió Addams, como resultado de los movimientos que realizó parte de la comunidad sociológica para asegurarse el estatus profesional estableciéndose como académicos en la universidad (véase el capítulo 1). En ese movimiento la profesión se divorció de la sociología, que se alejó del activismo y de la intervención. Para seguir las normas de la universidad, se produjo una división del trabajo en la sociolología, de forma que aquellos que pensaban podían, y pueden, reclamar un mayor estatus para ellos en la profesión que aquellos que hacían. Addams rehusó esta elección forzosa, defendiendo como su primer principio sociológico que la teoría sociológica debía ser usada para la mejora social y que la teoría solo se podía crear a través de una implicación social activa.

En esta pugna profesional, se añadía una nota a pie sobre la exclusividad de género, raza y clase. Solo la clase privilegiada de hombres blancos podía

esperar alcanzar una posición de titular en la universidad a comienzos del siglo XX. Marginar la práctica de la sociología significaba marginar a las mujeres, y a muchos hombres, que trabajaban con dedicación para definir la sociología, haciendo lo que se denomina ahora «sociología aplicada» en centros sociales, otras asociaciones de voluntariado y agencias gubernamentales. Además, como muestra Deegan (1988), esta distinción significó que las figuras canonizadas de este periodo –Durkheim, Max Weber, Simmel y Mead– se recordaran en función de sus teorías puras y no en función de sus prácticas sociológicas o de su activismo social. Esta memoria selectiva rehizo significativamente las carreras de Durkheim, Mead y W. I. Thomas, por nombrar a tres. Devolver a Addams al canon refuerza el argumento sobre la relación necesaria entre la teoría y la práctica. Ese argumento está presente actualmente en la sociología marxista, en el campo creciente de la sociología feminista y en el pensamiento feminista negro.

Una voz teórica distintiva. Los hombres hoy canonizados como representantes del periodo clásico buscaron crear una teoría sociológica en un tono que señalara que estaba al margen de la vida cotidiana, que implicaba un acto de concienciación diferente del de la vida cotidiana (Schutz y Luckmann, 1973). Esta aproximación a la teoría era un camino hacia el estatus profesional. Cuando los hombres escriben, muy pocas veces utilizan el «yo», y ese «yo» se entiende que no se refiere al escritor que vive y respira, sino a un actor universal retratado por un momento por las relaciones desde su concienciación hacia el mundo. Para los hombres, la teoría comienza con la construcción de conceptos generales, descontextualizados, desubicados históricamente, que trascienden las experiencias de la vida –los famosos tipos de Weber acerca del poder, la acción y la estratificación; las igualmente famosas tipologías de Durkheim sobre las causas estructurales del suicidio y los conceptos de Mead sobre el «sí mismo» (*self*)–.

Addams escribe sobre teoría sociológica con otra voz –personal, comprometida, fundamentada y divertida–. Se mantiene a sí misma presente en sus informes teóricos como «Jane Addams de la Hull-House», una conciencia encarnada en un género, una clase, una etnicidad, una edad y una localización, que responde con emociones –horror, consternación, humor, ironía, placer, enfado– a las situaciones que analiza. Rechaza la idea de que la Hull-House sea un laboratorio social en el que ella observa como científica; por el con-

trario, escribe como una vecina. Desde su posición de vecina, empieza su teoría volviendo a contar la situación que analiza, y los principios teóricos emergen de la situación cuando es explicada de nuevo. Repite la historia utilizando la narrativa y no mediante una tipificación ideal (véase tema 2, anteriormente). De esta manera, el grado de generalización del relato sociológico tiene un límite intrínseco porque no se presentan a los actores y sus situaciones como universales, sino como tipos históricos profundamente contextualizados, como el asistente de la beneficencia, el cliente y el vecino.

Un paradigma interpretativo extendido. Addams es parte de la tradición interpretativa: como Max Weber, se interesa por los significados que las personas atribuyen a sus acciones; como Mead, considera que el sí mismo (*self*) se produce a través de las relaciones; como Simmel y Mead, describe las dinámicas de las relaciones. Pero la estrategia de Addams para explorar los significados de los actores es involucrarse en una continua observación participante empática de sus vidas cotidianas. Y su interés se extiende a cómo los significados interaccionan en situaciones muy concretas; al problema, que más tarde acapararán los etnometodólogos, de la incomprensión de los actores ante los significados de los otros y el trabajo que se realiza en dichas situaciones para mantener las relaciones; y a cómo el orden social más amplio se presenta y se expresa en la vida diaria. Su trabajo es un ejemplo precoz de la etnografía institucional que defienden Dorothy E. Smith y sus estudiantes en la sociología contemporánea. Adicionalmente, Addams le proporciona una marca distintiva a la sociología interpretativa al insistir en que las personas son agentes morales impulsados a la acción, no solo por la necesidad de sociabilidad y de significados sino por su deseo de entenderse a ellas mismas, sus relaciones y el mundo, en base a los principios de lo que está bien y de lo que está mal.

Determinismo versus capacidad de acción. Como parte del movimiento hacia el establecimiento de la legitimidad académica de la sociología, los teóricos hombres del periodo clásico clamaban unánimemente que la competencia especial de la disciplina residía en el análisis de la sociedad entendida como pautas complejas de estructuras relacionales con significado. Este planteamiento les llevó a todos a una problemática teórica, la de la relación entre la sociedad, así definida, y el individuo, entendido como un ser con voluntad plena y capacidad de pensar. A pesar de sus muy diversas

teorías, todos los hombres de la generación de los clásicos llegaron a una conclusión similar sobre la naturaleza de esta relación: que la sociedad determina, en mayor o menor medida, las ideas, la voluntad y la acción individuales. En Durkheim y Mead, esto se presenta como una verdad universal; en Weber y Simmel, es una característica de la sociedad moderna, con sus sistemas florecientes de cultura objetiva (Simmel) o el proceso social de burocratización (Weber). Para Durkheim, el individuo determinado socialmente es un bien social, ya que el orden social solo es posible cuando los individuos se adaptan a la conciencia colectiva. Para Simmel y Weber, el individuo excesivamente condicionado es una fuente de preocupación grave, una enfermedad para la modernidad. Para Mead, esta dirección es insostenible en su trabajo teórico. Para evitar sus implicaciones plenas, recurre a los conceptos desarrollados de forma incompleta del «yo», o el uno mismo con voluntad plena, y el «mi», o el uno mismo adaptado, como una tensión siempre presente en uno mismo (*self*); a pesar de que la representación del «yo» en cualquier momento, más que típico, es un acontecimiento aberrante o remarcable en el proceso social.

En lo que quizás Addams se distingue más radicalmente de estos otros teóricos es en su rechazo a retratar al individuo como socialmente determinado. De hecho, comienza con la premisa contraria de que el individuo tiene capacidad de acción, es decir, tiene voluntad plena y deseos, es irreprimible, incluso en las circunstancias sociales más oprimentes. Esto es lo que ella observa como vecina en el mundo que le rodea, y lo que le deleita y fascina. Esta visión la aparta de los teóricos masculinos que llegaron a sus conclusiones desde la distancia a la vida diaria y su desplazamiento hacia una orientación teórica pura. Además, el individuo en Addams tiene voluntad plena no solo egoístamente, sino social y éticamente –desea relacionarse con los demás, tener la oportunidad de ser bondadoso, y ser capaz de valorar si sus acciones son buenas o malas–. Addams considera que las condiciones de modernidad ofrecen una oportunidad enormemente extensa para tal capacidad de acción ética en la representación de la ética social mediante la democracia socializada. Los pasos para lograr esta ética social constituyen su agenda teórica.

ADDAMS Y LA TRADICIÓN DE LA SOCIOLOGÍA FEMINISTA

La configuración del paradigma feminista de Addams está marcada por (1) la perspectiva de género, (2) el foco de atención en la vida de las mujeres, (3) la exploración de los múltiples puntos de vista, (4) la invención de una metodología de investigación respetuosa con estos múltiples puntos de vista, y (5) el compromiso por el cambio.

Una perspectiva de género. Addams siempre se sitúa a sí misma como mujer en su teoría, alertando al lector de que siempre está presente activamente en su relato y de que lleva la conciencia femenina a su análisis. Considera y responde activamente y con emoción a la cuestión de género en el mundo:

> No puedo recordar sin indignación una experiencia reciente. Me había demorado hasta tarde una noche en un edificio de oficinas... cuando salí a las once, me encontré en el pasillo... con una mujer que conocía, que fregaba de rodillas las baldosas de mármol. Cuando se levantó para saludarme, estaba tan mojada, de los pies a la cabeza, que rápidamente le pregunté por la causa. Su respuesta fue que salía de casa a las cinco cada tarde y durante seis horas no tenía oportunidad de amamantar a su bebé. Su leche materna se mezclaba con el agua con la que limpiaba el suelo (1910b, pp. 174-175).

A través de la autorreflexión, Addams llega a reconocerse como un tipo social ideal: una mujer de una clase, etnia, época y lugar particulares, una intersección de biografía e historia. Se identifica especialmente como una de las mujeres de la primera generación de universitarias, que se enfrenta al problema de la autonomía femenina, más concretamente a su derecho de decidir por ellas mismas la dirección ética de sus vidas, un problema que ella teoriza como un conflicto entre las exigencias familiares y la ética social. El conocimiento que tiene sobre ella misma como tipo social moldea su reconocimiento de las diferencias entre las mujeres. La mujer de rodillas que friega es una persona real que Addams conoce, pero también es la personificación de la madre de clase trabajadora. El reconocimiento de las diferencias, además, hace que Addams se dé cuenta de que los antecedentes de su propia clase la limitan a la hora de lidiar con los problemas a los que se enfrentan las vecinas de la Hull-House. Y esta concienciación la conduce a uno de sus temas principales, el reconocimiento, la exploración (y disfrute) del fenómeno de los múltiples puntos de vista.

Foco de atención en la vida de las mujeres. Las mujeres son centrales en el análisis social de Addams: el trabajo de las mujeres –doméstico, trabajadoras en la fábrica, amas de casa, voluntarias de la caridad y trabajadoras en talleres de explotación laboral[7]–; la vida de las mujeres a lo largo de su ciclo de vida –como trabajadoras asalariadas jóvenes, idealistas educadas, víctimas de la prostitución, como esposas maduras y mujeres cargadas con el trabajo ético y práctico del hogar y la comunidad, como mujeres ancianas que se enfrentan aterrorizadas a los miedos de la soledad, la enfermedad y la indigencia–; la situación de las mujeres en la familia –como administradoras del hogar, madres e hijas– condicionadas ética y prácticamente por la moralidad de las exigencias familiares; y mujeres como ciudadanas a las que llama a la acción política, a través de la participación en sindicatos, federaciones y clubs, centros sociales, asociaciones de consumidores y partidos políticos.

Addams es una feminista cultural, es decir, cree que las mujeres llevan a las situaciones cotidianas una orientación ética y práctica diferente y que la vida pública en los Estados Unidos de su época necesita particularmente esta orientación. Atribuye muchos de los problemas de las ciudades al contraste entre la orientación militarista masculina predominante en el gobierno local y su sentido de gobierno como un trabajo doméstico cívico:

> Si las ciudades americanas han fracasado... ¿no podemos decir que el trabajo doméstico de la ciudad ha fracasado en parte porque no se ha consultado a las mujeres, tradicionales amas de casa, sobre sus actividades multifacéticas?
>
> Es difícil entender lo que la destreza militar tiene que ver con las tareas multifacéticas que, en una ciudad moderna, incluyen el cuidado de parques y bibliotecas, la superintendencia de los mercados, el alcantarillado y los puentes, la inspección de suministros y calderas, y la eliminación apropiada de la basura (1907, pp. 184-185).

En *The Long Road of Women's Memory*, Addams explora cómo trabaja el cerebro femenino, especialmente el de las mujeres ancianas. Addams cree que las mujeres usan su memoria de dos formas diferentes pero comple-

[7] N. de la T. El término original en inglés es *sweatshop*. Generalmente, hace referencia a los talleres textiles situados en viviendas particulares, en los que las condiciones laborales de los trabajadores (sobre todo mujeres) eran realmente precarias. En ocasiones, podían ser clandestinos. El término se ha traducido en anteriores textos de formas diversas. En lo que sigue, se emplea «talleres textiles de explotación laboral» o, simplemente, talleres textiles cuando el contexto aporta más información.

mentarias: para «interpretar y mitigar la vida del individuo» y como «una capacidad selectiva de reorganización social» –la memoria es una forma por la que las mujeres se reajustan a fuerzas impersonales mayores que han modelado sus vidas, y en ese reajuste puede preparar el camino hacia el cambio social– (1916, pp. xi-xiii).

Múltiples puntos de vista. Para Addams, la existencia de múltiples puntos de vista es una prueba de la cualidad que más le interesa en los seres humanos: la capacidad de los individuos de defender sus propias ideas, sus propios deseos, su propia voluntad, a pesar de la presión de otras personas y especialmente de personas más poderosas que ellos. El intento de las personas de comunicarse desde diferentes perspectivas es la prueba del deseo de sociabilidad y del hecho de que la sociedad debe, en definitiva, ser una empresa cooperativa. La negación por parte de algunas personas de los puntos de vista de otras es un elemento esencial de dominación. La forma típica de Addams de analizar los múltiples puntos de vista es a través de narrativas que ilustran cuestiones sociales particulares. Por ejemplo:

> La directora de un curso de formación para cuidadoras de guarderías se dirigió a un club de mujeres trabajadoras y les habló del despotismo con el que a menudo se trata a los niños pequeños. Dijo que la denominada determinación para frenar la voluntad de un niño surgía muchas veces de un deseo de dominación, e instó a que la relación ideal se fundara en el amor y en la confianza. Pero eso confundió a muchas mujeres. Una de ellas le remarcó a la escritora [Addams], cuando salía de la sala del club, «Si no mantienes el control sobre ellos cuando son pequeños, nunca conseguirás sus salarios cuando crezcan». Otra dijo: «Ah, claro, ella (refiriéndose a la conferenciante) no tiene que depender de los salarios de sus hijos. Se puede permitir ser laxa con ellos porque, incluso si no le dan dinero, puede vivir sin él» (1902/1907, p. 46).

En el marco de las opiniones contrastadas entre la profesora de la guardería y las madres de clase trabajadora, Addams muestra como los múltiples puntos de vista se crean debido a una localización estructural. Arrastra al lector a participar en el análisis al argumentar contra la dominación del niño, pero mostrando la lógica del pensamiento de las madres de clase trabajadora. El argumento general de Addams es que las estructuras sociales opresivas se reproducen en las acciones de los oprimidos, acciones que en las circunstancias de su opresión son razonables y necesarias para la supervivencia. Solo un cambio estructural puede hacer posible la retirada de la dominación.

Lo que Addams nunca pierde de vista –y nunca permite al lector que pierda– es la complejidad del problema, la ausencia de soluciones simples.

Un método de investigación feminista. Addams inventó una metodología de investigación que es respetuosa con los múltiples puntos de vista tanto en su método de indagación como en su modo de presentación –una metodología guiada por lo que las investigadoras feministas contemporáneas describirían como «reciprocidad del reconocimiento»– (véanse Benjamin, 1988; Mies, 1983; Reinharz, 1983). Este es el ideal que expresa repetidamente cuando habla de su relación con los sujetos como «la de una vecina». Varios corolarios fluyen de su proposición epistemológica general del reconocimiento mutuo. El investigador está obligado a reconocerse como un actor ubicado socialmente que está implicado en un proyecto y está obligado a supervisar su trabajo reflexivamente. Este proyecto no es una tarea investigadora independiente y «objetiva», sino una actividad ubicada socialmente en los intereses y significados del investigador. En una de sus primeras aportaciones famosas, «The Subjective Necessity for Social Settlements», Addams reconoce explícitamente su implicación en el trabajo por su propia necesidad de expresar valores y de tener un propósito. Addams trabajó activamente en la monitorización de sus actividades, usando a los vecinos de la Hull-House como auditores y reconociendo abiertamente las implicaciones de las diferencias en estatus económico entre sus vecinos y ella. Addams, como otras sociólogas feministas, se enfrentó al menos a dos operaciones de transformación de la información en la construcción de conocimiento sobre el mundo social: (1) la tarea de permitir que se expresaran las experiencias vividas, personales y específicas históricamente de los sujetos en relatos que se pudieran compartir sin perder la individualidad de los relatos originales y (2) la tarea de trasladar dichos relatos al sistema simbólico de la sociología. Como hemos comentado, resolvió estos problemas de transformación en parte a través del uso de la narrativa. Addams hizo frente al problema de trasladar estos relatos al sistema simbólico de la sociología de una forma muy diferente a la que hoy se le presenta al investigador moderno, ya que no había en cierto sentido ningún sistema simbólico en sociología cuando ella escribía –todo se estaba formando– y Addams era parte de este proceso. Addams formuló una teoría y encontró un estilo de presentación que le permitieron mantener lo personal y lo particular mientras se movía hacia un análisis de las cuestiones estructurales y políticas.

Compromiso con el cambio. Addams asume el cambio; para ella la cuestión fundamental no es si el cambio ocurrirá, sino cómo dirigir tal cambio para producir una democracia socializada, es decir, una sociedad infundida de valores que hoy son centrales en la agenda feminista contemporánea –*inclusión*, *empoderamiento* y *respeto por los puntos de vista*–.

Addams cree que el cambio es inmanente a las contradicciones de la sociedad de los Estados Unidos de su tiempo, entre la organización social del trabajo y el control individual de la producción, entre la dependencia social de todas las personas y la vieja ética del individualismo, el militarismo y la familia; entre la producción social de la riqueza y las desigualdades en su distribución, entre las demandas manifiestas de la educación para promover la cooperación cívica y la práctica educativa de premiar la competitividad individual. Para que se logre el cambio, las personas deben transformar el malestar que sienten por esas contradicciones en prácticas interiorizadas de interacción diaria para desarrollar asociaciones que sean cooperativas, democráticas, diversas en su membresía, que acojan a gente de todos los grupos raciales, étnicos, de clase y de género. La gente adquiere los hábitos éticos nuevos en los que trabajan para que tengan lugar en el mundo en el proceso de intentar producir reformas. Addams defiende que la vanguardia en este esfuerzo por el cambio debe venir de la clase trabajadora y las mujeres. En su «concepción interna», el movimiento de los trabajadores, aunque no siempre en su «acción hacia el exterior», intenta ser democrático, cooperativo e inclusivo, y organizarse en torno a una expresión clave de la ética social: «[c]l daño hacia uno... se convierte en la preocupación de todos» (1895, p. 183). Las mujeres son actores potencialmente clave en el movimiento hacia el cambio progresista por dos razones. Su posición ética tradicional con respecto a las exigencias familiares, aunque restringe su visión al grupo del que son responsables, no obstante las prepara para la continuada práctica cotidiana de ser responsable de los otros. Y la consecuencia de esta responsabilidad hacia los demás es que las mujeres conocen de forma práctica lo que se necesita para cuidar de la gente. Sobre todo, Addams deja descansar su esperanza de cambio en su sentido distintivo de la naturaleza del actor social en el mundo moderno:

> En medio de la ciudad moderna que, en algunos momentos, parece estar solo para el triunfo de los más fuertes y la explotación triunfante sobre los débiles,... a diario se produce... un aumento de... personas que llevan en sus corazones el deseo de la mera bondad. Con regularidad reducen sus exiguos re-

cursos en respuesta a... la compasión, e independientemente de la religión que profesan, de los males que han sufrido y de la moralidad rígida en la que han sido educados, tienen un deseo insaciable de que la caridad y la simple justicia regulen las relaciones entre los hombres (1907, pp. 12-13).

LECTURA 3-1

EXTRACTO DE «THE SETTLEMENT AS A FACTOR IN THE LABOR MOVEMENT» [UN CENTRO SOCIAL COMO FACTOR DEL MOVIMIENTO OBRERO]

Esta selección se ha extraído de las páginas 183-203. Esta es la contribución teórica de Addams al famoso volumen de investigación y teoría crítica de los residentes de la Hull-House, un referente clásico olvidado no obstante en la sociología. Es importante entender que Addams considera el centro social como el lugar para hacer sociología, como ella elige definir este campo. Este trabajo es por tanto sobre el rol de la sociología en las relaciones de clase de la sociedad capitalista. El análisis de Addams de estas relaciones es radical, y se basa tanto en la observación como en la lectura teórica. El centro social tiene un distintivo rol activista que jugar en las relaciones de clase y en el movimiento obrero, un rol enmarcado en la teoría sociológica de Addams sobre la ética en la sociedad.

Un hombre o un grupo de hombres en ocasiones revela a sus contemporáneos una conciencia mayor simplemente por el hecho de incorporar a la acción lo que antes no había sido más que una posición filosófica. Con esta acción el código ético común se eleva hasta un punto superior.

Un acto con significado moral, por ejemplo, fue el de lealtad de John Burns hacia los estibadores en huelga del este de Londres. De hecho, «el daño hacia una persona» finalmente «se convierte en la preocupación de todos»; y... el hombre que no comparte esa preocupación cae por debajo del estándar ético de ese momento...

Fuente: Jane Addams, «The Settlement as a Factor in the Labor Movement», en *Hull-House Maps and Papers*... (Boston: Crowell, 1895), pp. 183-204.

Cuando la conciencia social, si se puede usar la expresión, ha sido formulada notablemente, no es tan duro para los otros seguirla,... débilmente y con tropiezos, quizás... pero aún así tienen un código ético sobre el que el primer hombre estaba confuso.... Un centro social acepta la ética de sus contemporáneos de que compartir las vidas de los pobres es esencial para comprender y mejorar esas vidas; pero por su simple existencia adopta este código moderno de alguna manera formal. El daño social que sufre el hombre más humilde no solo se convierte en la preocupación del centro, sino que por el simple hecho de su ubicación está en posición de ver, como nadie excepto el propio vecino puede ver, el estrés y la necesidad de quienes soportan la peor parte del daño social. Un centro social no solo ha asumido el compromiso hacia los damnificados, sino que está situado en un lugar en el que la fuerza motriz para el cumplimiento de dicho compromiso se renueva constantemente. La proximidad es un factor perenne en su existencia.

Bastará una revisión del comercio textil, visto desde un centro social, para ilustrar esta posición.

Hull-House está situada en medio del distrito de talleres textiles de Chicago. Los residentes llegaron al distrito con la creencia general de que hacía falta organizar a la gente que trabajaba. Habrían dicho sin duda que el descubrimiento del poder de la unión era el descubrimiento que distinguía a nuestro tiempo; que... ya funcionaba hasta tal medida en los asuntos comerciales, que el fabricante que no se unía con otros de su rama estaba en peligro constante de fracasar;...y que, de la misma manera, los trabajadores no podían tener éxito a menos que ellos también aprendieran a aprovechar hábilmente este poder.

Los residentes, así como muchas otras personas, aceptaban esta proposición, pero no... la fuerza que impulsaba a la convicción. Los residentes han vivido durante cinco años en un barrio ampliamente entregado al comercio textil, que es una industria totalmente desorganizada. ... [H]an descubierto gradualmente que la falta de organización en el comercio hace que los trabajadores en ese sector tiendan al desamparo industrial. En todos los apartados de la vida comercial, política y social, el aislamiento es un error,... en los asuntos industriales el aislamiento es un crimen social; porque allí conduce al exterminio.

Este proceso de exterminio implica hambre y sufrimiento, y la desintegración moral desesperada que inevitablemente sigue su curso, hasta que la

necesidad de organización en la industria gradualmente asuma un aspecto moral. La convicción llegó e implicó una obligación social.

Ningún sector está tan sobresaturado como el textil; ya que la aguja ha sido siempre el refugio de la mujer no cualificada... La subdivisión del trabajo y los salarios bajos han ido tan lejos que la que hace los acabados sola en casa posiblemente no puede ganar un salario para vivir. Los residentes de la Hull-House han investigado detenidamente muchos casos, y están preparados para afirmar que la viuda italiana que hace el acabado de los productos más baratos, aunque cosa desde las seis de la mañana hasta las once de la noche, solo puede obtener lo suficiente para mantener alimentados y vestidos a sus hijos; mientras que debe depender de la caridad o de la hospitalidad de sus paisanos para el alquiler y el combustible...

El sastre judío, el hombre que tiene una familia que sostener y quien, si no fuera por la competitividad de mujeres y niñas no cualificadas, podría ganarse un salario por encima de la subsistencia de una familia, está obligado, para sacarlos a todos adelante, a poner a trabajar a sus niños pequeños tan pronto como pueden coser botones.

... La madre que cose doce docenas de botones por siete céntimos, para comprar un lazo azul con el que recoger el pelo de su hija pequeña... comete sin querer una ofensa contra sus compañeros de trabajo, aunque a nuestros corazones apenados... les duela su miseria.

El instinto maternal y el cariño a la familia es el atributo más sagrado de la mujer; pero si se incorpora a la vida industrial, no es suficiente con eso. Debe suplementar su conciencia familiar con su conciencia industrial y social. Debe ampliar su cariño a la familia para acoger a los niños de la comunidad. Trabaja de forma caótica en el comercio textil, ya que se ha incorporado a la vida industrial con el escaso equipamiento que era suficiente para la vida familiar...

Por tanto, si el centro social está convencido de que la falta de organización en los asuntos industriales lleva al trabajador aislado a la indefensión, y es una amenaza para toda la comunidad, entonces está obligado a comprometerse con la organización industrial, y a buscar las líneas sobre las que trabajar. Y es en ese punto cuando el centro social entra en lo que se conoce más técnicamente como el movimiento obrero.

El movimiento obrero puede reclamar un esfuerzo coordinado entre los trabajadores de todos los sectores para obtener una distribución más equitativa del producto, y asegurar una existencia más ordenada para los trabajadores. ¿Cómo pueden ser los centros sociales válidos para este esfuerzo?

... [L]a línea de acción más evidente es la organización a través de los sindicatos, un movimiento ya bien establecido.

Los sindicatos le dicen a cada trabajador, «Asóciate con... los compañeros de trabajo... Es el único camino posible para prevenir los cortes en las tarifas salariales, y para regular las horas de trabajo. El capital se ha organizado y tiene influencias para asegurar que la legislación esté de su parte. Nosotros estamos desperdigados y debilitados porque no trabajamos juntos».

El sindicalismo, a pesar de los muchos agujeros en los que ha caído, tiene el halo del altruismo a su alrededor. Es un deber claro del centro social mantenerlo en su mejor ideal... El mantenimiento de los ideales no es tan fácil como el trabajo más práctico de aumentar los sindicatos, que ya es suficientemente difícil...

Fue quizás natural que, desde esa situación, los sindicatos que se organizaron en la Hull-House estuviesen relacionados con el comercio textil. Los fabricantes de camisas se organizaron en la primavera de 1891...

Los fabricantes de capas se organizaron en la Hull-House en la primavera de 1892. Los salarios habían estado descendiendo de forma continuada y había una gran crisis entre los trabajadores del sector... Los hombres habían insistido en organizarse durante años, pero no fueron capaces de conseguirlo con las mujeres. Un obstáculo aparentemente insalvable había sido la posibilidad de encontrar una sala, que no fuera una taberna, lo sufientemente grande y barata para una reunión general. Las mujeres se habían negado categóricamente a usar el salón de una taberna... Hombres y chicas, y dos o tres residentes, fueron a la primera reunión en la Hull-House. La reunión fue una revelación para todos los presentes. Los hombres, quizás unos cuarenta, eran sastres de origen judeo-ruso, muchos de los cuales no podían ni chapurrear inglés. Iban mugrientos y pobremente vestidos, y sospechaban que la Hull-House hacía funciones de espionaje para los capitalistas. Eran trabajadores cualificados, bastante superiores a ellas para coser una capa, pero vergonzosos y poco naturales ante ellas. Las chicas americano-irlandesas

iban bien vestidas y se encontraban comparativamente cómodas. Se sentían acompañadas por la presencia de las residentes y hablaban sobre ellas con locuacidad. Estos dos grupos de personas solo permanecían unidos por la presión sobre su sector. Les separaban fuertes diferencias raciales, de idioma, de nacionalidad, de religión, de modo de vida, de cada distinción social posible. El intérprete se situó entre los dos lados de la habitación, bastante impotente. Tenía clara la necesidad económica de la unión; era consciente de la interdependencia mutua; pero estaba desconcertado ante el aspecto social de la situación. Las residentes sintieron que entre estos hombres y las chicas había una distancia mayor que la del «abismo» tan comentado entre las clases favorecidas y las desfavorecidas. Las trabajadoras ante ellas, que estaban obligadas a salvar esa distancia, tenían una ventaja sobre las chicas educadas que consciente, y a veces heroicamente, cruzaban el «abismo» para unir sus manos a las de sus hermanas trabajadoras.

Había mucha menos diferencia de cualquier tipo entre las residentes y las chicas trabajadoras que entre los hombres y las chicas del mismo sector laboral. Era un espectáculo que solo se podía encontrar en una ciudad americana, en las condiciones actuales de la vida comercial. Los trabajadores se empujan entre ellos hacia una democracia social por la presión de la situación económica. Presenta un aspecto educativo y de expansión de gran valor...

Pero el movimiento obrero no es de ninguna manera tan simple como el sindicalismo. El centro social encuentra en el movimiento a hombres devotos... que insisten en que la organización industrial debe ser parte de una reorganización general de la sociedad. Los individualistas, por ejemplo, insisten en que no se asegurará nunca una distribución igualitaria hasta que no haya igualdad de oportunidades..., que la única función del Estado es asegurar la libertad de cada uno, vigilada por la misma libertad de los demás, y que cada hombre, libre de trabajar por su propia existencia y mejora, contribuirá con esta fórmula al desarrollo industrial...

Contrarios a ellos, entrando en discusión cada vez que hablan, están los socialistas en todas sus variedades. El socialista científico lee a Karl Marx y ve la absorción gradual e inevitable de todos los medios de producción y de todo el capital por parte de una única entidad, llamada comunidad... Considera que la tendencia presente hacia la concentración de capital y el crecimiento de las corporaciones y monopolios es una transición hacia el Estado

socialista... En el primer caso teníamos la expropiación de la masa de población por parte de unos pocos usurpadores; en el último tenemos la expropiación de unos pocos usurpadores por parte de la masa de población...

Entre estos dos puntos de vista divergentes encontramos muchas opiniones intermedias...; pero quizás la presentación de estos dos... ilustre hasta qué punto es difícil para un centro social ser liberal en el tono y decidir qué medidas inmediatas están en la línea de favorecer el movimiento obrero y cuáles están en contra.

... La pregunta crucial en este momento es, «¿en qué actitud te posicionas con respecto al sistema industrial actual?¿Te parece bien que la avaricia, y aprovecharse de los desaventajados y empujar a los débiles hacia el muro sea lo que gobierne tu vida en los negocios, mientras que tu vida familiar y social es tan diferente?»... Si estas preguntas nos presionan a todos, entonces el centro social debe seguramente enfrentarse al problema industrial como prueba de su sinceridad, como prueba de la unión de sus intereses con los intereses apremiantes de sus vecinos. ¿Debe entonces aceptar el credo de una u otra escuela de pensamiento social[?]... ¿Puede encontrar la cuestión moral subyacente? ¿Deben seguir sus acciones alguna línea ética?...

Un vistazo al movimiento obrero muestra que se le ha dado la fuerza preponderante a lo que muchos denominan acción negativa...

Un movimiento no se puede llevar a cabo negando otras actuaciones; debe conducirlo un impulso positivo, una fuerza motivadora que guíe y se autosostenga. No se puede lograr una revolución moral con hombres que están juntos simplemente porque todos están dolidos por un mismo sentimiento de daño e injusticia, aunque pueda empezar por aquí.

Los hombres motivados se esa manera pueden organizar la resistencia, pueden luchar juntos valientemente, y pueden destruir la causa del daño, pero no pueden construir, asociarse y unirse. No tienen una fe común ni colectiva. El movimiento obrero en América tiene esta marca de juventud e inmadurez...

Es cierto, sin duda, que los hombres que trabajan excesivamente solo determinadas semanas al año, y soportan una desocupación atormentada por el miedo a la inanición... están lejos de esa vida regulada... en la que es posible inculcar tranquilamente un principio moral... El movimiento obrero está destinado, por tanto, a trabajar por una reducción de horas y

un aumento de salarios, además de por la regularidad laboral, por una educación y una reforma moral para el trabajador individual; y por un asociacionismo que pueda promover principios más amplios y asumir una mayor apariencia de fraternidad...

El centro social puede ser valioso si puede proporcionar una perspectiva más amplia y consistente de la que es posible que den los trabajadores, dolidos por lo que sienten que está mal; o que den los capitalistas, que persiguen solo «acallar», sin considerar la significación histórica del caso, y que insisten en el derecho inalienable del «capital invertido» a obtener unos beneficios de al menos un 4%, ignorando la pasión humana. Es posible llevar ambos colectivos hacia un sentido de mayor desarrollo.

Hace un siglo se produjo un impulso irresistible, un movimiento de abajo hacia arriba, en los grupos de población que demandaban participar en la vida política, hasta entonces limitada a los privilegiados... Existe una demanda similar a finales de este siglo por parte de la población trabajadora; pero esta vez es reclamando su parte de los resultados de la industria...

... Es singular que en América, donde el Gobierno se fundamenta en los principios de representación, el capitalismo sea tan lento en acordar este derecho con los trabajadores; que rechace tan firmemente negociar con un «representante sindical» y que mantenga durante tanto tiempo que nadie «externo» pueda representar a los hombres de su negocio.

Debemos aprender a confiar en nuestra democracia, cuya aplicación no se ha intentado, aunque pueda parecer como un gigante amenazador con su hosca fuerza...

Aunque la tendencia hacia la contienda muestre el estado primitivo del movimiento obrero, también la división en frentes según la clase revela una condición actual de subdesarrollo. La organización de la sociedad en enormes batallones con patronales y corporaciones en el bando del capital, y sindicatos y federaciones en el bando del trabajador, divide al mundo en dos campos hostiles, y nos devuelve a las guerras y limitaciones de clase...

... A medida que el movimiento obrero se vaya haciendo mayor, sus líderes podrán adoptar la perspectiva ética más amplia que siempre proporciona la experiencia genuina; podrán tener la oportunidad de actuar libres de la presión de la amenaza o la ambición. No tendrán nada que ganar o perder,

salvo que suban o caigan con sus compañeros. Al alzar a las masas, los hombres podrían tener una fuerza motivadora... mucho mayor que la motivación por el éxito individual...

¿Es demasiado esperar que a medida que los más antiguos sindicatos mejor organizados sean rápidos en reconocer la solidaridad en el trabajo y actúen de acuerdo con la idea literal de hermandad, perciban la mayor solidaridad que incluye trabajo y capital, y actúen con la idea de una alianza universal?...

El centro social puede verse contrariado ante hombres apáticos respecto a motivaciones más elevadas, que piensan solo en estratagemas para ser más listos que los capitalistas; o ante hombres que justifican su uso de las malas artes, diciendo que han aprendido las lecciones del otro lado. Esa actitud enseguida cambia el movimiento, de ser un movimiento hacia el desarrollo, a ser lucha, y el único juez que queda entre los adversarios es finalmente la fuerza. Los intereses de clase se convierten en la fuerza que gobierna y motiva, y lógicamente el centro social deja de ser valioso para ninguna de las dos partes. Evidentemente, sus simpatías se enredan en tal batalla, pero para ser valioso debe mantener claro su juicio de cara al resultado ético final, y esto requiere tanto percepción como formación.

Afortunadamente, se pueden analizar los aspectos transitorios y los permanentes de cada acción. El aspecto transitorio de la huelga es el enfado y la oposición al empleador, y demasiado a menudo el sinsabor de la derrota. El permanente es la unión de los huelguistas por vínculos de asociación y hermandad, y el logro de una relación más democrática con el empleador; y es por este sentimiento creciente de hermandad y democracia en el movimiento obrero por lo que apreciamos en él una fuerza ética creciente.

De aquí el claro deber del centro social de mantener el movimiento alejado de convertirse de ninguna manera en una contienda de clases... Una clase que trabaja por una clase, y contra otra clase, implica que en ella debería haber sectores comerciales trabajando por esos sectores, individuos trabajando por los individuos. El carácter universal del movimiento habría desaparecido desde su inicio, y no se podría recuperar hasta que no se aceptara un ideal que incluyese a todos...

El centro social se compromete en insistir en la unidad de la vida, en unir en él el sentido de rectitud presente en el barrio, y hasta donde sea posible en la

ciudad; a trabajar en la mejora, no de un único tipo de personas o de una clase de personas, sino del bien común. El centro social cree que así como los hombres carentes de camaradería por las circunstancias o la ley vuelven a la brutalidad de la que vinieron, cualquier clase o conjunto de hombres carentes de la compañía de los demás, se torna en consecuencia incivilizada e impedida. Ninguna parte de la sociedad puede permitirse avanzar sin los demás.

El centro social, por tanto, insta en primer lugar a la organización de la gente trabajadora con el fin de asegurar una vida tan ordenada y ociosa como sea posible, en la que llevar a cabo los objetivos más elevados de la vida; en segundo lugar, debería hacer el esfuerzo constante de llevar al movimiento obrero la conciencia de su desarrollo histórico; y finalmente, acentúa los objetivos éticos últimos de este movimiento.

LECTURA 3-2

EXTRACTOS DE *DEMOCRACY AND SOCIAL ETHICS* [DEMOCRACIA Y ÉTICA SOCIAL]

Esta es la declaración programática de Addams sobre el significado de la ética en la vida social, la necesidad de la sociedad americana de adoptar una ética social de la participación colectiva y la responsabilidad, y de la importancia del análisis y la teoría social en el apoyo y la expansión de estas reivindicaciones.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO I, «INTRODUCTION» [INTRODUCCIÓN]

Esta selección se ha extraído de las páginas 1-12. Su tesis general es que la ética es necesaria en la vida social; que los tiempos piden una nueva ética social, entendida como la extensión sistemática del principio democrático; y que esta transformación ética requiere una comprensión más amplia de las

Fuente: Jane Addams, *Democracy and Social Ethics* (New York: Macmillan, 1902/1907).

vidas y de las perspectivas de los distintos grupos de la sociedad. La investigación social y la teoría social asistirán en la creación de una moral social.

Está bien recordarnos a nosotros mismos, de tarde en tarde, que la «ética» no es sino otra palabra para «justicia», por la que muchos hombres y mujeres de cada generación han pasado hambre y sed, y sin la cual la vida deja de tener sentido.

Algunas formas de justicia personal han llegado a la mayoría de la comunidad de manera casi automática. Es tan fácil para la mayoría de nosotros no robar nuestra cena como digerirla, y hay tanta moralidad voluntaria implicada en un proceso como en el otro... De la misma forma hemos sido educados en un sentido de obligación con la familia, a ser amables y considerados con los otros miembros de nuestros propios hogares, y a sentirnos responsables de su bienestar. Si se han establecido reglas de comportamiento en relación con nuestro autodesarrollo y nuestras familias, también se han establecido con respecto a los círculos limitados de amigos...

Pero todos sabemos que cada generación tiene su propio criterio, un estándar contemporáneo y actual por el que se pueden juzgar adecuadamente sus propios logros morales, y que no se puede usar de forma legítima un criterio anterior menos vigente. El criterio más avanzado debe incluir de hecho lo que ya se ha alcanzado; pero si no incluye nada más fracasaremos en el avance...

Lograr la moralidad individual en una época que demanda moralidad social, enorgullecerse uno mismo de los resultados de su esfuerzo individual cuando los tiempos demandan ajuste social, es errar complementamente en la comprensión de la situación...

Todos nosotros somos hombres y mujeres que nos hemos entristecido al ver esa actitud hacia el orden social... Esos hombres y mujeres han asumido el reto moral que surge de las exigencias de la vida contemporánea;... y todos tienen cada vez más ansiedad por su relación actual con la organización básica de la sociedad.

Probar cuál es la que aplicarían a su conducta es un test social. No consiguen estar contentos con el cumplimiento de sus obligaciones familiares y personales, y se encuentran a sí mismos esforzándose por responder a una nueva demanda que implica una obligación social; se han dado cuenta de otro requisito, y su contribución que iría hacia un código de ética social.

La concepción que tienen de la vida no se ha expresado todavía en cambios sociales o en la promulgación de leyes, sino en una actitud mental de inadaptación, y un sentimiento de divergencia entre sus conciencias y su conducta. Desean tanto una definición más clara del código moral adaptado a las demandas del presente como una parte de su culminación, tanto un credo como una práctica de la moral social. En la perplejidad de esta intricada situación al menos una cosa queda clara: si la idea de moral de la época moderna es en realidad la de una moralidad social, es inevitable que aquellos que la deseen deban tener contacto con las experiencias morales de muchos para procurarse una motivación social adecuada.

... Podemos imaginar que muchos... digan: «Funde nuestra experiencia en un molde más grande si vamos a estimular nuestras vidas con objetivos sociales más ambiciosos. Nos hemos ocupado de las obligaciones de nuestra vida familiar, no porque hayamos hecho propósitos para ese fin, sino de forma espontánea, porque la obligación se desarrolla de forma natural a partir del poso común de recuerdos y afectos, y no vemos otra manera de prepararnos para deberes sociales más amplios». Esa demanda es razonable, ya que por nuestras experiencias cotidianas hemos descubierto que no podemos defender mecánicamente un estándar moral, y después saltar a él en los raros momentos de entusiasmo en los que tenemos la fuerza para ello, ya que incluso el propio ideal debe proceder de un desarrollo racional de la vida, para que la fuerza para lograrlo se asegure del propio interés por la vida... Estamos llevados por tanto a una concepción de la democracia que no es meramente la de un sentimiento que desea el bienestar de todos los hombres, ni siquiera la de un credo que cree en la dignidad esencial y la igualdad de todos los hombres, sino la que se permite una norma de convivencia y también una prueba de fe.

... Seguir el camino de la moralidad social... implica que los fundamentos y las garantías de la democracia sean la experiencia humana diversificada y la empatía que resulta de ella... [ya] que nos damos cuenta... de que la perspectiva social y la sensatez en los enjuiciamientos vienen solo del contacto con la experiencia social; que ese contacto es el correctivo más seguro para las opiniones que se refieren al orden social, y que se refieren a los esfuerzos, aunque humildes, para su mejora. De hecho, es la concienciación del valor dinámico y esclarecedor de esta experiencia humana más amplia

y más completa la que explica en buena medida la nueva curiosidad hacia la vida humana que tiene más de base moral que intelectual...

... Hemos aprendido como conocimiento común que gran parte de la insensibilidad y dureza en el mundo se debe a la falta de imaginación que impide la comprensión de las experiencias de otras personas... Sabemos... que si crecemos despreciando a nuestros compañeros, y limitando conscientemente nuestra interrelación con ciertos tipos de personas a las que hemos decidido previamente respetar, no solo circunscribimos tremendamente el alcance de nuestra vida, sino que limitamos el ámbito de nuestra ética.

... Por tanto, la identificación con el destino común, que es la idea esencial de la democracia, se convierte en la fuente y expresión de la ética social...

Los siguientes seis capítulos no son... [u]n intento... de llegar a una conclusión, ni de ofrecer consejo más allá de la premisa de que la cura para los enfermos de la democracia es más democracia, pero los resultados bastante inesperados de los estudios parecen indicar que mientras que los miembros más educados y autoconscientes de la comunidad sienten más intensamente la tensión y la perplejidad ante la situación, las tentativas y los intentos reales de adaptación vienen sobre todo de aquellos más simples y menos analíticos.

EXTRACTOS DEL CAPÍTULO II, «CHARITABLE EFFORT» [ESFUERZO CARITATIVO]

Esta selección se ha extraído de las páginas 13-32. Addams, como Martineau, veía en el tratamiento de los pobres por parte de la sociedad la medida más clara de su progreso ético. Aquí utiliza las organizaciones caritativas para mostrar la confusión ética presente en la sociedad americana de su época. En un uso extenso de la narrativa, desarrolla también su tema sobre las colisiones entre puntos de vista existentes.

Probablemente no haya una relación en la vida de nuestra democracia que esté cambiando más rápidamente que la de las relaciones caritativas –la relación que se produce entre benefactor y beneficiario–; al mismo tiempo que no hay toma de contacto en nuestra moderna experiencia que revele tan claramente la falta de igualdad que implica la democracia...

... Cuando antiguamente se creía que la pobreza era sinónimo de vicio y holgazanería, y que el hombre próspero era el hombre recto, la caridad se administraba severamente sin mala conciencia; ya que el asistente de la beneficencia realmente culpaba al individuo de su pobreza... Hemos aprendido desde entonces... a juzgar a los hombres por sus virtudes sociales así como por su capacidad para hacer negocios... y naturalmente nos molesta ser obligados a juzgar a la gente pobre únicamente por su aspecto industrial... Gran parte de la dificultad se adhiere sobre todo a la tendencia moderna de juzgar a todos los hombres por un estándar democrático, mientras que la actitud caritativa del pasado comúnmente permitía el uso de dos estándares. Sabemos que el trabajo físico incesante embrutece y extenúa, y nuestra posición es totalmente insostenible si juzgamos a la mayoría de nuestros compañeros únicamente por su éxito para mantenerlo.

La asistente de la beneficencia que va ataviada con delicadeza y entra en la pequeña casa desordenada por los esfuerzos enérgicos de la anfitriona, una lavandera, ya no está segura de su superioridad frente a esta última; se da cuenta de que, después de todo, su anfitriona representa un valor social y un uso industrial, como por otro lado su propia limpieza de parásitos y su posición social adquirida solo por su estatus.

Las únicas familias que piden ayuda a las agencias de caridad son aquellas que han fracasado en su faceta industrial... Podemos asumir que la asistente de la beneficencia es una joven mujer universitaria, bien criada y de mentalidad abierta... Los miembros de la familia que le han asignado pueden tener otros encantos y virtudes, pueden probablemente ser amables y considerados entre ellos, generosos con sus amigos, pero es asunto de ella estar de parte del lado industrial. Como cada día defiende estos referentes, a menudo se le pasa por la cabeza a la sensible agente, cuya conciencia se ha dulcificado de tanto hablar de fraternidad e igualdad, que no tiene derecho a decir estas cosas; que sus manos no entrenadas no están más adaptadas para hacer frente a las condiciones actuales que las de su deshecha familia...

En la mente de la asistente se añade a esto la concienciación de la confusión auténtica que provocan sus motivaciones en los receptores de su caridad, y en sus vecinos. Consideremos un vecindario de gente pobre, y contrastemos su estándar ético con el de la asistente, que viene con el mejor deseo del mundo de ayudarles en su aflicción. La incongruencia más sorpren-

dente, inmediatamente aparente, es la diferencia entre la emotiva bondad con la que un vecino pobre ofrece ayuda a otro vecino pobre, y el cuidado prudente con el que la asistente de la beneficencia ofrece la ayuda al receptor de la caridad. La mente del vecino se enfrenta de golpe no solo a la diferencia en el método, sino al choque absoluto de dos estándares éticos...

Cuando observan el retraso y la cautela con las que se les da la ayuda, no les parece a ellos un recelo consciente, sino la acción fría y calculadora de un hombre egoísta. No es la ayuda que están acostumbrados a recibir de sus vecinos, y no entienden por qué el impulso que conduce a la gente a «ser buena con los pobres» debería ser tan severamente supervisado...

Cuando la asistente o la agente aparece entre los pobres, y estos descubren que, ante ciertas condiciones, una fuente desconocida les dispensa comida, alquiler y ayuda médica, cada hombre, mujer y niño aprende rápidamente cuáles son esas condiciones y las siguen. Aunque ante sus ojos un vaso de cerveza está muy bien y es apropiado cuando se bebe como la bebería cualquier hombre respetable, aunque saben que la limpieza es una virtud cara que solo se les puede pedir a algunos; aunque son conscientes de que los ahorros son prácticamente imposibles cuando solo se pueden conseguir unos céntimos cada vez, aunque sus sentimientos por la iglesia puedan ser bastante elusivos de definir y estén bastante alejados de su vida cotidiana; delante de la asistente ensalzan su propia sobriedad, su limpieza, su capacidad de ahorro y su observancia religiosa...

Si una mujer pobre sabe que la vecina de la puerta de al lado no tiene zapatos, ella estará dispuesta a dejarle los suyos, para que la vecina pueda ir decentemente a misa o al trabajo; ya que conoce hasta el objeto más pequeño de su exiguo armario y alegremente la ayuda. Cuando entra la asistente de la caridad, todos los vecinos se preguntan cuáles pueden ser sus circunstancias. Saben que no necesita un nuevo par de zapatos, y más bien sospechan que tiene una docena de pares en casa; y, de hecho, los tiene a veces...

[S]u regalo más generoso se considera tacaño, comparado con lo que podría hacer. Debería conseguir zapatos nuevos para toda la familia, «ve muy bien que los necesitan». No es más de lo que haría la propia vecina, de lo que hizo en la práctica, cuando le dejó sus propios zapatos...

La asistente dice que, a veces, al insistir tan duramente a la familia en que ahorren un mínimo, ella realmente incumple una regla de su mayor nivel

de vida, que ellos antes observaron... «¿Por qué les debo hablar siempre de conseguir trabajo y ahorrar dinero, cosas de las que yo ni sé? Si hubiese otra cosa en la que yo tuviera que animarlos, lo podría hacer; algo como aprender prosa en latín, de lo que yo misma me tuve que preocupar, no sería tan duro». Pero le resulta difícil conectar las experiencias de su juventud con las experiencias de la familia a la que visita.

Esta selección se ha extraído de las páginas 43-44. En otra narrativa basada en la participación empática, Addams muestra cómo la presión económica puede distorsionar la voluntad y el desarrollo moral; su proyecto, que se logrará con su activismo y su teoría, es provocar un cambio social en América que elimine esta presión de la vida de la gente en general, y de los niños en particular.

El niño al que se le ha puesto prematuramente a trabajar está constantemente oprimido por la interminable dificultad de los medios de subsistencia, e incluso los niños pequeños a menudo, en su afectuosa simpatía, se sienten abrumados por las preocupaciones de la vida. La escritora conoce a un chico pequeño italiano, de seis años, para quien los problemas de comida, ropa y abrigo han llegado a ser tan apremiantes e inmediatos que, a pesar de ser un niño imaginativo, no es capaz de ver la vida más allá de ellos. Los duendes y el coco que atormentan a los niños más afortunados, en su mente se han convertido en la necesidad de carbón que causó el arranque de rabia histérica y expresiva de su padre cuando se tuvo que llevar las sábanas heredadas de su madre, el mosaico de San José y, lo peor de todo, su propias botas de goma. Una vez fue a una fiesta en la Hull-House y no se interesó por nada excepto por la estufa de gas que vio en la cocina. Se emocionó con el descubrimiento de que se podía producir fuego sin combustible. «Le hablaré a mi padre de esta estufa. No compras carbón y solo necesitas una cerilla. Cualquiera te da una cerilla». Se lo llevaron a que visitara una casa de campo y de pronto preguntó cuánto pagaban de alquiler. Caundo la anfitriona le dijo, sin prestar mucha atención, que no tenía que pagar alquiler por la casa, regresó loco de interés porque su problema se había resuelto. «Mi padre y yo iremos al campo. Puede coger una casa grande, totalmente calentada, sin alquiler». No le interesó nada más en el campo que el tema del alquiler, y habló de ello con la exclusividad digna de un inspector de hacienda.

LECTURA 3-3

EXTRACTO DE «PROBLEMS OF MUNICIPAL ADMINISTRATION» [PROBLEMAS DE LA ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL]

Esta selección se ha extraído de las páginas 425-439. Este artículo ilustra la teoría de Addams sobre el Estado democrático y su crítica hacia el gobierno americano de su tiempo, no en términos de protesta popular por la corrupción, sino en términos de (1) la persistencia de una ética militarista en el gobierno, y (2) la ausencia de un proceso democrático verdadero que descansara en la fe en la humanidad y en la virtud del ciudadano medio.

Estamos acostumbrados a decir que la maquinaria del gobierno incorporada en las cartas fundacionales de las primeras ciudades americanas, como en las constituciones federales y estatales, la desarrollaron hombres que estuvieron bajo la fuerte influencia de los historiadores y los doctrinarios del siglo XVIII...

Solo ahora, sin embargo, empezamos a sospechar que el fracaso de la administración pública admitido actualmente, la llamada «vergüenza de las ciudades americanas», se puede deber en gran medida a lo inadecuado de esos ideales del siglo XVIII, con una maquinaria que proporcionaron averiada, y además a la debilidad inherente en el método histórico y doctrinario cuando intenta abordar las instituciones humanas en crecimiento.

Estos hombres eran legítimos sucesores de los puritanos del siglo XVII con su devoción por los principios puros,... y representaban ese primer tipo de humanitarismo del que ama a la gente sin conocerla realmente, lo que es sin duda una empresa imposible... y espera que las personas que no se conocen renuncien completamente al derecho de seguir su propio camino y se convenzan de la belleza y del valor del camino del otro.

... Era inevitable, por tanto, que permanecieran intocables en ese reino sofisticado que nos aconseja conocer la vida como es, y por esa creencia tan moderna de que, para que el mundo vaya bien, debe ir a su propia manera.

Fuente: Jane Addams, «Problems of Municipal Administration», *American Journal of Sociology*, 10 (1905), pp. 425-444.

... Si en la actualidad los hombres avanzados inaugurasen el autogobierno, igual que los fundadores fueron sin duda los hombres avanzados de su tiempo, llevarían a cabo una investigación cuidadosa de las primeras organizaciones de las comunidades en los pueblos, las asambleas populares y los *mirs*, esas células primarias de la organización política y social, en las que la gente no conocía la diferencia entre las dos, pero simplemente se reunían para considerar todas las inquietudes de su vida en común en una discusión conjunta. Investigarían los gremios de artesanos y los *artels*, que combinan el gobierno con la ocupación diaria, como hacían las universidades autogobernadas y las ciudades libres...

Pero nuestros idealistas del siglo XVIII, inconscientes de las compulsiones de los orígenes y del hecho de que el autogobierno tuviera un origen en sí mismo, tomaron tímidamente la legislación inglesa como prototipo... Dependían de las multas, la coerción, la compulsión, y los remanentes de los códigos militares para mantener unida a la comunidad; y se puede rastrear gran parte de la mala administración de nuestras ciudades hasta estos supervivientes, hasta el hecho de que nuestra primera democracia fuera un romanticismo moral, más que una creencia bien fundamentada en la capacidad social y en la eficiencia de la voluntad popular.

Todo podía haber salido bien con este plan doctrinario,... si no hubiera habido un crecimiento increiblemente rápido de las ciudades sobre una base totalmente diferente. Multitud de hombres se reunieron de pronto en respuesta a la concentración industrial y comercial del siglo XIX, un vínculo puramente impersonal... Además de este crecimiento sin precedentes por causas industriales, se incorporaron a las ciudades americanas multitud de inmigrantes, que venían en migraciones sucesivas, a menudo rompiendo vínculos sociales tan antiguos como la familia humana, y renunciando a costumbres heredadas de los hábitos del hombre primitivo. Tanto los residentes de la ciudad criados en el país como los inmigrantes estaban preparados para adaptarse a una vida cívica nueva y vigorosa fundada en una síntesis de sus necesidades sociales, pero los creadores de nuestras cartas fundacionales de la ciudad cuidadosamente preparadas no predijeron esta demanda expansiva en momentos de sobrepoblamiento. No previeron que una vez que se garantizara el derecho universal al voto, las necesidades y los ideales sociales estarían encomendados a entrar como objetos legítimos para la acción política...

Tenemos, por tanto, una administración municipial en América que se reduce básicamente a la administración de medidas restrictivas.

... [E]l método mecánico del control cívico... produce inevitablemente... el llamado... político profesional,... que se adapta fácilmente para evitar ilegalmente las condiciones fijas externas asumiendo que esas condiciones las fijaron doctrinarios que no entendían en lo más mínimo al pueblo, mientras que él, el político, realiza su llamamiento más allá de los deseos reales de la propia población. No es por tanto solo el «amigo del pueblo», sino su intérprete. Es interesante puntualizar cómo a menudo la gente simple se refiere a «ellos», refiriéndose a lo buenos y grandes que son quienes gobiernan, aunque no los entiendan, y a «él», refiriéndose al alcalde que los representa en esas incomprensibles salas del Estado, como el embajador en un país extranjero cuyas fronteras no podrían posiblemente traspasar y cuyo idioma no hablan...

Como este tipo de político tiene éxito en su alianza con la delincuencia, de tanto en tanto aparece inevitablemente también un llamado reformador, que... dramáticamente descubre la situación... Al retratar el mal contra el que lucha, no reconoce, o al menos no deja claro, toda la bondad humana de la que ha crecido. En sus discursos inevitablemente ofende a una audiencia popular, que sabe que el mal político existe en todos los grados y formas de debilidad humana, pero que también sabe que estos males de ninguna manera son siempre horribles. Les molestan las imágenes que dejan al descubierto del vicio y de la vida de los viciosos; y sienten heridos su sentido de juego limpio, y su deseo bien enraizado de caridad y de justicia.

Lo puedo ilustrar con una experiencia personal: Hace algunos años un famoso reformador de Nueva York llegó a Chicago... Procedió a describir a los delincuentes de la baja Nueva York con términos y expresiones que impresionaron al menos a una de sus oyentes como si fuesen una blasfemia auténtica contra la naturaleza humana. Pensé en los delincuentes que yo conocía, en el jugador para quien cada sábado yo recogía regularmente su salario semanal de 24$, guardaba 18$ para su mujer e hijos, y le daba a él 6$ los lunes por la mañana. Su lamento desesperado: «La cosa crece en mí, y no lo podré dejar nunca», era el llanto de un hombre que, a pesar de sus muchas tribulaciones, había mantenido al menos fiel la intención. Recordé al primer asesino que había conocido, un hombre joven que le estaba cantando a su bebé para que durmiera, y paró y lo dejó en su cuna antes de bajar corriendo las escaleras hacia la taberna de su padre, para dispersar a la panda de chicos

que se metían con el hombre mayor dándole órdenes en un inglés que él no podía entender, y negándose a pagar las bebidas que habían consumido...

Por un breve momento vi la situación desde el punto de vista de la persona humilde que peca a menudo de debilidad y pasión, pero rara vez por la dureza de su corazón; y sentí que esa condena y esas conclusiones generalizadas que enunciaba el orador nunca se podrían denominar justas en una comunidad democrática...

De hecho, el gobierno ignora los problemas de la industrialización como el avestruz tradicional que esconde su cabeza en la arena... Es meramente una cuestión de si la industria, en relación con el gobierno, se debe discutir como un tema de interés y preocupación popular en un momento en el que la relación todavía se podría modificar y controlar...

De nuevo vemos esta doctrina del siglo XVIII que prefiere defender esta teoría del gobierno e ignorar los hechos, como algo opuesto al científico de mentalidad abierta de nuestros días que desdeñaría ignorar los hechos porque podrían enturbiar su teoría.

LECTURA 3-4

EXTRACTOS DE *THE LONG ROAD OF WOMAN'S MEMORY* [EL LARGO CAMINO DE LA MEMORIA DE LAS MUJERES]

En este libro, Addams presenta, con vívidos detalles, datos sobre las observaciones y entrevistas en la Hull-House, con el fin de explorar la conciencia femenina, particularmente las funciones de la memoria de las mujeres ancianas, pobres y de otro origen étnico.

EXTRACTO DE LA «INTRODUCTION» [INTRODUCCIÓN]

Esta selección se ha extraído de las páginas ix-xv. Aquí, Addams elabora su estudio de las memorias de las mujeres: su pregunta sobre las funciones

Fuente: Jane Addams, *The Long Road of Woman's Memory* (New York: Macmillan, 1916); [ed. cast.: *El largo camino de la memoria de las mujeres*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014].

que cumplen para las mujeres y para la sociedad; sus medidas sobre la recogida de datos, es decir, la observación y la conversación «como vecina», y sus conclusiones de que esa memoria (1) transmutan un pasado doloroso en la aceptación y reconciliación de la mujer individual y (2) muestran cómo las personas en su conciencia de adaptan al cambio social.

A lo largo de los muchos años que han pasado en Hull House, he detectado de vez en cuando que, al hablar de referencias pasadas, algunos ancianos muestran alguna tendencia a la idealización...

... Sir Gilbert Murray en su biografía de Eurípides... escribe que... el viejo poeta declaró que podía convertir en canciones las historias tradicionales de dolor e injusticia porque, como eran muy antiguas, ya eran en parte memoria y en parte música: «la memoria, esa memoria que es la madre de las musas, ha obrado en aquellas historias».

Era una explicación que quizá debería haber previsto: eran las musas, con sus viejos trucos... también están presentes en esos ancianos cuyas prosaicas vidas necesitan tristemente esa intromisión...

El tema, sin embargo, no se agotó tan fácilmente, ya que, de forma desconcertante, algunas mujeres mayores del barrio tomaron una dirección bastante distinta a la indicada por Eurípides. Para mi asombro, sus recuerdos revelaron una función adicional de la memoria, tan activa y a la vez tan moderna que a alguien que como yo vivía en un *settlement* con tendencias sociológicas le resultaba imposible ignorarlo.

Poco a poco me di cuenta de que, aunque suavizan las ásperas realidades del paso, estos recuerdos de las personas mayores ejercen un poder vital de selección que a menudo requiere un asalto a las mismas tradiciones y conversaciones que, según la creencia común, tienen su baluarte en la mente de los ancianos...

A la luz de este descubrimiento tardío, me vi impulsada a escribir... este libro. Se basa en las conversaciones que tuve con varias mujeres que conocía y cuya experiencia en las relaciones familiares o en el mercado laboral las había obligado a modificar su conducta desde el modelo aceptado hasta el punto de provocar una búsqueda a tientas y selectiva...

...Las dos funciones de la memoria –la primera, su importante papel para interceptar y apaciguar la vida para los individuos; la segunda, su actividad

como mediadora selectiva en la organización social– no son mutuamente excluyentes y en algunos momentos parecen apoyarse entre sí.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO I, «TRANSMUTING THE PAST» [TRANSFORMANDO EL PASADO] Y DEL CAPÍTULO II, «REACTING ON LIFE» [REACCIONANDO A LA VIDA]

Esta selección se ha extraído de las páginas 1-21 y de la página 25. En este deslumbrante relato etnográfico, Addams explora el rol de la memoria y del folclore en la adaptación individual y la aceptación de un pasado y presente dolorosos.

Si ya sería bastante duro para cualquiera de nosotros decidir en qué verano dejamos de vivir la vida tan ardiente de la infancia y la primera juventud, cuando todas las cosas reales pertenecen al futuro, igualmente difícil debe de ser para los ancianos decir en qué momento empezaron a mirar el presente, principalmente como una prolongación del pasado. No hay duda, sin embargo, de que tales cambios y regresos han tenido lugar en personas mayores que, sometidas al control de la memoria, viven mucho más en el pasado que en el efímero presente...

Esta función permanente y elemental de la memoria quedó gráficamente demostrada en Hull House durante un periodo de varias semanas, cuando se nos informó de que sus muros albergaran al llamado «Bebé Diablo».

La noticia de su existencia se extendió entre los residentes de Hull House el día en que tres mujeres italianas cruzaron la puerta muy alteradas exigiendo que se lo mostraran. Ninguna negativa les convenció de que no estaba allí. Especialmente a ellas, que sabían exactamente cómo era, con sus pezuñas hendidas, sus orejas puntiagudas y una cola diminuta; además, el Bebé Diablo habla desde el nacimiento y era escandalosamente blasfemo.

Las tres mujeres eran las precursoras de una verdadera multitud. Durante seis semanas, de todas las partes de la ciudad y de los suburbios brotaban día y noche mareas de visitantes de este bebé mítico, lo que provocó que las actividades regulares del *settlement* se vieran casi desbordadas.

La versión italiana, con un centenar de variantes, presentaba a una piadosa chica italiana casada con un ateo. Su marido, en un momento de rabia, había arrancado una imagen religiosa de la pared de la habitación diciendo que antes

tendría un diablo que una cosa así, con lo que el mismo diablo se encarnó en su futuro hijo. Tan pronto como el Bebé Diablo nació, corrió alrededor de la mesa agitando el dedo, en un gesto de profundo reproche hacia su padre, que finalmente lo atrapó y, con temor y temblor, lo llevó a Hull House.

En la versión judía,... se debía al efecto que tuvo que el padre de seis hijas dijera antes del nacimiento hijo que prefería tener un demonio en la familia antes que otra chica, con lo cual el Bebé Diablo apareció inmediatamente.

Salvo por un automóvil rojo que de vez en cuando aparecía en la historia y un cigarro extraviado que, en algunas versiones, el niño recién nacido había arrancado de labios de su padre, la historia podría haberse confeccionado mil años antes.

... [A]unque entre los visitantes del Bebé Diablo había personas de todos los niveles de prosperidad y educación...

Durante seis semanas oí una voz que repetía por enésima vez cada día: «No, no hay ningún bebé así»,... «No, no lo hemos mandado a ninguna parte, porque nunca lo hemos tenido», «No digo que su cuñada haya mentido, pero tiene que haber un error», «No, no tiene sentido preparar una excursión desde Milwaukee, ya que no hay ningún Bebé Diablo en Hull House»... En cuanto me acercaba a la puerta de entrada, oía fragmentos de discusiones a menudo agrias:... «Hemos cogido tres tranvías para venir y tenemos tanto derecho a verlo como cualquier otro». «Este es un lugar bastante grande, podrían ocultarlo fácilmente»...

Sin la menor duda, nos hallábamos frente a un caso de los que los psicólogos llaman «contagio de las emociones», unido a esa «sociabilidad estética» que hace que arrastremos a toda la familia a la ventana cuando una procesión pasa por la calle o un arcoíris aparece en el cielo. Por supuesto, el Bebé Diablo valía por muchas procesiones y arcoíris... Aquella historia tan antigua y contemporánea a la vez era un asunto muy serio y real para las ancianas, que acudían a Hull-House desde todas las direcciones: alguna que conocía desde hacía muchos años, otras que nunca había conocido y algunas que pensaba que habían muerto hacía tiempo. Pero todas estaban vivas y ansiosas; algo en la historia o en sus misteriosas consecuencias había despertado una de esas fuerzas de la naturaleza humana que no recibe órdenes, sino que solo insiste en darlas. ¡Habíamos encontrado, bruscamente, una viva y enérgica cualidad humana!

Durante esas semanas de tensión, fueron las ancianas las que parecían estar en su salsa, y tal vez el resultado más significativo del incidente fue la reacción que les provocó la historia... Están acostumbradas a quedarse en casa y a escuchar a los miembros más jóvenes de la familia hablar de cosas que se hallan lejos de sus propias experiencias... La historia del Bebé Diablo, evidentemente, puso en sus manos el tipo de material con el que estaban acostumbradas a tratar... como si al final les hubiera ido bien y hubiesen entrado en una zona de sanciones y castigos que comprendían...

... Muchas de las que vinieron a ver al Bebé Diablo habían tenido que afrontar experiencias trágicas, los poderes de la brutalidad y el horror habían alcanzado sus vidas y, durante años, habían conocido casos de desastre y muerte. Esas ancianas no eludían la miseria de la vida por un idealismo débil, ya que estaban mucho más allá de la etapa de la fantasía. Cuentan sin pestañear las experiencias más horribles: «Tengo esta torsión extraña en la cara desde hace sesenta años; tenía diez cuando me pasó, la noche en que vi a mi padre matar a mi madre con un cuchillo»...

Ninguna tenía una palabra de reproche hacia los niños desobedientes o los nietos desatentos porque, al parecer, cuanto era transitorio y miserable se había alejado de su vejez austera, los fuegos se habían apagado, los resentimientos, odios e incluso sus apreciadas penas se habían vuelto realmente ininteligibles...

Una de esas ancianas venía en realidad de un albergue... Escapar no fue un logro pequeño para la pobre y lisiada anciana. Había pedido a «un joven tabernero de un bar que hay al otro lado de la carretera» que le prestara diez centavos, ofreciendo como garantía ser una vieja conocida de Hull-House a la que no se le podía negar un préstamo tan nimio... [E]staba claro que se consideraba recompensada con una visita al Bebé Diablo, ya que no solo los internos de su propio pabellón, sino los de todos los pabellones, «atenderían» cuando volviera...

Mientras divagaba con alegría, nosotras, débilmente, posponíamos el momento de decirle que no había Bebé Diablo... [S]entí por primera vez el vago deseo de consolarla mediante el simple procedimiento de no afirmar demasiado dogmáticamente que el Bebé Diablo nunca había estado en Hull-House.

Nuestra invitada recordaba con gran orgullo que su abuela tenía un sexto sentido, que su madre había oído a la banshee* tres veces y que ella misma la había oído una vez... [Y] yo sospechaba que albergaba la secreta esperanza de que, cuando pusiera los ojos sobre él [el Bebé Diablo]... [L]e daría una prueba de que la larga creencia de su familia en esas cosas estaba justificada...

... [U]na anciana, firme en sus convicciones a pesar de que llevaba mucho tiempo encamada, que se negaba obstinadamente a creer que no había ningún Bebé Diablo en Hull-House, a no ser que «ella misma» lo dijera... Mientras caminaba por la calle, e incluso mientras subía la escalera destartalada de la parte trasera,... me asaltó la tentación de darle una verdadera descripción completa del Bebé Diablo, que en ese momento yo conocía de manera tan precisa...

Mi mente buscaba argumenos a toda prisa para no perturbar su creencia en la historia que de manera obvia le había despertado un interés tanto tiempo negado... En el mejor de los casos, le quedaban unos meses de vida, y me pregunté: ¿por qué no darle ese gran interés?...

... Aún debatía el caso conmigo misma cuando me encontré en el umbral de su habitación y capté el indomable brillo de sus ojos, que me retaban a negar la existencia del Bebé Diablo, y el cuerpo hidrópico y flácido respondía a su abrumadora emoción de tal modo que en ese momento parecía alerta, en actitud desafiante y ciertamente amenazadora.

Pero, como en el caso de otras muchas pobres almas, se me arrebató la posibilidad de decisión; mi vacilación fue suficiente, porque no hay nada más seguro que la certeza de que el portador de buenas noticias nunca se queda perdiendo el tiempo ante la puerta. Poco a poco el brillo desapareció de sus ancianos ojos, los hombros erguidos se hundieron y se echaron hacia delante, y noté con mucha claridad que la pobre anciana había aceptado una decepción más en una vida llena de ellas. Se vio arrojada violentamente a todas las limitaciones de su experiencia personal y ambiental, y esa vida más amplia que había previsto con tanto entusiasmo se alejó de ella como si le hubieran dado con la puerta en las narices.

... [C]omo resultado de esta experiencia, he ido perdiendo la impresión de que los ancianos anhelaban una segunda oportunidad en la vida,... y

* Nota de la traductora: hada que anuncia una muerte en la familia.

he aceptado el hecho de que muchos de ellos tenían pocas oportunidades para la meditación...

Quizás el gran interés de tantas ancianas por la historia del Bebé Diablo fuera un testimonio inconsistente, aunque poderoso, de las trágicas experiencias que poco a poco se adornaron con el fin de que su dolor fuese de alguna utilidad...

[de la página 21:] Durante las semanas en que el Bebé Diablo parecía ocupar todas las habitaciones de Hull-House, fui consciente de que todas las vicisitudes humanas están, en definitiva, fundidas en el recuerdo; y de que una declaración metafórica de las experiencias básicas implícitas en la naturaleza humana, por cruda que sea la forma de la historia, tiene el singular poder de influir en la vida diaria.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO IV, «INTEGRATING INDUSTRY» [INTEGRANDO LA INDUSTRIA]

Esta selección se ha extraído de las páginas 85-92. Addams continúa su exploración, a partir de las conversaciones, de la conciencia de las mujeres ancianas, pobres, de una minoría étnica. Aquí muestra que la memoria funciona como ayuda para el cambio social, desde una conciencia basada en la ética familiar hasta una que empieza a vislumbrar la ética social.

En algunos de los recuerdos relatados por las mujeres trabajadoras no me sorprendió tanto que la memoria pudiera integrar la experiencia individual en una especie de relación con los aspectos más impersonales de la vida como el significado más amplio que se obtiene cuando el recuerdo que fructifica solo se alimenta de la más dura y monótona de las experiencias industriales.

En una conversación que mantuve con una de esas mujeres, llegó a confesar que su larga lucha había terminado y que sabía que ella y su hermana estaban destinadas al hospicio. Claramente, o solo manifestó que había captado un abismo de las grandes fuerzas sociales de su época, sino que había tenido la habilidad de modificar su vida diaria a causa de lo que había percibido.

Quizá a la sombra de una rendición trágica,... habló con más detalle de su dura vida en aquella ocasión que en los muchos años de nuestra relación. Contó con detalle iluminador un incidente en su largo esfuerzo por ganar el dinero con el que mantener a su decrépita madre y a su hermana retra-

sada con un trabajo mal pagado y no cualificado. Ni una vez a lo largo de cincuenta años se había planteado la posibilidad de enviar a cualquiera de ellas a una institución pública, a pesar de que era casi imposible mantener un hogar después de que la madre, que vivió hasta los noventa y cuatro años de edad, se volviera completamente loca...

Me habló de sus monótonos años en una fábrica de cajas donde siempre había trabajado bajo la enemistad permanente de los demás empleados. La veían como la persona designada para marcar el ritmo, y ella, obligada a trabajar rápida y frenéticamente para mantener a tres personas, muy preocupada por las muchas necesidades no satisfechas de su anciana madre, nunca entendió a qué se referían las chicas cuando hablaban de apoyarse unas a otras.

No cambió de actitud ni cuando se dio cuenta de que el precio del trabajo bajaba cada vez más. Al fin, se vio obligada a trabajar horas extra hasta altas horas de la noche con el fin de ganar la pequeña cantidad que antes ganaba trabajando durante el día. Tenía setenta años cuando se impugnó la legalidad de la Ley de las Diez Horas de Illinois, y su empleador quería que testificara en el juicio contra la ley porque ella no podría haber mantenido a su anciana madre todos esos años si no le hubieran permitido trabajar por las noches. Por fin, fue vagamente consciente de lo que habían tratado de hacer quienes fueron sus enemigas tanto tiempo, las sindicalistas, y una lealtad subconsciente a los suyos le imposibilitó testificar en su contra. No analizó sus motivos, pero me dijo que, por temor a ceder a la petición de su jefe, presa del pánico, había dejado la fábrica y había trasladado a su desamparada familia a otra parte de la ciudad el mismo día en que se esperaba que apareciera en el tribunal. En su prisa dejó a sus espaldas cuatro días de salario sin cobrar,... Se había mudado, sin saberlo, a un barrio de restaurantes baratos y desde ese momento trabajó en cualquiera que la empleara hasta que al fin estuvo demasiado débil para ser de mucha utilidad para nadie.

A pesar de que nunca se había unido al sindicato, que finalmente llegó a ser muy poderoso en la fábrica de cajas que dejó, era consciente de que en un momento de gran tentación se había abstenido de buscar su propio beneficio a expensas de los demás. Mientras chapurreaba tratando de expresar sus motivos, dijo: «Los irlandeses a menudo nos sentimos así. Ya sabe que yo tenía diez años cuando vinimos. No es exactamente que te arrepientas después de haber hecho una cosa así, ni que no lo hagas porque sabes que

te vas a arrepentir después, ni que te vaya a ocurrir nada en particular si lo haces, pero no tienes corazón para ello, va en contra de tu naturaleza».

Cuando expresé mi admiración por su rápida acción me respondió: «Solo le he contado esto a una persona, una mujer que estaba organizando a los trabajadores en la confección y vino a mi casa una noche, sobre las nueve,... La organizadora buscaba a algunas de las mujeres que vivían en nuestro bloque y habían aceptado el trabajo de los talleres desde que había empezado la huelga. Estaba agotada y, cuando le ofrecí una taza de té, dijo rápidamente: «Tú no eres una esquirol, ¿verdad?». Levanté mis pobres y viejas manos, hinchadas, rojas de lavar y llenas de sabañones, y le dije que no podía dar ni una puntada aunque mi vida dependiera de ello.

«Cuando le ofrecí la segunda taza de té a esa mujer... le dije: "Mis manos no son la única razón por la que no soy una esquirol. Sé demasiado sobre los salarios miserables que estas mujeres reciben en la fábrica y he hecho bastante daño ya con mi trabajo como marcadora del ritmo"... Ella me sonrió y asintió por encima de mi vieja taza agrietada, "Eres una sindicalista de verdad –dijo– "Tienes el verdadero espíritu, tengas el carné o no"»...

La anciana repitió esas palabras como quien recuerda solemnemente la gran frase que le incluyó en una orden de caballería, revelando un orgullo secreto por su complicidad oculta con los sindicatos, ya que se había dado cuenta de que algunas de sus poderosas federaciones habían pagado a los abogados y habían reunido a los testigos en el momento del juicio a las diez horas...

Que su contribución a la larga lucha fuera una huida sin gloria estaba en consonancia con la monotonía de las experiencias de sus duros setenta años, pero, sin embargo, había reconocido galantemente a la organizadora sindical como camarada de una causa común. Atesoraba en su corazón el recuerdo de un momento glorioso, en el que había oído vagamente la llamada de las trompetas y había hecho lo posible por responder.

Cuando terminó la simple historia de una vida de sacrificio a las obligaciones familiares y de un esfuerzo supremo por responder a una demanda social, pensé que, durante más de medio siglo, la narradora había entregado libremente todo su tiempo, todas sus ganancias, todos sus afectos y, sin embargo, durante ese periodo de tiempo no había desarrollado ningún hábito de autocompasión. En un momento crucial había podido estimar la vida no en términos de su autoinmolación, sino en relación con una multitud de compañeros de trabajo en apuros.

4. Charlotte Perkins Gilman (1860-1935). *Estructura social y género*

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS

Charlotte Anna Perkins Stetson Gilman nació en Hartford, Connecticut, el 3 de julio de 1860. Enferma de cáncer, murió en Pasadena, California, donde puso fin a su vida, sin sufrimiento, el 17 de agosto de 1935. Poco tiempo antes de su muerte escribió en su autobiografía, *The Living of Charlotte Perkins Gilman*: «El deber predominante de uno es encontrar su tarea y hacerla, y me he esforzado extremadamente en ello» (1935, p. 335). Ningún resumen de su vida podría ser más preciso. Publicó más de 2.000 trabajos (Scharnhorst, 1985) de un amplia variedad de géneros: ficción, poesía formal y verso ligero, sátira, ensayo, periodismo, y análisis social y sociología. Más conocida hoy por su novela *The Yellow Wallpaper* (1892), en su propia época fue reconocida como una pensadora feminista destacada por su estudio sociológico *Women and Economics* (1898). La teoría social feminista y crítica de Gilman permea sus textos en todos los géneros; pero nuestra presentación de su sociología se basa en *Women and Economics* y sus otras cinco aportaciones formales sobre teoría social: *Concerning Children* (1900), *The Home* (1903), *Human Work* (1904), *The Man-Made World, or Our Androcentric Culture* (1911), y *His Religion and Hers* (1923).

Gilman ha sido objeto de dos biografías feministas principales: el multivolumen de Mary A. Hill, todavía en proceso, *Charlotte Perkins Gilman: The Making of a Radical Feminist, 1860-1896* (1980); *Endure* (1985), una edición de los diarios del primer marido de Gilman, Charles Walter Stetson, *A Journey from Within* (1995), una edición de las cartas que Gilman dirigió al hombre que se convertiría en su segundo marido, Houghton Gilman, entre 1897 y 1900, y el estudio interpretativo de toda su vida en un único volumen, *To Herland and Beyond* (1990), de Ann J. Lane. Larry Ceplair proporciona una revisión inteligente y feminista de la vida de Gilman en los ensayos introductorios de *Charlotte Perkins Gilman: A Non-Fiction*

Reader (1991). También está la autobiografía de Gilman (1935) y sus diarios (ed. por Knight, 1994).

Nuestro propósito aquí es sugerir la particular genialidad –era más que talento– que Gilman aportó a su trabajo sociológico. La propia Gilman describió la naturaleza de dicha genialidad: «No tengo otra cosa que ofrecer al mundo que lo que *pienso*...»; «Me gustan algunos hechos destacables y relevantes, y entonces predigo su generalización» (citado en Ceplair, 1991, pp. 29, 31). Poseía lo que Henry James atribuía a todos los grandes artistas: «El poder de adivinar lo que no se ve de lo que se ve, de detectar las consecuencias de las cosas, de juzgar toda la pieza por el patrón» (1888/1985, p. 437). Gran parte de ese patrón procedió de sus propias experiencias vitales. Esas experiencias vitales estuvieron significativamente marcadas por el género, una cuestión que tuvo la premonición de considerar, no como un dilema personal, sino como la estructura social que determinaba y distorsionaba la forma de la sociedad y de las vidas individuales. Dividimos su vida en dos fases, «Formación y crisis» y «Recuperación e invención».

FORMACIÓN Y CRISIS

En retrospectiva, la inclinación de Gilman hacia la sociología parece que empezó por la intersección de cuatro factores biográficos: (1) el propio reconocimiento de Gilman de ser una mujer movida por sus aspiraciones, es decir, quería diseñar y ejecutar proyectos; (2) la emergencia de esas aspiraciones en una situación familiar que era irregular y precaria; (3) la ubicación de esas aspiraciones y de esa familia en una cultura que desaprobaba las aspiraciones en una mujer; y (4) la crisis en esas aspiraciones que Gilman experimentó en su propio intento de matrimonio, de la maternidad y de formar una familia, entre 1884 y 1888.

Aspiraciones femeninas. La psicoanalista y socióloga feminista Jessica Benjamin (1988) señala que la pregunta de Freud de «¿Qué quieren las mujeres?» se debería formular realmente como «¿Quieren las mujeres?»: ya que no se enseña a las mujeres a buscar la acción individual, sino a encontrar su realización ayudando a otros a establecer y ejecutar sus proyectos. Si esta visión es válida para las mujeres de finales del siglo XX en América, es aún una descripción más precisa de las condiciones de las mujeres en la segunda mitad del siglo XIX.

Charlotte Perkins Gilman

En su autobiografía, Gilman define el nacimiento real de sí misma como un momento a los quince años en el que descubrió, en una discusión con su madre, su capacidad de tener voluntad propia, de defender sus propias aspiraciones. Explica de sí misma que aprendió «que ni [mi madre], ni nadie, podría *obligarme* a hacer algo. Se puede sufrir, se puede morir si llega el caso, pero no se puede ser coaccionado. Nací» (1935, p. 34). La voluntad que descubrió en ese momento se manifestaría repetidamente a lo largo de su vida, de forma más dolorosa en algunas relaciones –con mujeres hacia quienes sintió un amor ante el que en general no pudo actuar, y con las exigencias del matrimonio y de la maternidad que la empujaron a un colapso nervioso–. Hay pasajes dolorosos en las cartas de Gilman que recogen su amor por otras mujeres: a Martha Luther le escribe en 1881, «ya no es una amistad entre nosotras, es amor» (citada en Hill, 1980, pp. 83-84); a Grace Channing en diciembre de 1890, «¡Es terrible ser un hombre por dentro y no poder casarte con la mujer que amas! Cuando Martha se casó me rompió en gran parte el corazón, tu pérdida lo acabará de romper... Pienso en ti con un gran dolor egoísta y agudo en el corazón. Te quiero –te amo– *yo* te necesito *para mí*!» (citado en Lane, 1990, p. 150); a Houghton Gilman le escribió en 1899 sobre su amor por Adeline Knapp en California durante la década de 1890-1899, «Adeline Knapp tiene (supongo que tiene) cartas mías que reconocen perfectamente el amor realmente apasionado que sentí por ella... Te dije que la amaba de esa manera. Deberías saber que existe la posibilidad de que esas cartas circulen algún día... ¡Imagina el profundo impacto de los periódicos de San Francisco en los círculos literarios!... La historia de amor de la Sra. Stetson con una mujer» (Gilman, 1995, p. 246). El camino de Gilman hacia la sociología surge de la tensión esencial entre su deseo de buscar su propia capacidad de acción y su deseo de ser aprobada por un mundo convencional que creía que las mujeres no debían desear esta capacidad de acción.

La familia. La vida familiar de Gilman cuando era niña consistió en una serie de lecciones sobre la formación de las aspiraciones de género y sobre la inconsistencia de estatus. A través de su padre, Frederick Beecher Perkins, estuvo conectada a una de las familias más influentes en la América del siglo XIX. Entre sus tíos abuelos y sus tías abuelas estaban Henry Ward Beecher (1813-1873), un predicador idolatrado; Catharine Beecher (1800-1878), una defensora de la educación de las mujeres que ayudó a crear el «culto a lo doméstico»; y Harriet Beecher Stowe (1811-1896), autora de *La cabaña del tío Tom*, a quien Abraham Lincoln llamó «la pequeña señora que hizo la gran guerra». Pero el padre de Gilman fue, como dice Lane, «un Beecher fracasado» (1990, p. 26), a quien echaron de Yale antes de graduarse, que se aventuró como bibliotecario, e intentó la ficción y la sátira, en la que se describió a sí mismo como alguien a quien «le faltaba el "deseo instintivo" de la buena voluntad de los otros y buscaba en cambio sacar rendimiento a su vida para sí mismo» (Lane, 1990, p. 32). Esta descripción encaja ciertamente con su comportamiento hacia su mujer e hijas, a las que abandonó cuando Gilman tenía unos dos años, proporcionándoles a partir de ahí solo apoyo irregular y rechazando visitar a su antigua mujer en su lecho de muerte. Gilman resume la vida de su madre, Mary Fitch Westcott, como «una de las más penosamente frustrantes que nunca haya conocido... la más apasionadamente doméstica de las adorables amas de casa, estuvo forzada a mudarse diecinueve veces en dieciocho años... Absolutamente leal, tan amorosa como un perro spaniel a quien ningún tratamiento por enfermedad podría alienar, no se quejaba» (1935, pp. 8-9). El padre de Gilman le proporcionó el modelo de aspiración masculina: la determinación de vivir libre; ella admiraba su intelecto, apreciaba la conexión con los Beecher, le reprochaba su deserción. La madre de Gilman le proporcionó el modelo del ideal femenino que la época reflejaba: leal, amorosa, abnegada, sin buscar satisfacer su propia voluntad sino el bienestar de los demás.

Las dificultades generales de la familia se complicaban y al mismo se aliviaban hasta cierto punto por la inconsistencia de estatus. A través de las conexiones con la familia Beecher, a Gilman la invitaban a menudo a casas «buenas»; por su padre tenía alguna idea de lo que significaba estar educada, y pasó un periodo breve e interrumpido en la Escuela de Diseño de Rhode Island; aun así creció como una familiar pobre, que vivía de la ama-

bilidad de los parientes, que escribía a su padre para pedirle apoyo económico, que se mudó frecuentemente, que estuvo escolarizada de forma irregular, mientras mantenía la esperanza y el reto de ser «una Beecher». Sorprende al lector de su autobiografía y de otros trabajos biográficos la poca preparación que tuvo para lograr cualquier cosa, salvo para lo primero que realmente hizo al acabar su adolescencia: casarse.

Cultura. Gilman maduró en un periodo de extenso debate sobre la naturaleza y el lugar de la mujer, un debate desencadenado por las nuevas oportunidades para las mujeres que se generaron con la expansión tras la Guerra Civil y por las propias movilizaciones de las mujeres a favor de una mayor participación pública. Una rama de este debate se originó en torno al «culto a la verdadera femineidad» de la pre-Guerra Civil, descrita por Barbara Welter: «Los atributos de la verdadera femineidad, por los que una mujer se juzgaba a sí misma y era juzgada por su marido, sus vecinos y la sociedad, se podían reunir en cuatro virtudes esenciales: devoción, pureza, sumisión y domesticidad» (1966 / 1973, p. 96). Otra rama del debate modificó esta radical negación de la capacidad de acción de la mujer, «el culto a lo doméstico», que quien representó más contundentemente fue la tía abuela de Gilman, Catharine Beecher (véase Sklar, 1973). Catharine Beecher, soltera y autosuficiente toda su vida, intentó ayudar a las mujeres a encontrar el sentido a la vida doméstica argumentando que era exigente, que requería de una gestión científica y que era una fuente de empoderamiento: «¿No eres, no solo un ama de casa, sino una *madre*?... que forma a mentes jóvenes... que transmitirán lo que reciban de ti a sus hijos... ¡hasta que *toda una nación* haya recibido su carácter y su destino de tus manos!» (Beecher, 1846/1977, p. 124). Una tercera rama fue la demanda de las mujeres de una mayor participación política y de más educación. La movilización política suponía, no solo la lucha por el sufragio, sino la formación de organizaciones potentes como el *Women's Christian Temperance Union* y el movimiento de los clubs de mujeres. Además, hacia 1880, había 40.000 mujeres inscritas en instituciones de enseñanza superior, constituyendo un tercio del total del alumnado (Lane, 1990, p. 68). La cuarta rama fue la reacción en contra de los logros de las mujeres. En las últimas tres décadas del siglo XIX, escritores masculinos de todos los contextos intervinieron para apoyar el argumento de la «biología-marca-el-destino».

Gilman estuvo rodeada por las cuestiones de género en las dolorosas situaciones extremas de su familia inmediata, los modelos de roles contradictorios de sus tías, y la propia cultura. Tanto la lealtad hacia ciertas ideas enunciadas en el culto a la verdadera femineidad, como la oposición a ideologías como las que atacó en *Women and Economics*, que reducían a la mujer a «mucho menos que el hombre;... ni siquiera la mitad de la raza en la actualidad, sino más bien una parte de ella, [activada] para la continuidad de la especie» (1898, p. 172), se reflejan en su vida y en su sociología. Todo este debate se enmarcó en una literatura feminista en expansión a la que Gilman haría una contribución esencial.

1881-1888: Convencionalismo y crisis. En 1881, Gilman tenía 21 años, todavía vivía en casa, recibía apoyo emocional y económico de su madre y también se lo daba. Se recuerda a sí misma como indecisa y segura al mismo tiempo: «de ninguna manera definida» pero con «una sensación de poder tremenda,... con capacidad para hacer cualquier cosa que decidiera emprender» (1935, p. 71). Empezó a escribir para publicar, a enviar artículos y poemas a distintas revistas como la *Woman's Journal*, publicación oficial de la *American Woman Suffrage Association*. En otoño de 1881, Martha Luther, el primer amor de Gilman, se comprometió[1]. Dolida por lo de Martha, en enero de 1882 Gilman conoció a Charles Walter Stetson, un atractivo artista, que inmediatamente empezó a cortejarla. Gilman, reticente, no accedió a casarse con Stetson hasta marzo de 1883, y no se casaron hasta mayo de 1884. Su hija Katharine Beecher Stetson nació el 23 de marzo de 1885.

Es difícil deducir a partir de los registros en qué momento empezaron las crisis de Gilman, si durante el cortejo, el matrimonio, su enfermedad durante el embarazo o tras el nacimiento. Ella asoció el matrimonio con la pérdida de capacidad de acción, pero intentó reanimarse dándose una definición adusta del amor: «el amor es más que *querer*. El *amor* es el deseo infinito de satisfacer, es el anhelo de *dar*, no meramente el deseo hambriento de obtener» (Gilman, 1994, pp. 841-842). Stetson asoció una serie de expectativas convencionales al cortejo y al matrimonio: «No tengo dudas

[1] Años más tarde, Gilman le escribiría a Martha: «Aquellos años contigo, ese dichoso verano del ochenta y uno, dudo si la mayoría de la gente ha sido tan feliz en algún momento de su vida como yo lo fui entonces» (citado en Hill, 1980, p. 68).

de que con el matrimonio me buscará para pedirme consejo, y me hará el responsable de la casa» (Stetson, 1985, pp. 139-140). Pero el hecho seguro que se desprende de los diarios, cartas y registros, es que Gilman fue infeliz estando en casa e intentando ser esposa y madre, y fue feliz y productiva cuando lo evitaba: «Me tumbaba en el sofá y lloraba todo el día... Me iba a la cama llorando, me levantaba por las noches llorando, me sentaba al borde de la cama por las mañanas y lloraba» (Gilman, 1935, p. 91). Como remedio para curarse, iba a visitar a una amiga de toda la vida, Grace Channing, a Pasadena, California, donde su estado de ánimo mejoraba cuando escribía, pintaba y completaba alguna obra con Channing. Pero cuando volvía a su casa en Providence, caía de nuevo en periodos de desaliento: fuera de la casa, se sentía estimulada y esperanzada; pero en cada regreso al ámbito doméstico, era incapaz de mantenerse en pie.

A principios de 1887, Stetson y su madre llevaron a Gilman a ver al Dr. S. Weir Mitchell, un destacado especialista en cuestiones «nerviosas». Mitchell le prescribió reposo absoluto y que evitara cualquier actividad mental: «Vive una vida tan doméstica como sea posible. Ten a tu hija contigo todo el tiempo... Y no cojas nunca una pluma, pincel o lápiz mientras vivas». Gilman relata que al seguir ese consejo «estuvo peligrosamente a punto de perder la cabeza» (1935, p. 96). Pero Gilman no perdió la cabeza y volcaría posteriormente la experiencia con Mitchell en el relato de una mujer que se volvía loca a causa de la inactividad forzosa en *The Yellow Wallpaper*. A pesar de la depresión, Gilman empujó a Stetson a un acuerdo de separación de prueba y siguió escribiendo, publicando ese mismo año «The Right to Earn Money» en la *Woman's Journal*. Con el apoyo de Channing, Gilman cogió a Katharine y volvió a California. Aunque nunca llegó a estar completamente libre de la depresión, comenzó un proceso de recuperación que la llevó a una de las carreras más productivas de la historia de la sociología. En el corazón de su sociología estaría el análisis de género como la causa principal de la disfunción y del sufrimiento social.

RECUPERACIÓN E INVENCIÓN

1888-1898: una década de productividad. Entre 1888, cuando regresó a Pasadena, y 1898, cuando publicó *Women and Economics*, Gilman creó al personaje público que fue durante la mayor parte del resto de su vida. Para

hacer esto tuvo que ganarse su sustento, desenmarañar su vida privada, encontrar un público para su trabajo, y buscar el espacio para pensar y hacer las cosas que realmente podía hacer.

Empezó a ganar su sustento con cualquier cosa que podía, coser, pintar, enseñar, escribir. Durante algún tiempo trabajó como escritora y profesora en Southern California; después se mudó a San Francisco-área de Oakland Bay y dirigió una casa de huéspedes. Allí tuvo varias relaciones apasionadas (incluyendo la de Adeline Knapp); cuidó a su madre que se estaba muriendo de cáncer; lidió con los ataques que recibió de los periódicos durante su divorcio (por mutuo acuerdo) con Stetson; contribuyó a que se formara una alianza entre Stetson y Grace Channing que los llevó a casarse en 1894; y envió a su hija Katharine a vivir con Channing y Stetson, ocasionando más ataques de los periodistas. Todo esto tuvo un precio, y parte de este precio lo pagaron personas que no fueron la propia Gilman. Aunque nuestro resumen pueda parecer el guion de un melodrama, sirve para dar la idea de hasta qué punto esos años fueron explosivos y duros. Con todo ello, Gilman se alzaba como imagen pública. Cuando realmente tenía que hacer frente a la situación con sus propios recursos, podía dar la talla; lo que parecía frustrarla era la sensación de sentirse acorralada por las expectativas, especialmente las expectativas de género.

En 1888, ese primer año de independencia para ella, escribió alrededor de treinta artículos, veinte poemas y diez poesías para niños, que vendía a periódicos progresistas por escasas sumas (que iban de dos a diez dólares). Uno de los poemas, «Similar Cases», que satirizaba la creencia de que la naturaleza humana no podía cambiar, se convirtió en un grito de guerra para el Nacionalismo, una rama de la movilización Progresista. Los Ángeles, a tan solo unas millas de Pasadena, fue el centro del Nacionalismo, y la popularidad de «Similar Cases» condujo a Gilman a ser propuesta como dirigente del Club Nacionalista local de allí. Fue su primera conferencia pública, y un gran éxito. Se unió al círculo de conferencias de California y se metió en varias redes de mujeres, así como en organizaciones de reforma laboral. De acuerdo con uno de sus primeros seguidores en California, Gilman llevó al círculo de conferencias del Club Nacionalista «una voz clara, convincente, aunque familiar, que alcanzaba fácilmente el final de la sala, sin necesidad de ningún esfuerzo... [L]as mujeres de la audiencia nunca habían escuchado

declaraciones tan claras de hechos evidentes, y nunca habían escuchado nada de ese tipo de ninguna mujer» (Ceplair, 1991, p. 35). También llevó la voluntad de ocuparse de los asuntos de las mujeres, de combinar los temas sobre la igualdad de las mujeres con los objetivos nacionalistas de justicia económica y bien social (Hill, 1980, p. 183). El círculo de grupos para los que hablaba se fue expandiendo, e incluyó a la *Socialist Society*, al *Social Purity Society*, el *Women's Christian Temperance Union*, el *Friday Morning Club*. Todos estos grupos formaban parte de un movimiento pujante de clubs de mujeres, que eran asimismo un componente fundamental del Progresismo (véase «Premisas», más adelante en este capítulo). Sus publicaciones de esta década muestran una preocupación por los temas que serán centrales en su sociología: la independencia económica de las mujeres, el funcionamiento de la conciencia humana, la capacidad de los seres humanos de cambiar la naturaleza humana, la necesidad de justicia económica.

Cuando dejó California en 1895, se embarcó en un periodo de cinco años de viajes y charlas casi constantes, a los que ella llamó sus años «prófugos», ampliando sus redes según se desplazaba. Conoció a Susan B. Anthony, Elizabeth Cady Stanton, y a la socióloga Lester Ward, que admiraba su «Similar Cases» y cuya teoría sobre el darwinismo de reforma social hizo que Gilman se sintiera atraída por este campo intelectual. Pasó un tiempo en la Hull-House por invitación de Jane Addams, a quien había conocido en San Francisco; aunque le deprimía el entorno de pobreza, nunca estuvo tentada por la idea de crear un centro social. En una convención socialista en Inglaterra, conoció a algunos de los principales fabianes británicos –Sidney y Beatrice Webb y George Bernard Shaw– y tras su regreso comenzó a escribir para la *American Fabian*. Durante estos años, sistematizó cada vez más sus ideas.

En 1897 renovó el contacto con un primo, George Houghton Gilman, siete años más joven que ella y abogado de Wall Street (aunque no adinerado). Gilman comenzó a escribirle mientras estaba en sus giras de conferencias; sus cartas se hacían cada vez más largas, convirtiéndose en «mis oraciones matutinas» (Gilman, 1995, p. 109). Mientras se embarcaba en el examen de sí misma a través de las cartas (lo que Houghton pudo haber entendido como cortejo, y se convirtió en ello), se quejó de depresión y aún fue capaz de una increíble productividad. El 1 de julio de 1897, dos días después de su 37 cumpleaños, escribió: «He encontrado otra nueva vertiente de mi teo-

ría... Ahora puedo escribir el libro» (Gilman, 1995, p. 53). El 31 de agosto de 1897 en Laconia, New Hampshire, el día y el lugar que Gilman recuerda en su autobiografía, comenzó a escribir *Women and Economics*. Siguiendo la pauta de toda su vida, se mudó cinco veces entre entonces y el 8 de octubre de 1897, cuando acabó el primer borrador, de 35.600 palabras, suficiente para conseguir una oferta de publicación. *Women and Economics*, un trabajo programático de análisis sociológico feminista, se publicó en 1898.

1898-1916: Confianza y productividad. *Women and Economics* disfrutó de una acogida no siempre concedida a los trabajos de los genios, una recepción inmediata enormemente favorable. Tuvo una crítica amplia y positiva. *The Nation* lo llamó «la expresión más significativa sobre la cuestión [de las mujeres] desde el *Subjection of Woman* de Mills [1869]» (citado en Degler, 1966). Pasó por nueve impresiones entre 1898 y 1920, se tradujo al alemán, al holandés, al ruso, al danés, al italiano, al húngaro y al japonés, y fue elogiado por Susan B. Anthony, Jane Addams y Florence Kelley.

Gilman estaba enamorada de Houghton y de su trabajo, y creyó que podía combinar ambos: «Me encanta trabajar. Y este poder crece y crece. Estoy muy segura de que el amarte –y ser amada– ser feliz, contribuye enormemente a mi trabajo» (Gilman, 1995, p. 240). Se casaron el 12 de junio de 1900. El matrimonio le proporcionó a Gilman el contexto en el que elaboraría parte de su mejor pensamiento. Quizás lo que Houghton le dio fue profunda aceptación y admiración duradera. Cuando a Gilman le apetecía la vida doméstica, hacían vida doméstica; cuando no, no la hacían. Durante muchos años vivieron felices en apartamentos, comiendo fuera. Igualmente importante para la felicidad de Gilman fue el hecho de que estaba llegando a una audiencia más amplia y que la valoraba más que nunca. Entre 1898 y 1912 aproximadamente, fue aclamada por su extraordinario intelecto y sus dotes como conferenciante. Una reseña en el *St. Louis Post Dispatch* en 1899, sugirió su general aceptación: «No es la más mínima exageración decir que nunca ha habido un conferenciante público en St. Louis, hombre o mujer, que haya alcanzado un influjo tan completo sobre su audiencia... [con] la combinación de una mentalidad fuerte, perspectivas radicales y una marcada energía en sus formas" (Gilman, 1995, p. 205). Sus cartas a Houghton están llenas de historias sobre la admiración que le mostraba su audiencia femenina.

Confiada en que había encontrado su trabajo, produjo cuatro libros fundamentales de teoría sociológica entre 1900 y 1911: *Concerning Children* (1900), un estudio sobre la socialización; *The Home* (1903), un análisis crítico del hogar como lugar de producción; *Human Work* (1904), su manifiesto sociológico más formal de la relación entre trabajo y conciencia, y *The Man-Made World, or Our Androcentric Culture* (1911), una exploración de la cultura patriarcal. Fundó *The Forerunner*, una revista mensual que escribió y editó entre 1909 y 1916, publicando en sus páginas lo equivalente a seis libros de una serie, incluyendo *The Man-Made World*. A partir de 1907, se la identificó más con la disciplina de la sociología, y publicó en la *American Journal of Sociology*, asistiendo y presentando en encuentros de la *American Sociological Society*.

Declive. La escritora americana Willa Cather observó, «El mundo se partió en dos en 1922 aproximadamente» (Leuchtenberg, 1958, pp. 272-273). Hacia 1923, Gilman, como tantos de su generación, estaba en un lugar muy diferente de donde había estado en los emocionantes años entre 1898 y 1916. Había pasado de ser pacifista a ser una defensora de la guerra que se convirtió casi fanáticamente en antialemana. También sus actitudes se volvieron más racistas. En años anteriores, su interés se había centrado en las formas de llevar a todas las razas a lo que ella veía como el mismo punto de progreso evolutivo. Ahora parecía que se movía hacia la idea de superioridad de los «americanos», y por «americanos» parecía referirse a personas como ella –sobre todo, una Beecher–. Nunca había sido buena –como ella reconoció, su hija lamentó y sus escritos revelaron– para empatizar poniéndose en el lugar del otro. Podía ponerse desde una postura melodramática, podía ponerse cognitivamente para entender el argumento; pero le faltaba la cualidad que tan exactamente había identificado en Jane Addams –la habilidad de poner una idea sobre la mesa y darle vueltas, estudiándola desde el punto de vista de cada uno–. Su tremendo éxito tuvo lugar cuando encontró y defendió a una audiencia que no deseaba oír todos los puntos de vista, sino que deseaba oír su propio punto de vista, el punto de vista de las mujeres de clase-media-alta que querían libertad. Después de la Primera Guerra Mundial, la voz de Gilman dejó de hablar para las grandes audiencias. La Decimonovena Enmienda había resuelto los derechos de las mujeres para muchos; la guerra había destruido el idealismo progresista; la fe del reformismo darwinista en la evolución humana había cedido el paso al determinismo freudiano.

Los cambios en el mundo, la conciencia de su propio envejecimiento y de las limitaciones de su poder (en otro tiempo muy influyente) la agriaron. Y la amargura tocó la parte de ella que era todavía la pariente pobre, el pez brillante infravalorado y fuera del agua. Houghton murió de una hemorragia cerebral fulminante un año antes de que falleciera la propia Gilman. Pasó sus últimos días viviendo a dos pasos de su hija Katharine en Pasadena –con su amiga de toda la vida, la otra madre de Katharine, segunda mujer de Walter Stetson, Grace Channing–.

TEORÍA SOCIAL GENERAL

PREMISAS

Gilman estuvo influenciada por tres corrientes de pensamiento populares en su época: (1) el darwinismo de reforma social; (2) el progresismo, particularmente las ramas de su ideología de reforma inspiradas en el socialismo utópico o no-marxista; y (3) el feminismo, la movilización creciente de las mujeres por los derechos, incluidos el derecho a votar y el derecho a la independencia económica.

La teoría social evolutiva fue la de mayor influencia formal en el pensamiento de Gilman, cuyo formalismo teórico pudo haber atraído a la constructora-de-sistemas que había en ella. No era conservadora, una darwinista social liberal como Herbert Spencer, sino una darwinista de reforma social como Lester Ward (a quien le dedicó su obra de 1911, *Our Man-Made World*). El darwinismo de reforma social argumentaba que la evolución de la conciencia humana proporcionó a los humanos la capacidad de construir su entorno social y por tanto de dirigir el curso de cualquier evolución posterior[2]. A Gilman le atrajo particularmente la «Gynaecocentric Theory» de

[2] Los argumentos evolutivos del darwinismo de reforma social fueron reforzados por la creencia, ahora desacreditada, de que los rasgos adquiridos podían ser heredados –la denominada teoría Lamarckiana–. El ejemplo de este argumento en los libros de texto es que los cuellos de las jirafas crecen cuando alcanzan las hojas más sabrosas y más altas del árbol y el cuello largo adquirido se pasa a la siguiente generación. La afirmación reforzó tremendamente los argumentos «científicos» de la reforma social: si los humanos modificaban su entorno social y sus comportamientos, mejoraría su descendencia y las futuras generaciones por la herencia genética de las características mejoradas adquiridas. Esta tesis corre a lo largo de la sociología de Gilman, pero no es esencial en ella. Su argumento básico para el control humano del entorno social es que la mejora de las condiciones sociales producirá mejores personas.

Ward, que sostenía que la mujer, productora de vida, es el tipo humano original, y que el progreso de las especies depende de su desarrollo; que el hombre evolucionó únicamente para ayudar en la procreación pero que, a causa de una serie de accidentes medioambientales complejos, se convirtió en dueño de la mujer; y que este desequilibrio entre hombre y mujer fue el origen de muchos problemas sociales. La aceptación de Gilman del pensamiento evolutivo la llevó a buscar la explicación de cualquier condición social existente en términos de la primera causa prehistórica.

El darwinismo de reforma social ayudó a darle legitimidad intelectual al progresismo, en sí mismo convergencia de un vasto número de movimientos intelectuales, morales y religiosos que defendían una mayor igualdad en la prosperidad humana. Los progresistas a la vez creaban una literatura de crítica social con los trabajos de: el *The Shame of the Cities* (1904) de Lincoln Steffens, *How the Other Half Lives* (1890) de Jacob Rii, *If Christ Came to Chicago* (1894) de William Stead, *The History of Standard Oil* (1904) de Ida Tarbell. Una novela popular en esta literatura fue la utopía de Edward Bellamy, *Looking Backward* (1888), que predicó el socialismo en una forma aceptable para la clase media americana. En *Looking Backward*, el héroe cae en un sueño en 1887 y se despierta en el año 2000 para encontrar unos Estados Unidos transformados: las corporaciones de negocios ahora constituyen «The Great Trust», una forma de capitalismo de Estado; cada trabajador es a la vez empleado y propietario; esta organización colectiva de producción ha eliminado la pobreza, el crimen, los suburbios; y las personas se adhieren a una ética de responsabilidad social. Las mujeres juegan una parte importante en esta nueva sociedad; ya no son económicamente dependientes de los hombres, pueden elegir a los mejores maridos y, consecuentemente, tener matrimonios más felices y niños más saludables. La novela promovió la organización de clubs «nacionalistas», en cuyo círculo Gilman empezó su carrera como conferenciante. No le gustó *Looking Backward* como novela, pero coincidió en sus ideas sobre la riqueza compartida, la producción compartida, la igualdad de derechos para hombres y mujeres. Ella reforzó su socialismo a través de su subsiguiente relación con el fabianismo (véase el capítulo 8).

La actividad de las mujeres en los Clubs Nacionalistas era solo una parte de su movilización general de reforma a través de una amplia variedad de clubs y asociaciones. El movimiento de los clubs de mujeres fue una de las

conexiones con el feminismo más importantes de Gilman, conexiones por su demanda por la igualdad de derechos en la esfera pública dominada por hombres y por su afirmación de una ética social femenina distintiva, esencial para el discurso público. Es importante no subestimar la fuerza del movimiento de los clubs de mujeres; en sus formas diversas, su participación fue fundamental en el progresismo (véanse los capítulos 3 y 7). Las mujeres euroamericanas formaron clubs de todo tipo de reforma gubernamental, sufragio, educación de las mujeres, legislación a favor de los trabajadores, consumo responsable, paz mundial, y «pureza social», que trataban preocupaciones reales sobre sexualidad y matrimonio, la doble moral, y la prostitución (p. ej., Scott, 1992; Blair, 1981; Skocpol, 1992; Gordon, 1994). Las mujeres afroamericanas formaron sus propios clubs y asociaciones para promover la educación y luchar por acabar la guerra de razas no declarada y creciente contra su gente (véase Caraway, 1991; Giddings, 1984; Gordon, 1994; Scott, 1992; y capítulo 5 en este texto). Gilman fue activa en todos estos grupos de mujeres –excepto, aparentemente, en las organizaciones de mujeres negras–. Una cuestión incómoda para cualquier discípulo de Gilman es que no abordara las diferencias entre las mujeres (véase «Gilman y la tradición de la sociología feminista», más adelante).

TEMAS PRINCIPALES

Gilman fue una teórica que creyó sinceramente en las posibilidades críticas y meliorativas de la teoría. Con su fe, construyó una teoría social sistémica que explica la vida humana caracterizada tanto por una sociabilidad fundamental como por un sufrimiento humano innecesario, producido socialmente. Central en la visión dual de Gilman de la sociedad –lo que es y lo que podría ser– es la relación dinámica entre género y estructura social. Esta sección presenta la teoría sociológica de Gilman en base a cuatro temas: su modelo de vida colectiva, su método teórico, y sus conceptos de las dos relaciones cruciales entre género y estructura social, la *relación sexo-económica* y la *cultura androcéntrica*.

1. El modelo de Gilman de vida social enlaza tres aspectos analíticamente distintos pero interdependientes de las relaciones sociales: el trabajo, la conciencia común (o cultura), y la distinción sexual excesiva (o género). Para Gilman, el sujeto de la sociología es «la relación social humana», una ex-

presión que usa para describir el proceso de acción recíproca y la orientación interpsíquica entre los individuos en el contexto de una membresía colectiva compartida. La vida social humana es fundamentalmente un conjunto de tales relaciones: «Toda nuestra estructura social, junto con el progreso social y la acción social, descansan en realidad en la relación social» (1903, p. 21). Gilman no realiza distinciones micro-macro pero, en su lugar, identifica flujos de relaciones que van desde las interacciones entre los actores tipificados a través del conglomerado de la existencia institucional y social de vuelta hasta las interacciones tipificadas individualmente. Comprende la sociedad como «una organización de seres humanos, viva, compleja, exquisitamente desarrollada en un servicio mutuo co-ordinado» (1900, pp. 278-279). Presenta el hogar o la economía como personas relacionadas de forma distintiva y típica en lugares específicos de interacción. Así, una relación característica del hogar es la socialización, que Gilman describe como acción y orientación entre madre e hijo; la relación característica de la economía industrial es la dependencia recíproca entre diferentes especialistas según la división del trabajo. En sus desplazamientos entre enclaves, las personas enlazan instituciones como el hogar y la economía. Retrata a los individuos no como caracteres únicos sino como actores tipificados expresivos de las relaciones sociales: la joven que espera un marido, el hombre presionado por la necesidad de dar sustento a su familia; el niño que intenta discernir entre el bien y el mal; así como aquellos que cumplen roles más evidentes y especializados, como el maestro y el dentista, que surgen en el contexto de una sociedad compleja y solo tienen sentido dentro de ella.

Aunque Gilman usa a menudo un vocabulario asociado con el funcionalismo –«sistema social», «estructura y función», unidad «orgánica», y «patología social»– su proyecto sociológico no comienza con la problemática funcionalista del orden sino en la problemática crítica del sufrimiento humano: «La cantidad de sufrimiento humano es tan insoportable que solo nosotros, entre todos los animales, manifestamos el fenómeno remarcable del suicidio: un esfuerzo deliberado por parte de una forma de vida de dejar de vivir porque vivir es demasiado doloroso» (1904, p. 8)*. La sociología se convierte en un instrumento clave en su crítica cruzada para reducir este sufrimiento. Dado

* Un asterisco que sigue a una cita en el texto significa que el pasaje citado se ofrece en un contexto más amplio en las lecturas al final del capítulo.

que «la sociedad siente primero y en mayor medida lo que le duele,... nuestro estudio de la sociología comienza por la patología social... Debemos conocer el mecanismo de un objeto si queremos arreglarlo» (1904, pp. 15-16). Para conocer y arreglar la sociedad, Gilman presenta un modelo de las interacciones entre tres configuraciones fundamentales de la relación social: el trabajo; «la conciencia común» o cultura; y «la excesiva distinción por sexo» o género. Cada pauta relacional se origina en una capacidad biológica humana, se modifica por las cualidades distintivas de la sociabilidad humana y asume su forma presente por su interacción con las otras dos.

Todas las formas de vida trabajan para obtener lo que necesitan del entorno físico para sostener su vida. El trabajo humano se distingue por su grado de sociabilidad. En mayor medida que los miembros de otras especies, los humanos pueden trabajar colectivamente y refinar su especialización en tareas. Por tanto, «[S]olo el hombre ha controlado permanentemente su suministro de alimento; en lugar de cazar interminablemente en un círculo cerrado, fabrica lo que le hace a él» (1904, pp. 86-87). La especialización humana en las tareas produce una división del trabajo que se va refinando hacia una complejidad funcional cada vez mayor y, de forma concomitante, hacia una mayor interdependencia. A lo largo de la historia, esta especialización y esta interdependencia han evolucionado hacia una economía colectiva compleja, la marca de la sociabilidad completa en la vida humana. En esta economía, las personas experimentan la sociabilidad como una unidad orgánica de servicio mutuo e intercambio mutuo.

Dado que dedica mucho peso al trabajo, Gilman se preocupa por establecer la relación entre individuo y economía. La economía moldea la personalidad individual; «todavía los medios de vida modifican inexorablemente al individuo» (1898, p. 3). El individuo puede lograr la independencia económica –un bien social esencial para Gilman– a través de la participación en una relación económica interdependiente. La independencia económica existe para el individuo cuando ella o él se asegura un medio de vida justo y previsible en respuesta a su trabajo. Además, el ser humano en la relación social trabaja no solo para ganarse un sustento, sino para realizarse. La creatividad individual no es un rasgo distinguible en los seres humanos individuales, sino que surge de la relación social. Gilman ilustra la fuente social de energía creativa con una mujer trabajadora tipo, del neolítico, que «en su ya creciente conciencia social... recibe más estímulos de los que su cuerpo puede

resistir sentada... Así que [ella] da un paso para comunicar la presión de sus sentimientos;... y lo hace en la decoración de un jarrón o de un cesto. Esta decoración es la alegría materializada y, al quedar fija en una forma visible, transmite en consecuencia esta alegría a tantos como observan el objeto. Es una pequeña fuente de energía social» (1904, pp. 106-107).

Pero el trabajo, que debería ser la fuente de mayor placer de la humanidad, se distorsiona en su interacción con la cultura, lo que Gilman define como la «conciencia común a través de la que puede tener lugar la acción coordinada» (1898, p. 124), una definición importante por cómo vincula sociedad, acción y mente. La cultura tiene su base en el potencial biológico de la mente humana para formar ideas, o conceptos. Las relaciones sociales humanas están mediadas por los conceptos, por la comunicación y por la cultura: «La sociedad es una condición psíquica; todas las relaciones sociales existen y crecen en la mente humana» (1904, pp. 38-39)*. La conciencia humana individual, a su vez, es un producto social desarrollado mediante la socialización, el lenguaje y la interacción. La cultura es vital en la teoría social de Gilman, ya que ella cree que los conceptos tienen un poder fáctico –las personas no llegan a conocer el mundo directamente, sino a través de su idea del mismo–. Una de las principales causas del sufrimiento humano es que la gente piensa de forma equivocada. En cada uno de los libros de su periodo intermedio –*Concerning Children* (1900), *The Home* (1903), y *Human Work* (1904)– Gilman identifica los desajustes producidos por ideas erróneas que ve en distintas áreas del trabajo humano. *Concerning Children* describe cómo el valor de la obediencia, el castigo y el control transforma la socialización de un proceso que debería producir individuos seguros, creativos y con voluntad propia a un proceso que reproduce la timidez y el autoritarismo en cada generación. *The Home* contrasta la ineficiencia y la ignorancia que permean el trabajo doméstico (cocinar, limpiar, artesanía doméstica, gestionar el hogar, cuidar a los niños, cuidar a los adultos) con la mitología colectiva de las personas sobre el hogar protector, privado, acogedor, que reverencia a la madre, y que cuida la economía. *Human Work*, que se podría decir que constituye su manifiesto sociológico más ambicioso, presenta una crítica detallada de los conceptos erróneos en el pensamiento económico, que crean disfunciones fundamentales para el capitalismo industrial. Gilman ofrece varias explicaciones sobre el origen y la persistencia de las ideas erróneas: remanentes arcaicos de épocas anteriores; el impulso

cognitivo/emocional hacia la consistencia conceptual; la tendencia a generalizar de la experiencia personal y a personalizar preocupaciones generales; y la credulidad hacia quienes se visten a sí mismos de la magia de la autoridad, ya sea por el cántico del chamán o por el postureo del economista.

Pero la explicación clave de Gilman sobre las ideas erróneas en la relación social es «la excesiva distinción por sexo», su expresión para lo que nosotros llamamos género. El género es para Gilman lo que la clase es para Marx: el origen de su condena apasionada al mundo de la época; las lentes con las que enfoca su crítica social; el concepto que, a pesar de derivarse analíticamente de los conceptos de trabajo y conciencia, asume una centralidad dinámica en su teoría. A falta de la palabra «género», Gilman usa en su lugar la palabra «sexo», y la usa de tres maneras distintas pero interrelacionadas: sexo como una función en la reproducción biológica, sexo como un rol y una disposición cultural en la sociedad, y sexo como sexualidad. Los seres humanos comparten con otras especies animales la distinción de sexo macho-hembra en la reproducción biológica. La reproducción biológica requiere atracción sexual, que se logra mediante distinciones de sexo secundarias, es decir, cualidades que distinguen a los machos de las hembras para que se atraigan entre ellos. Es aquí donde la distinción del sexo humano deja de ser completamente biológico. Los seres humanos, dadas sus capacidades conceptuales, magnifican las distinciones de sexo secundarias y crean, a través de la construcción cultural de género, una «excesiva distinción de sexo». Esta excesiva distinción de sexo centraliza la atención cultural en las diferencias entre machos y hembras en lugar de centralizarla en las cualidades comunes de la humanidad como especie.

Para Gilman, la distinción de sexo excesiva corrompe la sociabilidad al clasificar en función del género el mundo social más allá de lo que se requiere para la reproducción biológica. En su modelo teórico general, Gilman enfatiza la relación entre género y trabajo, a la que llama la *relación sexo-económica*, y la relación entre género y cultura, la *cultura androcéntrica* (véanse los temas 3 y 4, a continuación).

2. El método de Gilman de hacer sociología es la construcción de una teoría sociológica crítica. La elección de Gilman por la teoría, más que por su aplicabilidad o por la investigación, fue consistente con su preferencia por las ideas sobre los hechos y por las ideas que eran intensamente teóricas. La teoría

se ajustaba a su convicción sobre la relación entre mente y conducta: «Un concepto es más fuerte que un hecho» (1923, p. 4). El trabajo teórico le permitía sintetizar una variedad de disciplinas –biología, ética, historia, literatura, y sociología– para entender el significado de «humanidad» como una cualidad que trasciende a los elementos en conflicto de femineidad y masculinidad que podía ubicar en su carácter, su biografía y el mundo social. Para Gilman, el trabajo teórico era una forma de praxis crítica, un medio para corregir la causa principal del sufrimiento humano producido socialmente, los falsos conceptos de las personas sobre la realidad.

Los métodos de Gilman para hacer teoría se guían por una serie de reglas fácilmente discernibles. Normalmente comienza declarando explícitamente que su propósito es explicar y también mostrar cómo mejorar. Después ofrece algunas reglas generales para pensar teóricamente: el principio de causa y efecto, la necesidad de repensar los «hechos» familiares, la importancia de estudiar la especie humana en relación con otras especies. Normalmente, presenta su tesis en el primer capítulo y la desarrolla en diferentes direcciones a lo largo de su trabajo. Su desarrollo muestra los orígenes del problema manifestado en su tesis, sus consecuencias diversas –para las relaciones sociales y la felicidad humana– y lo que se debe hacer para aliviarlo.

El personaje de Gilman en su teoría es la de una persona en un argumento con el sentido común predominante pero los conceptos falsos de su tiempo, y en concordancia con los descubrimientos de vanguardia de la ciencia y la ciencia social. El oponente que crea en su trabajo no es por lo usual un individuo particular, sino un tipo-ideal de «cualquier persona» que lo que da por hecho se basa en ideas falsas. Su pretendida audiencia es un público leído y educado, por lo ideal, quizás, personas que simplemente empiezan a pensar en las cuestiones que ella plantea, más especialmente, cuestiones sobre los derechos de las mujeres y la justicia económica. El sentido de llegar a una audiencia implica que, como la mayoría de mujeres teóricas estudiadas en este libro, tiene un compromiso profundo con la accesibilidad de su trabajo.

Gilman tiene éxito en la difícil empresa de crear una teoría formal y a su vez accesible, principalmente por su uso de ejemplos que toma de los conocimientos corrientes de su época. Utiliza cuatro tipos de evidencias principales: las comparaciones entre especies; las comparaciones entre culturas;

selecciones de un amplio abanico de ejemplos de la cultura popular, la literatura, el lenguaje, los dichos populares, y la tradición oral; y detalles de las minucias cotidianas. Relata estas evidencias con bromas irónicas, de tal manera que desmiente el concepto falso mientras el lector se ríe. En esencia, usó las evidencias para *ilustrar*, para mostrar que existen casos que se ajustan a la proposición general que describe. Depende del lector, como ella dice, el llevar la teoría más allá en su «estudio y discusión para probar su error o establecer su verdad» (1898: xxxix).

Sobre todo, la teoría le aporta a Gilman una manera de unir su sensibilidad analítica y su sensibilidad estética para presentar un mundo social en el que lo micro y macro, las fuerzas cotidianas y las históricas, la emoción individual y la estructura social interactúan constantemente: la madre cocinando, las chucherías en la estantería, el que envasa la carne adulterando el producto, la destrucción de los bosques, el lenguaje con el que la gente se comunica y piensa. Gilman logra un estilo de teorización que podría caracterizarse como «metafísico», que busca «las relaciones [que]... constantemente conectan lo abstracto con lo concreto, lo remoto con lo próximo, y lo sublime con lo corriente» (Bennett, 1957, pp. 2-3, 10).

3. La tesis central de Gilman es que la sociabilidad humana ha sido sistemáticamente distorsionada por la relación sexo-económica. «La relación sexo-económica», el marco conceptual de *Women and Economics* (1898), la obra de teoría social más conocida de Gilman es, para Gilman, la configuración básica de la desigualdad en la sociedad. Resulta de la confusión en las relaciones sociales humanas del trabajo, la distinción sexual biológica, y la distinción sexual excesiva como construcción social, o género. El análisis de Gilman de la relación sexo-económica se puede dividir en cuatro partes: su definición, sus orígenes y continuidad, sus efectos negativos sobre la vida humana y las estrategias para su eliminación.

Definición. La relación sexo-económica es una condición, que existe solo en los seres humanos, por la que un sexo, el femenino, depende económicamente del otro sexo, el masculino: «Somos la única especie animal en la que la hembra depende del macho para la comida, la única especie animal en la que la relación sexual es también una relación económica» (1898, pp. 5, 22)*. El primer paso de Gilman para avanzar en esta tesis es mostrar que a las mujeres se les niega la actividad básica que proporciona a los seres

humanos la independencia económica (véase tema 1, anterior): están posicionadas en una situación en la que no hay relación directa entre sus esfuerzos en el trabajo y su obtención de sustento. Las mujeres trabajan sirviendo a otras personas con el trabajo doméstico y el cuidado de los niños, permitiendo que esas otras personas sean productivas. Pero para Gilman «el hecho relevante en este debate es que, cualquiera que sea el valor económico de la actividad doméstica de las mujeres, no se les proporciona... Las mujeres que trabajan más obtienen menor beneficio y las mujeres que tienen más dinero hacen menos trabajo» (1898, p. 14)*. Argumentar que la maternidad es la contribución económica de las mujeres es hacer la afirmación obscena de que las mujeres intercambian maternidad por comida y alojamiento (1898, p. 15). Si la maternidad fuera la cuestión, a las mujeres les servirían los hombres haciendo el resto del trabajo, de manera que las mujeres se podrían dedicar enteramente a la maternidad. El hecho de que esto no sea así indica la cuestión verdadera: las mujeres no solo trabajan para sus hijos, sino también «para los hombres;... No es la maternidad la que mantiene al ama de casa de pie desde el amanecer hasta la noche; es el servicio en la casa, no el servicio a los niños» (1898, p. 20). En la relación sexo-económica, se niega a las mujeres como clase la independencia económica, y como clase están limitadas a servir a los hombres. Su condición es la de subordinación en la relación de dominación. «Su trabajo es propiedad de otro. Trabajan según los deseos de otro; y lo que reciben no depende de su trabajo, sino del poder y del deseo de otro» (1898, p. 7)*.

Orígenes y continuidad. Gilman localiza el origen de la relación sexo-económica en la prehistoria humana y explica su continuidad a lo largo del tiempo a partir de su concepto de la excesiva distinción-sexual. La vuelta al momento mítico de la prehistoria para explicar los orígenes de las clases sexuales es similar a la estrategia de Marx para explicar los orígenes de las clases económicas; hay también una tesis psicológica inmersa en la explicación de Gilman. Gilman describe primero un momento en el que la cualidad que distingue a los seres humanos como especie –la capacidad mental de pensar en nuevas formas de relación social– empieza a complicar la atracción biológica sexual y la procreación. Antes de este momento de inventiva relacional, retrata al hombre humano como otros animales, que compite con otros machos por el derecho a aparearse con la hembra, y a la hembra humana como la que, cuando no se aparea con el macho, busca el alimento en el bosque

tan libre y con tanto éxito como el macho. Entonces llegó el momento «en el que se le ocurrió a este amigable salvaje de incipiente inteligencia que era más barato y más fácil luchar contra una pequeña hembra, y arreglarse con ella, que luchar cada vez contra un macho grande. Así que instituyó la costumbre de esclavizar a la hembra y ella, al perder la libertad, no pudo obtener ya más su propia comida ni la de sus retoños» (1898, p. 60).

Además del deseo masculino de controlar sexualmente a la mujer, Gilman manifiesta que la dominación del hombre hacia la mujer también brota de su necesidad de sociabilidad, o de reconocimiento por parte del otro. La invención de la esclavitud femenina por los hombres se alimenta psicológicamente de la necesidad masculina de apropiarse para sí mismos el momento primario de la intersubjetividad humana, ese entre la madre y el hijo. Gilman considera que los seres humanos están definidos por «la demanda imperiosa de establecer una conciencia común entre... individuos irreconciliables hasta la fecha». La relación entre madre e hijo –«el solapamiento de personalidad, la necesidad mutua... que sostiene unidas a estas personalidades interactuantes»– es el primer logro de la conciencia común en la prehistoria humana. El macho, al esclavizar a la hembra, asegura su propio lugar en esta conciencia común, el «interés común, que ahora existe no solo entre madre e hijo, sino entre padre, madre e hijo» (1898, pp. 124-125). Gilman argumenta que, a este deseo masculino de controlar tanto la sexualidad de la mujer como su capacidad de reconocer su subjetividad, o personalidad, se le atribuye el sentimiento de pasión noble y positiva: el amor. En la visión de Gilman, «el amor» empieza con la dominación. De este momento original de atadura a través de la esclavitud procede la construcción cultural del género, o de la distinción-sexual excesiva, que continúa reproduciendo el dominio masculino y la subordinación femenina. El género es un producto de la capacidad humana de orientación consciente, planificada, mediada conceptualmente del uno hacia el otro. Los seres humanos han introducido de forma efectiva un sesgo de género en el trabajo, en la psique, en el mundo: «Hemos diferenciado nuestras industrias, nuestras responsabilidades, nuestras virtudes en función de una división de sexos» (1898, p. 41)*.

Efectos negativos: la perversión de la sociabilidad. La sociabilidad es un potencial de la especie humana, la capacidad de reconocerse a sí misma y de trabajar conjuntamente. La relación sexo-económica pervierte esta posibilidad al asignar individuos a trabajos, no en función de la habilidad, sino en

función del sexo; configurando la personalidad, no por su humanidad, sino por su masculinidad o su femineidad; acordando matrimonios, no entre iguales, sino entre señor y subordinada, y proporcionando hogares, no para cubrir una necesidad, sino para premiar la conformidad con la relación sexo-económica. Y todo esto se reproduce a través de los hijos en el hogar.

La relación sexual, o sexualidad, tiende a conducir a la gente a pensar en términos personales, o privados, más que sociales. Este énfasis en lo personal se convierte en patológico en la relación sexo-económica, que fuerza a la gente a dividir el mundo en las esferas separadas y contrastadas de lo «público» y lo «privado». Gilman considera que esta división es un concepto falso; no hay un mundo privado puro, no hay un mundo público que no esté afectado –o viciado– por los fracasos del mundo privado.

La relación sexo-económica fuerza a los hombres a poner el bien público en un segundo lugar, tras el bien privado: «Estamos tan acostumbrados a considerar que el primer deber de un hombre es el de dar soporte a su familia, que sacudir nuestras convicciones se considera un caso de soborno y corrupción en sus intereses muy evidente; pero, como un ley sociológica, cada fase de prostitución del servicio público hacia la ganancia privada... marca una acción social enferma» (1898, pp. 106-107)*. La carga de la dependencia económica de otras personas hace mucho más difícil para el hombre casado que para el hombre soltero organizarse para la acción colectiva, como en los sindicatos. El hombre casado en una relación sexo-económica puede ser un esclavo asalariado o un explotador de otros hombres, un empleador de esclavos asalariados. Todo está justificado por la razón fundamental, la necesidad de sostener a su familia. El hombre, en el hogar, ya sea un esclavo asalariado o un explotador, tiene permitido, en detrimento de su carácter, ser un tirano ruin. Tener «a una criatura humana completa consagrada a su servicio personal directo» conduce al hombre a un sentimiento exagerado de deseo, capacidad de acción y privilegio en ambas esferas, llamadas pública y privada (1898, p. 338). Su sentimiento de necesidad sexual es exagerado porque la sexualidad se conecta con la fuerza creativa y el poder económico[3].

[3] Gilman escribe largamente sobre la prostitución como si fuera «la flor completa de la relación sexo-económica» (1898, p. 171). Afirma, «En ninguna otra especie la hembra es económicamente dependiente del macho. En ninguna otra especie animal se vende la relación sexo-económica. Una coincidencia» (1898, p. 95). Considera que la mujer prostituta y el hombre consumidor participan en una transacción

La mujer en la relación sexo-económica se socializa para suprimir y distorsionar su deseo y capacidad de acción, centrándose en conseguir a un compañero masculino. Se debe ajustar al principio de la atracción sexual al convertirse en el sexo débil, que es una construcción social, no un destino biológico. Se le enseña a separar lo que quiere de lo que hace, como queda ejemplificado en lo que Gilman describe como «la ingeniosa crueldad del acuerdo» del cortejo (1898, p. 89): «El matrimonio es la esfera adecuada de la mujer, su lugar divinamente ordenado, su fin natural... *Pero*, ¡no debe parecer que lo desea!... Piense en el estrés de un organismo nervioso altamente sensible por tener demasiado lastre de algo,... y que se le prohíba hacer nada para asegurarlo!» (1898, pp. 87-88)*. Al negársele la característica de la especie humana de la producción en un entorno completamente social, la mujer redobla sus esfuerzos por establecer la santidad del hogar, la justicia en el pequeño mundo que se le ha permitido. Pero sus esfuerzos se han restringido a hacerse cargo de reducir las necesidades corporales, y la actividad de consumo se convierte en su función económica. Por tanto, la relación sexo-económica desarrolla en la mujer la personalidad de subordinada. Al vivir con sus acciones siempre sujetas a la voluntad de otro, aprende a no perder energías en planificar lo que puede ser que no le permitan ejecutar. Por una parte, llega a actuar solo bajo presión y, por otra, a desarrollar «una terquedad perversa y caprichosa por las pequeñas cosas, la reacción ante una sumisión forzosa» (1898, pp. 333-334).

El hogar moderno es casi una reliquia histórica, no especializado, desorganizado, e ingrato, que corrompe no solo el carácter y la vida de la mujer, sino la santidad del matrimonio, la salud y la economía de la nación, y la reproducción de las virtudes sociales apropiadas en los jóvenes. El amor de los casados choca con la relación sexo-económica que separa a los amantes en dos clases permanentemente, dos esferas de actividad, la de él pública y progresista, la de ella privada y anticuada. Gilman toma la preparación de las comidas –la tarea por la que los humanos avanzaron más allá que otras especies– como ejemplo básico de los efectos negativos del hogar moderno sobre la economía

---

que solo puede explicar la relación sexo-económica; cree que las mujeres «virtuosas» que condenan la prostitución realmente se oponen a las prácticas de un comercio injusto, ya que la prostituta vende barato lo que ellas están obligadas a vender caro. Gilman se pregunta si no hace más daño al carácter de la mujer y del hombre el matrimonio concertado con el fin de obtener un sustento.

nacional y la salud. La adulteración de la comida se convierte en un recurso a mano para que las grandes empresas aumenten sus beneficios, ya que al ama de casa que está aislada le faltan tanto el conocimiento como el poder para influir con sus compras particulares en la producción global y en la distribución de los alimentos. El niño que crece en este entorno se socializa viendo a su madre como una sirvienta, a su padre como un esclavo asalariado para la familia, y a sí mismo en cualquier papel que la familia escoja darle.

> Podemos recomendar como deseemos todos a nuestros hijos el gran deber de amar y servir al prójimo; pero... lo que el niño crece viendo y sintiendo es la concentración de toda una vida –la de su madre– en el engrandecimiento personal de una familia, y el servicio humano de otra vida completa –la de su padre– tan distorsionada... por la necesidad de «sostener a su familia» que la traición a la sociedad es el precio común por la comodidad del hogar... y el sentido moral de la madre dependiente hace que no le culpe (1898, pp. 278, 279).

La madre, restringida al mundo privado, no sabe cómo decirle a la hija que se escape, cómo decirle al hijo que valore su trabajo no por el salario, sino por el disfrute del mismo, ni puede decirle a ninguno de ellos cómo cumplir con la demanda social «del gran deber de... servir al prójimo».

Estrategias de eliminación. Gilman no aboga por la abolición del hogar, sino por su redefinición. Las personas deben ampliar su sentido del amor y del compromiso para ir más allá del hogar familiar privado actual. Gilman sostiene que todo el mundo necesita un lugar que pueda considerar un hogar, que ese derecho no debe estar ligado a la relación sexo-económica, y que se puede diseñar una diversidad de espacios de vida para proporcionar tales hogares. Un paso en esta expansión debe ser la liberación de la mujer –y los hombres– de la relación sexo-económica. Pero este paso debe ser concomitante con un rediseño del hogar, un proyecto al que Gilman dedica una cantidad significativa de su sociología, detallando los cambios en la arquitectura, el trabajo, la crianza de los hijos y la gestión del aprovisionamiento del hogar, de tal manera que se convierta en un lugar para el empoderamiento igualitario de todos sus miembros. (Véase «Gilman y la tradición de la sociología feminista», más adelante).

4. La segunda tesis de Gilman es que la sociabilidad humana se ha subvertido por el desarrollo de una cultura androcéntrica en lugar de una humana. En *The Man-Made World, or Our Androcentric Culture*, Gilman com-

pleta un giro en su teoría de género y estructura social; pasa del énfasis en la estratificación por género, la relación sexo-económica, al énfasis en el patriarcado, en la cultura androcéntrica. Por «cultura androcéntrica», Gilman se refiere a una conciencia común en la sociedad –un sistema de conceptos– que no está moldeada por el conocimiento humano, sino por las experiencias y los intereses masculinos, por «el efecto sobre nuestra vida humana de la dominación desenfrenada de un sexo» (1911, p. 19).

Un tema consistente en la sociología de Gilman es que los conceptos colectivos son fuerzas sociales poderosas; «el poder de formar y retener conceptos, y actuar bajo su influencia precisamente como si fueran realidades, es lo que le proporciona a la conducta humana el elemento para un progreso especial y también para una perversidad especial» (1904, p. 39)*. Gran parte de la «perversidad» en las relaciones humanas resulta de la adherencia colectiva a los sistemas de conceptos falsos. El tema de los conceptos falsos, presente en toda la sociología de Gilman, incluso si no lo menciona directamente, se desarrolla más extensamente en *Human Work* (1904). Ahí, Gilman explica siete «conceptos falsos» sobre la vida humana y el trabajo que han persistido por el deseo humano de consistencia (véase la tabla 4.1). Este anhelo de consistencia se origina en el deseo de un flujo regular de energía, sin trabas que se deban a contradicciones conceptuales. La presión por la consistencia se intensifica cuando los conceptos se sostienen colectivamente como parte de la conciencia común, o de la cultura.

Hacia 1911, en *The Man-Made World*, Gilman clarificó su crítica, y consideró estos conceptos falsos como el producto de la cultura androcéntrica: «Hasta ahora, hemos vivido, sufrido y muerto en un mundo hecho por hombres... Si se ha defendido una idea durante generaciones en la mente humana,...; y si es una de las más antiguas que tenemos guardadas, una de las grandes ideas en el mundo, común e incuestionable, vasta es la tarea de aquellos que persiguen cambiarla» (1911, p. 17)*. El propósito de Gilman es esta vasta tarea: cuestionar lo que se ha dado por hecho, las pautas androcéntricas o patriarcales de las ideas e instituciones de la sociedad. Defiende que aunque los rasgos distintivos por sexo de la masculinidad y la femineidad son comunes a casi todas las especies, cada especie tiene también rasgos distintivos de la especie. En los humanos, de todas formas, esto está alterado porque la excesiva distinción por sexo ha llevado a la gente a

Tabla 4.1. Análisis de Gilman de los conceptos falsos principales en *Human Work*

Concepto	Contenido erróneo	Corrección
Concepto de ego	Que la conciencia es simplemente una experiencia independiente y personal.	La conciencia humana se desarrolla colectivamente, y el ego debe equilibrarse por un sentido de lo social
Concepto de satisfacción -en-el-efecto	Que las personas obtienen más satisfacción de lo que consiguen que de lo que hacen.	La satisfacción está en hacer, en coordinar la actividad individual con la de los otros.
Concepto de pago	Que la gente trabaja solo por la gratificación.	La gente trabaja porque su energía demanda una expresión, y la energía humana aumenta a través de la sociabilidad.
Teoría del deseo	Que la gente no trabajaría si no tuviese algún deseo no satisfecho.	La gente trabaja porque se realiza en el trabajo.
Teoría del propio interés	(similar al deseo) que la gente trabaja solo por preservarse a sí misma.	La preservación de las especies es la primera ley de la naturaleza y del trabajo humano.
Concepto de sufrimiento	Que el sufrimiento es bueno en el sentido de que motiva a la gente a trabajar, a que la población de los suburbios, etc., desarrolle su fuerza.	La gente confunde las anécdotas ocasionales con las causas; la evidencia sistemática muestra que la adversidad no hace a la gente mejor; nadie dice «Deja que la vida sea dura para mí para que forje mi carácter».
Ley de la oferta y de la demanda	Que todo el mundo conseguirá los bienes económicos que necesite porque la oferta se corresponderá con la demanda.	La gente se muere de hambre hoy en día; esta «ley» significa que si uno tiene dinero y puede pagar y no hay nada para tener, quizás se pueda conseguir.

concentrarse en la masculinidad y la femineidad y a ignorar los rasgos humanos comunes. Los rasgos masculinos, que los machos humanos comparten con los machos de otras especies, son «el deseo, el combate y la autoexpresión» (1911, p. 28). El «deseo» no solo significa sexualidad, sino una capacidad extraordinaria de querer, de desear tener y poseer; el «combate» significa agresividad, la necesidad de un antagonista para completar el sentido de una acción; y la «autoexpresión» es la sensación de derechos adquiridos como agente individual. La crítica de Gilman de la cultura androcéntrica se construye alrededor de dos temas básicos: se fundamenta en la dominación masculina de las mujeres y de la sociedad y se conforma de cualidades inherentes a la masculinidad que no se compensan con cuestiones femeninas o humanas.

La dominación masculina en la relación sexo-económica hace que los hombres se definan a sí mismos como «humanos», «como el prototipo de la raza», las mujeres, en el mejor caso, son los *otros*, «criaturas extrañas, diferentes, bastante disonantes en el diseño aceptado de las cosas... "el sexo"... se deja aparte para los servicios especiales peculiares de la femineidad» (1911, p. 18)*. El hombre necesita esta definición cultural de las mujeres para poder quedarse con «el mundo entero», eliminando cualquier competitividad al relegar a la mujer al «hogar; porque es mujer» (1911, p. 23). Gilman muestra cómo la dominación cultural masculina se extiende al lenguaje, el vehículo para la formación de los conceptos, que moldea y distorsiona los pensamientos sobre la familia, la salud y la belleza, el arte, la literatura, los juegos y los deportes, la ética y la religión, la educación, la «sociedad» y la «moda», la ley y el gobierno, el delito y el castigo, la política y la guerra, la industria y la economía. Por ejemplo, en el capítulo titulado «Juegos y deportes», contrasta el «pecado imperdonable» socialmente de la «conducta antideportiva» con la falta irrelevante culturalmente de la «mala gestión de la casa» –una ilustración de cómo los intereses masculinos conceptualizan el estándar para juzgar tanto el significado de un comportamiento, como si es o no apropiado (1911, pp. 116-117)–.

Los rasgos masculinos infunden en las relaciones sociales un trato de dominación, por el que un actor expresa su voluntad y su deseo individual mientras que reduce al otro actor al estado de subordinado. Gilman considera que este deseo de obediencia a la voluntad arbitraria persiste en las leyes actuales, como en el caso en que «un hombre incumple una ley de la

que nunca escuchó hablar [y] no tiene excusa por ello; la pena sigue siendo la misma» (1911, p. 182). La cultura androcéntrica define tal arbitrariedad como la majestuosidad de la ley –la expresión de la voluntad del dominador que no tiene que negociar con los subordinados–. La dominación produce jerarquización, una sociedad basada en quienes dan órdenes y quienes las cumplen, y ha transformado la familia humana en lo que Gilman denomina la «familia propiedad», una institución modificada para servir, no al niño, sino al hombre. En esta construcción distorsionada de la familia, el hombre elige como pareja, no a la compañera fuerte y determinada, sino a la que ha sido moldeada para agradar, es decir, para someterse como una subordinada a la dominación.

La otra configuración principal de los rasgos masculinos en la cultura androcéntrica es la combatividad, que crea un esquema de oposición en todos los aspectos de la vida social –gobierno, leyes, política, religión, educación, economía–. En economía e industria, la mente masculina solo puede concebir el esfuerzo como producto de la oposición: «encontramos siempre y en todas partes al antagonista, la necesidad de alguien o algo que vencer» (1911, p. 236)*. Esta herencia de combate ha creado una actitud que desprecia el trabajo como tarea asignada a derrotados y esclavos. Este esquema de combate también distorsiona las prácticas de gobierno. El sistema político americano no constituye otra cosa que «el ordenamiento técnico para llevar a cabo la lucha» (1911, p. 221)*. Gilman sugiere que los partidos políticos, y su definición acompañante del proceso político como una guerra, no son inevitables; que sería posible tener una democracia sin partidos, con políticas y representantes seleccionados por sus méritos. Reconoce que la mente androcéntrica contestaría, «Nunca ha habido una democracia sin facciones ni partidos», a lo que Gilman replica, «Hasta ahora, nunca ha habido una democracia, solo una androcracia» (1911, p. 222)*.

Al buscar una alternativa al mundo construido por el hombre, Gilman mira primero a las mujeres, revertiendo su principal posicionamiento en *Women and Economics* (1898) de que las mujeres amas de casa son la facción no-progresista de la sociedad. Hacia 1911, presenta el concepto de «Mujer económica» como alternativa al concepto de los economistas de «Hombre económico». La mujer es el arquetipo del trabajador, que trabaja, no por temor al castigo o por el deseo de ganar, sino por amor y por necesidad de

expresión. Las mujeres, por su experiencia como dirigentes del hogar, llevan fuera del mismo los conceptos adecuados para el trabajo y la economía y el gobierno: «el mantenimiento de la paz, de la salud, del orden y de la moralidad; el cuidado y alimentación de los niños como se hace en el hogar;... ¡Cómo gastar mejor! el tiempo, las fuerzas, el amor, el cuidado, el trabajo, el conocimiento y el dinero» (1911, pp. 228-229)*.

Incluso en *The Man-Made World*, Gilman continúa defendiendo que lo que se necesita no es un triunfo femenino, sino un triunfo humano. Adopta la postura de que un gobierno *humano* debería estar fundado y administrado de tal manera que sus leyes y principios sirvieran como guías claras de conducta, no como armas para el combate. En tal sistema, «la ley deja de ser autoridad para convertirse en coordinación», de la misma manera que las reglas de un juego como las damas no están diseñadas para castigar, sino para dejar a las personas jugar juntas (1911, pp. 185-186). Un orden político *humano* puede empezar con la experiencia de una «paternidad pública», por la que la gente entienda que el cuidado de los hijos de otras personas no significa la negligencia de los propios –de hecho, más bien lo contrario: «[N]uestros hijos sufren individualmente las malas condiciones sociales, pero no se pueden salvar individualmente» (1900, p. 288)–. El principio de las soluciones colectivas al sufrimiento individual confronta al ser humano a una «cuestión sociológica más seria»: cómo usar al Estado para lograr la voluntad social colectiva (1900, p. 290).

LA RELEVANCIA DE GILMAN EN LA HISTORIA Y LA PRÁCTICA ACTUAL DE LA SOCIOLOGÍA

GILMAN Y EL CANON DE LA SOCIOLOGÍA

A diferencia de Martineau o Addams, para quienes la teoría era una extensión de otro tipo de trabajo sociológico, Gilman creyó en las posibilidades melioralivas de la teoría social. En su empeño de crear una teoría social general, tiene mucho más en común con los hombres sociólogos de las generaciones fundadora y clásica. La incorporación de su teoría al canon nos ofrece un punto de vista único sobre los paradigmas principales de las corrientes sociológicas dominantes: el funcionalismo, la teoría marxista del conflicto y la teoría interpretativa.

Puntos generales en común: la voz teórica. Gilman, como Spencer, Karl Marx, Emile Durkheim, Max Weber, Georg Simmel y George Herbert Mead, escribe con la pluma del gran teórico. Escribe con la confianza –incluso la bravuconería, como hace Marx– de alguien que se puede situar fuera del marco social y ver, describir, analizar y prescribir cambios en el orden social. Su tono es reconocidamente el de la teoría sociológica, y su teoría no tiene implícito un propósito diferente en sus escritos; es su proyecto. En su marco, encontramos ideas que son indicadores de la teoría sociológica fundacional y clásica ahora familiares: la comparación con otras especies (Spencer, Mead, Park); la asunción de un desarrollo social humano (Spencer, Durkheim, Mead, Park); los hechos sociales condicionantes (Marx, Durkheim) y las interacciones (Simmel, Mead, Park); la centralidad de la vida económica (Marx, Weber); y el significado de las ideas colectivas (Durkheim, Weber, Mead).

Su presentación de estos argumentos es lo suficientemente familiar y lo suficientemente innovadora como para marcar el trabajo de Gilman como un cuerpo teórico distintivo. Aunque el vocabulario de la sociología evolutiva permea muchas de sus aportaciones, y estos referentes han perdido aceptación, los sociólogos contemporáneos pueden filtrar estos referentes, como han hecho para llegar a lo que se considera valioso en las teorías de Spencer, Marx, Durkheim, Mead y Park. A diferencia de los hombres, ella hace su teoría accesible a través de vívidas referencias a la vida cotidiana y a la cultura popular. También a diferencia de los hombres, no hace distinción entre las experiencias micro y las macro; su concepto de relación social se extiende por todas las formas de la vida humana, desde las interacciones tipificadas que usa para fundamentar su teoría hasta sus análisis transinstitucionales.

Puntos en común y diferencias: funcionalismo. En una primera lectura, el vocabulario y las interpretaciones de Gilman parecen ser funcionalistas, ya que hace uso de términos como «relaciones sociales orgánicas», «instituciones», «sistema social», «función», «interdependencia», «división del trabajo», «especialización creciente de tareas», «patología» y «evolución social». Cuando Gilman escribe sobre la sociedad, asume ciertas cualidades sistémicas: un orden institucional, entendido como las pautas de acción y comportamiento por las que los humanos cubren necesidades básicas colectivamente. Esas instituciones incluyen a la familia, la economía, la religión, la

educación, la legislación y el gobierno. Cada una desarrolla ciertas funciones particulares –la familia, el cuidado de los jóvenes; la economía, la producción de las necesidades materiales; la religión, la producción y promulgación de los códigos éticos; la legislación y el gobierno, la producción de acuerdos sobre el uso de los recursos sociales para resolver los problemas sociales–. El funcionalismo de Gilman es más como el de Spencer y el de Talcott Parsons que como el de Durkheim; se centra en las interdependencias en un sistema social más que en el mantenimiento del orden social a través de las representaciones colectivas. Gilman difiere de Spencer y Parsons en que presenta las instituciones no tanto como estructuras normativas macro, sino como pautas de interacción que mantienen las personas en enclaves vitales reales.

Pero sus diferencias con el funcionalismo tienen más peso que estos puntos en común. En su teoría, la sociabilidad humana, las relaciones sociales y la unión social son potencialidades de la especie humana; su problemática, por tanto, no es explicar cómo son la sociabilidad, las relaciones y las uniones, sino explicar cómo se corrompen. Su preocupación no es cómo producir el orden, sino cómo promover el progreso hacia la justicia. La justicia existe cuando todas las personas son capaces de participar plenamente en las interdependencias de la vida social –es decir, son capaces de trabajar y de realizar «un servicio mutuo»– en el sentido de que tanto el trabajo como el servicio agraden al individuo y promuevan el bien en la sociedad. La inclusión de Gilman en el canon aumenta la posibilidad de un *funcionalismo crítico* genuino. Su inclusión nos conduce a preguntarnos qué le ocurrió a esa posibilidad; esta pregunta nos devuelve al trabajo de la socióloga a la que más admiró, Lester Ward, que también fue eliminada del canon.

Puntos en común y diferencias: la sociología marxista del conflicto. A pesar del empleo de un vocabulario funcionalista, o que ahora se asocia con funcionalismo, los textos de Gilman tienen un tono más próximo al de la teoría marxista del conflicto. Ella está sumida en una argumentación, y el asunto en cuestión es la forma de organizar una sociedad justa. Gilman comparte las posiciones marxistas esenciales de que la cualidad existencial del ser humano es el trabajo, de que la sociedad contemporánea está pervertida porque distorsiona la naturaleza del trabajo humano, y de que las dos perversiones clave son la alienación del trabajo y la mala distribución de los bienes y servicios producidos socialmente. Está de acuerdo en que la causa de estas distorsiones

está en las prácticas de estratificación que no permiten a las personas participar igualmente en las funciones interdependientes de producción social.

Pero para Gilman la causa esencial de la desigualdad social no es la clase sino el género. Es el género lo que produce una división del trabajo distorsionada, así como los conceptos falsos sobre el trabajo. Gilman, como Marx, imagina un punto de partida mítico para la humanidad, un punto que él sitúa en el momento en que la gente empiece a controlar la producción de la vida material, y ella, a través de las lentes de género, sitúa en el momento en el que la especie empiece a controlar su provisión de alimentos. Ella enfatiza, de una forma que Marx no hace, el componente de género en su movimiento. Marx traza el movimiento del hombre desde ese primer momento hasta la creación de la familia y después hacia la construcción de la historia, una historia en la que la mujer no tiene su lugar. Gilman se centra en la esclavitud de las mujeres por los hombres; en la pérdida en las mujeres de la habilidad para participar en la organización social de la producción, excepto como esclavas; y en la perversión de la actitud humana hacia el trabajo por dicha esclavitud. Se llega a asociar el trabajo con las actividades de aquellos que están ocupados a la fuerza: las mujeres y los esclavos. La estratificación por clases surge de la estratificación por género. El hombre esclavizado mete a las mujeres en una clase diferente y al mismo tiempo empieza a ponerse en contra de sus compañeros al competir por los bienes sociales para proteger y alimentar a la mujer que ahora le pertenece.

Gilman considera que el deseo por la propiedad y la posesión son extensiones de las cualidades masculinas de deseo, combate e individualismo que determinan la organización de la vida social en torno a la lucha y a la dominación. Estas características masculinas en las distintas especies, que Gilman afirma que son fuentes de energía que tienen sentido en su contexto, se convierten en patológicas en la sociedad humana cuando el género interactúa con la conciencia y la gente transforma un hecho biológico en un sistema ideológico y estratificado.

Puntos en común y diferencias: la teoría interpretativa. Para Gilman, como para los teóricos interpretativos, la razón y el significado son las fuerzas principales e independientes en la sociedad. Se ajusta a la tradición interpretativa desarrollada por Max Weber, Alfred Schutz, y la escuela de la construcción social de Peter Berger y Thomas Luckmann, más que a la escuela interaccio-

nista de Simmel, Mead y Herbert Blumer. Su interés no es tanto cómo interactúa la gente a través de los símbolos, sino los conceptos, el bagaje común de conocimientos que la gente llega a adquirir sobre la realidad. A diferencia de los teóricos interpretativos, no cree que los significados compartidos necesariamente produzcan la felicidad humana. Se distingue de los teóricos interpretativos en que la mayor parte de su trabajo teórico consiste en explicar el origen de las tipificaciones erróneas o construcciones sociales de la realidad y sugerir las correctas. A pesar de estar de acuerdo en que la realidad de las personas se construye socialmente, enfatiza que dicha construcción ocurre y se basa en una configuración de la producción fundamentalmente desigual. La producción de conceptos, como todas las otras formas de construcción, se ha pervertido por el concepto falso fundamental de la excesiva distinción de sexo. Los conceptos falsos persisten porque la consistencia en los conceptos les proporciona a los seres humanos un flujo regular de energía, mientras que la inconsistencia produce un estado incómodo que se llamaría más tarde «disonancia cognitiva» (Festinger 1957).

Exclusión del canon. La exclusión de Gilman del canon debería ser una fuente principal de disonancia cognitiva para la profesión sociológica, especialmente considerando el renacimiento que ha disfrutado en la literatura y en los estudios sobre mujeres en los últimos diez años. Aunque hizo todo lo que se podría esperar de un teórico relevante de la sociología, y en un idioma, el inglés, que implica que siempre ha sido accesible para los sociólogos americanos, se la ha eliminado sistemáticamente de la construcción del propio pasado sociológico y teórico de la sociología americana. Sus seis libros sobre teoría sociológica desarrollan –en un estilo coherente, autoritario, sistemático y accesible, ya comentado– un análisis de la sociedad tan completo como cualquiera de los ofrecidos por sus contemporáneos masculinos. Sus textos aparecieron en la *American Journal of Sociology*, *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, y *Publications of the American Sociological Society*. Fue miembro de la *American Sociological Society* desde su fundación en 1895 hasta la muerte de Gilman en 1935 (Keith, 1991) y presentó en sus convenciones anuales de 1908 y 1909. En sus textos se reconoce largamente la conciencia sociológica que lleva a sus trabajos. Solo un complejo proceso de sesgo antimujer y antifeminismo explica su desaparición de los registros de la sociología y de la teoría sociológica. Como con las otras mujeres estudiadas en este texto, el género de

Gilman redujo su autoridad como representante de la sociología en una profesión cada vez más dominada por los hombres. Lo mismo ocurrió con su desarrollo de una teoría general a partir de las experiencias vitales de las mujeres en el hogar, con los hijos, en la sexualidad, en el trabajo doméstico, en la identidad de género, en la femineidad y en la masculinidad. Además, su posicionamiento activista y feminista hacia la reforma radical de las relaciones, tanto de género como de clase, hacia la reestructuración sistemática de la vida en el hogar, la educación, el trabajo, la cultura y la religión, originaría una apariencia demasiado política y valorativa para un terreno que se desplazaba rápidamente hacia una posición de neutralidad valorativa. La falta de una población amplia de mujeres en la profesión o de un movimiento feminista fuerte en la sociedad tras 1920, permitió que Gilman desapareciera. Solo ahora, con el giro de estas tendencias, se da una situación madura para su redescubrimiento en la sociología.

GILMAN Y LA TRADICIÓN DE LA SOCIOLOGÍA FEMINISTA

De todas las mujeres que designamos como fundadoras de la sociología feminista, es Gilman la que más sitúa al género en sí mismo en el centro de su análisis. La contribución de Gilman al paradigma feminista es la identificación de cuatro conceptos cruciales para el análisis feminista (aunque sus etiquetas varían ligeramente de las que usamos aquí): (1) género como construcción social y como estructura social, (2) heterosexualidad obligatoria, (3) patriarcado capitalista y (4) dominación como modo de relación. Como todas las teóricas feministas, no busca simplemente teorizar sobre el mundo, sino cambiarlo. Pero a diferencia de las demás mujeres tratadas en este texto, Gilman es insensible a la inquietud feminista sobre las diferencias entre las mujeres.

Género como estructura estratificada. Para Gilman, la humanidad participa en su propio desarrollo a través de la conciencia colectiva; una de las cosas que ha construido es el género, y el género se ha convertido en la estructura estratificada prevaleciente en la organización social. El género tiene «no solo un efecto inmediato sobre los individuos a través de la acción sexual, y sobre la sociedad a través de los individuos afectados sexualmente, sino también un efecto sobre la sociedad a través de la acción económica, y a través de la sociedad afectada económicamente sobre el individuo» (1898, p. 99). La estratificación de género explica el conflicto de clases y el económico, la mala

distribución de los bienes y de los servicios, la distorsión del trabajo humano, el énfasis exagerado en la sexualidad, la hipermasculinidad de los hombres, la capacidad de acción frustrada de las mujeres, la ineficacia política, la ineficiencia doméstica y la infelicidad, y las tensiones intergeneracionales o entre padres e hijos. Un análisis sociológico, para Gilman, siempre comienza con una investigación de los patrones de género que se dan en la situación investigada. No es hasta la década de 1970 que se vuelve a ser testigo en sociología de una teorización tan sistemática del significado de género.

Heterosexualidad obligada. Gilman sostiene que el modo de control en la relación sexo-económica tanto para hombres como para mujeres es la heterosexualidad obligada. La relación sexo-económica se basa en que cada mujer tiene que estar unida a un hombre para asegurar su provisión de alimentos, es decir, su sustento. Una mujer soltera sin un hombre no tiene cabida –«el menosprecio de los hombres y de la misma manera de las mujeres cae sobre este objeto asexuado: ella es un fracaso humano» (1898, p. 90)–. Incluso si se convierte en un «fracaso humano», en un patriarcado ideal la mujer depende todavía de su atadura a algún pariente hombre. La heterosexualidad obligada fuerza a la mujer a estar disponible para el hombre como una sirviente que da su cuerpo, una sierva, instrumento para el cumplimiento de su deseo sexual, llevando a los humanos a una obsesión sexual mórbida que excede con mucho las necesidades de la procreación, del amor y de la intimidad. Para los hombres, la heterosexualidad obligada se vuelve un entrenamiento para la dominación, a través de la experiencia de tener a su mujer y, por extensión, a su familia, como instrumentos para lograr su voluntad. Si es de la clase dirigente, esta experiencia además lo forma para dominar a sus trabajadores; si es de la clase trabajadora, le compensa la falta de dominio en otras áreas y asegura que seguirá siendo dócil para poder mantener su pequeño reino. En su último libro, *His Religion and Hers* (1923), Gilman encuentra en las teorías de Freud la prueba de la interconexión entre la cultura patriarcal, la sexualidad mórbida, y la dominación, parte de la respuesta negativa de los hombres ante los avances de las mujeres en la legislación y la independencia económica: «[L]a filosofía sexual pervertida de Freud... parece encarnar el último esfuerzo por parte de los hombres por mantener su abuso sobre las mujeres... Desde las religiones fálicas de la antigüedad no había aparecido tan fuertemente la veneración al sexo» (1923, pp. 165-166).

Patriarcado capitalista. Para Gilman, el patriarcado conduce al capitalismo. Los humanos no pueden formar conceptos ni pensamientos que no estén implicados en la cultura patriarcal. En la base de la economía moderna está la cultura androcéntrica, un sistema conceptual masculino, que toma las características masculinas –sobre todo el deseo y la agresividad– y las hace características de una naturaleza humana inmutable. El desarrollo de la compleja economía capitalista tiene sus raíces en un deseo insaciable, en una necesidad constante de expansión; en la explotación del otro, sea competidor o empleado; y en un sentido del derecho individual adquirido que afirma repetidamente, «Todo vale en el amor y en la guerra», y luego procede a definir todo como guerra. El sistema de género permite la invención de justificaciones culturales tales como la de «sustentar a la familia», que hacen que el egoísmo y la codicia sean buenos y aceptables.

Bajo el patriarcado, se excluye a la mujer de la participación en el mundo público y en la economía a gran escala. Su potencial para el servicio colectivo y la entrega se redirige desde el niño y la comunidad hacia el servicio corporal para el macho particular que es su proveedor de alimentos. Ella es tanto víctima como cómplice de las reglas del patriarcado capitalista, que crea una vasta mitología alrededor del hogar con el fin de idealizar el encarcelamiento allí de la mujer. Gilman dedica gran parte de su estudio *The Home* a la tarea de desbancar esta mitología. Por ejemplo, deconstruye el mito de la privacidad doméstica, mostrando las disputas y luchas de poder en el abigarrado grupo de miembros de la familia que viven juntos –el niño superprotegido, el padre que huye de la familia en el trabajo, la presencia invasiva de los criados domésticos, los comerciantes, los vendedores y las visitas–: «La madre –pobre alma invadida– no encuentra ni en la puerta del baño una barra sobre la que repiquetear sus pequeñas manos. Desde la entrada hasta la cocina, desde la bodega hasta la buhardilla, está a disposición de sus hijos, del servicio, de los comerciantes y de las visitas. Tan perseguida y pisoteada está que la simple idea de privacidad se ha ido de su mente; nunca la ha tenido, no sabe lo que es» (1903, p. 40).

Dominación. Gilman define la dominación como la situación en la que una persona está sujeta a la voluntad de otra, e identifica sus orígenes en dos fuerzas –la relación sexo-económica y la cultura patriarcal–. La relación sexo-económica sitúa al hombre en la posición de señor, a la mujer en la posición de subordinada. La cultura patriarcal legitima en la conciencia la

relación sexo-económica como una necesidad práctica, y reproduce la dominación a través del desarrollo de la personalidad individual del hombre como señor y de la mujer como subordinada. Cuando el hombre entra en el espacio público y se encuentra a otros como él, es arrastrado a un proceso interminable de conflicto y lucha sobre quién es el jefe y quién el siervo. Esta es la pauta de nuestra política y de nuestra economía.

Cambio. Para cambiar la sociedad vigente, dice Gilman, se debe eliminar la estratificación por sexo. El primer paso para lograrlo es la emancipación económica de la mujer, que debe adentrarse en la esfera pública para reclamar su estatus como un ser humano y no como un sexo. Este movimiento requiere cambios fundamentales en la socialización de género y en la educación; en el desarrollo físico de la mujer en toda su extensión y fuerza; requiere repensar y renegociar las expectativas personales, relacionales y sexuales de mujeres y hombres. Pero sobre todo requiere desarmar y reconstruir la institución del hogar, de forma que las mujeres puedan tener libertad para hacer el trabajo que elijan y la sociedad se pueda enriquecer con su labor. En esta última estrategia se sitúa el acercamiento más novedoso y problemático de Gilman a la revolución de las relaciones de género. Con un detalle extraordinario, plantea el proyecto de rediseñar el espacio doméstico y la actividad doméstica. En su mundo transformado del hogar, cada persona tiene una habitación para sí misma y un espacio para juntarse con la familia de su elección y creación. El cuidado de los niños, el servicio de comidas, la lavandería, y la limpieza del hogar se realizarán profesionalmente, en espacios de trabajo humanos, por trabajadores bien pagados y formados, que encuentren su llamada y su realización en dicho trabajo. En torno a todos ellos –aquellos que trabajan en los nuevos espacios domésticos que se han diseñado, aquellos que se han criado allí, y aquellos que acuden a la casa desde cualquier otro sitio para trabajar– habrá servicios culturales, intelectuales, recreativos, y de salud, para el nuevo estilo de vida comunal, pagados por el ahorro derivado de la eliminación del ineficiente y pesado trabajo doméstico anterior y el ineficiente y pesado trabajo en el mercado laboral anterior. Es la utopía de Gilman, como el comunismo fue la utopía de Marx. El reconocimiento de las mujeres como personas y no como hembras conducirá a una reorientación en general de la sociedad hacia el individuo: «Lo que la raza humana requiere es la provisión permanente de las necesidades de los individuos, independientemente de la relación sexual...

Cada ser humano necesita un hogar –soltero, marido, o viudo, niña, esposa o viuda, joven o mayor–. Lo necesitan desde la cuna hasta la tumba y con independencia de las relaciones-sexuales» (1898, p. 298).

Indiferencia a la diferencia. La teoría de Gilman no explora la cuestión de las diferencias entre las mujeres. Esta negligencia se debe probablemente a la ausencia de una inquietud sobre los diferentes puntos de vista en su sociología. A diferencia de la mayoría de mujeres en este volumen, la teoría de Gilman se formula menos en primera persona «Yo, una mujer» y más en la primera persona editorial –o de los grandes teóricos–, «nosotros». Como ella no se sitúa a sí misma, de forma continuada, como mujer en el mundo que describe teóricamente, a ella no le guía la comprensión de que otras mujeres en ese mundo también hablan desde sus propias posiciones específicas. Su foco de atención es en las mujeres como clase y asume que esa clase está formada por mujeres como ella. Lane apunta que Gilman, cerca del final de su vida, en su resumen de 1932, «se dio a sí misma el máximo consuelo... de una vida bien vivida. Escribió: "Una niña. / ¡Una niña lee esto y se ilumina! / Su vida ha cambiado. / Se vuelve poderosa –para mover a otras– / Yo escribo para ella"» (Lane, 1990, p. 346). Gilman se habría merecido más ese consuelo si hubiese sido capaz de ver realmente en «una niña» a *cualquier* niña. A veces fue poco respetuosa con las mujeres de clase trabajadora, y cayó en estereotipos racistas. Estos prejuicios son más visibles en sus escritos personales que en su trabajo teórico. Mientras sus textos teóricos se deprecian ocasionalmente por algún ejemplo redactado de forma racista o con un lenguaje clasista, es importante reconocer que su teoría en sí misma no tiene el racismo o el clasismo como elemento fundacional. La cuestión ante cualquier feminista que intente usar su teoría, brillante por lo demás, es cómo dibujar un círculo en el que hacerla entrar.

LECTURA 4-1

EXTRACTOS DE *WOMEN AND ECONOMICS* [MUJERES Y ECONOMÍA]

EXTRACTO DEL CAPÍTULO I

Esta selección se ha extraído de las páginas 1-22. Da una explicación de la relación sexo-económica en la sociedad humana; es decir, de la estratificación por género con las mujeres como clase subordinada y dependiente. El lector debe recordar que, cuando Gilman usa «raza» o «racial», se refiere a la raza humana y usa «raza» como sinónimo de «especie».

A pesar del poder de la voluntad individual para luchar contra las condiciones que se le imponen, para resistirse a ellas durante un tiempo y, en ocasiones, para sobreponerse a las mismas, sigue siendo verdad que las criaturas humanas estamos condicionadas por nuestro entorno, como le ocurre a cualquier otro ser vivo. El poder de la voluntad individual para resistirse a las leyes naturales queda bien demostrado por el ejemplo de la vida y la muerte de los ascetas. Cada uno de estos mártires suicidas es un ejemplo de voluntad, eso sí, dirigida erróneamente por una inteligencia desencaminada que obliga al cuerpo a desafiar cualquier impulso natural –incluso hasta llegar al umbral de la muerte y traspasarlo–.

Pero, aunque estas excepciones muestran hasta dónde puede llegar la voluntad del hombre, el curso de la vida en general muestra el efecto inexorable de las condiciones del entorno sobre la humanidad. Compartimos con el resto de seres vivos las condiciones que establece el universo material. Nos afecta el clima, la geografía y las fuerzas físicas, químicas y eléctricas, como al resto de animales y plantas. Con los animales, además, compartimos el efecto de nuestra propia actividad, la fuerza reactiva de nuestras acciones. Lo que hacemos, así como lo que nos hacen, nos convierte en lo que somos. Pero, más allá de estas fuerzas, estamos bajo los efectos de un tercer grupo de condiciones que son propias del ser humano; a saber, las condiciones sociales. En los intercambios humanos que constituyen la vida social, nos vemos afectados unos y otros hasta un punto que va más allá de lo que po-

---

Fuente: Charlotte Perkins Gilman, *Women and Economics* (New York: Small and Maynard, 1898); [ed. cast.: *Mujeres y economía: un estudio sobre la relación económica entre hombres y mujeres como factor de la evolución social*. Valencia: Universitat de Valéncia, 2008].

demos observar incluso entre los más gregarios de los animales. El tercer factor, el entorno social, es una enorme fuerza modificadora de la vida humana. De entre todas estas condiciones del entorno, las relacionadas con las necesidades económicas son las que tienen una influencia más marcada.

Si dejamos a un lado, de momento, los factores sociales y tratamos a los seres humanos como meros animales, observamos que las condiciones económicas son las que más influyen sobre su existencia, al igual que ocurre con el resto de animales. Si bien existen diferencias en cuanto a color y a tamaño, fuerza y velocidad, en cuanto a adaptaciones menores a condiciones menores, todos los animales herbívoros comparten una serie de rasgos distintivos, y todos los animales carnívoros también comparten una serie de rasgos distintivos. Tal es el grado de definición, que para clasificar las especies se tiene en cuenta su dentadura y su aparato digestivo y no los medios de defensa o locomoción. Los alimentos constituyen el factor pasivo más determinante en su desarrollo; los procesos por los que obtienen estos alimentos constituyen el factor activo más determinante en su desarrollo. Estas actividades, ejercicios repetidos persistentemente para alimentarse, son las que más modifican su estructura y más desarrollan sus funciones...

El animal humano no es la excepción a esta regla. El clima le afecta, el tiempo atmosférico le afecta, los enemigos le afectan; pero, sobre todo, y como a cualquier otra criatura, le afecta lo que hace para alimentarse. A pesar del dilatado progreso de la vida humana, a pesar de todo el efecto reactivo de las instituciones sociales, la forma en la que se gana la vida sigue todavía afectando al individuo: «el que con tintes trabaja, las manos se mancha»...

... Nuestra línea argumental es clara y nos lleva a afirmar que los órganos y sus funciones se desarrollan según el uso que se hace de ellos, que aquello que más ejercitamos se desarrolla en mayor grado y que los procesos diarios de abastecimiento de las necesidades económicas son los procesos que más se utilizan; de esto podemos deducir que, cuando observamos una serie de condiciones especiales que afectan a un grupo específico de personas, deberemos esperar que se produzcan resultados especiales.

Teniendo estos hechos en cuenta, debemos prestar atención ahora a una condición económica característica y peculiar de la raza humana que no encuentra paralelo en el mundo orgánico. Somos la única especie animal en la que la hembra depende del macho para obtener alimentos, la única

especie animal en la que la relación sexual es también una relación económica. Entre nosotros, todo un sexo vive dependiendo del otro, y la relación económica se combina con la relación sexual. El estatus económico de la hembra humana está subordinado a su relación sexual.

Aunque se asume comúnmente que esta condición también se da entre otros animales, lo cierto es que no es así. Existen muchos pájaros entre los cuales, durante la temporada de cría, el macho ayuda a la hembra a alimentar a los polluelos y, en parte, a ella misma; entre ciertos carnívoros de orden superior, el macho ayuda a la hembra a alimentar a las crías y, en parte, a ella misma. En ningún caso depende totalmente de él, ni siquiera durante esta temporada. ... En ningún caso depende la hembra del macho durante toda su vida.

Para la especie humana esta condición es permanente y general, aunque existan excepciones...

Es posible que, al principio, muchos no distingan claramente la veracidad de esta afirmación, y pongan como ejemplos en su contra los casos del trabajo de la mujer campesina o de las mujeres en las tribus salvajes o la labor diligente de las mujeres en el hogar. Debemos pues, realizar un análisis honesto y cuidadoso para discernir los elementos esenciales de esta relación, incluso en estos casos. El caballo, en su estado natural salvaje, es económicamente independiente. Consigue alimentos por sí mismo a través de su actividad, sin tener en cuenta a ninguna otra criatura. Pero, en su actual condición de esclavitud, es económicamente dependiente. Obtiene sus alimentos de manos de su amo y su actividad, aunque agotadora, no guarda relación alguna con su alimentación. De hecho, los caballos mejor alimentados y mejor cuidados no son en absoluto los que más trabajan. Es cierto que el caballo trabaja, pero lo que obtiene a cambio está sujeto al poder y a la voluntad de su amo. Obtiene sus alimentos a través de otro. Es dependiente económicamente. Lo mismo ocurre con las agotadas campesinas o mujeres salvajes. Su labor es propiedad de otro: trabajan sujetas a la voluntad de otro; y lo que reciben a cambio depende, no de su diligencia, sino del poder y la voluntad de aquel. Ellas son económicamente dependientes. Esto es verdad para la hembra humana, tanto individual como colectivamente.

Al estudiar la posición económica de los sexos como colectivos, la diferencia es más significativa. Como animal social, el estatus económico del hombre reside en el conjunto de los servicios de intercambio de un vasto nú-

mero de individuos que progresivamente se han especializado. El desarrollo económico de la raza humana, su supervivencia en cualquier periodo y su avance continuo son deudores de las actividades colectivas de todos los comercios, oficios, artes, industrias, invenciones, descubrimientos y de todas las instituciones civiles y militares que los sustentan... Sin embargo, el progreso económico es, casi exclusivamente, masculino. A las mujeres se les ha permitido participar solo en los procesos económicos de carácter más antiguo y primitivo. Si los hombres se vieran reducidos a realizar únicamente las tareas que ahora realizan las mujeres, nuestro estatus en cuanto a la economía se refiere, se vería lamentablemente limitado...

Las causas no se deben buscar en la carencia de las facultades esenciales para conseguir estos logros, ni en una incapacidad inherente al sexo, sino en la condición actual de la mujer, que tiene prohibido el desarrollo de este grado de capacidad económica... Desde un punto de vista colectivo, los hombres producen y distribuyen la riqueza; las mujeres la reciben de sus manos...

Si consideramos el tema desde un punto de vista individual, los hechos descritos todavía se hacen más patentes, visibles y familiares. Desde la obrera hasta la millonaria, el vestido raído o las joyas brillantes, el techo bajo o el señorial, los pies cansados o el rico carruaje: todo esto nos habla de la capacidad económica de los maridos. La comodidad, el lujo, todo lo que se necesita para vivir, lo obtiene la mujer del marido; él se lo ofrece a ella. Cuando la mujer sola, sin un hombre a su lado que la «mantenga», intenta buscar su propio medio de vida, los problemas y dificultades que debe afrontar muestran sin ninguna duda cuál es su estatus económico... Una vez hemos llegado a esta conclusión, en seguida nos vemos enfrentados a la opinión generalizada de que, aunque admitamos que son los hombres los que crean y distribuyen la riqueza en el mundo, las mujeres se ganan su parte de la misma cumpliendo sus funciones como esposas. Esta afirmación supone que o bien el marido asume el papel de patrón y la mujer el de empleada, o bien que el matrimonio es una «sociedad» y la esposa se encuentra en una relación de equidad con su marido en cuanto a la producción de riqueza.

La independencia económica es una condición relativa en el mejor de los casos. Desde una perspectiva muy amplia, todas las criaturas vivas dependen económicamente unas de otras: los animales de los vegetales, y el hombre de ambos. En un sentido más restrictivo, toda la vida social es económica-

mente interdependiente. Los hombres, de forma colectiva, producen lo que cada uno, por separado, no podría producir. Pero, en el sentido más estricto, la independencia económica individual supone que uno paga por lo que obtiene, trabaja por lo que obtiene, entrega a otro el equivalente de lo que este le proporciona. Yo dependo del zapatero para tener zapatos, del sastre para mis abrigos; pero si yo les doy al zapatero y al sastre una parte suficiente de mi propio trabajo como constructor para pagar lo que me han proporcionado, conservo mi independencia personal. No me he quedado con sus productos sin dar nada a cambio. Siempre que pueda obtener lo que necesite con el fruto de mi trabajo, seré independiente económicamente.

Las mujeres consumen bienes económicos. ¿Qué productos ofrecen ellas a cambio? La alegación de que el matrimonio es una sociedad en la que dos personas producen una riqueza que no podrían producir por separado no se sostiene...

... La única sociedad que realmente comparten los esposos es la que conlleva el cuidado de sus hijos: el amor y el servicio que les deben. Pero cuando un fabricante, un doctor o un abogado contraen matrimonio, aunque estén formando una sociedad para la paternidad, no están aceptando socios en sus negocios, a no ser que su esposa sea fabricante, doctora o abogada... Ella no es una socia de sus negocios en ningún sentido, a no ser que contribuya con capital, con experiencia o con trabajo de la misma forma que lo haría otro hombre. La mayoría de los hombres se lo pensarían mucho antes de entrar en una sociedad con una mujer, sea esposa o no.

Si la esposa no es, en sentido estricto, la socia del marido, ¿cómo se gana la comida, la ropa y el techo que recibe de sus manos? Con el trabajo doméstico, contestaremos rápidamente...

No debemos pasar por alto la contribución de ciertas personas que trabajan sirviendo a otras para que estas puedan producir más. Es verdad que el trabajo doméstico de las mujeres hace posible que los hombres produzcan más riqueza de la que producirían si estas no lo realizaran; y, en este sentido, las mujeres son factores económicos en nuestra sociedad. Pero su función es similar a la de los caballos. El trabajo de los caballos hace que los hombres produzcan más riqueza de la que producirían sin ellos. El caballo es un factor económico en nuestra sociedad. Pero el caballo no es independiente económicamente, como tampoco lo es la mujer.

El trabajo que la mujer realiza dentro del hogar se entiende como un deber, no como un empleo...

En cualquier caso, lo relevante de este argumento es que sea cual sea el valor económico del servicio de las mujeres dentro del hogar, estas no reciben ningún sueldo. Las mujeres que trabajan más son las que menos dinero tienen y aquellas que nadan en la abundancia son las que menos trabajan. Su trabajo no recibe la consideración de factor o valor económico para el intercambio. Se considera que están realizando su deber como mujeres; y su estatus económico no guarda ninguna relación con el trabajo que realizan, a no ser que sea una relación inversa. Lo que es más, si recibieran una paga justa por su trabajo y nada más, el estatus económico de todas las mujeres quedaría reducido al del servicio doméstico, criadas. Pocas mujeres y hombres aceptarían esta condición. Una vez desechada la afirmación de que las mujeres se ganan la vida con su trabajo en el hogar, se recurre al argumento de que las mujeres obtienen el sustento a través de la maternidad...

Si esto es así, si la maternidad es un valor de cambio que las mujeres utilizan en pago por sus ropas y por la comida, deberemos encontrar entonces una relación de cantidad y calidad entre esa maternidad y lo que reciben por ella. Si esto es verdad, las mujeres que no son madres no tienen derecho a ningún estatus económico; y el estatus económico de las que sí lo son debe ser relativo a su maternidad. Obviamente, esto es absurdo... Es evidente, pues, que la prosperidad material de las mujeres no depende de su maternidad... La afirmación de que la maternidad es un factor económico de intercambio es falsa en la actualidad. Pero, supongamos que fuera verdad. ¿Estamos dispuestos a llevarla hasta las últimas consecuencias, incluso en teoría? ¿Estamos dispuestos a considerar la maternidad como un negocio, una forma de intercambio comercial? ¿Consideraremos que el cuidado y los deberes de las madres, sus esfuerzos y su amor, son mercancías para negociar a cambio de alimentos?

Esta idea nos resulta repulsiva...

[¿]Qué les queda a aquellos que negaban la dependencia económica de las mujeres? Aún les queda otro argumento (el más hilarante de todos): la función reproductora de las mujeres las inhabilita para cualquier otra actividad económica, así que es justo que sean mantenidas por sus maridos...

Se supone que la mujer no puede mantenerse a sí misma a causa de sus funciones como madre...

¿Es esta la verdadera condición de la maternidad humana? ¿Es una consecuencia de la maternidad en la hembra humana la pérdida de control de las funciones del cerebro y del cuerpo, la pérdida del poder, de la capacidad y del interés por cualquier otra actividad? ¿Es una realidad que todas las hembras de la raza humana estén consagradas exclusivamente a los deberes de la maternidad, aisladas, modificadas y especializadas para dedicar por completo todas las fuerzas y energías de su naturaleza al servicio de sus hijos?

No. Lo que observamos es a la madre humana extenuada hasta extremos indecibles, más incluso que las yeguas, trabajando durante toda su vida no solo al servicio de sus hijos, sino de los hombres (maridos, hermanos, padres o cualquier pariente masculino); trabajando para la madre y la hermana también: para la iglesia un poco, si se lo permiten.

No es la maternidad lo que mantiene a las amas de casa en pie desde que amanece hasta que se pone el sol; son las labores del hogar, no el cuidado de los niños. Las mujeres trabajan más duramente y durante más horas que muchos hombres y no solo en sus funciones como madres...

A pesar de la supuesta exclusividad de las funciones maternales, las hembras humanas, en todo el mundo, trabajan en deberes extramaternales durante suficientes horas como para poder ganarse la vida de forma independiente y se les niega esa independencia, ¡alegando, además, que la maternidad les impide trabajar!

Si este argumento pudiera sostenerse, encontraríamos un mundo lleno de mujeres que nunca han levantado un dedo excepto en el servicio a sus hijos y de hombres que realizan todo el trabajo restante, y sirven a las mujeres cuya maternidad les impide servirse a sí mismas. Este argumento hace aguas por todas partes. Una hembra humana sana y saludable vive unos veinticinco años antes de ser madre y debería vivir otros veinticinco años después de cumplir el servicio maternal que se requiere de ella. Nunca se han alegado los deberes como abuela para negar la independencia económica.

La fuerza de trabajo de las madres siempre ha sido un factor prominente de la vida humana. Ella es la trabajadora *par excellence*, pero su trabajo no se considera como tal y, por tanto, no afecta su estatus económico. Todo lo que obtiene para vivir, comida, ropa, adornos, diversión, lujos..., no tiene relación con su capacidad de producir riqueza, con su trabajo en el hogar o con la maternidad. Todas estas cosas están relacionadas exclusiva-

mente con el hombre al que se une en matrimonio, el hombre del que depende, es decir, con lo que este hombre tiene y con lo que él desee darle. Las mujeres que asombran al mundo con magníficas extravagancias, que poseen las más espléndidas riquezas, no son, generalmente, ni amas de casa ni madres, sino simplemente las mujeres que ejercen mayor poder sobre los hombres que tienen más dinero. La hembra de la raza humana depende económicamente del macho. Él es su fuente de sustento.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO II

Esta selección se ha extraído de las páginas 23-38. Presenta el tema del género, o excesiva distinción sexual, como una consecuencia patológica de la relación sexo-económica.

Conocida la importancia que tiene la relación económica en la evolución de las especies y una vez aceptada su particularidad entre los humanos, deberíamos buscar los efectos concretos de esta peculiaridad. Sería lógico esperar fenómenos de carácter único en las relaciones entre sexos y en las relaciones económicas de nuestra especie: fenómenos que muy lejos de definir su superioridad, la niegan regularmente; fenómenos tan mórbidos y marcados que promueven una gran especulación sobre su origen. ¿Son ciertas estas deducciones lógicas? ¿Se hacen patentes en la vida humana estas peculiaridades de la relación entre sexos y de la relación económica? Por supuesto que sí...

Ya que esta distinción tiene lugar en el ámbito de las relaciones sociales, será ahí donde encontraremos los beneficios o los perjuicios que reporte al ser humano. En nuestra especie, las relaciones entre los individuos son más relevantes que el entorno físico...

Una clasificación aproximada de las esferas de la actividad humana en las que se originan mayor número de problemas nos descubrirá que una gran parte de ellos surge de las relaciones entre sexos y otra gran parte de las relaciones económicas que se dan entre los individuos que constituyen la sociedad. En general, podemos decir que las dificultades que encontramos en la vida tienen su origen en el corazón o en la cartera...

El resto de animales se las ingenia para mantener el tipo de unión sexual que mejor garantiza la reproducción de la especie, y la ejercita con total

tranquilidad. Nosotros hemos encontrado la que más nos conviene: la mejor para los individuos que la practican, para las crías resultantes y para la sociedad en general; pero no la practicamos con tranquilidad. Tan palpable es este hecho que lo hemos aceptado como algo natural, y se ha asumido como inevitable que este tipo de relaciones es una fuente continua de problemas para la humanidad. «El matrimonio es una lotería» es un dicho popular. «El camino del amor verdadero está plagado de obstáculos». Y, haciendo gala del ingenio típico de la revista *Punch's* solemos aconsejar a los que van a contraer matrimonio con un «¡No!». También hemos aceptado con toda naturalidad la prostitución, esa peculiar forma inferior de relación que ha ido de la mano del matrimonio monógamo, y hemos llegado a calificarla de «necesidad social». Aunque también se califica de «perversión social». Tácitamente hemos admitido que la relación sexual entre los seres humanos ha de ser más o menos incómoda e incorrecta, que es parte de nuestra naturaleza que así sea.

Examinemos ahora el caso con calma y objetividad y veamos si esta situación es tan inescrutable e inmutable como hasta el momento se ha creído. ¿Cuáles son las condiciones que se plantean? ¿Qué aspectos le son naturales y cuáles artificiales? Para establecer esta distinción, será necesario realizar un pequeño estudio de la evolución de los procesos de reproducción.

La evolución de las especies probó muy pronto, mediante experimentos de la naturaleza, lentos pero seguros, que lo más beneficioso era distinguir a los dos sexos en organismos diferentes. Así pues, la simple masa del protoplasma, las células flotantes, las formas de vida que eran primitivas y amorfas dieron lugar a la diferenciación entre sexos: el desarrollo gradual de órganos masculinos y femeninos en organismos distintos... Al mismo tiempo que aumentaban los elementos diferenciadores, aumentaba también la atracción, hasta el punto en que en todas las especies superiores se establecieron dos sexos marcadamente distintos, entre los se daba una fuerte atracción sexual, cada uno de los cuales cumplía un papel fundamental en la reproducción de la especie. Estas son las características naturales de la distinción sexual y de la unión sexual y se observan tanto entre los humanos como en otras especies. Otra es la característica artificial y poco envidiable que distingue básicamente a nuestra especie del resto: el exceso enfermizo en la práctica de esta función...

... En cualquier caso, esto es del todo inevitable dada la relación sexo-económica que mantenemos en la actualidad. El equilibrio de fuerzas se rompe desde el momento en el que la hembra depende económicamente del macho. La selección natural deja de controlar la selección sexual y, además, trabaja en su misma dirección. Cuando ambos sexos obtienen los alimentos a través de la misma actividad, de la misma fuente, en las mismas condiciones, ambos sexos están siendo determinados por el entorno de la misma forma y se desarrollarán en el mismo sentido. Cuando cada uno de los sexos obtiene los alimentos en condiciones desiguales y cuando esa desigualdad implica que uno de ellos debe alimentar al otro, entonces el sexo que suministra los alimentos se convierte en el entorno del alimentado. Según la selección natural, todas las criaturas se ven determinadas por el entorno que les es propio y desarrollan obligatoriamente aquellas cualidades que les son necesarias para mantenerse con vida en ese mismo entorno. El hombre es el que mantiene a la mujer, por lo tanto, él es la principal fuerza determinante de su condición económica. Según la selección sexual, los humanos están determinados por su pareja, como ocurre con el resto de criaturas. Cuando la pareja se convierte también en el amo y señor, cuando a la necesidad económica se le añade la atracción sexual, el resultado son dos grandes fuerzas evolutivas que actúan conjuntamente con un mismo fin, a saber, el incremento de la distinción sexual en la hembra humana. Dado que, de los dos sexos, es la hembra la que depende económicamente del macho, la distinción sexual no solo sirve para atraer al macho como ocurre con el resto de criaturas, sino que también es el medio por el que se procura los alimentos y se gana la vida, algo que no le ocurre a ninguna otra criatura. A causa de la dependencia económica que la hembra humana tiene del macho, esta queda determinada por el sexo en un grado excesivo.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO III

Esta selección se ha extraído de las páginas 40-49. Proporciona un mayor detalle sobre el significado de la «excesiva distinción sexual» y una explicación de por qué tiene un impacto negativo mucho mayor en las mujeres que en los hombres.

Hemos afirmado que existe una «excesiva distinción sexual» en la raza humana, será necesario ahora aclarar el significado de esta expresión para que

el lector entienda sus implicaciones. El pensamiento popular, tanto el más tosco y familiar como el refinado y sutil, identifica «sexual» con «sensual»; y cree ver un reproche en la alegación de que existe un exceso de distinción sexual. Desechemos inmediatamente esta idea, ya que es solo una muestra de ignorancia en cuanto a los términos que aquí se utilizan. Un hombre no pone ninguna objeción al calificativo de «masculino», ni una mujer al de «femenina». Sin embargo, todo lo que es masculino o femenino es sexual. Si alguien destaca por su femineidad, está destacando por su sexo. Ser demasiado femenina es estar demasiado sexuada. Manifestar cualquier distinción sexual, primaria o secundaria, en exceso es estar demasiado sexuado...

Las distinciones sexuales primarias en nuestra raza, como en otras, son meramente los órganos y las funciones esenciales para la reproducción. Las distinciones secundarias (donde encontramos los mayores excesos) son todas las diferencias de órganos y funciones, de apariencia y de acción, de hábitos, costumbres, método, ocupación y comportamiento qu diferencian al hombre de la mujer... Cada sexo manifiesta unos atributos psíquicos determinados... La tendencia a pelear es un rasgo sexual de los machos en general; la tendencia a proteger y proveer es un rasgo sexual de las hembras en general.

En la raza humana, cuyas actividades son principalmente sociales, la tendencia inicial a la distinción sexual se lleva a cabo a través de funciones muy diversas. Hemos separado nuestros oficios, nuestras responsabilidades y hasta nuestras virtudes según los géneros sexuales. Así pues, deberá quedar claro que la alegación de excesiva distinción sexual en los humanos, y especialmente en las mujeres, no supone ningún reproche «moral» en particular, aunque, en un sentido más amplio, su efecto sobre el progreso sí que suponga un gran perjuicio.

El exceso que encontramos en las distinciones primarias no es tan marcado como el que observamos en el desarrollo más profundo y sutil de las secundarias, pero incluso aquí hay pruebas evidentes del mismo. La energía sexual de los machos de la especie humana se manifiesta originariamente en un grado mucho mayor del necesario para los procesos de reproducción –suficiente, incluso, para subvertir y dañar esos procesos–... Esta inmoderada demanda sexual de los machos humanos supone una distinción sexual excesiva. Es en este punto (además de otros rasgos como una tosquedad y dureza exagerada, una beligerancia y orgullo desproporcionados o una desme-

dida subordinación al poder de la atracción sexual) donde encontramos las marcas de la excesiva distinción sexual en los hombres. Las actividades sanas propias del ser humano siempre han refrenado y equilibrado este exceso. El progreso humano, en sus diferentes vertientes, ha exigido de los hombres que emplearan sus energías y desarrollaran sus capacidades en otros menesteres. El crecimiento de la industria, el comercio, la ciencia, la industria, el gobierno, el arte y la religión han hecho que los rasgos humanos del macho de nuestra especie sean más relevantes que sus rasgos masculinos. Sin embargo, a pesar de lo desaforado de su pasión sexual, a pesar de lo inordinado de su desenfreno, es un animal mucho más normal que la hembra de su especie –mucho menos sexuado en exceso–. Para él, este aspecto de la actividad humana es solo una parte de la vida, un incidente. Más allá, él tiene todo un mundo de posibilidades. Para ella, es todo su mundo. Madame de Staël lo explicó claramente en su conocido epigrama: «El amor para el hombre es un episodio, para la mujer, su historia». Es en la mujer donde encontramos expresada con mayor profundidad la excesiva distinción sexual de la especie humana: psíquica, física y socialmente...

La femineidad de la mujer –«el eterno femenino» significa simplemente el eterno sexual– es más aparente en proporción a su humanidad que la femineidad de otros animales en proporción a lo que les define como caninos, felinos o equinos. Todos sabemos a qué nos referimos al decir «una mano femenina» o «un pie femenino». Pero nunca hemos oído hablar de «una pata femenina» o de «una pezuña femenina». La mano es un órgano de prensión, el pie, un órgano de locomoción: no son características sexuales secundarias. La relativa pequeñez y debilidad de la mujer es una distinción sexual. Hemos llegado al extremo de definir a la mujer como «el sexo débil». No existe ninguna diferencia tan conspicua entre los machos y las hembras de otras especies avanzadas...

En sus manifestaciones psíquicas, la intensidad de la distinción sexual se hace igualmente patente. El instinto primitivo de la atracción sexual ha evolucionado bajo la presión de las fuerzas sociales para convertirse en una pasión consciente de enorme poder, una devoción profunda y duradera, sobrecogedora por su fuerza. Esto se da de forma exagerada en ambos sexos, pero mucho más en las mujeres que en los hombres. No estamos hablando de la simple expresión física de esta pasión, sino de esa emoción irracional

tan intensa que rechaza cualquier consejo y conduce a aquellos poseídos por ella a arriesgar cualquier otro bien con el fin de conseguir su objetivo...

Es bueno, para el individuo de la especie, el desarrollo del amor apasionado y duradero hasta unos niveles que proporcionen la felicidad individual y aseguren la reproducción. No es bueno, ni para la especie ni para los individuos, que este sentimiento haya llegado a ser tan intenso que anule cualquier otra capacidad humana, que se mofe de la sabiduría acumulada durante siglos...

...Y, mientras que la fuerza de esta pasión imperiosa es más inmediata y conspicua en los hombres, ejerce un dominio más universal sobre las mujeres. Los hombres poseen otros poderes y facultades a través de los cuales pueden liberarse de las cadenas de la pasión, pero las mujeres, determinadas especialmente por su sexo y obligadas a mantenerse al margen de cualquier otra actividad propia de la especie, invierten toda su vida en el amor; si falla este aspecto, el daño que se produce es irreparable... Son capaces de aferrarse a ella a pesar de padecer rechazo y abusos. Así lo demuestran los repetidos casos de mujeres maltratadas cruelmente que se niegan a testificar contra sus maridos en los juicios...

Pero es en las relaciones sociales más comunes donde el predominio de la distinción sexual en la mujer se hace más evidente... El estatus de la mujer se ha identificado de tal forma con su sexo, que una de las tareas más arduas de los movimientos feministas del siglo XIX ha sido reclamar la cualidad de persona para la mujer. Las mujeres son personas además de hembras, ¡una propuesta inaudita!

EXTRACTO DEL CAPÍTULO V

Esta selección se ha extraído de las páginas 76-90. Explica cómo la relación sexo-económica, manifestada como una excesiva distinción sexual, no solo daña el desarrollo individual, sino que configura y distorsiona todas las relaciones humanas, la sociedad humana y la experiencia humana del trabajo.

Las relaciones y funciones que se establecen a través del sexo son intensamente personales. El espíritu de «mi familia y yo, y nadie más» es el espíritu natural de este aspecto de nuestra vida. Hemos obligado a la mitad de la población a desarrollarse únicamente a través de este tipo de funciones y

así, la hemos confinado al ámbito exclusivo de lo personal. Lo que es más, un hombre nacido de mujer es criado por ella dentro de esta atmósfera de concentrado personalismo en el que pasará más tarde gran parte de su vida. Esta condición hace que magnifiquemos lo particular y minimicemos lo general, con los resultados que ya conocemos. Hemos convertido en axiomas hechos tales como la dificultad de reforzar leyes sanitarias que sacrifican los beneficios personales a la seguridad general, el clamor de las quejas particulares frente a las generales o a la necesidad de que «nos lo expliquen todo con pelos y señales» y la ansiedad con que respondemos a estas explicaciones que entorpecen cualquier avance público... Esto es natural e inevitable y únicamente lo mencionamos aquí porque explica parcialmente el hecho de que las personas no vean los aspectos generales derivados de nuestra condición sexuada en exceso. Sin embargo, estos aspectos son patentes en todas partes; no solo patentes, sino también dolorosos. Como estamos acostumbrados a ellos no nos damos cuenta de su existencia; y, obligados a percibirlos, atribuimos el dolor que nos causan tales vilezas a la maldad de algún individuo, pero nunca consideramos que se trata del resultado de una condición común a todos... A pesar de estos obstáculos, veamos si los efectos detectables entre nosotros son cotidianos tal como los conocemos, sin profundizar, de momento, en aspectos sexuales y sociales más complejos...

[O]tro ejemplo del perjuicio que está condición ocasiona (tan tremendamente injusto, tan palpable, tan evidente que en ocasiones ha despertado la protesta en nuestras dormidas conciencias) es el hecho de que la mujer se vea abocada forzosamente al matrimonio. Para cualquier joven, como ya se ha dicho, el matrimonio es el único camino abierto en la vida hacia la fortuna. Desde su nacimiento, está altamente especializada como mujer: se la educa y prepara con mucho cuidado para que sea consciente de las limitaciones y de las ventajas de su sexo. Todo lo que puede obtener, incluso en la infancia, se consigue mayoritariamente a través de los trucos y encantos femeninos. Sus lecturas, ya sean novelescas o históricas, fijan esta única posición para las mujeres. La novela romántica y la poesía le dan una predominancia absoluta. El arte pictórico, la música, el drama, la sociedad, todo le dice que ella es *ella*, y que todo depende de con quién se case. Mientras que los chicos hacen planes sobre lo que quieren conseguir en la vida, ellas planean a quién quieren conseguir... «él» es su porvenir.

Estas son las perspectivas que aguardan a las mujeres. Rodeadas de una organización dispuesta especialmente para este fin, reciben una educación que intensifica el instinto natural utilizando todo el peso de los preceptos y de los ejemplos, de la sabiduría y de las virtudes. El funcionamiento de su entorno social está planeado para que ellas vean y se dejen ver, para ofrecerles «oportunidades»; y sufren la presión del beneficio personal y del interés propio unidos al instinto sexual. Si tenemos todo esto en cuenta, sería lógico esperar una sociedad llena de desesperadas y ansiosas caza-maridos, que además contarían con el beneplácito popular.

¡Nada más lejos! El matrimonio es la esfera propia de la mujer, el lugar que la divinidad le ha asignado, su fin natural. Es para lo que ha nacido, para lo que se la educa, para lo que se la exhibe. Es, además, su único honorable de vida y de mejora social. Pero, ¡ni siquiera debe parecer que lo desea! No debe hacer ni un pequeño movimiento de mano para conseguirlo. Debe permanecer sentada, pasiva, viendo pasar las estaciones y viendo cómo sus «oportunidades» van disminuyendo cada año. Pensemos en la tensión que puede llegar a sufrir cualquier organismo altamente sensible al tener tantas esperanzas depositadas en una única alternativa, al ver cómo sus posibilidades son cada vez menores a medida que pasa el tiempo y teniendo absolutamente prohibido dar ningún paso encaminado a conseguirlo. Las damas deben soportar todo esto con gracia y dignidad hasta el final...

La injusticia absurda de culpar a las jóvenes por no conseguir aquello por lo que no pueden luchar parece inexplicable, pero resulta algo evidente y claro si lo observamos en conexión con la relación sexo-económica. Aunque el matrimonio es un medio de vida, no se puede considerar un empleo honesto en el que uno ofrece su trabajo sin avergonzarse, sino que se trata de una relación reforzada por la ley en la que el sustento económico se ofrece de forma inmediata y completa a cambio de los servicios funcionales de la mujer, de que cumpla con sus «deberes como esposa y como madre». Por lo tanto, ninguna mujer honorable puede pedirlo. No se trata solo de que el instinto natural femenino debe retroceder, mientras el masculino avanza, sino que, como el matrimonio supone ser mantenida, resulta indigno que una mujer le pida eso a un hombre. Estamos hablando de mendicidad económica, así como de una actitud falsa desde el punto de vista sexual.

Observemos la ingeniosa crueldad de este arreglo. Perseguir la riqueza es tan humano y natural para la mujer como para el hombre. Pero, cuando

los canales para conseguir la riqueza son los mismos que los del amor, ella tiene prohibido siquiera pedirlo, tanto por su naturaleza sexual como por motivos de honor...

Las mujeres son consideradas, incluso por ellas mismas, únicamente como criaturas sexuales; todo lo que les rodea va encaminado a fortalecer su poder de atracción sexual, ya que de esto dependen sus posibilidades de matrimonio –a no ser que a sus encantos se les añada una «fortuna»–. Así, no conseguir marido es una prueba evidente del fracaso de la atracción, una falta absoluta de valor sexual. Y, ya que carecen de cualquier otro tipo de valor, excepto en el orden inferior del servicio doméstico, son lógicamente despreciadas. ¿Para qué más puede servir una criatura que fracasa en las funciones para las que ha sido concebida? El menosprecio, tanto de hombres como de mujeres, se cierne sobre estas criaturas asexuadas: son un fracaso como seres humanos.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO VI

Esta selección se ha extraído de las páginas 106-113. Explica cómo la relación sexo-económica pervierte y distorsiona el trabajo y la producción colectiva.

[L]a relación sexual, en sí misma, completamente personal. Nuestra relación económica, por el contrario, aunque fue originalmente individual, se hace cada vez más colectiva a través de la evolución social. Al combinar la relación sexual humana con la relación económica humana, hemos combinado un proceso permanentemente individual con otro progresivamente colectivo... Por otra parte, ha afectado la relación económica de la sociedad al introducir una tendencia hacia el individualismo con beneficios sexuales, como ejemplifica claramente la práctica frecuente de sacrificar el bien común por la ganancia personal, para que así el individuo pueda «mantener a su familia». Estamos tan acostumbrados a considerar ese mantener a la familia como el deber principal de un hombre que hace falta un ejemplo colosal de soborno y corrupción en interés propio para que nuestra convicción se tambalee; pero siguiendo las leyes de la sociología, cada fase de la prostitución del servicio público en favor del beneficio privado, desde la degradación del artista hasta la explotación del indefenso obrero no cualificado, supone una acción social enfermiza...

... La tendencia hacia el individualismo con ventajas sexuales se desarrolla en los hombres por un proceso opuesto al que operan las mujeres. Ella se gana la vida consiguiendo un marido. Él consigue una esposa ganándose la vida. Asegurarse una pareja supone una ventaja económica indivual para ella. Asegurarse unos ingresos supone una ventaja sexual para él. Las funciones sexuales, en el caso de las mujeres, se han convertido en funciones económicas. Las funciones económicas, en el caso de los hombres, se han convertido en funciones sexuales. Esto ha creado una gran confusión entre nuestra competitividad económica natural, que inevitablemente crece hacia la cooperación, y el elemento de la competitividad sexual, una fuerza totalmente distinta...

... [A]l hacer depender las ganancias de los hombres de su poder de compra colocamos la inmensa fuerza de la competición sexual dentro del campo de la economía social, no solo como un incentivo al trabajo y al éxito, lo cual sería bueno, sino como un incentivo al beneficio individual sin tener en cuenta los medios que se utilicen, lo cual es malo: esto explica la multiplicación e intensificación de nuestro deseo por poseer, la avaricia exagerada de nuestro mundo industrial...

La contienda en el corazón de cada hombre honrado hoy en día entre lo que «debería hacer» y lo que «se ve obligado a hacer», entre el mejor trabajo y el trabajo alimenticio, es la parte que le toca pagar en la lucha incesante entre el interés social y el interés particular. Si dependiera de él, estaría más que satisfecho de poder realizar el mejor trabajo, de poder ser fiel a sus ideales, afrontar con valentía las pérdidas por amor a la verdad. Pero... «el matrimonio convierte a los hombres en ratones». Para el joven empresario que se pierde por el camino de las relaciones sexuales inmorales, la clara avaricia de aquella que depende de él es una amenaza para su honestidad y para el futuro de sus negocios. Cualquier hombre casado, debe cubrir las necesidades de su esposa, sufre el mismo proceso. La dependencia de esas indefensas criaturas que les necesitan para poder alimentarse no estimula su coraje, sino que alienta la sumisión.

LECTURA 4-2

EXTRACTOS DE *HUMAN WORK* [TRABAJO HUMANO]

Gilman apela a una sociología crítica y general que aborde el dolor humano y que empiece, analíticamente, con un estudio sobre economía, trabajo y conceptos falsos.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO I, «INTRODUCTORY» [INTRODUCTORIO]

Esta selección se ha extraído de las páginas 5-16.

Los fenómenos sociales han tenido lugar entre nosotros desde que comenzamos a ser humanos; son tan familiares como los fenómenos físicos o fisiológicos, pero menos comprendidos incluso. Incluso así, la interacción entre las fuerzas sociales y las condiciones sociales forman factores cada vez más prominentes en la vida humana.

Al hombre primitivo le afectaban más las condiciones físicas, se tenía que adaptar a las exigencias del clima, del suelo, de sus competidores animales. El hombre moderno se tiene que adaptar principalmente a las condiciones sociales, le afectan más los gobiernos, las religiones, los sistemas económicos, las costumbres en general. Sin embargo, el estudio de este entorno especialmente importante y apremiante está poco avanzado. Los hechos corrientes y naturales se nos escurren de las manos, y fallamos en reconocer el significado de las cosas importantes que nos rodean simplemente porque siempre las hemos tenido. También nos dejamos desanimar por el alcance y la complejidad de las condiciones sociales. Es bastante innecesario. ...

Además, los primeros escritores sobre este asunto nos asustaron con tecnicismos. Menciona algún hecho patente sobre nuestra composición social, muestra una relación, sugiere una normativa, y tu alarmado oyente gritará: «Oh, ¡eso es economía política! ¡No puedo entenderlo, es demasiado difícil!» Es una pena que ese temor reverencial se sienta con la contemplación

Fuente: Charlotte Perkins Gilman, *Human Work* (New York: McClure and Phillips, 1904).

de nuestros procesos sociales; como si un hombre tuviera miedo de aprender algo sobre la digestión porque es «fisiología».

La afirmación «las gallinas ponen huevos» expresa un hecho de la ornitología, la zoología y la biología, pero no es el más difícil de entender. El estudiante especial puede, si lo desea, amasar suficiente conocimiento de estas ciencias áridas para espantar al no iniciado, pero un simple granjero que se dedica a su práctica puede aprender suficiente de la naturaleza y de los hábitos de las gallinas para asegurarse un suministro rentable de huevos, sin gravar en exceso su cerebro. Puede haber terrenos de la ciencia sociológica que vayan bastante más allá de donde llegaría la mente promedio, y se dejen acertadamente al especialista versado; pero esa no es razón para no aprender lo suficiente de la naturaleza y de los hábitos de la sociedad como para asegurar una vida más provechosa y placentera...

Para muchos en una época el sufrimiento humano se ha convertido en un hecho tan visible que hemos llamado a la Tierra «La estrella del sufrimiento». Nuestros ejemplos comunes sobre la felicidad proceden de animales inferiores: «feliz como una perdiz», decimos, «tan alegre como un grillo», «contento como perro con dos colas».

Las grandes religiones del mundo se han apoyado en una concepción de la infelicidad general humana...

La cantidad de sufrimiento humano es tan insoportable que solo nosotros, entre todos los animales, manifestamos el fenómeno remarcable del suicidio –un esfuerzo deliberado por parte de una forma de vida de dejar de vivir porque vivir es demasiado doloroso–. La evolución social no calma proporcionalmente el sufrimiento social; mejora las condiciones externas y asegura una existencia física más y más fiable; pero no nos hace proporcionalmente felices. Morimos de diferentes enfermedades y no morimos tan pronto, pero continuamos sufriendo mientras estamos vivos, nos seguimos refiriendo al «océano de la miseria humana», nos continuamos matando a nosotros mismos porque no podemos soportar la pena de estar vivos...

La sociedad desde hace mucho ha controlado las dificultades de adaptación a las condiciones físicas, pero no puede arreglar sus propias condiciones intersociales de forma satisfactoria. «La inhumanidad del hombre hacia el hombre crea innumerables millares de lamentos», no la de la naturaleza.

Desde el Círculo Ártico hasta los Trópicos el hombre se las arregla bastante satisfactoriamente con los obstáculos naturales; puede que el desarrollo le haga revisar y cambiar, pero no es infeliz; llega a un equilibrio con la naturaleza y está comparativamente tranquilo. Pero en su desarrollo social progresivo, no ha sido capaz todavía de llegar a un equilibrio; sus relaciones con los humanos son inciertas y dañinas...

¿Son esenciales estas, hasta ahora supuestas, desventajas de la vida humana, o son meramente fenómenos patológicos y bastante innecesarios? Ahora estamos empezando a considerar esta última perspectiva, que es la más optimista...

[E]n nuestro estado de civilización actual estamos parcialmente atrasados por las condiciones naturales del entorno. ... Pero sin embargo nuestro progreso está mucho más retardado por condiciones de patología social –por la ignorancia, la pobreza y el delito–, y estas condiciones no son parte de nuestro entorno esencial, sino que se deben a errores económicos y supersticiones...

De todas formas, dado que podemos ver por la historia cómo hemos sufrido en épocas concretas a causa de ciertos errores populares y cómo, con un mejor conocimiento, hemos superado esos errores y sus penosas consecuencias, ¿por qué no es razonable asumir que podemos superar nuestros fallos y supersticiones actuales y sus penosas consecuencias? ¿No es posible que la persistencia en la sociedad de ciertos fenómenos mórbidos se deba a la persistencia paralela de ciertas ideas falsas? ¿Y que la una se pueda eliminar eliminando la otra?...

Nuestros problemas más evidentes hoy en día son económicos... [A] pesar de que vemos que se produce una expansión y multiplicación de la riqueza por el desarrollo económico, permanece el poderoso efecto del mal que parece seguir el ritmo del avance de la civilización...

Pero si conocemos más sobre la naturaleza de la sociedad podremos empezar a clasificar y analizar estas dificultades de forma más inteligente y encontrarlas de alguna manera en este orden. Llamemos a la pobreza desnutrición –una gran parte de nuestro tejido social está insuficientemente alimentado–. Llamemos a la riqueza sobrenutrición, o repleción, o saciedad, o degeneración grasa –una pequeña parte de nuestro tejido social está

atiborrado e inflamado por su exceso de alimentación–. Llamemos entonces a nuestro gran suministro de objetos de mala calidad, falsos y en mal estado: artículos de comida adulterada, ropas mal confeccionadas, zapatos de papel, –toda la riada de cosas inútiles que nuestra sociedad produce y consume–, malnutrición; la sangre es mala y no alimenta. Detrás de estos fenómenos encontramos todavía condiciones más importantes, que no tienen que ver con la política de alimentación del cuerpo, sino con sus actividades. Alguna acción falla en el organismo social; no funciona apropiadamente. Por eso ese atiborramiento de la riqueza, este peculiar freno a la distribución, hace que tanto los ricos como los pobres estén insatisfechos en la faceta más amplia de la vida: el trabajo.

El trabajo es el aspecto más visible de la vida humana. El tema de discusión de este libro se centra en las condiciones de trabajo, en nuestros sentimientos e ideas sobre el trabajo, en nuestros hábitos, métodos, y sistemas de trabajo. Se defiende que nuestras dificultades se hallan, no en los aspectos esenciales de la naturaleza humana, ni en las condiciones esenciales de la vida humana, sino meramente en la preservación de ciertos sentimientos e ideas antiguos y erróneos en nuestras mentes, que actúan continuamente por encima de los procesos normales de la economía social, impidiendo el proceso y envenenando el producto... Aquí se afirma que tenemos todavía en nuestras mentes populares ciertas tradiciones –supersticiones, falsedades– sobre el trabajo, y que a través de ellas podemos identificar las desgracias económicas tan visibles entre nosotros...

... [L]a sociedad siente en primer lugar y con más fuerza aquello que le hace daño, y nuestro estudio de la sociología viene precedido por la patología social...

Necesitamos un estudio científico paciente del cuerpo social, de su estructura y de sus funciones, de su anatomía, de su fisiología y de su patología, como lo hemos hecho para el cuerpo físico; necesitamos cuidadosos registros de observaciones sobre los resultados de remedios anteriores, y también de los nuevos remedios, y todo ello en un nuevo campo de la ciencia. Tenemos a mano múltiples hechos; toda la historia permanece ante nosotros con sus deslumbrantes registros; toda la vida está ante nosotros hoy en día en cada etapa de su desarrollo; pero acabamos de empezar a ordenar y estudiar estos hechos desde el punto de vista de la sociología. Si un reloj deja de funcionar, exami-

namos su «mecanismo» para encontrar qué se ha roto, perdido, desplazado o el «elemento extraño»; pero hacerlo con éxito implica conocer lo que es un reloj, para qué sirve, cómo se fabricó y cómo funciona. Necesitamos conocer la mecánica del objeto si queremos arreglarlo. Así que si la sociedad va mal debemos examinar su funcionamiento y, a menos que tengamos algún conocimiento sobre lo que es la sociedad, para qué sirve, cómo se hizo y, sobre todo, cómo funciona, no podremos decir qué falla y solucionarlo.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO III, «CONCEPT AND CONDUCT» [CONCEPTO Y CONDUCTA]

Esta selección se ha extraído de las páginas 37-40.

Una sociedad dada, en cualquier época, posee ciertos sentimientos e ideas dominantes que le son propios; y los individuos que manifiestan más de esas ideas y sentimientos serán los más beneficiosos para esa sociedad y para sí mismos. Pero si los miembros de una sociedad dada persisten en mantener y actuar conforme a los ideales sociales de épocas anteriores, se dañan a sí mismos y a su sociedad...

La sociedad es una condición psíquica; todas las relaciones sociales existen y crecen en la mente humana. Esta *déspota* puede gobernar más de un millón de hombres solo por su estado mental. Ellos creen que lo hace; dejemos que ellos cambien de opinión, ella no lo hará. Como animal humano, la déspota tiene una determinada talla, peso y color –es una realidad física–. Como déspota –no es sino una realidad psíquica– existe como déspota solo en las mentes de los hombres. (Esto no es una ciencia cristiana, sino sociológica). Es un concepto, un concepto común, y actuando conforme al mismo todos los hombres hacen esto y aquello; si lo superan, pueden abandonar a la déspota y adoptar otras creencias políticas...

... El hombre reacciona ante las condiciones externas como lo hacen otros animales, pero también puede actuar conforme a condiciones interiores especiales: sus ideas. El poder de formar y retener conceptos, y actuar bajo su influencia precisamente como si fueran realidades, es lo que le proporciona a la conducta humana el elemento para un progreso especial y también para la perversidad. Este contexto interior, el mobiliario general del cerebro del hombre, y más particularmente sus conceptos básicos, hace

más por determinar su acción de lo que lo hace el contexto exterior. Estas condiciones internas modifican su reacción ante las condiciones externas; a menos que se conozcan no se puede predecir el resultado; a menos que se cambien no se puede cambiar el resultado...

Este poder de dirigir la acción mediante los conceptos es al mismo tiempo nuestra mayor ventaja y desventaja. Si los conceptos son verdaderos, si están fundamentados en los hechos y de acuerdo con las normas, promueven una conducta favorable; si son falsos, promueven una conducta desfavorable. Incluso si fueron ciertos una vez, es decir, tan ciertos como podía entender la mentalidad de un periodo concreto, en función al conocimiento de ese periodo, se vuelven erróneos si no se modifican para ajustarse... al conocimiento ampliado de periodos posteriores.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO VI, «THE NATURE OF SOCIETY (II)» [LA NATURALEZA DE LA SOCIEDAD]

Esta selección se ha extraído de las páginas 79-94.

La proposición es que la sociedad es un todo y nosotros somos sus partes: que el grado de desarrollo orgánico conocido como vida humana nunca se encuentra en individuos aislados, y que progresa hacia un mayor desarrollo en proporción a la evolución de las relaciones sociales; que el hombre es a nivel individual un animal completo, con habilidad suficiente para cubrir las necesidades de la existencia animal; pero que, como ser humano que es, no es más que una fracción de minuto en una gran entidad, las necesidades de cuya existencia solo se pueden lograr con actividades interdependientes y complejas de muchos hombres.

Esta relación es estrictamente orgánica, e implica una elevada especialización del hombre como individuo al servicio social en actividades que no tienen ningún posible beneficio en su separada vida animal (como las actividades de un dentista o de un maestro); pero que tienen un beneficio visible para su comunidad, una comunidad que a su vez le brinda su apoyo.

Estas actividades compuestas y comunes han desarrollado una forma de vida que va mucho más allá de sus hombres constituyentes; con una estructura y funciones que quedan fuera y a la vez incluyen a las suyas. Mien-

tras que los procesos vitales de los individuos constituyentes se deben asegurar y mejorar por supuesto por la vida superior que los incluye; puede ser necesario incluso, en algún momento, realizar un mayor o menor sacrificio de los intereses individuales –y se hacen de forma natural–, el mayor incluye al menor.

Aunque esta organización social tienda a hacer que sus organismos constituyenten estén felices y seguros en sus vidas animales separadas, su mayor felicidad reside en el reconocimiento y culminación de la vida social.

Una conciencia social y actividad social en aumento es el crecimiento más saludable y feliz para la raza humana y, además, el «misterio de la vida humana» se simplifica mucho con esta postura puramente natural y evolutiva.

Como prueba e ilustración consideremos algunos hechos, la mayoría de ellos comúnmente conocidos por todos nosotros, pero no comúnmente considerados en este sentido. Observaremos por orden la naturaleza orgánica de la sociedad como la muestran sus procesos nutritivos, su alta especialización, que conlleva sacrificios personales, y su patente vida mental colectiva...

... Entre los hechos que se podrían explicar en un jardín de infancia está el de la evidente relación económica; «ningún hombre vive para sí mismo y muere para sí mismo».

... Las necesidades cotidianas de un hombre se alcanzan por las actividades de otros innumerables hombres. Si ellos no estuvieran, el hombre no podría cubrir ninguna de ellas; y caería, si viviera, al nivel del cazador salvaje –que es de hecho «autosuficiente»–. Tenemos, es cierto, un sistema de intercambio por el que se procura que la porción del producto común para cada hombre sea proporcional a sus esfuerzos personales; pero incluso si este sistema funcionara existosamente, no alteraría el hecho de que son otros los que realmente nos suministran, y el hombre solo no podría hacerlo.

... La vida de cualquier criatura depende básicamente de la renovación constante de sus partículas constituyentes... [S]e le suministran regularmente materiales frescos a la estructura para posponer su muerte. Llamamos nutrición a este suministro regular de materiales frescos. Es un proceso cada vez más elaborado...

Sea cual fuera la forma que adoptó la comida, donde quiera que fuera la comida, allí siguió el organismo animal, siempre cambiante y fluido, produciendo dientes o garras, lengua o trompa, siete estómagos o una caña de pescar –lo que fuese necesario para atrapar, coger, sostener, encerrar y asimilar esta siempre menguante, y a veces activamente resistente, pero siempre indispensable comida–. La evolución de los organismos animales está condicionada sobre todo por el suministro de alimentos.

¿Cómo cuenta la humanidad en este escenario de transformación?

Únicamente el hombre, de todo el reino animal, ha logrado un nuevo estado completo en este imperativo proceso de nutrición. Si la ameba más primitiva solo puede recibir el alimento, si la maquinaria completa de los organismos posteriores solo puede buscar el alimento; el hombre, y solo el hombre, produce alimentos. A lo largo de todas las épocas, a través de cada modificación imaginable de la estructura y de su función, el animal ha perseguido su comida. El hombre la ha cogido.

Solo el hombre ha controlado permanentemente su suministro de alimentos; en lugar de cazar interminablemente, está en un círculo cerrado: hace lo que le hace. Eso es por lo que la evolución física se para en el hombre, y empieza la evolución psíquica... ¿Por qué extraño nuevo poder se ha dado este paso inmenso, que ha permitido que esta, entre todas las formas creadas, aplique la fuerza productiva, en lugar de la fuerza meramente destructiva, para suministrarse los alimentos? Por el poder de la organización, entrando en esa nueva vida, la vida social, que nos eleva por encima de todas las formas inferiores.

... Un segundo tipo de prueba de nuestra relación orgánica, tan patente como el primero, es la compleja especialización de la humanidad...

... La sociedad consiste en un número de funciones altamente especializadas e interrelacionadas, cuyos operarios son los animales individuales humanos. La sociedad las desarrolla –nunca habrían podido evolucionar en solitario–. Se puede concebir fácilmente a los profesores, carpinteros y dentistas que trabajan independientemente, como los ojos independientes que se mueven de un lado a otro y realizan su propia función. La sociedad los mantiene, como el cuerpo a los ojos...

Llegamos ahora a una tercera prueba, que considerada sola es completamente suficiente, de la naturaleza orgánica de la sociedad...

... Ese grado de desarrollo cerebral que llamamos «humano» solo se encuentra en criaturas relacionadas socialmente; no es una cualidad cerebral individual, sino social. El cerebro humano requiere, para su salud y utilidad, para su vida normal, una serie de seres humanos con los que sentir, pensar y actuar. Podemos, es cierto, aislar físicamente a un animal humano y mantener su vida animal, pero se daña su vida humana –i. e. la vida social–; sus «sentimientos» y «pensamientos», el campo completo de actividad cerebral.

Una necesidad funcional imperiosa de la mente es descargar en otras mentes, así como buscar en ellas estímulos amplios y variados.

En ejemplos más inmediatos y comunes observamos la misma regla. La dificultad de «mantener un secreto», i. e., de retener los estímulos voluntariamente; la necesidad de «aliviar la mente» –una expresión que se ajusta perfectamente, tanto como su familiar análogo fisiológico–; el valor de lo confesional; y lo más corriente de todo, el interés vívido de cada cerebro humano por los asuntos de los demás. Todo esto muestra la naturaleza colectiva de ese órgano.

La mujer más corriente, que chismorrea con sus vecinas, manifiesta esta necesidad social de contacto e intercambio, aunque a un nivel bajo. Protestamos «¡métete en tus propios asuntos!», pero protestamos en vano. Ningún cerebro suficientemente avanzado como para llamarse humano puede posiblemente encontrar su uso completo y ejercer la contemplación únicamente de sus propios asuntos. Se debe preocupar por los asuntos de otros, los asuntos comunes.

El cerebro humano es un órgano social. El pensamiento humano es una función social.

LECTURA 4-3

EXTRACTOS *DE THE MAN-MADE WORLD, OR OUR ANDROCENTRIC CULTURE* [EL MUNDO HECHO POR LOS HOMBRES, O NUESTRA CULTURA ANDROCÉNTRICA]

En estos extractos, Gilman explica lo que quiere decir con «cultura androcéntrica» y estudia las consecuencias de la cultura androcéntrica en la política y en la economía.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO I, «AS TO HUMANNESS» [CON RESPECTO A LA HUMANIDAD]

Esta selección se ha extraído de las páginas 9-23.

Empecemos, inofensivamente, con la oveja. La oveja es un animal con el que todos estamos familiarizados, se usa mucho en la imaginería religiosa; en el repertorio común de los pintores; es un alimento básico en la dieta; una de nuestras fuentes principales para la ropa, y un símbolo cotidiano de timidez y estupidez...

Todas estas cosas, y muchas similares, se nos vienen a la cabeza cuando pensamos en una oveja. Están también las ovejas hembras y los carneros. Sí, cierto, ¿pero y qué? Todo lo que se ha dicho se dijo ya de la oveja, *genus ovis*, esa bestia insulsa, compuesta de carne, lana y estupidez, tan extensamente conocida. Con respecto a la carne, a la lana, a su carácter general, pensamos solo en que es una oveja, en absoluto pensamos en que sea macho o hembra...

Volviendo al animal, consideremos al carnero, y en qué difiere su carácter del de la oveja. Vemos que él tiene una mayor disposición a la pelea. Da zarpazos en la tierra y emite ruidos. Tiene tendencia a embestir. Como una cabra –el Sr. Cabra–. Como el Sr. Búfalo...

La oveja hembra, por otra parte, exhibe su amor y cuidado por los pequeños, les da leche e intenta protegerlos. Así hace la cabra –la Sra. Cabra–. Así hacen la Sra. Búfalo y el resto. El instinto maternal no es genuino de la *genus ovis*, sino de cualquier criatura hembra...

Fuente: Charlotte Perkins Gilman, *The Man-Made World, or Our Androcentric Culture* (New York: Charlton Company, 1911).

Podemos generalizar ahora y afirmar claramente: que es masculino lo que pertenece al macho –a cualquiera o todos los machos, independientemente de la especie–. Que es femenino lo que pertenece a la hembra, a cualquiera o todas las hembras, independientemente de la especie. Que es ovino, bovino, felino, canino, equino o asnal lo que pertenece a cada una de esas especies, independientemente del sexo.

Todo esto cambia en nuestra propia especie. Hemos aceptado tanto el fenómeno de la masculinidad y la femineidad, que nuestra humanidad común ha pasado largamente desapercibida. Sabemos que somos humanos, naturalmente, y estamos muy orgullosos de ello; pero no consideramos en qué consiste nuestra humanidad; ni consideramos en qué hombres y mujeres nos quedamos cortos de ella, o sobrepasamos sus límites, en esa continua insistencia sobre las diferencias particulares. Es «de hombres» hacer esto; es «de mujeres» hacer aquello; pero no se piensa lo que debería hacer un ser humano en esas circunstancias...

... ¿Cuáles son entonces las verdaderas características humanas? ¿De qué manera se distingue la especie humana de todas las demás especies?

Nuestra humanidad gira más claramente en torno a tres ejes principales: es mecánica, psíquica y social. Nuestro poder de hacer y usar las cosas es esencialmente humano, solo nosotros tenemos herramientas que superan nuestro físico...

Este grado de desarrollo cerebral que nos da la mente humana es una distinción clara de raza. El salvaje que puede contar hasta cien es más humano que el salvaje que puede contar hasta diez.

El más importante de los tres ejes es la naturaleza social de la humanidad. Somos en cualquier caso el único animal grupal; la hormiga, con su tipo antiguo de laboriosidad, incluso la banal abeja, son criaturas sociales. Pero se encuentran insectos de este tipo viviendo solos. Nunca a los seres humanos. Nuestra humanidad comienza con alguna forma básica de relación social y aumenta a medida que esa relación se desarrolla.

La vida humana de cualquier tipo depende de lo que Kropotkin llama «ayuda mutua», y el progreso humano mantiene su curso absolutamente por ese intercambio de servicios especializados que hace orgánica a la sociedad...

La humanidad, así considerada, no es algo que se hace de pronto y es invariable, sino que es un estado de desarrollo; y está todavía, como describe Wells, «haciéndose». Nuestra humanidad se considera que reside, no tanto en lo que somos individualmente como en las relaciones entre unos y otros, e incluso la individualidad no es sino el resultado de las relaciones entre nosotros...

Tomados separadamente y en lo físico, somos animales, *genus homo*; tomados social y psíquicamente somos, en grados variables, humanos; y nuestra historia real reside en el desarrollo de esta humanidad.

Nuestro periodo histórico no es muy largo. La historia real escrita solo retrocede unos pocos miles de años, y empieza con los registros en piedra del antiguo Egipto. Durante este periodo hemos tenido casi universalmente lo que aquí denominamos cultura androcéntrica. La historia, tal y como fue, fue hecha y escrita por hombres.

El desarrollo mental, el mecánico y el social fueron prácticamente por completo de ellos. Hasta ahora hemos vivido, sufrido y muerto en un mundo hecho por hombres. Tan general e ininterrumpida ha sido esta condición, que mencionarlo no hace más que remarcar la afirmación de una ley natural. Hemos dado por hecho, desde el amanecer de la civilización, que «el género humano» significaba el género masculino, y que el mundo era de ellos.

Se ha limitado severamente a las mujeres. Las mujeres eran un sexo; «el sexo», de acuerdo con el brindis galante; se las apartó para que realizaran los servicios especiales peculiares de la femineidad...

... Se aceptó al hombre como prototipo de la raza sin ninguna voz disidente; y la mujer –una extraña, una criatura diversa, bastante disonante en el esquema aceptado de las cosas– era excusada y se explicaba solo como mujer.

Se han requerido libros y libros de tales excusas y explicaciones sobre ella; también, aparentemente, libros y libros sobre abusos y condenas. En cualquier catálogo de biblioteca podemos encontrar montañas de volúmenes sobre las mujeres...

Este es un libro sobre los hombres –como tales–. Se diferencia entre la naturaleza humana y la naturaleza sexual. No irá tan lejos como para alegar que los rasgos masculinos del hombre son todo lo que excusa o explica su existencia; pero señalará qué tienen de diferente los rasgos masculinos de los humanos, y cuál ha sido el efecto en nuestra vida humana de la dominación desenfrenada de un sexo.

Podremos ver de una vez, con obviedad, cuál habría sido el resultado de dejar todos los asuntos humanos en manos femeninas. Una situación tan extraordinaria y deplorable habría «feminizado» el mundo. Nos habríamos afeminado todos.

Véase cómo el asunto se muestra claramente en nuestro uso del lenguaje. Los adjetivos y las palabras derivadas que se basan en distinciones femeninas son extrañas y despectivas cuando se aplican a los asuntos humanos: «afeminado» –demasiado femenino– denota desdén, pero no tiene un análogo masculino; mientras que «emasculado» –no suficientemente masculino– es un término de reproche, y no tiene un análogo femenino...

... [T]odo nuestro esquema de las cosas descansa en la misma premisa tácita; se sostiene que el hombre es el prototipo humano; la mujer es una especie de acompañamiento y ayudante subordinada, esencial meramente para hacer personas.

Ha ocupado siempre el lugar de preposición con respecto al hombre. Se la ha considerado sobre él o debajo de él, delante de él, detrás de él, junto a él, una existencia completamente relativa –«la hermana de Sydney», «la madre de Pembroke»– pero nunca, en ninguna circunstancia, simplemente Sydney o Pembroke.

Actuando de acuerdo con esta premisa, todos los referentes humanos se han basado en características masculinas, y cuando deseamos alabar el trabajo de una mujer, decimos que tiene una «mente masculina»...

Si se ha defendido una idea durante generaciones en la mente humana, como lo han sido casi todas nuestras ideas comunes, eliminarlas conlleva un esfuerzo sincero y continuado; y si es una de las más antiguas que tenemos guardadas, una de las grandes ideas en el mundo, común e incuestionable, vasta es la tarea de aquellos que persiguen cambiarla...

La tarea que se aborda aquí es de este tipo. Se pretende mostrar que lo que hemos llamado durante todo este tiempo «naturaleza humana» y hemos menospreciado, era en gran parte solo la naturaleza masculina, suficientemente buena en su papel; que lo que hemos llamado «masculino» y admirado como tal, era en gran parte humano, y se debería aplicar a ambos sexos; que lo que hemos llamado «femenino» y condenado, también era principalmente humano y aplicable a ambos. Se muestra claramente que

nuestra cultura androcéntrica ha sido, y continúa siendo, una cultura masculina en exceso, y por tanto indeseable...

Para el hombre, el mundo al completo era su mundo; suyo porque él era el macho; y el mundo completo para la mujer era su hogar; porque ella era la hembra. Ella tenía su esfera prescrita, limitada estrictamente a sus ocupaciones e intereses femeninos; él tenía todo el resto de la vida; y no solo eso sino que, teniéndola, insistía en llamarla masculina.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO XII, «POLITICS AND WARFARE» [POLÍTICA Y GUERRA]

Esta selección se ha extraído de las páginas 220-225.

En política, el ideal militar, los procedimientos militares, son tan predominantes que casi monopolizan «esa parte de la ética».

La ciencia del gobierno, la empresa sencilla y provechosa de administrar una comunidad para su propio bien; hacer su trabajo, avanzar en su prosperidad, mejorar su moral, francamente, esto se entiende y se acepta de principio a fin como una lucha. Conduce tus fuerzas e intenta entrar, esta es la campaña política. Cuando estés dentro, lucha por seguir dentro y mantener al otro tipo fuera. Lucha con tus propias manos, como un animal; lucha por tu dominio como un asesino a sueldo; lucha siempre por alguna «victoria» deseada, «el botín es de los vencedores»...

La vida, para la «mentalidad masculina» (¡hemos escuchado suficiente sobre la «mentalidad femenina» para poder usar la analogía!) *es* una lucha, y sus viejas instituciones y procedimientos militares mantienen el delirio...

¿Qué encontramos aquí, en América, en el terreno de la «política»?

Encontramos primero un sistema de partidos que es el ordenamiento técnico para llevar a cabo la lucha. Es perfectamente concebible que se pueda llevar a cabo un gobierno democrático floreciente *sin ningún partido en absoluto*; y que los funcionarios públicos sean elegidos según sus méritos y cada medida propuesta se juzgue por su valor; aunque esto suene como imposible en la mentalidad androcéntrica.

La réplica es que «¡nunca ha habido una democracia sin facciones ni partidos!».

Hasta ahora, nunca ha habido una democracia, solo una androcracia...

En otras palabras, los hombres han convertido una institución humana en una actuación ultramasculina y, con bastante razón, piensan que las mujeres no podrían tomar parte en política *como lo hacen los hombres*. Que no sea necesario cumplir con esta costumbre humana de una manera tan masculina ni se les ocurre...

Cualquiera admitiría que un gobierno que estuviera totalmente en manos de mujeres se ayudaría del apoyo de los hombres; ya que una ginecocracia sería, por su propia naturaleza, parcial. A pesar de ello es duro que se reconozca, aunque reaciamente, el hecho opuesto, que una androcracia también debe ser parcial por su propia naturaleza, y que se mejoraría enormemente con la participación del otro sexo.

La confusión inextricable entre política y guerra es parte del escollo en las mentes de los hombres. Como ellos lo ven, una nación es principalmente una organización guerrera; y su asunto primordial es la guerra ofensiva y defensiva; de ahí el ultimátum con el que se oponen a la demanda de igualdad política: «las mujeres no pueden luchar, por tanto, no pueden votar».

EXTRACTO DEL CAPÍTULO XIII, «INDUSTRY AND ECONOMICS» [INDUSTRIA Y ECONOMÍA]

Esta selección se ha extraído de las páginas 227-243.

El Bosque de la Verdad, sobre el tema de la industria y la economía, es difícil de ver a causa de los árboles...

Posiblemente ahora el tratamiento de la cuestión llamará más la atención de las mentes de aquellos que saben menos sobre la misma; como la de la mujer promedio. Para ella, la actividad laboral es un deber que dura todo el día y toda la vida, como un impulso natural; y la economía significa privarse de las cosas. Para tales mentes tan poco formadas pero también sin prejuicios, sería fácil mostrar los hechos principales en estas líneas.

Dispongámonos primero con la economía, que tiene una apariencia científica seria...

La economía doméstica incluye el cuidado completo y el gobierno del hogar; el mantenimiento de la paz, la salud, el orden y la moralidad; la parte

del cuidado y de la alimentación de los niños que se realiza en casa; la administración completa del hogar, así como el gasto y el ahorro del dinero. El ahorro es la parte menor y más pobre; especialmente reflejado en la mera abstinencia de objetos necesarios; muy especialmente cuando esta abstinencia es sobre todo «de la madre». ¡Cómo gastar mejor! el tiempo, las fuerzas, el amor, el cuidado, el trabajo, el conocimiento y el dinero: este debería ser el estudio principal de la economía doméstica.

La economía social o, como la suelen llamar, la economía política, cubre un campo más amplio, pero no necesariamente diferente. Una familia está formada por personas, y la madre es su administradora natural. La sociedad está formada por personas –*las mismas personas*– solo que en mayor cantidad. Todas las personas que son miembros de la sociedad, son también miembros de familias, excepto quizás los huérfanos. La economía social cubre todo el cuidado de las personas y la administración, el mantenimiento de la paz, del orden y de la moralidad; el cuidado de los niños que se realiza fuera de casa; así como el gasto y el ahorro del dinero público –todo esto se incluye en ella–.

Actualmente, este gran asunto de la economía social se entiende poco y se gestiona peor, por esta razón...

En nuestro presente estudio el hecho principal que se pretende exhibir es la influencia de la cultura masculina en la economía social y la industria.

La actividad laboral, como un apartado de la economía social, se entiende poco. Hasta aquí, hemos visto este terreno desde varias posiciones completamente erróneas. Desde la enseñanza religiosa hebrea (completamente androcéntrica), hemos considerado el trabajo como una maldición.

Nada podría ser más absurdamente falso. El trabajo no es meramente un medio para obtener el sustento para la vida humana, *es* la vida humana. ¡Imagine una raza de seres que viven sin trabajar! Debe tratarse de los salvajes más rudos.

El trabajo humano consiste en la actividad especializada y el intercambio de sus productos...

... Si se sigue esa lastimosa concepción del trabajo como maldición, aparece el viejo hábito androcéntrico de despreciarlo como perteneciente a la mujer, y después a los esclavos.

De hecho, la actividad laboral es femenina en sus orígenes; es decir, maternal. Es la fuente rebosante de amor maternal y poder maternal lo que primero empuja a la raza humana a trabajar; y durante largas épocas los hombres no realizaron ninguna actividad productiva en absoluto; fueron simplemente cazadores y guerreros.

Es esta falta de instinto natural por el trabajo en los machos de nuestra especie, junto con las ideas y opiniones basadas en esta carencia, a las que ellos dieron voz en sus muchos escritos, religiosos y de otro tipo, que han dado al mundo el juicio erróneo de la gran función del trabajo humano. Hemos despreciado y oprimido aquello que supone nuestra misma vida, nuestra mayor alegría, nuestro camino hacia el avance; de manera que hasta hoy se habla con desdén de la «gente trabajadora», las «clases trabajadoras», «tener que trabajar», etc. A lo mejor los zánganos hablan igual entre ellos de las «¡abejas obreras!».

Lo normal sería que, si ampliamos hacia el mundo exterior el servicio generoso y cuidadoso de la madre, encontremos que el trabajo se realiza libremente, con amor y orgullo.

De forma anormal, aplastado bajo la carga del menosprecio y del prejuicio androcéntricos tenemos el trabajo producido de mala gana por la presión de la necesidad; trabajo de esclavos ante el temor del látigo, o de los salarios esclavos, un paso más arriba, ante el temor de lo que se desea... [L]os elementos malignos de nuestra sociedad industrial son inequívocamente androcéntricos: el deseo de obtener del cazador; que interfiere con el deseo de dar de la madre; el deseo de vencer al antagonista –originariamente masculino–, que interfiere con el deseo de servir y beneficiar –originariamente femenino–.

Dejemos que el lector tenga en mente que, como seres humanos, los hombres son capaces de sobrevivir a su naturaleza masculina y hacer un noble servicio al mundo; también que como seres humanos están hoy mucho más desarrollados que las mujeres, y hacen mucho más por el mundo. El asunto que se resalta aquí es que, *como hombres,* su supremacía no cuestionada ha resultado en un predominio anormal de los impulsos masculinos en nuestros procesos humanos; y que este predominio ha hecho mucho daño.

Lo que ocurre es que los impulsos maternales o claramente femeninos están mucho más en línea con el progreso humano de lo que lo están los masculinos; lo que hace más dañina su exclusión de las funciones humanas.

Nuestras enseñanzas actuales sobre la joven ciencia de la política económica son inocentemente masculinas. Asumen como incuestionable que «el hombre económico» no hará nunca nada a menos que lo tenga que hacer; solo lo hará para escapar del sufrimiento u obtener placer; y tomará, inevitablemente, todo lo que pueda conseguir, y hará todo lo que pueda para aventajar, vencer, y si es necesario destruir a su antagonista.

Siempre el antagonista; en la mente masculina un antagonista es esencial para el progreso, para conseguir cualquier logro...

Por tanto, en la actividad laboral y en la economía encontramos siempre y en todas partes al antagonista; la necesidad de alguien o algo a quien vencer –si no, ¿para qué hacer el esfuerzo? – Si no tienes el incentivo de una recompensa, o el incentivo de un combate, ¿para qué trabajar? «La competitividad es la vida de los negocios».

De ahí el hombre económico.

Pero, ¿qué pasa con la mujer económica?

Para la mente androcéntrica no existe –las mujeres son hembras y eso es todo–, sus habilidades laborales se limitan al servicio personal.

Sería difícil de hecho reconocer, para la «mente masculina», que sería posible elevar la actividad laboral a mayores alturas, encontrar en la economía social un proceso simple y beneficioso para la promoción de la vida humana y la prosperidad, con cualquier otro impulso que no fuera ninguno de estos dos, el deseo y el combate.

Tan absolutamente entretejidos están nuestros conceptos existentes de humanidad y masculinidad, tan seguros estamos de que los hombres son personas y las mujeres solo hembras, que la reivindicación de un mismo peso y dignidad de los instintos y métodos femeninos en los asuntos humanos se considera como absurda...

Unión, organización, servicio complejo entre unos y otros, son los procesos esenciales de una sociedad creciente; en ellos, en el siempre-creciente traslado del poder a líneas de acción que se ensanchan, se encuentran la alegría y la salud de la vida social. Pero hasta ahora los hombres se juntan para poder combatir mejor; el servicio mutuo permanece casual ante el fin común de la conquista y del pillaje.

5. Anna Julia Cooper (1858-1964) Ida B. Wells-Barnett (1862-1931). *La fundación de la sociología feminista negra*

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS

Anna Julia Cooper nació el 10 de agosto de 1858[1], en Raleigh, Carolina del Norte, y murió el 27 de febrero de 1964, en su casa de Washington, D. C., a la edad de 105 años. Ida B. Wells-Barnett nació el 16 de julio de 1862 en Holly Springs, Mississippi, y murió el 25 de marzo de 1931, en Chicago, Illinois. Como mujeres afroamericanas en el periodo de la post-Guerra Civil, Cooper y Wells-Barnett crearon teoría social en unas condiciones de cambio social radical que ellas experimentaron biográficamente y comprendieron histórica y sociológicamente. Aunque no eran íntimas intelectualmente, es decir, no «alimentaron» sus ideas entre ellas, respondieron a las mismas experiencias críticas en la historia afroamericana y, a principios de la década de 1890-1899, cada una había publicado ya análisis sociales relevantes: Cooper, la colección de ensayos con extensión de un libro, *A Voice from the South* (1892), y Wells-Barnett dos investigaciones principales en forma de libelos, *Southern Horrors* (1892) y *A Red Record* (1895). Las situamos juntas en este capítulo por tres razones principales: (1) excepto por la extraordinaria longevidad de Cooper, fueron prácticamente contemporáneas y compartieron una herencia regional común; (2) cada una llevó una concienciación sociológica a su respuesta sobre la experiencia afroamericana, y (3) hay puntos temáticos comunes en su análisis social que forman parte de la tradición del pensamiento feminista negro (véanse Collins, 1990; Giddings, 1984, y «Teoría social general» y «Cooper y Wells-Barnett y la tradición de la sociología feminista», más adelante en este capítulo).

Para comprender las experiencias biográficas que las empujaron al análisis social, tenemos que considerar el reto que se les planteó a los afroamerica-

[1] Existe un debate sobre esta fecha, pero es la que la propia Cooper utilizó al cumplimentar «A Survey of racial attitudes of Negro students», en 1930, para un estudio del Dr. Charles S. Johnson (1932) sociólogo que fue rector de la Universidad Fisk.

nos en el periodo entre 1865 y 1900. El abismo que separa a Cooper y Wells-Barnett de sus contemporáneas blancas se ilustra por el hecho de que para Addams (capítulo 3), Gilman (capítulo 4) y las Mujeres de Chicago (capítulo 7), la Guerra Civil fue una época, no un acontecimiento vital; sus vidas se pueden contar sin una mención a la Reconstrucción. Pero para Cooper y Wells-Barnett, la Guerra Civil y la Reconstrucción son experiencias fundamentales que moldean sus vidas. Algunas de las mujeres blancas que hemos estudiado eligieron pasar por situaciones de adversidad, pero supieron que siempre podían regresar a la seguridad material de su clase media-alta. Cooper y Wells-Barnett pudieron agacharse o luchar, pero no pudieron escapar del racismo americano. Durante sus vidas, los afroamericanos fueron liberados de la esclavitud (1865); cayeron en ella de nuevo casi inmediatamente por los *Southern Black Codes* («Códigos de los negros sureños») (1865-1867); fueron «liberados» de nuevo con las oportunidades de educación y participación política de las políticas de la Reconstrucción radical (1867-1875); abandonados por el Norte con la retirada de las tropas federales del sur (1877); y abandonados en su enfrentamiento a la privación de derechos, a la violencia colectiva y el terrorismo organizado, a la firme intromisión de la segregación legal en el sur, y al racismo generalizado y segregación, en la práctica, en el norte.

Pero los afroamericanos se negaron a ser vencidos, y se movilizaron tanto a nivel organizativo como intelectual para lograr su autoprotección y avance colectivos. Comenzaron negocios, fundaron periódicos y colegios, se matricularon en colegios blancos, patentaron inventos, y llegaron a ser profesores, abogados, dentistas, médicos, pastores, periodistas, artesanos cualificados, pequeños empresarios y trabajadores en todas las profesiones en las que se les permitió. Protestaron contra los intentos de excluirlos de las oportunidades, se organizaron a nivel local en grupos de profesores, centros sociales, y clubs de mujeres y de hombres, y a nivel nacional en la *National Association of Colored Women's Clubs* (que tenía su propia publicación, *Woman's Era*), la *National Association of Colored Men*, la *Colored National League*, la *National Afro-American Council*, la *American Negro Academy*, los *Invincible Sons and Daughters of Commerce* (una sociedad secreta comprometida con la compra de productos a comerciantes y vendedores negros), la *Negro Business League*, y hacia 1910, la *National Association for the Advancement of Colored People*. En cada paso, aunque tuvieron algún apoyo blanco, se encontraron con mucha mayor oposición blanca.

Intelectualmente, la década de 1890-1899 fue una época de apertura para los afroamericanos; todavía estaban inspirados por la esperanza del periodo postemancipación, y nadie, negro o blanco, podía prever con certeza lo rápida y estrictamente que los Estados Unidos se convertiría en una sociedad segregada. En este contexto de oportunidad y opresión, los afroamericanos crearon un discurso rico en análisis político y social en el que las mujeres fueron participantes activas. Henry Louis Gates sugirió que «los historiadores literarios bien podían llamar [al periodo entre 1890-1910] la "Era de la Mujer Negra"», por la extraordinaria productividad de la mujer negra en la ficción (Gates, 1988, p. xvi) –una productividad que corrió en paralelo a los ensayos de crítica literaria y análisis social–. Fue dentro de este discurso donde Cooper y Wells-Barnett crearon su sociología.

En las dos secciones siguientes, explicamos cómo las biografías personales de Wells-Barnett y de Cooper se interrelacionan con esta historia, centrándonos especialmente en los acontecimientos que las derivaron hacia el análisis social.

IDA B. WELLS-BARNETT

La mejor presentación de la vida de Wells-Barnett es su autobiografía, *Crusade for Justice* (1970) que, aunque inacabada a su muerte, fue admirablemente editada por su hija, Alfreda M. Duster. Algunos ensayos útiles que resumen su biografía son «The Lonely Warrior: Ida B. Wells-Barnett and the Struggle for Black Leadership» (1982), de Thomas Holt, y la introducción de Trudier Harris a la edición de la Biblioteca Schomburg de las obras seleccionadas de Wells-Barnett (1991). Emilie Townes estudia los apoyos religiosos y filosóficos del activismo de Wells-Barnett en *Womanist Justice, Womanist Hope* (1993). Paula Giddings está trabajando en una importante biografía.

Wells-Barnett nació de padres esclavos que, tras la Guerra Civil, usaron su recién obtenida libertad para ellos mismos y sus hijos. Su madre, Elizabeth Warrenton Wells, se matriculó para aprender a leer la Biblia en el actual *Rust College*, una institución creada por los blancos norteños para la educación de los hombres libres. Su padre, Jim Wells, continuó trabajando como carpintero cualificado para el constructor blanco a quien había enseñado su amo cuando era esclavo; la madre cocinaba para el constructor,

Ida B. Wells-Barnett

y la familia vivía en su propiedad. En su autobiografía, Wells-Barnett agradece a sus padres el haberle inculcado el interés por la política, un sentido claro de la justicia, y la confianza en un pensamiento independiente que son los sellos distintivos de su sociología. Recuerda con orgullo que cuando el constructor blanco intentó dictar el voto de su padre –una práctica de coerción común entre los empleadores blancos hacia los trabajadores negros– Jim Wells se resistió, y sacó rápidamente a su familia de la propiedad del constructor, compró sus propias herramientas y abrió su propia carpintería. Wells-Barnett asistió a clase en el *Rust College* hasta 1876, cuando una epidemia de fiebre amarilla mató a sus padres y la dejó, como mayor de cinco hijos, determinada a mantener a la familia unida.

Acortó su educación formal y se convirtió en profesora, respondiendo a la imperiosa necesidad de gente alfabetizada para enseñar en los colegios que se estaban creando a lo largo de todo el sur. Era una persona que aprendía rápido y, ante la demanda de profesores, trabajó para cualificarse como profesora en Memphis, donde los salarios eran más elevados que en los distritos rurales. En Memphis, Wells-Barnett se unió a un círculo de otros docentes negros que compartían textos y discusiones los viernes por la noche, y que producían un periódico que cubría los acontecimientos y los chismes semanales. Wells-Barnett se convirtió en su editora y la popularidad de su trabajo la animó a escribir columnas, bajo el pseudónimo de Iola, para los periódicos baptistas negros. Su carrera como periodista comienza con esos esfuerzos, y es como periodista como llega al análisis social.

Su primera acción personal relevante de resistencia ante la discriminación ocurrió en este periodo, el 4 de mayo de 1884 cuando, volviendo a Memphis, se sentó como normalmente en lo que se denominaba un «coche de

señoras». El conductor le ordenó que se fuera a la parte de «fumadores». Esta orden, aunque Wells-Barnett no se diera cuenta en su momento, fue consecuencia de la resolución de 1883 de la Corte Suprema de los EE. UU. que declaraba inconstitucional la Ley de los Derechos Civiles del Congreso de 1875. Esta decisión permitió que los estados del sur comenzaran la práctica de segregación racial, de la que los vagones segregados era un ejemplo. Los coches de fumadores estaban divididos, y a los hombres y a las mujeres negros se les ponía en una mitad, que Wells-Barnett describe como «sucia [y] asfixiante» (1892/1969, p.13). En ese día de 1884, Wells-Barnett se resistió enérgicamente, y a su regreso a Memphis inició un procedimiento legal complicado contra los ferrocarriles Chesapeake and Ohio. Escribió titulares cuando ganó el caso en los juzgados: «DARKY DAMSEL SUFRE DAÑOS» (Wells-Barnett, 1970, p. 19). Perdió el caso en la apelación a la Corte Suprema de Tennessee y tuvo que pagar unos 200$ de las costas del juicio, habiendo resistido por cuestión de principios el intento del abogado de los ferrocarriles de llegar a un acuerdo para evitar el juicio. El incidente se hizo famoso en la comunidad afroamericana, y Cooper hace alguna referencia indirecta a ello.

Pero el acontecimiento que condujo a Wells-Barnett a su «cruzada por la justicia» fue el linchamiento de tres hombres negros en Memphis en 1892. Hacia 1889, Wells-Barnett se había embarcado en toda regla en su carrera como periodista y, siguiendo una práctica que mantuvo siempre que le fue posible, fue socia del periódico para el que escribía, *The Free Speech and Headlight of Memphis*. El linchamiento de 1892 se llevó la vida de tres hombres –Thomas Moss, Calvin McDowell y Henry Stuart– que estaban teniendo éxito con una empresa llamada *People's Grocery Company*. Uno de ellos, Moss, era buen amigo de Wells-Barnett, a quien ella describía como alguien que «creía, como yo, que debíamos defender la causa del bien y luchar contra el mal cuando lo veíamos» (1970, pp. 47-48). Su éxito les llevó a discutir con un tendero blanco del otro lado de la calle y a un enfrentamiento en la oscuridad en el que tres hombres blancos fueron heridos. Wells-Barnett informa en su primer libro antilinchamientos, *Southern Horrors*, que «No había ninguna ley en la legislación que mandara ejecutar a un afroamericano por herir a un hombre blanco, pero sí en la "ley no escrita". A tres de estos hombres, el presidente, el gerente y el dependiente de la tienda de comestibles – "los líderes de la conspiración" [de acuerdo con los periódicos de los blan-

cos]– los sacaron secretamente del calabozo y los lincharon de una manera sorprendentemente brutal» (1892/1969, p. 19).

Siendo testigo de cómo los periódicos blancos distorsionaron el acontecimiento, Wells-Barnett empezó una campaña contra el linchamiento a través de las páginas del *Free Speech*. Parte de esta campaña alentó a los negros a seguir las últimas palabras de Moss –«dile a mi gente que se vaya al oeste, no hay justicia para ellos aquí»– y Wells-Barnett informó de un éxodo masivo de negros desde la ciudad, que resultó en pérdidas económicas para los negocios blancos (1970, pp. 53-54). Pero los linchamientos no cesaron en el sur, y en el *Free Speech* del 21 de mayo de 1892, Wells-Barnett escribió el editorial que iba a desterrarla de Memphis y la llevaría a comenzar el análisis de los complejos lazos entre género, raza, clase y localización geopolítica, que forman el núcleo teórico de su sociología. Se enfrentó directamente a lo que se había convertido en la nueva excusa del sur para los linchamientos –las alegaciones de que los hombres negros estaban violando a las mujeres blancas: «Ocho negros linchados desde el último número de "Free Speech"... y cinco por la misma vieja contienda, la nueva alarma sobre la violación de mujeres blancas... Nadie en esta área del país cree el viejo argumento de la mentira infundada de que los hombres negros violan a las mujeres blancas» (Wells-Barnett, 1892/1969, p. 4)–. Sugirió que toda la publicidad podía estar apuntando a una realidad alternativa –que las mujeres blancas se sentían atraídas por los hombres negros–. Los ciudadanos blancos de Memphis quemaron completamente las oficinas del *Free Speech*. Afortunadamente, Wells-Barnett ya estaba fuera de la ciudad, cumpliendo con el compromiso, acordado anteriormente, de dar una charla en una conferencia de la Iglesia Episcopal Metodista Africana, en Philadelphia. Imposibilitada para regresar a Memphis, aceptó una oferta del editor negro Thomas Fortune para escribir en su periódico, el *New York Age*, donde su primer artículo fue una explicación de lo que había pasado en Memphis.

Sus artículos en el *New York Age* la llevaron a otras oportunidades. Conoció a Frederick Douglass, líder de la comunidad afroamericana. Las mujeres negras de Nueva York y de Brooklyn organizaron un homenaje en su honor en el que ella habló por primera vez a una gran audiencia sobre lo que sabía acerca de linchamientos. El homenaje le proporcionó a Wells-Barnett el dinero para publicar su primer libro sobre linchamientos, *Southern*

Horrors[2], y fue el inicio de su carrera como conferenciante pública. Hablando en Philadelphia, conoció a Catherine Impey, una reformadora británica que le ofreció ayuda para llevar su campaña antilinchamientos a Gran Bretaña. Wells-Barnett lanzó una campaña internacional en Gran Bretaña impartiendo clases en dos periodos, en abril de 1893 y en marzo-junio de 1894. Sus clases provocaron una atención enorme de la prensa blanca estadounidense –atención que fue a veces exagerada pero que mantuvo la cuestión del linchamiento ante el público tanto americano como británico–.

Antes de su salida para la primera gira británica, Wells-Barnett estuvo activa en otra lucha que afectaba a la opinión pública, esta vez acerca de la flagrante exclusión discriminatoria de los triunfos afroamericanos en la Exposición Mundial Colombina, que se celebró en Chicago en 1892, un acontecimiento mediático cuyas proporciones rivalizan con las de los actuales juegos olímpicos. Esta exclusión fue particularmente irritante para los afroamericanos porque en el breve cuarto de siglo desde la Emancipación habían realizado enormes logros, aprovechando cada oportunidad que se les proporcionaba remotamente o se les concedía de mala gana. Para exponer esta discriminación descarada tanto a los americanos como a los visitantes extranjeros a la exposición, Wells-Barnett y otros decidieron sacar un panfleto, *The Reason Why the Colored American Is Not in the World's Columbian Exposition* (1893)[3]. Planearon imprimirlo en inglés, francés y alemán, pero la falta de fondos solo les permitió hacer la introducción en los tres idiomas. Además de su propia contribución sobre los linchamientos, el panfleto incluyó artículos de Frederick Douglass, J. Garland Penn, de la *Negro Press Association*, y F. L. Barnett, el abogado de Chicago con el que Wells se casaría en 1895. Se distribuyeron diez mil copias a los visitantes de la feria. El análisis social de Wells-Barnett refleja la idea del poder que tiene un medio de comunicación de masas creciente para moldear la opinión pública y del poder de la relación entre esa opinión y la aplicación o no de una ley. En 1895, produjo su segundo análisis más importante sobre

[2] Su método de distribución fue, en parte, llevar siempre consigo copias del libelo e instar a su audiencia y lectores a pasarlos, o los hechos explicados en el mismo, a otras personas, a propagarlos por el mundo.

[3] El libelo no llegó tarde, sino la Feria; la dirección no pudo acabar los edificios hasta 1893.

los linchamientos, *A Red Record*, en el que usó estadísticas a partir de la cobertura de los periódicos blancos sobre los linchamientos, y en el que decía «Con sus propias palabras condenarán a los asesinos» (1895, p. 15).

Muchos temieron que, tras su matrimonio, Wells-Barnett dejara de ser una activista social efectiva –ella misma habla de los problemas de un «deber dividido»–. Pero su activismo continuó sin cesar hasta el final de su vida. Era una oradora tan efectiva que las afroamericanas de los clubs de mujeres le suplicaban que hiciera giras por Illinois, ofreciéndole alojamiento, pensión completa, y cuidados para su primer hijo: «A menudo me he referido a ello en mis reuniones con las sufragistas pioneras, ya que honestamente creo que soy la única mujer en los Estados Unidos que ha viajado alguna vez por todo el país, para dar discursos políticos, con una niñera » (1970, p. 244). Fue partícipe de las delegaciones negras de protesta que apelaron a los presidentes McKinley y Wilson. Ayudó a organizar numerosos clubs de mujeres negras; intentó construir puentes hacia los grupos de mujeres blancas, con diferentes niveles de éxito; inició su propio centro social pequeño pero altamente efectivo, la *Negro Fellowship League*; trabajó constantemente para crear una organización unificada para los afroamericanos, comenzando con la *Afro-American League* y finalmente contribuyendo a la fundación de la *NAACP*. Y continuó luchando contra la injusticia donde quiera que la encontraba: en casos concretos de abusos de la policía blanca hacia hombres jóvenes negros, los disturbios raciales organizados por los blancos, los intentos del *Chicago Tribune* de presionar para tener escuelas segregadas, la práctica continua de linchamientos, y lo que ella y su marido (con muchos otros) consideraban como los intentos de Booker T. Washington de controlar el poder político negro de los Estados Unidos. Thomas Holt (1982) sugiere que esta última batalla le costó cara a los dos Barnetts, ya que Washington fue un enemigo implacable.

Holt describe a Wells-Barnett como una «guerrera solitaria» y Townes hace una distinción apropiada sobre ella: «no es inusual su incapacidad para trabajar en coaliciones» (1994, p. 173). La propia Wells-Barnett percibió esa incapacidad, como indica el comentario a su marido: «tenía que aprender a quedarme con los amigos a medida que me los encontraba, haciendo concesiones a sus debilidades, y manteniendo de todas formas la amistad» (1970, p. 285). Pero esta incapacidad era resultado de su mayor fuerza:

una audacia absoluta cuando defendía lo que sabía que era correcto. La podían herir y le podían hacer sentir el dolor de un insulto, pero no podían conseguir que se encogiera de miedo cuando daba su opinión. Mantuvo la determinación que le llegó tras el linchamiento de Thomas Moss: «Sentí que uno podía tener una muerte mejor luchando contra la injusticia que muriendo como un perro o una rata en una trampa. Ya había decidido vender mi vida lo más cara posible si me atacaban. Sentí que si me podía llevar a alguno de los que linchaban conmigo, compensaría las puntuaciones un poco» (1970, p. 62).

ANNA JULIA COOPER

Aunque la vida de Cooper todavía espera una biografía principal, ha recibido algún tratamiento por parte de algunas feministas. Las aportaciones más relevantes son: el breve pero bien razonado *From Slavery to the Sorbonne and Beyond: The Life and Writing of Anna Julia Cooper* (1982), de Leona C. Gabel; la panorámica *Anna J. Cooper: A Voice from the South* (1981), de Louise Daniel Hutchinson; la talentosa introducción de la edición de la Schomburg Library de *A Voice from the South* (1988), de Mary Helen Washington, y el estimulante estudio de Karen Baker-Fletcher sobre la teología y la filosofía de Cooper, *A Singing Something: Womanist Reflections on Anna Julia Cooper* (1994). Muchos de los manuscritos de Cooper impresos de forma privada se pondrían a disposición del público en *The Voice of Anna Julia Cooper*, editado por Charles Lemert y Esme Bahn (1998).

En la vida de Cooper, a diferencia de la de Wells-Barnett, el biógrafo no encuentra el punto de inflexión que explica su giro hacia la teoría social. Por el contrario, la vida de Cooper es la historia de un intelecto extraordinario, con un amor genuino por el aprendizaje y la experiencia estética, que se refleja en un mundo que pone barreras a la raza, el género y la clase para el encuentro de ese amor. En los días que precedieron a *A Voice from the South*, Cooper mostró una habilidad y un atrevimiento remarcables en su determinación por hallar una vida que ella pudiera construir, al principio solo en la imaginación, a partir de unos escasos fragmentos.

Cooper nació como Anna Julia Hayworth de Hannah Stanley, una esclava de Fabius Hayworth, probablemente el padre de Cooper. Las memorias

Anna Julia Cooper

escritas a mano de Cooper sobre sus primeros años muestran su amor por aprender y su aprecio por las virtudes de su madre (así como el desprecio hacia su padre): «Mi madre era una esclava y la mujer más elegante que nunca he conocido. Aunque no instruida, podía leer su Biblia y escribir un poco. Uno de mis recuerdos más felices de mi infancia es explicándole la sutil diferencia entre la q y la g, o entre la b y la l. Presumiblemente mi padre fue su maestro, pero si es así no le debo un céntimo. Siempre fue demasiado discreta... incluso para mencionarle» (reproducido en Hutchinson, 1981, p. 4). Aunque su madre y sus hermanos eran solo parcialmente alfabetos, parece que Cooper a los siete años había aprendido a leer y a escribir, a pesar de vivir en medio de una guerra civil y en una sociedad que prohibía enseñar a los esclavos a leer.

Cualquiera que sea la forma en que la adquirió, su alfabetización le dio a Cooper la primera oportunidad de alcanzar un mundo que iba más allá de su casa. Cuando tenía unos ocho años, fue una de las pocas mujeres admitidas en el colegio episcopal de hombres libres que se acababa de fundar, *St. Augustine Normal School and Collegiate Institute*, donde recibió un estipendio por enseñar a otros estudiantes, a menudo hombres adultos, a leer y a escribir. En St. Augustine, Cooper desarrolló un vínculo con la fe episcopal que le duraría toda la vida. Como estudiante extraordinariamente capaz, se describe a sí misma «como Oliver Twist», devorando todo lo que se le ponía por delante y suplicando que le dieran más para estudiar (1892, p. 76). En este propósito, tuvo sus primeros encuentros personales con la discriminación por género en la educación; el colegio ayudaba a los estudiantes masculinos y dejaban que ella y otras mujeres, sin importar lo capaces que fueran, lucharan por conseguir sus propios medios; tuvo que implorarle al presidente del colegio que le permitiera ir a su primera clase de griego. Su amor por aprender y su devoción a la Iglesia Episcopal se unieron en sus clases de griego, que enseñaba George A. C. Cooper, un nativo de las Indias Británicas Occidentales, que se convirtió en el segundo negro ordenado por

la Iglesia Episcopal de Carolina del Norte, y con quien se casaría en 1877. Después de su muerte en 1879, ella nunca se volvió a casar; y en los años que siguieron mostró su continua lealtad a una gran cantidad de valores y experiencias –la educación, la fe, su matrimonio con Cooper, y la grandeza del pueblo afroamericano– como, por ejemplo, en la donación a la capilla del colegio de un vitral en memoria de su marido, con la historia de Simón de Cyrene, el hombre negro que, según la leyenda, llevó durante parte del camino la cruz de Jesús en su marcha hacia la crucifixión.

Tras la muerte de su marido, Cooper adoptó la valiente decisión de intentar dejar St. Augustine, donde había estado enseñando, e ir hacia el norte en busca de más educación. Sin tener en cuenta los modelos de rol, escribió a *Oberlin College* en Ohio, conocida por ser una institución pionera en la admisión de estudiantes mujeres y afroamericanas, y actuó guiada por lo que sabía de la reputación del centro y por los rumores. Cooper intentó ser admitida en el riguroso programa de licenciatura de Oberlin, no en el programa de magisterio. Solo una mujer negra, Mary Jane Patterson, de la promoción de 1862, había completado el programa de licenciatura antes de la admisión de Cooper. Cooper escribió directamente al director de Oberlin, se presentó como lo que hoy denominaríamos una estudiante no-covencional –«la viuda de un pastor episcopal (de color)»– y enfatizó lo ajustada que estaba su situación económica, la seriedad con la que se tomaba su educación, y su completa preparación (haciendo un listado con la transcripción impresionante de sus cursos de latín, griego y matemáticas) (Hutchinson, 1981, p. 32). Acabó pidiendo la gratuidad de la matrícula.

Cooper entró en Oberlin en otoño de 1881, el mismo año que otras dos mujeres afroamericanas, Mary Church (Terrell) e Ida Gibbs, ambas más jóvenes y de familias acaudaladas. En Oberlin, vivió con la familia Churchill, grande y confortablemente situada –el profesor Charles H. Churchill, su mujer, Henrietta Vance Churchill, sus cuatro niños, y la «abuela Vance»– y fue buena amiga de los Churchill durante toda su vida. El hogar Churchill convirtió en realidad la vida culturalmente rica que Cooper había imaginado. Hutchinson sugiere: «Los Churchill le mostraron otro estilo de vida, y la fiera determinación de su madre y el entorno cultural de los Churchill se convirtieron en los modelos que ella recordaría [siempre]» (1981, p. 37).

Cooper se graduó en Oberlin en 1884 y durante los siguientes tres años experimentó para ganarse la vida –primero enseñó matemáticas e idiomas mo-

dernos en la *Wilberforce University*, una escuela negra en Xenia, Ohio, y después, en 1885, en respuesta a las inquietudes de su madre, volvió a Raleigh, para trabajar de profesora en St. Augustine–. Ayudó a su madre y a la viuda de su hermano y sus seis hijos y trabajó como miembro de la *North Carolina Teachers' Association* (un grupo negro). En 1886, viajó a Washington, D. C., para dar un discurso en una reunión del clero episcopal afroamericano sobre el tema «La mujer: un elemento vital en la regeneración y el progreso de la raza»; el discurso se convirtiría en un capítulo de *A Voice from the South.*

Hacia 1887, Cooper buscó una vida más amplia de la que Raleigh le ofrecía. Tras lograr obtener un máster en Matemáticas en Oberlin, recibió una oferta a través de sus contactos en Oberlin para enseñar matemáticas y ciencias en el único centro negro de enseñanzas secundarias de Washington, D. C. El *Washington Colored High School* (conocido localmente como «el Colegio de la calle M») admitía a los estudiantes tras un examen de cualificación, sacado de una mezcla de clases de economía, y ofrecía tanto formación industrial como cursos en artes liberales. En 1891, Cooper enseñó latín y también matemáticas y ciencias en el último curso.

En Washington, Cooper logró la vida culturalmente rica que quería. Forjó sus relaciones personales más significativas, su amistad con el Reverendo Francis J. Grimké y su sofisticada y artística mujer, Charlotte Forten Grimké. Hasta la muerte de Charlotte Grimké en 1914, mantuvieron, con un reducido grupo de amigos, una rutina de cada fin de semana: los viernes se reunían para debatir, estudiar y escuchar música en casa de los Grimké y los domingos en la de Cooper. En esos primeros años en Washington, Cooper empezó a ser requerida como oradora pública, y usó sus charlas para elaborar un conjunto de obras escritas que, en 1892, compondrían *A Voice from the South*. Sabemos por ese libro que en los años que precedieron a su publicación, Cooper desarrolló un análisis social sistemático que explicaba los acontecimientos de su vida personal, de la comunidad afroamericana, de las movilizaciones femeninas, de la literatura y la cultura popular americanas y de la sociedad de los EE. UU. Habló en la Universidad de Howard sobre la importancia a nivel nacional de la enseñanza superior de las mujeres; fue a un intercambio con profesores negros en Toronto, que le proporcionó la oportunidad de hacer comparaciones interculturales sobre las relaciones raciales; escuchó la charla «Women versus Indian» de la sufragista blanca Anna

Shaw, en el *National Woman's Council* en Washington, D. C., y discrepó de su premisa básica; respondió inmediatamente a la publicación del poema racista blanco «A Voodoo Prophecy», que había irritado a la comunidad afroamericana; siguió críticamente los informes del censo de 1890 y ofreció una de las primeras críticas a la novela de William Dean Howell sobre relaciones raciales, *An Imperative Duty* (1892). Estos acontecimientos constituyeron la base empírica de su teoría social.

En 1892, Cooper publicó su gran trabajo de análisis social, *A Voice from the South,* en el que sostenía que las mujeres negras tenían un ángulo de visión distinto del mundo social: «desde su peculiar atalaya de observadora muda... la mujer de color... mira... para sopesar, juzgar y aconsejar» (1892, p. 138) (véase «Teoría social general»). El libro recibió valoraciones superlativas en publicaciones similares blancas y negras, muchas de las cuales están resumidas en *Noted Negro Women: Their Triumphs and Activities* (1893) de Monroe Majors. El *Transcript* de Boston, el *Inter-Ocean* de Chicago, el *Plaindealer* de Detroit, el *Philadelphia Public Ledger*, el *Kingsley Times* (Iowa) y el *Public Opinion* le brindaron críticas laudatorias. El *New York Independent* sugirió el talante de la acogida general del libro: «Es un secreto a voces que la autora de este volumen es la Sra. A. J. Cooper. Pone una voz al libro... de la que es imposible desprenderse. Escribe con una pasión intensa pero controlada, basada en hechos contundentes» (Majors, 1893, pp. 284-285).

La década desde 1892 hasta 1902 fue una de las más estimulantes para Cooper. En 1893, ella y otras dos mujeres afroamericanas, Fannie Barrier Williams, una líder de los derechos civiles de Chicago, y Fannie Jackson Coppin, una autoridad respetada en el ámbito de la educación, fueron invitadas a dar una charla en un encuentro especial del Congreso de Mujeres (blancas) celebrado en Chicago y que coincidió con la Exposición Colombina. En 1894, la *Colored Women's League* de Washington, D. C., que ella había ayudado a organizar, incorporó oficialmente una gran cantidad de servicios que se empezaron a ofrecer –clases sobre tareas del hogar, formación de profesoras de jardines de infancia, ayuda para los negros pobres que habían inmigrado desde el sur rural–. En 1895, Cooper participó en el primer Congreso Nacional de Mujeres de Color en Boston. En 1896, asistió a la primera Convención Anual de la *National Federation of Afro-American Women* –un acontecimiento que se hizo glorioso por la presencia de Harriet Tubman–.

Cooper fue una de las pocas mujeres que participó en la *American Negro Academy*. En 1900, asistió al primer Congreso Panafricano en Londres, donde impartió la conferencia «El problema negro en América».

Esta productividad finalizó en 1902, cuando Cooper se convirtió en la directora del Colegio de la calle M. La carga de trabajo como directora y su compromiso al servicio de la comunidad negra le dejaron poco tiempo para escribir, y su gestión se complicó por el intenso debate político sobre la educación negra. Mucha gente, en las comunidades blancas y negras, por una mezcla de razones, apoyó el plan de Booker T. Washington del *Tuskegee Institute* que defendía una férrea formación en artes industriales como la mejor manera de garantizar a la población negra un lugar en la sociedad de los EE. UU., otros se implicaron igualmente con la reivindicación de W. E. B. DuBois de una educación en artes liberales para preparar al «diez por ciento con talento» como núcleo de liderazgo de la raza. Cooper intentó mantener una posición intermedia en este debate, reconociendo la validez de la formación industrial pero creyendo también que a los estudiantes negros que tenían pasión por el aprendizaje clásico se les debía permitir igualmente –que la mente no conocía ninguna línea de color–. Pero a pesar de sus mayores esfuerzos, acabó enredada en lo que se conoció como «la controversia del Colegio de la calle M». Todavía se está analizando esta batalla, pero en líneas generales podemos identificar sus elementos principales: racismo blanco, desacuerdo negro y sexismo. La propia declaración de Cooper es un buen resumen:

> Durante mi dirección en el M. St. H. S., la direc.[ción] de color estaba bajo la supervisión del inspector blanco de los Centros de Enseñanza Secundaria. En una reunión con los directores se le comunicó [Cooper se refiere a sí misma], cuando surgió la cuestión de la becas para la universidad, que sus graduados no eran candidatos a intentarlas. Al mismo tiempo, el director recomendó al congreso que se le asignara un currículum diferente al Centro de Enseñanza Secundaria de Color, cuyos estudiantes dijo que no estaban capacitados para hacer el trabajo normal. La insubordinación estaba penalizada y, de hecho, se perseguió a la directora cuando envió, directamente de las clases de M. St, a Harvard, Yale, Brown y Oberlin a estudiantes que pasaron exitosamente sus exámenes de ingreso... Por cuyo imperdonable "pecado" contra la supremacía racial sufre la directora hasta el presente el castigo de la condena, tanto por parte de los maestros blancos como de los lacayos de color (citado en Gabel, 1982, p. 54).

La idoneidad de Cooper como directora fue cuestionada y se la calumnió con acusaciones típicamente machistas como que no podía mantener la disciplina, que empatizaba demasiado con los estudiantes mal preparados, y que ella misma había tenido un comportamiento inmoral con su hijo adoptivo (había adoptado a John y Lula Love, de Carolina del Norte, cuando sus padres murieron en la década de 1890-1899). En 1906, el consejo canceló los contratos de todos los profesores, contrató de nuevo a cada profesor individualmente, y Cooper no fue vuelta a contratar. Pasó los siguientes cuatro años enseñando en la Universidad Lincoln de Jefferson City, Missouri –un periodo que ella consideró como un exilio–. En 1910 un nuevo inspector la invitó a enseñar latín otra vez en el Colegio de la Calle M.

Degradada pero no rota, Cooper regresó a Washington determinada a defenderse completando su doctorado, un proyecto que hacían difícil las continuas políticas del sistema de escolarización del distrito y su propia decisión, en 1915, de asumir la tutela de los cinco nietos de su hermano fallecido. Antes de esta adopción, había estudiado intermitentemente durante sus veranos en París –era una lingüista dotada– y había continuado con la preparación de la edición de una épica medieval francesa para su doctorado en Columbia. Pero la tutela hizo que cumplir con los requisitos de residencia en Columbia fuese imposible. No fue hasta 1922, cuando los niños ya eran mayores, que intentó de nuevo el doctorado –esta vez en la Sorbona–. Cooper, pasados los sesenta años, convalidó sus créditos de Columbia y escribió su tesis, *Slavery and the French Revolutionists*, 1788-1805, en francés (1925/1988), doctorándose en 1925.

Cooper vivió otros activos cuarenta años. Después de retirarse del sistema educativo de la D. C., asumió la dirección de un programa de educación para adultos conocido como la Universidad Frelinghuysen, diseñado para trabajadores negros, hombres y mujeres. Dirigió esta universidad alejada de su casa hasta 1940, cuando se retiró de nuevo. En 1951, a los 93, publicó de forma privada un trabajo en dos volúmenes, *Personal Recollections of the Grimké Family and the Life and Writings of Charlotte Forten Grimké.*

Al valorar la vida de Cooper, Baker-Fletcher sugiere que quizás «fracasó en cuestionar la ideología de clase en la que había crecido, una vez que había subido en la escala socioeconómica» (1994, p. 173). Hasta cierto punto esto puede ser cierto, pero se debe señalar en su defensa de que pudo haber

encontrado en el mundo de las ideas un lugar donde se sentía absolutamente a gusto. En su filosofía educativa y en su servicio social, Cooper parecía haber equilibrado el respeto por las artes manuales con su amor genuino por la vida intelectual. Su teoría social es, en parte, una respuesta al mundo que, según la raza, la clase y el género, niega a algunas personas esa «sensación de libertad mental... necesaria para la... búsqueda inspiradora de la belleza. Un pájaro no puede trinar sus notas más preciosas mientras los alambres de su jaula le pinchan y acalambran a cada latido de su corazón» (1892, p. 223).

TEORÍA SOCIAL GENERAL

PREMISAS

Las ideas de Cooper y Wells-Barnett estaban moldeadas por el discurso de la comunidad afroamericana (Collins, 1990; Giddings, 1984), que trabajaba por definirse a sí misma bajo las nuevas condiciones que parecían hacerse posible por la emancipación, y en relación con el discurso blanco, gran parte de él racista. Esta comunidad de intelectuales y activistas, muchos de ellos mujeres, incluía a negros libres que habían sido activos en las actividades abolicionistas de antes de la Guerra Civil, negros mayores que habían vivido bajo la esclavitud durante buena parte de sus vidas, y miembros de la generación a la que Cooper y Wells-Barnett pertenecían, la primera que creció tras la emancipación[4].

Esta comunidad tenía como una de sus premisas que la dominación blanca y su doctrina acompañante de supremacía blanca tenían que ser confrontadas. El darwinismo social americano le estaba dando legitimidad intelectual a los blancos, que en esa época significaba ser anglosajón y practicar el imperialismo fuera y la supremacía en casa, produciendo dogmas como el de

[4] Con respecto a si los años formativos fueron principalmente esclavos o libres, Cooper (1858-1964), Wells-Barnett (1862-1931), Booker T. Washington (1856-1915), W. E. B. DuBois (1868-1963) y Mary Church Terrell (1863-1954) pertenecen a esta primera generación tras la emancipación; Frederick Douglass (ca. 1817-95), Harriet Tubman (ca. 1820-1913) y Sojourner Truth (ca. 1797-1883) pertenecen a aquellos que habían vivido parte de sus vidas como esclavos; y Fannie Barrier Williams (1855-1930), Charlotte Forten Grimké (1837-1914) y Frances Ellen Watkins Harper (1825-1911) son ejemplos de aquellos que nacieron en familias negras libres antes de la emancipación.

James K. Hosmer en *Short History of Anglo-Saxon Freedom*: «Aunque la libertad anglosajona haya sido... imitada... de forma más o menos parcial... Solo esta raza la ha preservado en medio de un millar de peligros; solo en esta raza es absolutamente congénita» (en Hofstandter, 1955, p. 174). Este mismo racismo vino a infectar y corromper la movilización de las mujeres blancas por el sufragio, comenzando quizás por los fieros debates en torno a la Enmienda Décimoquinta, que dio a los hombres negros el derecho al voto mientras se seguía negando ese derecho a todas las mujeres. O'Neill resume el racismo en el movimiento de las mujeres blancas como sigue:

> Hacia la década de 1890-1899, el crecimiento de los sentimientos racistas a lo largo del país y la emergencia de una movilización sureña por el sufragio se combinaron para hacer, como indica Aileen Kraditor, un «pacto entre el sufragio femenino y la supremacía blanca», ambos naturales y apropiados. Fue sellado en la convención de la NAWSA en Nueva Orleans en 1903. En esa ocasión Anna Howard Shaw [argumentó que los hombres blancos] «han puesto el voto en las manos de vuestros hombres negros, haciéndoles políticamente superiores a vuestras mujeres blancas. Nunca antes en la historia del mundo se han hecho a los antiguos esclavos políticamente superiores a las antiguas señoras...». Con la adopción de ese discurso tan duro por parte de la Dra. Shaw, que había crecido en Michigan, nadie esperaba que las mujeres sureñas fuesen más cándidas. (1971, p. 70).

El hecho de que mujeres como Shaw y Susan B. Anthony actuaran a menudo de maneras personalmente liberales –maneras de las que informaron tanto Cooper como Wells-Barnett– confundía la situación. Caraway, en *Segregated Sisterhood*, señala que este doble rasero en el comportamiento «debería servir como un aviso de la limitación de los compromisos personales con la decencia; esas metas privadas conducían fácilmente a otros intereses percibidos» (1991, p. 154).

En medio de este racismo creciente, las mujeres afroamericanas se pronunciaron en un contexto doble y a veces triple: como negras y como mujeres ante los americanos blancos, como mujeres ante los hombres negros, y como personas de orígenes particulares de clase ante ellas mismas. Se definieron a sí mismas ante la América blanca como ciudadanas americanas negras y como cristianas, enfatizando los vínculos que habían compartido con los americanos blancos y el fracaso de los americanos blancos en mantener sus propios principios. En 1891, Frances Ellen Watkins Harper, ora-

dora, poeta y novelista, al dirigirse al *National Council of Women of the United States*, en Philadelphia, presentó el caso afroamericano:

> Considero un privilegio presentar al negro, no como una mera persona dependiente que pide empatía norteña o compasión sureña, sino como un miembro del cuerpo político que ha reclamado justicia a la nación, simple justicia, que es el derecho de cada raza. Que ha reclamado protección al gobierno, que es la demanda legítima de cualquier ciudadano, y que espera la mejor influencia que nuestra cristiandad común pueda ejercer para lograr la paz en la tierra y la buena voluntad de los hombres...
>
> Un gobierno que pueda proteger y defender a sus ciudadanos del mal y de la crueldad y no lo hace es cruel. Un gobierno que lo haría y no puede es débil; y donde la vida humana sea insegura por la debilidad o la crueldad en la administración de la ley, habrá falta de justicia (1891/1976, pp. 247-248).

Además, las mujeres negras tenían que hacer frente a la acusación, siempre presente y raramente manifestada públicamente, de inmoralidad sexual. Cuando intervino en la Conferencia de Mujeres de Chicago en el año de la Exposición Colombina, en la misma tarima de presentación que Cooper, la líder de los derechos cívicos de Chicago, Fannie Barrier Williams, detalló los extraordinarios logros de las mujeres afroamericanas, y después hizo recaer la inmoralidad sexual en la institución blanca de la esclavitud y en los hombres blancos, y aludió sutilmente a la explotación sexual continuada de las mujeres negras por los hombres blancos elogiando el «sentimiento caballeresco» de los hombres afroamericanos de proteger a las mujeres de su raza: «no deseo interrumpir la serenidad de este congreso sugiriendo por qué se necesita esta protección o el tipo de hombres frente a quienes se necesita» (1893/1976, pp. 274-275).

En situaciones que enfrentaban la identidad de raza con la identidad de género, las mujeres negras tendían a estar de acuerdo con el análisis de Harper: «cuando era una cuestión de raza, se dejaba pasar la cuestión menor del género. Pero las mujeres blancas todas van por la cuestión de género, dejando que la raza ocupe una posición menor» (Lerner, 1972, p. 245). Giddings indica, no obstante, que mientras que hubiese una movilización fuerte y blanca antisufragista, «sería difícil encontrar alguna mujer negra que no defendiera el derecho a voto» como forma de detener la explotación sexual, aumentar la educación, y mejorar las condiciones de trabajo (1984, p. 120).

Mary Church Terrell expresó las preocupaciones que tenían las mujeres negras entre ellas sobre las diferencias de clase y sobre el deber de aquellas empoderadas por la posición de clase hacia las desempoderadas. Terrell, figura líder en el movimiento del club de mujeres negras, argumentaba que «La supervivencia demanda que [las mujeres negras] se fueran con las humildes... a quienes están atadas por lazos de raza y sexo... para recuperarlos» (citado en Giddings, 1984, p. 97). Las mujeres negras sabían que las diferencias de clase entre ellas pasaban largamente desapercibidas en un mundo blanco en el que la raza era el primer identificativo que se imponía sobre ellas, y el género, el segundo. La clase y el logro individual podían pasar inadvertidos y nunca contaban lo suficiente como para sobreponerse a las otras dos identidades.

Finalmente, como parte de sus premisas, Cooper y Wells-Barnett se implicaron en debates sobre el progreso y la historia. Como otras afroamericanas, creyeron que tenían suerte de vivir en esta época de oportunidades nacientes. En su tratamiento de la historia, Cooper y Wells-Barnett asumen que sus lectores conocen la historia de los EE. UU. y los acontecimientos del momento –sobre todo la esclavitud y la Reconstrucción– pero que al mismo tiempo esos lectores pueden tener el sesgo blanco de esa historia y esos acontecimientos. Sus textos muestran que una interpretación alternativa de la Reconstrucción ya tenía lugar en la comunidad negra, como sugiere la descripción de Cooper sobre la misma como un periodo de «presunta corrupción de la supremacía del negro, nombrado más propiamente como el periodo del resentimiento y la deserción blancos del deber» (1892, p. 192).

TEMAS PRINCIPALES

Cooper y Wells-Barnett construyen un análisis sociológico de la sociedad como una dinámica de poder y diferencia, una teoría tan completa y crítica como cualquiera elaborada en la sociología americana, una teoría del conflicto radical, pero no marxista. Su atención se centra en la interacción patológica entre diferencia y poder en la sociedad de los EE. UU., una situación que etiquetan de formas diferentes como «represión», «dominación», «supresión», «despotismo», «subordinación», «subyugación», «tiranía», «nuestro conflicto americano». Mirando la sociedad a través de la doble lente de la raza y del género, llegan también a la clase, y ayudan a crear una socio-

logía feminista negra. Esta sección presenta su sociología en función de cuatro temas: su idea del proyecto de análisis social y del método apropiado para ese proyecto, su modelo del mundo social, su teoría de la dominación, y su alternativa a la dominación.

1. Cooper y Wells-Barnett crean su sociología desde la perspectiva del oprimido; para ellas, el proyecto de análisis social es la justicia y el método apropiado para el proyecto es el examen-cruzado. Cooper y Wells-Barnett emprendieron el análisis social como parte de su resistencia moral a la opresión. Al estar en la situación de los oprimidos, usan el análisis social para *ser testigos* de lo que está pasando, como medio para empoderar a la comunidad afroamericana, exponiendo a los opresores y apelando a las conciencias del público potencialmente partidario. Wells-Barnett (1892/1969) empieza su análisis del linchamiento con esta declaración: «Alguien debe mostrar que se ha pecado más contra la raza afroamericana de lo que ella ha pecado, y parece que hacerlo ha caído sobre mí... Si este trabajo puede... despertar la conciencia del pueblo americano para demandar justicia... Sentiré que he hecho un servicio a mi raza» (1892/1969: prefacio). Cooper ofrece en esencia la misma justificación para su proyecto teórico, que define como parte «de nuestro conflicto americano» sobre la raza, diciendo que ella habla «porque creo que el pueblo americano está conscientemente comprometido con un juicio justo y unas pruebas coherentes y porque siento que es esencial que la verdad se presente en el estrado desde *cada* punto de vista, para conseguir una comprensión perfecta y un veredicto ecuánime» (1892, p. II)*.

Cooper contrasta explícitamente esta orientación de la sociología con la de la objetividad científica, un contraste que ella tipifica como el que hay entre la «fe» y el «escepticismo» (y entre los representantes que ella considera de la ciencia escéptica, o «desapasionada», están Auguste Comte y Herbert Spencer). La fe es esencial para que el individuo, la raza, la nación, cubran «la gran necesidad fundamental... de heroísmo, devoción, sacrificio» –cualidades incompatibles con «un espíritu principalmente escéptico»–. Define la fe como «*el tratamiento de la verdad como verdad*» (1892,

* Un asterisco que sigue a una cita en el texto significa que el pasaje citado se ofrece en un contexto más amplio en las lecturas al final del capítulo.

p. 297). Las personas, incluido el analista social, no siempre estarán de acuerdo con la verdad; pero las personas, como agentes con una moral, deben declarar abiertamente y practicar públicamente lo que ellas creen que es verdad. Wells-Barnett comparte el sentir de Cooper de que la acción moral empieza con la voluntad de vivir lo que se profesa creer.

Cooper y Wells-Barnett usan dos principios como referentes morales que dan soporte a su análisis de la sociedad: (1) si los actores en una situación son fieles a los principios que profesan y, (2) si los actores en una situación se ajustan a los propios principios del analista sobre el comportamiento justo. Para Cooper la fuente fundamental de la verdad está en la religión. Aplicando ese referente a la sociedad americana de su tiempo, y especialmente a la situación de los afroamericanos, analiza la situación como resultado directo de la confusión en la fe de los anglosajones: «[L]a posición problemática que ocupan actualmente los descendientes de los africanos en la política social americana... crece... de la continua indecisión en la mente de los descendientes más poderosos de los sajones sobre si es apropiado aplicar las máximas de su religión a sus relaciones civiles y políticas» (1892, p. 185). El posicionamiento moral de Wells-Barnett está en los principios de la democracia americana. Su crítica a los Estados Unidos es por su fracaso en acatar sus leyes. En su análisis, ella invita a tener en cuenta a aquellas personas que señala como hipócritas –por practicar acciones contrarias a sus promulgadas leyes, por mentir sobre la conexión entre sus acciones y sus leyes, o por su fracaso en denunciar las prácticas que saben con certeza que contradicen dichas leyes–.

Cooper y Wells-Barnett deben inventar una estrategia para hacer investigación desde su posición de subordinadas con algo de capital social, pero sin los recursos que los dominantes pueden emplear para producir y divulgar el conocimiento para toda la sociedad. Deciden usar la escenografía de la sala de un juzgado a la hora de encuadrar su método de análisis social. Ellas «hacen un examen cruzado»: establecen su propia perspectiva; y desde ella al margen del poder desafían las declaraciones de los dominantes sobre los hechos, usando las propias palabras de los dominantes como evidencia; dan sus propias versiones como testigos oculares y «citan» como pruebas los relatos de otros subordinados. Ellas, además, crean un enfoque empírico crítico y forense.

Al hablar como testigos, Cooper y Wells-Barnett presentan datos de sus propias observaciones de situaciones y acontecimientos, por ejemplo, de las leyes y costumbres en el transporte público de Jim Crow, de sus viajes a otros países en los que la raza no era un instrumento de práctica opresiva, de las condiciones en Memphis antes y después del linchamiento de Thomas Moss (Wells-Barnett), de las barreras a la educación para las mujeres afroamericanas (Cooper). Ambas intentan recoger ellas mismas los datos. Cooper envía un cuestionario a las universidades que admiten a mujeres, y les pide sus estadísticas acerca de la educación de las mujeres negras (1892, pp. 73-74) y dirige el comité para estudiar el *Georgia Convict Lease System* establecido por el *National Association of Colored Women's Clubs* (Hutchinson, 1981, p. 96). Wells-Barnett inicia su propia investigación con la correspondencia que sigue a los disturbios raciales de 1900 en Nueva Orleans (1900/1991, p. 311-314). En la parte de su autobiografía que cubre los años en Chicago, narra de nuevo sus intentos personales por trabajar haciendo observación participante en situaciones en las que los disturbios y los linchamientos eran inminentes o se estaban calmando.

Pero, en general, las diferencias de poder en la sociedad significan que Cooper y Wells-Barnett deben usar al «acusado», es decir, al opresor blanco, como su fuente de datos fundamental, interpretando los textos producidos por los dominantes que controlan la producción del conocimiento. Wells-Barnett señala su intención de usar los relatos sobre linchamientos de los periódicos blancos como su principal base de datos en *A Red Record* (1895):

> El propósito de las siguientes páginas es proporcionar el registro que han hecho, no los hombres de color, sino el que es resultado de las compilaciones realizadas por los hombres blancos, de informes enviados por los hombres blancos del sur al mundo civilizado. Con sus propias palabras condenarán a los asesinos... [L]os incidentes relatados de aquí en adelante han sido confirmados por aquellos por quienes responde el [*Chicago*] *Tribune* (1895, p. 15).

Cooper y Wells-Barnett muestran cómo ven la situación quienes dominan, y valoran esa perspectiva desde los referentes que ellas han establecido como la base moral de su crítica: (1) cómo la situación, tal y como está descrita, se ajusta a los principios que profesan los dominantes; (2) cómo los principios que profesan se ajustan en una situación particular a los principios más generales de la norma jurídica, de la ética de la tradición judeo-cristiana y de la lógica de la razón humana.

Una estrategia es dejar simplemente que los propios textos de los dominadores los incriminen. Cooper, por ejemplo, presenta la descripción del historiador francés Hippolyte Taine de las hordas anglosajonas del siglo V para establecer su representación de la herencia anglosajona de agresividad desenfrenada: «Cuerpos blancos, enormes, de sangre fría y fieros ojos azules, pelirrojos y rubios... Piratas y ladrones brutos y borrachos... atracan en cualquier lugar, lo aniquilan todo» (1892, p. 157). Wells-Barnett muestra los mismos rasgos en los americanos blancos de su momento, a través de los relatos de la prensa blanca sobre los linchamientos a negros. Por ejemplo, reproduce el relato del *Sun* de Nueva York sobre la tortura y asesinato de un negro mentalmente discapacitado llamado Henry Smith, acusado de asesinar y violar a una niña blanca de cuatro años –una acusación que nunca se probó–:

> No se pueden encontrar palabras para describir la terrible tortura que se le infligió a Smith... El padre de la niña, el hermano y dos tíos se reunieron alrededor del negro que yacía atado a la plataforma de tortura y le clavaron hierros incandescentes en su carne temblorosa... La densa muchedumbre congregada de unas 10.000 personas celebraba cada gemido del desalmado, cada contorsión de su cuerpo... Tras quemar sus pies y sus piernas, hicieron rodar las barras de hierro incandescente –tenían muchas a punto, preparadas a mano– por el estómago, la espalda y los brazos de Smith. Después le quemaron los ojos y le clavaron hierros en la garganta» (1895, p. 27)*.

Wells-Barnett reimprime el relato completo en *A Red Record.*

Una segunda estrategia consiste en criticar y rehacer los datos producidos por los que están en el poder. Usando los informes sobre linchamientos producidos por el *Chicago Tribune*, Wells-Barnett elabora estadísticas que muestran la naturaleza exacta del supuesto crimen de la víctima, el estado en el que ocurrió el linchamiento, el sexo, edad y raza de la víctima. Detecta anomalías en la contextualización, como la hora del linchamiento en un informe: «En Books County, GA, el 23 de diciembre [1894], mientras este país cristiano se preparaba para la celebración de la Navidad, siete negros fueron linchados en veinticuatro horas porque se negaron o fueron incapaces de dar el paradero de un hombre de color llamado Pike, que mató a un hombre blanco» (1895, p. 91). Y examina algunas conclusiones que se pueden extraer de los datos: la más importante, que a pesar de la excusa repetida del hombre negro que viola a una mujer blanca, solo un tercio de las víctimas negras de los linchamientos

habían sido acusados de ello. Cooper también critica la información blanca. Señala el racismo encubierto en los datos censales:

> Me gustaría ser capaz de dar estadísticas fiables sobre la productividad mecánica y agrícola de los trabajadores negros, pero hasta ahora no he sido capaz de obtenerlas... Nuestros agentes censales capaces y eficientes nunca dibujan la línea de color con respecto a la producción laboral. No hay problema en pasar a la página que indica exactamente qué porcentaje de población de color es analfabeta, o simplemente cuántos han sido condenados en los tribunales; no tiene sentido tomarse la molestia de especificar si fue por hurto mayor o por un pastel de jengibre, o por robar medio fantástico millón de un banco y huir a Canadá: todos son delitos, por supuesto, y las estadísticas sobre criminalidad y analfabetismo deben estar detalladas –y coloreadas– de forma precisa (1892, pp. 268-269).

Analizando la representación de los afroamericanos en la literatura americana blanca, Cooper señala, en primer lugar, la ausencia general de tal representación, y después critica los retratos que crean los blancos, a menudo por su ignorancia sobre el sujeto o incluso por su deseo de hacer daño. Como ejemplo particularmente ofensivo de ignorancia toma la novela *An Imperative Duty* (1892), de William Dean Howells, que trata frívolamente el mestizaje. Howells perteneció al realismo americano, una escuela que reivindicaba la elaboración de un retrato veraz de la vida. Sin embargo, su caracterización de la experiencia negra es imprecisa y apresuradamente dibujada. Howells, en opinión de Cooper, fracasó en cumplir su propio criterio; «Mr. Howells fracasa... porque da solo una verdad a medias, una media verdad partidista. Creo que no era asunto suyo abordar una cuestión sobre la que sabía tan poco, que le importaba tan poco... [E]s un insulto a la humanidad y un pecado contra Dios publicar tales generalizaciones indiscriminadas sobre la raza con una información tan exigua y superficial» (1892, p. 203). Wells-Barnett, citando el trabajo de Frederick Douglass, ofrece una crítica extensa sobre las diversas excusas que los blancos sureños han usado a lo largo de la historia para sus ataques masivos a los afroamericanos: temor a la insurrección, necesidad de mantener un gobierno de hombres blancos ante el miedo al derecho al voto masculino negro, y la violación. Ella sitúa cada excusa en su contexto histórico y concluye: «Si la población sureña, en defensa de sus crímenes, dijera la verdad y admitiera que se lincha a los hombres y a las mujeres de color por casi cualquier

ofensa, desde el asesinato hasta un delito menor, no habría necesidad ahora de esta [investigación]» (1895, p. 11)*.

2. Cooper y Wells-Barnett analizan cualquier situación investigada en términos del grado con el que la diferencia y el poder interactúan patológicamente, como en la dominación, o justamente, como en el equilibrio. Cooper y Wells-Barnett presentan un modelo de vida social en el que las consecuencias para los individuos y para los grupos se basan en las formas en que se ejerce el poder y se organiza la diferencia –por raza, clase, género y localización geopolítica–. Extrapolan este modelo a las situaciones específicas que analizan y lo aplican a ellas. Muchas de las situaciones específicas a las que se enfrentaron fueron idénticas: las leyes segregacionistas de Jim Crow, la exclusión de los afroamericanos de la Exposición Colombina, la negación blanca de la contribución de los afroamericanos a la construcción de los Estados Unidos, el abuso hacia los afroamericanos por parte de los sistemas político y legal, la tergiversación de los afroamericanos en los medios de comunicación y cultura blancos, el trabajo de creación de los movimientos de mujeres negras y su intento de tender puentes con los movimientos de mujeres blancas. Pero diferían las situaciones más personales y absorbentes que analizaban. La experiencia directa de Wells-Barnett con el linchamiento la llevó a una cruzada de toda una vida por la justicia, que fue entonces y es ahora la base de su reputación. La posición de Cooper como educadora e intelectual la llevó a concentrarse en la discriminación hacia los negros en la educación y la negación blanca de la inteligencia negra, así como a una inquietud especial por la negación de las oportunidades educativas a las mujeres negras –una negación de la que a menudo eran cómplices los hombres negros–.

La sociedad americana, en los modelos de Cooper y de Wells-Barnett, se balancea entre dos posibles configuraciones de la diferencia: la dominación o el equilibrio. El proyecto de la dominación es de control absoluto, y encontró su máxima expresión en la esclavitud, que Cooper describe como el esfuerzo del sureño de hacer al negro «absolutamente suyo en cuerpo, mente y alma» (1892, p. 102). En América, la dominación racial distorsiona la «diferencia», que significa tanto la separación de la norma de los blancos anglosajones como la subordinación a la misma: «como si llegar a ser blanco fuera la única panacea... el disolvente universal de toda la irri-

tación de América» (Cooper, 1892, p. 172). Para Wells-Barnett, la dominación se encarna en los linchamientos, una práctica «por la que la fuerza hace el derecho... aplicada a la gente por su raza o color» (1895, p. 7; 1892/1969, p. 10). Ambas creen que la clase y el género están implicados en el denominado «problema racial». Wells-Barnett (1970) sostiene que «El linchamiento era una excusa para deshacerse de los negros que estaban adquiriendo riqueza y prosperidad» (1970, p. 64). Cooper se centra especialmente en el problema del machismo al que se enfrentan las mujeres en general y las mujeres negras en particular.

En su modelo, la intersección entre la diferencia y el poder no produce inevitablemente dominación. La alternativa a la dominación es el equilibrio. El equilibrio no está libre de conflicto pero está libre de dominación. En el equilibrio ningún interés, clase, raza, sociedad o individuo es capaz de dominar y los conflictos se resuelven con la negociación. El equilibrio requiere imparcialidad en el acceso del grupo a los recursos materiales, así como la voluntad de movilizar dichos recursos. Muchos de los textos de Cooper y de Wells-Barnett se dedican a avanzar el proyecto de obtener esta imparcialidad necesaria para los grupos subordinados.

Ninguna de las mujeres presentó estas dos configuraciones como moralmente neutras. La crítica a la dominación de Wells-Barnett es una declaración moral básica: la dominación está mal porque la justicia está bien. Si la gente cree en la justicia –y ella cree que hay un potencial en la conciencia humana, un sentido moral, que apoya la justicia– entonces no puede apoyar la dominación. Su método y su trabajo reclaman este sentido moral. Cooper, en particular, está absorta en elaborar un argumento teórico contra la dominación. En una presentación extensa, defiende que la dominación está mal porque niega los principios de la física universal, los registros de la historia, los mandamientos de la religión, y la necesidad psicológica humana de un sentido de progreso. En todos estos casos, la armonía y el progreso son «el resultado invariable del equilibrio de fuerzas opuestas» (1892, p. 150). Inspirándose en la teoría del historiador francés del siglo XVIII Francois Guizot, sostiene que en América las razas, clases, principios e intereses en discordia son las «condiciones embrionarias» para el progreso y la libertad. Por tanto, América tiene un problema racial, pero ese problema es una fuente potencial de fuerza y crecimiento.

3. Para Cooper y Wells-Barnett, la dominación es un sistema de opresión y privilegio guiado por cinco factores: la historia, la ideología, los recursos materiales, las costumbres y la furia. La cuestión central en su teoría es la naturaleza de la dominación. No es simplemente un problema teórico, sino práctico, ya que comprender la dominación es un prerrequisito para socavar un sistema inclinado a destruir la América africana.

Historia. Cooper y Wells-Barnett concentraron sus estudios de la dominación en la situación histórica específica de los Estados Unidos en el siglo XIX, entendiendo que se dividía en cuatro periodos: pre-Guerra Civil, Guerra Civil, Reconstrucción y post-Reconstrucción. El periodo de la pre-Guerra Civil presenta el caso de la dominación absoluta. En comparación, la Reconstrucción y la post-Reconstrucción demuestran el conflicto entre dominación y equilibrio. Hicieron su elección del problema racial de los Estados Unidos porque para ellas era abrumadora la situación en cuestión; pero este es también su método de análisis: un caso debe ser específico históricamente para ser analizable, la dominación no existe fuera de la historia. Cooper volvió al estudio del contexto histórico específico de la dominación en su tesis de 1925, donde analizó la interacción entre la práctica de la esclavitud en la colonia francesa de Haití y los ideales articulados según la Revolución Francesa.

Ideología. Los criterios de división y distinción son esenciales para la dominación y se crean a través de ideologías que distorsionan y exageran las diferencias seleccionadas entre la gente. Wells-Barnett reconoce el poder de la ideología que, en la ley sobre linchamientos, efectivamente «cerró el corazón, reprimió la conciencia, deformó el juicio y silenció la voz de la prensa y del púlpito» (1892/1969, p. 14). La ideología de la supremacía blanca en el caso americano interpreta la diferencia como la distinción entre el fuerte que merece y el débil que no es merecedor dada su debilidad. Cooper se enfrenta críticamente al darwinismo social spenceriano, especialmente con la noción popularizada de «la supervivencia del más fuerte», que satiriza como «la supervivencia de los matones» (1892, p. 118). Identifica la transformación ideológica de virtud afroamericana en debilidad afroamericana, describiendo como durante la Guerra Civil: «cuando los hogares y los desamparados de este país quedaron totalmente a merced de los hombres negros, ningún pueblo quedó desolado, ningún edificio que-

mado, y *ninguna mujer insultada*, no hay argumentos, por tanto, para que repliques: *"¡Fue un cobarde; no se atrevió!"*. Los hechos simplemente muestran que este no fue el caso» (1892, p. 198).

La etiqueta de debilidad es un paso en la movilización ideológica de la dominación para legitimar la definición del «otro» como subordinado, un ser tan diferente a uno mismo que las reglas que se aplican a uno mismo no se aplican a este otro. Cooper describe al sureño blanco persuadiendo al visitante de que el afroamericano es el «otro», alguien que se va más allá de las respuestas humanas normales, «dando lecciones prácticas de depravación e inutilidad negras con sus especímenes más selectos; llevando [al visitante] por lo que, en Nueva York, llamarían "suburbio", [y hablando de] nuestro terrible problema, que la gente del norte entiende tan poco» (1892, p. 108). Wells-Barnett analiza cómo este retrato ideológico del subordinado como el «otro» se afianza así, usando esa estrategia que Adolf Hitler recomendaría más tarde como «la gran mentira», que a fuerza de repetir transforma ese otro en un monstruo que merece la subyugación tiránica: «La humanidad aborrece a los agresores de mujeres, y esta acusación sobre el Negro lo situó de inmediato más allá del límite de la empatía humana. Con tal unanimidad, franqueza y candor aparentes se hizo y se reiteró esta acusación que el mundo ha aceptado la historia de que el Negro es un monstruo» (1895, p. 10)*.

La práctica ideológica de usar la diferencia para crear la otredad emplea varios criterios para subordinar a los otros –principalmente, la raza, el género y la clase– creando una «matriz de dominación» que tanto oprime a unos como privilegia a otros (Collins, 1990). El análisis de Cooper traza repetidamente la compleja interacción de raza, clase y género en la experiencia individual bajo condiciones de dominación. Tomando como situación concreta en cuestión su viaje en los trenes del sur con las condiciones de Jim Crow, primero señala el nexo entre la opresión según raza/clase/género y la grave posición de los jóvenes, los hombres negros pobres que ve desde la ventana del tren: «trabajando en fincas privadas, convictos de la Penitenciaria del Estado, entre ellos cuadrillas de niños de catorce a dieciocho años en grupos encadenados, sus pies encadenados juntos y unidos a pesados bloques de piedra, no en 1850, sino en 1890, 1891 y 1892» (1892, p. 96). Entonces apunta la división imposible que ese nexo produce en las mujeres de color: «[E]n una estación destartalada... veo dos sucias habitaciones pequeñas con el cartel de «PARA

SEÑORAS» balanceándose sobre una, y el de «PARA GENTE DE COLOR» sobre la otra; me pregunto a qué categoría pertenezco» (1892, p. 96). La matriz de dominación produce, por una parte, fragmentación y confusión en la mujer (género, clase) de color (raza) mientras que, por otra, en el grupo de jóvenes encadenados, estos criterios (raza, género, clase) se intersecan para reproducir las condiciones de la esclavitud.

Wells-Barnett comenzó su análisis de las dinámicas de raza/clase/género con el linchamiento de Thomas Moss y sus compañeros, hombres de negocios establecidos que habían «creído que el problema de la [raza] se resolvería renunciando a la política y metiéndose dinero en el bolsillo». Los periódicos blancos los describieron como «forajidos negros que volaron bajo» (1892/1969, pp. 18-19). La clase, por tanto, fue la mentira ofrecida como explicación al linchamiento –las víctimas eran negros peligrosos de clase baja– y la clase, en efecto, fue gran parte de la razón del linchamiento, que comenzó con el resentimiento blanco por el éxito del negocio de Moss. Ella concluye que «los ciudadanos blancos usan cualquier método, sea como sea de repugnante, cualquier medida, sea como sea de extrema, para subyugar a los hombres jóvenes de la raza. Les han engañado con sus votos, les han privado de sus derechos civiles de reparación en los tribunales civiles, les han robado los frutos de su trabajo, y les están matando todavía, quemándoles y linchándoles» (1892/1969, p. 37). También explora la distorsión de la intimidad entre individuos producida por el nexo raza/género. La estratificación por raza pervierte la relación entre los hombres blancos y las mujeres negras, autorizando a los primeros a satisfacer su deseo descontrolado, y creando la opresión sexual sobre las segundas durante siglos: «nadie que lea la historia, tal y como está escrita en la cara de millones de mulatos del sur, concebirá por un minuto que el hombre blanco sureño tuvo en caballerosa consideración el honor de las mujeres [que] las circunstancias pusieron en su poder» (1895, p. 13)*. Las relaciones entre las mujeres blancas y los hombres negros también se han pervertido. Las mujeres blancas, aterrorizadas por ser descubiertas y por la deshonra social, mentirán, traicionarán e incluso ayudarán al linchamiento de sus amantes –aunque no siempre; los casos de Wells-Barnett también muestran a mujeres blancas que ofrecen una desesperada resistencia en un esfuerzo por salvar a los amantes negros–. La peor víctima de esta situación es el hombre negro «linchado por abusar de mujeres cuando los hechos evidencian que la re-

lación entre la víctima linchada y la supuesta víctima de su agresión sexual fue voluntaria» (1895, p. 81)*. Ya que en la lógica del opresor, el hombre blanco, «es imposible que exista una relación voluntaria entre una mujer blanca y un hombre de color y, por tanto, el hecho de que haya una relación es una prueba del uso de la fuerza» (1895, p. 11)*.

Recursos materiales. La dominación no surge solo de las exageraciones ideológicas de la diferencia y de sus relaciones, sino de la presentación de los recursos materiales –la violencia, la producción, el conocimiento que hace posible la producción, y la comunicación–. Los estudios de caso de Wells-Barnett dejan claro la cantidad de recursos materiales invertida en los linchamientos: pistolas, cuerdas, queroseno, hierros de marcar, clavos y trabajo humano. Ambas mujeres describen las maneras en que los blancos controlan los medios básicos de producción –capital, comercio, transporte, y capacidades técnicas–. Cooper se preocupa de la marginación del trabajador negro cualificado: «El ingeniero blanco mantiene un monopolio hermético tanto del mercado de trabajo como de la ciencia de su oficio. Nada le induciría a coger a un aprendiz de color o incluso a trabajar al lado de un hombre de color» (1892, p. 255). Wells-Barnett se centra en el control blanco de la comunicación, que significa que «la raza que sostiene que la vida del negro es barata [es la misma raza] que es dueña de los cables del telégrafo, los periódicos y todas las demás comunicaciones con el mundo exterior. Escriben los reportajes que justifican los linchamientos pintando al negro tan negro como es posible, y las asociaciones de prensa y el mundo aceptan esos reportajes sin cuestionarlos ni investigarlos» (1893/1991, p. 75).

Cooper y Wells-Barnett argumentan, de todas formas, que el interés material es una explicación insuficiente para la dominación. Cooper muestra que muchas acciones llevadas a cabo por los dominadores no tienen un interés material real. Por ejemplo, al reflejarse en su experiencia de viajar en vagones de tren segregados, no puede sino «preguntarse lo que le cuesta a la compañía y al estado arreglar los vagones para proporcionar acomodación separada y especial para transportar las diversas tonalidades humanas» (1892, p. 94). Como lección de historia de las relaciones raciales, Wells-Barnett señala que, desde la Reconstrucción, ninguna concesión de los negros a los supuestos intereses materiales de los blancos ha originado violencia contra los negros.

Costumbres. Una explicación de la persistencia de la dominación es su rutina y reproducción en las interacciones de cada día entre los dominadores

raciales y los subordinados. Cooper y Wells-Barnett esbozan las prácticas cotidianas de la sociedad sureña para «hacer raza» en el contexto de poder diferencial. Para el dominador es la posición que se da por hecho, según lo retrata Cooper, es una cuestión de costumbres, de normas prescritas en las relaciones rutinarias, dentro de las líneas de distinción racial y entre ellas. Las expectativas de civismo recíproco, desde la perspectiva del dominador, se extienden solo a aquellos que considera como iguales socialmente –es decir, a aquellos de la raza blanca (enmarcados en sus características de clase y género)–. En las interacciones entre razas, se espera una cortesía deferencial solo de parte del subordinado; en esta situación, la expectativa de los dominadores es la distancia que ellos impondrán a los subordinados como señal de su superioridad. Las excepciones ocasionales a dicha expectativa en casos específicos solo sirven para probar la regla general. Como dice Cooper, «[A]penas hay hombres entre ellos [los sureños blancos] que conozcan, y haya conocido desde la infancia, a algunos compañeros negros a quienes quieran tanto como si fueran blancos... Morirían por A o por B, pero de pronto se vuelven completamente inmunes a todo principio de lógica cuando se les pide que apliquen la simple regla de oro a la clase a la que A o B pertenecen» (1892, p. 218). Wells-Barnett identifica las consecuencias fatales que se derivan cuando el subordinado incumple esta regla en sus relaciones, y pone numerosos ejemplos de linchamientos en los que los afroamericanos fueron acusados por descarados y, en su autobiografía, pone numerosos ejemplos de personas blancas –desde el Presidente Wilson hasta una mujer de la alta sociedad de Chicago– que se habían ofendido cuando una persona negra simplemente se había mantenido firme, había dicho la verdad o había contradicho la declaración de un blanco.

Las costumbres, por tanto, están relacionadas con el racismo, con la dominación. A causa de los patrones predominantes en las relaciones cotidianas, el subordinado queda espiritualmente exhausto, mientras que el dominador reproduce su lealtad al sistema opresivo a través de una multitud de prácticas que se dan por hecho. Y las costumbres, si se orientaran, aunque fuese débilmente, en la dirección del civismo, podrían empezar a socavar sistemáticamente la dominación.

Furia. Pero la dominación descansa sobre todo en una emoción, un deseo de control absoluto, que es una furia que se retroalimenta, que siempre se expande. Wells-Barnett considera la emoción violenta del linchamiento

como «el resultado inevitable de un poder desenfrenado, ejercido durante dos siglos y medio, del hombre blanco sobre el Negro» (1892/1969, p. 7). Esta furia se intensifica con cualquier amenaza a la misma, cualquier manifestación de autonomía de parte del subordinado, ya que en el marco emocional del sistema de castas racial, la autonomía del subordinado desencadena el terror autoinducido del dominador a la contaminación y a la deshonra. Para explorar este punto, Cooper analiza un impactante poema de propaganda escrito por un hombre blanco, «A Voodoo Prophecy», de Maurice Thompson, publicado en el *Independent* blanco de Nueva York. La voz en el poema se supone que es la de un hombre negro.

En mis entrañas está retenida una oscura maldición
De inundar
Tu sangre
Y manchar tu piel y rizar tu pelo dorado
Como has hecho conmigo, haré yo contigo
Por todas las generaciones de tu raza;
Tus extremidades blancas, el azul patricio de tu sangre
Serán
Mancillados por mí
Y dejaré mi huella en tu cara (citado en Cooper, 1892, p. 215)

El argumento de Cooper es que «al componer este retrato del Negro, Maurice Thompson, aunque pueda haber sido inconscientemente, ha dejado al desnudo su propia alma –su temor secreto y su horrible terror–» (1892, p. 217)*. La culpabilidad blanca crea este miedo a la represalia. La mentira sobre las violaciones de las mujeres blancas por parte de los negros y la brutal crueldad a la que se enfrenta cada una de tales acusaciones son las respuestas de la memoria colectiva de las violaciones de las mujeres negras por parte de los blancos. El dominador tiene miedo de que se le pueda dar la vuelta a la situación, que el subordinado asuma el dominio sobre él. Wells-Barnett lo dibuja en la resistencia brutal a la emancipación negra: «No a la dominación negra se convirtió en la nueva inscripción del sanguinario estandarte del soleado sur, y bajo él circularon el Ku Klux Klan, las autoridades, las multitudes sin ley, que por cualquier motivo decidían matar a un hombre o a una docena según encajara mejor en su propósito» (1895, p. 9)*.

Ni Cooper ni Wells-Barnett consideraron que la furia fuera un factor secundario ni una consecuencia de la dominación, sino su autorrenovada

energía. En su análisis, hicieron una contribución significativa a las teorías sociológicas críticas sobre el poder, tanto neomarxistas como feministas. Esta tesis desafía la demanda fácil de la posibilidad de un discurso racional y nos ayuda a entender la violencia y la determinación recalcitrante de triunfar con la injusticia, que son parte de nuestro presente y también de nuestro pasado.

4. Cooper y Wells-Barnett defienden una sociedad moldeada por la coexistencia, o equilibrio, y no por la dominación. La alternativa de Cooper y Wells-Barnett a la dominación no es ni un *melting pot* asimilacionista ni la complementariedad funcional de las instituciones. Más bien, prevén una sociedad caracterizada por el conflicto continuo entre intereses confrontados e ideas discrepantes de grupos en oposición, que son lo suficientemente iguales en recursos de poder como para impedir la dominación de una de las facciones: «La paz continuada en una nación es el resultado del conflicto; y el conflicto, razonable, estimulante y continuado, se produce por la coexistencia de elementos radicalmente opuestos o radicalmente diferentes» (Cooper, 1892, p. 151). Este conflicto da vueltas en un espacio que se genera a sí mismo, un espacio en el que las prácticas de civismo y reciprocidad, así como los procesos de libertad y de progreso, se producen y reproducen dinámicamente. Las realidades de la diferencia, encuadradas en normas de inclusión, inducen a la práctica del poder en esta alternativa a la dominación, que Cooper llama «equilibrio» o «coexistencia».

Wells-Barnett defiende una serie de estrategias para que los grupos subordinados logren un empoderamiento equitativo. Deben usar cualquier recurso económico que pueda resultar para forzar al dominador a capitular: boicots, retirada del trabajo, publicidad para alejar la inversión de capital. Deben estar dispuestos a enfrentar fuerzas contra fuerzas: «cuando el hombre blanco, que es siempre el agresor, sepa que corre un alto riesgo de morder el polvo cada vez que lo hace una víctima afroamericana, tendrá un mayor respeto por la vida afroamericana» (1892/1969, p. 23). Deben movilizar a la opinión pública. Para Wells-Barnett, el problema de la dominación, como se manifiesta en los linchamientos, se debe encarar en dos tribunales: el de la ley y el de la opinión pública; y ella cree que los dos están vinculados: «El brazo fuerte de la ley se debe aplicar sobre los que linchan con castigos severos, pero ni puede hacerse ni se hará a menos que un sentir público razo-

nable demande y sustente tal acción» (1892/1969, p. 21). Sus métodos son crear unos medios de comunicación negros, usar la prensa blanca contra ella misma, y llevar su caso a una audiencia que la escuche: la de los negros del norte, blancos del norte, y la comunidad internacional.

Cooper añade a esto la cuestión de la coalición entre los subordinados, especialmente mujeres y gente de color. La dominación existe en los Estados Unidos, sostiene, debido a dos formas fundamentales de desequilibrio en el sistema social del momento: uno, la raza anglosajona ejerce una influencia desproporcionada en el debate nacional, y esa raza soporta una tradición de excesiva agresividad en su forma de ser; dos, la voz de las mujeres ha sido excluida durante mucho tiempo, y la civilización se basa en una ética cultural masculina. Cooper conecta estos dos desequilibrios situando a la civilización del momento en el contexto histórico: «Desde la idea del orden... el mundo civilizado, que sucumbió ante la fuerza y brutalidad bárbaras del siglo V, ha sido como un niño criado por su padre. Ha necesitado el corazón de una buena madre para enseñarle a ser piadoso, a amar la misericordia, a socorrer al débil y a cuidar del que está por debajo» (1892, p. 51). Defendió la tesis de la herencia de la agresividad anglosajona, usando la descripción de Taine de los bárbaros del siglo V como la quintaesencia del anglosajón (véase tema 1, anteriormente). Su mensaje manifiesto es el de una herencia anglosajona que desprecia la debilidad, y proclama que «verdaderamente nosotros somos el pueblo, y detrás de nosotros no hay nadie más. Nuestro Dios es el poder; la fuerza, nuestro estándar de excelencia» (1892, p. 53). Pero la descripción también introduce un mensaje oculto: el de la brutalidad del hombre blanco.

Frente a esto, contrasta su propia herencia como afroamericana y su herencia de cultura femenina. Cooper alaba el deseo afroamericano «de ley y orden, su respeto innato por la autoridad, su ineptitud para las revueltas y la anarquía, su gentileza y alegría como trabajadores» (1892, p. 173). En su análisis sobre las culturas masculina y femenina, argumenta que la presencia de los principios femeninos en la esfera pública transformará radicalmente la cultura mundial:

> No encontrarás una teología que envíe a los niños a lagos de fuego inextinguible mucho después de que las mujeres hayan tenido una oportunidad de absorber, dominar y hacer uso de sus dogmas... [N]o encontrarás jurisprudencia

> que formule como axioma la ridiculez de que el hombre y la mujer son uno, y ese uno el hombre...; no encontrarás economistas políticos que declaren que el único ajuste posible entre trabajadores y capitalistas es el del egoísmo y la rapacidad, que cada uno debe conseguir todo lo que pueda y quedarse con todo lo que consiga (1892, p. 58).

Pero Cooper advierte que, para que triunfe la ética femenina, las mujeres no deben, en la propia búsqueda de sus derechos, pisar los derechos de los otros, o ser arrastradas a la lucha masculina en la que lo que importa es conquistar. Observando el creciente racismo en los movimientos por los derechos de las mujeres blancas, a Cooper le desalienta que algunas mujeres parezcan dispuestas a reivindicar su derecho a voto argumentando que los hombres de color que ya han conseguido el derecho a voto no son merecedores, hombres de raza negra que ellas sostienen que son inferiores a las mujeres anglosajonas. Para Cooper, el deber de la mujer está absolutamente claro: «Las mujeres no deberían, ni siquiera por inferencia, o en interés de un argumento, denigrar al débil. Porque la causa de la mujer es la causa del débil; y cuando todos los débiles hayan recibido su debida consideración, entonces la mujer tendrá sus "derechos"» (1892, p. 117).

Para Cooper, el rol de la mujer negra de construir una coalición entre las mujeres y la gente de color es esencial. La mujer negra representa la voz del más débil y, a pesar de ello, la más perdurable; ella es el elemento no exterminable del que más han abusado todas las fuerzas contendientes, y ha sido silenciada durante demasiado tiempo. El equilibrio del individuo, de las razas, de la nación y del mundo depende ahora de su voz.

LA RELEVANCIA DE COOPER Y WELLS-BARNETT EN LA HISTORIA Y EN LA PRÁCTICA ACTUAL DE LA SOCIOLOGÍA

COOPER Y WELLS-BARNETT Y EL CANON DE LA SOCIOLOGÍA

Cooper y Wells-Barnett realizaron sus trabajos sociológicos más importantes y creativos a principios de la década de 1890-1899; sus trabajos preceden o son contemporáneos a las contribuciones ahora canonizadas de pensadores, hombres blancos, como Emile Durkheim, Max Weber, Georg Simmel y George Herbert Mead, así como a las contribuciones de sociólogas

blancas como Addams, Gilman, Marianne Weber, Webb y las Mujeres de Chicago.

Se pueden hacer cuatro afirmaciones sobre su contribución. Primero, como teoría social general creada a través de las lentes de las relaciones raciales, no tiene precedentes en la teoría sociológica dominante y se debería considerar como un alegato esencial en el contexto de la necesidad actual de una comprensión más multicultural de la disciplina. Segundo, Cooper y Wells-Barnett no son voces aisladas, sino parte de una enorme tradición de segregación del análisis sociológico de los afroamericanos, que incluye el rico discurso de las mujeres afroamericanas (Collins, 1990; Giddings, 1984) y los logros sobresalientes pero vergonzosamente ignorados de W. E. B. DuBois. Tercero, Cooper y Wells-Barnett crean una teoría social centrada moral y apasionadamente en un estándar de justicia derivado de la religión judeo-cristiana y de las demandas de la América democrática y republicana. Refuerzan la reivindicación de que la sociología es una ciencia moral, una reivindicación que va desde Comte a Martineau y Addams pero que se desvanece en el despegue de la disciplina hacia la modernidad profesional y el desapego. Y cuarto, Cooper y Wells-Barnett elaboran una teoría de la intersección de la raza, la clase y el género, que añade una línea vital a la tradición feminista de la sociología. En esta sección, evaluamos la relación de Cooper y Wells-Bartnett con tres paradigmas: el funcionalismo, la teoría marxista del conflicto, y la teoría interpretativa. En la siguiente sección, evaluamos su significado para el paradigma feminista.

Funcionalismo. Tanto Cooper como Wells-Barnett rechazan la ideología del darwinismo social de «la supervivencia del más fuerte» que permea el funcionalismo americano inicial. Aun así, ambas buscan el orden, que Cooper denomina «equilibrio», como un bien social. A diferencia de los hombres blancos funcionalistas, de todas formas, Cooper y Wells-Barnett creen que el equilibrio se logra por las disputas entre grupos culturales diferentes más que por la asimilación. Por usar el lenguaje posterior de Talcott Parsons, sitúan el equilibrio en el proceso de dos áreas funcionales: la integración y el mantenimiento de las pautas latentes. Wells-Barnett se centra en el sistema legal como fuente del orden pero añade el corolario importante de que el sistema legal funcionará solo si la opinión pública apoya su funcionamiento. Ella es una de los primeros sociólogos –quizás solo Harriet

Martineau la precede– que reconoce el papel de los medios de comunicación de masas como una fuerza de la estructura social. Cooper se preocupa por el rol del hogar y el rol de la mujer en la socialización de los hijos, la educación de los adultos y en el refuerzo de las buenas costumbres en los grupos. Uno de sus énfasis principales lo pone en que las buenas costumbres cívicas en una sociedad altamente diversa sirven para «lubricar las juntas y minimizar las fricciones de la sociedad» y que las mujeres tienen una gran parte que jugar a la hora de modelar estas buenas costumbres (Cooper, 1892, p. 121). Por lo tanto, cree en la función expresiva de las mujeres a la hora de moldear, no solo la esfera privada, sino también la pública (un argumento que más tarde hace Johnson 1988, 1989, 1993). Cooper y Wells-Barnett rechazarían el proyecto funcionalista de la objetividad; su proyecto no es enseñar lo que es es justo, sino producirlo. Dadas las desigualdades en la sociedad, el analista debe favorecer las voces menos oídas.

Teoría marxista del conflicto. Cooper y Wells-Barnett reconocen el papel de los recursos materiales en el conflicto pero no consideran las ideas o la ideología como una superestructura que descansa en una subestructura material. El argumento de que las ideas, aunque a veces influidas por las condiciones materiales, pueden a su vez moldear la forma en que la sociedad organiza sus condiciones materiales es central en su análisis. Wells-Barnett, instando a los afroamericanos a actuar para protegerse a sí mismos, propone como paso inmediato: «ayudar a divulgar los hechos... con el fin de poder revolucionar el sentimiento público» (1892/1969, p. 97). Cooper y Wells-Barnett difieren significativamente de la teoría marxista del conflicto en que ellas no ven la clase como la relación principal de desigualdad, sino que defienden que las configuraciones desiguales de raza, género, color, clase y ubicación geopolítica afectan todas a la biografía individual y a la estructura social. También ven una diferencia entre las prácticas de explotación por razón de clase y las prácticas prejuiciosas por razón de color y de raza, señalando la hostilidad horizontal entre los trabajadores blancos y negros en los Estados Unidos. Tampoco creen que el conflicto se resuelva en una sociedad sin clases. Para ellas, la diferencia y la oposición son hechos permanentes en la vida social; el desafío de una sociedad es encontrar vías ecuánimes para gestionar el conflicto.

Teoría interpretativa. Cooper y Wells-Barnett tienen mucho en común con el paradigma interpretativo: creen en el interaccionismo simbólico, en las

tipificaciones construidas socialmente, y en la práctica interactiva como fuerza para moldear la sociedad. Pero difieren acusadamente con la teoría interpretativa dominante en que ellas consideran que el significado y la interacción ocurren entre líneas de diferenciación y poder. Reconocen que los significados simbólicos se construyen en un contexto histórico y que cuestiones como el poder, la dominación y la subordinación están siempre presentes en esta construcción. Cooper sostiene que una interacción sin fricción no surge naturalmente de una relación, o como resultado de un entendimiento empático del otro como individuo. Más bien, la cordialidad entre líneas de diferenciación depende de una generalización impersonal tipificada del otro como *cualquier otro*, que merece la cortesía que se le concede a *todos* los otros. En sociedades organizadas por la dominación, nunca es uno simplemente «cualquier otro»; uno es siempre otro en una relación compleja de poder. El dominador no puede relacionarse con el subordinado como con cualquier otro, sino solo como con el otro que es «menos-que»; cuanto más cerca está en estatus el subordinado del dominador, lo que parecería conllevar la posibilidad de una comprensión más empática, más responde el dominador buscando restablecer la diferencia –con la rudeza, la descortesía, la coerción–.

COOPER Y WELLS-BARNETT Y LA TRADICIÓN DE LA SOCIOLOGÍA FEMINISTA

Añadir a Cooper y Wells-Barnett a la tradición de la sociología feminista desafía y extiende esa tradición de una manera que es más significativa que las consecuencias de añadirlas al canon masculino. Aunque para las mujeres sociólogas blancas de este texto, «raza» significaba agrupaciones diversas étnicamente en las que la experiencia afroamericana era una de muchas; ninguna de ellas, en su experiencia vital o en su empeño intelectual, prestaron mucha atención al esquema negro/blanco, central en Cooper y Wells-Barnett y en gran parte de la historia y de la política de los Estados Unidos. La identidad personal de las mujeres blancas podía ser desafiada en términos de cuánta autoridad o libertad podía ejercer una mujer, pero su integridad física no era un problema. Por el contrario, Cooper y Wells-Barnett tuvieron amplias experiencias personales relacionadas con el ejercicio del poder arbitrario de la dominación y de la manipulación de la diferenciación

hacia una inferioridad de castas radical. Dadas estas diferencias en sus situaciones vitales, es destacable apuntar en primer lugar hasta qué punto hay una tradición sociológica feminista compartida por todas las mujeres de este texto. En segundo lugar, es importante añadir a esta tradición la comprensión teórica distintiva de Cooper y Wells-Barnett. En tercer lugar, no debemos, al presentar juntas a Cooper y Wells-Barnett, homogeneizarlas de forma que las importantes diferencias entre ellas queden oscurecidas.

Puntos en común en la tradición feminista. Como casi todas las mujeres en este texto, Cooper y Wells-Barnett tienen fe en el llamamiento a la moral y fe en el ser humano como un agente moral. Reconocen que este agente moral es un actor individual, que tiene necesidades físicas y debilidades, vulnerable a la intimidación, y que puede fracasar a causa del cansancio o la agresión corporal. Creen en el deber moral de las mujeres a expresarse (y en que la sociedad debería educar a las mujeres para que se expresaran), no solo sobre cuestiones de mujeres, sino sobre todas las cuestiones críticas a las que se enfrentan el país y el mundo, relacionadas con la política, la economía, la sociedad y la religión. Comparten con Martineau, Gilman y Weber la voluntad de afrontar la sexualidad como parte de la experiencia humana. Y, como Martineau, afrontan la relación entre raza y sexualidad. Comparten con las Mujeres de Chicago la confianza en la investigación y en los datos empíricos, aunque ellas llevan a un extremo más crítico el uso de dichos datos, siempre considerando su fuente. En especial como Addams y Martineau, ambas siguen la práctica metodológica de mantenerse presentes en sus relatos sobre la ciencia social como mujeres con biografías particulares y puntos de vista moldeados por su raza, clase, nacionalidad, religión e historia.

CONTRIBUCIONES DISTINTIVAS DE UNA TRADICIÓN FEMINISTA NEGRA

Diversidad. Cooper y Wells-Barnett sitúan la diversidad –diferencias entre individuos y entre grupos de individuos– directamente en el centro de la problemática feminista. Aceptan el hecho de que la diversidad haga que los choques de intereses y creencias sean una característica permanente de la vida social. Pensar en un momento en el que el conflicto cese realmente es imaginar la eliminación de la diversidad, posible solamente bajo prácticas

de una tiranía monstruosa. La cuestión es cómo igualar el poder de todas las partes en conflicto para permitir una negociación dinámica de intereses y demandas.

Dominación como patología. Todas las feministas consideradas en este libro entienden la esencia teórica de la dominación: el proyecto de una parte de reducir a las otras partes para que no puedan existir como subjetividades independientes. Cooper y Wells-Barnett entienden esto fundamentalmente, su tipo-ideal es el recuerdo que su comunidad tiene de la esclavitud. Lo que ellas añaden a esta comprensión teórica de la dominación es, primero, un análisis de cómo opera la dominación si se la desafía. Describen en detalle la coerción física que usará el dominador, no solo privación material, sino brutalidad, tortura, asesinato y terrorismo. Esta tesis es esencial para una comprensión feminista de la dominación; sin ella, puede pasar teóricamente desapercibida la relación entre los reportajes de los medios sobre momentos violentos dispares pero continuos en los acontecimientos mundiales. Segundo, Cooper y Wells-Barnett nos muestran que la dominación no es solo un cálculo racional, sino una expresión de furia. Los dominadores disfrutan de la experiencia de su poder y no lo ceden en respuesta a reclamaciones razonables. La dominación se debe entender como una patología que, aunque se desarme momentáneamente, erupcionará de nuevo si no hay una vigilancia constante que la contrarreste.

La matriz de privilegio y opresión. Cooper y Wells-Barnett describen una situación de dominación como aquella en la que la diversidad social se organiza en términos de una matriz de opresión y privilegio en la que la raza, la clase, el género, el color y la ubicación geopolítica se intersecan en las vidas individuales y en las configuraciones sociales. Describen los efectos de esta combinación opresiva en sus propias vidas, a través de relatos autorreflexivos, en las vidas de su comunidad, a través de anécdotas (Cooper) y estudios de caso (Wells-Barnett); y en la historia y la política de los EE. UU. Consideran que esta matriz funciona no solo para oprimir sino también para favorecer. Observan los supuestos derechos adquiridos del hombre blanco sobre la mujer negra, los intentos de la mujer blanca sureña de dividir los movimientos de las mujeres en función de la raza, y a las mujeres feministas del norte que priorizan su interés, su género, ante otras dimensiones de la opresión como la raza y la clase.

Diferencias entre mujeres. Para Cooper y Wells-Barnett, la experiencia de la subordinación por razón de género no necesariamente conduce a las mujeres a superar las diferencias producidas por la raza y la clase. Escriben frecuentemente sobre la ceguera de la mujer blanca ante los apuros de las mujeres negras pobres, sobre el pensamiento estereotipado de las mujeres blancas acerca de las mujeres y los hombres negros, y sobre la traición de las blancas feministas a la gente de color. Cooper capta la anomalía de la situación de la mujer negra, que se invoca en términos de injusticia de clase y de género y que se ignora en referencia con la injusticia racial:

> A menudo escucho en el norte a alguna conferenciante que dirige alguna petición seria en relación con «nuestras chicas trabajadoras» (que, por supuesto, significa chicas trabajadoras blancas)... Siempre me alegro cuando oigo que se han creado salas de lectura y entretenimientos sociales para mejorar la suerte de las mujeres que trabajan duro para conseguir el pan, pero... ¡Cuántas han pensado alguna vez en las mujeres de color demacradas y oprimidas, dobladas sobre la bañera o las tablas de planchar –con niños que alimentar y una casa de alquiler que pagar, madera que comprar, jabón y almidón de los que proveerse– arrastrando a casa semanalmente los grandes canastos de ropa para las familias que les pagan por un mes de lavandería apenas lo suficiente para comprar un imprescindible par de zapatos! (1892, pp. 254-255).

Wells-Barnett retrata las ideas estereotipadas sobre la raza de las mujeres blancas en su relato sobre su extensa lucha con Frances Willard, del *Women's Christian Temperance Union* (WCTU), sobre la cuestión concreta de las relaciones sexuales voluntarias entre mujeres blancas y hombres negros –una relación que Willard llamó «una imputación sobre la mitad de la raza blanca»– y sobre la cuestión política de la evitación del WCTU de declararse firmemente en contra del linchamiento. Cooper retrata agriamente el racismo de la mujer sureña blanca en las organizaciones de mujeres y critica agudamente la predisposición de las mujeres blancas a usar el racismo como herramienta en su lucha por el sufragio. Para Cooper y Wells-Barnett, las blancas progresistas son sus aliadas potenciales en la lucha contra la dominación, de ellas es la conciencia a la que se puede llegar; pero el racismo social las hace aliadas no fiables.

Diferencias entre Cooper y Wells-Barnett. Nuestra intención al presentar a Cooper y Wells-Barnett juntas ha sido sugerir algunos de los elementos de la tradición feminista negra en la sociología. Nos hemos centrado, por

tanto, en las similitudes. No deseamos, no obstante, combinarlas así para que el lector vea solo «dos mujeres sociólogas negras»; hay diferencias importantes entre ellas. La principal diferencia puede ser que Wells-Barnett fue sobre todo una activista, una investigadora, y una periodista en campaña, mientras que Cooper fue en esencia una intelectual y teórica. Pero estos dos estilos de hacer sociología se distinguen entre ellos solo en nuestra configuración actual de la sociología, una configuración que surge de una política de género, raza y clase en la profesión. En la tradición de la sociología negra, uno tiene que entender que los roles de los activistas y los teóricos son responsabilidades vinculadas al analista social. Wells-Barnett tenía fuertes intereses teóricos, y Cooper fue activa luchando por los derechos de los negros durante toda su vida.

Además, a Wells-Barnett teóricamente le pudo haber entusiasmado más las maneras en que el conocimiento y la opinión pública se construían socialmente y actuaban de vuelta sobre la sociedad que los había construido, mientras que Cooper pudo estar más fascinada por la conexión o desconexión lógica entre lo que la gente proclamaba creer y lo que era capaz de hacer. Ambas mujeres definen al ser humano en términos de capacidad de acción moral, pero Cooper desarrolla esta posición a partir de su propia fe religiosa y localiza la fuente de dicha capacidad de acción en las «posibilidades infinitas del alma humana individual» (1892, p. 298). Wells-Barnett desarrolla su postura desde su creencia en los procesos legales democráticos y sitúa la esencia de la capacidad de acción moral del individuo en la posibilidad de imputabilidad. Al explorar las cuestiones sobre sexualidad y raza, Wells-Barnett insiste en que las relaciones entre negros y blancos son el resultado natural de un contacto próximo. Cooper prefiere considerarlas como excepciones a la regla, ya que su deseo es calmar lo que ha definido como los peores miedos de los blancos del sur. Cooper y Wells-Barnett creen que el empoderamiento negro se logra a través de la educación y de la movilización económica, pero Wells-Barnett se siente cómoda con la posibilidad de que parte de ese empoderamiento se deba lograr a través de la resistencia violenta, y Cooper no está cómoda con esa vía. La fe de Cooper la refrena en este sentido, mientras que el compromiso de Wells-Barnett con la ley, inspirada en el sentir público, la urge a ello. Wells-Barnett cree que la opinión pública se puede moldear por una llamada a la conciencia

y por una llamada al interés propio, ya que lo más básico es saber que a uno le devolverán el golpe.

En primer lugar, Wells-Barnett expresa una conciencia feminista por su defensa del débil. Está dispuesta a luchar por el miembro más débil de la sociedad, como muestra en el caso de Henry Smith, el hombre pobre, negro, discapacitado mentalmente acusado de asesinato (un cargo que Wells-Barnett parece aceptar). Además, hace que el paradigma de género y raza sea central en su análisis de la sociedad americana. La conciencia feminista de Cooper está más presente en su crítica a la cultura masculina y su elocuente descripción de lo que ella considera como la naturaleza del principio femenino de equilibrio: «Dejemos que ella enseñe a su país que cada motivo de interés en este mundo tiene derecho al menos a una escucha respetuosa, que cada sensibilidad merece su propia complacencia, que no se debería pisotear una causa perdida, ni romperse una caña doblada» (1892, p. 124).

LECTURA 5-1

EXTRACTOS DE *A RED RECORD* [UN REGISTRO ROJO], DE WELLS-BARNETT

Estas selecciones se han extraído de las páginas 1-98. Muestran los puntos principales de la teoría y el método de Wells-Barnett: que la dominación resulta de la interacción de la historia, la ideología, los recursos materiales, y la emoción, que la justicia necesita la movilización de la opinión pública y un sistema legal que proteja a los débiles, que la atracción sexual entre razas ocurre frecuentemente, pero que la ideología de la dominación intenta ocultarlo, y que los oprimidos deben enfrentarse a los opresores con las propias palabras de estos, usando los medios de comunicación blancos para condenar a las personas blancas al examinar de forma cruzada los datos que ellos presentan. El lector debería observar la elaboración cuidadosa de las estadísticas de linchamiento de Wells-Barnett, de las que solo se ofrece aquí una muestra.

Fuente: Ida B. Wells-Barnett, *A Red Record* (Chicago: Donohue and Henneberry, 1895).

EXTRACTO DEL CAPÍTULO I, «THE CASE STATED» [PRESENTACIÓN DEL CASO]

El estudiante de sociología encontrará que el año 1894 está marcado por el profundo despertar de la conciencia pública un sistema de anarquía e incumplimiento de la ley que ha ido creciendo durante una serie de diez años...

Comenzando con la liberación del Negro, el resultado inevitable del poder desenfrenado ejercido durante dos siglos y medio por los hombres blancos sobre el Negro empezó a mostrase en actos de un inconsciente incumplimiento de la ley. Durante el régimen de esclavitud, el hombre blanco sureño era dueño del alma y del cuerpo del Negro. Su interés era menguar su alma y preservar su cuerpo. Investido de un poder ilimitado sobre su esclavo, para someterlo a todo tipo de castigos físicos,... el propietario blanco rara vez permitía que su rabia llegara tan lejos como para quitar una vida, lo que le habría conllevado una pérdida de varios cientos de dólares...

Pero llegó la Emancipación y... el hombre blanco no tenía derecho a azotar al Negro liberado, aún menos tenía derecho a matarlo. Pero la población blanca del sur había sido educada durante tanto tiempo en la escuela de la práctica de que la fuerza da la razón, que despreciaron dibujar líneas de acción estrictas para tratar con el Negro... [U]n nuevo método de intimidación se puso en boga; no solo se azotaba y fustigaba al Negro; se le mataba.

No todos ni casi todos los asesinatos llevados a cabo por los blancos durante los pasados treinta años en el sur han salido a la luz, pero los blancos reunieron y preservaron estadísticas que no han sido cuestionadas, y que muestran que durante estos años más de diez mil negros fueron asesinados a sangre fría, sin la formalidad de un proceso judicial ni de una ejecución legal. Y aun así, como evidencia de la absoluta impunidad con la que los blancos se atrevían a matar a los negros, el mismo registro muestra que, durante todos esos años, y de todos esos asesinos, solo tres hombres blancos fueron a juicio, declarados culpables y ejecutados...

Lógicamente, la comisión de estos crímenes comenzó a zarandear algo la conciencia pública, y el blanco sureño, como tributo a la civilización del siglo XIX, fue de alguna manera forzado a dar excusas por su barbarie...

El más importante de todos los negros, Frederick Douglass, en un artículo de fecha reciente... muestra que ha habido tres épocas distintas de barbarismo sureño, en función de las tres excusas distintas que se han dado al mismo.

La primera [excusa] proporcionada al mundo civilizado por el asesinato de negros inofensivos era la necesidad del hombre blanco de reprimir y acabar con las alegadas «revueltas raciales»... En estas insurrecciones y revueltas era siempre un hecho remarcable que solo se asesinaran a negros en las revueltas, y que todos los blancos escaparan sin daño...

... Pero esta historia se desgastó finalmente. Nunca se cristalizó ninguna insurrección; no se detuvo nunca ni se probó la culpabilidad de un negro alborotador, y no hubo dinamita que registrara la protesta de los hombres negros contra la opresión y la injusticia...

Después vino la segunda excusa, que nació durante los tiempos turbulentos de la reconstrucción. Por una enmienda a la Constitución se le dio al Negro el derecho a voto y, teóricamente al menos, su papeleta se convirtió en su inestimable emblema de ciudadanía... «No a la dominación Negra» se convirtió en la nueva inscripción del sanguinario estandarte del soleado sur, y bajo él circularon el Ku Klux Klan, las autoridades, y las multitudes sin ley, que por alguna razón decidían asesinar a un hombre o a doce según encajara mejor en sus propósitos. Fue una campaña larga y cruenta; la sangre se hiela y el corazón prácticamente pierde su fe en el cristianismo cuando se piensa en Yazoo, Hamburg, Edgefield, Copiah y las innumerables masacres de negros indefensos cuyo único crimen fue intentar ejercer su derecho a voto.

... Azotado desde su hogar; perseguido en la ciénaga; colgado por los atacantes a media noche, y asesinado abiertamente a la luz del día, el Negro se aferra a su derecho a voto con un heroísmo que habría exprimido admiración del corazón de los más salvajes. Creía que en la pequeña papeleta había algo sutil que representaba a la humanidad, así como a la ciudadanía, y miles de hombres negros acudían a sus tumbas como ejemplos de cómo unos morían por los otros.

La victoria del hombre blanco se hizo pronto completa... Sin el temor a la «Dominación Negra» ya ante sus ojos, la segunda excusa del hombre blanco dejó de tener valor...

La brutalidad continuó todavía: los negros fueron abatidos, azotados, exiliados, disparados y colgados cuando y donde le apetecía al hombre blanco tratarlos así, y... los asesinos inventaron la tercera excusa: que tenían que asesinar a los negros para vengar sus agresiones sexuales contra las mujeres...

La humanidad aborrece a los agresores de mujeres, y esta acusación sobre el Negro lo situó de inmediato más allá del límite de la empatía humana. Con tal unanimidad, franqueza y candor aparentes se hizo y se reiteró esta acusación que el mundo ha aceptado la historia de que el Negro es un monstruo...

El Negro ha sufrido mucho y está dispuesto a sufrir más... Pero llega un momento en que hasta el último gusano se transforma, y el Negro siente hoy que [debe]... defender su nombre y su hombría de esta acusación vil...

... [E]l Negro debe darle al mundo su versión de esta terrible historia...

... La cuestión que nos debemos preguntar es qué entiende el hombre blanco cuando acusa al hombre negro de violación. ¿Se refiere al delito que las leyes de los estados civilizados describen como tal? De ninguna manera. Para el hombre blanco del sur, cualquier mezcolanza que se produzca entre una mujer blanca y un hombre de color es fundamento suficiente para el cargo de violación. El hombre blanco del sur dice que es imposible que exista una relación voluntaria entre una mujer blanca y un hombre de color y, por tanto, el hecho de que haya una relación es una prueba del uso de la fuerza. En numerosos casos en que los hombres de color fueron linchados por la acusación de violación, se probó fehacientemente tras la muerte de la víctima que la relación que sostenían el hombre y la mujer era voluntaria...

Fue por la verificación de este hecho, en defensa de su propia raza, que la escritora de estas líneas se convirtió en una exiliada; destruyeron su propiedad y prohibieron que regresara a su hogar bajo pena de muerte...

Pero las amenazas no pueden suprimir la verdad.

Durante todos los años de esclavitud no se hizo nunca tal acusación... Mientras el amo estaba fuera luchando por forjar las cadenas para el esclavo, dejaba a su mujer e hijos sin ninguna protección salvo la de los propios negros. E incluso durante aquellos años de confianza y peligro, no se probó que ningún negro desertara de su confianza y que ningún blanco regresara a un hogar que hubiera sido destruido.

De la misma manera ocurrió durante el periodo de supuesta «insurrección»... en la época de la Reconstrucción, cuando el clamor era contra la «Dominación Negra»... Debe parecer extraño, de hecho, a todo hombre sensato y sincero, que transcurriera más de un cuarto de siglo antes de que el Negro empezara a mostrar signos de tal degeneración infame.

... Para justificar su propia barbarie [los hombres blancos del sur] asumen una gallardía que no poseen. La verdadera gallardía respeta a todas las mujeres, y nadie que lea la historia, tal y como está escrita en la cara de millones de mulatos del sur, concebirá por un minuto que el hombre blanco sureño tuvo en caballerosa consideración el honor de las mujeres [que] las circunstancias pusieron en su poder... La virtud no conoce líneas de color y la caballerosidad que depende del tono de la piel y de la textura del pelo no puede conllevar un respeto honesto.

Cuando llegó la emancipación... [d]esde cada rincón y esquina del norte, mujeres jóvenes blancas y valientes respondieron a esa llamada y dejaron sus hogares cultivados, sus felices asociaciones y sus vidas cómodas y, con heroica determinación fueron al sur a llevar luz y verdad a los negros ignorantes... [E]stas mujeres blancas... se convirtieron en delincuentes sociales en el sur... «Maestras de negros», criminales imperdonables en la ética social del sur, y fueron insultadas, acosadas y aisladas, no por los negros, sino por los hombres blancos que se jactaban de su caballerosidad con las mujeres.

Y a pesar de ello..., estando en todo momento y en todos los lugares entre los humildes y desafortunados negros, a quienes habían venido a buscar y servir, estas mujeres del norte... se pusieron a trabajar, sin temer agresiones sexuales y sin sufrir ninguna...

El Negro... fiel a su confianza en ambos casos... tendría ahora la escucha imparcial del mundo civilizado...

... [D]ebe divulgar al mundo ese grado de brutalidad deshumanizada que fija en América la mácula de un crimen nacional... Se convierte en una penosa tarea para el Negro reproducir la historia que muestra que una gran proporción de la población americana admite la anarquía, consiente el asesinato y desafía el desprecio de la civilización...

El propósito de las siguientes páginas es proporcionar el registro que han hecho, no los hombres de color, sino el que es resultado de las compilaciones realizadas por los hombres blancos, de informes enviados por los hombres blancos del sur al mundo civilizado. Con sus propias palabras condenarán a los asesinos. Durante una serie de años el *Chicago Tribune*, supuestamente uno de los principales periódicos de América, publicó un especial con la compilación de estadísticas relacionadas con los linchamientos. Los datos

compilados por dicho periódico y publicados al mundo el 1 de enero de 1894, no han sido disputados hasta el momento. Para eximirme de los cargos de exageración, los incidentes relatados de aquí en adelante han sido confirmados por aquellos por quienes responde el *Tribune*.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO II, «LYNCH LAW STATISTICS» [ESTADÍSTICAS DE LA LEY DE LINCHAMIENTO]

De los registros publicados en el *Chicago Tribune*, el 1 de enero de 1894, se realiza el siguiente cómputo de las estadísticas de linchamientos en referencia a las víctimas de color de la Ley de Linchamiento solo en el año 1893:

Incendio provocado

– 15 de septiembre, Paul Hill, Carrollton, Ala.; 15 de septiembre, Paul Archer, Carrollton, Ala.; 15 de septiembre, William Archer, Carrollton, Ala.; 15 de septiembre, Emma Fair, Carrollton, Ala.

Sospechoso de robo con intimidación

– 23 de diciembre, negro desconocido, Fannin, Miss.

Agresión

– 25 de diciembre, Calvin Thomas, cerca de Bainbridge, Ga.

Intento de agresión

– 28 de diciembre, Tillman Green, Columbia, La.

Incendio

– 28 de enero, Patrick Wells, Quincy, Fla.; 9 de febrero, Frank Harrell, Dickery, Miss.; 9 de febrero, William Fielder, Dickery, Miss...

Robo con allanamiento

– 17 de febrero, Richard Forman, Granada, Miss.

Paliza a la mujer

– 14 de octubre, David Jackson, Covington, La...

ACUSACIONES SEGÚN DELITO

– Violación, 39; intento de violación, 8; presunta violación, 4; sospechoso de violación, 1; asesinato, 44; presunto asesinato, 6; presunta complicidad en el asesinato, 4; agresión con muerte, 1; intento de asesinato, 1; intento de robo, 4; incendio provocado, 4; incendio, 3; presunto envenenamiento de ganado, 1; envenenamiento de pozos, 2; presunto envenenamiento de pozos, 5; robo con allanamiento, 1; paliza a la mujer, 1; autodefensa, 1; sospechoso de robo, 1; asalto con violencia, 1; insultar a blancos, 2; malas prácticas, 1; presunta quema de granero, 4; hurto, 2; delito desconocido, 4; sin delito, 1; prejuicios raciales, 4; total, 159.

LINCHAMIENTOS POR ESTADO

– Alabama, 25; Arkansas, 7; Florida, 7; Georgia, 24; Territorio indio, 1; Illinois, 3; Kansas, 2; Kentucky, 8; Louisiana, 28; Mississipi, 17; Missouri, 3; Nueva York, 1; South California, 15; Tennessee, 10; Texas, 8; Virginia, 10...

Aunque se pretende aquí que los registros presentados incluyan sobre todo los linchamientos de 1893, no es inapropiado dar los datos del año precedente. El hecho que se expone aparece siempre manifiesto: ni un tercio de las víctimas de linchamiento fueron acusadas de violación y, además, los cargos realizados incluyen toda una variedad de delitos que van desde asesinatos hasta faltas.

241 personas fueron linchadas en 1892.

De esta cantidad, 160 eran de origen negro. Cuatro de ellos fueron linchados en Nueva York, Ohio y Kansas; el resto fue asesinado en el sur. Cinco de ellos eran mujeres. Las acusaciones por las que los lincharon cubren una amplia gama. Son las siguientes:

Violación, 46; asesinato, 58; revueltas, 3; prejuicios raciales, 6; no se da la causa, 4; incendio, 6; robo con intimidación, 6; asalto con agresión, 1; insultar a mujeres, 2; forajidos, 6; fraude, 1; intento de asesinato, 2; no delito manifiesto, chico y chica, 2.

En el caso del chico y de la chica referidos en el párrafo anterior, su padre, llamado Hastings, fue acusado del asesinato de un hombre blanco; a su hija de catorce años y a su hijo de dieciséis los colgaron con los cuerpos llenos de balazos, al padre lo lincharon también después. Esto ocurrió en noviembre de 1892, en Jonesville, Louisiana.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO III, «LYNCHING IMBECILES TORTURED AND BURNED IN TEXAS» [LINCHANDO IMBÉCILES TORTURADOS Y QUEMADOS EN TEXAS]

Nunca en la historia de la civilización se ha detenido ningún pueblo cristiano ante tal impresionante brutalidad y barbarie indescriptibles como las que caracterizaron a la población de Paris, Texas, y a las comunidades adyacentes, el 1 de febrero de 1893. La causa de este estallido terrible de furia humana fue el asesinato de una niña de cuatro años, hija de un hombre llamado Vance... oficial de policía durante años en Paris... conocido por ser un hombre de mal carácter, formas autoritarias y dado a tratar duramente a los prisioneros a su cargo...

En la misma ciudad vivía un negro, llamado Henry Smith, un personaje muy conocido, una especie de jornalero, a quien se le consideraba en general un tipo inofensivo, un mentecato... Smith... fue acusado del asesinato de Myrtle Vance. El delito de asesinato era en sí mismo suficientemente grave... pero... el padre y sus amigos... exageraron vergonzosamente los hechos y declararon que se había abusado despiadadamente de la niña y después la habían matado... De hecho... [p]ersonas que habían visto a la niña después de su muerte, declararon, bajo la más solemne promesa de decir la verdad, que no había evidencias de tal abuso...

Por temor a que me culpen de que cualquier descripción de los hechos de ese día [del linchamiento de Smith] sean exagerados, uso la descripción de un hombre blanco que se publicó en los periódicos blancos de este país. El *New York Sun* del 2 de febrero de 1893 contiene un relato, del que tomamos el siguiente extracto:

[«]PARIS. Tex., 1 de febrero de 1893. - Henry Smith, el negro violador de la niña de 4 años Myrtle Vance, ha expiado en parte su terrible crimen con su muerte en la estaca... Cuando llegó la noticia la pasada noche de que había sido capturado en Hope, Ark... la ciudad se volvió loca de alegría... Curiosos y simpatizantes llegaron en tren y en carretas, a caballo y a pie... Se cerraron las güisquerías, las multitudes revueltas se dispersaron, los colegios se desalojaron por misiva del alcalde, y todo se condujo de manera formal...

El tren que llegó a las doce se encontró con una masa emergente de unas 10.000 personas. Colocaron al negro en una carroza de carnaval... que, seguida por una inmensa multitud, fue escoltada por la ciudad...

... [C]uando se le dijo que debía morir torturado lentamente él suplicó protección... Imploró y se retorció de dolor físico y mental... Le arrancaron la ropa a pedazos y la esparcieron entre la multitud, la gente cogía los jirones y los guardaban como recuerdo. El padre de la niña, el hermano y dos tíos se reunieron alrededor del negro que yacía atado a la plataforma de tortura y le clavaron hierros incandescentes en su carne temblorosa... La densa muchedumbre congregada de unas 10.000 personas celebraba cada gemido del desalmado, cada contorsión de su cuerpo... Tras quemar sus pies y sus piernas, hicieron rodar las barras de hierro incandescente –tenían muchas a punto, preparadas a mano– por el estómago, la espalda y los brazos de Smith. Después le quemaron los ojos y le clavaron hierros en la garganta.

Una vez que los hombres de la familia de Vance hubieron infligido venganza, la multitud apiló todo tipo de material combustible alrededor del patíbulo, vertió gasolina sobre la pila y prendió fuego. El negro rodó y se lanzó sobre la muchedumbre, solo para ser empujado de vuelta al fuego por la gente más próxima a él... Cientos de personas se giraron y se fueron, pero la vasta mayoría siguió mirándole calmadamente...[»]

No puede ser improcedente, en relación con este asunto terrible, dar el testimonio de un conocido pastor de color, que vivía en Paris, Texas, en el momento del linchamiento, como prueba de nuestra afirmación de que Smith era imbécil. Él fue testigo de las escenas terribles que allí tuvieron lugar e intentó, en nombre de Dios y de la humanidad, interferir en el programa. A duras penas se escapó con vida, se le expulsó de la ciudad y se convirtió en un exiliado por sus acciones... [C]itamos su relato como testigo ocular del asunto...

«Conocía a Smith desde hacía años, y había veces que Smith perdía la cabeza durante semanas. Hace dos años hice un esfuerzo por meterlo en un psiquiátrico... Días antes del asesinato de la pequeña niña de Vance, Smith estaba fuera de sí y era peligroso. Acababa de sufrir un ataque de delirium tremens y no estaba en condiciones de que se le dejara andar suelto».

EXTRACTO DEL CAPÍTULO V, «LYNCHED FOR ANYTHING OR NOTHING» [LINCHADO POR CUALQUIER COSA O POR NADA]

Son escasos los detalles sobre un linchamiento que ocurrió cerca de Knox Point, La., el 24 de octubre de 1893. Sobre un punto, no obstante, no hay dudas, y es que las personas linchadas eran negros. Se dijo que habían estado robando cerdos, pero ni siquiera esta declaración había estado sujeta a investigación judicial. Esa cuestión no se consideró necesaria. Unos cuantos vecinos que habían perdido cerdos sospecharon que estos hombres eran los responsables de su pérdida, y decidieron dar un ejemplo para advertir a los demás. Una multitud amarró a los dos hombres y los colgó.

Quizás el aspecto más característico de este registro de la ley de linchamiento del año 1893, es el hecho remarcable de que cinco seres humanos fueron linchados y de que el tema se consideró de tan poca importancia que los poderosos despachos de prensa de este país no lo consideraron de suficiente importancia como para verificar las causas por las que los colgaron. Esto le indica al mundo, con mayor énfasis quizás que ningún otro aspecto del registro, que la Ley de Linchamiento se había convertido en algo tan común en los Estados Unidos, que el descubrimiento del cuerpo muerto de un negro, suspendido de la rama de un árbol entre cielo y tierra, era de tan leve importancia que ni las autoridades civiles ni las agencias de prensa consideraban que merecía la pena investigar el tema...

... John Hughes, de Moberly, Isaac Lincoln, de Fort Madison, y Will Lewis, en Tullahoma, Tenn., sufrieron la muerte por un cargo no más serio que el de «haber sido insolentes con los blancos». En los días de esclavitud, se decía que un tema muy serio era que alguien de color obviara cederle la acera a alguien blanco que lo pidiera, y no sería sorprendente encontrar pruebas de la existencia de esta intolerancia en la época de libertad. Pero lo más que se podía esperar como castigo por actuar o hablar de forma insolente a una persona blanca era una sanción física leve, para hacer que el negro «supiera cuál era su lugar», o un arresto y multa. Pero Missouri, Tenessee y South California eligieron sentar precedentes con sus casos y, como resultado, los hombres fueron llevados y linchados por una multitud tras ser acusados por sus delitos y arrestados. Las autoridades civiles... no

creyeron su deber realizar ninguna investigación después de que mataran a los negros. Estaban muertos y fuera del camino, y nadie llamaría para pedir cuentas por su desaparición. La opinión pública descartó el tema.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO VI, «HISTORY OF SOME CASES OF RAPE» [HISTORIA DE ALGUNOS CASOS DE VIOLACIÓN]

Se ha dicho que... todos los hombres de color que son linchados, solo pagan el castigo por abusar de las mujeres. Es cierto que las multitudes que linchan no solo se niegan a darle al Negro una oportunidad para defenderse a sí mismo, sino que matan a su víctima con el conocimiento pleno de que la relación del presunto agresor con la mujer blanca que lo acusó, fue voluntaria y clandestina... Esta defensa [la de Wells-Barnett] ha sido necesaria porque los apologistas del cumplimiento de la ley insisten en que en ningún caso la mujer blanca acusadora ha sido una consorte voluntaria de su amante, a quien linchan porque se le pilló por sorpresa haciendo lo inapropiado. Es bien sabido, de todas formas, que ese es el caso... Que los casos [de consentimiento mutuo] no son infrecuentes, pero la prensa y quienes conocen de los hechos casi invariablemente los anulan.

La *Gazette*, de Cleveland, Ohio, incluye un relato de uno de estos casos de «violación», el 16 de enero de 1892.

La Sra. J. C. Underwood, la mujer de un pastor de Elyria, Ohio, acusó a un afroamericano de violación... durante la ausencia de su marido en 1888, que recorría el estado dando discursos a favor del *Prohibition Party*... Posteriormente, ella señalaría a William Offett, un hombre casado que fue arrestado y a quien, por estar en Ohio, se le concedió un juicio.

El prisionero negó vehementemente el cargo de violación, pero confesó que fue a la residencia de la Sra. Underwood por invitación de ella y que tuvo... relaciones íntimas con ella a petición suya. No le sirvió de nada frente al testimonio jurado de la mujer de un pastor, una señora de la más alta respetabilidad. Se le declaró culpable y entró en la cárcel el 14 de diciembre de 1888, con una pena de quince años. Algún tiempo después, el remordimiento de la mujer la llevó a confesarle al marido que el hombre era inocente. Estas fueron sus palabras: «Me encontré con Offett en la oficina de correos. Estaba lloviendo. El fue cortés conmigo y, como llevaba

varios paquetes en los brazos, se ofreció a llevármelos a casa, lo que hizo. Él sentía una extraña fascinación por mí, y le invité a hacerme una visita. Me hizo una visita y trajo castañas y dulces para los niños. Así conseguimos que nos dejaran solos en la habitación. Entonces me senté en su regazo. Me hizo una propuesta y fácilmente consentí. Por qué lo hice no lo sé, pero que lo hice es cierto. Me visitó varias veces después y no fui nunca discreta. No me importó después de la primera vez. De hecho, no podía haberme resistido, y no tenía deseos de resistirme».

Cuando su marido le preguntó que por qué le dijo que había sido ultrajada, ella contestó: «Tenía varias razones para decírtelo. Una era que los vecinos vieron aquí al tipo, otra era que tenía miedo de haber contraído una enfermedad repugnante, y la última que temía que pudiera dar a luz a un bebé negro. Esperaba salvar mi reputación contándote una mentira deliberada». Su marido, horrorizado por la confesión, hizo que soltaran a Offett, que ya había cumplido cuatro años, y se divorció.

Ha habido muchos casos similares en el sur, con la diferencia de que los hombres blancos del sur, con su furia insensata, infligen venganza sin intervención de la ley sobre el negro amante de sus mujeres.

El *Ledger* de Memphis (Tenn.), del 8 de junio de 1892, publica lo siguiente: «Si Lillie Bailey, una niña blanca bastante guapa, de diecisiete años de edad, que está ahora en el hospital de la ciudad, hubiese sido menos reservada sobre su deshonra, tendríamos algunos detalles repugnantes sobre la historia de su vida. Es madre de un pequeño negrata. La verdad podría revelar una terrible historia de depravación o evidencias de un ultraje nauseabundo. No difundirá el nombre del hombre que ha dejado tal evidencia negra de su deshonra, y de hecho dice que es un tema que no le tiene que interesar al mundo exterior. Llegó a Memphis hace casi tres meses, y la llevaron al Albergue de Mujeres... Permaneció allí hasta hace unas semanas, cuando nació el niño. Las señoras encargadas del albergue estaban horrorizadas. Se envió enseguida a la joven al hospital de la ciudad... Cuando nació el niño se hizo un intento por conseguir que la chica revelara el nombre del negro que la había deshonrado, pero rehusó obstinadamente y fue imposible sacarle ninguna información al respecto».

Nótese la expresión: «La verdad podría revelar una terrible historia de depravación o evidencias de un ultraje nauseabundo». Si hubiese sido un niño

blanco, o si Lillie Bailey hubiese contado una historia lastimera sobre el ultraje por parte de un negro, habría sido un tema de debilidad o de abuso sexual de una mujer y habría podido permanecer en el Albergue de Mujeres. Pero un niño negro, la no revelación del nombre del padre y, por tanto, la evitación del asesinato de otro negro «violador» era un caso de «terrible depravación».

EXTRACTO DEL CAPÍTULO X, «THE REMEDY» [EL REMEDIO]

Es un principio bien establecido por ley que cada mal tiene un remedio. De ahí nuestro respeto por la ley. El negro no sostiene que cada uno de los miles de hombres, mujeres y niños negros que han sido colgados, disparados y quemados vivos durante los pasados diez años fueran inocentes de los cargos que se les imputaban. Hemos estado demasiado tiempo con el hombre blanco como para no haber copiado sus vicios además de sus virtudes. Pero insistimos en que el castigo no es el mismo para ambas clases de criminales. En el linchamiento, no se le da oportunidad al negro de defenderse de las infundadas acusaciones de hombres y mujeres blancos... Ninguna prueba que pueda ofrecer satisfará a la multitud: está atado de pies y manos y se caerá a la eternidad. Entonces, para excusar su infamia, la multitud casi invariablemente informará de la monstruosa falsedad de la confesión completa de su víctima antes de colgarla...

¿Qué puedes hacer tú, lector, para evitar el linchamiento, para frustrar la anarquía y promover la ley y el orden en nuestro territorio?

1º. Puedes ayudar a difundir los hechos contemplados en este libro llevándolos al conocimiento de cada una de las personas con las que estés en contacto, con el fin de que se pueda remover la conciencia pública. Hagamos que los hechos hablen por sí mismos, contigo como intermediario.

2º. Puedes ser útil conectando iglesias, sociedades misioneras, asociaciones de jóvenes cristianos, los *Women's Christian Temperance Union*, y todas las fuerzas morales y cristianas de tu vida social y religiosa, pasando las resoluciones de condenas y protestando cada vez que un linchamiento tiene lugar; y comprobando que se envían a los lugares donde ocurren estos ultrajes.

3º. Llevando a que la gente del sur considere de forma inteligente negarse a invertir capital en los lugares donde dominen la anarquía y la violencia

de las multitudes. Muchas organizaciones de trabajadores han declarado por resolución que evitarán las localidades infectadas de linchamientos, así como la pestilencia cuando busquen nuevas casas. Si el sur desea construir rápidamente en sus espacios desolados, no hay mejor manera que apoyar la majestuosidad de la ley imponiendo obediencia a todos, y repartiendo los mismos castigos a todas las clases de criminales, tanto a los blancos como a los negros. Además de una teoría, debe ser un hecho que haya «igualdad ante la ley» antes de que América sea verdaderamente la «tierra de los libres y el hogar de los valientes».

4º. Piensa y actúa de forma autónoma a este respecto. Recuerda que, después de todo, son la civilización del hombre blanco y el gobierno del hombre blanco los que están sometidos a juicio. Esta cruzada determinará si... esta Nación escribe el éxito de su autogobierno o admite la profunda humillación de su completo fracaso; si los americanos blancos profesan y practican los preceptos y teorías del cristianismo como reglas de oro del pensamiento y de la acción, o los adoptan como un sistema moral que predicar a los paganos hasta que logren la inteligencia que necesita el sistema de la Ley de Linchamiento.

5º. El congresista Blair ofreció una resolución en la Casa... Una acción organizada en el país puede convertir esto rápidamente en ley, si mandamos resoluciones al Congreso para respaldar la propuesta de ley del Sr. Blair.

LECTURA 5-2

EXTRACTOS DE *A VOICE FROM THE SOUTH* [UNA VOZ DEL SUR], DE COOPER

EXTRACTO DE «OUR RAISON D'ÊTRE» [NUESTRA RAZÓN DE SER]

Esta selección se ha extraído de las páginas i-iii. En este prefacio, Cooper invoca la imagen de la sala de justicia para su análisis social, argumentando que se necesita que todos los puntos de vista estén representados en el de-

Fuente: Anna Julia Cooper, *A Voice from the South* (Xenia, OH: Aldine Press, 1892).

bate sobre las relaciones raciales en América, y que la perspectiva de la mujer negra es particular e importante.

... La herencia y el reparto que se hace para el hombre de color es todavía un punto oscuro y decisivo, el desconcertante *cul de sac* de la nación... No se ha escuchado aún a un importante testigo. Se ha hecho acopio de las pruebas declaradas, y se ha dado el veredicto del jurado, pero no ha habido ni una palabra de la Mujer Negra.

Creo que el pueblo americano está conscientemente comprometido con un juicio justo y unas pruebas coherentes y porque siento que es esencial que la verdad se presente en el estrado desde *cada* punto de vista, para conseguir una comprensión perfecta y un veredicto ecuánime, es decir... Se ha añadido una voz al coro ya completo. No se ha presentado la «otra versión» por alguien que «viva allí».

... [C]omo no se debería culpar a los abogados caucásicos de no poder ponerse *suficientemente* en el lugar del hombre oscuro, tampoco se podría esperar por completo que el hombre oscuro reprodujera total y adecuadamente la Voz exacta de la Mujer Negra...

... Si estas... declaraciones pudiesen de alguna manera contribuir a una visión más clara y a una comprensión más veraz en el estudio del problema de nuestra Nación, esta Voz de una Mujer Negra del Sur no se habría alzado en vano.

EXTRACTO DE «WOMAN VERSUS THE INDIAN» [LA MUJER FRENTE AL INDIO]

Esta selección se ha extraído de las páginas 80-126. Cooper responde aquí al discurso de una importante feminista blanca que argumenta que es injusto que los hombres de color (incluyendo a los hombres nativos americanos) nieguen el voto a las mujeres blancas. Cooper ofrece un análisis sociológico de la importancia de las costumbres (o buenas costumbres) en la vida social y, por tanto, en cómo afectan a la relación entre razas; un análisis histórico de la influencia del poder del sur blanco en la política y las costumbres de los Estados Unidos; un análisis feminista de la perversión del movimiento de las mujeres blancas por el racismo del sur; y su propia visión de los valores feministas que promueven la inclusión y se oponen a la dominación.

En el Consejo Nacional de Mujeres que se celebró en Washington, en febrero de 1891, en el conjunto de artículos sugerentes y reflexivos presentados por mujeres eminentes, hubo uno de Rev. Anna Shaw, con el título que aparece más arriba...

Susan B. Anthony y Anna Shaw... [c]omo líderes del movimiento de las mujeres en la actualidad... necesitan clarificar su visión así como mostrar firmeza de carácter para superar las fuerzas recalcitrantes, y hacer rodar en línea a las mil y una como ellas, que con sus galas moteadas, nunca están impuestas a etiquetas, ni a cambios.

La mujer negra y la mujer del sur, supongo, a menudo se ven envueltas en el dilema del hombre confundido que tiene que atravesar el río con una bolsa de maíz, un zorro, y un ganso, de uno en uno...

La mujer negra aprecia la situación y puede incluso simpatizar con los actores de este dilema cómico y trágico a la vez.

Pero, ¿no puede ser que, como mujeres, las lecciones que nos parecen más difíciles de dominar ahora sean posiblemente las más esenciales para poder promocionar a un nivel de trabajo superior?...

La mujer americana de hoy no solo le da voz a su mundo inmediato, sino que... hace vibrar las capas más profundas de la sociedad. Es preeminentemente una época de organizaciones. La «líder», la predicadora, la reformadora, la organizadora que es «entusiasta» con sus lugartenientes y capitanes, la escritora, la pensadora; estas hablan a su vez en sus miríadas de clubs: sociales, eclesiásticos, culturales, de ocio y de caridad, hasta que cada hombre casado del país haya recibido la misma lección (por no hablar de sus hijos y hermanos)...

La mujer americana es por tanto responsable de las costumbres americanas... Sus sentimientos y restricciones cargan y recargan la atmósfera de los tranvías, los parques, los paseos, las cafeterías y los hoteles, y los barcos de vapor. Las dependientas y las sirvientas... las afanadas trabajadoras asalariadas, las propietarias... están unidas por el sistema... *Casta* es la palabra talismán que recorre las líneas de telegrama desde el palacio hasta la tienda de comida, desde el señorial Congreso hasta la llanura distante. A pesar de toda su cacareada independencia, la mujer americana de hoy teme perder su casta como el brahmán indio. Esta es la ley bajo la que vive... la lección que in-

culca a sus hijos desde sus primeras comidas de bebés, el requerimiento que le impone al marido y al amante con las penas costosas que conlleva...

Fue una suerte para la Mujer Negra del Sur pasar algunas semanas, no hace demasiado, en una tierra sobre la que ondeaba la *Union Jack*. Las barras y las estrellas no fueron los únicos símbolos familiares que faltaban. El uniforme, una cortesía en realidad, la amabilidad exquisita, la rápida percepción de oportunidades para ofrecer un poco de ayuda masculina... en las tiendas y en las salas de espera, en los tranvías y en las calles, le parecieron a su alma helada... que transformaban al más burdo patán al servicio del público en alguien de naturaleza noble y, cuando se superara y analizara la vieja sensación de perro azotado, apenas podría decir si consistía sobre todo en autocompasión o en su propia sensibilidad herida, o la vergüenza de que su país ofreciera un contraste tan desfavorable.

... La Mujer Negra del Sur tuvo que viajar considerablemente por el país, a menudo desatendida...

Me abstengo a propósito de mencionar ejemplos de violencia personal hacia mujeres negras que viajaban por las partes menos civilizadas de nuestro país, donde han echado a la fuerza a las mujeres de los tranvías, las han levantado de sus asientos, les han roto sus ropas, las han herido arbitraria y cruelmente. América es extensa... Hay también asesinos y ladrones y villanos en Londres y en París. Desde el principio, la humanidad ha tenido sus buitres y tiburones, y no se puede esperar que haya menos personas que abusen del ser humano en América que en cualquier otro sitio. El que la virulencia estalle más rápida y comúnmente sobre las personas de color en este país se debe por supuesto al hecho de que, en general, sean débiles y se puedan imponer más impunemente sobre ellas. Los abusadores son siempre cobardes de corazón y se les puede reconocer un instinto bastante certero para rastrear a su presa. Además, la sociedad, si no ha llegado a lanzar a sus perros con un «¡atácale!», como mínimo ha mirado en otra dirección o se ha puesto a estudiar los ríos de Marte. No hablaré de los perros ni de sus acciones, sino de la sociedad que agarra sus correas...

No puede haber ningún test verdadero de buena educación nacional si no se viaja... Además, cuanto más débil y menos influyente el experimento, más exactas y científicas las conclusiones. ... [L]a Mujer Negra mantiene que su femineidad, ligada a la imposibilidad de que exista hacia ella una

afinidad popular o una atracción inesperada por posición e influencia, se convierte en piedra angular de la buena educación en América...

También eliminaría de la discusión cualquier reflejo insensible de la antigua ejecución de las leyes en algunos estados de esta Unión, que requería que las personas que se sabían de color fuesen en un vagón y las supuestas personas blancas en otro. Un buen ciudadano puede usar su influencia para lograr que se cambien o modifiquen las leyes y normativas en vigor, pero no se debe culpar al servidor público por obedecer las órdenes. No se le pide al conductor de ferrocarriles que dicte las medidas, ni que elabore o apruebe las leyes. Su pan depende de que maneje la maquinaria como se le dice. Si, por lo tanto, yo misma me encontrara en un compartimento del tren designado para los supuestos caucásicos y personas de color en calidad de sirvientas o cuidadoras por las leyes soberanas del Estado, me debería informar el conductor, todo lo amablemente que pudiera, de que yo había cometido un error, y ofrecerse a enseñarme el vagón apropiado para las señoras negras. Yo me podría preguntar por el elevado coste que supone para el Estado y la compañía proporcionar acomodamiento separado, especial para el transporte de distintas tonalidades de humanos, pero por supuesto no lo consideraría como una muestra de cortesía por parte del conductor...

Pero cuando un hombre de seis pies de altura, de fornida masculinidad, con la espalda inclinada y la barba sin cuidar viene fanfarroneándose y... me gruñe, «¡Eh!, niña», (he sobrepasado los treinta) «mejor te vas de este coche porque, si no, te echo», mi mente anota *He aquí un ciudadano americano maleducado...*; y, cuando en la misma zona de nuestro iluminado país progresista, veo desde la ventana de mi vagón, trabajando en fincas privadas, a los convictos de las Penitenciarias del Estado, y entre ellos a cuadrillas de niños entre catorce y dieciocho encadenados en grupo, con los pies unidos por una cadena y atados a pesados bloques de piedra –no en 1850, sino en 1890, en 1891 y en 1892–, me digo... *Las mujeres de esta zona deberían organizar una asociación para la Prevención de la Crueldad en los Seres Humanos, y enseñar a tener un trato civilizado enviando a apóstoles a luchar contra la barbarie por la región...* Cuando, más adelante, en la misma región, nuestro tren para en una estación destartalada, afeada aún más por decenas de holgazanes... y cuando, mirando un poco más de cerca, veo dos sucias habitaciones pequeñas con el cártel de «PARA SEÑORAS» balanceándose sobre una, y el de «PARA GENTE DE COLOR» sobre la

otra; me pregunto a qué categoría pertenezco... Me doy cuenta de que si, por alguna terrible fatalidad, me viese obligada a hacer una parada en esa estación y, llevada por el hambre, me viese forzada a buscar algún tentempié o por necesidad quedarme en el único alojamiento de la ciudad, ese (cualquier) tallador me informaría fríamente, sin levantar la mirada de su trozo de madera de pino, «No alojamos negros aquí»...

... Estoy decidida a rogar con las mujeres... la instauración de una reforma para que pongan inmediatamente en nuestro programa educativo nacional un departamento para enseñar BUENA EDUCACIÓN.

Pero, ¿tengo razón en hacer responsable a las mujeres americanas? ¿Es cierto que los partidarios de que avancen las mujeres... pueden enseñar a esta nación a ser educada, a que unos sientan por otros empatía y compasión...?

Creo que sí...

Uno de los hechos más singulares de la historia escrita de este país es la habilidad consumada con la que las influencias sureñas, las ideas sureñas y los ideales sureños, desde su mismo comienzo hasta el día de hoy, han mandado y han dominado el cerebro y la fuerza de esta nación. Sin riqueza, sin educación, sin inventos, artes, ciencia o industria, sin apenas ninguna de las ideas progresistas e impulsos que hicieron de este un país próspero y feliz, el hombre del sur, indolente en lo personal y estúpido en la práctica, pobre en todo excepto en fanfarronería y autoestima, con una finura italiana y unas habilidades exquisitas, ha manipulado no obstante los sentimientos del norte... De hecho, el sureño es un gerente magnífico, un educador nato. Durante dos siglos formó a sus hombres para hacerlos totalmente suyos, en cuerpo, mente y alma. Así introdujo entre ellos las diferencias y distinciones, de forma que el apego personal de estos a él era mayor que a sus propios hermanos y compañeros sufridores. Hizo que fuese un delito que dos o tres se juntaran en nombre de Cristo sin la supervisión de un blanco, y un crimen que alguien les enseñara a leer ni siquiera la Palabra de la Vida, y aun así ellos defenderían los intereses del blanco con su propia sangre; su sonrisa era la felicidad de ellos; el premio de ellos, la palmadita de él en sus espaldas...

Y no solo dirigía al hombre negro, también embaucaba al hombre blanco, al turista e investigador que visitaba sus estados señoriales. Los esclavos es-

taban bien, de hecho no podían ser más felices, –tenían mucho para comer, mucho para beber, casas confortables y ropa– no serían libres si pudieran...

Las dos grandes fuerzas en política, el comercio y el imperio, que en cualquier otro caso habrían configurado el destino del país, se han dirigido a servir y consentir las ideas del sur... Cada hombre de Estado entre 1830 y 1860 agotó su genio en la persuasión y se comprometió a limar el mal carácter del sur y a gratificar sus petulantes demandas. Pero como una hermana pequeña y protestona, el sur se enoja y se enfurruña y grita: «¡No jugaré contigo; así que toma!», y el hermano mayor del norte se convence, cede y se rinde y acaba por dejar que ella haga lo que quiera. Hasta 1860, ella tuvo como mascota una institución sobre la que decir algo era pena capital, excepto que había sido instituida de forma divina, inaugurada por Noé, autorizada por Abraham, aprobada por Pablo, y que era idealmente perfecta en todos los sentidos. Y cuando, para preservar la autonomía del orden familiar, se hizo necesario que el hermano mayor aplicara un honesto y leve correctivo en 1861, 1862 y 1863... ella asumió tal aire de inocencia herida... que el gran hermano no hizo nada entonces excepto intentar endulzar y pacificar y reírse con ella de nuevo para volver a un ambiente amigable...

... Aun así Arabella siguió enfurruñada, hasta que el resto de la familia decidió que podía quedarse con las mascotas y manejar sus propios asuntos sin que nadie interfiriera.

Así que ahora, si alguien da a entender que algunas cláusulas de la Constitución son letra muerta en el sur y que solo se le ha cambiado el nombre y el apoyo a esa institución de mascotas, pero permanece de hecho y en esencia, sin la responsabilidad ni el gasto, se le dice rápidamente que se meta en sus propios asuntos y que no ondee la camisa ensangrentada.

... Ni siquiera se escapa el viajero casual de Inglaterra o Escocia. El archimanipulador se lo lleva bajo su especial vigilancia y formación, usa sus existencias de argumentos y le da lecciones objetivas usando sus muestras seleccionadas de depravación y mezquindad negras; lo conduce por lo que en Nueva York se llamarían «suburbios»... pero que en Georgia se denominan «nuestro terrible problema, que la gente del norte entiende tan poco»... [Y] no mucho después de que la inoculación comience a funcionar, se escucha esa vieja historia sobre el oprimido que se entrega a la cos-

tumbre: «Ah, bueno, se debe dejar que el sur se encargue de los negros... Los negros no merecen una riña entre hermanos y hermanas».

Últimamente, un gran movimiento nacional e internacional característico de esta época y país... el movimiento por la liberación plena, libre y completa de la mujer, después de mucho cortejo, ha logrado la sonrisa complaciente de la mujer sureña –perdón– la *señora* sureña...

Pero a las mujeres sureñas (que me perdonen, yo soy una de ellas) nunca se les reconoció su capacidad de razonamiento...

... [E]llas imaginan que porque sus abuelos tuvieron esclavos que eran negros, todos los negros del mundo de cada tono y matiz fueron alguna vez esclavos [y que]... ser educado hacia el Negro implica igualdad social...

Cuando busco comida en una cafetería pública o pido un asiento de primera clase en un tren, lo hago porque mis necesidades físicas son las mismas que las de los otros seres humanos de parecida constitución y naturaleza, y anhelo ser satisfecha...; y no puedo ver más «igualdad social» en comprar el almuerzo en el mismo restaurante, o viajar en el mismo vagón, que la que hay en pagar por los productos en el mismo mostrador o caminar en la misma calle.

La igualdad social que implica una relación forzada o prohibida sería tan menospreciada y vigorosamente rechaza por el círculo en el que me muevo como por el más sureño empecinado de esta tierra. De hecho, el entrevistador blanco inquisitivo, con las gafas en la nariz y el papel y el cuaderno en la mano, me ha molestado más de una vez viniendo a tratar algunos «puntos» sobre «*tu gente*». Mi «gente» es simplemente como otra gente, de hecho, demasiado similar para su propio gusto...

Lo que quiere el hombre oscuro es meramente vivir su propia vida, en su propio mundo, con las compañías que él mismo escoja, cualquiera que sean las comodidades, el lujo y los honorarios que su talento o su dinero puedan proporcionarle en un mercado imparcial y seguro. Si tiene dinero, no querrá ser forzado a comprarse una casa y criar a su familia en aquellas partes de la ciudad poco convenientes y salubres. Si tiene arte... [c]on su talento aspirará a estudiar sin proscripción a los grandes artistas de todas las épocas...

Si es religioso, no querrá que le hagan creer que hay un Cristo blanco y un Cristo negro, un Cielo blanco y un Cielo negro, un Evangelio blanco y un

Evangelio negro, sino un solo ideal de humanidad perfecta, una sola sociedad universal que ansía desarrollo y crecimiento...

Esto... es por lo que creo que la señora Shaw escogió las palabras incorrectas para este tema en el Consejo de Mujeres, que aparecen al comienzo de este capítulo.

La señora Shaw es una de nuestras líderes más poderosas, y creemos que su voz no debería dar ningún mensaje dudoso. La mujer no debería, ni por inferencia o en bien de la argumentación, dar la impresión de denigrar al débil. Ya que la causa de la mujer es la causa del débil...

La causa de la libertad no es la causa de una raza o de una secta, de un partido o de una clase, es la causa del género humano... [E]l movimiento de reforma de nuestros días, conocido como el Movimiento de la Mujer, es en esencia una representación de dicha causa... Y es especialmente importante que no haya una confusión de ideas entre sus líderes en lo que se refiere a su alcance y universalidad. Si la mujer va a ser la maestra de la moral y de las maneras, todas las nubes deben despejarse ante sus ojos... [E]s importante y fundamental que no se produzca ninguna aberración cromática o de otro tipo cuando la maestra plantee la cuestión de «¿quién es mi vecino?».

... La mujer se está bajando del pedestal de estatua inactiva del santuario doméstico... simplemente está completando el círculo de la visión del mundo...

... El mundo tuvo que avanzar dificultosamente con el paso tambaleante y vacilante de un hombre tuerto. De pronto la venda se le cae del ojo y su cuerpo entero se llena de luz. Ve un círculo donde antes veía una línea. Con el ojo oscuro recuperado, cada miembro se regocija con ello...

... [Entonces], ¿por qué debería querellarse la mujer trajeada contra el indio, el negro o cualquier otra raza o clase que haya sido machacada por el talón de hierro del poder y del egoísmo anglosajones? Si el poder de este gobierno americano ha dañado y engañado al indio, es misión de la mujer rogar a su país que cese de hacer el mal y pague honestamente sus deudas. Si ha engatusado con trampas al negro..., debe ser misión de la mujer rogar que sea considerado como un hombre y honestamente se le dé la mitad de la calle... [S]u ruego no debe basarse en la inferioridad del indio o en la depravación del negro, sino en la obligación de los legisladores de hacer por ellos lo que

otros habrían hecho en su lugar si las relaciones se invirtieran. Dejemos que ella enseñe a su país que cada motivo de interés en este mundo tiene derecho al menos a una escucha respetuosa, que cada sensibilidad merece su propia complacencia, que no se debería pisotear una causa perdida, ni romperse una caña doblada; y cuando se haga sagrado el derecho de los individuos, cuando se consagre y se haga inviolable la imagen de Cristo con forma humana, ya sea en mármol o en arcilla, ya sea en alabastro o ébano... cuando se consideren la raza, el color, el sexo o la condición como accidentes, no como aspectos sustanciales en la vida... entonces se habrá aprendido la ciencia de la educación, el arte de las relaciones cordiales, que no es otra cosa sino la aplicación práctica del principio de benevolencia, la espina dorsal y la médula de todas las religiones; entonces se habrá enseñado la lección de la mujer y la causa de la mujer habrá ganado, no la de la mujer blanca, ni la mujer negra, ni la mujer roja, sino la causa de cada hombre o mujer que se haya retorcido silenciosamente ante el poderoso mal... Ese mal se vinculará así indisolublemente con todas las desgracias no defendidas que generó, con todo el sufrimiento inútil, y la plenitud de los «derechos» de esa persona significará el triunfo final del bien sobre el poder.

EXTRACTO DE «HAS AMERICA A RACE PROBLEM; IF SO, HOW CAN IT BEST BE SOLVED?» [¿TIENE AMÉRICA UN PROBLEMA RACIAL?; SI ES ASÍ, ¿CÓMO SE PUEDE SOLUCIONAR MEJOR?]

Esta selección se ha extraído de las páginas 149-174. Representa la teoría sociológica de Cooper sobre las interconexiones entre conflicto, diversidad, equilibrio y progreso; y su argumento de que la diversidad racial y el multiculturalismo son esenciales.

Hay dos tipos de paz en este mundo. Una producida por la represión, que es la pasividad de la muerte; y otra ocasionada por el ajuste apropiado de las fuerzas vivas en acción...

No hace falta que diga que la paz producida por la represión no es natural ni deseable. El despotismo no es una idea que el hombre haya copiado de la naturaleza. En todo el universo de Dios vemos armonía y simetría eternas como resultado del equilibrio de fuerzas opuestas. El juego limpio en una

lucha entre iguales es la ley escrita en el libro de la Naturaleza. Y el matón solitario que pone su pie sobre el pecho de su último adversario no tiene justificación en ninguna verdad de Dios...

... La paz progresiva en una nación es el resultado del conflicto; y el conflicto, aunque es sano, estimulante y hace progresar, se produce por la coexistencia de elementos radicalmente opuestos o diferentes racialmente. Los hombres tipo bueyes que retrata Bellamy en *Looking Backward*... son tipos simpáticos sobre los que leer; pero no son naturales; no progresan. El mundo de Dios no está gobernado de esa manera. El niño no puede nunca tener fuerza si no es con la resistencia, y no puede haber resistencia si todos los movimientos van en la misma dirección...

Confieso que no puedo ver una razón más profunda que esta para la especialización de los tipos raciales en el mundo...

Cada raza tiene su insignia, sus exponentes, su mensaje, grabados en su frente por la mano del gran Maestro, que constituyen su peculiar nota clave y su contribución a la armonía de las naciones.

Si se la dejara completamente aislada, sin contacto con otras razas... existiría unidad sin variabilidad... una monotonía aburrida que equivaldría al estancamiento, la muerte.

Esto es de lo que se queja M. Guizot con respecto a los tipos de civilizaciones asiáticas; y en cada caso que menciona me doy cuenta de que solo había una raza, una fuerza libre que predominaba...

Ahora te suplico que consideres que en ninguna de estas [civilizaciones antiguas que murieron] había posibilidad de un PROBLEMA RACIAL...

Pero el rumbo del imperio se mueve un grado hacia el oeste. Europa se convierte en el teatro de los exponentes más prominentes de la civilización, y aquí hallamos un problema racial si, de hecho, nos podemos referir con ese término tan dignificado y mudo de «problema» al revoltijo confuso de razas, al choque y al conflicto, al estruendo y a la devastación de esos años tormentosos. Complejo y llamativo seguro que fue. Godos y hunos, vándalos y suevos, anglos, sajones, jutos...

Taine los describe así:

«Cuerpos blancos, enormes, de sangre fría y fieros ojos azules, pelirrojos y rubios; con estómagos voraces, llenos de carne y queso, calentados con

fuertes bebidas. Piratas y ladrones brutos y borrachos, se tiran al mar en sus barcas de dos velas, atracan en cualquier lugar, lo aniquilan todo...».

¿Qué podía esperar hacer la civilización con tal enjambre de voluptuosas víboras sedientas de sangre?...

Volvamos a Guizot una vez más... «La civilización europea lleva en ella la promesa del *progreso continuo*. Ha soportado ya más de quince siglos y en todo este tiempo ha permanecido en un estado de progresión... Mientras que en otras civilizaciones la dominación exclusiva de un principio (*o raza*) condujo a la tiranía, en Europa la diversidad de elementos sociales (*que crece del contacto de diferentes razas*), la incapacidad de cualquiera de excluir al resto, hizo nacer la LIBERTAD que ahora prevalece...».

No hace falta citar más. Esto es suficiente para mostrar que las leyes se sostienen bien tanto en la sociología como en el mundo material, *que el equilibrio, no la represión entre fuerzas en conflicto, es la condición para la armonía natural, para el progreso permanente y para la libertad universal...*

Pero la civilización europea, rica como era... no reflejaba todavía la consumación de las posibilidades humanas... Hasta que el escenario no cambie y América se haga un teatro para la acción, no se estrecharán las fuerzas en interacción hasta formar una plataforma única.

Aquí llegaron caballeros y cabezas redondas, baptistas y papistas... el tory conservador, el whig liberal y los independentistas radicales... los ingleses... los chinos, los africanos... irlandeses, judíos. Aquí seguramente se hallaba la caldera hirviente de los elementos en conflicto...

Conflicto, conflicto, conflicto.

¡América para los americanos!... gritan quienes excluyen. ¡Fuera los italianos! Colonizad a los negros en México o deportadlos a África. ¡Linchamiento, represión, sacadlos a patadas, matadlos! ¡América para los americanos!

«*¿Quiénes son los americanos?*»...

Los hombres rojos solían ser los dueños de la tierra, pero están a punto de ser empujados al océano Pacífico... Si simplemente se aceptaban a los primeros pobladores de fuera y era solo una cuestión de derechos de los colonizadores –por qué, el Mayflower, una institución bastante venerable, se estableció en el año de gracia de 1620, y la primera delegación de África, justo un año antes, en 1619...

El hecho es que esta nación estaba predestinada al conflicto desde sus orígenes. Sus elementos estaban predestinados desde su nacimiento a un irreprimible choque seguido de un equilibrio estable entre oponentes... Compromiso y concesiones, libertad y tolerancia fueron las condiciones durante el nacimiento de la nación y son el *sine qua non* de su continuada existencia...

La supremacía de una raza, el despotismo de una clase o la tiranía de un individuo no pueden prevalecer finalmente en un continente mantenido en equilibrio por dichas fuerzas en conflicto y por tantas y tan fibrosas y fuertes razas como hay luchando sobre esta tierra...

¿Tiene América un problema racial?

Sí

¿Qué vas a hacer sobre ello?

Dejarlo estar...

Dios y el tiempo solucionarán el problema...

... Y pensamos que los hombres no tienen un papel que protagonizar en este gran drama menor que el de los dioses, así que si está decidido que unos pocos sean blancos –amén– que sea así; pero no los dejes discutir como si en la vida los hombres negros y las mujeres negras no tuviesen ningún papel que jugar, como si llegar a ser blanco fuese la única panacea específica para todos los males que hereda el cuerpo, el disolvente universal de todas las irritaciones de América...

... No despreciemos el factor con el que el Negro está designado a contribuir en este problema. América necesita a los negros... [S]u instinto por la ley y el orden, su respeto innato por la autoridad, su ineptitud para la revuelta y la anarquía, su amabilidad y buen ánimo como trabajador, y su profundamente enraizada fe en Dios...

... [L]os historiadores de la civilización americana congratularán a este país por haber tenido un problema racial y que los descendientes de la raza negra constituyeran uno de sus factores más importantes para solucionarlo.

EXTRACTO DE «ONE PHASE OF AMERICAN LITERATURE» [UNA ETAPA DE LA LITERATURA AMERICANA]

Esta selección se ha extraído de las páginas 173-237. Aquí, Cooper usa los textos de la literatura americana blanca sobre los afroamericanos como información con la que explorar las relaciones entre blancos y negros, exponiendo el racismo blanco y presentando su propio retrato de la contribución afroamericana a la sociedad americana. También se aventura a una sociología de la literatura en sus exploraciones sobre las relaciones entre la sociedad y la producción artística. Albion Tourgee es un autor blanco relativamente olvidado actualmente que sirvió en el bando unionista y que fue juez durante la Reconstrucción.

Se puede separar a los autores en dos grupos, haciendo una burda clasificación: primero, aquellos en quienes el instinto poético es prominente –aquellos que escriben para agradar– o más bien escriben porque *les* agrada...

En el segundo grupo se engloban los predicadores, ya sean de lo justo o de lo injusto... todos aquellos con un propósito o una lección...

Debido a la posición problemática que ocupan actualmente los descendientes de los africanos en la política social americana –y que presumo que crece con la continua indecisión en la mente de los descendientes más poderosos de los sajones, como si fuera conveniente aplicar las máximas de su religión a sus relaciones civiles y políticas– la mayoría de los escritores que hasta ahora han intentado retratar la vida y las costumbres de la raza más oscura pertenecen a nuestro segundo grupo: todos tienen, más o menos, alguna cuestión que probar... y, a menudo por simple ignorancia y ocasionalmente por su planificación, no han sido capaces de ponerse en el lugar del hombre oscuro. El arte de «imaginarse a uno mismo en las experiencias de los otros» no lo tienen todos, y es imposible adquirirlo sin el substrato y el trasfondo de un conocimiento empático...

Nuestro recuerdo agradecido hacia aquellos que han cogido heroicamente sus plumas para defender la causa del hombre negro no altera esta crítica...

... Al presentar la verdad desde la perspectiva del americano de color, el Sr. Tourgee supera, pensamos, en fervor y frecuencia con los que toma la palabra, a cualquier escritor viviente, blanco o de color... No muchos hombres de color habrían intentado la valiente defensa de la Reconstrucción de

El hecho es que esta nación estaba predestinada al conflicto desde sus orígenes. Sus elementos estaban predestinados desde su nacimiento a un irreprimible choque seguido de un equilibrio estable entre oponentes... Compromiso y concesiones, libertad y tolerancia fueron las condiciones durante el nacimiento de la nación y son el *sine qua non* de su continuada existencia...

La supremacía de una raza, el despotismo de una clase o la tiranía de un individuo no pueden prevalecer finalmente en un continente mantenido en equilibrio por dichas fuerzas en conflicto y por tantas y tan fibrosas y fuertes razas como hay luchando sobre esta tierra...

¿Tiene América un problema racial?

Sí

¿Qué vas a hacer sobre ello?

Dejarlo estar...

Dios y el tiempo solucionarán el problema...

... Y pensamos que los hombres no tienen un papel que protagonizar en este gran drama menor que el de los dioses, así que si está decidido que unos pocos sean blancos –amén– que sea así; pero no los dejes discutir como si en la vida los hombres negros y las mujeres negras no tuviesen ningún papel que jugar, como si llegar a ser blanco fuese la única panacea específica para todos los males que hereda el cuerpo, el disolvente universal de todas las irritaciones de América...

... No despreciemos el factor con el que el Negro está designado a contribuir en este problema. América necesita a los negros... [S]u instinto por la ley y el orden, su respeto innato por la autoridad, su ineptitud para la revuelta y la anarquía, su amabilidad y buen ánimo como trabajador, y su profundamente enraizada fe en Dios...

... [L]os historiadores de la civilización americana congratularán a este país por haber tenido un problema racial y que los descendientes de la raza negra constituyeran uno de sus factores más importantes para solucionarlo.

EXTRACTO DE «ONE PHASE OF AMERICAN LITERATURE» [UNA ETAPA DE LA LITERATURA AMERICANA]

Esta selección se ha extraído de las páginas 173-237. Aquí, Cooper usa los textos de la literatura americana blanca sobre los afroamericanos como información con la que explorar las relaciones entre blancos y negros, exponiendo el racismo blanco y presentando su propio retrato de la contribución afroamericana a la sociedad americana. También se aventura a una sociología de la literatura en sus exploraciones sobre las relaciones entre la sociedad y la producción artística. Albion Tourgee es un autor blanco relativamente olvidado actualmente que sirvió en el bando unionista y que fue juez durante la Reconstrucción.

Se puede separar a los autores en dos grupos, haciendo una burda clasificación: primero, aquellos en quienes el instinto poético es prominente –aquellos que escriben para agradar– o más bien escriben porque *les* agrada...

En el segundo grupo se engloban los predicadores, ya sean de lo justo o de lo injusto... todos aquellos con un propósito o una lección...

Debido a la posición problemática que ocupan actualmente los descendientes de los africanos en la política social americana –y que presumo que crece con la continua indecisión en la mente de los descendientes más poderosos de los sajones, como si fuera conveniente aplicar las máximas de su religión a sus relaciones civiles y políticas– la mayoría de los escritores que hasta ahora han intentado retratar la vida y las costumbres de la raza más oscura pertenecen a nuestro segundo grupo: todos tienen, más o menos, alguna cuestión que probar... y, a menudo por simple ignorancia y ocasionalmente por su planificación, no han sido capaces de ponerse en el lugar del hombre oscuro. El arte de «imaginarse a uno mismo en las experiencias de los otros» no lo tienen todos, y es imposible adquirirlo sin el substrato y el trasfondo de un conocimiento empático...

Nuestro recuerdo agradecido hacia aquellos que han cogido heroicamente sus plumas para defender la causa del hombre negro no altera esta crítica...

... Al presentar la verdad desde la perspectiva del americano de color, el Sr. Tourgee supera, pensamos, en fervor y frecuencia con los que toma la palabra, a cualquier escritor viviente, blanco o de color... No muchos hombres de color habrían intentado la valiente defensa de la Reconstrucción de

Tourgee y la presunta corrupción de la supremacía del negro, nombrado más propiamente como el periodo del resentimiento y la deserción blancos del deber. No muchos se habrían atrevido, sin temor, como él hizo, a culpar al país por su enorme deuda monetaria con los hombres de color por los doscientos cuarenta y siete años de trabajo no remunerado de sus antepasados... Observamos la incongruencia y la indignidad de haber tenido que estar siempre con el gorro en la mano como mendigos, o de haber sido empujados hacia un lado como intrusos en un país cuyos recursos se han explotado por el trabajo duro no recompensado de nuestros ancestros. Sabemos que nuestra factura es verdadera, que la deuda es tan real como la de nuestro gobierno con cualquiera de sus pensionistas. Pero los principios de paciencia y contención, de mansedumbre y caridad, están tan arraigados en el carácter del Negro que apenas nos queda asertividad para reclamar nuestro derecho a que parte de la riqueza excedente de este país se *preste* para la educación de nuestros hijos, incluso aunque sepamos que nuestra pobreza actual se debe al hecho de que el trabajo duro del último cuarto de siglo enriqueció esas arcas, pero nos dejó la herencia de... madres y padres con las manos vacías. ¡Oh, qué vergüenza!...

Con [su novela] *Pactolus Prime*, el Sr. Tourgee ha tenido un éxito incomparable, pensamos, en fotografiar y dar voz a los sentimientos de los americanos de color con respecto a su profesión cristiana y a la práctica pagana de las fuerzas dominantes del gobierno americano. Y como denuncia apasionada del espíritu de casta impío e insensible fundamentado en el color, como reprimenda mordaz a los cristianos de ojo vago que no pueden leer la regla de oro al otro lado de la línea de color... el libro está destinado a vivir...

Entre nuestros artistas que hacen arte por el dulce amor al arte, el Sr. Howells se ha puesto recientemente manos a la obra para intentar pintar al Negro... y pienso que el veredicto unánime sobre el tema es que, al menos en esta simple cuestión, el Sr. Howells no sabe de lo que habla... [En] *An Imperative Duty*... el Sr. Howells simplemente pretendió darle a un botón y tener una imagen de la vida americana con sus complicaciones raciales. La cámara no hace más; no puede dar sermones ni resolver problemas.

... [Al retratar a los personajes negros, de todas formas], el Sr. Howells fracasa. Y fracasa porque da solo una verdad a medias, una media verdad partidista. Creo que no era asunto suyo abordar una cuestión sobre la que sabía

tan poco, que le importaba tan poco. Solo hay una cosa que me gustaría decirle a mis paisanos blancos, y en especial a aquellos que se aventuran con la tinta y fingen reflexionar sobre el Negro... en concreto, que es un insulto a la humanidad y un pecado ante Dios publicar tales generalizaciones indiscriminadas sobre la raza con una información tan exigua y superficial. Lo encontramos en cada esquina: esta vulgaridad ofensiva y arrogante, esta apreciación gratuita del Negro y la ecuación que lo define, escrita de forma tan concluyente, a veces incluso por sus apasionados amigos y defensores más valientes. Si no temiera caer en el mismo error que condeno, diría que tener esa confianza arrogante en el propio poder para inferir que no hay ecuación que se reconozca como indeterminada, pese a la cantidad de incógnitas que pueda tener, parece una *característica anglosajona*...

... Lo que espero ver antes de morir es un hombre negro que retrate honestamente y con admiración tanto al hombre negro que es, como ocasionalmente al hombre blanco, visto desde el punto de vista del Negro.

Como dice el viejo proverbio: «El diablo siempre está pintado de *negro* –por pintores blancos–». Y lo que quizás haga falta es darle la vuelta al cuadro del caballero matando al león, para que el león se convierta en pintor.

6. Marianne Weber (1870-1954). *Una sociología centrada en la mujer*

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS

Marianne Schnitger Weber nació el 2 de agosto de 1870 en Oerlinghausen, en el principado de Lippe, en Alemania; murió el 12 de marzo de 1954 en Heidelberg. Si por algo se la recuerda es por ser la mujer de Max Weber, una de las figuras imponentes de la historia de la sociología. El que él lo sea –y ella sea así recordada– es parte de la historia de su vida, ya que en su propia época ella fue una figura pública tan notable como él, reconocida como una intelectual feminista, una teórica social, una socióloga del derecho, y autora de ocho libros de análisis social, de los que, antes de las traducciones en este texto, solo *Max Weber: Una Biografía* (1926/1975), había sido traducido al inglés. Solo hay cuatro fuentes sobre la vida de Marianne Weber disponibles en inglés: la admirable traducción de su biografía de Max, de Harry Zohn, cuya lectura entre líneas puede revelar mucho al atento lector; el trabajo de fin de máster de 1979 de Anne Camden Britton, «The Life and Thought of Marianne Weber», y dos artículos breves (Roth, 1990; Tijssen, 1991). Disponible en alemán e incorporado a la tesina de Britton está la propia autobiografía de Weber, *Lebenserinnerungen* («Memorias de una vida») (1948).

El resumen biográfico que sigue es un primer paso en el establecimiento de la carrera de Marianne Weber como una teórica social y socióloga por derecho propio. Para centrarnos en ella y resolver un problema terminológico, en este capítulo (tanto como lo permita la claridad de la presentación), nos referiremos a ella simplemente como Weber y a su marido como Max. Sugerimos que la clave de la carrera de Weber puede residir en ciertas cualidades de su carácter, adquiridas en la infancia y moldeadas en la etapa adulta: la determinación por sobrevivir, la determinación por sobrevivir como alguien notable, y la determinación por lograr esa notabilidad en el pensamiento social y en la política. Trazamos su carrera cronológicamente

a lo largo de tres periodos de su vida: la niñez, 1870-1893, el matrimonio, 1893-1920, y la viudedad, 1920-1954. Este patrón sigue el que sugirió para ella misma en su biografía de Max. Se despliega en el marco de una serie de cambios dramáticos en la historia de Alemania, que describimos en el curso de la cronología.

NIÑEZ: 1870-1893

En enero de 1871, unos cuantos meses tras el nacimiento de Weber, Alemania, hasta entonces un conglomerado de entidades políticas autogobernadas, se unificó como Estado-nación bajo la monarquía de la Prusia autocrática y de su tiránico «Canciller de hierro», Otto von Bismarck. La nueva nación se configuró a partir del liderazgo antidemocrático y políticamente militarista de Bismarck (1871-1890), de la rápida industrialización que hizo de Alemania una de las economías más potentes del mundo (1870-1900) y de la revuelta social que resultó de esta industrialización. En Alemania, y en otros lugares, estos cambios dieron lugar a una extensa clase media y a nuevas oportunidades educativas para las mujeres de clase media, condiciones que enmarcaron la vida de Weber y se convirtieron en foco de su análisis social.

Pero estas condiciones no afectaron enseguida a la temprana vida de Weber, que estuvo marcada por la presión económica y psíquica y la inconsistencia de estatus. Por parte de su madre estaba ligada a la prestigiosa familia Weber, que incluía a su abuelo Karl, un hombre de negocios reconocido de la ciudad provinciana de Oerlinghausen, y a la influyente política e intelectualmente familia berlinesa del hermano de Karl, Max Weber senior, el padre del futuro marido de Marianne, Max junior. Pero su madre, Anna, se había casado con un hombre que los Weber consideraban por debajo de ellos, Eduard Schnitger, un doctor rural en aquel tiempo en que la carrera de médico tenía poco prestigio. Marianne nació en el primer año de este matrimonio y dos años más tarde Anna murió después de dar a luz a su segundo hijo.

Por tanto, Marianne pasó sus primeros años fuera de la comodidad del círculo Weber, cuidada por la madre de Eduard Schnitger y su hermana en circunstancias de adversidad y pobreza gentil. Su tía Flora luchó por ganarse un pequeño salario como maestra en la escuela del pueblo, y Weber recibió una educación básica y muchas lecciones de religiosidad en el hogar

Marianne Weber

Schnitger. La austeridad de su infancia se convirtió en experiencias de terror con el colapso mental de su padre y de sus dos hermanos. Su padre vivía fuera y solo lo veía cuando la visitaba, pero sus tíos se volvieron locos en la casa de su abuela. Weber narra «horrores ocultos y terribles sonidos y visiones» y cómo corrió siendo niña al psiquiátrico en más de una ocasión para llevar a alguno de sus tíos (Britton, 1979; Weber, 1926/1975, p. 173).

De los propios relatos de Weber y de las evidencias de su vida, se deduce que desarrolló una combinación de estrategias de afrontamiento en estas situaciones de estrés infantil que evolucionarían en la formación de su personalidad adulta. Primero, fue importante para ella ser definida, por los demás y por ella misma, como normal y típica, en lugar de como excéntrica o diferente. Ella afirma su propia normalidad recordándose como «desde el principio una niña feliz» (Britton, 1979, p. 10). Segundo, Weber aprendió a distanciarse de la experiencia de demencia de su padre, «se distraía dibujando... "Dentro de mí nada había cambiado"» (Britton, 1979, p. 9). Tercero, ella se centra en los sucesos felices de su vida, aunque fuesen ocasionales: un jardín mágico, una buena amiga, una Navidad especial. Acudirá a esta estrategia más tarde en su vida, dibujando escenas de viajes durante la enfermedad mental de Max y, durante la locura masiva del régimen de Hitler, centrándose en los detalles de una fiesta de cumpleaños. Cuarto, se forjó la absoluta determinación de escapar hacia un lugar mejor. Se aferró a la idea mágica de escapar, con su familia Weber: «Y entre sus ascendientes estaba su... abuelo, que era... rico y a través del cual ella formaba parte de una familia respetada. Un día tendría acceso a una existencia más amplia y brillante» (Weber, 1926/1975, p. 173). Y el vínculo Weber le proporcionó una serie de oportunidades para esa vida más amplia.

La primera oportunidad surgió cuando su abuelo Karl Weber accedió a mandarla fuera, a la edad de dieciséis años, a una prestigiosa escuela para

señoritas en Hannover. Allí volvió a experimentar la inconsistencia de su estatus: ya no era la niña especial de la escuela del pueblo, rústica y seria con sus estudios, se sentía incómoda con sus compañeras de clase que enfatizaban su refinamiento social. Pero Weber era una estudiante capaz, que pulía la habilidad para mantener su esencia interior de determinación escondida tras la fachada de una persona que quería encajar. Se permitió a sí misma ser «refinada», y aprendió a bailar, a hablar francés e inglés, a apreciar la música y el arte, mientras por dentro resolvía cómo «llegar a ser alguien importante... [con] una "ardiente ambición" por lograr» algo que la pusiera «en primer lugar por su importancia» (Britton, 1979, pp. 9-10).

Después de tres años en Hannover, en 1889, Weber volvió a «casa» para vivir con la hermana casada de su madre, Alwine, que le ofreció un confortable hogar provinciano de clase media, aunque los deberes de Weber eran en gran medida los de una pariente pobre. La infelicidad y el aburrimiento de Weber en un escenario que «no le ofrecía nada a su ambicioso intelecto» incomodaba a la familia, e invitaron a Weber a pasar unas semanas en Berlín, en 1891, con la familia de Max Weber, senior, su mujer, Helene, y el primo segundo de Marianne, Max junior. En esa adinerada y sofisticada familia, Marianne vislumbró la vida que quería. No llegaba a «saciarse de la atmósfera intelectual de su casa y de los tesoros culturales de la gran ciudad... *al fin esto era vida*» (1926/1975, pp. 174-175, las cursivas son suyas). En 1892, un año después de esta primera visita, Weber consiguió volver a vivir con sus primos de Berlín, para formarse mejor en «su modesto talento artístico» (1926/1975, pp. 175-176). Ahí construyó las dos relaciones emocionales cruciales de su vida adulta, con su tía Helene y con su primo Max. La vida de Helene era de una infelicidad estoica y magnánima en un matrimonio exigente y destructivo (véase «Premisas», más adelante en este capítulo). Marianne, por su parte, se convirtió en la confidente y en el estimado consuelo de Helene, y Helene, para ella, en la madre que nunca había tenido. Su proximidad continuó hasta la muerte de Helene en 1919. Max, el hijo favorito de su madre y su otro confidente, ya era ampliamente reconocido como joven académico brillante, con un doctorado en derecho y otro en historia, una reputación como investigador en ciencias sociales, y un puesto de profesor visitante en la Universidad de Berlín. A los 28 años, comenzó una relación romántica que duraría cinco años con su prima Emmy, una relación aprobada por Helene, aunque

Emmy tenía un largo historial de enfermedad nerviosa y estaba frecuentemente en sanatorios. Marianne Weber no relata nada del curso de su propio cortejo con Max, o de su papel en promoverlo; pero a finales de 1892, Max había roto su compromiso con Emmy, superado los recelos de Helene, y propuesto matrimonio a Marianne. En medio del ajetreo del ritual doméstico de su compromiso, Marianne apunta que se ve a sí misma «en el inicio de su desarrollo intelectual» (1926/1975, p. 186). Max y Marianne Weber se casaron en otoño de 1893.

MATRIMONIO: 1893-1920

Marianne y Max vivieron su matrimonio en el contexto de un continuo estado patriarcal industrial-militar con el Káiser Guillermo II y una creciente oposición de los liberales, los socialistas y las feministas. En 1914, la política militarista de Guillermo ayudó a precipitar la Primera Guerra Mundial (1914-1919), que dejó a Alemania vencida, humillada, y sobrecargada por los pagos de las reparaciones punitivas. Tenemos dos fuentes principales de información sobre la vida de Weber durante su matrimonio, su biografía de Max y su teoría social. El proyecto de Weber en la biografía de 700 páginas es retratar a Max como el encumbrado intelectual de su época; ella aparece en los márgenes de su narrativa, como complemento a la capacidad de acción de él. En sus textos teóricos hasta 1920, de todas formas, ella describe el matrimonio para la mujer como una búsqueda de dos formas de realización, autonomía en los proyectos determinados por ella misma e intimidad con el marido en una relación de pareja de cariño mutuo y de intereses y satisfacciones ampliados. En esta sección nos centramos en el desarrollo de Weber como teórica social, como una manera por la que logró autonomía e intimidad en su matrimonio.

Tres aspectos generales caracterizan el patrón de la vida de Marianne Weber en su matrimonio[1]. En primer lugar, aceptó las opiniones relativamente progresistas de Max sobre el rol de las mujeres, que reconocían su derecho a una vida intelectual, en cualquier espacio que ella pudiese explorar apar-

[1] En varias fuentes se llegó a declarar que el matrimonio no se consumó (Britton, 1979; Mitzman, 1970; Roth, 1990). No hemos encontrado evidencias en los textos de Marianne disponibles hasta el momento para apoyar esta idea.

tado de los deberes tradicionales que él esperaba de su mujer: gestionar las emociones de él, su hogar, y la vida social de ambos (incluyendo las relaciones con la familia). En segundo lugar, al explorar este espacio, tuvo recursos y fortuna para poder contar con un servicio devoto de mujeres que contrató como amas de llaves –durante los 61 años desde su matrimonio en 1893 hasta su muerte en 1954, le sirvieron y a su vez cuidaron de ella tres mujeres, Berta, Lina y Lisbeth–. En tercer lugar, Weber trabajó para compartir la vida de Max en la sociología.

La primera fase de su matrimonio, desde 1893 hasta 1898, estuvo marcada por el objetivo ambicioso de Max de combinar en su vida la actividad académica, la producción intelectual, y la política de centro-izquierda. Enseñó primero en Berlín; después, en 1894, fue profesor de Económicas en Friburgo; y en 1896 profesor de Ciencias Políticas en Heidelberg, la universidad más destacada de Alemania. En esta fase, Weber siguió con su propia educación superior y ella misma empezó a hacerse un hueco en el feminismo. En Friburgo, entre 1894 y 1895, siguió su «propia animosidad... y... se ocupó de... sus estudios», una manera de proceder que le sugirió preguntas «sobre lo que una mujer podía, debía, y se le permitía hacer» (1926/1975, pp. 203-204). Las exigencias de un trabajo en la universidad significaban que Max tenía menos tiempo para su investigación filosófica, pero Weber empezó a estudiar seriamente con el filósofo neo-kantiano Heinrich Rickert, junior. Pronto se puso a indagar en el pensamiento feminista, después de asistir a un congreso sobre política en 1895 en el que participaron prominentes oradoras feministas. En Heidelberg, en 1896, se convirtió en líder de una asociación recientemente organizada para la divulgación de ideas feministas, mientras permanecía ocupada con sus propios estudios –asistiendo a las clases de Max sobre política económica, acudiendo a otras clases de filosofía, y empezando a escribir sus propias obras–. Los Weber trabajaron juntos por abrir Heidelberg a las estudiantes femeninas, que llegaban en pequeñas dosis en aquel tiempo.

Pero en 1897 hubo una crisis que llevó esta fase a una parada repentina. Delante de Marianne y de su madre, Helene, Max se enfrentó a su padre por sus años de tiránico abuso de Helene. Su padre murió poco después sin haberse reconciliado ni con Helene ni con Max. Este hecho se ha usado en los estudios psicológicos de Max para explicar la fase que siguió (p. ej.

Kandal, 1988; Mitzman, 1970; Weber, 1926/1975). Esta segunda fase del matrimonio, entre 1898 y 1904, estuvo marcada por el colapso nervioso de Max, que desembocó en una profunda depresión, su retirada de la vida académica, política e intelectual, sus entradas y salidas de los sanatorios mentales, su necesidad constante de viajar, la renuncia a su prestigioso puesto de catedrático en Heidelberg, y la dificultosa recuperación de su salud mental. La propia carrera de Marianne se desvió por la crisis de Max. Hace del intento por ayudarle a soportar su enfermedad y de trabajar por su recuperación su primera preocupación durante años. Pero incluso en los días oscuros de 1900, trabajó en la publicación de *Fichte's Sozialismus und sein Verhältnis zur Marx'schen Doktrin* («El socialismo de Fichte y su relación con la doctrina marxista») (1900) y «Politics and the Women's Movement» (1901) y dejó a Max durante un breve espacio de tiempo para asistir a una convención feminista. El periodo de enfermedad acercó mucho a la pareja, haciendo realidad el otro proyecto de Weber, la búsqueda de intimidad en su matrimonio. Se describe a sí misma como una cuidadora efectiva que había «heredado nervios delicados y desde la infancia estaba acostumbrada a tratar con especial consideración a personas que sufrían de la misma forma», y recuerda su vida de este periodo «tan repleta de afecto e intimidad, que incluso el paciente la experimentaba como una nueva felicidad» (1926/1975, pp. 236-237). Cuando la vida volvió a ser medio-normal, Weber se encontró en una situación de roles invertidos, y se convirtió en la oradora pública del matrimonio, que a menudo se quedaba en las reuniones políticas hasta tarde en la noche mientras Max permanecía silencioso, descansando en casa.

En la tercera fase del matrimonio, de 1904 a 1914 aproximadamente, Max mantuvo su salud mental gracias a un renovado y prudente equilibrio entre estudios y ocio. El año 1904 marcó un punto de inflexión; en ese año, los Weber hicieron un *tour* por América, Max aceptó ser editor de una nueva revista de ciencias sociales, *Archiv fur Socialwissenschaft und Socialpolitik*, y publicó en aquella revista su ahora famosa monografía *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Parece que durante este periodo del matrimonio, aunque su afecto por Marianne persistió, Max experimentó sexualmente fuera del matrimonio y se enamoró de la amiga de ambos, Else Jaffe (Britton, 1979; Green, 1974). Cuando Max se recuperó, Weber también se volvió más activa en sus estudios y en su vida pública. En la gira por América,

conoció tanto a Jane Addams (capítulo 3) como a Florence Kelley (capítulo 7) y, entre 1904 y 1907, publicó varios artículos sobre las experiencias de las mujeres, enfrentándose críticamente a las teorías de Charlotte Perkins Gilman (capítulo 4). En 1907, publicó su obra fundamental *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung* («Matrimonio, maternidad y legislación»). Durante ese año también murió Karl, el abuelo de Weber, y la herencia para su nieta dejó a ella y a Max, el «profesor marginado... libres de preocupaciones económicas» (1926/1975, p. 367). Los Weber vivían ahora mucho más cómodamente, y Weber empezó a formar su grupo de intelectuales, que incluía a los colegas de Max: Werner Sombart, Robert Michels, Georg Simmel y Alfred, el hermano filósofo de Max, así como a feministas prominentes como Marie Baum, Gertrud Bamer, y Gertrud Simmel. Weber, hacia 1908, era bien conocida como feminista en los círculos intelectuales y políticos. Escribe que a finales de 1908, Max y ella asistieron a una reunión política en la que él habló inesperada y apasionadamente, y un hombre le preguntó a otro, «En cualquier caso, ¿quién es este Max Weber?», a lo que le contestaron, «Oh, es el compañero de Marianne» (1926/1975, p. 407). Podemos detectar algo de este ascenso del estatus de Weber en el nuevo tono crítico y confiado de sus textos, «The Question of Divorce» (1909), «Authority and Autonomy in Marriage» (1912), «On the Valuation of Housework» (1912), «Women and Objective Culture» (1913) –recogidos en *Frauenfragen und Frauengedanken* («Reflexiones sobre las mujeres y las cuestiones de las mujeres») (1919)–. Desde aproximadamente 1910 en adelante, su cercanía a Max se volvió problemática, a pesar de que Weber seguía todavía profundamente comprometida con la idea de su matrimonio con Max. Por una parte, ella y Max se condujeron por caminos separados en sus carreras; por otra, Max estaba cada vez más absorto en Else Jaffe. Aun así, formalmente el matrimonio permaneció sólido: el grupo intelectual continuó, Max defendió fieramente a Weber de los ataques antifeministas, y la relación con la familia de Max, en particular con su madre, formaba un estrecho nexo entre ellos.

La última etapa del matrimonio, de 1914 a 1920, tuvo como telón de fondo la Primera Guerra Mundial, la revuelta política en Alemania y el devastador tratado de paz que dejaría al país en la anarquía económica. En este periodo parece que Max recuperó su nivel más alto de actividad, publicó su estudio comparativo de la religión en varios volúmenes, organizó hospitales milita-

res, dio clases, participó en las negociaciones de paz de 1918-1919 (aconsejó que no se firmara el tratado, que veía como desastrosamente injusto y amañado por todos lados), y se le señaló como candidato para un alto cargo en la recién creada República de Weimar. En medio de la guerra, Weber continuó escribiendo: «The New Woman» (1914), «The Ideal of Marriage» (1914), «War as an Ethical Problem» (1916), «Changing Types of University Women» (1917), «The Forces Shaping Sexual Life» (1918a) y «Women's Special Cultural Tasks» (1918b). En 1919 recogió estos y otros ensayos en *Reflections on Women and Women's Issues* y se convirtió en la primera mujer alemana elegida como representante de la asamblea estatal (Baden). En 1920 fue elegida presidenta de la Federación de Organizaciones de Mujeres Alemanas. Pero su matrimonio hacía aguas por todos lados, por la devoción de Max por Else Jaffe, por la muerte de Helene Weber, por el suicidio de Lili, hermana de Max, y por las emociones que removían las agrias secuelas de una guerra devastadora. La decisión de Weber de adoptar a los hijos de Lili pudo haber sido en parte un intento de salvar su matrimonio. Pero sus luchas fueron superadas por los acontecimientos cuando Max Weber murió inesperadamente de neumonía el 14 de junio de 1920.

VIUDEDAD: 1920-1954

La vida y la carrera de Weber después de la muerte de Max estuvieron determinadas por los sucesos tumultuosos durante la República de Weimar (1920-1933), el auge del nazismo (1933-1938), la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), y la ocupación de Alemania en la posguerra y su división en un estado comunista al este y un estado democrático-capitalista al oeste (1945-1954). La República de Weimar estuvo marcada por la libertad cultural y política, por una parte, y la inestabilidad económica y la inflación, por otra. La vida de Weber en este periodo comenzó con una fuerte depresión personal producida por la muerte inesperada de Max. Durante cuatro años, se retiró de la vida pública y social tan dramáticamente que sus amigas le pidieron que se aferrara a su propio principio feminista de autonomía. Canalizó su tristeza en su proyecto de construir la fama de Max para la prosperidad. Entre 1920 y 1922, preparó diez volúmenes con las obras de Max para su publicación, incluyendo su manifiesto teórico principal, en varios volúmenes, *Economy and Society*, así como *Religion and Capitalism, Politics as a Vocation, Science*

as a Vocation, Collected Works (un volumen de sus primeros textos más oscuros), un volumen de sus ensayos políticos, y una colección de su correspondencia (Britton, 1979). Entre 1923 y 1926, completó su famosa biografía. Escribir y publicar fue una estrategia psicológica para afrontar la tristeza, y sus consecuencias son enormemente significativas para la sociología occidental. Como admite el estudioso de MaxWeber, Guenther Roth, «Es... justo decir que, sin Marianne Weber, el trabajo de su marido podría no haber adquirido la importancia que tuvo después en el desarrollo de las ciencias sociales» (Roth, 1990, p. 67). Hacia mediados de la década de 1920-1929, Weber se había repuesto de la crisis de tristeza y reemergió en la vida pública. En 1924 aceptó un doctorado honorario en Heidelberg –un honor singular para una mujer– tanto por sus estudios sobre las mujeres como por su edición del trabajo de Max. En 1926, reemprendió las reuniones semanales de su grupo intelectual, que mantuvo en funcionamiento, de una manera u otra, hasta el final de su vida. Entró en su fase más intensa de intervenciones públicas sobre asuntos de mujeres, a menudo dirigiéndose a audiencias que superaban las 5.000 personas (Britton, 1979). Publicó *Die Idee der Ehe und die Ehescheidung* («La idea del matrimonio y del divorcio») (1929) y *Die Ideale der Geschlechtergemeinschaft* («El ideal de comunidad entre hombres y mujeres») (1930). Su vida doméstica en esos años se centró en hacer malabarismos para encontrar escasos fondos en la economía alemana en hiperinflación, cuidando y adoptando después a los cuatro hijos de Lili, y siendo cuidada a su vez por su querido círculo de amigas, entre ellas Else Jaffe.

El periodo de represión y terrorismo que empezó en 1933 y continuó hasta la Ocupación Aliada de Alemania en 1945 marcó el fin de la carrera pública de Weber como oradora feminista. Hitler disolvió la Federación de Organizaciones de Mujeres Alemanas en 1935, y el debate político, incluso en los círculos privados, se convirtió en una actividad peligrosa. Sobre el régimen de Hitler, Weber comentó «Un pueblo con necesidad de honor, para el que la fe en un Dios que no se ve y en Su reino se había desvanecido, anula su visión nostálgica al crearse un dios de un esclavista» (citado en Britton, 1979, p.110). A pesar de que tenía que aparentar un perfil bajo en esos años, mantuvo su círculo intelectual, ofreció el socorro que pudo a sus amigos judíos y a otros disidentes, se sumió en una depresión a causa de la tristeza por su destino bajo la opresión nazi, y aun así siguió escribiendo. *Frauen und Liebe* («Mujeres y amor»), una curiosa solución entre

las expectativas oficiales y las opiniones feministas de Weber, se publicó en 1935, en los primeros años del régimen nazi; *Erfülltes Leben* («Una vida completa») se publicó por una editorial clandestina en 1942 y se volvió a editar tras la ocupación en 1946. Las celebraciones del setenta y del setenta y cinco cumpleaños de Weber estuvieron marcadas por ceremonias apagadas pero emotivas con su círculo de amigos, entre los estragos de la guerra.

Después de la derrota de Alemania, cuando se hizo de conocimiento público el completo horror del régimen nazi, escribió que ella misma había experimentado, «[s]obre todo, culpabilidad, por haber caído una y otra vez» (citado en Britton, 1979, p. 156). Aun así, defendió su papel en el silencio y en la invisibilidad durante aquellos años: «¿Cómo se conoce el poder del terror? Cada grito era expiado con una muerte desesperada y un martirio inútil. Nos hemos salvado solo por el silencio» (citado en Britton, 1979, p. 154). En los primeros tiempos de la ocupación, dos graduados de Harvard visitaron a Weber y le dijeron que las teorías de Max eran famosas en América, una información que le proporcionó una profunda satisfacción. Weber permaneció ocupada escribiendo, primero sus memorias, en 1948, y después una edición revisada de la biografía de Max, en 1952. En sus últimos años, observó la construcción de una Alemania Occidental próspera y democrática, muchos de cuyos hombres de Estado de más edad habían salido de su viejo grupo intelectual de Heidelberg.

TEORÍA SOCIAL GENERAL

PREMISAS

La sociología de Weber durante el periodo 1890-1920 está encuadrada sobre todo en tres líneas del pensamiento social alemán: (1) una ideología de género de una masculinidad agresiva y sensual y una femineidad espiritual y domesticada, (2) la primera gran oleada de movilización y pensamiento feminista, y (3) la formulación neoidealista de la ciencia social por hombres académicos liberales como Max Weber y Georg Simmel.

Ideología de género tradicional. La unificación alemana de 1871 se logró por el régimen autoritario y militar de la monarquía de Prusia liderada por Bismarck. Enorme, bebedor, rudo en su discurso, y persona influyente y

despiadada, Bismarck representaba un modelo de incuestionable dominación masculina, que no permitía personalidades rivales en su círculo político íntimo, que aterrorizaba a otros políticos hasta llevarlos a una docilidad casi infantil. Aunque muchos liberales, que incluían a Marianne y Max Weber, fueron críticos con él, el Canciller fue objeto de endiosamiento y devoción nacional. Hombres de todas las clases –incluyendo al padre de Max Weber– intentaron emular su poder, su sensualidad, su energía, su predisposición a la dominación (Kandal, 1988). Bismarck ayudó tanto a crear como a magnificar un ideal de masculinidad tradicional en la Alemania de finales del siglo XIX.

En este contexto cultural, se esperaba que las esposas fueran sirvientas de sus maridos, sexualmente castas excepto para responder con sus maridos, y restringidas a la esfera privada del *Kinder, Kirche, und Küche* (hijos, iglesia y cocina). Los hombres tenían que encontrar su espacio en la vida pública y eran libres de buscar satisfacción sexual fuera del hogar con amantes y prostitutas. Enfrentándose a estas expectativas, las mujeres crearon una ideología propia que se resistió sutilmente a la ideología del dominio masculino. Definieron el matrimonio, los hijos y la religión como medios para expresar aspectos de la espiritualidad y la etérea bondad que definían la femineidad. En contra de la cultura pública materialista y militarista, entendieron el mundo de las mujeres como un lugar de paz, armonía y aliento espiritual. Estas imágenes confrontadas de la masculinidad y la femineidad fueron a menudo fuente de una tensión aguda entre sexos –una tensión agriamente encarnada en la infelicidad del matrimonio de los padres de Max, Max senior y Helene Weber (Weber, 1926/1975)–. Weber describe a la abuela y a las tías que la criaron, y a su suegra, Helene, como personificaciones, hasta cierto punto, de esta imagen de femineidad pura. Incluso cuando se pasó al discurso político feminista y al discurso académico de las ciencias sociales, Weber permaneció profundamente afectada por esta imagen de femineidad, así como por su crítica de la masculinidad tradicional.

Feminismo alemán. A pesar de las políticas centralistas de Bismarck, Alemania no constituía un paisaje político uniforme e indiferenciado. La poderosa comunidad académica con bases en múltiples universidades se dividió en facciones que se ajustaron a las normas del régimen gobernante y facciones intensamente críticas con ese régimen. La rápida industrialización

de Alemania entre 1870 y 1900 creó una enriquecida clase media, segmentos de la cual avanzaban hacia la tradición liberal progresista. La creciente clase trabajadora se movilizó políticamente de acuerdo con diversas formas de pensamiento socialista, incluyendo la de los exiliados alemanes Karl Marx y Friedrich Engels.

En este contexto, «la cuestión de la mujer» –el debate sobre el estatus social de segunda clase de las mujeres– se convirtió en un asunto político importante, y una serie de organizaciones de mujeres florecieron para reclamar mejores condiciones para ellas (Kandal, 1988). Un sector poderoso abogaba por una agenda feminista liberal de derechos igualitarios: acceso a la educación y al empleo, salarios iguales para los mismos trabajos, ayudas para el cuidado de los niños y la salud, derechos políticos y sufragio completos, y cambios en las leyes sobre el matrimonio para dar a las mujeres derechos de propiedad, derechos sobre sus hijos, la posibilidad del divorcio, y la posibilidad de relaciones de pareja en lugar de la subordinación al marido. La organización más poderosa de feministas liberales fue la *Bund deutscher Frauenvereine* (Federación de Organizaciones de Mujeres Alemanas), que pasaría a su modo más militante entre 1890 y 1920, guiada por las críticas teóricas a las prácticas patriarcales. Weber, después de su monumental estudio de 1907, *Matrimonio, maternidad y legislación*, fue considerada como una líder intelectual del movimiento feminista liberal y realizó una gira exigente de conferencias remuneradas como representante de la federación (siendo su presidenta en 1920). Vio muchos de sus proyectos realizados: la admisión de las mujeres en la educación superior y en carreras profesionales, el derecho a voto, y la elección de mujeres como representantes políticas.

Weber se vio afectada a varios niveles por las tres posturas feministas alternativas. Una de dichas posturas fue la de socialistas feministas como Emma Ihrer, Ottilie Baader, Helene Grunberg, Gertrud Hanna, Clara Zetkin, Luise Zietz, Lily Braun y Marie Jucharz (Fout, 1984, pp. 8-9), que tenían su base en los sindicatos obreros socialistas y en el partido socialista, los socialdemócratas. A pesar del sesgo machista y antifeminista de estas organizaciones, las feministas socialistas realizaron una crítica formidable de los vínculos explotadores entre el capitalismo y el patriarcado, defendiendo los derechos e intereses de las mujeres de clase trabajadora y la solidaridad dentro de la clase trabajadora como medios para destruir el patriarcado capita-

lista y liberar a las mujeres y a los hombres. Weber obtuvo del feminismo socialista la comprensión de que las relaciones entre clases determinadas económicamente constituían el factor principal que creaba diferencias entre las mujeres por sus experiencias y necesidades vitales. Su análisis es sensible a las diferencias de clase. Pero nunca articula propiamente una crítica al capitalismo, ni concibe su desaparición. En esencia, su posición es que el patriarcado está analíticamente separado del capitalismo, y que cambiar las costumbres y prácticas legales del patriarcado eliminaría la mayoría de los abusos de poder que las feministas socialistas vinculaban al capitalismo.

En parte, esta opinión fue el resultado de su relación con una segunda postura feminista, la del feminismo cultural, que en sí mismo fue una extensión de la vieja creencia alemana en las cualidades espirituales y éticas de las mujeres. El feminismo cultural había estado en el centro del movimiento feminista alemán original, aunque ese movimiento dio un giro a mediados de la década de 1890-1899 hacia el programa liberal que describimos anteriormente. Pero incluso con este giro, muchas mujeres, pese a ser fieles al programa liberal, todavía afirmaban el valor de lo que veían como las cualidades especiales de espiritualidad y bondad en las mujeres. Weber rechazaba las proclamas esencialistas tradicionales sobre las diferencias fundamentales en la naturaleza de hombres y mujeres, aunque sostenía que los modelos de género en el trabajo humano dieron a las mujeres, como grupo, las responsabilidades primarias de producir, reproducir, y enriquecer la vida humana a un nivel cotidiano y continuado (Kandal, 1988; Tijssen, 1991).

En tercer lugar, Weber también respondió a una rama del feminismo de la configuración alemana de la crítica, conocida como «el movimiento erótico» (Green, 1974; Kandal, 1988). El movimiento erótico, que tenía su base en los círculos intelectuales y artísticos que se irradiaban desde Munich, propugnaba darle la vuelta al doble estándar tradicional de sexualidad, así como una revolución en las costumbres sexuales tanto de mujeres como de hombres. Esta revolución volvería a conectar a hombres y mujeres con su energía humana esencial y los liberaría de las represiones proyectadas en la cultura humana por todas las formas de dominación sadomasoquistas. El feminismo erótico surgió de los nuevos aportes del pensamiento psicoanalítico freudiano, que a su vez puede entenderse como una respuesta a la estructura familiar hiperpatriarcal de la Alemania bismarckiana tradi-

cional. El feminismo erótico proclamaba la experimentación sexual, el desmantelamiento de la monogamia, la liberación de las mujeres y de los hombres a través del amor libre, y una crítica a la heterosexualidad mediante la exploración homoerótica. Amigos próximos y compañeros de Weber le expusieron los argumentos del feminismo erótico –muy especialmente, Else Jaffe– que consecuentemente afectaron a sus amistades y a su matrimonio. Weber dedica una parte importante de su teoría a debatir cuestiones sobre sexualidad en general y las tesis del feminismo erótico en particular (véase el tema 2, a continuación).

Ciencia social del neoidealismo. Como mujer de Max, Weber vivió y escribió en el centro del círculo de pensadores que realizaron la contribución alemana clásica a la sociología llamada normalmente tradición neoidealista, y que se presenta a los sociólogos actuales principalmente a través de las teorías de Max Weber y Simmel. En esencia, la perspectiva de la sociología en la que Weber estaba inmersa está marcada por los siguientes temas. Las ciencias sociales no son idénticas a las ciencias naturales y físicas porque su materia de estudio, los seres humanos, constituye un fenómeno de naturaleza única. Los seres humanos actúan y se relacionan en función de significados sostenidos subjetivamente que, en gran medida, reflejan la asimilación intrapsíquica de las estructuras histórica y cultural de su sociedad particular. Las ciencias sociales requieren por tanto un método que explore la singularidad histórica y cultural de las sociedades, las acciones con significado para los seres humanos en estas sociedades, y las pautas estructuradas de asociación y organización que crean. Los científicos sociales, aunque también moldeados por significados culturales, que afectan a su selección y definición de los temas de investigación, deberían situarse metodológicamente en los sistemas de significados de la ciencia moderna y aspirar a una investigación empíricamente rigurosa y valorativamente neutra. La sociedad moderna occidental es el objeto principal de tal investigación. El malestar característico de esta sociedad moderna occidental viene de la pérdida de sentido de las actividades de los individuos. Esta pérdida de sentido resulta del crecimiento de estructuras burocráticas masivas e impersonales, y de la propagación de una cultura que no enfatiza ni el sentido trascendental ni el cálculo práctico de los medios y el fin que instan a la acción, sino el seguimiento rutinario de las reglas prescritas. Weber presenta un claro resumen de esta teoría en el capítulo 10 de su biografía de Max. Una característica de la sociología de

Weber es cómo modifica la teoría de la ciencia social a través de la crítica feminista y a través de su método para ponerse en la situación de las mujeres como lugar desde el que descubrir el mundo social.

TEMAS PRINCIPALES

Weber toma la experiencia de las mujeres como punto de partida para su investigación sociológica, y ve y evalúa la experiencia social a través de la subjetividad de las mujeres. Su sociología está, por tanto, centrada en las mujeres, tanto en los asuntos que estudia como en el ángulo de visión que adopta. Su trabajo es una reacción a lo que ella vio que se desarrollaba en los círculos masculinos de ciencias sociales que conocía tan íntimamente: el simple supuesto de que las manifestaciones realizadas sobre el actor social o bien se ajustaban tanto a hombres como a mujeres, o bien las mujeres no eran suficientemente significativas como para promover un análisis separado. Pero su sociología no es meramente reaccionaria; es una declaración feminista proactiva, que afirma el derecho de la mujer a su autonomía moral, a la independencia económica, y a la realización sexual, y que cita las contribuciones remarcables que ellas hacen a la sociedad y la cultura. Presentamos su teoría en función de cuatro temas: una fundamentación en la experiencia de las mujeres, su foco de atención en el matrimonio como paradigma del patriarcado, el uso del trabajo femenino como forma de mapificar el mundo social y su sensibilidad hacia las diferencias entre las mujeres.

1. Weber basa su sociología feminista crítica en su experiencia como mujer en un mundo creado por hombres y en su respuesta al análisis de ese mundo que aparece en el discurso sociológico dominado por los hombres. Weber toma como punto de partida la posición cambiante de la mujer en la Alemania de principios del siglo XX y su propia experiencia vital en ese cambio. En esto, ella es consistente con la creencia neoidealista de que uno no puede generalizar más allá de una situación histórica específica y se anticipa el argumento feminista actual de que el análisis comienza con la experiencia personal vivida por cada uno. Desde este punto de partida, describe la experiencia de las mujeres que buscan ahora una vida dentro y una vida fuera del matrimonio: «nuestra época conoce por primera vez el conflicto entre matrimonio y profesión, entre las tareas especiales... de la mujer y su... necesidad de construir con otros el mundo cultural supra-

personal» (1912a/1919/1997, p. 40)*. Por tanto, empieza definiendo la época –«nuestra época»– no en términos de acontecimientos políticos llevados a cabo por el hombre, sino en términos de la experiencia de las mujeres. Para las mujeres, el hecho clave de la época es que continúan trabajando en casa y ahora salen a trabajar a causa de la reorganización capitalista de la sociedad: «las fuerzas del nuevo estilo de vida de esta era de maquinaria rompen y abren el círculo de las tareas [de las mujeres] determinadas por su género y las dejan sin la protección de la casa y, consecuentemente, fuera del reino controlado por sus maridos» (1912a/1997, p. 33)*.

El análisis de la organización social de Weber desde la perspectiva de las mujeres muestra que la sociedad intenta producir una vida comunal armoniosa a través de la socialización de género de sus miembros. Pero esta socialización de género está pautada por el patriarcado, una estructura transinstitucional que subordina a las mujeres y privilegia a los hombres. Weber centra su crítica del patriarcado en dos áreas principales e interconectadas de la experiencia de las mujeres –el matrimonio y el trabajo– y en la forma en la que se compra la armonía social a expensas de la autonomía de la mujer. Analiza el matrimonio como una intrincada relación de poder e intimidad, y el trabajo de las mujeres como un conjunto de experiencias que abarcan tanto el trabajo llevado a cabo en la casa como el trabajo realizado en la esfera pública. Weber muestra cómo las vidas de las mujeres están moldeadas por las instituciones del derecho, la religión y la economía dominadas por los hombres; por un contexto histórico que consiste en una serie de acontecimientos protagonizados por los hombres; y por el análisis dominado por los hombres de estas instituciones y acontecimientos.

Elaborando su sociología, Weber es consciente de que no solo describe el lugar de la mujer en un mundo dominado por los hombres, sino que lo hace usando los marcos analíticos de los discursos dominados por los hombres, más particularmente los de la sociología. Por tanto, su sociología encaja explícitamente con las teorías de Simmel e implícitamente con las teorías de su marido Max. En su diálogo con Simmel, reelabora la idea del autor sobre la división de género en el trabajo para la producción de un mundo

* Un asterisco que sigue a una cita en el texto significa que el pasaje citado se ofrece en un contexto más amplio en las lecturas al final del capítulo.

humano con significado y usa las lentes de género para tratar su tema de la alienación humana. En su diálogo con Max, hace un reelaboración feminista de la teoría del autor sobre el poder y la autoridad. No escribe desde una posición de neutralidad valorativa, sino como defensora abierta del cambio hacia la igualdad de género entre sexos. Partiendo de la experiencia vital de las mujeres, desarrolla un modelo de actor social que enfatiza, no solo la búsqueda de significado (como en el modelo de Max) o el deseo de sociabilidad (como en el de Simmel), sino que encarna la necesidad práctica de la existencia material; que encarna la necesidad sensual de satisfacción erótica y sexual; la necesidad psíquica de agencia, o de acción autodirigida, la necesidad emocional de intimidad; y las necesidades éticas de autonomía moral y armonía con los demás. Para Weber, estas necesidades son necesidades humanas esenciales, las demandas de la especie, tanto de las mujeres como de los hombres. Bajo el patriarcado, los hombres tienen garantizado su derecho psíquico y relacional a satisfacer sus necesidades humanas, mientras que las mujeres se definen y se sitúan relacionalmente para sublimar estas necesidades humanas en su servicio como facilitadoras de la voluntad de los hombres.

2. Weber trata el matrimonio como paradigmático de la distorsión patriarcal de la vida humana. El análisis de Weber se inicia con la comprensión de que para las mujeres de su tiempo la expectativa del matrimonio es la realidad que configura su existencia. Identifica las consecuencias de este principio básico –que la mujer entiende que está destinada al matrimonio y así se entiende por los hombres y por la sociedad– en las instituciones del derecho, del trabajo, de la religión, del gobierno, de la filosofía, y de la educación[2]. Pero su estudio sobre la posición de las mujeres comienza con el propio matrimonio. Gran parte de su trabajo, incluida su principal obra *Matrimonio, maternidad y legislación* (1907) se dedica a un análisis histórico/estructural del matrimonio. Lo novedoso de este análisis, sin embargo, es su formulación de las dinámicas microsociales del matrimonio como un compendio de negociaciones continuadas de poder y de intimidad, en las que el dinero, el trabajo de las mujeres, y la sexualidad son asuntos clave.

[2] En un trabajo posterior, *Women and Love* (1935), Weber reaparece para explorar una variedad de posibilidades al margen del matrimonio heterosexual tradicional como formas de conseguir una intimidad humana con sentido; pero en la época de los ensayos que estamos examinando, el matrimonio era, para la amplia mayoría de mujeres alemanas, la experiencia vital que había que aceptar.

Historia y estructura. Weber presenta su trabajo histórico del matrimonio occidental partiendo de la premisa de que «quien quiera entender en profundidad y juzgar correctamente la estructura interna del matrimonio, la relación entre sexos, debe lanzar al menos una breve mirada a la historia de su desarrollo y, sobre todo, a las ideas principales con las que se ha definido» (1912a/1919/1997, p. 27)*. Al analizar textos de derecho, de religión, de política y de filosofía, comienza una historia del matrimonio con lo que denomina «patriarcado primitivo», en el que «la mujer era propiedad del marido» y «el único principio formativo formal de la relación» era «simplemente el derecho del más fuerte» (1912a/1919/1997, p. 27)*. Muestra cómo las leyes griegas, romanas, judías y las primeras del Cristianismo restringieron gradualmente el poder del marido al establecer que la esposa tenía algunas demandas legítimas hacia el marido y la sociedad a causa de la relación de matrimonio. Las doctrinas de los primeros tiempos del Cristianismo estaban diseñadas para restringir la sexualidad y, aunque fueron desafiadas en la época moderna, introdujeron no obstante en el matrimonio la posibilidad de una «relación espiritual y moral entre el marido y la mujer» (1912a/1919/1997, p. 30)*. Para Weber, el significado de la ética protestante no reside en el espíritu del capitalismo sino en la demanda de autonomía por parte de las mujeres a partir de la aseveración de que cada persona, hombre o mujer, es un agente moral independiente responsable solo ante Dios[3]. «Dentro de las comunidades religiosas del Nuevo Mundo que se sustentaban en el espíritu puritanista, la idea de la igualdad religiosa de la mujer empezó a tomarse en serio por primera vez... La libertad de conciencia, la madre de todos los derechos personales del individuo, aparecía también al otro lado del océano en la cuna de los derechos de la mujer» (1912a/1919/1997, p. 31)*.

Weber muestra entonces cómo esta doctrina de libertad de conciencia se convirtió en la demanda moral básica tanto en las revoluciones políticas del siglo XVIII como en el avance filosófico del idealismo alemán. El idea-

[3] Weber se centra especialmente en la doctrina de los cuáqueros sobre la luz interior, que exige obediencia a Dios tal y como se les revela en la meditación individual y en la comunión, más que a través de los textos o de las autoridades. Considera que en esa doctrina se realiza la manifestación más expresa de toda la ética protestante del deber del alma individual de actuar como un agente moral autónomo. La doctrina de la luz interior no le permite a uno acudir a alguna autoridad en forma de texto o de sacerdote-intérprete. Como Weber prefiere representarlo, señala que el individuo hombre o mujer debe estar en contacto directo con Dios y guiarse de esta experiencia esencialmente autónoma con Dios.

lismo alemán argumentaba que la capacidad de razonar significa que cada individuo tiene la responsabilidad de autorrealizarse y tener autonomía moral. La base ética de las relaciones sociales, por tanto, debe ser que cada persona respete estas capacidades en todas las demás personas y que «ninguna persona pueda contemplar al prójimo *simplemente* como el medio para lograr sus propios fines personales» (1912a/1919/1997, p. 32)*. Este principio de la vida social ética, defiende Weber, se debe aplicar a la relación de matrimonio. Pero muestra que al mirar en la relación de matrimonio, los filósofos dejan que el deseo de dominación masculino invalide el imperativo filosófico de la consistencia. Más que protestar por la subordinación de la mujer en el matrimonio, estos filósofos argumentaron que la mujer, al entrar en el matrimonio, acepta voluntariamente ceder su autonomía al marido como parte del contrato.

La revisión histórica de Weber concluye que la reciente adquisición de las mujeres de un cierto grado de autonomía en el matrimonio no llegó como resultado de la evolución de las ideas, sino a través de las nuevas condiciones industriales que las separaron del control de sus maridos, confiando en ellas como trabajadoras asalariadas en la esfera pública. Weber apunta con ironía que estas nuevas condiciones industriales forzaron una concesión importante del sistema legal alemán: «los salarios ganados independientemente por la esposa quedan reservados para ella como propiedad suya» (1912a/1919/1997, p. 35). Pese a ello, Weber enfatiza que la mayoría de las leyes matrimoniales de su tiempo reforzaban un modelo patriarcal de matrimonio y hogar.

Interacción y negociación. Después de este encuadre macrosocial del matrimonio, Weber cambia su análisis hacia las dinámicas microsociales de la relación marital. Muestra cómo el patriarcado, que da al hombre la autoridad para tomar decisiones, de manera que la pareja casada pueda presentar «una apariencia externa de unanimidad» (1912a/1919/1997, p. 36)*, erosiona la integridad de la propia relación del matrimonio. Ya que un matrimonio basado en tal «autoridad», es decir, en una superioridad y subordinación forzadas, destruye la posibilidad de que haya intimidad. En el matrimonio, solo el reconocimiento de la autonomía del otro puede producir un intercambio libre, un crecimiento compartido, y un interés continuado por el otro. La subordinación impuesta debe destruir finalmente

la presencia del otro, es decir, la presencia de la esposa para el marido. La mujer puede llegar a practicar «simplemente una sumisión hipócrita» o experimentar «el desperdicio de todo su desarrollo intelectual/espiritual» o introducir de pronto su autonomía como un «elemento hostil» en el matrimonio (1912a/1997, p. 36)*. Además, la superioridad asegurada lleva al marido a «deseos no realistas ni realizables» por lo que «tampoco puede estar tranquilo cuando sabe que no es continuamente el dueño de toda la vida interior de ella» (1912a/1919/1997, p. 37)*. Weber cree que el peor destino del matrimonio patriarcal es la circunstancia en la que «los esposos viven juntos sin ningún esfuerzo adicional», preservando la apariencia de unanimidad, aunque el marido se quede sin alguien con quien compartir como un igual, y la esposa, sin alguien a quien pueda hablar de sus pensamientos (1912a/1919/1997, p. 40)*.

Dinero. En la mayoría de los matrimonios, señala Weber, la mujer es económicamente dependiente de su marido. Incluso en los casos en que trabaja, a tiempo completo o parcial, sus ingresos normalmente son solo una fracción de los de él. Esta relación de subordinación o superioridad permea la relación marital, es motivo de irritación constante y borra el sentimiento de adultez moral en la mujer.

> [L]a esposa debe ir implorando y persuadiendo al marido sobre asuntos relacionados con sus necesidades personales... Como alguien que se mantiene en la dependencia... adopta las armas de los débiles e intenta alcanzar sus objetivos mediante todo tipo de rodeos y trucos... ¡Hasta qué punto desfiguran todos estos variados trucos de esclavos a los que todavía se adhiere nuestro sexo para conseguir sigilosamente de nuestro «señor y maestro» tantas de las cosas que necesitamos en nuestras vidas! (1912b/1919/1997, p. 43-44)*.

Una fuente previsible de dinero para su uso autónomo en la gestión del hogar y en los gastos personales es esencial para la libertad, la capacidad de acción, y la madurez moral de la mujer.

Weber explora muchas rutas posibles por las que la esposa podría tener independencia económica. Critica la propuesta de Gilman de que todas las mujeres se incorporen a la fuerza de trabajo, y muestra, con datos del censo, que solo una ínfima minoría de las mujeres educadas de clase alta logra un trabajo bien pagado y gratificante. La mayoría de las mujeres que ganan un salario, señala, realizan trabajos duros y mal pagados por necesidad, no

por elección. Considera la posibilidad de que el Gobierno pague a las mujeres por el valioso trabajo doméstico que realizan todas. Tal pago requeriría una *significativa* prestación del Estado –no una contribución a modo de muestra– y superaría el total del presupuesto completo del Estado. Sopesa la propuesta de que el marido pague a la mujer por su trabajo en el hogar y considera cómo podría establecerse el valor monetario. Como Gilman, cree que las esposas que trabajan más duramente, las esposas de los hombres pobres, obtendrían pagos insignificantes, mientras que las esposas de los hombres ricos, si se les pagara la tarifa habitual por las tareas del hogar, a menudo estarían cerca de la indigencia. En lugar de estas propuestas, Weber sugiere un cambio en la ley y en las costumbres: el requisito novedoso de que en todas las familias se planteara un presupuesto para cubrir los gastos personales y del hogar, al que los miembros del hogar que ganasen un sueldo contribuirían regularmente, en cantidades proporcionales a sus salarios, y sería arbitrado por el Estado en caso de conflicto. Esta propuesta sugiere una política estatal que estimule la autonomía de las mujeres, al requerirse una negociación del presupuesto entre marido y mujer como personas con los mismos privilegios materiales.

Sexualidad. Una de las maneras directas por las que la gente intenta conseguir intimidad en el matrimonio –y fuera de este– es a través de la sexualidad y de la experiencia erótica. Weber distingue entre sexo y eros: ella considera la sexualidad física pura como impulsiva, poco satisfactoria al final, y éticamente cuestionable; el amor erótico, por otra parte, usa el placer sexual como medio para alcanzar la intimidad interpersonal que Weber cree tanto una necesidad humana esencial como un bien social. Sostiene que la intimidad erótica debería ser un proyecto tanto para las mujeres como para los hombres, y que se puede lograr mejor con un mayor diálogo abierto, una educación sexual y, cuando sea necesario, la contracepción. Rechaza el posicionamiento radical del amor libre, ya que el amor erótico es en sí mismo transitorio y, si se separa del proyecto a más largo plazo de intimidad hombre/mujer, está destinado a marchitarse. Argumenta que dado que sentirse próximo a la pareja en la intimidad es el valor más general, los compañeros en una relación sexual necesitan construir un conjunto de intereses, proyectos, y placeres mutuos alrededor de la primera llama de intimidad erótica, de manera que la proximidad pueda crecer incluso si el vínculo erótico se debilita. «El sentimiento», escribe, «no siempre permanece en las alturas, cambiamos, volvemos al día a día... No

poner leyes al amor es rendirse a la transitoriedad, y darle la espalda al otro a quien uno le debe la felicidad... Se debe llevar también a la pareja los materiales de la vida cotidiana, la abundancia inextinguible del mundo» (1918a/1919/1997, p. 62). El discurso explícito de Weber sobre la negociación sexual florece en parte de su foco teórico en el matrimonio como el tipo ideal de contexto para las relaciones hombre/mujer, en parte por sus principios de que la intimidad y la autonomía son necesidades humanas esenciales y, sobre todo, por su proyecto de estar donde están las mujeres y desde ese lugar nombrar y explorar los asuntos de la vida diaria que ellas confrontan como momentos de toma de decisiones morales.

3. Weber usa el trabajo femenino para representar y explicar la construcción y reproducción de la persona social y del mundo social. La teoría de Weber sobre el trabajo femenino empieza con la idea de que toda cultura es el resultado del trabajo humano: «Entendemos por «cultura» cualquier trabajo y modelado del material proporcionado por la naturaleza, determinado intelectualmente y con un propósito» (1918b/1919/1997, p. 1)*. El trabajo humano crea un abanico de productos culturales, desde los fenómenos culturales más abstractos y masivamente arraigados, como la filosofía o el lenguaje, hasta los esfuerzos más personales y reflexivos del autodesarrollo, como los valores de honestidad personal o limpieza. Entre estos dos polos, Weber señala, descansa un territorio cultural vasto e inexplorado: «el terreno intermedio de la vida diaria más cercana», que es esencial para nuestra comprensión de la sociedad, de la cultura, de la división del trabajo por género, y de la contribución de las mujeres a la vida social (1918b/1919/1997, p. 2).

Pero antes de volver a explorar ese terreno intermedio de la cultura, Weber manifiesta que todos los seres humanos, mujeres y hombres, comparten potencialmente los mismos rasgos de la especie para el trabajo, es decir, para la producción cultural. La mujer

> como *ser humano*... comparte con el hombre una abundancia de talentos y habilidades que la dirigen hacia las mismas tareas y formas de actividad que ellos hacen... la mujer está llamada, en principio, a participar en cada tipo de *trabajo* cultural en el que encajan sus talentos individuales... No hay ámbito de actividad, ya sea tecnológico, del derecho, de las tradiciones y el arte, científico, filosófico o religioso, del que pueda ser justificadamente excluida (1918b/1919/1997, p. 2 [la cursiva es suya])*.

Aun así, en la división del trabajo por género se asignan a la mujer las tareas de producción de la existencia diaria. Al explorar el trabajo de la existencia diaria inmediata, Weber proporciona un retrato de la sociedad y del trabajo humano centrado en la mujer, que desplaza al centro de atención cuestiones que merecen interés analítico y han sido omitidas en la sociología dominada por hombres. Entre las actividades que reconoce en la producción cultural de la cotidianeidad están: el cuidado del «esposo, los padres ancianos... la generación futura»; el cuidado de la casa que «depende materialmente de... como todos los ítems diferentes... comprados como género en el mercado... se dispongan, usen y se cuide de ellos»; estrategias de consumo para «ejercer una influencia en la producción»; cuidado de los niños, tanto en su aprovisionamiento como en su socialización, «formar sus caracteres de acuerdo con ciertos preceptos e ideales»; la recuperación emocional y física de los adultos con la creación de «un hogar, un lugar donde recobrarse... en el que los seres humanos... divididos por sus trabajos... puedan recuperarse continuamente»; la producción y reproducción en el hogar y en la comunidad de «lo que podríamos denominar *cultura de la expresión* [que] modula el comportamiento de los individuos hacia los que le rodean»; y finalmente, la propia moralidad, «la habilidad para, como dice la expresión, "ponerse en la piel del otro"» (1918b/1919/1997, pp. 3-8)*. En resumen, es en este entorno de cada día donde el ser humano produce el yo que, a través de sus acciones en el mundo, afectará al resto de personas.

Weber genera este análisis del trabajo femenino como parte de un diálogo con Simmel, quien respondió al debate sobre el lugar de la mujer en la sociedad introduciendo una sociología de género en el canon clásico, donde permanecería inadvertida por los historiadores de la disciplina hasta que el fermento del feminismo de finales del siglo XX envió de vuelta a los hombres académicos al estudio de los hombres clásicos en busca de la «cuestión de las mujeres» perdida (véase Coser, 1977; Kandal, 1988; Oakes, 1984). Simmel superpone su teoría de género con su más fundamental y ahora clásica distinción entre cultura objetiva y subjetiva. «Cultura objetiva» es su término para todos los objetos suprapersonales y los textos que trascienden y dibujan la existencia social individual –herramientas, tecnología, ciencia, arte, lenguaje, conocimiento académico, religión, legislación, dinero, sistemas morales, etcétera–. «Cultura subjetiva» es el término que usa para el logro psíquico del individuo del sentido de significación de su exis-

tencia. Simmel argumenta que los hombres crean cultura objetiva a partir de sus capacidades específicas de género para la especialización, el desapego, la despersonalización, la mediación simbólica y la acción en la persecución de metas a largo plazo (Oakes, 1984, pp. 23-25). La cultura objetiva, de todas formas, de acuerdo con Simmel, es un medio raificado y alienador que atrae los esfuerzos masculinos, consume la energía masculina, y separa a los hombres de la completitud de la cultura subjetiva. Por otra parte, los rasgos específicos de género de las mujeres, que son normalmente los opuestos a los de los hombres, las predisponen poco a crear cultura objetiva, aunque les porporcionan una capacidad agudizada para lograr «la belleza del alma» en la cultura subjetiva, el proyecto más importante de la humanidad. Las mujeres son, en este sentido, superiores a los hombres. Siguen, no obstante, siendo participantes secundarias y escépticas en la cultura objetiva, que es masculina en esencia. Simmel cree que la capacidad del hombre para lograr la cultura subjetiva, un sentido de significado de la existencia, está amenazada por la expansión desbocada de la cultura objetiva en las modernas sociedades occidentales.

Weber contesta primero a la teoría de género de Simmel con su argumento de que las mujeres y los hombres tienen la misma capacidad para el trabajo. La cultura objetiva, dice, se creó y mantuvo por el trabajo humano. Pero la cultura subjetiva también toma el trabajo, «el dominio» de «los impulsos instintivos» y «la realización de las posibilidades intrínsecas» de la naturaleza humana (1918b/1919/1997, p. 1)*. En muchos de sus ensayos en *Reflections on Women and Women's Issues* (1919/1997), sitúa la participación de las mujeres en la cultura objetiva: desde el trabajo de las mujeres en la agricultura en las economías antiguas, a su participación más reciente en la industria, el comercio y las profesiones, sus experiencias y contribuciones a la educación superior y su rol en política. Su propósito en estos ejemplos es mostrar la diversidad de las contribuciones de las mujeres a la cultura objetiva, el grado en que estas contribuciones son similares a las de los hombres y también, en ocasiones, cómo estas contribuciones contrastan con el modelo masculino típico de la producción cultural. También enfatiza las maneras en que el patriarcado afecta a las experiencias de las mujeres en estas áreas de trabajo –por el tratamiento desigual, la gratificación desigual, y las demandas y expectativas de la heterosexualidad en los lugares de producción–. Pero también sostiene que cuando las mujeres llegan a la

cultura objetiva, y cuando consiguen una educación universitaria o un puesto gubernamental, llevan a esa cultura objetiva un conocimiento especial derivado de su trabajo específico de género en el terreno intermedio de la existencia diaria inmediata.

De forma más significativa, manifiesta que el trabajo cultural de las mujeres conlleva no solo la cultura subjetiva y la cultura objetiva, sino también la tercera esfera crucial de trabajo –la producción de la vida diaria inmediata– que une los dos polos de manera esencial para la continuidad de la sociedad y del autodesarrollo individual. Por tanto, las mujeres trabajan con inquietudes prácticas inmediatas, de forma continuada, para mediar y trasladar los textos y productos de la cultura objetiva a un entorno útil para los individuos en la vida cotidiana. Este trabajo de las mujeres no es trivial ni marginal, como la sociología masculina lo representa. Es un trabajo que requiere un juicio práctico, un esfuerzo físico, unas habilidades para relacionarse, una sensibilidad estética, y un fundamento ético y moral, es decir, todas las cualidades de la humanidad.

4. La sociología de Weber se enmarca en la comprensión de las diferencias entre las mujeres que resultan de la clase, la educación, la edad y la ideología. En su análisis de la experiencia de las mujeres, Weber reconoce consistentemente las diferencias categóricas entre las mujeres producidas por sus posiciones variadas en la estructura social, de las que la localización en la estructura de clases parece ser la más importante. Ella comprende las profundas diferencias entre las mujeres rurales y las urbanas en la Alemania de su tiempo, y las distinciones entre las propias mujeres rurales: «Los patrones de vida de esas clases [agricultoras], en su mayor parte todavía estructuradas alrededor del trabajo tradicional de la granja, son... tan diferentes de los patrones de vida de todas las demás clases... que no tendría sentido proponer... una fórmula general... Además... contiene en sí misma tal diversidad de existencias como las de la propietaria campesina... la labriega que residente en la granja, la trabajadora temporera y la trabajadora de un día» (1912b/1919/1997, p. 46)*. En la sociedad urbana, las mujeres se distinguen por la ocupación y los ingresos de sus maridos y por su propio empleo, ya sea a tiempo parcial o completo, en la industria, las ventas, el comercio, los hoteles, los restaurantes, como personal doméstico, jornaleras, o profesionales libres. Weber señala que las profesionales libres

se distinguen ellas mismas según si trabajan en las profesiones tradicionalmente femeninas de matrona o profesora o pertenecen a una reducida élite de académicas, artistas, escritoras, etcétera.

Estas diferencias en la ubicación de clase producen diferencias materiales que se traducen en la vida diaria en enormes diferencias en el estilo de vida, las necesidades y las percepciones. Weber insiste en que las líderes de los movimientos de las mujeres no generalicen a partir de las experiencias de su propia clase de élite para abogar por una política o estrategia que alivie a todas las mujeres. Está particularmente preocupada por el discurso de las representantes feministas –incluida Gilman– de que todas las mujeres se pueden emancipar y realizarse con el empleo en el sector asalariado. Weber argumenta que dentro de las realidades del empleo capitalista, la mayoría del trabajo asalariado femenino, de hecho, la mayoría del trabajo asalariado de la gente, se hace por necesidad y es duro, «fragmentador» e insatisfactorio. Al soportar la doble carga del trabajo asalariado y del hogar, las mujeres de la mayoría de posiciones de clase llevan vidas en las que la solución del empleo para todas no es la utopía.

Weber es consciente del privilegio específico de las mujeres como ella, seguras económicamente, educadas y viviendo libres de cargas gracias al matrimonio o en matrimonios como el suyo con maridos de mentes liberales. Para ella, este privilegio conlleva responsabilidades propias: hablar por las mujeres en los discursos de los hombres, permear esos discursos con los intereses particulares y sensibilidades de las mujeres, y acometer el trabajo de vincular la cultura objetiva con el terreno cultural intermedio de la vida diaria para mejorar moralmente tanto la vida de las mujeres promedio, menos privilegiadas, como el entendimiento superespecializado y alienado de la cultura masculina privilegiada. El trabajo posterior de Weber, *Frauen und Liebe* («Mujeres y amor») (1935), es un esfuerzo deliberado por popularizar sus ideas teóricas, y comenta en su autobiografía (1948) su satisfacción cuando mujeres normales le escribieron para decirle cuánto habían aprendido de su trabajo.

Weber estudia otras líneas de diferenciación entre las mujeres. En su ensayo de 1917 «Types of Academic Women» (1917/1919/1997), observa las diferencias entre tres generaciones de mujeres educadas en la universidad. La primera generación, el tipo heroico, tuvo que luchar sola en su camino hacia las salas universitarias ocupadas por los hombres privilegiados, a menudo

adoptando maneras masculinas y vistiendo para confundirse. Eran normalmente mayores y solteras, y abandonaban el pensamiento de casarse porque ese objetivo parecía traicionar el yo que habían inventado. Aun así, estos sacrificios las condujeron a una vida completa: eran felices, agradecidas, y triunfadoras, en el sentido de que estaban trabajando no solo por ellas, sino por todas las mujeres. La segunda generación, guiada por la primera y por un movimiento de mujeres creciente, sintió mucha menos presión por expresar su cualidad como personas a expensas de su cualidad como mujeres, y encontró posibilidades para el amor y el matrimonio en las relaciones con sus compañeros de clase. Pero frecuentemente se les asignaban trabajos poco gratificantes en lugar de proyectos intelectualmente ambiciosos y a menudo se sentían aisladas de la rica experiencia femenina de crear la inmediatez constante del mundo de cada día. Pero es la tercera –y en su momento, contemporánea– generación, la que preocupa a Weber: ahora admitidas en las mismas condiciones que los hombres, no tienen la sensación especial de haber ganado un premio solo por estar ahí; su atención se divide entre los estudios y el deseo de permanecer atractivas para los hombres, entre el deseo de implicarse en la producción de la existencia inmediata y la atención al trabajo teórico objetivo. En otros ensayos, Weber explora las diferencias entre tipos de feministas, diferencias entre mujeres formadas por las ideologías confrontadas del «culto a la domesticidad» y de «la nueva mujer», y las diferencias entre la refinada estrechez mental de las mujeres provincianas y los grupos de vanguardia de las grandes ciudades.

Ser consciente de las numerosas líneas de diversificación tiene varias consecuencias para la sociología de Weber. La lleva a una comprensión empática y tolerante, un *verstehen* práctico, de las opiniones de mujeres muy diferentes de sí misma. La hace pragmática en su elección de las direcciones de una política para las mujeres, buscando no necesariamente las soluciones teóricamente «más feministas», sino aquellas que aportaran mayor flexibilidad a las diversas circunstancias en las que vivían las mujeres. Y se conciencia deliberadamente de la situación de su posición de referencia, que ella reafirma pensativa y modestamente, con convicción.

LA RELEVANCIA DE WEBER EN LA HISTORIA Y LA PRÁCTICA ACTUAL DE LA SOCIOLOGÍA

WEBER Y EL CANON DE LA SOCIOLOGÍA

La principal relación de Weber con el canon es su importancia en la contribución alemana a la sociología interpretativa. En esta sección analizamos de qué formas ella modifica nuestro entendimiento de las teorías de Max Weber y Georg Simmel. Hasta que tengamos una traducción más completa de sus obras, particularmente hasta que tengamos una traducción de *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung* (1907), es imposible valorar completamente su importancia en el discurso de Max Weber y Georg Simmel. En este punto diríamos que, aunque aporta una voz crítica y provocativa al discurso, el alcance de su sociología no se aproxima siquiera a las contribuciones monumentales de los dos hombres. Además, se hace aparente en sus escritos disponibles en inglés que el trabajo de Weber se enmarca en conceptos y temas que asumimos como sellos distintivos del pensamiento de Max y de Simmel y que ella misma les atribuye: conceptos como «contenido social», «forma social» y «tipo ideal»; temas como la alienación resultante del crecimiento exponencial de la cultura objetiva, las clases económicas relevantes pero no determinantes de las estructuras sociales, la relación entre ley y sociedad y entre sentido y religión, y la importancia de las relaciones de poder en el orden tanto interpersonal como macrosocial. También Weber adopta la metodología de estos hombres, la metodología que consiste en analizar históricamente casos específicos y aproximarse a los sujetos humanos con una comprensión empática de sus significados.

De todas formas Weber inserta una cuña crítica y feminista en este discurso, al abordar el asunto subversivo del feminismo: ¿Y qué pasa con las mujeres? Situándose en la experiencia de las mujeres y generalizando a partir de esa experiencia, desmonta sosegada pero efectivamente algunas de las construcciones teóricas más famosas de Max y Simmel. Hemos descrito ya su crítica feminista de la sociología de género de Simmel y su teoría de cómo el género se correlaciona con los dos ámbitos de la cultura objetiva y subjetiva (véase tema 3, anteriormente). Como parte de esta críticia, Weber rechaza la postura de Simmel de desesperarse por las consecuencias que, para el significado de la vida humana, tiene una cultura objetiva autónoma, en expansión y

cosificada. Ella presenta muchos de los argumentos de él como las inquietudes asentadas de un pensador hombre de la clase privilegiada. Deja claro, por ejemplo, en su análisis sobre las amas de casa y el dinero, que la desesperanza filosófica de la cosificación de la cultura que supone el dinero es el lujo de aquellos que tienen un acceso fácil y sin problemas al mismo; que para aquellos a quienes les falta una ruta directa hacia la independencia fiscal, el dinero, o su falta, es un asunto práctico, y el acceso a una cantidad suficiente de dinero es un prerrequisito para tener capacidad de acción moral libre. Rechaza la tesis de que los hombres por naturaleza son menos capaces que las mujeres de crear cultura subjetiva, que son víctimas trágicas de su genio para crear formas culturales objetivas y suprapersonales. De hecho, cuando explora el vasto continente intermedio del trabajo cultural de las mujeres en la producción de la vida diaria inmediata, se tiende a concluir (a pesar de que Weber no lleva la cuestión a su terreno, ya que no es su estilo de argumentación) que la clase de hombres privilegiados se puede ver reflejada en la tragedia de la alienación de la cultura objetiva porque todavía pueden pensar y sentir con sentido. Esa continuada capacidad de sentir es el resultado de la producción cultural diaria de las mujeres, producción que renueva el significado y el bienestar, a pesar de que pasa desapercibida en los debates intelectuales masculinos de la cultura moderna.

La relación de Weber con la sociología de Max es más elusivamente crítica, ya que la representación que hace de ella misma, y de su matrimonio, no es la de una pareja basada en la lealtad mutua. Aun así, cuando Weber le plantea la pregunta, «¿Y qué pasa con las mujeres?» a la sociología de Max, ella muestra de hecho que Weber no tiene respuesta en absoluto –no hay presencia de mujeres, ni negativa ni positiva, en la sociología del autor–. Por tanto, la cuestión de las mujeres es más marginal en el pensamiento de Max Weber que en los textos clásicos conservadores de Émile Durkheim (Lehmann, 1996), o en los textos igualmente clásicos y sentimentalmente liberales de Simmel (Coser, 1977; Oakes, 1984). Este sesgo masculino en el pensamiento de Max Weber, esclarecedoramente explorado por Kandal (1988) y Bologh (1990), está ahí a pesar de su respeto personal por las mujeres, el fuerte nexo con su madre, la relativa relación igualitaria con Marianne, el apoyo a sus ambiciones intelectuales y políticas, y su apoyo liberal a otras estudiantes mujeres que estudiaron con él. Introducir a Marianne Weber en el canon nos muestra tanto las consecuencias como la reproducción

de las premisas patriarcales incluso en el trabajo de los teóricos masculinos mejor intencionados. Puede ser Max en quien ella piensa cuando escribe sobre «los maridos, particularmente de las clases intelectuales dirigentes, que están preparados para valorar a sus propias mujeres como personas y a renunciar... al ejercicio de sus privilegios de género» pero básicamente no «están dispuestos a renunciar por completo a sus derechos de autoridad sobre el sexo femenino» (1912a/1919/1997, pp. 33-34)*.

En su imponente ensayo crítico «Authority and Autonomy in Marriage» (1912a/1919/1997), Weber hace una serie de críticas feministas a la sociología de Max. Primero, argumenta que solo desde la perspectiva de un superior la problemática del poder es principalmente una cuestión de si se ejerce coercitivamente o autoritariamente. Los subordinados experimentan el ejercicio del poder como control sobre su propia voluntad. La tipología de Max de coerción versus autoridad aborda solo el grado de apertura y explicitud de la tiranía ejercida en las relaciones de dominación. Deja sin explorar las cuestiones éticas que resultan de subordinar la voluntad del actor menos poderoso y del mismo derecho que tiene el subordinado a la autonomía individual. Segundo, en este y en otros ensayos, Weber describe al subordinado que no necesariamente obedece a la dominación autoritaria. Ya que, desde el punto de vista del subordinado, el superior es el que hace la regla que indica que la relación de dominación tiene legítima autoridad. El subordinado tiene que encontrar la manera de sobrevivir bajo la dominación como una subjetividad con completa voluntad usando los poderes del débil: discreción, manipulación, mentiras, silencio, infantilismo, coquetería, y sexualidad. Tercero, el análisis de Weber sobre la historia de la religión en la sociedad occidental revela que la sociología de Max sobre la religión, incluyendo su exploración sobre el protestantismo y las sectas puritanas, se lleva a cabo con una preocupación centrada solo en las consecuencias de esas instituciones masivas, que crean cultura, en las vidas de los hombres. Sus profundas consecuencias para las mujeres en particular y las relaciones humanas en general se quedan sin explorar. Cuarto, Weber muestra que la preservación de la dominación patriarcal entre sexos en la relación humana más íntima y cotidiana, el matrimonio, es el aguafiestas en las celebraciones de la filosofía y las ciencias sociales por la expansión de los derechos democráticos en las sociedades occidentales, que se dan por hecho en la sociología de Max. Finalmente, Weber no aplica la neutralidad

valorativa en su posicionamiento teórico. Es partidaria de las mujeres, y reclama políticas estatales que las liberen del patriarcado. En su autobiografía, indica que Max leyó sus ensayos y la instó a no ser «emocional», pero que, a pesar de su deseo por su aprobación, no estaba dispuesta a escribir teoría en un tono de neutralidad valorativa (Kirchen, 1997).

La perspectiva personalizada y de género de Weber, por tanto, nos deja ver que los escritos de Max Weber y Georg Simmel, a pesar de presentarse en el tono universal y abstracto de la «teoría pura», son también las manifestaciones de personas particulares con un sello de género, de clase y biográfico (véase Bologh, 1990). Un ejemplo de ello se encuentra en el sentido del trabajo humano tan diferente que tienen (véase el tema 3, anteriormente). Un segundo ejemplo se encuentra en cómo entienden al actor humano. Max nos muestra seres humanos individualizados, que persiguen sus proyectos personales con una conciencia de que los otros son el «entorno social». Simmel nos muestra seres humanos individualizados unidos por una red de vínculos que cruza el espacio físico y social. Marianne Weber nos muestra un actor social implicado en un complejo juego de malabarismos, que se mueve desde una actividad que responde ante los otros, hasta una producción orientada hacia un fin, actos de comunicación con los demás, su incorporación en procesos asociativos, y finalmente el autocontrol reflexivo. Esta era la realidad de la propia experiencia de acción de Marianne Weber. Aquí, como en cualquier otro punto, al hablar conscientemente desde un particular punto de vista de género más que desde un posicionamiento universal, logra una comprensión más amplia, en lugar de más estrecha, de un concepto clave en las ciencias sociales.

WEBER Y LA TRADICIÓN DE LA SOCIOLOGÍA FEMINISTA

Dado que toda nuestra presentación de la teoría de Weber empieza con la afirmación de que es una sociología *feminista* crítica, desarrollar ese argumento aquí sería repetitivo y redundante. Esta sección, por tanto, es simplemente una declaración a modo de conclusión. Como líder feminista reconocida activamente, Weber representa en su propia persona un importante puente entre las lealtades contradictorias a las que se enfrentaban muchas mujeres académicas, una lealtad al movimiento de las mujeres y a la teoría y la práctica feminista, y una lealtad a la propia disciplina. Weber expresa

las tensiones que esto le causó en su carrera, especialmente por su rechazo a hacer una sociología no valorativa, a pesar de la insistencia de Max. Representa en su trabajo el compromiso sociológico feminista de que su trabajo se debería basar en mejorar la vida de las mujeres. *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung* (1907) es un estudio completo de cómo ha sido definida la posición de la mujer en su relación más formal con el hombre, la institución del matrimonio. Al ofrecer esta historia, Weber muestra a las mujeres cómo analizar los textos creados por los hombres que configuran y permean las relaciones en las que viven. Saca a la luz un área invisible (porque se da por supuesta) del trabajo de las mujeres: la producción de las mujeres en la creación y sostenimiento del medio en el que los individuos pueden desarrollar las características que les permiten relacionarse ética e íntimamente con los demás. Conecta la cotidianeidad del trabajo doméstico –el arreglo de los muebles, la temporalización de las comidas, la corrección de los modales a la mesa, el cuidado en el vestido para no causar disgustos a otros– con el efecto que, en conjunto, tiene el individuo sobre los demás en el mundo. Y nombra ese trabajo descriptivamente como «la formación de la existencia inmediata», elaborando las conexiones –como hacen Anna Julia Cooper, Gilman y Harriet Martineau– entre la práctica de los modales, la esencia de la moral y el mantenimiento del hogar. Además de proporcionarnos una de las exposiciones teóricas más puras que tenemos sobre lo que se denomina generalmente «el trabajo doméstico» o «las tareas del hogar», ofrece también una evaluación equilibrada del problema, para la práctica política, de cómo las mujeres deberían ser económicamente compensadas por ese trabajo doméstico. Ella conecta la cuestión de los salarios por las tareas del hogar con la proposición más fundamental de la necesidad de dinero como requisito para una autonomía en la sociedad capitalista. Finalmente, Weber alza su voz en el discurso sociológico dominado por los hombres. Ella introduce en este discurso, que ha asumido durante mucho tiempo la experiencia masculina como la experiencia del actor social neutral, la posibilidad de que la mujer sea un actor social. Desde esta perspectiva centrada en la mujer, procede a desarrollar una sociología y una crítica de las sociologías existentes.

LECTURA 6-1

EXTRACTOS DE «*SELECTIONS FROM MARIANNE WEBER'S REFLECTIONS ON WOMEN AND WOMEN'S ISSUES*» [SELECCIONES DE REFLEXIONES SOBRE LAS MUJERES Y LAS CUESTIONES DE LAS MUJERES, DE MARIANNE WEBER]

Todas las menciones a páginas hacen referencia a las del manuscrito de la traducción de Kirchen. El análisis de la teoría de Weber que se presenta en este capítulo se desprende fundamentalmente de este volumen de sus ensayos feministas y sociológicos sobre las experiencias de las mujeres en sexualidad, matrimonio, divorcio, trabajo doméstico, trabajo asalariado, educación, estudio, legislación y política. Estos ensayos se escribieron entre 1904 y 1919 aproximadamente. Muestran a Weber en su debate con Georg Simmel, Max Weber, Charlotte Perkins Gilman, Gertrud Simmel, y un largo número de contemporáneos que estudiaban en Alemania las vidas de las mujeres y los asuntos de las mujeres.

EXTRACTO DE «AUTHORITY AND AUTONOMY IN MARRIAGE» [AUTORIDAD Y AUTONOMÍA EN EL MATRIMONIO]

Esta selección se ha extraído de las páginas 27-41. En ella, Weber explora la relación entre las mujeres y los hombres en el patriarcado, centrándose en las pautas patriarcales a lo largo de la historia, según la religión, la filosofía, y la legislación, de la más íntima de las relaciones hombre-mujer, el matrimonio. Estos ensayos proporcionan la crítica feminista de Weber sobre la dominación y es una crítica detallada a los temas de autoridad y poder de Max Weber, así como a su énfasis analítico en su estudio de la religión en general y del puritanismo en particular. Marianne Weber analiza estos aspectos de la teoría de Max desde el punto de vista de la experiencia de las mujeres.

Fuente: Marianne Weber, «Selections from Marianne Weber's *Reflections on Women and Women's Issues*», traducción de Elizabeth Kirchen (manuscrito no publicado, 1997). (Publicado originariamente como *Frauenfragen und Frauengedanken*, Tübingen: J. C. B. Mohr, 1919). Usado con el permiso de Elizabeth Kirchen.

Quien quiera entender en profundidad y juzgar correctamente la estructura interna del matrimonio, la relación entre sexos, debe lanzar al menos una breve mirada a la historia de su desarrollo y, sobre todo, a las ideas principales con las que se ha definido. Hasta donde se puede saber, en los inicios de épocas históricas de todos los pueblos europeos cultivados, la mujer era propiedad del hombre. Por adquisición o por intercambio, él obtenía derechos de propiedad ilimitados sobre ella y sus hijos. Podía disponer por tanto de ella cuando deseara –por ejemplo, venderla, repudiarla, poner a mujeres rivales como compañeras, en cualquier momento– mientras que, a diferencia de él, ella no tenía derechos, atada permanentemente a él y ligada por fidelidad y obediencia. El único principio formal formativo de la relación entre marido y mujer es por tanto, en primera instancia, simplemente el derecho del más fuerte: el *patriarcado* primitivo... La relación entre hombre y mujer se puede caracterizar como *matrimonio* en sentido verdadero solo cuando el poder absoluto del hombre encuentra sus límites en ciertos deberes hacia la mujer. En todas partes, esto ocurre por primera vez cuando la familia de la mujer ya no la entrega al hombre sin condiciones, sobre todo sin otorgarle una dote, lo que eleva a la mujer de concubina a esposa. A partir de aquí, ella adquiere el derecho de que *sus* hijos, antes que todos los otros hijos del hombre, se consideren los «legítimos herederos» de él. Y así se desarrolla en todas partes, a partir de la relación de poder puramente natural, la forma más antigua de conciencia de la relación sexual, el llamado «matrimonio legítimo», que aseguraba a ciertas mujeres y a sus hijos ante los impulsos polígamos del hombre. Por lo demás, al principio el matrimonio mantenía el carácter de una relación de propiedad[4].

Cada gran época cultural ha formado y configurado su estructura original, a lo largo de líneas idénticas. Cuando aumentaba la moralidad, aumentaba también el esfuerzo por proteger a la mujer de alguna forma de la arbitrariedad barbárica del marido. Por otra parte, el dominio sobre ella y los niños seguía asegurado para él en todas partes.

Él se dirigió hacia el patriarcado humano, una regla más amable hacia la mujer, pero que no la reconocía como una camarada.

---

[4] Para la historia de esta transacción, véase Marianne Weber, *Marriage, Motherhood, and the Law*, Tübingen, 1907.

La creación de la monogamia como institución legal fue trabajo de griegos y romanos. Es decir, ellos crearon la monogamia *reglamentaria*, que ciertamente prohibió al marido tener varias mujeres en la casa y le permitió tener hijos legítimos de una sola mujer, lo que no le dificultaba legal ni moralmente tener tantas mujeres como deseara fuera de casa, sin obligación contractual. Aquí también el control de la fidelidad marital, con la amenaza de un castigo severo, solo seguía imponiéndose en la esposa...

A diferencia de los griegos y de los romanos, el antiguo judaísmo todavía permitía la poligamia. Pero primero rodeó al matrimonio de una consagración *religiosa* de importancia mundial e histórica absoluta. El matrimonio fue revelado a los profetas del Antiguo Testamento como la institución y ordenanza más antigua de Dios. Sin embargo, el Mismo Dios también había definido la relación entre esposos. Creó una «ayudante» para el marido y la expuso a su control, «Estarás sujeta a tu marido y él será tu señor»... Esta aprobación del patriarcado tuvo consecuencias de mayor alcance. Hasta nuestros propios días ha determinado la estructura del matrimonio cristiano. Aunque ya existía el noble mensaje cristiano de que la mujer tuviera el mismo estatus religioso, el apóstol más importante desvió su aplicabilidad para el marido. Pablo, el propagandista cristiano, que buscó destruir la tradición judaica en todas las áreas, permaneció completamente en su postura con respecto a la mujer. Cuando se le preguntó sobre la «ley», afirmó no solo el deber de obediencia de la mujer hacia el marido, sino también su posición general con un estatus secundario en relación con el hombre: «Ya que el hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre. Y el hombre no se ha creado por el bien de la mujer, sino la mujer por el del hombre». Solidificada como dogma, esta formulación hace que este poder se sienta hoy en aquellos círculos que creen en la revelación definitiva, e incluso fuera de ellos. En una dirección diferente, sin embargo, el cristianismo creó una gran propuesta cultural nueva: que la demanda de una monogamia legal se intensificara en una demanda religiosa/moral indispensable que ahora no solo apuntaba a la mujer, sino también, por primera vez en la historia, empáticamente al marido... Solo cuando el marido se comprometiera también hacia la unión con *una* mujer, podría crecer el matrimonio como la más tierna y profunda relación entre dos almas, las de marido y mujer... con independencia del aspecto natural del amor sexual transitorio...

Indudablemente, la perfección del ideal cristiano del matrimonio pronto sufrió el daño de las enseñanzas de la iglesia. Como reacción a la licencia sexual del mundo cultural antiguo, la iglesia sobreenfatizó el ideal del control de los impulsos instintivos, despreciando todo lo natural y demandando su supresión con la mayor fuerza posible. La base natural de la complicidad entre marido y mujer se relegó al reino de lo pecaminoso, que todavía se permitía abiertamente en el matrimonio, pero que incluso ahí no merecía consagración. Se juzgaba que permanecer célibe era la situación perfecta. Eva, prototipo de mujer físicamente sensual, madre del pecado, tentadora del mal, contrastaba con la virginal María, encarnación de la maternidad no sensual.

El protestantismo elevó de nuevo el matrimonio, como «trabajo de Dios», sobre el celibato, como «trabajo del hombre», pero también definió el amor sexual como mancha del «deseo del mal», que no partía de Dios sino del diablo, que solo en el matrimonio era marginalmente tolerado por Dios... Se buscaron nuevos argumentos fuera de la Biblia para subordinar a la mujer. Así, Lutero fue quien más enfáticamente citó la caída de Eva como su causa histórica...

Pero, desde otro ángulo, el espíritu protestante contribuyó a profundizar en el ideal del matrimonio y a configurar su práctica diaria, concretamente a través de las corrientes al margen de las iglesias reformistas oficiales que se caracterizaron como «puritanas». Indudablemente, el puritanismo alcanzó su objetivo a través de una ruta indirecta que no es inmediatamente obvia. En concreto, transmitía los ideales ascéticos monásticos al mundo y al matrimonio –descartando todos los placeres de la vida, la supresión de todo placer sensual– con una rigidez inexorable. El Dios de Lutero consideraba todavía, como el católico, los placeres sensuales *maritales* con magnánima generosidad, «a través de los dedos». El Dios de los puritanos los permitía solo con el propósito de la procreación, para mayor gloria de Dios.

Aunque hoy podamos rechazar contundentemente esta demonización y racionalización de fuerzas vitales básicas, no se puede olvidar todavía que... [s]olo cuando la restricción de lo elemental, incluso en el matrimonio, se tomó en serio, la fusión espiritual de los esposos, la intimidad de su relación emocional, pudo ocupar la posición central como el fundamento más importante del matrimonio.

En lo que se pudo convertir el matrimonio en esos círculos se expresa de la forma más bella en una carta de despedida, con el lenguaje religiosamente decorado de aquella época, de Quaker W. Penn a su mujer, cuando dejó su tierra materna para fundar un nuevo tipo de Estado al otro lado del océano. «Recuerda que tú eras el amor de mi juventud y gran parte de la alegría de mi vida, el más querido así como el más digno de todos mis consuelos mundanos. Y la razón de ese amor se hallaba más en tus virtudes interiores, que en las exteriores (que también eran muchas). Dios lo sabe y tú lo sabes. Puedo decir que fue una unión de la Providencia, y la imagen de Dios en nosotros dos fue lo primero, y el adorno más amigable y cautivador de tus ojos». Qué diferencia entre las palabras de *esta* forma de entender la relación entre sexos y las que salen a la luz en la expresión de un pensador griego: «Tenemos cortesanas, con las que nos podemos divertir, luego mujeres compradas para el cuidado de nuestros cuerpos, y finalmente las esposas, que son las que nos dan la descendencia legal y cuya responsabilidad es atender todos nuestros asuntos del hogar».

Dentro de las comunidades religiosas del Nuevo Mundo que se sostenían por el espíritu puritano, la idea de la igualdad religiosa de la mujer empezó a tomarse en serio por primera vez. Para los cuáqueros incluso, las enseñanzas de la Biblia no se contaban como la única revelación posible y definitiva, sino más bien como parte de las numerosas formas en que la «luz interior» brillaba en los humanos. Podían dejar caer, por tanto, el dogma de la subordinación de la mujer que deseaba Dios. La expresión «*obedece a Dios antes que a los hombres*», que confirmaba la *libertad de conciencia* del individuo como un derecho intocable en contraste con cualquier autoridad mundana, se refería por primera vez a la mujer en relación con el marido. La libertad de conciencia, la madre de todos los derechos personales del individuo, aparecía también, al otro lado del océano, en la cuna de los derechos de la mujer...

Esa idea de que cada persona –precisamente porque él o ella es una persona– posee ciertos derechos inalienables con respecto a todas las demás personas y a toda autoridad terrenal, se dirigió en el siglo XVIII hacia temas seculares: hacia el Estado, en la demanda de reconocimiento político completo e igualdad ante la ley para todos los ciudadanos; hacia la comunidad, en la reclamación moral del individuo para lograr ciertas esferas de libertad interna y externa. Esas ideas llegaron a su significado más profundo y su

mayor claridad en las enseñanzas éticas sobre la libertad del Idealismo alemán, a través de nuestros grandes pensadores Kant y Fichte. Los aspectos relevantes para nuestras inquietudes actuales se pueden resumir en unas pocas frases. El ser humano está determinado, como poseedor de razón, a ser su propio director/a, es decir, a actuar no en función de sus caprichos o impulsos instintivos, sino de acuerdo con los dictados de la conciencia, que obedece a las leyes morales. Como poseedor de esta capacidad de *autonomía,* el humano toma el valor específico que lo/la distingue como *un individuo* de todos los demás seres y puede por tanto reivindicar que es «un fin en sí mismo». De ahí se sigue un principio básico simple e inquebrantable para la formación de las relaciones humanas: que cada uno debe obedecer el mandato de cualquier otro ser humano para llegar a ser un fin en sí mismo, que ninguna persona pueda considerar al prójimo *simplemente* como el medio para lograr sus propios fines personales.

En la práctica, no hay apenas ninguna relación humana concebible que pueda ignorar este principio, si desea ser éticamente suficiente. Sobre todo, el camino del reconocimiento de este principio hacia una nueva formulación de la relación entre sexos parece corto. Ya que se sigue de este principio que, para la esposa también, el mayor objetivo ético de la existencia no puede ser otro que el desarrollo de una personalidad autónoma moralmente. Se sigue que para ella, también, es *inmoral* inclinarse ante la voluntad de otro si es contraria a su propia conciencia. Se sigue que tampoco ella puede ser usada simplemente como medio para los fines de su marido.

Pero... [i]ncluso los que proclaman más intensamente la autonomía nunca consideraron tocar el sistema patriarcal. Más bien buscaron, con avezados movimientos de ajedrez, razonar la subordinación fundamental de la mujer en aparente armonía con los nuevos ideales... [E]l matrimonio... se explicaba como un todo compacto en el que la mujer se sometía voluntariamente al marido...

Pero lo que se le continuaba negando a la mujer en el reino de las ideas, vino pronto forzado desde el reino de la realidad. Las fuerzas del nuevo estilo de vida de esta era de maquinaria rompieron y abrieron el círculo de las tareas determinadas por género y las dejó fuera de la protección de la casa y, consecuentemente, fuera del reino controlado por el marido. La progresiva contracción del ámbito de trabajo doméstico bajo la presión de fuerzas económicas y técnicas conduce al exterior a una proporción siempre

creciente de mujeres, temporal o permanentemente, que caminan con sus propios pies. ... También experimentamos, en nuestra época, una redefinición completa de la moral y de las actitudes con relación a la mujer... [i]ncluso en referencia al matrimonio, donde marido y mujer son interdependientes de la forma más directa, *la supremacía masculina protegida estatutariamente* todavía prevalece como principio formativo indispensable. Ciertamente encontramos un número cada vez mayor de maridos, particularmente de las clases intelectuales dirigentes, que están preparados para valorar a sus propias mujeres como personas y renunciar, en su relación con ellas, al ejercicio de sus privilegios de género. Pero solo unos pocos hombres en la actualidad están en esencia dispuestos a renunciar por completo a sus derechos de autoridad sobre el sexo femenino.

Esto se documenta de forma reveladora en la forma jurídica del matrimonio moderno que el Parlamento Alemán nos concedió a la vuelta de siglo. Indudablemente, la ley civil reconoce ahora fundamentalmente la capacidad de las mujeres para actuar y asumir cargas y las hace totalmente responsables en los negocios y otras actividades, como a los hombres. Pero la libertad de acción de la mujer casada está restringida en todas partes donde el control del marido en la casa se vea posiblemente amenazado. Así que nuestras leyes matrimoniales han desarrollado un perfil peculiarmente complicado, que exhibe todas las faltas de forma que implica un compromiso con premisas de base irreconciliables...

Las mujeres modernas, que persiguen los derechos individuales para su sexo en el sentido más profundo, es decir, responsabilidad y no-dependencia, protestan contra estas reliquias del sistema patriarcal... Las mujeres modernas... realzan la idea de la *camadería entre cónyuges*, opuesta a la autoridad del marido, como principio formativo del matrimonio. Proponen 1) dejar de lado el derecho general a que el marido tome las decisiones, 2) una división diferente de los derechos parentales, de forma que en situaciones de diferencias de opiniones *irreconciliables* el padre decida por los hijos, la madre por las hijas. Trabajan para que llegue el momento en que 3) se asegure a las mujeres de todas las clases una esfera de independencia económica, a través de una especificación más precisa del deber del marido de sustentar a la esposa.

Este no es el lugar para examinar estas cuestiones legales con más detalle. Por tanto, regresamos a la cuestión ética de base: si es la autoridad o la autonomía la que debería conformar la relación entre los cónyuges.

¿Cómo aparece entonces el matrimonio, cuando de acuerdo con la formulación jurídica la autoridad *por principio* del marido establece *de hecho* las reglas de la relación entre cónyuges?...

Cuando los esposos difieren en sus opiniones, surge de ahí sin esfuerzo una apariencia externa de unanimidad y, por el bien de este fin extremadamente extrínseco, se defiende todavía hoy el principio de autoridad.

¿Pero merece este fin el sacrificio que cuesta? Es obvio que una subyugación continua de la voluntad de la mujer, sin su propio acuerdo y convicción internos, puede resultar bien en una sumisión simplemente hipócrita que se sacudirá de nuevo solapadamente a espaldas del marido, o bien en la supresión de su propia capacidad de juzgar, desperdiciando así su desarrollo intelectual y espiritual completo...

... El marido de mentalidad patriarcal querrá ciertamente supervisar y controlar también la vida interior de la mujer... Tampoco puede estar tranquilo cuando sabe que no es continuamente el dueño de toda la vida interior de ella. Sentirá la necesidad de supervisar sus lecturas, sus amistades, sus intereses fuera del hogar. Esta tendencia medio inconsciente... es a menudo sugerida simplemente por la tradición... La protesta interior del marido de mentalidad patriarcal que, no obstante, no disfruta de la ausencia completa e inocente de la autoconsciencia de tiempos anteriores, muy a menudo se viste a sí mismo entonces con la preocupación de que la mujer pueda estar abandonando sus deberes hacia el hogar y sus hijos –un llamamiento cuya influencia, naturalmente, rara vez fracasa con mujeres sensibles y escrupulosas–... ¿ Aprender a «acomodarse» a una obediencia silenciosa no se ha hecho para ella un deber religioso, durante siglos, y la condición preliminar de su felicidad?... Esta situación puede cambiar solamente cuando el marido aprenda a renunciar a cualquier demanda de privilegios autoritarios fundamentales.

¿Prohíbe entonces la autonomía ética de la mujer toda subordinación de su voluntad, en general, a la voluntad del marido? Por supuesto que no. La subordinación por *libre-voluntad*, flexible, que se ofrece como un regalo libre de amor es algo diferente de la subordinación obligada...

Aparte de tal convicción, incluso la esposa autónoma puede por supuesto hacer suya la voluntad de su marido y situar *sus* deseos e intereses tras los *de*

él. Pero cuándo puede ocurrir eso solo puede ser decidido en el foro de su propia conciencia y solo de caso a caso... Únicamente los ofrecimientos libres del amor para que un superior consiga sus objetivos vitales merecen la pena y son bellos. Tampoco deshonran cuando el marido se los ofrece a la mujer.

Cuando, sin embargo, en lugar de esta ofrenda libre de uno mismo, la mujer, simplemente en pro de la conveniencia, en pro de la paz hacia el exterior, o para agradar al marido, se pone a disposición de sus necesidades y objetivos de cada día, contra su propia voz interior, comete una *ofensa* contra su propia valía humana; entonces se degrada a sí misma a un ser de segunda clase. Y las consecuencias de tal relación entre cónyuges se vuelven también contra el marido. Ella, que está subordinada a él, se queda totalmente «subordinada» en su naturaleza: mitad niña, ignorante del mundo, poco exigente intelectualmente, cerrada en el círculo del hogar, sus intereses aferrados a lo puramente personal, y pequeña. Y esa es la trágica ironía de su destino: esta mujer que por estar a disposición de su marido no ha dejado crecer completamente el poder de su juicio moral y de sus cualidades intelectuales, se queda la mayoría de las veces, en el transcurso de los años, muy por detrás de su esforzado y activo marido en cuestiones internas... Así que a menudo observamos que, en el muy alabado modelo alemán de la auténtica ama de casa, sigue siendo de hecho permanentemente valiosa para su marido como madre de sus hijos y fuente de su confort, pero él rara vez piensa en compartir su vida espiritual/intelectual más elevada con ella... [U]n polvo grueso cubre de tedio la relación y convierte en gris lo que una vez fue brillante y colorido...

O la otra posibilidad: que el tiempo y el destino hagan madurar a la mujer a pesar de sus limitaciones en cuestión de autoridad. Entonces un día su voluntad y su juicio romperán ciertamente las restricciones... La vida personal de la mujer, que ha estado latente durante tanto tiempo, aparece ante su marido como algo extraño, un elemento hostil, que disturba la felicidad del matrimonio. La confianza sin reservas se ve mermada, y a menudo una brecha insalvable quiebra la vida conyugal, y todo esto solo porque la mujer se ha descubierto a sí misma por primera vez muy tarde, mientras que el marido no ha aprendido a valorar que el ser que tenía a su lado estaba «destinado a la autodeterminación», como él mismo.

Las mujeres modernas... [c]omo las mujeres de todas las épocas... están preparadas para hacer por el matrimonio aquellos sacrificios que se de-

manda de ellas como seres sexuales y que hoy son posiblemente mucho más duros de asumir para muchas que en épocas pasadas, porque por primera vez nuestro tiempo conoce el conflicto entre matrimonio y profesión, entre las tareas de género especiales de la mujer y su necesidad interna de construir con otros el mundo cultural suprapersonal. Ya que ahora también quieren ser consideradas como personas adultas y respetadas por los maridos como compañeras en sus vidas...

No es una tarea menor mantener la relación marital libre de las sofocantes cenizas de lo cotidiano y habitual en todas las etapas de la larga vida, desde la etapa de la pasión juvenil, que todo lo demanda, pasando por el punto más álgido de la vida, donde junto con el amor otras fuerzas abundantes luchan por controlar el alma, hasta los días de declive. Mucho más peligrosa que todo el sufrimiento y las vicisitudes que el destino puede imponer desde fuera, más que el temor a esos problemas que surgen de las batallas del alma, es la cadena inacabable de la cotidianeidad saciada, confortable y *libre* de problemas, en la que los cónyuges viven juntos sin mayores esfuerzos. Solo cuando para el hombre y la mujer las reservas del alma, las riquezas de la vida interior, continúan creciendo constantemente, puede encontrar alimento renovado el fuego sagrado de la ternura y de los sentimientos profundos... Por eso, de todas formas, es ante todo esencial que la mujer, también, permanezca siendo alguien que se esfuerza y se desarrolla.

EXTRACTO DE «ON THE VALUATION OF HOUSEWORK» [SOBRE LA VALORACIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO]

Esta selección se ha extraído de las páginas 42-58. Aquí, Weber defiende la autonomía económica de las mujeres como paso clave hacia su adquisición de la liberación plena. Lo hace, sin embargo, con la idea de que la mayoría de las mujeres viven en matrimonio, con responsabilidades tanto hacia los niños como hacia el trabajo doméstico, y que su capacidad para ganar un salario en el patriarcado capitalista no les puede dar tanto dinero, ganado de forma independiente, como requerirían para una autonomía económica. Explora varias propuestas de medidas políticas para mejorar la independencia financiera de la mujer típica, incluyendo la posibilidad de un salario por el trabajo doméstico, y muestra su conocimiento de los argumentos feministas clave y su capacidad para usar datos cuantitativos.

El movimiento de la mujer alemana no está atado a un solo credo. Pero prevalece la opinión completamente unánime de que la mujer en el matrimonio, como la no casada, debe considerarse llamada a asumir las responsabilidades por sí misma al pensar y actuar, y que por lo tanto se debe establecer como principio formativo de la relación de matrimonio el concepto de total compañerismo entre los cónyuges, en lugar de la subordinación de la mujer. También prevalece la unanimidad en lo que se debe seguir de este principio, en relación con la formulación de la ley del matrimonio y las costumbres morales maritales: la eliminación de cualquier privilegio masculino que no sea objetivamente necesario, como el derecho general del marido a tomar decisiones, su monopolio sobre la autoridad parental, y sus derechos sobre el uso de las propiedades de la mujer.

Aquí señalaré meramente las notas fundamentales para una reforma general del matrimonio y seleccionaré de ellas un problema específico para una discusión detallada, uno que aún no ha encontrado un acuerdo unánime en nuestras filas. Esta es la cuestion de *la nueva valoración del trabajo que desarrolla un ama de casa*, que surge, para la mujer, directamente de su necesidad –para ser precisa, pecuniaria– de independencia ecónomica. Estamos de acuerdo en que una esposa, como cada adulto independiente, requiere su propia esfera de control sobre el dinero para sentir que es, también en el matrimonio, una persona particular libre. Requiere este control tanto en su esfera de actividad como ama de casa como en la formación de su vida personal. Pero, como es bien sabido, esta condición todavía hoy no está garantizada por ley y se ha asegurado recientemente, solo por costumbre, en estratos muy *reducidos* de nuestra población...

Una consecuencia típica de esto es que todavía, en un estrato amplio de la sociedad, el marido –evidentemente suponiendo que puede por tanto tener una mejor posición económica por la mujer y ejercer un cierto control sobre la distribución de los gastos– dividirá de forma regular el dinero requerido para la casa solo en pequeñas cuotas. Igualmente extendida es la costumbre de que la esposa debe ir implorando y persuadiendo al marido sobre asuntos relacionados con sus necesidades personales: un vestido nuevo, un viaje, regalos a amigos, ayuda a los pobres, y cosas similares. Sin duda esas demandas de dinero para necesidades triviales y cotidianas, cuyos costes el marido, por su parte, no puede estimar exactamente, a menudo

despiertan un *rechazo* considerable en incontables maridos, de otro modo completamente generosos –y naturalmente tanto más cuanto más a menudo se le acerca para pequeñas sumas–. Es común el fenómeno psicológico de que cualquiera, marido o mujer, soporte con mucha más calma un sacrificio ocasional mayor, o también la exacción fija repetida regularmente, que se impone con la aparente inevitabilidad de una ley natural, que cuando se le solicita una y otra vez pequeñas cantidades cuyos desembolsos no puede controlar. Y ante tales circunstancias, para la mujer esta necesidad de pedir muy a menudo se convierte, cuando tiene el derecho legal y los medios en su mano, en una adversidad psicológica aburrida. El que el marido satisfaga sus requerimientos y el *cómo* los cumpla –de forma amable o de mal humor, con comentarios sobre sus cualidades como ama de casa o sin ellos– depende no solo de motivaciones psicológicas perdurables, sino también de otras completamente accidentales: el estado de ánimo más o menos favorable del momento. Precisamente esta sensación de *dependencia* a las respuestas subjetivas de la otra persona, por muy perfectas que sean –por no decir por muy imperfectas–, se eterniza en la mujer, y no se queda solo en un momento que pasa. Por el contrario, esta situación degradante puede minar su actitud general ante la vida, y su consideración y respeto por sí misma, incluso en matrimonios que por otra parte son felices.

Aparte de esto, el resultado frecuente son los efectos, poco satisfactorios, sobre el carácter de la mujer. Como alguien que se mantiene en la dependencia, a menudo no encuentra el ánimo para llevar a cabo sus deseos de una forma directa. Así que adopta las armas de los débiles e intenta alcanzar sus objetivos mediante todo tipo de rodeos y trucos...

¡Hasta qué punto desfiguran todos estos variados trucos de esclavos a los que todavía se adhiere nuestro sexo para conseguir sigilosamente de nuestro «señor y maestro» tantas de las cosas que necesitamos en nuestras vidas!

Estamos de acuerdo en que esta situación debe cambiar... Solo prevalecen entre nosotros opiniones diversas sobre las *maneras* en que podemos lograr nuestra necesaria independencia pecuniaria. Se pueden identificar tres líneas principales de pensamiento. Una minoría considerable entre nosotros, influenciada por las teorías socialistas... y también por el libro intelectualmente agudo de nuestra compañera de armas americana Ch. Perkins-Gilman, demandamos la emancipación económica de la mujer gracias a sus

ingresos independientes... obtenidos del caso cada vez más común del trabajo continuado remunerado...

Esta posición se ha presentado tan a menudo que no necesito exponerla con más detalle aquí. Los argumentos de la otra parte son también bien conocidos. Sostienen que la combinación del matrimonio y de la maternidad con un trabajo profesional apropiado, fundamentado en los talentos e intereses particulares, es deseable y, de hecho, en incontables casos necesario a nivel interior. Aun así, el empleo remunerado a *tiempo completo* para las esposas se puede considerar en las masas no cualificadas solo como algo inevitable, un «tengo que» para muchas, pero no se puede considerar un destino al que aspiren *todas*. Yo... me contento con arrojar luz sobre la cuestión a partir de algunos datos recientes.

De acuerdo con el último censo de ocupaciones de 1907, de los 10,8 millones de mujeres casadas, 2,8 millones (aproximadamente el 26%) estaban empleadas a tiempo completo... Esta es ciertamente una cantidad impresionante, que probablemente se eleve más en el futuro. Si, de todas formas, miramos la distribución entre los distintos grupos de profesiones y después estimamos sus ganancias promedio, se hace evidente que las pautas de vida de esas masas no pueden asumir la importancia de la nueva configuración del matrimonio que una se inclina, en un principio, a atribuirles. De esos 2,8 millones, más de 2 millones son trabajadoras *agrícolas*. Los patrones de vida de esas clases, en su mayor parte todavía estructuradas alrededor del trabajo tradicional de la granja, son en términos económicos puros tan diferentes de los patrones de vida de todas las demás clases de población, que no tendría sentido mirarlas a ellas para hallar indicadores con los que proponer una fórmula *general* para el futuro. Además, la posición de este grupo de mujeres casadas que trabajan por dinero, que contiene en sí mismo tal diversidad de existencias como las de la propietaria campesina y la labriega que reside en la granja, la trabajadora temporera y la trabajadora diaria, no se ha estudiado lo suficiente como para permitir conclusiones generales sobre su posición frente a la de su marido. Es mejor, por tanto, dejarlas enteramente fuera de esta discusión.

De las restantes 795.000 mujeres aproximadamente empleadas a tiempo completo, el 56% lo están en el trabajo industrial, el 35% en el comercio y la venta, el 5% en el trabajo doméstico o trabajo contratado de varios

tipos, y solo el 3,8% en las llamadas «profesiones libres», de las cuales la mayoría con diferencia son matronas, concretamente el 61%, profesión que por su naturaleza escoge a mujeres casadas. La distribución de estas 795.000 mujeres casadas según la estadística diferenciada por niveles de la escala profesional revela que el mayor contingente, un 77%, pertenece al nivel inferior, el llamado «ayuda contratada» o «trabajadoras de un día». El estrato de las «independientes», «empleadas asalariadas» y aquellas que trabajan en las «profesiones libres» abarcan, juntas, solo el 23%.

Iluminemos ahora este problema desde otro ángulo. Si nos preguntamos a nosotros mismos si las mujeres que están empleadas a tiempo completo pueden, con sus ganancias, lograr de hecho la independencia pecunaria de sus maridos, nos atreveremos a afirmar que es así para el 23%, aquellas que pertenecen al grupo de las independientes o de las profesionales libres. Pero simplemente no podemos afirmarlo para el grupo de las mujeres contratadas.

Tampoco existe todavía suficiente material fiable y completo sobre el nivel de ingresos de las mujeres casadas en las parcelas de trabajo urbano remunerado. De acuerdo con las cuidadosas compilaciones de la Dr. Rose Otto[5], la contribución de las mujeres casadas que trabajan a tiempo completo a los ingresos familiares de familias de *clase-trabajadora* supone *predominantemente* entre el 20% y el 30%... ¿[E]s suficiente para emanciparse económicamente de sus maridos? Pueden cubrir naturalmente sus propios gastos personales para vivir, siempre que su capacidad para trabajar se vea poco interrumpida por los embarazos o que le ayude un seguro de maternidad bien planificado...

... Deduzcamos simplemente... como resultado de nuestra revisión estadística, que la mayoría de las mujeres empleadas a tiempo completo en las ciudades pequeñas y grandes se contratan, en todo caso, de las clases con menos probabilidad de tener propiedades y que presumiblemente soportan la doble carga de la maternidad y un empleo remunerado al que no se inclinan «profesionalmente», ni realizan por la obtención de independencia pecuniaria, sino simplemente por necesidad. Además, estas mujeres, también, tan pronto como son madres y quieren cumplir sus deberes de madre,

[5] *The Factory Work of Married Women*, Stuttgart and Berlin, 1910.

están de todas maneras a expensas económicamente de los hombres en una abrumadora mayoría.

Por supuesto, todo esto es aún más cierto para las mujeres casadas empleadas solo a tiempo parcial, que pasan solo una pequeña parte de su tiempo ganando dinero. Desafortunadamente su número no se ha recogido en las estadísticas. [Pero] todavía nos quedan más de 5 millones de mujeres que son solo amas de casa.

Por tanto, solo en base a los hechos parece que *no tiene sentido* y es imposible estudiar las circunstancias de las mujeres urbanas con trabajo remunerado, circunstancias determinadas por la carencia cultural y a menudo por la pura necesidad y que guían el destino de las mujeres de las otras clases. Tampoco podemos hacerlo con respecto a la posición de... las mujeres casadas que están en los peldaños más elevados de la escala profesional, ya que suponen un mero 2% de *todas* las mujeres casadas que consideramos aquí... Debemos tener en cuenta que, por supuesto, este grupo puede crecer substancialmente pero, en cualquier caso, en términos políticos y económicos no es expandible *infinitamente*. Si orientamos nuestras demandas a las posibilidades y estilos de vida de estas mujeres casadas con empleos de alto nivel, nos estaremos dejando de nuevo, por una completa falta de realismo, a millones de mujeres normales.

Reconocer esta realidad... origina otra propuesta que, hasta donde sé, Ellen Key formuló en primer lugar. Era obtener la independencia pecuniaria de las mujeres casadas mediante un subsidio general por maternidad que, con los impuestos gravados a la población en general, asegurara que cada madre recibiera por cada hijo una suma específica de dinero con la que criarlo. Si se calculara este subsidio lo suficientemente alto como para que la contribución del padre en los costes de crianza de los hijos fuese superflua, entonces –pero *solo* entonces– se cortaría la atadura económica en la forma de matrimonio que liga al hijo, y a través del hijo a la madre, con el marido. Los costes requeridos para esto, en Alemania –solo 300 marcos por cada niño hasta los 16 años– ascenderían a más de 7.000 millones de marcos cada año. Los gastos conjuntos de la armada, la marina, los servicios postales, el telégrafo, los funcionarios estatales, y las pensiones de los veteranos ascienden a solo 2.600 millones. Además, con esa suma de 300 marcos por niño lógicamente solo se podrían emancipar las mujeres de la clase no pro-

pietaria, aquellas con un nivel cultural modesto, pero no las mujeres de otros estratos. En definitiva, esa propuesta va tanto más allá de cualquiera de las alternativas alcanzables, que tampoco aquí se necesita considerar apenas si ese desarrollo se podría entender como deseable. De forma manifiesta, la transferencia del coste de criar a los hijos al público en general tendría de hecho el efecto de «emancipar», sobre todo, al *marido* y padre...

... La cuestión ahora es ver si para tantos millones hay todavía otro camino viable que pudiera acercarnos a ese objetivo... de una nueva valoración del *trabajo de ama de casa*... Las actividades de la madre en la casa, que en la mayoría de los estratos sociales suponen la atención personal de los miembros de la casa en cuestiones de alimentación, vestido, orden, limpieza, comodidad y bienestar y la crianza de los niños, se puede valorar como actividad *profesional*, tanto como el trabajo fuera de casa del marido, que no sería posible sin este.

... Pero la demanda es ahora... [que] el marido codifique y pague en forma de salario el positivo valor *económico* del ama de casa. La demanda de una nueva valoración del trabajo doméstico en la *mente de la gente* se traduce en las expresiones «compensación» o «paga» por el trabajo del ama de casa, aunque sin ofrecer ninguna sugerencia que nadie pueda tomar en serio sobre cómo se debería calcular dicha compensación...

... ¡Solo intente establecer un salario básico justo para, por ejemplo, la mujer de un millonario sin hijos, que dirige su casa con la ayuda de tantos sirvientes perfectos como desea y, por otra parte, para la mujer de un conductor de ferrocarriles que gana de 1.500 a 1.800 marcos anualmente, que cuida de su marido y de sus cuatro hijos sin ayuda!...

Por lo que, por este camino, no logramos ir mucho más lejos, excepto por supuesto por la idea de que las reivindicaciones de la esposa de una clase *no* deben estar en línea con sus contribuciones, sino más bien con los *ingresos familiares*... Consecuentemente, lo que la esposa puede reclamar razonablemente para sí misma *variará* de acuerdo con el nivel de ingresos y el número de miembros de la familia y es completamente imposible deducirlo de su propia productividad. Quien no pueda entender estas condiciones, basadas en la propia naturaleza del matrimonio y de la familia, simplemente mejor no debería casarse.

De todas formas, lo que podemos pedir de forma totalmente justificada para la mujer casada de cualquier nivel son dos cosas: 1) el dinero disponible necesario para cumplir con su profesión doméstica, es decir, el mantenimiento del hogar y, 2) además de eso, dinero a su disposición para asegurarse la satisfacción de sus necesidades personales, lo que evitará, al menos en principio, sus batallas con la arbitrariedad y la subjetividad del marido. En mi opinión, este objetivo se puede alcanzar en un previsible futuro, para el *conjunto de mujeres*, solo en función de una *ley* del matrimonio y solo mediante la transformación de las *costumbres* del matrimonio. Tengo algunas propuestas legales simples que hacer en este sentido...

... En las leyes matrimoniales, se debería especificar *que la esposa tiene derecho a un acuerdo sobre la cantidad fija de dinero para los gastos de la casa e igualmente a una suma asignada para su uso personal* y en los casos en los que los ingresos de la mujer deban soportar los costes del matrimonio, es decir, cuando el marido esté incapacitado para el empleo y sin medios de sustento, el mismo derecho se debería convenir para el marido. [P]ara la multitud de mujeres sin medios propios, las «simplemente-amas de casa», una parte de los ingresos del marido deberían destinarse a este propósito. La demanda de un acuerdo sobre una *cantidad fija de dinero para los gastos del hogar, de todas formas, es igual de importante para todos los estratos sociales*... Se creará así la conveniente necesidad de que los esposos establezcan un presupuesto anual, de acuerdo con sus ingresos anuales. Se debería establecer un límite a la tentación del marido de coger ganancias para su propio uso de la proporción destinada a las necesidades familiares, a la que, como es bien sabido, sucumbe todavía a menudo en los círculos proletarios. Además, se evitaría dar rienda a los sentimientos desagradables que las inesperadas extorsiones normalmente le provocan. La mujer, por otra parte, evitaría el pequeño conflicto degradante por algo que ya le pertenece legalmente a ella, y habría conseguido –en principio– cierto margen para estructurar libremente su vida personal.

[Esta negociación] me parece que mejor se debería dejar que la acordaran los cónyuges por completo... y, en caso de disputa... la Corte de Surrogación y el Consejo de Familia.

... Todavía no se sabe cuándo lograremos conseguir una audiencia con el legislador alemán. Ya hemos experimentado a menudo cuánta apatía puede

mostrar cuando el asunto es la ampliación de los derechos de las mujeres. Con la actual distribución de poder en el Estado, todavía tendremos un largo camino. Pero incluso ahora nos podemos considerar más cerca de nuestro objetivo. Haciendo conocer firmemente nuestro deseo de reforma, podemos desarrollar la conciencia de nuestro pueblo sobre cuestiones legales en esa dirección, y sobre todo podemos incluso influir ahora en la transformación de las *costumbres* matrimoniales, que son casi tan importantes como la ley. En esto cada mujer moderna puede encontrar un terreno en el que esforzarse en la práctica, no solo en la esfera pública, sino también cara a cara, y cada matrimonio formado sobre estas líneas modélicas llevará en sí mismo la semilla fértil de las formaciones futuras. En el terreno de las costumbres cada uno de nosotros puede contribuir silenciosamente a ennoblecer el matrimonio y mejorar la vida de las mujeres. Las formas de vida nuevas se desarrollarán desde dentro hacia fuera y, si es necesario, se podrá romper de golpe la cáscara de tiempos pasados.

EXTRACTO DE «WOMEN'S SPECIAL CULTURAL TASKS» [TAREAS CULTURALES PARTICULARES DE LAS MUJERES]

Esta selección se ha extraído de las páginas 1-8 y 17-26. Presenta el debate de Weber con la sociología de género de Georg Simmel, que asigna distintas esferas de producción cultural a hombres y mujeres, a los hombres la producción de una cultura objetiva y a la mujer la creación de la cultura subjetiva. Weber explora las capacidades de las mujeres para la producción cultural en ambas áreas, comprendiendo ambas como trabajo que mujeres y hombres son igualmente capaces de hacer. Introduce entonces una tercera área de producción cultural –«el terreno intermedio que moldea la existencia inmediata y cotidiana»– y establece su importancia crucial para la cultura en general, y la enorme significación de las mujeres en esta área de trabajo.

Entendemos por «cultura» cualquier trabajo y modelado del material proporcionado por la naturaleza, determinado intelectualmente y con un propósito. Y si pensamos en el que reside fuera de nosotros, en la elaboración de objetos, en las clasificaciones y conexiones de ideas, o en la formación de seres humanos vivos, siempre en proceso de llegar a ser, habitualmente distinguimos entre la cultura objetiva y la subjetiva, entre la material y la personal. Estas dos direcciones del esfuerzo humano: por una parte, los tra-

bajos y las clasificaciones duraderos que se elevan por encima del flujo de acontecimientos y la transitoriedad de la existencia individual; por otra, el desarrollo de la personalidad individual, dando lugar, cuando van juntas en interpenetración mutua, al contenido completo de la idea de cultura. De acuerdo con una interpretación filosófica profunda[6], en su sentido más elaborado la cultura significa el *perfeccionamiento del alma a través del desarrollo de todos sus brotes y posibilidades inherentes en las labores espirituales e intelectuales objetivas de la humanidad*, donde se sitúan la tecnología, la ley, las costumbres, el arte, la ciencia y la religión en comparación con lo individual, valores atemporales que lo forman, lo retan y lo empujan al servicio.

De hecho, el alma puede lograr «el camino hacia sí misma», i. e. la realización de sus posibilidades intrínsecas, sin dar el rodeo por el mundo objetivo de las realidades, como un autodesarrollo interno, puro «en las luchas religiosas del alma, el autosacrificio moral, la intelectualidad poderosa, la armonía de la vida comunitaria». Pero no se logrará todavía ese valor particular que significa la cultura, porque esta forma de compleción requiere de la autoimpregnación de estructuras objetivas, una conexión interna, ya sea a través de la creación o del uso de ellas. «La cultura surge... cuando dos elementos van juntos, ninguno de los cuales es cultura en sí mismo: el alma subjetiva y el producto intelectual objetivo».

Volveremos nuestra atención más tarde a este sentido más profundo de la cultura. Primero consideraremos la distinción entre la cultura personal y material, subjetiva y objetiva, para clarificar para nosotros mismos en ese contexto cultural las tareas que quizás son especialmente significativas para las mujeres. Con ese fin debemos recordarnos primero a nosotros mismos una vez más el hecho paradójico de que la mujer sea un ser simultáneamente parecido y diferente al hombre. Es decir, como *ser humano* comparte con el hombre la abundancia de talentos y habilidades que la dirigen hacia las mismas tareas y tipos de actividad que ellos hacen. Y, por otra parte, como *mujer*, recaen sobre ella algunas tareas particulares importantes, como resultado de su identidad sexual, lo que le dificulta la realización de sus tareas humanas universales. Considerado desde el ángulo del ser humano universal, la mujer está llamada en principio a participar en cada tipo de trabajo

[6] Georg Simmel, «The Concept and the Tragedy of Culture», *Philosophical Culture*, p. 246 ss.

cultural en el que encajan sus talentos individuales, y no hay duda de que su participación activa en el reino de la cultura objetiva supone la necesaria ampliación y valioso enriquecimiento de nuestro acervo cultural. Por supuesto, no hay ámbito de actividad, ya sea el tecnológico, del derecho, de las tradiciones y el arte, científico, filosófico o religioso, del que pueda ser justificadamente excluida... La naturaleza le ha impuesto [también] pesados deberes de género al organismo femenino, que se le ha evitado al masculino: «Veinte hombres juntos no podrían soportar estas cargas»... Más allá de las responsabilidades de género impuestas por la naturaleza, recae mucho en ella, al ser una mujer hay una esfera especial de tareas culturales en la que es llamada a cumplir con deberes irreemplazables por la fuerza de su naturaleza especial. Esta esfera de tareas específicamente femeninas, que por supuesto no son las únicas ni únicamente de ellas, pero para las que están más particularmente equipadas, son las que queremos considerar aquí.

Surge ahora ante nuestros ojos un terreno intermedio único entre las estructuras de la cultura objetiva, separada de lo individual, y la cultura subjetiva, inextricablemente ligada a lo individual, que llamaremos la formación de la existencia inmediata. En este reino intermedio personal/suprapersonal el mundo de los objetos, las clasificaciones y las ideas se despoja de su carácter de fin en sí mismo y se presiona conscientemente para el desarrollo de la personalidad, de la existencia individual y de la vida cotidiana inmediata... [C]uando hablo de la formación de la vida cotidiana inmediata, no quiero decir meramente el desarrollo y la formación del alma humana a través de la cultura, sino algo más: concretamente, la creación de la atmósfera intelectual y moral que rodea al individuo, que fluye desde el individuo, que liga al individuo con los demás en relaciones muy personales de distintos tipos: compañía, amistad, amor, matrimonio, familia, etc. Además, esto incluye el entorno inmediato de las cosas y su ordenamiento, en los que tiene lugar nuestra existencia diaria... [T]ambién *el día a día sencillo, sin incidentes, merece ser vivido,* y es una tarea formativa que recae, en primer lugar, sobre la mujer... Ocuparse y promover esto, el cuidado silencioso de las personas que nos pertenecen, del esposo elegido, de los padres mayores, antes de la llegada de la siguiente generación, reside en el terreno especial de la mujer. Además de cuidar de las necesidades físicas, la tarea de educar a los niños es preeminente: formar sus caracteres de acuerdo con ciertos preceptos e ideales. Mientras esto tenga lugar en el seno de la familia, este tra-

bajo recaerá en gran parte en la madre. Con la cultura que las generaciones mayores logran para las más jóvenes, no solo se forman nuevas categorías de individuos, sino que surgen simultáneamente nuevas formas de *moralidad*, que es una parte del flujo vivo de la existencia inmediata...

¿Qué entendemos por el término «moralidad»? Llamamos «moralidad» a ese poder de formación que cultiva la existencia inmediata, con su prodigiosa diversidad en contenido emocional e impulsos, que retiene los apetitos instintivos del individuo y regula toda la conducta individual a través de ciertas leyes y preceptos no escritos, de tal manera que hace posible una vida armoniosa en comunidad. La moralidad moldea la vida pública, así como la privada. Pero su semillero más importante está en el ámbito doméstico. Por la manera en que los requisitos de la vida cotidiana se satisfacen en el círculo doméstico, y por la manera en que aquellos unidos en ese círculo interactúan entre ellos, aparece una cualidad especial de la existencia, que no puede desarrollarse sin el poder de dar forma que tiene la mujer... Ya que solo cuando la esposa reúne todas las pequeñas cuestiones del día a día en una atmósfera cargada de sentido y les da vida con calor y carisma, la casa se transforma en un hogar, un lugar de recuperación, de bienvenida, en el que los seres humanos divididos por el trabajo y la lucha por un sustento pueden restaurarse continuadamente para volver a la compleción, a la humanidad plena, y extraer nuevas fuerzas para el crecimiento.

Hay que admitir que la gran mayoría de los objetos que son necesarios para la construcción de este entorno doméstico son, como el propio espacio de vida, producidos por los hombres. Pero depende materialmente de la mujer cómo se organicen, se usen y se cuiden todos estos objetos variados, producidos y llevados como mercancías del mercado... [E]l consumidor educado puede ejercer todavía alguna influencia sobre la producción mediante el rechazo expreso a los ataques al buen gusto. Esta es una capacidad y una responsabilidad de la que la mujer educada está todavía lejos de ser demasiado consciente...

Bastante más importante que la formación de la coraza física dentro de la que tiene lugar la existencia diaria es la impregnación de moralidad y cultura en el propio ser... Nos moveremos de lo externo a lo interno y comenzaremos con lo que podemos denominar *cultura de expresión*, las llamadas «buenas maneras», que es una parte importante de una moralidad elevada. ¿Qué

significa esto? Modula el comportamiento del individuo hacia las personas que le rodean a través de esas innumerables normas no escritas que conscientemente transmitimos con la educación y que, posteriormente, con nuestra propia conducta como ejemplo, involuntariamente imprimimos sobre otros. Cómo caminamos y cómo permanecemos de pie, cómo comemos y nos arreglamos, nuestras palabras y nuestros gestos, nuestro porte, i. e. la forma en que dirigimos nuestras respuestas instintivas –codicia, enfado, odio, pena–, el completo «cómo» de nuestro ser: todo esto se regula de acuerdo con los referentes de nuestra cultura formal. Este desarrollo se debería comenzar tan pronto como fuese posible en todos los seres humanos y es, en primera instancia, la ardua tarea diaria de la madre. Ya en el despertar de la conciencia ella debe establecer límites a los impulsos instintivos de su hijo y guiar hacia el control de su naturaleza animal la razón que despierta, paso a paso. De acuerdo con la opinión extendida, para llegar a la moralidad formal, una buena educación en los primeros años de vida es casi irreemplazable.

La importancia particular y de largo alcance de la cultura de expresión es simplemente que cada individuo que la posea tendrá una influencia inmediata sobre su ambiente, sobre el entorno completo con el que tiene contacto... Es decir, nuestras acciones, nuestra conducta, y nuestro ánimo en el momento concreto se traducen inmediatamente en el entorno, de la misma manera en que nosotros mismos nos sentimos continuamente influenciados con fuerza por las formas que nos rodean...

He hablado hasta ahora de la cultura de expresión, como forma externa predominante para construir el carácter. La moralidad elevada, en el sentido más íntimo, de la que se hablará a continuación, no se adquiere desde el exterior; más bien brota desde los niveles más profundos del alma. En lo que se refiere al tipo de comportamiento que la define –respeto por las demás personas, atención amable y paciente a la naturaleza de los demás, habilidad de «ponerse en el lugar del otro» y, además, compasión, humildad ante lo magnánimo y bondadoso– no se puede conseguir sin superar el egoísmo natural, lo que únicamente se puede lograr con una voluntad sincera hacia la búsqueda de la bondad, que brota desde las profundidades más íntimas... Los fundamentos para ello se construyen en la juventud. El despertar de la voluntad hacia una autoformación ideal surge principalmente del modelo viviente de las personas que nos rodean y que llevan

más recorrido que nosotros. La casa de los padres, por tanto, soporta la responsabilidad más temprana y pesada del desarrollo de las almas y los caracteres de los seres humanos, y cualquiera que trate con niños, cuya tierna adaptabilidad responde con cada sensación, influye con cada simple expresión personal en su progreso o en sus riesgos...

... Pero lo que denominamos contenido cultural en su sentido más apropiado solo se puede adquirir por el camino de la cultura objetiva, de la penetración profunda en el mundo de la mente y del espíritu que se cristaliza en la existencia inmediata, especialmente en el arte, la ciencia y la filosofía. Un cierto nivel de desarrollo intelectual es un prerrequisito para ello. Para alcanzarlo, una formación intelectual o artística exhaustiva es necesaria, como la que permanece reservada a un fino estrato de la sociedad libre del trabajo mecánico y de la difícil lucha por la existencia. Este extraordinario privilegio de adquirir tal contenido cultural para uno mismo ha sido muy poco ejercitado hasta el momento por las mujeres de la clase propietaria. Anteriormente, el ideal de educación específicamente femenina ciertamente no se encaminaba tampoco en esta dirección. Más bien, negaba a las mujeres una escolarización rigurosa para una búsqueda intelectual seria de los tesoros de la mente, y todas recordamos todavía las fieras batallas que tuvimos que luchar para lograr la admisión. Hoy, de todas formas, ahora que esto se ha conseguido, cada mujer de la clase privilegiada debería esforzarse celosamente por estas bendiciones. Solo entonces tendría un impacto como portadora de la cultura en el sentido más completo...

... Si la mujer privilegiada quiere ser la intermediaria entre la cultura objetiva y la existencia inmediata, si quiere moldear el contenido de ese «cada día» del que es la señora, y no simplemente cultivar sus formas, debe esforzarse incansable en imbuirse del contenido cultural más profundo.

Ahora la cuestión es, ¿cómo se relaciona esta tarea con otros objetivos que no persigue la misma? ¿Cómo, en primer lugar, se relaciona con el verdadero ideal alemán de la perfecta ama de casa?... Se potenciaría y se cuidaría este modelo, que implica una disposición ilimitada a servir al marido y a los niños con todas las virtudes domésticas que las estrechas circunstancias prescriben para ella, tanto en su educación dentro del hogar como en las escuelas para chicas. En cualquier caso, correspondía muy bien de hecho con el interés específico de género del marido promedio por tener esposas sumisas, capaces, entregadas y poco exigentes...

La mujer moderna que se ha despertado intelectualmente no necesita eliminar el ideal alemán de ama de casa del templo en el que ella rinde homenaje a los modelos de rol que representan su esfuerzo. Obviamente retendría su validez y poder también para las generaciones venideras. Pero hemos hecho añicos su poder negativo como valor absoluto y el objetivo de su desarrollo *exclusivo* para el sexo femenino, porque ha ahogado nuestro desarrollo como seres intelectuales y espirituales y en general nuestras características y nuestros poderes humanos comunes.

Debemos ir más allá en clarificar ahora cómo se hacen compatibles la nueva sustancia de la vida y las nuevas formas de acción que hemos esbozado las mujeres modernas con el objetivo trazado aquí: el despliegue de un alma de mujer más rica y con un contenido cultural más profundo. Por ejemplo, ¿puede el trabajo administrativo, político y social, que hoy esperamos de las mujeres de las clases privilegiadas, junto con sus tareas de madre y ama de casa, combinarse con el crecimiento intelectual y la intensificación de su existencia? No hay duda sobre la necesidad práctica de tal servicio para el conjunto por los individuos adaptados para ello... Y es igualmente incuestionable que el trabajo político y social es una *forma de logro* personal que permite a la mujer sacar esas capacidades que están sin explotar, crecer en competencias, ampliar sus horizontes intelectuales y espirituales, profundizar en la comprensión de todo lo humano... Pero hay límites, por supuesto, a este fructífero poder para la formación total de la personalidad y entraña, como cualquier actividad dirigida externamente, sus propios riesgos particulares. Aquellas personas que viven su vida *exclusivamente* en esas formas de actividad no alcanzarán nunca el contenido cultural en su sentido real y apenas avanzarán en la profundización de su conciencia interior. Ya que el trabajo social y político efectivo es por naturaleza el trabajo que se realiza en comunidad con otras personas; es como un hilo interminable que gira alrededor de nosotros y nos enreda en una red completa de relaciones. En ese trabajo uno está normalmente en compañía, se ve constantemente ante nuevas tareas y posibilidades; siempre pasa algo; uno siempre se siente útilmente empleado. De hecho, siempre estamos presionados por variados proyectos que van más allá de lo que de hecho es necesario, solo porque las organizaciones y asociaciones simplemente están ahí y deben ejercer su influencia y demostrar su vitalidad. Así que este trabajo comunitario hace que la vida esté en un agradable movimiento a menudo

cambiante, que satisface, con independencia de su contenido, la necesidad de compañerismo, y libera el espíritu emprendedor y ambicioso que se esfuerza por conseguir poder. Y la actividad, una vez encauzada por esta vía, crece fácilmente –si se deja con sus propios recursos– por un impulso invencible, hacia un ajetreo continuo que contrarresta la abandonada inmersión en el mundo espiritual interior y de hecho agota incluso la capacidad para la serenidad y la concentración. Este riesgo es *leve* en el trabajo social real, cuando se realizan tareas individuales prácticas y concretas como miembro de una asociación social con propósitos específicos, p. ej. el cuidado de los pobres, de los jóvenes, etc. Pero no es leve en lo que se refiere al trabajo organizativo de todo tipo. Esta demanda intercambio constante con compañeros de trabajo, relaciones a muchas bandas, «formación de asociaciones» [«*Vergesellschaftung*»], i. e., la aglomeración de grupos de personas que deben mantenerse juntas por un propósito específico: en resumen, actividades y proyectos entusiastas. Si no se contrarresta conscientemente este peligro, surge una especie de frivolidad espiritual, que tiene la ventaja sobre la frivolidad producto de las distracciones sociales usuales la que sirve a un fin útil, pero que no obstante también reprime el sentido de lo más esencial: la animación y la espiritualidad de la existencia. ... [N]o se requiere ningún tipo de prescripción para que el individuo haga o deje de hacer; lo único necesario es observarse a uno mismo, escuchar la propia voz interior, en constante lucha por encontrar las bondades esenciales de la vida, el crecimiento interior.

Finalmente, debemos preguntarnos todavía cómo se hacen compatibles los objetivos más elevados e íntimos del desarrollo humano personal, que son exactamente los mismos para hombres y mujeres, con la actividad profesional, hacia la que se dirigen incluso las mujeres jóvenes de las clases privilegiadas, que no tienen necesidad de ganar su propio sustento y podrían, por tanto, junto con sus tareas especiales de género, dedicarse completamente a la plena absorción del contenido cultural. Hoy es un asunto serio que el profesional, y por supuesto el trabajador *intelectual* infinitamente privilegiado, corran el gran riesgo de atrofiar sus personalidades, en general, por las severas demandas de la compartimentada vida profesional moderna. De todas formas, al mismo tiempo pueden demandar solo una porción de los poderes individuales para su especialización en un aspecto y, en consecuencia, sufrir el efecto de marchitar la receptividad y energía de los múl-

tiples aspectos del alma. No hay duda de que esto es así. Cualquier actividad que esté diariamente ligada a un número fijo de horas de trabajo y deje tiempo insuficiente a que la mente y el alma vuelen en otras direcciones contiene peligro en sí misma. Y encontramos, en todas las profesiones, en todas las profesiones que dependen del trabajo intelectual, al tipo de especialista puro, cuyos logros profesionales de primer nivel nos llenan de admiración, pero cuya humanidad nos parece de alguna manera escasa e incompleta. Esta evolución no es necesaria, sin embargo, si el individuo conscientemente trabaja contra ella. Si se puede evitar o no, depende quizás menos de la estructura de nuestra vida profesional y lo que esta nos demanda que de la actitud interior del individuo hacia ella, y aún más importante, de la cuestión de si ganar dinero, la ambición, construir una carrera y el anhelo de poder –en general, los objetivos parciales finitos de la existencia– nos gobiernan totalmente, o si tras estos se reconocen y se anhelan otros valores e ideales infinitos y atemporales del individuo... La formación profesional sistemática y la actividad profesional temporal, por tanto, en absoluto deben tener un precio demasiado alto para el desarrollo de la mujer como portadora de la cultura en el sentido más completo... Si ella desea llegar a ser en el futuro una portadora de la cultura en sentido pleno, tendrá que exigirse, como lo hace el hombre, un duro trabajo intelectual en una dirección u otra, devoción hacia algo por amor al arte, lucha resuelta por un contenido profundo del ser, alineamiento constante de su existencia con los valores y los fundamentos atemporales.

7. La Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago (1890-1920). *La investigación como defensa*

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS

La «Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago» es nuestro término para denotar una red de mujeres que trabajaron colaborativamente para producir un acervo sociológico que vinculara la teoría social, la investigación sociológica y la reforma social. Trabajaron principalmente en dos centros, la Hull-House y la Universidad de Chicago, entre 1889 y 1920, e hicieron sociología en un contexto compartido de ideas y acción en el que las mujeres apoyaban a las mujeres en su movimiento hacia la vida pública. Fueron influidas en diferentes grados por la teoría de Jane Addams de la sociedad civil, que reclamaba un ajuste entre la organización de la producción y el contenido ético de la interacción social (véase el capítulo 3). Nos centramos aquí en ocho miembros de esta escuela: Edith Abbott, Grace Abbott, Sophonisba Breckinridge, Florence Kelley, Frances Kellor, Julia Lathrop, Annie Marion MacLean, y Marion Talbot.

Al reconocer a estas mujeres no simplemente como personas, sino como una escuela de pensamiento y una red para la acción y la reforma, seguimos los resultados de un distinguido cuerpo de investigaciones feministas: *Florence Kelley: The Making of a Social Pioneer* (1966), de Dorothy Blumberg; *Two Sisters for Social Justice: A Biography of Edith and Grace Abbott* (1983), de Lela Costin; *Jane Addams and the Men of the Chicago School, 1892-1913* (1988) y *Women in Sociology: A Bio-Bibliographical Sourcebook* (1991), de Mary Jo Deegan; «Annie Marion MacLean: A Neglected Part of the Chicago School» (1981), de Virginia Kemp Fish; *Endless Crusade: Women Social Scientists and Progressive Reform* (1990), de Ellen Fitzpatrick; *Pitied but Not Entitled: Single Mothers and the History of Welfare* (1994), de Linda Gordon; *Creating a Female Dominion in American Reform, 1890-1935* (1991), de Robyn Muncy; *Beyond Separate Spheres: Intellectual Roots of Modern Feminism* (1982), de Rosalind Rosenberg; *Florence Kelley and the Nation's Work: The*

Rise of Women's Political Culture, 1830-1900 (1995), de Kathryn Kish Sklar; y «Julia Lathrop» (1977), de Louise C. Wade.

Aun así, irónicamente, puede ser que la primera noticia sobre las carreras entrelazadas de estas mujeres no proceda de la investigación feminista, sino de los ataques conservadores. Ya en 1923, el boletín informativo *Woman Patriot* declaró que «prácticamente todo el radicalismo comenzó con mujeres en focos de los Estados Unidos como la Hull-House, en Chicago, y el *Children's Bureau,* en Washington, con una dinastía de graduadas de la Hull-House que estuvieron a cargo del centro desde su creación» (citado en Costin, 1983, p. 143; véase también Davis, 1973). Como a Muncy (1991), cuando leímos por primera vez esta declaración nos hizo cierta gracia por nuestras propias creencias políticas. Pero nos dimos cuenta de que *Woman Patriot* y aquellos que repitieron sus acusaciones quizás no exageraron el caso. Trabajando en centros identificables –Hull-House, la Universidad de Chicago, la *Chicago School of Civics and Philanthropy* (más adelante la *University of Chicago School of Social Service Administration*), la *Federal Children's Bureau*, la *National Consumers' League*, y el *Chicago Women's Club*– estas mujeres, conectadas entre sí con diferentes grados de proximidad, formaron una auténtica base de poder, y no tuvieron miedo de usar ese poder, como Lathrop mostró cuando administró el *Children's Bureau.*

En lo que resta de esta sección, presentamos primero a las mujeres en el orden en que llegaron a Chicago –ya que ninguna, curiosamente, era originaria de la ciudad[1]–; nos centramos después en las distintas formas en que se interconectaron en Chicago; y concluimos con un breve resumen de sus vidas después de 1921 (año en el que Julia Lathrop, la mayor del grupo, dimitió del *Children's Bureau*).

LLEGADA A CHICAGO

Julia Lathrop (1858-1932). Julia Lathrop nació el 29 de junio en 1858, en Rockford, Illinois, donde su padre, William, era abogado, y su madre, Sarah Adeline Potter, una sufragista y una líder cultural. Asistió al *Rockford*

[1] El traslado de las mujeres a Chicago es indicativo de muchos de los cambios que estaban teniendo lugar en América en este periodo: los movimientos de las mujeres en general, la urbanización, el crecimiento del estatus de la propia Chicago, y las mejoras en transporte.

Seminary durante un año, y siguió estudiando hasta graduarse en Vassar en 1880. Incapaz de encontrar una carrera con sentido tras su graduación -como tantas mujeres educadas de su generación– volvió a su casa de Rockford y trabajó como ayudante legal de su padre, ella misma leyó sobre legislación y realizó algunas inversiones rentables. Lathrop no habló de sus luchas internas entre 1880 y 1890; pero Addams, en su biografía *My Friend Julia Lathrop*, sugiere que la Masacre de Haymarket de 1886, un choque violento entre la policía y los trabajadores, debió influir en el pensamiento de Lathrop. La idea de la Hull-House probablemente le llegó a Lathrop en una conferencia que Addams impartió en Rockford en 1889, cuando ella y Ellen Gates Starr estaban iniciando el centro social. Un año más tarde, en 1890, Julia Lathrop se unió a la Hull-House. Durante el resto de su vida sería una de las mejores amigas y colegas de mayor confianza de Addams –una de las dos o tres residentes de la Hull-House que la llamaban «Jane»– y una fuente de humor fino (Hamilton, 1942).

Florence Kelley (1859-1932). Florence Kelley nació el 12 de septiembre de 1859 en Philadelphia. Su padre, William Darrah Kelley, era un congresista republicano, un abolicionista y un defensor del sufragio femenino. Su madre, Caroline Bartram Bonsall, era una eficiente administradora del hogar, que dio a luz a ocho hijos y con la que Kelley mantuvo una afectiva correspondencia durante gran parte de su vida. Kelley asistió a la Universidad de Cornell, una de las primeras universidades privadas que admitió a mujeres con pleno derecho, y realizó su tesis final sobre el trabajo infantil –un tema que sería una de sus preocupaciones durante toda su vida–. Una negativa de la escuela de derecho de la Universidad de Pennsylvania, aparentemente por razón de género, y la enfermedad de un hermano mayor, la llevaron a Europa. Estudió en la Universidad de Zurich y se convirtió a las ideas socialistas de Karl Marx y Friedrich Engels. En 1884, con el consentimiento de Engels, tradujo del alemán su clásico de 1845, *The Condition of the Working Class in England in 1844* y continuó su correspondencia con Engels hasta su muerte. En Zurich se casó con un doctor ruso y compañero socialista, Lazare Wischnewetzky, con quien tuvo tres hijos. De vuelta a América en 1886, Kelley y su marido intentaron sin éxito ser activos en los complicados círculos endogámicos del *Socialist Labor Party* de Nueva York, donde se encontraron con que desconfiaban de ellos por «forasteros». Los primeros años de la pareja en América también se vieron marcados por las

dificultades económicas. El matrimonio se deshizo y Kelley rara vez habló de ello; pero una de las razones por las que se trasladó a Illinois fue porque las leyes de divorcio allí le daban una mayor opción de obtener la custodia de sus hijos. Kelley llegó a Chicago con medios muy limitados. Alojándose con sus hijos y una amiga, se trasladó a la Hull-House justo tras las Navidades de 1891[2]. Fue una fuerza intelectual relevante en la Hull-House y, como Lathrop, una de las amigas del círculo íntimo de Addams.

Marion Talbot (1858-1947). Marion Talbot nació el 31 de julio de 1858, en el seno de una familia con profundas raíces en Boston. Su padre, Israel Tisdale Talbot, era un médico homeopático. Su madre, Emily Fairbanks Talbot, era una mujer de mucho talento. La vida de Marion como la mayor de los seis hijos de los Talbot le da en parte un giro interesante a la observación de Freud de que «Un hombre que ha sido el favorito indisputable de su madre mantiene durante toda su vida... esa confianza en el éxito que a menudo lo induce al éxito real». Para garantizarle a Marion la misma educación que la establecida para los hombres jóvenes, Emily Talbot emprendió una firme batalla contra la ideología patriarcal que mantenía que la educación superior podía destruir la salud de las mujeres, hacerlas inútiles para la reproducción, llevarlas a desórdenes nerviosos y dejarlas irremediablemente «masculinizadas» (Rosenberg, 1982, pp. 6-12). Por encima y en contra de estos argumentos machistas, Emily manifestó una firme dosis de feminismo, y Marion perseveró en su educación, graduándose en artes por la Universidad de Boston en 1880 y en ciencias (ciencia doméstica), por el *Massachusetts Institute of Technology* (MIT) en 1888. En los años entre 1880 y 1888, Marion trabajó con Emily Talbot, Alice Freeman Palmer (de las primeras directoras de Wellesley), y Ellen H. Richards (profesora pionera en el MIT) para organizar la *Association of Collegiate Alumnae* (ACA), que se convertiría en la *American Association of University Women* (AAUW). Palmer le ofreció a Talbot un puesto como profesora ayudante en ciencia doméstica en Wellesley y fue primordial para promover

[2] Alguna idea de los lazos interconectados de la red de mujeres en los Estados Unidos la proporciona el hecho de que Kelley fuese dirigida a la Hull-House a través de un contacto del *Women's Christian Temperance Union*. El sindicato había ampliado su programa, bajo el liderazgo de Frances Willard, para incluir objetivos sociales como la regulación del trabajo infantil, y Kelley había trabajado en un panfleto, *Our Toiling Children*, publicado por el sindicato.

que fuese a la recién establecida Universidad de Chicago, donde fue nombrada profesora ayudante en Sociología y ayudante de Palmer como decana de mujeres en 1892. Pasó a ser decana de mujeres en 1893 y trabajó como editora asociada de la *American Journal of Sociology* desde la fundación de la revista en 1895 hasta su jubilación en 1925.

Sophonisba Breckinridge (1866-1948). Sophonisba Breckinridge nació el 1 de abril de 1866 en Lexington, Kentucky. Su padre, William Cambell Breckinridge, procedía de una vieja familia política del estado y continuó la tradición como congresista y abogado; su madre, Issa Desha, también procedía de una familia de la élite de Kentucky, pero fue una inválida durante gran parte de su vida. Ambos padres parece que apoyaron su educación. Después de su graduación en Wellesley en 1888, Breckinridge vivió un periodo de seis años de crisis e indecisión. Primero enseñó en Washington, D. C., donde su padre era congresista, después viajó a Europa, y más tarde, con la muerte de su madre en 1892, volvió a Lexington, donde estudió sobre legislación en el despacho de su padre (con poco respaldo paterno), y aprobó el examen oral de admisión, la primera mujer, del Colegio de Abogados de Kentucky (Fitzpatrick, 1990). Pero su práctica se construye lentamente. Su padre se volvió a casar en 1893. Después, en 1894, perdió su candidatura a la reelección en una campaña llena de escándalos –aparentemente ciertos– por una relación de nueve años con una mujer con la que había tenido tres hijos y que lo demandó por incumplimiento de promesa. Su nueva mujer llevó todo el asunto con dificultad. Breckinridge, deprimida y conmocionada, aceptó la invitación de una compañera de Wellesley para visitar Illinois en 1894, donde conoció a Talbot, que la animó a hacer un doctorado en ciencias políticas en la Universidad de Chicago. Breckinridge se trasladó a Chicago en 1894, obtuvo su doctorado en ciencias políticas en 1899, y se convirtió en la primera mujer en conseguir un doctorado en derecho en 1904. En 1908 entró como residente en la Hull-House y emprendió ella misma numerosas actividades de reforma mientras trabajaba en varios puestos en la Universidad de Chicago y la creada recientemente *Chicago School of Civics and Philanthropy*.

Annie Marion MacLean (ca. 1870-1934). Annie Marion MacLean nació alrededor de 1870 en Prince Edward Island, Canadá, de John y Christina MacLean. Su padre era pastor y la familia pronto se trasladó a Nueva Es-

cocia. Aunque posteriormente se convertiría en ciudadana de los Estados Unidos, parece que MacLean siempre permaneció próxima a su familia canadiense. Fish (1981) apunta que tres de los libros de MacLean están dedicados a miembros de su familia. MacLean obtuvo el título de graduada y el de máster del *Acadia College* de Nueva Escocia y después, quizás por las conexiones baptistas entre el *Acadia College* y la Universidad de Chicago, decidió asistir a la escuela de posgrado de la universidad. Empezó allí sus estudios de posgrado en Sociología en 1897, se convirtió en la primera mujer en conseguir un máster en Sociología, y obtuvo su doctorado en Sociología en 1900, la segunda mujer en hacerlo. Enseñó en la *Extension*, o *Home Study Division* de la universidad y mantuvo un historial activo de investigación y publicaciones hasta su muerte en 1934.

Frances Kellor (1873-1952). Frances Kellor nació el 20 de octubre de 1873 en Columbia, Ohio. Su padre, Daniel Kellor, abandonó a su familia, y en 1875, su madre, Mary Sprague Kellor, trasladó a la familia a Coldwater, Michigan, donde Kellor asistió al colegio y ayudó a su madre, que trabajaba como lavandera y empleada doméstica. La situación económica obligó a Kellor a dejar el colegio en 1890. Consiguió un trabajo en el periódico local, donde conoció a dos hermanas, Mary y Frances Eddy, y a otra mujer adinerada, Celia Parker Woolley, que la ayudaron a ir a la Universidad de Cornell, donde se graduó en derecho en 1897. Woolley estaba entonces viviendo en Chicago, y Kellor se fue a la Universidad de Chicago para hacer trabajo en criminología como graduada. Se matriculó en el Departamento de Sociología en 1898, con la ayuda de Woolley y una beca del *Chicago Women's Club*. Entre 1898 y 1905, Kellor fue residente intermitente en la Hull-House (Fitzpatrick, 1990), y durante sus años en la Universidad de Chicago publicó extensamente –especialmente en criminología y sobre las relaciones interraciales–. Después de mudarse a Nueva York, continúo con sus contactos de Chicago a través de su trabajo sobre inmigración, relaciones interraciales y del Partido Progresista.

Edith Abbott (1876-1957) y Grace Abbott (1878-1939). Edith Abbott nació en Grand Island, Nebraska, el 26 de septiembre de 1876; Grace Abbott nació allí el 11 de noviembre de 1878. Sus padres fueron colonos; su padre, Othman Abbott, fue un abogado que llegó a ser vicegobernador del estado, y su madre, Elizabeth Griffin Abbott, fue sufragista. Ambos cuidaron de la educa-

ción de todos sus hijos, pero sus esperanzas se vieron interrumpidas por una sequía que golpeó Nebraska a principios de 1890, arruinando a los granjeros y al Banco Grand Island, del que Othman Abbott era director. Se negó a ir a la bancarrota, y toda la familia reajustó sus planes para ayudar a pagar las deudas. Edith empezó a dar clases en el centro de enseñanzas secundarias e hizo cursos por correspondencia de la Universidad de Nebraska, completando su grado en 1901. Grace estudió en el recién fundado *Grand Island College*, graduándose en Filosofía en 1898, y comenzó a dar clases en un centro de enseñanzas secundarias. En 1902, Edith Abbott realizó unos cursos de verano en la Universidad de Chicago y conoció a Sophonisba Breckinridge; hacia 1903, había empezado a estudiar para el doctorado en Económicas en la universidad. Grace Abbott estudió intermitentemente en la Universidad de Chicago entre 1904 y 1907 cuando se mudó a Chicago para hacer el máster en ciencias políticas. Grace Abbott empezó a residir en la Hull-House en 1908. Edith Abbott enseñó brevemente en Wellesley y estudió en la *London School of Economics* con Beatrice y Sydney Webb entre 1906 y 1908, pero volvió definitivamente a Chicago en 1908, uniéndose a su hermana en la Hull-House.

VIDAS ENTRECRUZADAS. EL SURGIMIENTO DE UNA ESCUELA

La Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago se desarrolló por la interacción de varios factores: la confrontación de las mujeres con los problemas de un entorno compartido: Chicago; su trabajo a partir de fundamentos compartidos; su deseo de forjarse, a pesar de las restricciones patriarcales, una carrera en ciencias sociales; su determinación de usar las ciencias sociales para lograr el cambio social; y su creación de redes para lograr esos fines.

Espacio compartido. El mundo al que habían llegado las mujeres en Chicago se ha descrito en otro lugar en este libro (capítulo 3) como el paradigma de una América en transición hacia el capitalismo industrial moderno. Estaba marcado por los extremos: de riqueza y pobreza, de privilegio y opresión, de expansión rápida de las posibilidades materiales y la multiplicación de los problemas sociales, de las defensas ideológicas del capitalismo y de

los privilegios de clase, raza y género, y de las críticas anarquistas, socialistas y feministas a estas desigualdades. Las mujeres descubrieron en Chicago suciedad, enfermedad, agotamiento, multitud, confusión, desesperación, trabajo excesivo, sufrimiento, y el hecho abrumador de la diversidad que introducía la multitud de nacionalidades que llegaron como inmigrantes para trabajar en las florecientes industrias. Llegaron a conocer Chicago desde una de las siguientes dos bases, la Hull-House y la Universidad de Chicago. Talbot, las Abbotts, Breckinridge, Kellor y MacLean llegaron a Chicago por la universidad y todas trabajaron, enseñaron o estudiaron allí. Lathrop y Kelley fueron de las primeras residentes y estuvieron durante un largo periodo en la Hull-House; las Abbotts, Breckinridge y Kellor vivieron allí en varios momentos de su carrera. Las dos bases estaban muy vinculadas; Addams y Kelley enseñaron en alguna ocasión en la Universidad de Chicago (véase Sklar, 1995, pp. 295-296, para un vívido relato); Talbot usó su posición como decana para conseguir que algunas estudiantes hicieran trabajo de campo en la Hull-House. Como estudiantes de posgrado, las Abbotts, Breckinridge, Kellor y MacLean «trabajaron en la ciudad por una mejora del saneamiento, la salud pública, la legislación laboral, la reforma de las prisiones y de la corte criminal, la elaboración de normativas y la construcción de mejores colegios» (Rosenberg, 1982, p. 34).

Las integrantes de la Escuela de Mujeres de Chicago dieron forma a las experiencias que compartieron entre ellas y con muchas otras mujeres a través de varias redes sociales. Compartieron grupos de amistades informales y animados debates en los desayunos y cenas de la Hull-House. Todas publicaron en la *American Journal of Sociology* y también escribieron para revistas sobre servicios sociales como *Charities*, *Survey*, y *Proceedings of the National Conference of Charities and Corrections*; otras revistas académicas, muy especialmente la *Journal of Political Economy*; y publicaciones intelectuales más generales como *Area* y el *New England Quarterly*. Participaron en asociaciones de voluntariado de mujeres como el *Chicago Women's Club* (que ayudó a financiar la investigación de Kellor sobre el tratamiento de los afroamericanos en las prisiones del sur), la *General Federation of Women's Clubs* (que Lathrop usó repetidamente como grupo de presión para buscar financiación –primero para un sistema de juzgados

de menores y después para el *Children's Bureau*), la ACA (que a menudo se reunía en la Hull-House y que ayudó a fundar la *Illinois Consumers' League*), y la *National American Woman Suffrage Association* (NAWSA)–. También fueron activas en grupos mixtos, los más importantes la *American Sociological Association*, la *American Social Science Association*, el *National Child Labor Committee* (una organización que con el tiempo creció hasta los 8.000 miembros), la *National Conference of Charities and Corrections* (posteriormente la *National Conference of Social Work*), la *National Federation of Settlements* y la *National Association for the Advancement of Colored People*, así como la *Immigrants' Protective League* (IPL). Las complejas redes de relaciones personales y profesionales que unían a estas mujeres se resumen en las tablas 7.1 y 7.2.

Activismo e investigación. Aparte de lo que compartieron, las Mujeres de Chicago desarrollaron un estilo de trabajo colaborativo que combinaba la investigación en ciencias sociales con el activismo social por el avance de los derechos de los trabajadores (especialmente las mujeres trabajadoras y los niños) y de los inmigrantes, las mujeres, los pobres, los ancianos y los enfermos. Ofrecemos ejemplos escogidos de esta colaboración.

En 1892, las residentes de la Hull-House respondieron a la pobreza que se producía en el barrio con el «sistema de talleres textiles de explotación laboral». Por este sistema, los fabricantes contrataban a individuos para hacer el trabajo en «casa», en bloques de apartamentos-talleres, donde los miembros de la familia y otros ayudantes temporales trabajaban para ofrecer al contratante el máximo trabajo por el menor precio. Animadas por el instinto de Kelley para saber cuál era el punto clave para influir en un sistema, las residentes de la Hull-House unieron a los sindicatos para presionar por una legislación sobre fabricación que regulara las horas y las condiciones de trabajo, especialmente las de mujeres y niños. Kelley se apoyó en Addams y Lathrop para intentar ayudar a vender el aspecto más impopular del proyecto de ley, las restricciones en el trabajo infantil, del que muchos padres dependían para completar sus ingresos familiares. Uno de los resultados de su exitoso esfuerzo fue que el gobernador reformista John P. Altgeld nombró a Kelley como primera Inspectora de Fábricas del Estado de Illinois en 1893. Kelley a su vez escogió a sus delegados cuidadosamente, contratándolos entre las residentes de la Hull-House, los vecinos y los contactos que tenía

Tabla 7.1. Experiencias compartidas

	Publicaciones en la *AJS*	Residencia en la Hull-House	Bases educativas en Chicago	Asociaciones profesionales
Edith Abbot (1876-1957)	desde 1908	1908-20	Doctorado U de C 1905; enseñó estadística social U de C 1913-20; CSCP 1907-20; SSA 1920-49	ASSA, NCCC, AASW
Grace Abbott (1878-1939)	desde 1908	1908-17	Máster U de C 1909; profesora en CSCP 1914: profesora en SSA 1939	NCSW, presidenta 1923-24
Sophonisba Breckinridge (1866-1948)	desde 1901	1907-20	Doctorado U de C; ayudante decana de Talbot; CSCP 1913-20; SSA 1920-49	AASW, NCSW, ASSA
Florence Kelley (1859-1932)	desde 1896	1891-99	Enseñó U de C 1899; grado en Derecho en Northwestern	ASS, ASSA, NCCC miembro del Comité sobre Condiciones de Vida y de Trabajo del NCCC
Frances Kellor (1873-1952)	desde 1899	Intermitente 1898-1905	Estudios de posgrado en Sociología U de C, 1898-1900	ASS, ASSA
Julia Lathrop (1858-1932)	1912	1890-1912	Ayudó a fundar CSCP, enseñó allí y llevó a E. Abbott y Breckinridge a investigar allí	NCCC; NCSW, presidenta 1918
Annie Marion MacLean (ca. 1870-1934)	desde 1899	Visitas	Doctorado en Sociología U de C 1900; Facultad de Estudios del Hogar U de C 1903-34	ASS, ASSA
Marion Talbot (1858-1947)	desde 1895	visitas	Decana de mujeres U de C 1892-1925	ASS, ASSA, *America Public Health Association*

Abreviaturas: AASW=*American Association of Social Workers* (Asociación Americana de Trabajadores Sociales); ACA= *Association of Collegi Alumnae* (más tarde AAUW) (Asociación de Alumnas Universitarias); ASS= *American Sociological Society* (más tarde ASA) (Sociedad America de Sociología); ASSA= *American Social Science Association* (Asociación Americana de Ciencias Sociales); CB= *Children's Bureau* (Agencia pa la Infancia); CL= *Consumer's League* (Liga de Consumidores); CSCP= *Chicago School of Civics and Philanthropy* (más tarde SSA) (Escuela Chicago de Civismo y Filantropía); IPL= *Immigrant's Protective League* (Liga para la Protección de los Inmigrantes); NAACP=*National Associati*

Trabajo para el gobierno	Asociaciones y actividades progresistas	Investigación sobre edad, clase, raza, género
A través de la CSCP y la SSA escribió informes para la CB	NAWSA, panfletista por el sufragio; ACA; WTUL; NAACP; UL; *Chicago Women's Club*	Trabajos principales sobre mujeres en la industria, trabajo infantil, inmigración
CB 1917-19; *Illinois Immigration Commission* 1919-21; reemplazó a Lathrop como directora de la CB 1921-34	IPL, directora ayudante, después directora 1908-17; Conferencia internacional de Mujeres en La Haya 1915; *Chicago Women's Club*	Trabajos principales sobre inmigración
A través de la CSCP y la SSA escribió informes para la CB	CL; IPL; NAWSA, vicepresidenta 1911; activista del Partido Progresista; NAACP; ACA; WTUL; *Chicago Women's Club*	Vivienda, inmigración, afroamericanos, trabajo femenino, igualdad de salarios
Estudio para el *US Bureau of Labor* en Chicago 1893; Inspectora de Fábricas del Estado de Illinois 1893	CL; secretaria nacional 1900-1932; NAACP; NCLC; NAWSA; *Chicago Women's Club*	*Hull-House Maps and Papers; Some Ethical Gains Through Legislation*; estudios de todo tipo sobre trabajo
New York Bureau of Industries and Immigration, directora 1910	Fundó la Liga para la Protección de Mujeres de Color 1906; que se convirtió en la UL 1911; *American Arbitration Association* 1926; activista por el sufragio del Partido Progresista	Causas sociales del delito; afroamericanos; agencias de empleo; inmigración
Junta Directiva de la *Illinois Board of Charities* 1893; primera jefa de la CB 1912-20	Miembro fundadora del *National Committee on Mental Hygiene* 1909; *Juvenile Court Committee*; NCLC; activa en los clubs de mujeres, que usó para presionar a la CB	Análisis sobre asociaciones caritativas; informes de la CB; *Hull-House Maps and Papers*
New York State Tenement House Commission	Publicitó la CL en artículos de la *AJS*; colaboró para la YMCA en yacimientos de carbón	Trabajo, especialmente trabajo femenino y salarios
	ACA, miembro fundadora 1881, presidenta 1895-97; *National Federation of Women's Clubs*; NAWSA	Educación de las mujeres; administración del hogar

for the Advancement of Colored People (Asociación Nacional para el Avance de las Personas de Color); NAWSA= *National American Woman Suffrage Association* (Asociación Nacional Americana por el Sufragio Femenino); NCCC= *National Conference of Charities and Corrections* (más tarde NCSW) (Congreso Nacional de Organizaciones de Beneficencia y Corrección); NCLC= *National Child Labor Committee* (Comisión Nacional para el Trabajo Infantil); NCSW= *National Conference of Social Work* (Congreso Nacional de Trabajo Social); WTUL= *Women's Trade Union League* (Liga de Sindicatos de Mujeres); U de C= Universidad de Chicago; UL= *Urban League* (Liga Urbana).

Tabla 7.2. Relaciones entre ellas

Edith Abbott-Grace Abbott Hermanas; compartieron intereses profesionales; Edith más académica, Grace más política; muy próximas	**EA-Sophonisba Breckinridge** Se conocieron cuando EA hizo su primer curso de verano en U de C 1904; enseñaron juntas en CSCP; fundaron SSA; coautoras; amigas fieles	**EA-Florence Kelley** Se conocían bien; cada una usó la investigación de la otra sobre condiciones de trabajo; se citaban entre ellas frecuentemente; colegas; miembros NCCC, ASS, NAACP	**EA- Frances Kellor** Se habrían conocido en la Hull-House; ambas trabajaron en estudios sobre inmigración
	Grace Abbott-Sophonisba Breckinridge Breckinridge fundó IPL, que dirigiría posteriormente GA; habrían sido conocidas próximas a través de la relación de Breckinridge con E. Abbott	**GA-Florence Kelley** Trabajaron juntas en muchas causas sobre el trabajo infantil, GA alabó especialmente a Kelley en una cena en NCSW en honor a GA, GA admiró mucho a Kelley	**GA-Frances Kellor** Compartieron preocupación por los inmigrantes
		Sophonisba Breckinridge-Florence Kelley SB apoyó a CL; ambas participaron en NAACP	**SB-Frances Kellor** Compartieron preocupación por los inmigrantes y por la discriminación hacia los afroamericanos; coincidieron en U de C durante un periodo
			Florence Kelley-Frances Kellor Se conocieron en Nueva York, donde Kellor fichó a FK para la Liga Inter-Municipal diseñada a proteger a las trabajadoras domésticas

Abreviaturas: AASW=*American Association of Social Workers* (Asociación Americana de Trabajadores Sociales); ACA= *Association of Collegiate Alumnae* (más tarde AAUW) (Asociación de Alumnas Universitarias); ASS= *American Sociological Society* (más tarde ASA) (Sociedad Americana de Sociología); ASSA= *American Social Science Association* (Asociación Americana de Ciencias Sociales); CB= *Children's Bureau* (Agencia para la Infancia); CL= *Consumer's League* (Liga de Consumidores); CSCP= *Chicago School of Civics and Philanthropy* (más tarde SSA) (Escuela de Chicago de Civismo y Filantropía); IPL= *Immigrant's Protective League* (Liga para la Protección de los Inmigrantes); NAACP=*National Association for the Advancement of Colored People* (Asociación Nacional para el Avance de las Personas de Color); NAWSA= *National American Woman Suffrage Association* (Asociación Nacional Americana por el Sufragio Femenino); NCCC= *National Conference of Charities and Corrections* (más tarde NCSW) (Congreso Nacional de Organizaciones de Beneficencia y Corrección); NCLC= *National Child Labor Committee* (Comisión Nacional para el Trabajo Infantil); NCSW= *National Conference of Social Work* (Congreso Nacional de Trabajo Social); WTUL= *Women's Trade Union League* (Liga de Sindicatos de Mujeres); U de C= Universidad de Chicago; UL= *Urban League* (Liga Urbana).

EA-Julia Lathrop Lathrop ayudó a fundar la CSCP y consiguió puestos de investigación para EA y Breckinridge; EA investigó para CB	**EA-Annie Marion MacLean** Ambas escribieron sobre las mujeres en la industria, ambas estudiaron en U d C; aunque MacLean algo antes	**EA-Marion Talbot** Colegas por mucho tiempo en U de C; Talbot ayudó a EA a conseguir y mantener varios puestos allí
GA-Julia Lathrop Muy cercanas; GA fue elegida por Lathrop para sucederla en CB, como fue la elección de Addams para la Hull-House; Lathrop detectó pronto el potencial de GA	**GA-Annie Marion MacLean** No está claro hasta qué punto eran próximas; compartieron membresía en CL; ambas escribieron sobre inmigración	**GA-Marion Talbot** Se tendrían que haber conocido bien a través de E. Abbott; Talbot decana cuando GA estudiaba en U de C
SB-Julia Lathrop Relación cercana a través de la CSCP (véase anteriormente) e investigó para CB	**SB-Annie Marion MacLean** Ambas en U de C al mismo tiempo, departamentos diferentes; compartieron interés por los salarios de las mujeres	**SB-Marion Talbot** Talbot consiguió una beca para que SB pudiera quedarse en Chicago, le aseguró varios puestos en U de C; coautoras; buenas amigas, profundamente unidas
FK-Julia Lathrop amigas de la Hull-House durante mucho tiempo; lucharon juntas para combatir la viruela; la idea de CB pudo haber comenzado con FK y Lillian Wald; FK presionó por CB a través de la NCLC	**FK-Annie Marion MacLean** Ambas miembros de la CL; ambas escribieron sobre temas de la CL – el mismo año, *AJS*; MacLean citó a FK	**FK-Marion Talbot** Actividades de la ACA; NAWSA; Talbot seguidora de CL
Frances Kellor-Julia Lathrop FK residente ocasional de la Hull-House; activista del Partido Progresista en un puesto para apoyar a CB; habrían compartido a Kelley como contacto mutuo	**FK-Annie Marion MacLean** Ambas hicieron estudios pioneros de observación participante; se graduaron en el programa de sociología de U de C al mismo tiempo	**FK-Marion Talbot** Chicago Women's Club; ACA; Talbot decana mientras FK en U de C
	Julia Lathrop-Annie Marion MacLean Ambas miembros de ACA, ambas seguidoras de CL, ambas preocupadas por los inmigrantes	**JL-Marion Talbot** Ambas miembros de ACA, activas en la sección de Chicago
		Annie Marion MacLean-Marion Talbot Talbot decana mientras AMM como estudiante y profesora en Estudios Domésticos en U de C; ACA; incondicionales de la CL

en los sindicatos[3]. Durante el trabajo de Kelley como inspectora de fábricas, que implicaba vigilar los talleres textiles de explotación laboral, hubo un brote de viruela, y Kelley y sus inspectores afirmaron que las prendas que se hacían en los edificios infectados de viruela se debían quemar para prevenir la propagación de la enfermedad. Las residentes de la Hull-House entraron en los apartamentos para proporcionar ayuda a los enfermos y llevarse las ropas infectadas. Un juez recuerda a Kelley y Lathrop durante esta epidemia: «Vi a aquellas dos mujeres hacer lo que el departamento de salud de la gran ciudad de Chicago no pudo hacer. Las autoridades tenían miedo, no solo del contagio del personal, sino de las acciones por daños y perjuicios si destruían el género infectado. Por eso dijeron que no había viruela en Chicago... [Pero] Kelley... y... Lathrop arriesgaron sus vidas en los distritos de los talleres textiles de explotación laboral... entrando en las habitaciones... de los enfermos» (citado en Gordon, 1994, p. 69). Kelley volcó repetidamente su experiencia como inspectora de fábricas en su uso para las ciencias sociales en dos artículos sobre la industria de los talleres textiles de explotación laboral en *Hull-House Maps and Papers* (1895), su artículo en el *AJS* «Aims and Principles of the Consumers' League» (1899) y su estudio *Some Ethical Gains Through Legislation* (1905).

En 1898, inspirada por el trabajo de la reciente rama de la *Consumers' League* creada en Chicago, que surgió de los esfuerzos de la ACA local y celebraba sus reuniones organizativas en la Hull-House, MacLean realizó observación participante para su estudio sobre la vida de las trabajadoras en unos grandes almacenes, que publicó en la *AJS* en 1899. También analizó el tema recurrente del trabajo en los talleres textiles de explotación laboral en otro estudio con observación participante en 1903.

En 1900, Kellor obtuvo apoyo del *Chicago Women's Club* para viajar a través del sur y comparar el sistema de justicia criminal de allí con el del norte. Esta investigación condujo a Kellor a desafiar las entonces populares teorías de Cesare Lombroso que consideraba que el delito era resultado de un defecto genético que se reflejaba en la fisionomía del delincuente. La inves-

[3] Seleccionó a Alzina P. Stevens, una residente de la Hull-House, como su jefa adjunta. Stevens tenía larga experiencia en el movimiento obrero; un desastre financiero familiar la había obligado a trabajar a los trece años, y había perdido un dedo en un accidente en una fábrica, un recuerdo constante para ella de la necesidad de una normativa sobre seguridad.

tigación de Kellor dio lugar a un importante estudio criminológico, *Experimental Sociology* (1901), cuyo prólogo escribió Charles R. Henderson, que también había aconsejado a MacLean en su tesis.

En 1903, Talbot, en su continua batalla contra el machismo en la Universidad de Chicago, luchó contra la iniciativa de segregar hombres y mujeres en las clases introductorias. Tomando datos de los diez primeros años de la universidad, presentó estadísticas que mostraban lo bien que las mujeres estaban respondiendo en las clases: de los 1.164 estudiantes que obtuvieron un título de grado, el 53% habían sido hombres y el 48% mujeres; pero 199 mujeres habían conseguido el título con matrícula de honor, frente a 145 hombres; y 73 mujeres habían conseguido alguna mención especial, frente a 44 hombres. La universidad respondió decidiendo, siguiendo la lógica de Albion Small, que las mujeres maduraban antes y que su presencia en muchas clases introductorias podía desalentar a los hombres; se instituyeron prácticas segregatorias por sexo en las clases (Deegan, 1988, pp. 195-199). Talbot, a su vez, respondió intentando encontrar vías para crear departamentos y programas para mujeres. Colaboró con Breckinridge en gran parte de este trabajo. En 1907, Breckinridge, trabajando como ayudante decana de Talbot, se enfrentó al racismo directo cuando una estudiante afroamericana buscó alojamiento en las residencias y algunas mujeres sureñas amenazaron con irse. Breckinridge se posicionó firmemente de parte de la estudiante afroamericana y se ofreció para ayudar a que se trasladara a las estudiantes blancas. Pero al cabo de unos días la llamaron al despacho del Presidente Henry Pratt Judson y le dijeron que las habitaciones de las residencias eran solo para estudiantes blancas. Breckinridge, en sus notas autobiográficas, señala que al menos logró que quedara registrado que la decana de la oficina de mujeres estuvo a favor de la admisión abierta a las residencias para todas las estudiantes (Fitzpatrick, 1900, p. 182). Breckinridge continuaría estudiando la discriminación en la vivienda hacia los afroamericanos y siendo activa en la NAACP de Chicago.

En 1903-1904, Lathrop trabajó con Graham Taylor, fundadora del *Chicago Commons Settlement House*, en la organización de una serie de cursos para formar a personas y cualificarlas para trabajar en varias organizaciones de beneficencia estatales y así propinar un golpe al sistemal patronal al que tanto se oponía Lathrop. Hacia 1908, este programa se había convertido

en la *Chicago School of Civics and Philanthropy*. Lathrop dio clases en esa escuela, ayudó a organizar uno de sus cursos insignia en terapia ocupacional para los enfermos mentales (Wade, 1977), desarrolló el departamento de investigación de la escuela, y aseguró los puestos allí de Edith Abbott y Breckinridge, que estaban teniendo dificultades con varias vacantes comprometidas en la Universidad de Chicago. En 1920, Edith Abbott y Breckinridge lograron trasladar la escuela, presionada económicamente, a la Universidad de Chicago, como la *School of Social Service Administration*, SSA (Fitzpatrick, 1990; Muncy, 1991).

La Huelga de Trabajadores Textiles de 1910 en Chicago involucró a las hermanas Abbott como académicas y reformadoras. La huelga empezó en septiembre cuando un grupo de mujeres trabajadoras de Hart, Schaffner y Marx dejaron el trabajo para protestar por una reducción en la cantidad de dinero que cobraban por pieza de trabajo. La huelga creció y, después de unas siete semanas, implicó a 40.000 trabajadores textiles. La Hull-House, donde residían las Abbott, se convirtió en un centro donde consolarse y, cuando llegó el invierno, de calor y comida. Grace Abbott iba con Addams, Ellen Gates Starr y otras residentes de la Hull-House a recoger dinero para comida y combustible; después se unió a las filas de los piquetes y empezó a hablar en las reuniones de los huelguistas. Edith Abbott puso a sus estudiantes de la *Chicago School of Civics and Philanthropy* a estudiar la huelga, registró las quejas de los trabajadores y describió la naturaleza de la manufactura textil.

En 1912, esta remarcable red de mujeres consiguió la creación de la *Children's Bureau* que, con el nombramiento de Lathrop como directora, se convirtió en un lugar clave para las mujeres reformadoras. La idea de la *Children's Bureau* se originó supuestamente durante la conversación en un desayuno en 1903 entre Kelley, entonces secretaria de la *National Consumers' League*, que vivía en el *Henry Street Settlement* (Centro Social de Henry Street) de la ciudad de Nueva York, y Lillian Wald, fundadora del centro y una vieja amiga de Addams a través de las asociaciones de centros sociales. A través del *National Child Labor Committee*, Kelley y Wald presionaron para que se formara la agencia desde 1903 hasta 1912, cuando la legislación habilitante se aprobó finalmente. El día de su aprobación, Addams le escribió a Wald y a Kelley que sería bueno que se asignara a una mujer como directora

principal; presionó entonces hábilmente para conseguir que nombraran a Lathrop. Lathrop acudió repetidamente a la Hull-House, a Kelley y a Wald en busca de ayuda para dotar de personal a la agencia, usó su puesto para conseguir contratos de investigación para Breckinridge y Abbott en el CSCP (Muncy, 1991, p. 87) y, cuando se retiró, consiguió asegurar que nombraran directora de la agencia a Grace Abbott.

Pautas similares de activismo, apoyo y actividad sociológica se pueden identificar en otros contextos, quizás el más destacado el de los derechos de los inmigrantes, una causa por la que todas presionaron y trabajaron. Breckinridge ayudó a fundar la *Immigrants' Protective League* en 1907 y escribió sobre la experiencia de los inmigrantes, ofreciendo en una obra, *New Homes for Old* (1921), un caso que empatizaba con la preservación de los valores de los inmigrantes en el nuevo mundo. Por insistencia de Breckinridge, Grace Abbott se convirtió en directora del IPL en 1908 y también escribió extensamente sobre la experiencia de los inmigrantes. Los estudios sobre la vivienda en Chicago de Edith Abbott y Breckinridge se centraron especialmente en los problemas de las viviendas de los inmigrantes, y Abbott escribió diarios sobre la inmigración. El trabajo pionero de Kelley en *Hull-House Maps and Papers* representa la complejidad de las relaciones étnicas en un barrio inmigrante. Kellor se fija en las experiencias laborales de los inmigrantes en su estudio *Out of Work*; fue nombrada secretaria de la *New York State Immigration Commission* y llegó a ser directora y jefa de investigación de la *New York Bureau of Industries and Immigration* en 1910, en 1920 escribió *Immigration and the Future*. Lathrop fue fundadora y consejera de la IPL de Illinois, centrada en los problemas de los inmigrantes en los sistemas de beneficencia de Chicago (1895), y Coolidge la eligió para investigar las condiciones en Ellis Island en 1924. MacLean, inmigrante ella misma (de Canadá), escribió «The Significance of the Canadian Migration» (1905), *Modern Immigration* (1925) y sobre su propia obtención de la nacionalidad, en 1932. Talbot le dedicó algo de atención a las necesidades especiales de los niños inmigrantes en *The Education of Women* (1910).

Motivación. Las Mujeres de Chicago fueron, como las que Addams describía repetidamente en sus textos, educadas para servir, aunque luego se les negaran las oportunidades para servir. Muncy (1991) argumenta persuasivamente que parte de su impulso de reforma era su deseo de crear lo que

ella denomina «un dominio femenino», un lugar donde las mujeres pudieran ejercer poder, un sentido de poder que mezclaba inconscientemente su deseo de una capacidad de acción con el rol feminino más aceptado y tradicional de servicio a los demás. Coincidimos con Muncy y enfatizamos que esta mezcla pudo haber sido lograda más fácilmente por lo que denominaríamos la «primera generación» –Addams, Lathrop, Kelley y Talbot– que, como pioneras, se establecieron principalmente con una idea de servicio y de labrarse gradualmente una carrera. La segunda generación –Mac Lean, Kellor, las Abbott y, hasta cierto punto, Breckinridge– recibieron señales mixtas: las escuelas, que las necesitaban como estudiantes, y el éxito de la primera generación de mujeres reformadoras parecían prometer que podrían desarrollar carreras parelelas o entrelazadas con las de los hombres[4]. Pero el argumento de Muncy de que la ambición personal era una motivación significativa no es una definición de sí mismas que habrían aceptado fácilmente las Mujeres de Chicago. Talbot (1910) observó que «[e]l pequeño grupo de líderes que hicieron el trabajo pionero en el siglo pasado al reclamar y construir nuevas oportunidades, hicieron un valiente servicio: en ningún otro ámbito hicieron mejor servicio que en mostrar la fuerza social positiva del valor de los ideales» (1910, p. 3). Addams escribió sobre la cuestión de la motivación en su biografía de Lathrop: «[O]pino que el carácter de Julia Lathrop nunca cambió a lo largo de toda su vida y yo pondría la mano en el fuego por ilustrar su calidad humana desinteresada... su inagotable sentido de la obligación moral y su espontánea empatía. Es ese tipo de virtud desinteresada el que ha sido designado como "el rechazo a albergar un destino privado"» (1935, p. 49). Es posible, como ha documentado Gordon (1994), ver a estas mujeres como exclusivistas y endogámicas, una red pionera de «viejas amigas»; pero también es posible, como han apuntado Costin (1983, p. 100) y Gordon (1994, p. 70) entender que esa red completa poseía lo que el juez del Tribunal Supremo, Felix Frankfurter, describió como «un raro nivel de desinterés e indiferencia ante su parcela de ego en el cos-

[4] Muncy extiende su crítica para sugerir que, algunas veces, sin ser conscientes, estas mujeres podían haber explotado las necesidades de otras mujeres y de aquellos más débiles que ellas para hacer sus carreras. Una revisión cuidadosa de sus carreras le deja a una con la duda con la que Muncy concluye: «que incluso el profesionalismo femenino de las mujeres dominantes estaba plagado de la arrogancia del poder... [Es] posible reconciliar profesionalismo con feminismo, para inclinar el privilegio del profesionalismo hacia el empoderamiento de todas» (1991, p. 165).

mos». Lo que defendemos aquí es que estas mujeres funcionaron como un grupo para volverse «prolíficas innovadoras sociales» (Scott, 1964, p. xxxvi) y para desarrollar en interacción una teoría sociológica.

TRAS LA ERA PROGRESISTA

La gran época de la Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago coincidió con la era de reforma progresista. Cuando esa era acabó, el extraordinario momento de gloria de las mujeres se transformó. Mucho de aquello por lo que habían trabajado anticipó las inquietudes y políticas del moderno Estado del bienestar y se abordó en la legislación del Nuevo Pacto Social (*New Deal*) de la década de 1930-1939, que Grace Abbott ayudó a esbozar. Pero gran parte de esa legislación quedaba muy por debajo de las acciones que tanto su hermana Edith como ella sabían que eran necesarias para alcanzar los objetivos que habían emergido de los experimentos de la Era Progresista, en los que la Escuela de Mujeres de Chicago había jugado un papel tan fundamental. Más especialmente, las Mujeres de Chicago habían intentado establecer los objetivos para un Estado del bienestar definiendo un estándar nacional de calidad de vida y estableciendo los mínimos por debajo de los cuales no se debería permitir caer a *ningún* ciudadano (véase el capítulo 3 y «Las Mujeres de Chicago y el canon», más adelante en este capítulo). La década de 1930-1939 fue testigo de las muertes de Lathrop, Grace Abbott, Kelley y MacLean. Edith Abbott y Breckinridge continuaron su lucha loable en la *School of Social Service Administration* hasta los años cuarenta. Talbot dimitió como decana de mujeres en 1925, lanzando su último disparo a la Junta Directiva de la Universidad de Chicago, al afirmar que se trataba abominablemente a las mujeres académicas, una declaración que probablemente tuvo consecuencias positivas, ya que Breckinridge, por ejemplo, fue nombrada profesora titular en 1925 y obtuvo la cátedra Samuel Deutch en Administración de Bienestar Público en 1929. Talbot trabajó de 1927 a 1930 como presidenta interina de la *Women's College* de Constantinopla, Turquía. Cuando volvió a los Estados Unidos en 1930, escribió la historia de la ACA y sus memorias, *More Than Lore*. Murió en 1947, y su buena amiga Breckinridge murió unos meses más tarde, a principios de 1948. Después de 1926, Kellor pasó el resto de su vida escribiendo sobre mediación, produciendo algunos textos que todavía son clásicos en jurisprudencia, y

prestando servicio como presidenta de la *American Arbitration Association*; murió en 1952. Edith Abbott fue la última superviviente del grupo, pasó sus últimos años en la Hull-House y regresó a Nebraska para morir en 1957. En una de sus últimas comparecencias públicas más importantes, en 1951, en la que aceptaba el Premio de Investigación de la Convención Nacional de Trabajo Social, se mostró todavía con ganas de batalla y criticó lo poco que se había logrado «La seguridad social no es seguridad social cuando llega solo a los desamparados» (citado en Fitzpatrick, 1991, p. 216). En esa declaración, articulaba la visión de Estado del bienestar hacia la que la Escuela de Sociología de Mujeres de Chicago había estado avanzando en su teoría social. Pasamos ahora a dicha teoría.

TEORÍA SOCIAL GENERAL

PREMISAS

Las integrantes de la Escuela de Mujeres de Chicago compartieron muchas de las premisas de su principal teórica, Jane Addams: progresismo, las movilizaciones de las mujeres, el pragmatismo filosófico, la filosofía de participación democrática de los centros sociales, y un esencial sentido protestante del deber, del medio oeste (véase el capítulo 3). Y asumieron algunos de los puntos principales de la sociología que Addams estaba formulando: el deber de la sociología de trabajar por la mejora social, la necesidad de tener en cuenta cómo entendía la realidad el actor individual, la comprensión del individuo como alguien físico, con capacidad de acción, que actúa en interés propio, sociable y ético; y el análisis de una sociedad pautada por la ética y la producción material. Además, otras tres corrientes de ideas afectaron su pensamiento: el socialismo marxista, el empiricismo y la jurisprudencia.

Aunque solo Kelley tenía sólidos conocimientos sobre el marxismo formal, las otras mujeres (incluida Addams) identificaban la posición económica de clase como variable principal para explicar la miseria humana que veían a su alrededor, la codicia capitalista desenfrenada como causa primaria de dicha miseria, y lo importante que eran la organización y la legislación laboral para la emancipación de los trabajadores. La teoría marxista se debatía en los clubs de la Hull-House, Addams leía a Marx, y las miembros del

Club de Mujeres de Chicago estudiaban *El Capital* como parte de su preparación general para empezar a «dirigir proyectos de envergadura» (Scott, 1993, p. 120). Kelley, la otra gran teórica de la Escuela, se había vuelto socialista en Zurich a mediados de la década de 1880-1889, y publicó la primera traducción al inglés de *The Conditions of the Working Class in England in 1844*, de Engels. El impacto del socialismo en el pensamiento de Kelley se muestra en su propia obra remarcable, también publicada en 1887, «The Need for Theoretical Preparation for Philanthropic Work», que aplica la teoría marxista a la filantropía, argumentando que

> [n]uestra filantropía burguesa, tome la forma que tome, es realmente solo el esfuerzo por devolver a los trabajadores un poco de lo que nuestro sistema social al completo, sistemáticamente, les roba, y así respaldar ese sistema aún un poco más... Son los trabajadores quienes producen todos los valores; pero la mayor tajada de lo que producen se la lleva el león, la clase capitalista... [P]ara la clase capitalista en su conjunto, todo el esfuerzo filantrópico es un trabajo de restitución para la autopreservación (Kelley 1887/1986, p. 94).

El debate que resultó de esta publicación se centró en el problema que sustenta el trabajo y el pensamiento de las Mujeres de Chicago: la intensificación de las divisiones de clase en los Estados Unidos[5].

Las Mujeres de Chicago asumieron que una contribución que podían hacer los científicos sociales al problema de la división de clases era proporcionar descripciones rigurosas de las condiciones de las clases trabajadoras y de todos los grupos que vivían en la pobreza extrema: inmigrantes, trabajadores de los talleres textiles de explotación laboral, afroamericanos, los ancianos y los enfermos físicos y mentales. Para llegar a un estándar de rigurosidad, tomaron la influencia de dos tradiciones del empiricismo que se estaban desarrollando. Una era la tradición representada por Caroll Wright en su trabajo, primero en la *American Social Science Association*, y después como

[5] El ensayo de Kelley se leyó por primera vez en una reunión de la sección de Nueva York de la *Association of Collegiate Alumnae*. Una se pregunta qué sacó su audiencia de su extraordinaria visión del trabajo filantrópico; los biógrafos de Kelley, Blumberg (1966) y Sklar (1995), comentan que no hay actas existentes de la reunión de la ACA. Pero cuando el ensayo se publicó en el número de junio de 1887 de *Christian Union*, Kelley escribió a Engels que «[l]os editores recibieron más de ochenta cartas de preguntas y quejas y me cayó un aluvión de libros, panfletos y cartas de todas partes del país, mientras que el *Christian Union* imprimió tres editoriales de protesta y varias protestas largas a dos columnas de los lectores» (citado en Blumberg, 1966, p. 79).

director principal de la *US Bureau of Labor Statistics*. Wright ayudó a Emily y Marion Talbot a analizar los datos de la encuesta de 1882 para la ACA (véase tema 2, a continuación). Contrató a Kelley para que llevara la parte de Chicago en su séptimo informe para la *Bureau of Labor Statistics, The Slums of Baltimore, Chicago, New York, and Philadelphia* (1894), que le dio acceso a algunos datos para el libro *Hull-House Maps and Papers* (véase tema 2, a continuación). El interés particular de Wright parece que estuvo en desarrollar una serie de indicadores –especialmente sobre condiciones sociales– que pudieran ser recogidos y tabulados por estadísticos. Los reformadores sociales usaron estas estadísticas como evidencias «contundentes» para avanzar en el programa progresista. La segunda influencia fue la de algunos pioneros británicos en investigación empírica, más particularmente Charles Booth y Beatrice y Sidney Webb, que estaban interesados en el problema general de cómo usar los hechos para generar teoría relevante para el diseño de políticas. La obra maestra de Booth, *The Life and Labour of the People of London* (1892-1902) era bien conocida en los círculos de ciencias sociales de los EE. UU. Beatrice Webb ayudó en ese trabajo y más tarde, con su marido Sidney, fundaron la *London School of Economics*; Edith Abbott estudió allí, hizo el curso «Métodos para la investigación social», que ellos daban, y asistió a las clases de ambos Webb en la época en que Beatrice estuvo intensamente implicada en la *Poor Law Commission* (véase el capítulo 8). Se encuentran referencias a Booth y Beatrice Webb en los textos de Addams, *Hull-House Maps and Papers*, y en las publicaciones de Edith Abbott, Breckinridge, y Kelley. Como Booth y los Webb, las Mujeres de Chicago buscaron aquellos indicadores que mejor midiesen la pobreza urbana y sirvieran como guía para reformar la legislación. Subyacente a esa búsqueda estaba la fe en que era posible establecer normas de investigación en ciencias sociales sobre cuya validez estuviesen de acuerdo los investigadores, los legisladores y el público (véase el capítulo 8). La Escuela de Mujeres de Chicago estuvo al principio más influenciada por estas tendencias empiricistas en las ciencias sociales que sus contemporáneos masculinos del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, quienes, en la división del trabajo académico, consideraban los estudios empíricos como «trabajo de mujeres». Por eso, por ejemplo, Edith Abbott enseñó durante muchos años la asignatura de estadística social como profesora marginada en el Departamento de Sociología de Chicago (Deegan, 1991).

Las Mujeres de Chicago mostraron un interés continuado por la jurisprudencia, ya que tenían la filosofía de que la ley era el medio para la reforma social –una fe progresista generalmente aceptada–. Lathrop, Kelley, Breckinridge y las Abbott tenían padres que eran abogados y legisladores. Kelley escribió «On Some Changes in the Legal Status of the Child since Blackstone» para su tesis final de Cornell. Kelley, Breckinridge y Kellor hicieron el grado en derecho, y Lathrop y Grace Abbott estudiaron leyes durante un tiempo. Las Mujeres de Chicago mostraron un entusiasta interés tanto por hacer el borrador de reforma de ley, como por su aplicación y administración. Veían la ley como el medio para implementar un Estado social demócrata y comprometido. La declaración más importante de Kelley, *Some Ethical Gains Through Legislation*, es un trabajo paradigmático de esta visión compartida: de que los grupos sociales vulnerables experimentan un sufrimiento producido estructuralmente, que un público ético informado por la investigación social se verá impelido a mitigar ese sufrimiento, y que la ley, adecuadamente escrita y administrada, es el instrumento adecuado para esta inquietud ética.

TEMAS PRINCIPALES

La Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago define un problema como «social» si sus orígenes descansan en la organización de la sociedad más que en la naturaleza humana o en el carácter individual, y el propósito de la sociología es el descubrimiento de ese orden social que conduce a la desigualdad y al sufrimiento humano. El deber del investigador es tanto descubrir dicho orden como defender medidas para su reforma. Estudiar un problema solo desde el interés científico abstracto, sin hacer un intento por remediarlo es, para las Mujeres de Chicago, ilógico en la práctica y moralmente indefendible. Exploramos su sociología de acuerdo con tres temas: la atención que prestan a las causas socio-estructurales del dolor humano, la invención de una metodología de investigación que retrate rigurosamente la configuración estructural, y el rol del sociólogo como defensor del cambio.

1. Para las Mujeres de la Escuela de Chicago, el tema de la sociología es la configuración social sistémica que produce el sufrimiento humano. Las Mujeres de Chicago varían en su forma de trabajar este principio, pero en

general sus estudios están marcados por cuatro características: (1) la concreción de un problema social a partir de vívidos ejemplos individuales del dolor humano; (2) la demostración de que el dolor no sucede aleatoriamente, sino que sigue unas pautas; (3) la investigación de las causas estructurales de la desigualdad y del sufrimiento; y (4) la determinación por producir soluciones (comentado en el tema 3).

La realidad del dolor individual y colectivo. El deber de dar testimonio del dolor individual es el comienzo emocional, si no el de presentación, de la investigación y el activismo de las Mujeres de Chicago. En su estudio «The Cook County Charities», en *Hull-House Maps and Papers*, Lathrop se pregunta si «[e]xperimentan... el filántropo e igualmente el sociólogo una cierta satisfacción al haber tocado fondo, y haber alcanzado los hechos absolutos» (Lathrop, 1895, p. 144)*. Lathrop ilustra gráficamente, al llegar a uno de esos hechos trascendentales, en su análisis sobre la norma administrativa que separa a los maridos de sus esposas en habitaciones de hombres y mujeres en los albergues para pobres del condado, el principio de los asilos de organizarse para sus empleados y no para sus internos. Ella describe el horror que esta norma produjo en «una anciana pareja irlandesa», que suplicaba no ser enviada al albergue del condado: «la anciana; que tendría unos noventa años, dijo, "Oh, tendrá que irse con los hombres; yo tendré que irme con las mujeres, y nos quitarán todas nuestras ropas. Yo me puedo apañar más o menos; pero él... no puede. Lo sentiría más por él que por mí"» (1895, pp. 149-150)*. En el mismo volumen, Kelley proporciona un ejemplo explícito de ancianidad producida, no por vivir hasta «los noventa más o menos», sino por la sobrecarga de años de trabajo que empezaron en la infancia. Expone el caso de un «modisto que empezó a trabajar... a la edad de catorce años, y se encontró, después de veinte años de discreto y leal trabajo... demasiado debilitado para ser de valor para ningún taller». «Dos médicos competentes» declararon que «sufría de vejez... a los treinta y cuatro» (1895, p. 37). Grace Abbott, en un estudio sobre las agencias de empleo que sistemáticamente engañaban a los trabajadores inmigrantes señaló, no solo el precio físico, sino el ataque a la au-

* Un asterisco que sigue a una cita en el texto significa que el pasaje citado se ofrece en un contexto más amplio en las lecturas al final del capítulo.

toestima que experimentaban los trabajadores: «Esta es una de las cosas más patéticas en relación con el trabajo [del investigador]. A los hombres les da vergüenza contar su historia. "Todo el mundo engaña al novato", dicen, y se quieren esconder de quienes están ansiosos por ayudarles, lo que consideran un reflejo de su inteligencia» (1908, pp. 298-299)*.

Correlatos del dolor humano. Las Mujeres de Chicago comprenden y demuestran que las escenas de miseria individual que retratan resultan de la intersección de diferentes dimensiones de la opresión –clase, género, etnicidad, raza, edad– en biografías individuales pero típicas: el niño de clase trabajadora, la mujer anciana de clase trabajadora, el hombre inmigrante que intenta sustentar a su familia sin tener conocimientos del idioma, de las leyes o de las costumbres. Lathrop analiza el trasfondo ético y la clase social de las personas que acaban en el *Cook County Charities*, y se da cuenta de que son personas que han trabajado por «un salario medio tan bajo que no les ha permitido ningún ahorro... un seguro inefectivo ante emergencias» (1895, p.143). MacLean observa la intersección entre género y clase en las vidas de las dependientas de los grandes almacenes (1899) y las combinaciones de etnicidad, clase, género y edad en el trabajo de los talleres textiles de explotación laboral (1903). Grace Abbott (1908) y Kellor (1905a, b, c, 1915) exploran la intersección entre clase y raza/etnia en las prácticas de las agencias de empleo a las que acuden los inmigrantes, los afroamericanos y las mujeres que buscan puestos en el servicio doméstico. Breckinridge describe cómo la raza se antepone a la clase en la discriminación en la vivienda a la que se enfrentan los americanos negros: «cada hombre negro», ya sea «rico o pobre», está forzado a pagar «rentas abusivas» y a vivir en áreas peligrosas por su proximidad a «elementos blancos de mala reputación... están forzados a vivir entre ellos» (Breckinridge, 1913, p. 575).

El ejemplo más asombroso de este esfuerzo por mostrar los correlatos de la pobreza puede ser el compendio de mapas a color extraordinariamente detallados de *Hull-House Maps and Papers* (1895) que presenta, vivienda a vivienda, la raza/etnia y los ingresos familiares de los vecinos de la Hull-House (véase tema 2). Los estudios sobre las condiciones de los hogares de Breckinridge y Edith Abbott continúan esta tradición, y retratan con mapas, estadísticas, fotografías y palabras la calidad de vida de varios suburbios

étnicos. Describen el distrito conocido como «los patios traseros[6]», localizado entre los mataderos y el vertedero de Chicago: «En los Mataderos... se mezclan los chillidos de los animales esperando a ser sacrificados, la presencia de desperdicios, la visión de la sangre, los esqueletos desnudos de carne y piel, indicios de muerte y desintegración, todo lo cual debe tener un efecto desmoralizante, no solo sobre el carácter de la gente, sino por las condiciones en las que viven» (1911, pp. 434-435)*. Su estudio muestra la correlación entre «dolor» –representado por la muerte, la enfermedad y la miseria– y la clase, el nivel de capacitación, el estatus inmigrante, el idioma y las barreras culturales. Ellas consideran que las terribles viviendas en un enclave de pesadilla es la variable intermedia en esta correlación.

Causas estructurales del dolor. Las Mujeres de Chicago estudian el orden social sistémico que produce estas correlaciones. Su principio analítico gobernante es que todas las condiciones sociales están interrelacionadas: no se puede hablar independientemente de la industria, la familia, el género, la educación, el servicio doméstico, el hogar, la fábrica, el gobierno, el consumismo o la inmigración. Su modo típico de análisis es comenzar por una condición del dolor humano, descrita analíticamente pero también empáticamente, para mostrar luego tanto sus causas en la estructura social como sus consecuencias para la comunidad más amplia y la sociedad. Después buscan los cambios que se pueden realizar para mejorar ese dolor. Identifican tres características de la estructura general que causan dolor: (1) el funcionamiento del orden industrial bajo el capitalismo; (2) las prácticas discriminatorias en los patrones de acceso; y (3) el desajuste entre el proceso de producción y la respuesta ética de la comunidad.

Grace Abbott, en su estudio sobre las agencias de empleo que tratan con inmigrantes, reconoce que en el contexto más amplio del empleo «en Estados Unidos se debe hacer trabajo estacional... No se puede hacer el trabajo fácilmente atractivo o deseable, pero se debe concebir algún sistema

[6] N. de la T. El término en inglés original es «Back of the Yards». Se refiere a un área de la ciudad, de antiguas casas de campo que sobrevivieron al crecimiento de Chicago o viviendas para varias familias, que fueron generalmente ocupadas por trabajadores no cualificados de origen inmigrante. En los descampados o patios de la parte trasera de las viviendas, estos realizaban algún tipo de trabajo, que habitualmente estaba relacionado con las actividades derivadas de los mataderos de la zona. Se usa la traducción «patios traseros» aunque, en algún caso, por el contexto del texto, se prefiera «descampado».

para tratar a estos hombres honestamente. Este estudio sobre empleo ha proporcionado solo un conocimiento superficial de un problema mucho mayor de la vida industrial americana» (1908, p. 300). También se desarrolla esta línea de pensamiento en los estudios de MacLean sobre los mineros del carbón y los recolectores de lúpulo, así como en el estudio de Breckinridge y Edith Abbott sobre el trabajo en los mataderos. Más tarde en su carrera, durante una clase a trabajadores sociales en 1939, Grace Abbott amplía su análisis al problema general del desempleo en el capitalismo: «El desempleo se puede ver, por tanto, en mayor o menor grado, como un resultado inevitable de nuestro sistema industrial. Nuestra economía se basa en ello. Una democracia que apoye este sistema debería, por tanto, hacer una provisión adecuada y democrática para sus víctimas, reconociendo los costes de su cuidado como el precio a pagar por la continuidad del sistema capitalista» (G. Abbott, 1941/1966, pp. 4-5).

Las Mujeres de Chicago muestran las pautas del empleo y de la miseria por clase, etnia/raza, género y edad. MacLean considera que la clase y el género mantienen a las dependientas en niveles de salario tan bajos que están forzadas a prostituirse (1899). Kellor explora la explotación de las mujeres rurales negras del sur que intentan encontrar trabajo en el norte (1905a, b, c). Breckinridge y Abbott (1911) intentan explicar por qué los inmigrantes van a vivir a «los patios traseros». Los nuevos inmigrantes, a quienes les falta el dinero y el conocimiento del idioma inglés y de las costumbres americanas, necesitan vivir cerca de su trabajo y con gente que hable su idioma, lo que intensifica los problemas de vivienda. Kelley conecta los patrones de vivienda con la cuestión de las horas de trabajo: «En esas ocupaciones en las que prevalecen las largas jornadas laborales, los empleados están obligados a vivir cerca de su lugar de trabajo... por lo que se intensifica el hacinamiento» (Kelley, 1905, p. 109).

Las Mujeres de Chicago sitúan gran parte de la causa del dolor que se produce sistémicamente en la desconexión, identificada por Addams (capítulo 3), entre la organización material de la industria y la organización ética de las relaciones sociales. La producción industrial está organizada socialmente, pero las relaciones sociales permanecen ancladas en una ética individualista y en las exigencias familiares, haciendo que la codicia sea aceptable. Estudiando el sistema de justicia penal en el sur, Kellor muestra cómo

la codicia individual, consagrada por ley, puede corromper al Estado: «No puede haber dudas de que las leyes penales del sur se administran de forma desigual... La mejor clase de hombres evitan la oficina de justicia y pocas personas honestas aceptan esto. El salario es bajo, y la regla es: no hay condena, no hay tarifa para la justicia ni para el jurado. Es un anzuelo directo para la condena» (Kellor, 1901b, p. 421). Kelley sitúa a los agentes principales de la codicia en la cima del sistema económico, con el productor capitalista. Describe cómo el sistema textil, que pemite que se fabrique la ropa en edificios de apartamentos, es parte de un sistema de trabajo mucho más amplio. El fabricante de ropa, buscando reducir gastos, se da cuenta de que es «más barato» subcontratar varios puestos, para reducir así los gastos generales de mantener una planta.

> En una ocasión se le preguntó a un filántropo millonario, responsable de una de las empresas de ropa más grandes del mundo, por qué no empleaba directamente a las personas que fabricaban su género, y utilizaba la energía de vapor, ahorrándoles el pesado agotamiento para su salud y reduciendo el número de víctimas de los talleres textiles que se encontraban cada invierno en el hospital. «Hasta ahora», contestó, «hemos comprobado que la energía de las piernas en los talleres es más barata» (Kelley, 1895, p. 40).

2. Para las Mujeres de Chicago, el método en sociología es el uso de estrategias múltiples de investigación para lograr resultados rigurosos empíricamente sobre el dolor humano que se produce socialmente. Un reto importante para las Mujeres de Chicago era crear métodos que les dieran la información generalizable y empíricamente fundamentada que necesitaban para formular iniciativas políticas. Para solucionar este reto, fueron notoriamente inventivas; uno de sus logros más duraderos es la variedad de técnicas de recogida de datos en las que fueron pioneras. Con solo unos pocos estudios anteriores para guiarlas (véase «Premisas», anteriormente, y el capítulo 8), las Mujeres de Chicago inventaron a menudo sus procedimientos de investigación a medida que avanzaban, guiadas por su curiosidad pero refrenadas por un criterio autoimpuesto de rigor empírico. En la tabla 7.3 se presenta una muestra representativa de sus estrategias de recogida de datos, que enumera técnicas de observación directa y de análisis textual de documentos para datos cuantitativos y cualitativos. Hay cuatro cualidades en la investigación de las Mujeres de Chicago que son especialmente relevantes: (1) la voluntad de empezar desde la experiencia vital inmediata; (2) el uso

de múltiples estrategias de investigación para explorar un asunto dado; (3) la actitud crítica hacia los datos recogidos y las implicaciones éticas del diseño de investigación; y (4) la presentación de los datos vívida y accesible en la que las investigadoras se mantienen presentes para sus lectores.

Las Mujeres de Chicago llevan al terreno de la investigación su propia experiencia como ciudadanas que viven vidas ordinarias: vuelven tarde a casa en el trolebús (Kelley, 1905), ayudan con el registro de votantes (E. Abbott, 1915), recuerdan su infancia (MacLean, 1903), evalúan la comida y las necesidades de las instituciones (Lathrop, 1895). También usan su experiencia en puestos oficiales. Por ejemplo, Kelley usa sus experiencias como Inspectora de Fábricas de Illinois como una fuente principal de datos sobre relaciones laborales, Lathrop recurre a su propia experiencia como asistente del *Illinois State Board of Charities* para escribir una guía para otras voluntarias como ella, los estudios sobre inmigrantes de Grace Abbott empiezan con sus experiencias como Directora Ayudante de la *Immigrants' Protective League*; y Talbot usa sus incalculables reuniones académicas para elaborar esta descripción atemporal sobre la política universitaria en el curriculum:

> ¿Cuál es el origen de esta tiranía del currículum? En gran medida las concepciones tradicionales del valor inherente a ciertos temas de estudio... [y] la presión por su reconocimiento continuado [por parte de]... académicos y directores de departamento... En el debate y en la discusión, en la regulación y en la práctica... [l]os miembros de las facultades universitarias parecen a menudo estar atrofiados en su opinión sobre las necesidades humanas, por una parte, y ser ignorantes del cambio constante en el contenido y en los métodos de la materia que se enseña, por otra (Talbot, 1910, pp. 183-184).

En cualquier simple estudio, las investigadoras normalmente combinan informes cualitativos de las vidas de las personas, resultados cuantitativos sobre la distribución de las características, y análisis de textos clave. En su estudio sobre la vida como vendedora en unos grandes almacenes para la *AJS* en 1899, MacLean usa observación participante, compone tablas proporcionando estadísticas de ocupación de las mujeres, ingresos, etnicidad y tiempo de duración en el trabajo actual, y ofrece resúmenes sobre intentos legislativos del Estado de regular el trabajo femenino. En su artículo de 1911, «Back of the Yards», Breckinridge, Edith Abbott y sus estudiantes combinan fotografías, mapas, descripciones verbales, entrevistas, medidas físicas del tamaño de las habitaciones y del número de ventanas, perfiles

Tabla 7.3. Métodos de las Mujeres de Chicago

Tipo de datos	Técnica	Muestra de estudio y fuente	Descripción
Observaciones, cuantitativo	Encuesta	*Association of Collegiate Alumnae* 1882 (véase Rosenberg, 1982); MacLean, 1910	Marion Talbot, trabajando con su madre, Emily, mandó una encuesta sobre salud por correo a 1.290 mujeres graduadas en la universidad; obtuvo 705; MacLean encuestó a más de 13.000 mujeres empleadas en 400 lugares de trabajo en unas 20 ciudades, usando cinco diseños de encuesta y supervisando a unos 29 entrevistadores
	Entrevistas	Breckinridge y E. Abbott, 1911	Al estudiar las condiciones de la vivienda en Chicago, Breckinridge y Abbott contaron con estudiantes que fueron puerta a puerta a recoger datos sobre ocupaciones, etnicidad, número de personas en residencias, etc.
	Mediciones físicas	Breckinridge y E. Abbott, 1911; Kellor, 1901a	Los estudiantes de Breckinridge y Abbott midieron las dimensiones de las habitaciones y puertas y ventanas; Kellor midió las dimensiones de las cabezas de los prisioneros para testar (y rechazar) la teoría de Lombroso de que el comportamiento delictivo es el resultado de características biológicas que se revelan en la fisionomía
	Seguimiento del presupuesto personal	MacLean, 1899	MacLean hizo un seguimiento del presupuesto que consiguió con su salario de dependienta en unos grandes almacenes
Observaciones cualitativo	Observación participante	MacLean, 1899; 1903; Kellor, 1904	MacLean hizo investigación trabajando como dependienta en unos grandes almacenes y como costurera en un taller textil; Kellor investigó las agencias de empleo actuando como empleadora en algunas agencias y como empleada en otras
	Observación de campo y entrevistas	Lathrop, 1895, 1905; G. Abbott, 1908; Kelley, 1905	Lathrop hizo observación de campo y entrevistas trabajando en la beneficencia y escribió un folleto sobre cómo ser un «asistente» efectivo; G. Abbott visitó agencias de empleo especializadas en inmigrantes; Kelley hizo tanto observación de campo como entrevistas a empleados en su trabajo como Inspectora Estatal de Fábricas en Illinois

Tabla 7.3. (continuación)

Tipo de datos	Técnica	Muestra de estudio y fuente	Descripción
	Autoinformes	Talbot, 1910	En *The Education of Women*, Talbot recurre a experiencias de primera mano de las reuniones académicas para explicar los requisitos del currículum
Documentos, cuantitativo	Datos censales de EE. UU.	E. Abbott y Breckinridge, 1906	Abbott y Breckinridge estudian las pautas de empleo de las mujeres en la industria a lo largo del tiempo
	Registros judiciales	Breckinridge, 1910	Breckinridge usa los registros judiciales y rastrea el origen de los problemas en la situación de los hogares de los niños delincuentes, las exigencias del trabajo de las madres y el apoyo de los maridos
	Registros de votantes	E. Abbott, 1908, 1910	E. Abbott hace un estudio pionero sobre la brecha de género en el voto en las elecciones municipales
	Encuestas de otros	Kelley, 1899	Kelley usa la encuesta a 1.400 empresas de la *Consumers' League* de Nueva York
Documentos, cualitativo	Memorias y diarios	E. Abbott, 1908; Talbot, 1910	E. Abbott busca información sobre empleo en memorias privadas; Talbot analiza la educación de las mujeres empezando con el diario de una joven de 1771
	Catálogos y programas de estudio	Talbot, 1910	Talbot incorpora los requisitos de varias escuelas y cursos para hacer un resumen de los objetivos educativos para las mujeres
	Leyes	Kelley, 1905; Kellor, 1901b; Breckinridge, 1934	Kelley estudia las leyes que rigen el empleo y las condiciones laborales; Kellor estudia las leyes que rigen el funcionamiento del propio sistema legal; Breckinridge elabora un inmenso registro de las leyes que gobiernan familia y Estado

estadísticos sobre etnicidad y ocupación, y análisis sobre la normativa en relación con la vivienda para presentar resultados multidimensionales de la vida en un área desesperadamente pobre.

Las Mujeres de Chicago adoptan una actitud crítica ante la recogida de datos por otros y ante la ética de sus propias estrategias de recogida de datos. Edith Abbott y Breckinridge (1906) señalaron que varios apartados de los datos censales de 1900 –Población; Ocupación, Empleo y Salario; y Fabricantes– se prepararon con dos directores diferentes y que las desagregaciones y definiciones de las categorías no coincidían, por lo que era problemático hacer comparaciones entre los distintos conjuntos de datos. Como directora de la *Children's Bureau*, Lathrop (1912) se preocupa porque muchos estudios oficiales no se han leído o no se han hecho accesibles para el público general y establece como primer objetivo de la agencia editar dichos estudios (véase tema 3, a continuación). La sensibilidad general de las Mujeres de Chicago hacia la ética de los datos sociales se sugiere en la introducción de *Hull-House Maps and Papers*: «La dolorosa naturaleza de la investigación minuciosa, y la impertinencia personal de muchas de las preguntas emitidas, no serían perdonables ni tolerables si no fuera por la convicción de que, una vez que se despierte la conciencia del público, este demandará mejores condiciones para los ciudadanos más inertes y con más tiempo sufriendo en la comunidad» (Holbrooke, 1895, pp. 13-14). Kellor debate el asunto de la honestidad en la investigación mediante observación participante en las empresas: «No se puede investigar la empresa privada, ni siquiera aproximarnos remotamente a la precisión en la información, si nos identificamos declarada y abiertamente como investigadores; y esto es especialmente cierto para las compañías que son cuestionables en mayor medida». Lamenta la necesidad de disimular pero pregunta, «¿El fin no justifica los medios? ¿No es correcto emplear este, el único método preciso de investigación, en lugar de continuar con las condiciones presentes?» (1904, p. 2, 3).

En la presentación de sus hallazgos, las Mujeres de Chicago se esfuerzan por ser accesibles y mantenerse presentes para sus lectores en sus informes. Su deseo de accesibilidad queda marcado en su uso de soportes visuales, tanto cuantitativos como cualitativos, de los cuales los mapas de *Hull-House Maps and Papers* sigue siendo el logro más relevante. Estos mapas estructuran los datos de una encuesta del Departamento de Trabajo para mostrar

a color la etnia/raza y el salario familiar semanal promedio de cada hogar en el vecindario de la Hull-House. En mapas separados, usan seis colores para representar los intervalos de salarios y dieciocho colores para las nacionalidades. (Un edificio puede contener varios hogares; los negocios no están anotados excepto si son burdeles). Comparando los diferentes mapas, el lector puede localizar, para cualquier edificio dado, la diversidad en ingresos y etnicidad, y dentro del barrio, los enclaves étnicos y las mezcolanzas, así como las gradaciones de pobreza.

Como investigadoras, las Mujeres de Chicago normalmente están presentes como personas físicas en sus narrativas, y usan esta presencia para dar testimonio del sufrimiento de la situación descrita, y para sugerir posibles limitaciones en sus datos. Kelley fue testigo con sus propios ojos del trabajo que se esperaba entonces de las mujeres en algunas fábricas mecanizadas y que ella describió:

> Por su capacidad como inspectora para la *National Consumers' League*, la autora ha tenido la fortuna de visitar e inspeccionar un gran número de fábricas... En el transcurso de esa actuación ha habido un desarrollo de la maquinaria... con consecuencias significativas[:]... la velocidad de las máquinas de coser se ha incrementado de tal manera que, en 1905, hacen dos veces más puntadas por minuto que en 1899. Las máquinas que antes llevaban una aguja ahora llevan de dos a diez... Por tanto, una chica que usa una sola de estas máquinas es ahora responsable del doble de puntadas como mínimo... La tensión sobre su vista... es bastante más del doble de la que era... Así, cuando la aguja realizaba dos mil doscientas puntadas por minuto, como era el caso en 1899, la escritora, cuya vista es inusualmente aguda, podía ver la aguja cuando la máquina estaba en movimiento. Con la velocidad actual, la autora, cuya vista ha permanecido sin defectos, es completamente incapaz de ver la aguja, discerniendo meramente el resplandor de la luz donde está en movimiento (Kelley, 1905, pp. 121-122).

En una dirección diferente, MacLean usa sus reflexiones sobre su experiencia para admitir posibles defectos en su informe sobre su experiencia en un taller textil. Admite su agotamiento absoluto por el trabajo pero concede que «sería lógico cargar gran parte de mi malestar a mi inexperiencia». Incluso así mantiene el hecho de que el trabajo en el taller textil es «un sistema ruidoso, con el sollozo de los niños y los gemidos de las mujeres agotadas» (MacLean, 1903, pp. 307-308). A continuación, MacLean carga sobre sus lectores por su responsabilidad moral como consumidores a saber

los orígenes de lo que están comprando: «Y los que compramos no debemos aliviar nuestras conciencias con la creencia de que estamos indefensos ante la cuestión, mientras que las personas que distribuyen el trabajo son los únicos pecadores. Esto puede ser cómodo, pero es inmoral. El contratante nos da lo que estamos dispuestos a coger» (MacLean, 1903, p. 300).

3. Para las Mujeres de Chicago, el deber del sociólogo es usar la investigación para movilizar a la gente y al Estado para reformar el orden social desigual. La Escuela de Mujeres de Chicago comprendía que, para cambiar las condiciones sociales que producían el dolor humano, tenían que movilizar a dos actores potenciales, las personas y el Estado. La movilización presentaba al menos cuatro problemas teóricos: la naturaleza de las personas, la ideología de «lo público frente a lo privado», la invención de formas de asociacionismo necesarias para la declaración de una agenda de reforma y la organización del Estado. Su comprensión del ser humano individual, conceptualizado en gran medida como lo hace Addams (véase capítulo 3), como persona física con capacidad de acción, motivada por intereses prácticos, un deseo de sociabilidad, y una necesidad ética de juzgar las acciones como «buenas» o «malas», guía su llamamiento a la población. Se relacionan con la gente a través de su llamada a la conciencia y a la búsqueda de su interés propio, criticando la ideología de lo público frente a lo privado, analizando la necesidad de nuevas formas de asociación, y explicando los funcionamientos del Estado.

La crítica de lo público frente a lo privado. Dentro de la ideología de lo «privado frente a lo público», que todavía permea los debates políticos americanos, se entiende por «privado» lo que descansa en el terreno del individuo y fuera del derecho del Estado, mientras que por «público» se entiende lo que afecta a toda la comunidad hasta el punto de ignorar el interés privado y estar sujeto a la intervención estatal. Las Mujeres de Chicago usan estudios empíricos para apoyar su manifestación teórica de la interrelación entre lo privado y lo público. Breckinridge (1910) llama a este argumento «la teoría del interés público»; Kelley (1905), la teoría de «los estándares éticos de la comunidad». Breckinridge razona que «el interés público justifica el refuerzo de... las obligaciones por parte del marido» hacia la esposa y la familia, ya que lo público está afectado por las limitaciones educativas y la posible delincuencia de los niños criados por «la madre sin ayuda» que, al soportar

«la doble carga de ganarse el sustento y de realizar las tareas domésticas», se ve a menudo forzada a condiciones de «pobreza, hacinamiento en el hogar, un vecindario atestado» (Breckinridge, 1910, pp. 54-55). Al discutir la necesidad de una ley que prohíba el trabajo infantil, Kelly, con independencia de la preferencia paterna, razona que «[e]l cuidado y la alimentación de la infancia es por tanto una preocupación vital de la nación... Un test infalible de los estándares éticos de una sociedad es la cuestión de «Qué ciudadanos se están formando aquí» (Kelley, 1905, pp. 3-4). Talbot (1910) defiende la educación superior de las mujeres porque un mundo cambiante impulsa a las mujeres a relacionarse más allá de sus hogares, proporcionándoles, como consumidoras, un nuevo recurso para su empoderamiento. Pero Breckinridge y ella señalan que para que las mujeres usen cualquier poder que tengan, «El ama de casa debe estar presente en su propia persona o en la persona de su representante, ya que las preocupaciones de su familia están en cuestión» (Talbot y Breckinridge, 1912, p. 85).

Inventando asociaciones. Las Mujeres de Chicago se dan cuenta en la teoría y en la práctica de que la gente tiene que inventar nuevas formas de asociacionismo para hacer una presión que se aplique sobre los que perpetran injusticias. Kelley presenta el significado teórico del asociacionismo en la causa de la reforma en su artículo de 1899 en el *AJS*, «Aims and Principles of the Consumers' League». Kelley intenta animar a los consumidores a ser una fuerza social constante que corrija el equilibrio entre el capital y el trabajo.

> Aquellos de nosotros que disfrutan del privilegio del voto pueden ayudar, una o dos veces al año, a decidir sobre la tarifa, o la moneda, o la tasa de impuesto local que se ajustarán a nuestras industrias. Pero todos nosotros, todo el tiempo, decidimos con nuestros gastos qué industrias deberían sobrevivir en realidad, y bajo qué condiciones. Expresado de forma general, el objetivo de la *National Consumers' League* es moralizar esta decisión, reunir y poner a disposición información que nos capacite para decidir a la luz del conocimiento, y recurrir a las conciencias, de manera que cuando se tome una decisión, esta sea la correcta (Kelley, 1899, pp. 289-290)*.

Todos los principios esenciales de la sociología de las Mujeres de Chicago están en este artículo: que las ciencias sociales deben actuar por el cambio, que todos los ciudadanos, incluso las mujeres a las que se les niega todavía el sufragio, son de todas formas responsables moralmente del bienestar del país, que cada acción liga a una persona con otras personas, que en la ac-

tualidad la virtud personal efectiva se debe alcanzar a través del asociacionismo porque solo en las asociaciones las personas pueden obtener tanto el conocimiento como el poder para hacer que su acción individual sea realmente «correcta», es decir, tanto democrática como efectiva.

Kelley hace el llamamiento al consumidor en base a principios morales y por el propio interés de este. Los consumidores, dice, están equivocados al creer que comprando el producto más caro se están protegiendo del peligro de contagio de enfermedad y de la responsabilidad en la explotación del trabajador. Kelley cuenta una historia de sus días como Inspectora de Fábricas de Illinois, y explica cómo un abrigo caro encargado en Helena, Montana, acabó en la habitación de trabajo de un modista en un edificio infectado de viruela de Chicago. Insiste en que el modista que hizo el abrigo fue obligado a ocultar lo de la viruela por temor a perder incluso un día de sueldo, y que muchos productos elaborados habían pasado ahora a un estatus de «listos para tomar», por lo que todos los consumidores estaban potencialmente amenazados por «químicos perjudiciales... en la leche, el pan, la carne y los remedios caseros» (Kelley, 1899, pp. 293-294).

Se centra entonces en las acciones directas que debería emprender la *Consumers' League*: trabajar por una legislación uniforme –importante, ya que la Constitución de los EE. UU. prohibía que cualquier estado negara la importación de productos de otro–; traducir los informes estadísticos gubernamentales en guías para el consumidor que listaran las fábricas que incumplían las regulaciones laborales; y marcar los productos con la etiqueta propia de «Liga», que certificara que el producto contenía lo que se suponía que contenía y que ningún trabajador hubiese sido explotado en su producción. «El consumidor», manifiesta, «determina en última instancia toda la producción» (Kelley, 1899, p. 290). Pero para que se pueda sentir su poder, los consumidores deben unirse en suficientemente cantidad como para que sus demandas afecten a los fabricantes: el poder de los consumidores solo puede llegar a través del asociacionismo.

Reforma a través del Gobierno. El análisis de las Mujeres de Chicago del rol del Estado en la mejora social refleja un empiricismo terco atesorado en sus largos años como investigadoras y activistas. Sostienen que el Estado podrá y actuará responsablemente solo *si* las asociaciones de ciudadanos comprometidos dinamizan, movilizan y supervisan las agencias guberna-

mentales; la investigación en ciencias sociales se usa en la formación de estrategias de reforma; y hay comunicación accesible y abierta entre agencias, público ciudadano, y científicos sociales. El ciudadano no solo se debe movilizar para la aprobación de una ley, sino para su aplicación. Viendo cuántos inspectores se emplean con la implementación de la *Tenement House Commission* de la ciudad de Nueva York y qué poca plantilla del departamento de limpieza y recogida de basuras de Chicago se pone a disposición para la implementación de regulaciones similares, Breckinridge y Edith Abbott concluyen «Back of the Yards» con una severa advertencia: «Cuando la conciencia comunitaria se haya despertado lo suficiente como para exigir cambios en los contenidos de la ley, será deshonesto no hacer posible su aplicación. Sustituir lo superficial por lo esencial al tratar con el problema de la vivienda en la ciudad reducirá rápidamente la delincuencia» (Breckinridge y G. Abbott, 1911, p. 468). La tesis de que la investigación en ciencias sociales debería fundamentar las decisiones gubernamentales anotó una de sus victorias más famosas por un caso apoyado en parte por la *Consumers' League* que dirigía Kelley. En *Muller contra Oregon*, 1908, un caso sobre la legalidad de una ley de Oregón que limitaba el número máximo de horas que una mujer podía trabajar, Louis Brandeis formuló lo que se llegó a conocer como «el informe Brandeis», una argumentación para la que usó estadísticas y datos económicos y sociológicos como pruebas adicionales a los argumentos legales tradicionales.

Al establecer la agenda para la *Children's Bureau*, Lathrop, en un discurso en julio de 1912 para la *General Federation of Women's Clubs* (GFWC), enfatiza que para que se proceda con la reforma del gobierno, los electores que apoyaron la creación de la Agencia (que incluía a los miembros de la GFWC) debían permanecer siendo consultados, motivados y movilizados. Subraya su rol en el primer proyecto relevante antes de la Agencia, el registro riguroso de los nacimientos. Viendo que el Gobierno federal se resistiría ante el intento de registro masivo basándose en los derechos estatales, pidió a las asociaciones de mujeres progresistas que ayudaran en los esfuerzos de recogida de datos a nivel local y que presionaran por una legislación estatal. Después describe la relación que se necesita entre los investigadores de ciencias sociales, las agencias gubernamentales, las asociaciones de voluntarios y los ciudadanos particulares para resolver los problemas sociales. La Agencia debía sintetizar los cientos de estudios ya existentes en ciencias

sociales y publicarlos de una forma útil para el lector profano: «Aquellos responsables del trabajo de la Agencia... están preparados para aceptar la función de popularizar la sabiduría de los otros... [como] tarea [que] debería preceder al trabajo original de parte de la propia Agencia» (Lathrop, 1912, pp. 320-322). Al llevar a cabo esta tarea, Lathrop siguió la aproximación centrada en las mujeres que caracterizó su administración en la Agencia. Aunque tuvo en cuenta los consejos de los expertos médicos masculinos, para escribir el panfleto se dirigió de hecho a una viuda con cinco hijos –«las publicaciones [sobre cuidados infantiles] de Mary Mills West se convirtieron en las mejores-ventas de panfletos de la *Government Printing Office* en la década de 1910-1919» (Muncy, 1991, p. 55)[7]–.

LA RELEVANCIA DE LA ESCUELA DE SOCIOLOGÍA DE LAS MUJERES DE CHICAGO EN LA HISTORIA Y EN LA PRÁCTICA ACTUAL DE LA SOCIOLOGÍA

LAS MUJERES DE CHICAGO Y EL CANON DE LA SOCIOLOGÍA

Al ubicar la Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago en la historia de la sociología, la primera cuestión a anotar es que tenemos aquí una auténtica «escuela» de sociólogas, entendida como un grupo de pensadoras e investigadoras localizadas esencialmente en el mismo espacio, que trabajan de forma estrecha, guiadas por las ideas de una teórica principal, Addams, y que modifican esas ideas de diversas maneras pero manteniéndose fieles a la teoría de base, aunque también reflejen las biografías, personalidades, intereses intelectuales, y resultados de investigación del grupo a lo largo del tiempo. Aunque sea solo por este hecho, la Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago merece su lugar en la comprensión de nuestro pasado. Tales

[7] Lathrop, como las otras Mujeres de Chicago, tenía una larga historia de críticas hacia el sistema patronal de contratación que controlaba casi todas las agencias de servicios sociales de Chicago; concluyó su estudio *Hull-House Maps and Papers* con la queja, «Es tan cansado como que Cartago debe ser destruida, pero es cierto que la beneficencia del Condado de Cook nunca llevará a cabo apropiadamente sus deberes hasta que la política se divorcie de ellas» (1895, p. 161). Pero como directora de la *Children's Bureau* adoptó una visión amplia de las leyes de la administración pública y usó el poder que tenía para contratar a una abrumadora plantilla femenina, y a menudo diseñó los exámenes pensando en las mujeres que ella consideraba que se ajustaban especialmente bien. Muncy (1991) proporciona una excelente explicación del ejercicio de poder de Lathrop para hacer nombramientos relacionados con la ley de la administración pública.

escuelas son escasas en la historia de la profesión. En la historia de la sociología occidental las escuelas más conocidas son aquellas que brotaron alrededor de Émile Durkheim en París antes de la Primera Guerra Mundial; la «Escuela de Chicago» masculina que se desarrolló en torno a Robert E. Park entre las dos Guerras Mundiales; el Instituto de Frankfurt en Alemania en la década de 1920-1929; y el grupo de estudiantes, sociólogos eminentes por pleno derecho, que estudiaron con Talcott Parsons en Harvard durante la década de 1940-1949 e inicios de la de 1950-1959. Estudiadas como una escuela, las Mujeres de Chicago ejemplifican la forma en que se hace la «ciencia normal» (Kuhn, 1962), es decir, el trabajo científico basado en una perspectiva teórica compartida. La Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago creó muchas de las estrategias metodológicas y de recogida de datos que hacia los años treinta se convirtieron en criterios –adoptados sin ningún reconocimiento– para la sociología masculina profesionalizada. Aunque solo sea para reconducir esta situación, para darles la «patente» de lo que ellas inventaron y se apropiaron los sociólogos masculinos, es necesario reincorporarlas al canon (véase Bulmer, Bales y Sklar, 1991, para una perspectiva histórica de una parte de esta metodología).

El siguiente punto a anotar es que las Mujeres de Chicago fueron investigadoras en primer lugar, teóricas solo secundariamente. Añadirlas al canon de la historia de la sociología nos hace ver, como también la inclusión de Beatrice Webb (véase el capítulo 8), que hay otra forma de contar esta historia, como la historia de los grandes trabajos empíricos de la sociología más que de sus principales teorías. Como escuela que desarrolla la teoría a través de sus principales trabajos empíricos, las Mujeres de Chicago creían que la investigación se hace para conseguir el cambio social, que no debería defender la neutralidad valorativa, que algunos problemas llaman la atención del investigador porque las condiciones en cuestión causan sufrimiento y que el investigador comienza con una lealtad general hacia el principio de justicia o equidad en la sociedad y deja que las configuraciones específicas de la equidad emerjan de la investigación. Esta Escuela jugó un papel importante en la formación de las políticas sociales en EE. UU., ya que sus miembros ayudaron a producir, a través de la *National Conference of Charities and Corrections*, el artículo de referencia de su posicionamiento: «Social Standards for Industry». Ese artículo destacó buena parte de lo que hoy se asocia con el Estado del bienestar: regulaciones gubernamentales en

la industria para lograr que todos los ciudadanos tuvieran un salario mínimo, un sueldo pagado cada dos semanas, una jornada de ocho horas, una semana de seis días, la prohibición del trabajo en casa (es decir, del sistema de talleres textiles de explotación laboral), seguro de desempleo, pensiones para las personas mayores, compensaciones para los trabajadores y protección para las mujeres y los niños en ciertas condiciones de trabajo. El artículo llegó a ser parte del programa del Partido Progresista en 1912, y sus ideas están detrás de la legislación del Nuevo Pacto Social (*New Deal*).

El tercer punto a anotar es la relación ecléctica de las Mujeres de Chicago con las ideas de las tradiciones teóricas masculinas principales. Comparten con el funcionalismo la fascinación por la sociedad como sistema de interrelaciones y persiguen la posibilidad de lograr cierto grado de equilibrio en la sociedad. Se centran, como Durkheim, en la ley y sus textos, y creen, como los funcionalistas posteriores, que el procedimiento legal debería tener una función de integración a la hora de juzgar el conflicto social. Incluso así, en su crítica a la desigualdad social, en su atención a los problemas producidos por la desigualdad social, y en su compromiso moral con una sociología de defensa infundida de valores, son fundamentalmente diferentes de los funcionalistas. Las Mujeres de Chicago atribuyen gran parte del conflicto social a las prácticas de explotación del capitalismo industrial moderno, de las que sostienen que el Estado es cómplice. Se posicionan como defensoras de aquellos explotados por el capitalismo y definen esa explotación principalmente en términos de clase. Todo esto las vincula con la teoría marxista del conflicto. Pero, a excepción de Kelley, las Mujeres de Chicago no fueron marxistas. Consideran la etnicidad y el género, así como la edad, como factores primordiales en las pautas de explotación, y creen que las diferencias de clase se pueden superar y la sociedad se puede reformar con una llamada a la conciencia pública para transformar el Estado. Como en el paradigma interpretativo, las Mujeres de Chicago se centran en grupos, en enclaves de trabajo, comunidades étnicas y barrios distintivos. Ven a estos grupos como personas en interacción, en comunicación simbólica, e involucrados en el curso de una acción significativa. Lo que separa a las Mujeres de Chicago de la tradición interpretativa, de todas formas, es su comprensión de que los significados no se producen por un intercambio igual entre partes, que el poder siempre está presente, manifestándose en realidades físicas objetivas y mesurables –dinero, recursos organizativos, espacio, tiempo, salud– y determinando el resultado de las negociaciones sobre el significado.

LAS MUJERES DE CHICAGO Y LA TRADICIÓN DE LA SOCIOLOGÍA FEMINISTA

Una metodología de investigación feminista. Las Mujeres de Chicago comienzan sus investigaciones por una situación concreta, bastante literalmente en su propio patio trasero, la Hull-House, el registro de votantes, un debate en la *Consumers' League* sobre el aprieto de las dependientas en los grandes almacenes, un huelga importante de trabajadores textiles. Desarrollan su teoría de la manera que convincentemente articula Maria Mies (siguiendo a Mao Tse-tung): «Si quieres saber algo, debes cambiarlo» (1983, p.125). Dejan claro repetidamente en sus estudios empíricos que han alcanzado un entendimiento de las condiciones sociales al haber intentado cambiarlas. Al decidir sobre las estrategias en la recogida de datos, las Mujeres de Chicago son ejemplos pioneros del eclecticismo e inventiva que las académicas feministas contemporáneas ven como una característica de los métodos de investigación feministas (Fonow y Cook, 1995; Reinharz, 1992). Se mueven fácilmente entre los datos primarios y los secundarios, y entre las expresiones cuantitativas y cualitativas de dichos datos. Sus habilidades en lo cuantitativo son sofisticadas, sus técnicas cualitativas reflexivas e ingeniosas, y –a diferencia de algunas feministas modernas– no expresan tensión ideológica al elegir entre estas aproximaciones. Esto puede deberse a la gran cantidad de fuentes de datos, cualitativas y cuantitativas, que interrelacionan en sus informes. A menudo trabajaron en equipo y escribieron de forma colaborativa.

Importancia de las mujeres. El género no es siempre la primera variable o la variable clave en el trabajo de las Mujeres de Chicago; pero es siempre una variable. Son siempre conscientes de la posibilidad de que haya diferencias entre las experiencias de hombres y mujeres en la misma categoría –inmigrantes, desempleados, trabajadores, miembros de la familia, compañeros en una institución–. Comentan los enormes cambios en la organización social traídos por la industrialización a partir de las experiencias de las mujeres; cambios en el hogar y en la familia en todas las clases sociales, en el papel de las mujeres en la industria, al buscar trabajo y estar sin trabajo, en las necesidades de ayuda económica de las madres, en la creciente interdependencia de las personas en la vida urbana, en los problemas creados por el fracaso al actuar según impulsos de amabilidad cru-

zando barreras de nacionalidad y raza, en la necesidad de sufragio, y en los problemas de la diferencia y la desigualdad crecientemente exacerbados por el incremento de las discrepancias en riqueza. Y animan a las mujeres a ser agentes del cambio social a través de organizaciones como la *Consumers' League*, la *General Federation of Women's Clubs*, la *National Women's Trade Union League*, y la *National American Woman Suffrage Association*.

Un ejemplo de la convergencia de muchas de estas predisposiciones y preocupaciones es el análisis de Breckinridge sobre la equidad en los salarios en «The Home Responsibilities of Women Workers and the "Equal Wage"» (1923). Breckinridge apunta la complejidad de las relaciones que encierran frases como «responsabilidades familiares» e «igual salario» en su declaración de apertura, «La demanda de las mujeres trabajadoras de un "mismo salario" para hombres y mujeres por el "mismo trabajo" es probable que no solo suscite la pregunta de qué es un "mismo trabajo" y qué es "igual salario", sino que también conduzca rápidamente a la cuestión de la carga relativa en la forma en que hombres y mujeres que ganan un salario se hacen cargo de las obligaciones familiares» (Breckinridge, 1923, p. 521). Después procede a argumentar que es ampliamente reconocido que las mujeres en raras ocasiones reciben el mismo salario y que rara vez tienen la oportunidad de trabajar en lo mismo que los hombres. Apunta como corolario a estas dos condiciones gemelas que «la diferencia entre el salario de uno y otro grupo es mayor que la diferencia entre el valor que sus respectivos productos tienen para el empleador» (1923, p. 521). Dice que la consecuencia social de esto es que las mujeres se convierten en «las eternas esquiroles de la industria» (1923, p. 523). Analizando los factores que conducen a que las mujeres cobren menos, señala en primer lugar que las mujeres tienen más probabilidades de seguir la secuencia de trabajar y después casarse y dejar de trabajar; segundo, ellas tienen menos probabilidad de estar bien organizadas en grupos para negociar los sueldos; y tercero, y más crítico, que el salario del hombre se define en términos de lo que le permitirá mantenerse a sí mismo y a su familia, mientras que el salario de la mujer se define en función del supuesto de que ella solo se tiene que mantener a sí misma. Aun así, muchas mujeres jóvenes trabajadoras que viven con sus padres normalmente contribuyen al «salario familiar conjunto». Las mujeres trabajadoras casadas representan un problema para toda la sociedad.

> La cuestión es que el empleo de madres de niños pequeños a menudo pasa de ser un problema en la organización industrial a ser un problema de pobreza o dependencia. En tales casos, la doctrina de los dependientes con la que los hombres reafirman sus reclamaciones se aplicaría ciertamente a ellos... [E]n el mercado de trabajo, se puede prevenir que su presencia se convierta en una catástrofe solo con el pago de un salario familiar (Breckinridge, 1923, pp. 533-534).

El grueso de los estudios que emergen de las Mujeres de Chicago se centra en las mujeres y los niños, pero prácticamente siempre extienden la discusión a las vicisitudes de los hombres también, y especialmente las de los inmigrantes. Sus investigaciones revelan el reconocimiento implícito de la necesidad de cruzar las variables de raza, género, localización geopolítica, y edad en la comprensión de la situación de la persona. Dibujan repetidamente estas intersecciones: en los problemas de los ancianos pobres, en la discriminación hacia los negros en la vivienda, en las condiciones de las viviendas de los trabajadores inmigrantes y en la infancia de los hijos de la clase trabajadora.

Conclusión. Las Mujeres de Chicago son hoy importantes para nosotros tanto por el contenido de su sociología como por los modelos de rol que combinaron con éxito una investigación disciplinada con el compromiso por un cambio social meliorativo. Aun así es útil recordar que no todas comenzaron con un compromiso con los ideales progresistas o con el cambio social. Algunas –especialmente las Abbott, Breckinridge, Kellor y MacLean– llegaron al compromiso de usar la investigación social para la mejora social solo después de haber realizado sus estudios universitarios y, como sostiene Muncy (1991), solo tras sus estudios universitarios fracasaron en producir trabajo en la universidad. Edith Abbott es quizás el ejemplo más evidente de un cambio de orientación. Formada en la Universidad de Chicago y después en la *London School of Economics*, cuando empezó a vivir en la Hull-House en 1908 estaba comprometida con el creciente ideal de la investigación valorativamente neutra. Pero el entorno de la Hull-House –un entorno que parece que ella encontró solo por la falta de posibilidades de carrera académica para las mujeres– la cambió. En un tributo a Lathrop en 1932, Abbott «rechazó la teoría académica de que la investigación social solo podía ser "científica" si no tenía consideración por el descubrimiento de resultados útiles socialmente y no tenía interés por los seres humanos cuyas vidas se estaban estudiando» (citado en Muncy, 1991, p. 73).

LECTURA 7-1

EXTRACTO DE «THE COOK COUNTY CHARITIES» [LA BENEFICENCIA EN EL CONDADO DE COOK] DE JULIA LATHROP

Esta selección se ha extraído de las páginas 143-153 y 158-161. Lathrop empieza con un comentario contextualizado sobre lo que los mapas del volumen muestran sobre la población del barrio de la Hull-House. Después explora lo que le pasa a la población cuando se enfrenta a emergencias con sus ingresos demasiado escasos y deben acudir por ayuda a la beneficencia. Observa varias organizaciones de caridad. Nuestro extracto se centra en la enfermería y un puesto exterior de socorro. Enfatiza el rol de clase, la necesidad de un público motivado, y los problemas de patrocinio estatal.

El estudio de estos mapas revela una arrolladora proporción de extranjeros, y un salario medio demasiado bajo como para permitirse algún ahorro, e incluso si existe, ese seguro es inefectivo para las emergencias, y nos conduce a investigar qué pasa cuando el recurso de la autoayuda se pierde... Cuando investigamos, entonces, qué provisiones tienen para enfrentarse a la enfermedad, a un accidente, al desempleo, a la vejez, y a un accidente inevitable, la muerte, nos preguntamos a qué se dedican algunas agencias externas...

... Experimentan, sin duda, el filántropo e igualmente el sociólogo una cierta satisfacción al haber tocado fondo, y haber alcanzado los hechos absolutos; y en algún sentido esto es lo que hemos hecho cuando hemos llegado a las instituciones del condado. Estas son la enfermería, el sanatorio para enfermos mentales, el hospital, el hospital penitenciario, y la agencia del condado... Para mostrar la relación entre la población en la enfermería y la población de este distrito [Hull-House], basta con señalar que de las 5.651 admisiones durante el año 1893, 3.563 fueron de personas nacidas en el extranjero...

La enfermería es un gran edificio de ladrillo, con muchas unidades bien iluminadas y limpias, con calefacción a vapor...

Fuente: Julia Lathrop, «The Cook County Charities», en *Hull-House Maps and Papers*, (Boston: Crowell, 1895), pp. 143-161.

Se requiere poco trabajo de cada interno para mantener el lugar en orden. Hay un asistente contratado en cada unidad... Tanto la enfermería como el sanatorio para enfermos mentales están bajo el control de un superintendente...

Las unidades de mujeres nunca están tan masificadas como las de los hombres. Por alguna curiosa ley de pauperismo e irresponsabilidad masculina, cuyo estudio pormenorizado ofrece una tarea interminable para cualquier amante de la recogida de datos, hay una amplia mayoría de hombres en los hospicios...

Una indicación curiosa del efecto de los duros tiempos se muestra en el incremento repentino de 299 casos en la población masculina, y de solo 16 en la femenina, casi un 25% en el primer caso y poco más del 4% en el segundo, desde enero de 1893 a enero de 1894...

En un invierno sin precedentes como el de 1893-1894, las unidades de hombres están completamente llenas, muchas de las cuales terriblemente sobremasificadas, y algunos pasillos se llenan a veces por la noche con colchones de paja para personas que duermen allí y no pueden ser acomodadas en las unidades...

... Hay [en las unidades de cirugía] normalmente de cincuenta a setenta y cinco niños, de quienes una gran proporción son niños pequeños con sus madres... El resto, quizás un tercio, son los residuos de todos los orfanatos y hospitales, niños que nadie se preocupa de adoptar porque no son atractivos o tienen cicatrices o son enfermizos...

Y bien, ¿qué impresión recibe el visitante que acude a la enfermería, no para analizar los grandes problemas de pauperismo y delincuencia, para cuyo estudio este lugar ofrece oportunidades infinitas; ni para analizar el valor o la eficiencia de nuestro sistema de cuidados de los dependientes, sino simplemente para analizar si el trabajo realizado se está llevando a cabo adecuada y razonablemente? ¿Tenemos dificultades para comprender el temor universal del «Condado»?...

... La falta absoluta de intimidad, la monotonía y el aburrimiento, la disciplina... [L]os más decentes y los más despreciables desean igualmente cualquier provisión para sentir un poco de comodidad hogareña, para la diversión o las distracciones de ellos mismos y sus obligados vecinos.

Si maridos y mujeres se ven obligados a ir a la enfermería, siempre son separados, sin importar qué edad tengan, lo enfermos que estén, ni lo inocentes que sean. La actitud de una pareja irlandesa de ancianos que conozco me indicó hasta qué punto puede ser dolorosa esta separación... Cuando se les sugirió [en el hospicio del condado] entraron en pánico; y la anciana, que tendría unos noventa años, dijo, «Oh, tendrá que irse con los hombres; yo tendré que irme con las mujeres, y nos quitarán todas nuestras ropas. Yo me puedo apañar más o menos; pero él es algo torpe, y no puede... Déjenos estar aquí [en casa]»...

... [E]n la enfermería, como en las otras tres instituciones del condado, el eje sobre el que gira la cuestión del... cuidado y de la atención de estos seres debilitados, es el cambio en el *personal* del equipo del condado... la asignación de todas las personas que tienen un cargo en esta comunidad se hace y se cambia solo en función de la preferencia política...

... [S]i la constante sucesión de nuevos enfermos es perjudicial para el correcto trabajo de la enfermería, ¿qué se debe hacer... dónde se va a cuidar a la gente enferma? ¿Se pone al cuidado constante de una enfermera formada para ello, día y noche, al hombre o a la mujer aquejado de una dolencia de las que la ley de Illinois reconoce finalmente como enfermedad? Para nada. Excepto si alguien tiene «influencias».

La prueba más espectacular de la pobreza que afectó a Chicago por la depresión económica general, y de los inevitables *deshechos* humanos que dejó la Feria Mundial a nivel local, se pudo ver a diario durante todos los meses más duros del invierno de 1893 y 1894. Eran multitudes apremiantes y compactas de cientos de hombres harapientos y mujeres con chal o capucha, viniendo de todas partes de la gran ciudad... que permanecían hora tras hora sosteniendo la cesta de la compra por encima de sus cabezas para que la revisara la policía, políglotas, pero con el mismo idioma común de su persistencia, su cansancio, del frío y del hambre... Cuando finalmente el solicitante entraba en el despacho, se veía en la sórdida sala de espera de la Agencia del Condado de Cook, desde la que se le dispensaba asistencia en el exterior. Proporcionaba su nombre y su dirección, y un asistente remunerado le llamaría más tarde. Según su informe se le concedería o denegaría el combustible y la ración. O, si se le había concedido ya la solicitud... se llevaría de allí la asignación de comida y una barra de jabón duro, el proveedor le enviaría posteriormente el carbón...

Desde el punto de vista del receptor, se hace una constante crítica a la agencia de asistencia del condado. Dice que el carbón se reparte lentamente y en escasa medida, que los asistentes muestran favoritismos, que los entierros se atrasan y son inhumanos; y los hechos le dan la razón. Pero cualquiera que esté familiarizado con el trabajo diario de esta agencia debe sentir que lo asombroso es que los 100.000$ destinados a este trabajo estén realmente tan injustamente repartidos como nosotras vimos. Los métodos de esta oficina (con sus registros guardados según elige cada cambiante administración), sus subsidios sujetos a todo tipo de pequeñas influencias políticas, y su fracaso para cooperar con la beneficencia privada, no los puede aprobar la ciencia.

Solo los gastos corrientes de estas instituciones le cuestan al condado casi 700.000$ al año, con los que proporcionan puestos asalariados a quinientas personas o más y, por supuesto, con los que cubren en cierta medida las necesidades de una gran población dependiente que es en el presente un factor inevitable de nuestro problema social. Tal estado de irresponsabilidad que la investigación evidencia una y otra vez nos llega a desanimar. Estamos impresionadas por la falta de sistematización y clasificación de los beneficiarios de la enfermería y la agencia del país para la asistencia en el exterior. Estamos impresionadas por lo inhumano de la gestión con los hombres, las mujeres y los niños apiñados, víctimas de la desgracia y reliquias de la disipación, los holgazanes, los delincuentes ineficientes, el convaleciente sin dinero, bajo un mismo techo y un mismo castigo...

... ¿Cuántas personas de la ciudad de Chicago, cuyos ingresos las mantengan a salvo de la posibilidad de tener un interés personal por estos lugares, los visitan alguna vez o saben siquiera dónde están? Más aún, ¿cuántas de ellas se dan cuenta de que sus visitas, su interés real, es todo lo que se necesita para hacer que estas instituciones den un buen servicio? No hay ninguna pésima administración tan fuerte como para persistir ante la atención y el conocimiento públicos. El público tiene ahora y tendrá exactamente las instituciones que demanda, administradas exactamente como requiere su discernimiento. Es tan cansado como que Cartago debe ser destruida, pero es cierto que la beneficencia del Condado de Cook nunca llevará a cabo apropiadamente sus deberes hasta que la política se divorcie de ellas.

LECTURA 7-2

EXTRACTO DE «TWO WEEKS IN DEPARTMENT STORES» [DOS SEMANAS EN UNOS GRANDES ALMACENES], DE ANNIE MARION MACLEAN

Esta selección se ha extraído de las páginas 721-739. Este es uno de los primeros trabajos de investigación con observación participante. MacLean conecta investigación y reivindicación en sus vínculos con la *Consumers' League*. Cree que la relación entre género y clase determina la calidad de la vida de las vendedoras de unos grandes almacenes.

Es tan común que las personas que compran productos no piensen absolutamente nada sobre los empleados que las atienden, o las condiciones en las que se produjeron los artículos, que parece oportuno justo ahora, que la *Consumers' League*† ha empezado una cruzada para educar al público, dar una imagen real de algunas de las condiciones que existen en Chicago...

... Con la intención de confirmar algunas cosas que solo se podían aprender desde dentro, se llevó a cabo la investigación que va a constituir el tema de este artículo. Pareció evidente que se podría obtener información valiosa si alguien estuviese dispuesto a soportar las dificultades de la vida de una vendedora, y ser capaz de realizar una valoración sobre las condiciones observadas a partir de la experiencia personal. La urgencia de la necesidad, junto con un interés entusiasta por el trabajo que desarrolla la *Consumers' League*, me llevó a unirme al elenco de empleadas de venta al por menor durante dos semanas, durante la avalancha de las compras de vacaciones... El consumidor debería saber hasta qué punto sus compras de Navidad suponen dificultades para las empleadas...

... Desde 1830 hasta 1874 la inquietud por la protección de las mujeres y los niños no llegó a las fábricas, hasta que finalmente, en fecha más tardía, la

† La *Consumers' League* de Illinois fue organizada por las antiguas alumnas universitarias de esta ciudad en febrero de 1897, cuando se adoptaron unos criterios y se redactaron unos estatutos provisionales. Se creó una organización permanente, con la Sra. Charles Henrotin como presidenta, en la reunión mantenida en la Hull-House el 30 de noviembre de 1898. La liga actualmente tiene unos ochocientos miembros.

Fuente: Annie Marion MacLean, «Two Weeks in Department Stores», *American Journal of Sociology*, 4 (1899), pp. 721-741.

Ley de Massachusetts (*Massachusetts Act*) se convirtió en realidad. Los demás estados siguieron el ejemplo establecido de manera que, en el presente, casi todos los estados con grandes intereses manufactureros tienen una buena ley de fábricas. Illinois es una notable excepción... Nosotros estamos justo en vísperas de una movilización por la mejora de las condiciones de trabajo de una vasta armada de vendedoras y niños en las cajas... Y acometí mi labor para ayudar, en pequeña medida, al movimiento de concienciación aquí...

... [N]o fue hasta después de varias visitas que me prometieron un puesto de tres dólares a la semana... Con el empleo acordado, parecía lógico hospedarme en alguna casa para mujeres trabajadoras, ya que el ambiente que tal lugar me proporcionaría mejores resultados. Tuve suerte de encontrar un lugar de lo más satisfactorio no lejos del corazón de la ciudad, y allí me fui como mujer trabajadora... Una gran proporción de las sesenta y cinco residentes éramos vendedoras y, en el trascurso de las conversaciones, me dieron mucha información útil...

Ese, por tanto, fue el lugar desde el que salí para empezar a trabajar el lunes acordado por la mañana... Llegué a mi destino sin demora a las ocho, la hora de apertura... Pero el director había cambiado su opinión sobre el salario, y me dijo que me daría dos dólares a la semana más un 5 por ciento de comisión por las ventas, en lugar del salario fijo que había mencionado en nuestra anterior entrevista... Me enviaron al departamento de juguetes, donde me encontré con otras sesenta y cinco que iban a ser mis compañeras en el duro trabajo...

Todas trabajábamos en la doble tarea de supervisora y dependiente, y nuestra función consistía en comprobar que nadie escapara sin haber comprado... La causa de tal actividad de vigilancia por parte de tantas empleadas era el 5% de comisión que iba a complementar el salario semanal de dos o tres dólares...

Una de las dificultades al principio era conocer todos los precios, ya que frecuentemente cambiaban durante el día...

Cada mañana había rebajas especiales... Pero pronto aprendimos qué cosas iban a «triunfar» de un día para otro, y las breves instrucciones del director cada mañana eran suficientes para mantenernos informadas sobre las gangas...

Oh, ¡qué cansancio esa primera mañana! Las horas parecían días. El pensamiento predominante en mi cabeza era «¿Es posible que pueda estar de pie todo el día?»... no había asiento de ningún tipo en la sala y la única manera en que una podía tener un momento de descanso era sentándose en el mobiliario infantil que estaba a la venta en una parte de la planta... [A aquellas que encontraban descansando así les hacían una seria advertencia]. Por la noche los hombres y también las mujeres renqueaban cansadamente por la planta, y muchas ventas se realizaban en una completa agonía física.

... [N]uestro establecimiento estaba abierto cada noche hasta las diez más o menos, y la única compensación que nos daban por el trabajo extra era una cena... Nos alimentaban en tropel y nos echaban de allí con prisas antes de que la última boca llena hubiese tragado. El menú consistía en una cena de carne y un guiso de ostras... [E]l llamado guiso consistía en un bol de leche caliente, en el fondo del que se ocultaban *tres* ostras, a excepción del día memorable en que me encontré *cuatro*.

Los días en la tienda eran todos parecidos, con su fatiga interminable. Había ratos en los que la avalancha era mayor; después de nuevo no teníamos nada que hacer aparte de permanecer por allí y hablar. Por eso nos llegamos a conocer sorprendentemente bien en poco tiempo. Hablábamos de nuestros salarios y comparábamos las hojas de ventas en cada ocasión posible... La angustia mental de algunas de las chicas cuando veían por la noche las escasas ventas que habían hecho es imposible de describir.

Yo pude elegir convertirme en trabajadora, y soportar las dificultades de la faena dura, y vivir la vida del obrero, y recibir los mismos sueldos de inanición, pero nunca podré experimentar el abyecto infortunio de no saber a dónde ir cuando el último dólar se haya agotado. Tres dólares a la semana para una chica sola en la ciudad significa hambre o vergüenza...

El vestidor, el baño y el comedor eran los más asquerosos y sombríos en los que nunca he tenido la desgracia de entrar... Y allí era donde las mujeres que traían sus almuerzos tenían que comerlos... [Por la noche] había siempre hombres en las esquinas de las calles preparados para hablarles a las chicas que iban solas, y un paso dudoso significaba peligro. Casi todas las mañanas las chicas tenían alguna historia que contar de encuentros con hombres de todas clases, y por una experiencia propia pude comprobar que, en efecto, no estaban exagerando. Una noche, bajé del tranvía tarde,

tras la medianoche, y pronto me di cuenta de que me estaban siguiendo. La caza continuó durante dos manzanas, hasta que llegué tambaleándome sin aliento a la entrada de mi edificio, con mi perseguidor a menos de cinco pasos. Mi terror me había dado la fuerza para huir de él...

El domingo en casa era un día tranquilo. Todo el mundo estaba cansado y desanimado... La mayoría de las chicas... vigilaban sus pequeñas ganancias con cuidado. Para mis gastos yo me guiaba por los de ellas y llevaba un registro preciso de mis desembolsos semanales. Aquí presento los conceptos:

Pensión de una semana	2,50 $
Tarifa tranvía, 6 días a 10c	60
Comida 5 días, a 15c	75
Comida un día, 10c	10

[MacLean proporciona un registro detallado que suma un total de gastos de 4,79$].

Lo que gané en la semana fue lo siguiente:

Salario	2,00 $
Comisiones	3,25 $
	5,25 $
Menos multas	0,30 $
	4,95 $

Por tanto, tenía un saldo positivo de dieciséis céntimos después de pagar mis facturas, y esto era lo mismo que tenía mucha gente. A ese ritmo me llevaría mucho tiempo ganar lo suficiente para comprar un par de botas...

Las horas se hacían muy largas. Trabajábamos de ocho de la mañana a once de la noche, con la excepción de la víspera de Navidad, que trabajamos hasta las doce...

... ¡Me parecía que mis pensamientos estaban siempre centrados en mis pies! Nuestros brazos se cansaban, también. Teníamos que saber negociar bien con el stock. Un hombre me hizo abrir y coger las muñecas de diecinueve cajas para ver si no podía encontrar una con los ojos negros y el pelo rubio.

Le dije que se habían vendido todas, al precio que deseaba, pero quería que verificara mi afirmación. Como si le importara a un bebé de dos años...

... [L]os salarios eran desgraciadamente insuficientes. El promedio era de cuatro a cinco dólares a la semana... Que se atravesaban los caminos de la deshonra para suplementar los bajos ingresos era un hecho abiertamente conocido entre las chicas... Consideraban la cuestión únicamente desde un punto de vista comercial, y justificaban su conducta por lo apremiante de la necesidad. Las propias chicas decían... «Si no consigo un salario mayor tendré que volverme mala. Pero odiaría deshonrar a mi familia»... «*Tenemos que ganarnos la vida*».

... Todas las dificultades de la vida de la chica de la tienda son menores ante este grave peligro que tiene que afrontar. Un apoyo adecuado es la primera necesidad. La mejora de las condiciones sanitarias y de las oportunidades para el descanso pueden ocupar perfectamente un segundo lugar. Se puede hacer que estén seguras por ley; pero debe haber una acción unitaria por parte de los compradores y las propias vendedoras se deben organizar. Se debería fomentar el espíritu sindical, y enseñar a las mujeres trabajadoras el poder del esfuerzo conjunto...

En las dos semanas que estuve empleada trabajé ciento setenta y cinco horas y recibí once dólares y ochenta y ocho centavos, o algo menos de 6 centavos la hora... Voy a presentar aquí, en forma de tabla, información que reuní de mis compañeras trabajadoras sobre ellas mismas... [La tabla de MacLean describe a sus informadoras en función de su empleo, horas de trabajo, horas extras, salarios semanales, compensaciones adicionales, coste de vida semanal, estado civil y salud].

LECTURA 7-3

EXTRACTO DE «AIMS AND PRINCIPLES OF THE CONSUMERS' LEAGUE» [OBJETIVOS Y PRINCIPIOS DE LA LIGA DE CONSUMIDORES] DE FLORENCE KELLEY

Esta selección se ha extraído de las páginas 289-299. Kelley reivindica tanto la ética como el interés propio e insta a la necesidad de organizarse.

A lo largo de nuestras vidas elegimos, o la elección se hace por nosotros, cómo disponemos del dinero... Cuando lo hacemos, ayudamos a decidir, aunque inconscientemente, cómo pasarán el tiempo nuestros compañeros hombres haciendo lo que compramos. Pocos de nosotros podemos dar mucho a la caridad... Pero sean cuales sean nuestras donaciones, son menos decisivas para el bienestar o el infortunio de nuestros compañeros que nuestros gastos habituales. Para un hombre es importante aquello en lo que le convierte su trabajo –un artista, un artesano, un esclavo, una víctima del taller textil de explotación laboral, o simplemente para que dé menos lástima, un trabajador del taller textil–. Todos estas y muchas más clases de trabajadores existen para suministrar las demandas que están representadas en nosotros, en nuestros amigos y en nuestros conciudadanos.

Aquellos de nosotros que disfrutan del privilegio del voto pueden ayudar, una o dos veces al año, a decidir sobre la tarifa, o la moneda, o la tasa de impuesto local que se ajustarán a nuestras industrias. Pero todos nosotros, en cada momento, decidimos con nuestros gastos qué industrias sobrevivirán, y en qué condiciones.

Expresado de forma general, *el* objetivo de la *National Consumers' League* es moralizar esta decisión, reunir y poner a disposición información que nos capacite para decidir a la luz del conocimiento, y recurrir a las conciencias, de manera que cuando se tome una decisión, esta sea la correcta.

La *Consumers' League* actúa, por tanto, sobre la proposición de que es finalmente el consumidor el que determina toda la producción, ya que cual-

Fuente: Florence Kelley, «Aims and Principles of the Consumers' League», *American Journal of Sociology*, 5 (1899), pp. 289-304.

quier producto dado debe dejar de producirse si todos los consumidores dejan de comprarlo...

Sin embargo, aunque todo el grupo de consumidores determine, en este largo camino a largo plazo, lo que se producirá, el consumidor particular no tiene actualmente, por deseo de la organización y por su conocimiento técnico, los medios adecuados para hacer oír sus deseos, hacer que su demanda sea una demanda efectiva...

Se cuestiona a veces si... es cierto que en general las leyes protegen al comprador, y que el productor vuelca todas sus energías en cumplir los deseos de los consumidores... estas son realmente dos preguntas, y se deben contestar separadamente.

Primero, la del productor y su esfuerzo por cumplir los deseos del consumidor. Es cierto que cada fabricante estudia el mercado; está condicionado para tener éxito en sus negocios... El fracaso de un porcentaje enorme de fabricantes muestra lo difícil de esta tarea de inferencia... Las dificultades del fabricante se intensifican enormemente por la extraordinaria incompetencia del comprador «promedio» para juzgar por su propia cuenta los artículos deseados. ¿Qué ama de casa puede detectar, sola y sin ayuda, los químicos perjudiciales en sus suministros de leche, pan, carne o remedios caseros?...

... [U]n gran volumen de productores han recurrido durante mucho tiempo a la estrategia más simple de la publicidad. Esta no requiere ninguna calidad en la educación. No está claramente pensada para educar o instruir sino para estimular, persuadir, incitar, seducir e inducir al indiferente a comprar. Gran parte de la publicidad actual... apunta directamente a la ignorancia del comprador...

Al productor la liga le ofrece la condición que más necesita para el éxito: un conjunto de consumidores estables de alguna manera. En Gran Bretaña, donde el movimiento cooperativo ha crecido lentamente hasta proporciones enormes, los compradores, uniendo sus intereses, han sido capaces de emplear a compradores expertos que pueden estipular de antemano las condiciones de la fabricación, así como los precios y las calidades; y obtener en respuesta a la demanda estable que representan, bienes producidos por fabricantes conscientes, de antemano, de los deseos de esta parte del público comprador. En este país, en ausencia de tales organizaciones, se deja que la oferta y la demanda se regulen ellas mismas automáticamente, arrui-

nando en el proceso a un gran número de comerciantes y fabricantes que adivinan sin éxito los deseos del público...

La *Consumers' League* reconoce el hecho de que esta previsión ciega, que infiere y deduce los deseos del consumidor a partir de su acción en el pasado, aunque sea casi universal en este país, no es una consecuencia inevitable de ninguna ley natural o social. Toda ley sobre fabricación se promulga en reconocimiento del hecho de que las relaciones humanas de oferta y demanda son susceptibles de modificaciones favorables; el movimiento cooperativo es un testimonio más del mismo hecho; la *Consumers' League*, última en llegar a este terreno, aspira aún a otra demostración de esta verdad.

Por lo que se refiere a la segunda parte de la consulta, si el conumidor está o no sustancialmente protegido por las leyes... [u]na de las consideraciones más importantes es el hecho de que la legislación no es de ninguna manera uniforme en todos los estados. ... [Y] por la constitución de los Estados Unidos ningún estado puede prohibir la importación de bienes elaborados en otro estado, por mucho que los criterios acerca de las condiciones de fabricación en ese estado puedan ser menos estrictos que los suyos propios. Aunque no sea con otro propósito, parece que hay espacio en la *National Consumers' League* para trabajar en la promoción de una legislación uniforme que proteja al consumidor.

Tampoco es esto todo... El Departamento de Trabajo de Washington, la agencia estatal de estadísticas laborales, los inspectores estatales de las fábricas, los equipos municipales de salud, todos publican... información diseñada a instruir e iluminar al público... [Pero] ninguno de estos funcionarios publica la lista de sastres a quienes los comerciantes textiles les dan sus productos para fabricarlos; como tampoco ninguno de ellos pueda dar información posiblemente sobre dónde se pueden detectar con éxito las adulteraciones de alimentos en las cocinas privadas. Hay una necesidad apremiante de que una sociedad privada investigue ciertas ramas específicas de la producción... para garantizar que los productos se fabrican en condiciones higiénicas y saludables.

De forma incidental, es cierto que es probable que la comunidad disfrute de los beneficios de una aplicación más rígida de las ordenanzas y los estatutos de forma proporcional a su colaboración con los funcionarios que escriben estos informes a través de organizaciones voluntarias...

La *National Consumers' League* actúa sobre la proposición de que, para constituir una demanda efectiva de los bienes elaborados en las condiciones adecuadas, debe haber un número de consumidores suficientemente grande como para asegurar compras estables y considerablemente grande como para compensar los gastos incurridos por los empleadores justos... Los criterios adoptados actualmente abarcan cuatro requisitos, a saber: que todos los productos se fabriquen por el fabricante siguiendo sus propias premisas; que se acaten todos los requisitos de la ley estatal de fábricas; que no se emplee a ningún niño por debajo de los dieciséis años; y que no se trabajen horas extras. Se espera que en un tiempo razonable pueda ser posible incluir algún requisito sobre salarios mínimos...

Desde el éxodo de la fabricación en el hogar, la gran función industrial de las mujeres ha sido la de compradora... Es, por tanto, muy natural que el primer esfuerzo por educar al gran conjunto de variados compradores sobre el poder del consumidor fuese emprendido por las mujeres, entre mujeres, y para favorecer a las mujeres y a los niños. Habiéndose probado exitoso, en límites moderados, en ese terreno, ahora se está extendiendo a otras personas con independencia de su edad o sexo.

LECTURA 7-4

EXTRACTO DE «PSYCHOLOGICAL AND ENVIRONMENTAL STUDY OF WOMEN CRIMINALS» [ESTUDIO PSICOLÓGICO Y AMBIENTAL DE MUJERES DELINCUENTES] DE FRANCES KELLOR

Esta selección se ha extraído de las páginas 671-682. Este es el segundo de dos artículos de Kellor; en el primero expone los resultados de las medidas físicas que tomó de las delincuentes, como sugería en su investigación y teoría el sociólogo italiano Cesare Lombroso, que argumentaba que la delincuencia era innata en algunas personas y que el científico social podía

Fuente: Frances Kellor, «Psychological and Environmental Study of Women Criminals», *American Journal of Sociology*, 5 (1900), pp. 671-682.

descubrir el potencial criminal detectando los rasgos fisiológicos y mentales. Kellor trabaja aquí para establecer los factores sociales y ambientales que inducen a la gente a cometer actos delictivos, cuestionando la teoría de una predisposición genética al delito. El Club de Mujeres de Chicago financió parcialmente su investigación.

Aunque... a menudo estén estrechamente interrelacionados con las condiciones psíquicas, ¿cuáles son algunos de los factores [sobre la delincuencia femenina] verificados por la investigación sociológica? Entre las fuentes y los métodos se incluyen... el hábitat de las delincuentes... los datos que muestran los registros institucionales, las observaciones que recogen las supervisoras según las captan ellas, y el interrogatorio a las delincuentes y a sus cómplices... El interrogatorio a las delincuentes y sus cómplices se lleva a cabo frecuentemente... durante conversaciones aparentemente casuales con las mujeres en las prisiones...

Los resultados que se obtienen de estas fuentes y con estos métodos se pueden agrupar en los siguientes temas: naturaleza del delito, edad, nacionalidad, religión, estado civil, número de hijos, ocupación, educación, hábitos, reincidencia, degradación, sentido moral, influencia económica, padres y sus ocupaciones, laboriosidad, cómplices, enfermedad, influencias biológicas.

La pregunta que surge a menudo: ¿Qué delitos cometen las mujeres más comúnmente? ... los delitos de las internas de los asilos para pobres son... contra la moral pública, el orden público, y las normas públicas... [E]n las penitenciarias... los delitos son sobre todo contra la propiedad y la seguridad pública... Cuando se amenaza la seguridad pública, como en los homicidios, las condiciones emocionales de la mujer entran en juego, a diferencia del caso de los hombres, para quienes el motivo suele ser conseguir algún beneficio.

Por lo que se refiere a la edad de las mujeres delincuentes, no se puede decir casi nada. Esto depende completamente de sus declaraciones, que no son de fiar...

Los registros institucionales ponen el acento en la nacionalidad y la religión. Estos parecen tener un efecto negativo en comparación con otros factores... a menos que se conozca el lugar de nacimiento de los padres, y el tiempo que llevan los padres y las delincuentes en América. Las fuerzas sociales y sus efectos sobre ellas son por otra parte incomprobables.

La primera objeción a las conclusiones sobre las estadísticas referentes a la religión es que están muy estrechamente relacionadas con la nacionalidad...

... No es muy importante la cuestión de si numéricamente hay más mujeres delincuentes casadas o solteras como el hecho de que haya una cantidad tan grande de mujeres casadas en las prisiones. A menudo estas mujeres son madres... [L]as cifras varían según la localidad, pero muestran que... [e]l matrimonio de muchas de estas mujeres no las aleja completamente del mundo competitivo, ya que tienen que contribuir frecuentemente al sustento de la familia... [L]as conversaciones con algunas de las mujeres revelan un grado elevado de infelicidad doméstica... la dureza del entorno y la brutalidad de sus cómplices...

Considero importante la ocupación por muchas razones. De las 1.451 mujeres en la Isla de Blackwell, 1.208 eran empleadas domésticas, 125 amas de llaves (normalmente una ocupación dudosa relacionada con el concubinato)... Un análisis de la clase de empleadas domésticas, tal y como están en las ciudades, puede sugerir [que]

[p]or las siguientes razones, no hay otra ocupación para las mujeres que incluya a tantas delincuentes: (1) el gran número de mujeres en esta ocupación, (2) es la ocupación de muchas mujeres de las clases más bajas cuando otros medios fallan; (3) los salarios inadecuados para la satisfacción de sus deseos en vestido y diversiones...; (4) el camino fácil que esta ocupación proporciona hacia la prostitución, a través de sus tentaciones, casi todos los casos de prostitución que resultan de la seducción son de esta clase; (5) las oficinas de empleo para sirvientas que a menudo lo que procuran son lugares para la prostitución; (6) la educación limitada y la percepción errónea de la relación entre las cosas, especialmente cierto para el colectivo extranjero...

... [E]ncontré más confusos los datos correspondientes a la educación... [S]e debe comprobar la educación, y no [confiar] en la aserción verbal de la delincuente... [Por ejemplo,] a través de mis tests me enteré del grado y del nivel de lectura vigente cuando la persona dejó la escuela...

... Es una opinión prevaleciente que cuando las mujeres son delincuentes se degradan y abandonan más que los hombres. De la observación de ambos sexos, se deduce que esto parece más bien debido a las diferencias

en las referencias que establecemos para los dos sexos. Decimos que la mujer está peor, pero lo valoramos así por comparación con el ideal de mujer, no con el ideal común... La dejadez en la conversación y en las maneras, la falta de higiene en los hábitos y en la persona, existen en un alto grado; pero los hombres y las mujeres vienen de las mismas clases, tienen los mismos referentes y conocen la misma vida. Por tanto, desde este punto de vista las mujeres no están más degradadas que los hombres...

Intenté sacar algo de luz sobre las oportunidades durante la infancia, a partir del número de hijos en la familia de la delincuente, que combiné con información sobre las condiciones económicas, si estaba disponible...

El número de hijos, junto con la ocupación de los padres, que era normalmente algún tipo de venta o trabajo no cualificado, y la temprana edad a la que muchas de ellas buscaron trabajo, muestran que sus oportunidades de avanzar debían haber sido inferiores de las de quienes habían logrado una buena educación.

La actividad de las mujeres proporciona otra condición interesante. De 115 registradas, 60 admitieron que estaban desocupadas cuando cometieron el delito...

Que las condiciones económicas de la mujer la hacen más vulnerable a la inmoralidad ha sido tan ampliamente estudiado en otros trabajos que solo aporto una ilustración, resultado de una investigación en Nueva York. Tras recortar de los periódicos unos treinta anuncios para oficinistas, taquígrafos, contables, etc., mi ayudante fue contestándolos. Aunque visitó solo algo más de la mitad de los lugares, casi todos ellos fueron trampas que le tendieron con propósitos inmorales, y las propuestas se las hicieron tan abiertamente que declinó contestar más. A una chica que depende de sí misma en una gran ciudad, le ofrecen de forma atractiva las oportunidades para la inmoralidad...

A pesar de que se presenten factores como los anteriores... no se realizan intentos para negar la falsedad del lado biológico de la delincuencia...

... [Pero] queda mucho trabajo por hacer aquí y mucha investigación sobre las clases no delincuentes, pero de las que proceden los delincuentes...

... Dos cosas se necesitan en un estudio de sociología criminal: una presentación de los hechos que haga posible una actitud más racional y solidaria de parte de la clase no-delincuente, una legislación que fuerce a re-

conocer estos hechos, y no volver a los precedentes de la Edad Media en esta iniciativa. Las necesidades son tales que deberían presionar a que cualquier ciencia que se presente como fiable y liberal se ponga al servicio de la investigación social, y la alivie de la carga de la mera teorización.

LECTURA 7-5

EXTRACTO DE *SOME ETHICAL GAINS THROUGH LEGISLATION* [ALGUNAS MEJORAS ÉTICAS A TRAVÉS DE LA LEGISLACIÓN], DE FLORENCE KELLEY

Esta selección se ha extraído del capítulo 3, «The Right to Leisure», páginas 105-126. En este libro, Kelley presenta argumentos a favor de ciertos derechos básicos de la gente, tales como el derecho a la infancia o, en el caso a continuación, el derecho al ocio. Ofrece un análisis en capítulos diferentes de cada legislación en particular que ha intentado hacer cumplir las normas que garantizan dichos derechos, y de la suerte de dicha legislación en las cortes. Aquí defiende que las asociaciones de voluntarios y el Estado hagan efectivo el derecho al ocio.

El esfuerzo por establecer el derecho al ocio vino de un movimiento característico del siglo XIX, que acompañó al desarrollo de la maquinaria... El domingo descanso, el sábado medio día de fiesta, el Día de los Caídos, el Día del Trabajo, el cumpleaños de Lincoln... [l]as tiendas cerraban antes... La prohibición del trabajo de las mujeres y los niños por la noche... los esfuerzos por parte de la legislación sobre el trabajo infantil... por asegurar catorce años libres para la escolarización y un crecimiento saludable... el movimiento por las diez horas, y más tarde... el movimiento por las ocho horas.

La lucha por conseguir una jornada laboral más corta se describe normalmente como el esfuerzo del trabajador por hacer el menor trabajo excesivo posible en respuesta al pago que recibe y muchos trabajadores aceptan pasivamente esta afirmación del espíritu de este movimiento. El esfuerzo de

Fuente: Florence Kelley, *Some Ethical Gains through Legislation* (Nueva York: Macmillan, 1905).

la gente asalariada por obtener, en forma de tiempo libre, una parte proporcional de las ganancias universales que resultan de la productividad incrementada en cada ocupación, debido a la mejora incesante de la maquinaria, es sin embargo susceptible de interpretación.

Obviamente el rasgo característico de la vida industrial del siglo XIX era el aumento sin precedentes de la producción en todas las ramas... La cuestión ética fundamental del siglo fue, en esencia, la distribución equitativa de estas posesiones nuevas adquiridas por la raza humana.

Quizás más preciado que todo lo enumerado es el ocio como consecuencia imponderable e inmaterial para el ser humano... Aun así, por razón de su distribución desigual, permaneció, en la forma asocial y vulgar de tiempo desempleado, como la desgracia y la tristeza de una buena proporción de la clase trabajadora, que estaba condicionada a dedicar generaciones a un esfuerzo organizado por regular, equilibrar y redistribuir su tiempo de trabajo y su tiempo libre...

Asegurar el ocio diario es un elemento esencial para una vida saludable. Sin él, la infancia es infortunada, perversa, deforme; la edad adulta se vuelve innoble y no merecida por un ciudadano de la República. La autoayuda y la autoformación entre los asalariados dependen tanto del ocio diario como del trabajo diario. La fatiga excesiva impide la posibilidad de reuniones bien dirigidas de clases, logias, sociedades cooperativas y otras formas de esfuerzo organizativo para la automejora...

A medida que la maquinaria se vuelve cada vez más automática y la delicada maquinaria reduce el trabajo... a... un desempeño completamente monótono... el ocio se convierte en indispensable para equilibrar el efecto de adormecimiento mental que ejerce el trabajo diario... Sin el ocio regular y organizado, no puede haber una inteligencia sostenida en el electorado votante.

En aquellas ocupaciones en las que prevalecen las largas jornadas de trabajo, los empleados están obligados a vivir cerca de sus lugares de trabajo, y por tanto, ese sobrepoblamiento se intensifica, lo que es una de las características más desafortunadas de las grandes ciudades manufactureras. Acortar las jornadas de trabajo proporciona a la población trabajadora un margen más amplio de selección en la localización de sus viviendas, beneficiando así a las mujeres y a los niños, como también a los propios operarios.

Asegurar diariamente el ocio sirve a un propósito de gran valor social, al permitir que el asalariado administre ese recurso de energía nerviosa que requiere para continuar una vida de trabajo activo tras pasar la juventud. En los comercios textiles, los hombres son viejos a los cuarenta y las mujeres son mayores a los treinta, lo que resulta fundamentalmente de las alteraciones por la sobrecarga de trabajo y la impuesta desocupación, y de la ausencia de ese periodo de descanso regular suficiente y recurrente entre el cierre de un día de trabajo y el comienzo del siguiente, que es lo único que permite al cuerpo y a la mente soportar días de trabajo continuo sin agotarse...

Puede ser justamente reivindicado, entonces, que el establecimiento del ocio regular diario contribuye a la salud, la inteligencia, la moral, el alargamiento de la vida en el comercio, la mayor libertad de elección de los alrededores del hogar, el ahorro, la autoayuda y la vida familiar de la gente trabajadora. Dando por hecho que no todos los trabajadores hacen el mismo uso valioso del tiempo libre, así como los miembros de la clase ociosa varían en los usos a los que aplican su ocio, sigue siendo cierto que, sin tiempo libre, estos beneficios son imposibles. Estar privado de tiempo libre es estar privado de aquellas cosas por las que merece la pena vivir.

El ocio parece que ha llegado a diferentes grupos de personas de diferentes maneras; a algunos automáticamente, sin esfuerzo de su parte; a otros como resultado de una larga y penosa lucha; a muchos no les ha llegado nada. La proporción de la sociedad a quien no le ha llegado el ocio consiste, por una parte, en el gran grupo de niños y chicas jóvenes de la industria textil y otras industrias en estados en los que no hay leyes que definan todavía los límites de su jornada laboral y de su semana laboral; y por otra parte, en el colectivo de trabajadoras no cualificadas tan desorganizadas e indefensas como los propios niños...

A través de la educación de la opinión pública se ha conseguido algo en la provisión de tiempo libre en ciertas ocupaciones... Las horas de trabajo de las empleadas y los niños en las cajas de las tiendas de muchas ciudades se han mejorado como consecuencia de los esfuerzos de las ligas de consumidores en algunos lugares, y de las asociaciones de protección de los empleados de los comercios minoristas en otros, que han inducido al público comprador a considerar a los empleados cuando planean sus horarios para las compras.

El comercio de los cigarrillos ha disfrutado durante mucho tiempo de los beneficios de jornadas laborales cortas a causa del... principio que todos los sindicalistas reconocen, y de acuerdo con el que actúan miles de ellos conscientemente. Se han gastado millones de dólares en anunciar su marca; los cigarrillos de esa marca se hacen solo en tiendas en las que la jornada laboral está limitada a ocho horas; y los trabajadores de todos los oficios... compran los cigarrillos así recomendados... Es un hecho interesante y significativo que las organizaciones mencionadas que usan este método están entre las defensoras más persistentes de la legislación que restringe las horas de trabajo, actuando de acuerdo con el principio de que se deben seguir, no uno, sino todos los métodos para proteger el tiempo de ocio de los trabajadores, conocedores por experiencia de hasta qué punto es más efectivo su esfuerzo cuando se dirige hacia la aplicación de las leyes que cuando se limita solo a la persuasión.

LECTURA 7-6

EXTRACTO DE «THE CHICAGO EMPLOYMENT AGENCY AND THE INMIGRANT WORKER» [LA AGENCIA DE EMPLEO DE CHICAGO Y EL TRABAJADOR INMIGRANTE] DE GRACE ABBOTT

Esta selección se ha extraído de las páginas 289-298 y 305. Abbott explora las actuaciones de las agencias de empleo, que preocupan mucho a las Mujeres de Chicago, cuyas investigaciones muestran repetidamente que son actuaciones cuestionables, que a menudo defraudan a los inmigrantes y sirven para procurar mujeres a los círculos de prostitución. Abbott deja claro que su conocimiento procede de sus esfuerzos por cambiar este sistema y enfatiza las conexiones entre poder y discriminación.

Ignorante de nuestro idioma, el país, y los niveles salariales americanos, y presionado por su pobreza a aceptar el primer trabajo posible, el inmigrante

Fuente: Grace Abbott, «The Chicago Employment Agency and the Immigrant Workers», *American Journal of Sociology*, 14 (1908), pp. 289-305.

está especialmente indefenso cuando se ofrece al mercado de trabajo... [D]epende en la mayoría de los casos del agente de empleo privado y se convierte, por su ignorancia y necesidades, en una gran tentación para el agente honesto y una gran oportunidad para el que no tiene escrúpulos. Por esta razón, se realizó una investigación sobre las oficinas de Chicago, con el fin de determinar en qué tipos de trabajo se incorporan, de qué formas se les explota y qué cambios son necesarios en la legislación para reducir tal explotación a un mínimo. [La investigación se limitó a] 110 agencias... [ya que eran] las únicas en la ciudad que trataban con inmigrantes en grandes volúmenes. De estas, cincuenta y seis proporcionaban trabajo a hombres, treinta y tres a mujeres, y veintiuna a hombres y mujeres. Como las condiciones y las dificultades de los hombres y de las mujeres inmigrantes son bastante diferentes, se deben considerar separadamente sus relaciones con los agentes de empleo.

... El problema... hasta ahora, en lo que se refiere a la chica inmigrante, es asegurarle un trabajo en el que esté protegida moralmente... Mientras haya... una sobredemanda y una escasez de oferta de trabajadoras domésticas... siempre tendrá este trabajo al que recurrir.

Tabla que muestra el tipo de trabajo proporcionado a las mujeres inmigrantes por las agencias de empleo de Chicago

	Agencias que solo colocan a mujeres
Agencias que ofrecen trabajo doméstico	28
Agencias que ofrecen trabajo en hoteles o restaurantes	18
Agencias que ofrecen trabajo en las fábricas	4
	50
Agencias contadas dos veces	17
Número total	33

Con el hombre inmigrante la situación es mucho más difícil... por su ignorancia del inglés... no puede trabajar con un intérprete. Solo se puede contratar a intérpretes de una forma rentable cuando trabajan juntos grandes grupos de inmigrantes. Las fundidoras, los mataderos, las minas, los ferrocarriles, las líneas de tranvía o la construcción de edificios, los terrenos agrícolas, los aserraderos y campamentos de hielo contratan a esos grupos... Gran parte de este trabajo es estacionario y está localizado a larga distancia de la ciudad... La paga no es buena... La pensión es cara y de poca calidad... [L]os hombres deben volver a Chicago para su siguiente trabajo, así que deben sumar el billete de vuelta en el tren... [A pesar de ello] es trabajo que puede hacer el inmigrante, porque en la mayoría de los casos debe trabajar inmediatamente, y lo acepta encantado. Esto significa que cualquiera que sea su formación y experiencia debe trabajar como aprendiz en la jerarquía de los trabajadores temporeros no cualificados...

Obligado a obtener trabajo a través de las agencias privadas de empleo, el inmigrante normalmente sufre de una de las tres siguientes maneras: (1) está sobrecargado en las tareas que realiza; (2) el trabajo obtenido no es como lo presentaba la agencia por tipo, permanencia o remuneración; (3) no logra conseguir el trabajo o el trabajo dura solo unos pocos días, dejándole a una enorme distancia de los mercados de trabajo de la ciudad...

... Algunos casos concretos... han llamado la atención de la Liga [Protectora de Inmigrantes]... Uno [de ellos]... estuvo protagonizado por húngaros. Eran cincuenta y tres hombres y dos mujeres que esperaban ser las cocineras de la cuadrilla, una de las cuales tenía un bebé. Fueron contratados el 14 de abril por un agente de Chicago, a través de un agente de St. Louis. Cada uno pagó al agente de Chicago catorce dólares, quien les prometió trabajo estable a 1,40 $ al día. Cuando llegaron a Leslie [Arkansas]... [l]es dijeron que el trabajo estaba a veinticinco millas de allí. Caminaron hacia ese lugar, pero el encargado se rió de ellos y les dijo que no tenía trabajo para tanta gente. Al final puso a trabajar a quince hombres y a la mujer que no tenía cargas con el bebé. El resto... comenzó a caminar de vuelta a Chicago... Al final del tercer día la mujer lo dejó y el hombre le quitó el dinero y la mandó de vuelta en ferrocarril. Entonces se desperdigaron para encontrar trabajo por el camino. A dos de ellos los disparó la policía en St. Louis y la última vez que se supo algo de ellos estaban en un hospital allí. El resto finalmente llegó a Chicago...

Diez trabajadores polacos dejaron una casa en la parte oeste y fueron a Wyoming el pasado invierno esperando trabajar en un aserradero. Pagaron diez dólares por persona a un agente. Cuando los sacaron del tren en Wyoming se dieron cuenta de que no había trabajo con las características descritas, pero les dieron trabajo por poco tiempo en los ferrocarriles. Después empezaron a caminar de vuelta. Uno de los hombres, un joven brillante de veintidós años, se congeló el pie. Sin dinero para pagar a un médico y presionado para seguir caminando, cuando finalmente llegó a Chicago tenía una septicemia y se le tuvo que amputar. Aunque discapacitado para toda la vida, no siente tanto resentimiento hacia el agente que lo envió como vergüenza por haber sido tan ignorante como para no conocer el clima de Wyoming, y humillación por haber resultado una víctima tan fácil. Esta es una de las cosas más patéticas en relación con el trabajo. Los hombres sienten vergüenza de contar su historia. «Todo el mundo engaña al novato», dicen, y se quieren esconder de aquellos que están ansiosos por ayudarles, ya que consideran la ayuda un insulto a su inteligencia...

... [T]odo esto revierte en la ciudad, ya que hace de Chicago la sede central de lo que es realmente una armada de trabajadores informales que mantienen a la baja los salarios de los trabajadores regulares no cualificados de la ciudad. Peor que esto, tras las experiencias que muchos de estos hombres sufren cuando salen de la ciudad, es cada vez más difícil reducir la pobreza en la ciudad y el sobrepoblamiento distribuyéndolos por todo el país, y estos trabajadores estacionarios desempleados se convierten en materia de la que se forma una clase social degradada.

El... remedio sugerido para esta situación es... alguna modificación de la ley actual de las agencias de empleo. Sugiero que las tasas a pagar sean públicas y uniformes, que no haya división de tasas entre contratantes, que las notificaciones contengan información detallada sobre el trabajo y que el empleador se dirija al candidato en un idioma que pueda entender, que se permitan daños y perjuicios si el trabajo no es seguro o no es como se presentó, y que las tasas se reembolsen rápidamente cuando no se haya asegurado ningún trabajo o cuando solo dure un corto espacio de tiempo. Estas reformas se piden no solo para proteger al inmigrante, sino a la comunidad en la que vive.

LECTURA 7-7

EXTRACTOS DE *THE EDUCATION OF WOMEN* [LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES] DE MARION TALBOT

Estas selecciones se han extraído de las páginas 10-49. Talbot ofrece en este trabajo un resumen completo de la educación de las mujeres en los Estados Unidos hasta 1910. Su atención en la primera parte del libro, del que se extraen aquí algunos fragmentos, se centra en cómo los cambios materiales en la producción hacen que la educación de las mujeres sea una necesidad social creciente. Sus argumentos aúnan muchos de los análisis de otras mujeres en este volumen.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO 2, «THE INDUSTRIAL AND COMMERCIAL CHANGE» [EL CAMBIO INDUSTRIAL Y COMERCIAL]

El cambio más impactante en los intereses de las mujeres es debido a la revolución industrial o a la introducción del sistema de fábricas. La eliminación de las industrias caseras en los hogares se ha producido rápidamente... y solo permanecen remanentes de estas ocupaciones, de manera que si la casa es ahora un taller, frecuentemente es uno que difícilmente merece su nombre, ya que el trabajo retenido es no cualificado o «atrasado».

Con... excepciones sin importancia, el hogar ha dejado de ser un centro de producción, y las mujeres trabajadoras han continuado su trabajo en las fábricas, fuera del hogar... y en otras ocupaciones asalariadas. ...

La lista de ocupaciones incorporada al Duodécimo Censo (1900) contenía 303 empleos separados, en 295 de los cuales se encontraban las mujeres...

Había, no obstante, solo dieciocho ocupaciones que empleaban a un 1% o más de un 1% del total de mujeres con empleo remunerado, y estas dieciocho juntas empleaban al 86,8% del total...

Cuando se comparan estas cifras con las de 1890, se observa que en cuatro ocupaciones hay un descenso de mujeres empleadas en comparación con

Fuente: Marion Talbot, *The Education of Women* (Chicago: University of Chicago Press, 1910).

la población, y que estas ocupaciones son las que popularmente se supone que son de mujeres, véanse, modistas, costureras, sirvientas y camareras.

> De las otras catorce ocupaciones de este grupo, una, la de «taquígrafas y mecanógrafas», triplicaba sus cifras... «vendedoras», «contables» y «enfermeras y matronas» tenían más del doble; cuatro: «músicas y profesoras de música», «amas de llaves de pensiones y alojamientos», «amas de llaves y camareras» y «lavanderas», se habían incrementado en más de la mitad[‡].

Debido a este cambio, las mujeres tienen ahora la importante función de decidir cómo se consumirán los productos del trabajo de otras personas... [ya que] el centro de consumo es el hogar. Esta es una responsabilidad nueva y seria, que requiere... un conocimiento de los tejidos y de otros materiales, de los métodos de producción, de las leyes que gobiernan los diferentes procesos industriales, de los criterios de adecuación del artículo y de la eficiencia en el trabajo. Debería incluir también una valoración de las necesidades humanas que ayudará a determinar las condiciones en las que se producen los bienes, y a demandar talleres libres de enfermedades, la prohibición del trabajo infantil, horas razonables y salarios decentes para los trabajadores... Actualmente, las chicas no reciben una formación proporcional a su importancia para cumplir con estos nuevos deberes...

Afortunadamente, hay algunos que ven maneras de trabajar para lograr un poder directivo inteligente en este terreno. La *Consumers' League* y la *Woman's Trade Union League* son ejemplos de experimentos en esta dirección.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO 3, «THE EDUCATIONAL CHANGE« [EL CAMBIO EDUCATIVO]

Los nuevos niveles educativos de las mujeres constituyen otro factor de influencia que ha estado funcionando y que afecta a su posición e intereses. En la primera mitad del siglo XVIII menos del 40% de las mujeres de Nueva Inglaterra que firmaron papeles legales escribieron su nombre; las otras pusieron su marca...

---

‡ Edith Abbott y Sophonisba P. Breckinridge, «Employment of Women in Industries», *Journal of Political Economy*, enero, 1906.

... Se establecieron escuelas libres de primaria y secundaria de forma generalizada en las décadas que precedieron a la Guerra Civil. Se puede identificar el empleo de profesoras en cantidades relativamente altas por los efectos de la Guerra Civil... La apertura de instituciones de enseñanza superior para las mujeres empezó en 1833 con la fundación del «Oberlin Collegiate Institute», que desde sus inicios admitía a mujeres además de hombres. Le siguió el *Antioch College* en 1853, y las universidades estatales que comenzaron con la de Utah, abrieron todas sus puertas a las mujeres en 1850, con la excepción de Florida, Georgia y Virginia. En muchas universidades las mujeres ocupan puestos de enseñanza, aunque todavía en su mayoría de rango inferior, y siempre con promociones más lentas y fecuentemente con salarios inferiores a los que reciben los hombres en la misma categoría...

... [E]l movimiento prosiguió con una fuerza que lo marcó como una de las grandes características del siglo pasado...

... Cualesquiera que sean las modificaciones que se puedan hacer para limitar el número [de mujeres] en una institución, como en la Universidad Leland Stanford Jr., o dar instrucciones para separarlas de los hombres, como en la Universidad de Chicago, o incluso negarse a conceder la admisión [de mujeres], como en la Universidad Wesleyan, se ha establecido el principio, que ya no se sacrificará, de que las mujeres tengan, si lo desean, la mejor formación intelectual que el mundo conoce...

... [L]as cifras obtenidas del *Report of the United States Commissioner of Education for 1907-08* miden en parte la fuerza de este movimiento educativo... [Talbot proporciona varias páginas de gráficos mostrando la presencia de las mujeres].

De la plantilla de profesores en las matrículas escolares de los Estados Unidos, el 78% son mujeres.

De la plantilla de profesores en los centros de secundaria, el 56% son mujeres...

El 52% de los inspectores y el 91% de los profesores, en ciudades por encima de los 8.000 habitantes, son mujeres...

De los alumnos graduados en universidades y escuelas tecnológicas abiertas a ambos sexos, el 34% son mujeres...

De los 543 colegios profesionales, a 268 asisten mujeres.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO 4, «THE CIVIC CHANGE» [EL CAMBIO CÍVICO]

La nueva era industrial y las crecientes facilidades en el transporte son elementos que han conducido a un desarrollo notable de la vida urbana. La población total de los Estados Unidos en 1790 era de 3.929.214 personas, de las cuales 131.472, o el 3,35%, vivían en ciudades de 8.000 habitantes o más, y había 6 ciudades así. En 1900, la población era de 76.303.387, de la cual 24.992.199 de personas, o el 33,1%, vívian en ciudades, y el número de ciudades había subido hasta 545...

Este desarrollo de la vida urbana ha modificado ampliamente las actividades y responsabilidades de las mujeres...

Los grupos familiares... que viven juntos en las ciudades, han encontrado necesario la provisión de un suministro común de agua y de luz, cooperar en la eliminación de la basura y en el control de los suministros de comida, de edificios, de cañerías, de enfermedades contagiosas, y cuidado de los enfermos, delicados, enfermos mentales y delincuentes... [S]urge aquí un deber nuevo para las mujeres, el de la cooperación inteligente y efectiva con otros miembros de la comunidad por el bienestar de los hogares individuales. La educación correcta no solo proporciona a la mujer el conocimiento específico, sino el vigor y la amplitud de miras, la disciplina de carácter, y la libertad de pensamiento que acompañan la actitud científica... Se ha dicho que el hogar no acaba en la puerta de la calle, es tan amplio como el mundo hacia el que el individuo da el paso.

Determinar la naturaleza de ese mundo... constituye un deber real que descansa sobre la mujer. Esto significa el control de las calles, las escuelas, los coches de la calle, la tienda, el parque, la biblioteca pública, la galería de arte, el teatro y el propio aire...

Como resultado de estos cambios, el instinto social de la mujer ha encontrado su expresión en parte en el movimiento que fue característico de los Estados Unidos durante unos años, pero que ahora se ha extendido rápidamente a todos... los países. El movimiento de los clubs[§]... une a las mujeres en rela-

[§] La *General Federation of Women's Clubs* tenía 967 clubs particulares miembros en 1908-9, con 77.544 miembros activas y 8.592 miembros asociadas. Había 5.312 clubs en las federaciones estatales con 358.497 miembros.

ciones sociales a través de una organización común... Más importante que la ampliación de la vida intelectual de las mujeres por su interés en los clubs es el espíritu social más amplio y profundo que se genera a través del movimiento de los clubs... La enumeración de algunas de las grandes organizaciones nacionales de mujeres es suficiente para probar que su poder de organización social es tremendamente efectivo. La *General Federation of Women's Clubs*, la *Association of Collegiate Alumnae*, el *Congress of Mothers*, la *Nacional Council of Jewish Women*, la *National Woman's Trade Union League*...

Su poder de cooperación se puede juzgar por la participación de las mujeres y los hombres en organizaciones como la *National Education Association*, la *Conference of Charities*, la *National Child Labor Committee*, la *Religious Education Association*, la *American Federation of Labor*... así como organizaciones dedicadas a... la ciencia o al arte, como la *American Chemical Society*... la *American Philosophical Society*...

Este espíritu social más amplio también se manifiesta en el movimiento que mira hacia la cooperación por el control gubernamental a través del sufragio, un movimiento cuyas proporciones indica el hecho de que haya cuatro estados donde se conceden los mismos derechos políticos a mujeres y a hombres, véanse, Colorado, Idaho, Utah y Wyoming, y que el derecho a voto en algunos o todos los procesos electorales sobre temas escolares y de educación está garantizado para las mujeres en Arizona, Colorado, Connecticut, Delaware, Iowa, Illinois, Idaho, Kentucky, Kansas, Michigan, Massachusetts, Minnesota, Mississippi, Montana, Nebraska, New Hampshire, New Jersey, New York, North Dakota, Oklahoma, Ohio, Oregon, South Dakota, Utah, Vermont, Wyoming, y Wisconsin.

Kansas concede el sufragio a las mujeres en las elecciones municipales, en Nueva York tienen derecho a voto las mujeres que pagan impuestos en todas las ciudades y pueblos sobre los impuestos locales, y Montana y Louisiana dan derecho de voto a las mujeres que pagan impuestos sobre los temas fiscales. En Minnesota, las mujeres tienen derecho a votar sobre las administraciones de las bibliotecas públicas.

LECTURA 7-8

EXTRACTO DE «HOUSING CONDITIONS IN CHICAGO, III: BACK OF THE YARDS» [CONDICIONES DE LAS VIVIENDAS EN CHICAGO, III: LOS PATIOS TRASEROS] DE SOPHONISBA BRECKINRIDGE Y EDITH ABBOTT

Esta selección se ha extraído de las páginas 435-467. Este artículo fue parte de una serie de estudios sobre las condiciones de las viviendas que hicieron Breckinridge y Edith Abbott y sus estudiantes del *Chicago School of Civics and Philanthropy*. Es representativo del principio de usar múltiples estrategias de investigación que las Mujeres de Chicago emplearon en sus estudios sobre las causas de los «problemas sociales». El artículo completo contiene mapas, fotografías y gráficos.

En los mataderos... se mezclan los chillidos de los animales esperando a ser sacrificados, la presencia de desperdicios, la visión de la sangre, los esqueletos desnudos de carne y piel, indicios de muerte y desintegración, todo lo cual debe tener un efecto desmoralizante, no solo sobre el carácter de la gente, sino por las condiciones en las que viven...

Los terrenos en la parte trasera de los «patios» es tan desafortunado en sus deterioradas inmediaciones que se despertó un gran interés sobre cuáles eran de hecho las condiciones de vida que podía haber en un área deprimente con los basureros, las fábricas de ladrillo, y el «Bubbly Creek» («Arroyo burbujeante») por un lado, y los mayores mataderos del mundo, por otro. Sus peculiaridades, comparadas con las de otros barrios, parecen justificar un estudio de las condiciones de la vivienda... Los registros de las *United Charities* muestran que una gran proporción de los solicitantes de asistencia proceden de este territorio... [U]n mapa publicado por el comisionado de salud muestra que un número elevado de bebés muere aquí cada año, y la tuberculosis, la mortalidad infantil alta, la pobreza y las malas condiciones sanitarias y de vivienda generalmente se dan juntas...

Fuente: Sophonisba Breckinridge and Edith Abbott, «Housing Conditions in Chicago, Ill: Back of the Yards, *American Journal of Sociology*, 16 (1911), pp. 433-468.

Las casas de este distrito siempre han sido casas de trabajadores. Las pequeñas casas de campo han sido gradualmente sustituidas o sobrepasadas en número por edificios construidos para dos o más familias; pero han seguido siendo casi firmemente ocupadas por aquellos que dependen de un descampado o patio para trabajar y por aquellos de cuyo trabajo sigue dependiendo por su parte la industria...

... En tiempos anteriores, los trabajadores de los descampados y de las viviendas del barrio eran casi exclusivamente irlandeses; pero a medida que fueron encontrando gradualmente su camino hacia trabajos de mayor nivel, fueron sucedidos primero por los alemanes y más tarde por los eslavos...

Se seleccionarion dos grupos de manzanas para las entrevistas puerta a puerta, uno de polacos y otro de lituanos, y se hizo un intento por seleccionar aquellas que contuviesen, no a los más pobres, sino las casas típicas del vecindario... El mapa que acompaña muestra el vecindario completo en relación con las manzanas investigadas.

La siguiente tabla... indica hasta qué punto es extensa la población de eslavos en los patios traseros [y] se ofrece por manzanas para mostrar cómo tienden a segregarse polacos y lituanos.

El hecho de mayor interés... es que 1.167 de los 1.562 cabezas de familia son polacos o lituanos. Cuando se añade la gran cantidad de inquilinos que tienen estos grupos familiares, se hace evidente que es hoy en día un distrito casi exclusivamente formado por inmigrantes eslavos, muchos de los cuales llegaron recientemente y son incapaces de hablar inglés. El problema de adaptación de los inmigrantes recién llegados está estrechamente conectado con el problema de la vivienda. Ocurre de forma prácticamente regular que las familias que son las más extranjeras son las más explotadas en lo que se refiere a su situación con la vivienda. Pagan los alquileres más altos por los peores apartamentos, y parece que son bastante incapaces de entender que tienen derecho a insistir en reparaciones que son necesarias o en unos niveles decentes de limpieza...

Los estudiantes investigadores que hicieron las entrevistas casa por casa informaron que su autoridad en raras ocasiones fue cuestionada entre los grupos menos americanizados; las personas fueron uniformemente sumisas, y aparentemente nunca se les ocurrió que tenían derecho a preguntar por qué unos extraños podían entrar y medir sus puertas y ventanas.

Nacionalidad de los cabezas de familia

	Polacos	Lituanos	Bohemios	Alemanes	Eslovacos	Irlandeses	Otros	Total
Manzana 1	49	12		1	5	6	10	83
Manzana 2	60	74		4	3	4		145
Manzana 3	52	124			2		1	179
Manzana 4	26	12	4	7	3	9	18	79
Manzana 5	17	37	1	10	1	9	15	90
Manzana 6	32	63	14	3	2		2	116
Manzana 7	67		12	2	15	4	6	130
Manzana 8	119		8	8	7	1	1	144
Manzana 9	131		13	6	17		2	169
Manzana 10	72		38	10	10		4	230
Whiskey Row *West Side*	171	11	2	9	10	12	15	230
Est Side	38		1	8	6	7	3	63
Total	834	333	93	92	81	52	77	1.562

Es un hecho bien conocido que el trabajo no cualificado en los descampados lo realizan sobre todo miembros de estos grupos extranjeros. Sin embargo, en esta tabla se encuentra evidencia adicional que muestra que, de los 876 cabezas de familia (hombres) de cuyas ocupaciones se supo, solo 152 hacían trabajo que requería algún grado considerable de cualificación...

[E]n este barrio todavía... existe un saneamiento primitivo... Las necesidades de las familias en... 1.119 apartamentos que no tenían retrete se cubrían en parte por los primitivos retretes y letrinas en el patio trasero pero en la mayoría de los casos por retretes en los sótanos o bodegas que se usaban por varias o todas las familias del edificio. Los inquilinos de 127 edificios usaban los retretes del sótano o de la bodega y en 155 edificios los retretes estaban en los rellanos. En un edificio había un retrete para cinco familias, en otro uno para seis familias y en otro uno para siete familias.

... Está claro que los alojamientos insalubres que a menudo son oscuros y malolientes, están deteriorados, y los usan grandes grupos de inquilinos hombres, y a menudo familias que no tienen hábitos higiénicos, son ante todo una influencia degradante y contaminante que se podría prevenir fácilmente...

Las condiciones de los apartamentos se supone que están controladas por ciertas regulaciones que tienen que ver con la cuestión de la luz y del aire, y del espacio de aire cúbico por persona. Lo más importante de todo ello, aunque sin duda lo más difícil de hacer cumplir, es la claúsula que intenta prevenir el hacinamiento, requiriendo para cada ocupante un mínimo de espacio determinado...

[La] tabla [que cruza la ocupación por habitación y espacio en pies cúbicos] muestra que en 1.981 casos se violó la ley contra el hacinamiento, y que en muchos otros el número de pies cúbicos en la habitación era sorprendentemente más bajo que el número de pies cúbicos requeridos por ley...

Una de las peores características de este hacinamiento es la falta desmoralizante de intimidad...

Se desprende de [la] tabla [que proporciona el cruce de manzanas con habitaciones usadas para dormir] que incluso se usaba la cocina como dormitorio por la noche en 106 familias. En 508 casos todas las habitaciones excepto una se usaban como dormitorios por la noche.

Se observó que, de los 1.616 apartamentos que se visitaron... [e]n un gran número eran inadecuados en iluminación así como en superficie. La ordenanza prescribe que las habitaciones en los bloques de viviendas de alquiler nuevas tengan una altura mínima de ocho pies y medio, pero se encontraron 935 habitaciones que no cumplían este requisito...

... El elevado número de inmigrantes, tanto hombres como mujeres, que encuentran fácil conseguir un empleo en los patios traseros desean, cuando llegan por primera vez a este país, vivir cerca de su trabajo, y entre personas de la misma nacionalidad. Las familias que viven en el barrio están por tanto constantemente tentadas a aumentar sus ingresos admitiendo a un inquilino más. Solo 768 de las 1.616 familias visitadas dijeron que no tenían inquilinos. Es decir, más de la mitad de las familias aumentaban sus ingresos llenando sus habitaciones hasta el máximo posible de su capacidad con hombres y mujeres que eran demasiado nuevos en este país para darse cuenta de que podían pedir algo más que un sitio para dormir...

El hecho de que haya varios inquilinos en una familia supone un serio hacinamiento en estos apartamentos pequeños... significa una gran cantidad de trabajo adicional para la esposa y la madre sobrecargada... También supone un sacrificio de su intimidad; ya que en muchos casos los inquilinos duermen en la misma habitación que algunos miembros de la familia... A veces hombres y mujeres inquilinos dormían en la misma habitación... En otros casos los inquilinos hombres dormían en las mismas habitaciones que las hijas jóvenes de la familia, y nadie parecía ser consciente del peligro o de la indecencia...

La práctica de aceptar inquilinos se debe explicar, por supuesto, por el hecho de que las familias son grandes, los ingresos escasos, y los alquileres altos. El inquilino, no obstante, es tanto la causa como el efecto de los alquileres altos; para el propietario es fácil excusar el alto alquiler señalando que las familias seguramente meterán inquilinos y ganarán lo suficiente para pagar...

... Ya se ha hecho referencia al hecho de que las condiciones en los descampados debe ser una influencia desmoralizadora para la gente que vive cerca; pero junto con la influencia de los mataderos se debería reconocer la del gran «basurero» de la ciudad...

El material depositado en estos basureros es obviamente de varios tipos: cenizas y otras sustancias... latas, botellas, cachivaches viejos, cajas de ma-

dera... colchones viejos, ropas usadas, y artículos de uso personal... que pueden transmitir infecciones fácilmente... y finalmente restos de comida... Se debería añadir que los artículos con valor real se mezclan frecuentemente con los rechazados por error...

... Se ha hecho esta referencia a los basureros de la ciudad porque al presentar la información sobre las condiciones de la vivienda en este vecindario parece importante llamar la atención sobre esta gran extensión de terreno... A pesar del hedor fétido, de las pesadas nubes de polvo, de la deprimente fealdad, las mujeres que esperan sumar algo a sus exiguas provisiones de mobiliario y combustible, están tentadas a buscar aquí, y los niños que crecen acostumbrados a estas condiciones encuentran aquí aventura y juego.

LECTURA 7-9

EXTRACTO DE «ARE WOMEN A FORCE FOR GOOD GOVERNMENT?» [¿SON LAS MUJERES UNA FUERZA PARA UN BUEN GOBIERNO?] DE EDITH ABBOTT

Esta selección se ha extraído de las páginas 437-439. Edith Abbott hizo una serie de análisis de lo que hoy denominaríamos «brecha de género» en el voto, usando sus habilidades estadísticas para contestar las acusaciones de que el voto de las mujeres no marcaba ninguna diferencia. Aquí se centra en las elecciones municipales de Chicago, insistiendo en el punto importante de que el único momento en el que los votantes tuvieron una elección real fue en las primarias republicanas –en este periodo el partido Republicano era el partido más liberal, o «progresista»– y ahí es donde se tenía que buscar el impacto de las mujeres.

¿Qué efecto tuvo de hecho el voto de la mujer en las recientes elecciones municipales en Chicago? ¿Hubo algún candidato nominado o elegido que no habría sido nominado o elegido sin el voto de las mujeres? Si las mujeres

Fuente: Edith Abbott, «Are Women a Force for Good Government?», *National Municipal Review*, 4 (1915), pp. 437-443.

no cambiaron en definitiva el resultado de las elecciones, ¿votaron más ampliamente que los hombres por los mejores candidatos?

Al intentar contestar estas preguntas, que se han preguntado tantas veces en tantas partes del país desde las elecciones, no es necesario entregarse a la especulación. Las mujeres de Illinois tenían solo un sufragio limitado, y se proporcionaron «papeletas de mujeres» especiales para que las usaran ellas, y estas papeletas se contaron de forma separada a las de los hombres. Cómo votan las mujeres es, por tanto, todo un asunto de registro oficial, y es necesario estudiar solo la recurrencia para determinar los hechos.

El estudio de la influencia del voto de las mujeres en las elecciones a la alcaldía debe comenzar necesariamente con la elección de los candidatos en las primarias... Los dos candidatos líderes para la nominación republicana eran William Hale Thompson*, alcalde elegido e investido, y el Jefe de Justicia Harry Olson, de la corte municipal de Chicago, el candidato de unión elegido por acuerdo entre los Progresistas, dirigidos por el Profesor Charles E. Merriam, que ha sido durante muchos años el líder de las fuerzas del buen-gobierno en Chicago... Sobre quién era el mejor candidato no podía haber duda posible. La significación, por tanto, de las cifras dadas en las siguientes tablas [sic] no es posible que se sobreestimen.

Número y porcentaje de votos emitidos por hombres y mujeres para los candidatos de las primarias republicanas

	Número		Porcentaje	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Thompson	61.506	25.827	53,0	42,7
Olson	51.255	33.570	44,2	55,6
Hey	3.264	1.019	2,8	1,7
Total	116.025	60.614	100,0	100,0

* Nota del E.: William Halle Thompson, conocido como Big Bill, fue alcalde de Chicago entre 1915-1923 y 1927-1931, fue el último alcalde republicano de la ciudad. Su administración fue célebre por su corrupción, la eficacia de su *machine* política y su alianza tácita con Al Capone.

Esta tabla muestra que las mujeres dieron una mayoría simple decisiva de más de 7.700 votos al mejor candidato, mientras que los hombres le dieron una mayoría simple todavía más amplia al candidato menos deseable. Cincuenta y cinco por ciento de las mujeres votaron por Judge Olson, mientas que la mayoría simple de los hombres para el Sr. Thompson fue suficientemente grande como para sobrepasar el voto de las mujeres. Si los hombres hubiesen permanecido lejos de las urnas el día de las primarias y hubiesen dejado a las mujeres elegir un candidato por su cuenta, el destino de Chicago habría sido diferente.

En la contienda entre el alcalde Harrison y el Sr. Sweitzer por la nominación Demócrata, no hubo tal línea de división entre los elementos buenos y malos. Ambos eran candidatos del «aparato», aunque el aparato del alcalde se consideraba menos deseable que el del Sr. Sweitzer...

El contraste entre la situación del día de las primarias y del día de las elecciones fue impactante. Cuando se llevaron a cabo las primarias, hubo oportunidad de nominar a un candidato de reforma como alcalde, y las mujeres tomaron su decisión a favor del juez Olson y del buen gobierno. Los hombres eligieron diferente, y el día de las elecciones la decisión fue entre un indeseable demócrata y un igualmente indeseable –o ligeramente menos indeseable– republicano. Los hombres y las mujeres tuvieron que hacer por igual lo mejor que pudieron con la desesperada situación creada por los votantes hombres. Si los hombres hubiesen permanecido en casa el día de las primarias, recordamos, los hombres y las mujeres habrían tenido la decisión entre el juez Olson y el Sr. Sweitzer. Dado que no había ningún «buen» candidato al que votar, lo mejor que podían hacer hombres o mujeres era votar por el candidato *menos indeseable.*

8. Beatrice Potter Webb (1858-1943). *Sociología del positivismo crítico*

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS

Beatrice Potter Webb nació el 2 de enero de 1858 cerca de Gloucester, Inglaterra; murió en Passfield Corner, Surrey, el 30 de abril de 1943. El 12 de diciembre de 1947, sus cenizas y las de su marido, Sidney Webb, se enterraron ceremoniosamente en la Abadía de Westminster, y ese día el primer ministro británico Clement Atlee declaró: «Millones de personas están viviendo vidas más completas y libres actualmente por el trabajo de Sidney y Beatrice Webb» (Muggeridge y Adam, 1968, p. 258). La palabra enfática aquí es «trabajo»; ya que Beatrice Potter Webb fue lo que ella precisó que era, «una trabajadora mental», una investigadora social, cuya incansable labor con su marido Sidney dejó un compendio de investigaciones empíricas orientadas al diseño de políticas que no solo es insuperable en las ciencias sociales, sino que sirvió como anteproyecto para la gran empresa humanitaria del Estado del bienestar británico. Las mejores fuentes para conocer la vida de Webb son simplemente sus dos volúmenes autobiográficos, el muy aclamado *My Apprenticeship* (1926) y el póstumo *Our Partnership* (1948). Hay numerosas biografías de Webb y de los Webb. Las mejores obras feministas son el claro y esclarecedor *The Apprenticeship of Beatrice Webb* (1985), de Deborah Epstein Nord, y el fino artículo de resumen de Barbara Caine, «Beatrice Webb and the "Woman Question"» (1982). El mejor trabajo que sitúa a Webb en el contexto político de su época es el empático y eminentemente ameno *Beatrice Webb* (1946), de Margaret Cole. También está el vívido e íntimo *Beatrice Webb: A Life, 1858-1943* (1968), de su sobrina Kitty Muggeridge y Ruth Adam.

Webb es una anomalía en este texto. A diferencia del resto de mujeres estudiadas aquí, no ha sido olvidada en los relatos tradicionales centrados en los hombres de la historia de la sociología. Como compañera reconocida de Sidney, ha sido incluida en los debates de la tradición empírica de la

sociología. Realizó el grueso de sus escritos en una compleja colaboración con Sidney, por lo que es difícil aislar la contribución de Webb. Además, esa contribución está moldeada por su alineamiento con un discurso intensamente dominado por los hombres, la reelaboración británica de las ideas socialistas conocida como el socialismo fabiano. No solo no lo logró, sino que parece que rechazó la perspectiva de género en sus propios textos y el feminismo como movimiento independiente. Pero omitirla sería una injusticia. Sola y en compañía de Sidney, crearon algunas de las obras perdurables de la tradición de la sociología empírica, que tomadas en combinación con las actividades políticas de Webb, son un ejemplo de sociología crítica como motor de la política social. Este capítulo intenta hacer frente a esta anomalía siguiendo, en sus textos antes o independientemente de Sidney, el desarrollo del empiricismo radical de Webb con su crítica creciente a la sociedad capitalista. Se hacen referencias ocasionales a sus trabajos conjuntos en los que se puede mostrar la conexión entre el contenido de esos escritos y la propia teoría de Beatrice Webb. Donde la facilidad de la comunicación lo permita, para mantener la atención centrada en ella, nos referiremos a ella como Webb y a su marido como Sidney (no mantuvo Potter en su nombre tras el matrimonio).

Nuestro propósito en este esbozo biográfico es considerar cómo llegó Webb a ser socióloga y el tipo de socióloga que era. Para este fin, centramos la biografía más particularmente en los años hasta 1892, cuando se casó con Sidney –un periodo de crecimiento y desarrollo intelectual que ella explica en su autobiografía *My Apprenticeship*, un relato sociológico sobre la construcción de una socióloga–. En las páginas iniciales señala las preguntas que la condujeron a la sociología: «¿Puede haber una ciencia de la organización social..., que nos permita prever lo que va a pasar, y quizás alterar los acontecimientos a través de la acción...? Y... ¿es la capacidad del hombre para el descubrimiento científico la única facultad requerida para la reorganización de la sociedad...? ¿O necesitamos la religión además de la ciencia...?» (1926, p. xiv). Para explicar cómo estas preguntas llegaron a ser relevantes para Webb, nos centramos en tres factores interrelacionados: circunstancias de los nacimientos; una predilección temperamental por el orden intelectual; y el dilema de género y carrera, resuelto finalmente por su emparejamiento con Sidney.

CIRCUNSTANCIAS DE LOS NACIMIENTOS

Webb, la octava de nueve hermanas, tenía cuatro años cuando sus padres Richard y Laurencina (Heyworth) Potter tuvieron un hijo y heredero varón, y tenía siete años cuando falleció. Unos meses después de su muerte, nació la última hermana de Webb, que se convirtió en el consuelo del dolor de su madre. Webb resume su infancia como vivida «en la sombra del nacimiento de mi hermano bebé y de su muerte» (1926, p. 58). Es posible ver en la primera etapa de la vida de Webb una reelaboración de la experiencia edípica del niño varón: en lugar de rechazar él a su madre por no ser una niña, Webb se distanció de su madre por el hecho de no ser un niño –primero por el nacimiento del hermano, después por su muerte, a continuación por el nacimiento de la hermana–. Si Webb hubiese sido un niño, el nacimiento de su hermana no la habría borrado del centro de atención de su madre y las circunstancias de la familia durante esos primeros años de su vida no habrían dejado que Webb se esfumara de la vista, como comenta ella misma que pasó (señalando que su madre la veía como a la única hija sin talento en la familia). Parece que experimentó cierto desconcierto básico sobre su identidad de género, que aunque no fuese el hecho determinante de su vida, sin duda la dejó con sentimientos encontrados sobre ser una mujer. La particularidad de su respuesta se demuestra quizás por el hecho de que todas sus hermanas tuvieron buenos matrimonios convencionales y vivieron unas vidas de trabajo femenino convencional.

Es igualmente importante señalar que el hogar en el que creció fue inmensamente privilegiado en lo material, asegurado por un padre que recuerda a la vez como una persona indulgente y un especulador capitalista capacitado. El genio particular de Richard Potter se dirigía hacia la actividad empresarial –podía ver cómo hacer negocios, a pesar de que tenía poco interés en supervisar los detalles una vez que el trato se cerraba–. Por tanto, la muerte del hijo tuvo lugar en el contexto de una familia en la que el heredero varón habría reclamado el negocio familiar, y en el que el apoyo del servicio significó que la madre de luto podía evitar atender a sus hijas. Además, su posición económica le dio la oportunidad de conversar durante las cenas con el distinguido viejo amigo de la familia, Herbert Spencer, durante una parte de su crecimiento, una etapa vital en su viaje intelectual. Lo más importante, la posición de clase de la familia significó que Webb

Beatrice Potter Webb

pronto distinguió entre la clase de personas que «daban órdenes» y la clase de personas que «recibían órdenes».

Aunque Webb dedicaría una extraordinaria cantidad de trabajo a mejorar las vidas de aquellas personas que normalmente recibían órdenes, quizás nunca tuvo éxito en dejar de identificarse como alguien que daba órdenes. Este sentido de clase, de ser quien daba órdenes, no encajaba con la posición de su género de recibir órdenes de parte de los hombres de su misma clase. Las circunstancias de los nacimientos que moldearon la vida de Webb son, por tanto, una intersección entre las experiencias particulares de su identidad de género y su propio sentimiento profundo, aunque considerado ambiguamente, de identidad de clase.

TEMPERAMENTO: UN DESEO POR EL ORDEN Y EL PROPÓSITO

Una serie de institutrices educaron a todas las hijas Potter en casa. Webb estaba a menudo enferma y rara vez podía completar el trimestre en la sala de clase, por lo que cada vez más se fue educando a sí misma, usando la biblioteca de su padre y consolidando su amistad intelectual con Spencer[1]. Webb recuerda que el ambiente intelectual de su casa invitaba al cuestionamiento y a los desafíos intelectuales. Su autoformación alcanzó un momento clave a sus quince años, en 1873, cuando leía Goethe y hacía su propia traducción

[1] Esa amistad fue lo suficientemente fuerte como para que Spencer la nombrara su albacea literaria, hasta la conversión de ella al socialismo en 1892. Incluso entonces siguieron siendo amigos y ella aceptó trabajar con el hombre al que él finalmente llamó albacea. La autobiografía y los diarios de Webb muestran su lealtad personal hacia Spencer como ser humano incluso cuando discute con creciente mordacidad su teoría sociológica y rompe con ella.

de *Faust*, y empezó a llevar un completo diario, que se convertiría en parte del orden en su vida en los siguientes setenta años, y a viajar por negocios a América con su padre. Confía a su diario que era correcto cuestionar la religión convencional pero que entonces una tenía el deber de crear un sistema de creencias propio. Durante la mayor parte de su vida, Webb trabajó conscientemente para construirse una fe: a veces la encontraba en el oficio de investigadora social, a veces en el optimismo persistente de Sidney acerca de lo que importaba su trabajo y de que la época y el progreso estaban de su parte; otras veces, echaba en falta algún credo religioso. Sobre sus creencias escribe en su diario que «las dos grandes fuerzas para hacer el bien en el mundo son el método científico aplicado al proceso de la vida, y el uso de la oración para dirigir el propósito de la vida» (citado en Nord, 1985, p. 221). Webb deseó de forma temperamental un orden intelectual personal del mundo; quizás encontró ese orden en la creación de textos escritos –el diario privado, la autobiografía, el análisis sociológico para el público–.

EL DILEMA DEL GÉNERO Y LA CARRERA

En un escrito de 1926, Webb afirmó que «nunca sufrí las incapacidades que se presume que se presentan con mi sexo» (1926, p. 355). Pero a pesar de que negara que ser mujer inhibía sus opciones de vida, Webb tenía que ser consciente de que solo un cierto número de opciones de carrera eran posibles para una mujer de su clase. Por su edad, justo se perdió la apertura de las universidades británicas a las mujeres. Cuando su madre falleció en 1882, tuvo cuatro opciones obvias para su vida: permanecer con su padre, administrando el hogar familiar[2], casarse, ser una solterona dedicada a las obras de caridad, o quizás intentar ser una «señora novelista».

Pero Webb pudo empezar a imaginar otra opción, una que no le cuadraba muy bien a los hombres, mucho menos a las mujeres: la posibilidad de ser una científica social. Había crecido conociendo y estudiando a Spencer y había llegado a través de ese estudio hasta Auguste Comte. Conocía los

[2] Informa en su autobiografía que su padre le sugirió que se uniera a él en los negocios si no se casaba. Pero es una frase aislada, y no queda claro hasta qué punto la oferta fue seria. Está claro que durante el periodo en que Webb administró los negocios de Richard Potter, tras su derrame cerebral en 1885, que implicó hacer especulaciones arriesgadas, pensó que era muy estresante.

debates intelectuales de los círculos políticos y de ciencias sociales, debates centrados durante la década de 1880-1889 en la cuestión predominante de cómo podía haber «pobreza entre los ricos» (Webb, 1926, p. 216). Podía ver por dónde iría la acción en las ciencias sociales y en la reforma social. Y comenzó un camino tortuoso para labrar su camino hasta ahí.

En el periodo entre 1883 y 1887, Webb se forjó su camino en el mundo de la investigación social. Primero experimentó con el trabajo caritativo, y fue golpeada por los acordes de la compasión y por un intenso deseo de conocer más y de forma más precisa sobre la gente que conformaba la clase trabajadora manual, de la que creía que sus casos de caridad podían ser solo una pequeña fracción. Su primer paso hacia la compilación de esta información fue retornar al hogar original de los Potters y Heyworths –Bacup, Lancastershire– donde todavía tenía familiares lejanos. Disfrazándose ella y sus propósitos para observar la vida espontánea de la comunidad, descubrió que los parientes de Bacup era un grupo autosuficiente y aparentemente feliz de gente de clase trabajadora, sus vidas estaban centradas en torno a la Iglesia No Conformista y la Cooperativa de Consumidores, la tienda local, propiedad de la comunidad, administrada democráticamente. Esta experiencia de investigación fue el punto de inflexión hacia su decisión de llegar a ser investigadora social.

Dos episodios separados de su vida se unieron para darle la oportunidad que buscaba. Volvió a Londres y se convirtió en supervisora y «recaudadora de alquileres» en los Edificios Katherine, parte de un experimento de viviendas de bajo coste para los pobres cerca de los muelles de Londres Este. Sintió que el trabajo era frustrante: los edificios estaban tan desnudos (faltaban incluso fregaderos en los apartamentos) que desmoralizaban aún más a la gente forzada a vivir allí por la pobreza; y parecía que no había registros, ni información, ni conocimiento sobre quién acababa allí y por qué. Se cuestionaba cómo podía justificar moralmente el hecho de insistir a la gente a mejorar en tales condiciones desesperadas.

Mientras tanto, a través de un contacto familiar, empezó a trabajar con Charles Booth, que estaba esbozando el plan para su éxito de ciencias sociales, *The Life and Labour of the People of London*. Se unió al proyecto de investigación de Booth, no por un impulso filantrópico, sino por un deseo de trabajar como investigadora científica. El estudio de Booth, que com-

binaba datos y métodos de investigación cuantitativos y cualitativos, llegó a ser para Webb un referente de excelencia en la práctica de la investigación social. En el curso de la misma, tuvo oportunidades de probar varios métodos de investigación social: la observación personal, las entrevistas, la compilación estadística, el uso de documentos y literatura, y la observación participante. (Véanse «Premisas» y el tema 1 más adelante en este capítulo).

En 1889, al finalizar su trabajo para el estudio de Booth, Webb estaba determinada a ser una «trabajadora mental», una expresión que usa frecuentemente, para establecer su identidad con respecto a otros trabajadores. Convencida por el estudio de Booth de que el sistema capitalista estaba destruyendo lentamente a la clase trabajadora británica, quiso estudiar a los trabajadores manuales que administraban sus vidas con éxito y en cuyo éxito podía residir la esperanza de una estrategia socioeconómica alternativa. Volvió a su experiencia de Bacup y al tema de las cooperativas de consumidores de clase trabajadora. Ya había adquirido una reputación modesta por tres publicaciones en revistas sobre las condiciones de la clase trabajadora. Una, «Pages from a Working Girl's Diary» (1888), aunque fue la obra sociológicamente más discreta, fue considerada apropiada para su género y la gente categorizó a Webb a partir de ahí como un especialista en cuestiones de trabajo femenino. Por ello, cuando se dirigió a dos mentores masculinos, Booth y Alfred Marshall, un distinguido economista de Cambridge, para un estudio sobre el movimiento cooperativo, ambos la instaron a estudiar el trabajo de las mujeres. La respuesta de Marshall, en marzo de 1889, fue especialmente irritante: «Podría hacer que mi mujer me leyera por las noches un libro tuyo sobre el movimiento cooperativo para pasar el rato, pero no le prestaría ninguna atención» (Webb, 1926, p. 352)[3]. Dos meses más tarde, Webb firmó una petición antisufragio, cuya publicación tuvo el efecto de desacreditarla ante la mayoría de la gente como investigadora en asuntos de mujeres. Quizás se vio empujada por la necesidad de distanciarse de los asuntos de mu-

[3] A pesar de sus negaciones de haber experimentado discriminación sexual, Webb se afligió tanto por la respuesta de Marshall que, no solo recogió la conversación extensamente en su diario, sino que treinta y cinco años más tarde reproduciría en su autobiografía aquellas páginas del diario y añadiría una nota a pie. En la nota a pie habla de un obituario de Marshall escrito por un profesor que recuerda que, cuando había sido estudiante de grado, el Profesor Marshall se había tomado especial interés por él y le había aconsejado estudiar el tema del cooperativismo pero sin dejarse afectar por *The Co-operative Movement in Great Britain*, de Beatrice Potter.

jeres para poder ser vista como una trabajadora mental, es decir, una investigadora social que casualmente era mujer. No intentó variar públicamente este posicionamiento antisufragio hasta 1906 (véase «Webb y la tradición de la sociología feminista», a continuación).

Webb hizo su estudio sobre las cooperativas y elaboró su libro más influyente como única autora, *The Co-operative Movement in Great Britain* (1891), que se tradujo a doce idiomas (véanse capítulos 3 y 7 y «Webb y la tradición de la sociología feminista», a continuación). Durante su trabajo sobre el movimiento cooperativo, se convirtió al socialismo –un cambio de creencia que recogió en su diario el 1 de febrero de 1890–. Se convirtió en socialista por su experiencia como investigadora social, y tanto ella como sus colegas consideraron que fue una conversión radical. No obstante, el socialismo al que se convirtió no era revolucionario, sino reformista. Su principio más básico en el momento de la conversión parece que fue que tenía que haber una acción colectiva o estatal que parase el ímpetu destructivo de la libre competencia y garantizara a cada miembro individual de la sociedad un nivel de calidad de vida mínimo.

COLABORACIÓN CON SIDNEY

Webb conoció a Sidney, un reconocido socialista fabiano, en la primavera de 1890; él era funcionario de carrera de un origen claramente menos privilegiado que el de los Potter. Pero tenía una memoria enciclopédica, predisposición para el trabajo duro, y una cualidad que Webb menciona con admiración como «desinterés», es decir, un deseo auténtico de promover el bien en lugar de buscar su beneficio (citado en Cole, 1946, p. 42). En el relato de Webb (1926), Sidney no fue ni la fuente de su conversión al socialismo, ni un gran interés amoroso. Lo que le atrajo de él –y a él de ella, aunque aparentemente él también la encontraba físicamente atractiva– fue la oportunidad de emparejarse con otro trabajador mental. Las opiniones políticas de Sidney le hicieron parecer como salvajemente radical a gran parte de la familia de Webb y esperó a que su padre muriera en 1892 para casarse con él.

Desde 1892 hasta el final de su vida en 1943, Beatrice y Sidney Webb trabajaron en colaboración de forma remarcable, pero una colaboración que exigía cambio, adaptación y sacrificio por parte de Webb, una colaboración en la que parece que Sidney asumió la dirección. Publicaron masivamente

estudios empíricos detallados, muchos de los cuales todavía requieren lectura, muy especialmente desde la historia del trabajo. Sus primeras dos obras se relacionaban con el interés que Beatrice Webb había estado persiguiendo, las organizaciones colectivas al margen del Estado –*The History of Trade Unionism* (1894) y el volumen acompañante, *Industrial Democracy* (1897) –. Después volvieron su atención a lo que se iba a convertir en un trabajo monumental, una historia del gobierno local británico, como manera de explorar la historia de la actividad colectiva cooperativa dentro del Estado. Empezaron este trabajo en la primavera de 1899; que al final se extendería a ocho libros principales y diez volúmenes, reuniendo unas 4.212 páginas (Cole, 1946, pp. 96-97): *The History of Liquor Licensing in England* (1903), *The Parish and the County* (1906), *The Manor and the Borough* (1908), *The Story of the King's Highway* (1913), *Statutory Authorities for Special Purposes* (1922), *English Prisons under Local Government* (1922), *English Poor Law History: The Old Poor Law* (1927), y *English Poor Law History: The Last Hundred Years* (1929). Adicionalmente, en aquellos años, escribirían *The Prevention of Destitution* (1920), *The Decay of Capitalist Civilization* (1923), *Methods of Social Study* (1932), su último trabajo importante de ciencias sociales, y su última obra, *Soviet Communism: A New Civilization* (1937).

Además de estos trabajos académicos enormes, los Webb también fueron activos en la política británica. Ayudaron, con otros fabianos, a organizar la *London School of Economics* (donde Edith Abbott estudió; véase el capítulo 7) y fueron los principales propulsores del *New Statesman*, una de las revistas intelectuales de izquierdas más importantes de Gran Bretaña. Beatrice Webb fue protagonista principal de una de las mayores controversias de la política británica de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial: el boceto del influente *Minority Report* (Informe Menor) de la *Poor Law Commission*. A pesar de su historia accidentada y su fracaso en el Parlamento, ese Informe Menor se convirtió en la base del Informe Beveridge de 1942, que guiaría la constitución del Estado del bienestar en Gran Bretaña. Sidney llegó a ser miembro del Parlamento y después ministro del Gabinete en los dos primeros gobiernos del Partido Laborista de la historia británica, en la década de 1920-1929. Como parte de las maniobras para el puesto de ministro del Gabinete, le dieron a Sidney un título nobiliario; tomó el título de Barón Passfield, aunque Beatrice se resistió sin éxito al título de Baronesa Passfield (Muggeridge y Adam, 1968, pp. 228-229).

Sobre su relación de pareja con Sidney, que trajo las vicisitudes de la batalla política y los logros extraordinarios en investigación empírica, Webb tenía sentimientos encontrados. En una serie de entradas en su diario, citadas por Nord (1985, p. 225), Webb revela su sentido de pérdida de control en la colaboración de pareja: «Nunca escribo con mi propio estilo, excepto en mi diario» (8 de diciembre de 1913); «He limitado mi intelecto, obligada a concentrarme en un tema tras otro; en algunos de los detalles más aburridos y menos esclarecedores de la organización social... Recuerdo vívidamente las náuseas con las que, día tras día, continuaba con esta tarea» (22 de diciembre de 1918). Como señala Nord (1985, p. 236) «Es desconcertante y profundamente revelador que, mientras se estaba estableciendo el primer gobierno laborista en la historia de Gran Bretaña, Beatrice Webb añorara que la dejaran libre para dedicarse a su autobiografía». Y es quizás por esta autobiografía, *My Apprenticeship*, que llegó a ser especialmente valorada por la generación actual de mujeres sociólogas; ya que a pesar de su incomodidad no confrontada por la discriminación de género, es un texto de sociología reflexiva remarcable sobre el viaje intelectual de una mujer hacia una visión de la sociedad.

Los gobiernos laboristas no cumplieron las expectativas de los Webb, que cada vez más miraban a la Unión Soviética como modelo. Beatrice Webb murió en medio de la Segunda Guerra Mundial, habiendo expresado su esperanza de que el hogar familiar, Passfield Corner, llegara a ser «un puerto en el que los sociólogos cansados pudieran descansar y debatir».

TEORÍA SOCIAL GENERAL

PREMISAS

Cuatro inquietudes de la vida intelectual británica moldearon el trabajo de Webb: (1) las ideas victorianas entrelazadas de ciencia y progreso, (2) la tensión entre la doctrina del individualismo y la existencia de pobreza en la prosperidad, (3) la tradición emergente de la sociología empírica, y (4) las doctrinas socialistas en aumento, especialmente el socialismo fabiano.

«El espíritu de mediados de la época victoriana». Webb recuerda a su familia infundida en las ideas que ella denomina «del espíritu de mediados de la época victoriana», en la que la ciencia y el progreso eran temas entrelazados. Un individuo solo tenía que mirar a su alrededor para ver que «el progreso»

estaba sucediendo y que ese progreso era el resultado de la ciencia, o –de forma quizás más precisa– la aplicación de la ciencia a los avances tecnológicos. Los cambios tecnológicos hicieron posible el crecimiento del capitalismo, que se convirtió en la mentalidad popular asociada con el progreso material. Por ejemplo, la expansión de los ferrocarriles, de la que hizo una fortuna considerable el padre de Webb, Richard Potter, fue vista como el milagro de la época, un primer indicador del progreso como resultado de la aplicación práctica de la ciencia. Los ferrocarriles transformaron Gran Bretaña, sobre todo haciendo posible el crecimiento de los centros industriales y comerciales que hicieron del país la potencia económica y política del mundo en el siglo XIX: si en 1800 había una ciudad con una población de más de 100.000 habitantes (Londres, 865.000), hacia 1850 había nueve, y hacia 1891, veintitrés centros así. La «Gran» Londres creció hasta más de cuatro millones en 1900 (Altick, 1973, pp. 75-76). Además, en la mentalidad victoriana, la ciencia se llegó a asociar no solo con el progreso, sino con la salvación. Darwin acabó reverentemente su obra *The Origin of the Species* (1859): «Hay una grandeza en esta visión de la vida, con sus fuerzas diversas, que ha sido originariamente infundida por el Creador en unas pocas formas o en una... y de ese inicio tan simple han evolucionado y siguen evolucionando formas interminables de la mayor belleza y esplendor».

El debate sobre la pobreza. La Inglaterra victoriana de los años formativos intelectualmente de Webb estaba atormentada por el debate sobre las causas de la pobreza, en el que las viejas opiniones se reforzaron por la aplicación de Herbert Spencer de la teoría evolutiva a la vida social. La postura tradicional defendía que la prosperidad o miseria de una persona resultaba de sus propias acciones individuales; que «la ley de hierro de los salarios» establecía la cantidad de dinero disponible para los salarios en un momento dado en cualquier punto del desarrollo económico de un país, de manera que si parte de ese dinero iba a la ayuda a los desempleados, había menos para los trabajadores; y que la teoría malthusiana demostraba que los actos de caridad podían producir sobrepoblación al permitir que los menos preparados se multiplicaran más allá de la capacidad de la tierra para sostenerlos. Spencer reforzó estas opiniones argumentando que el mejor contexto social es aquel en el que se permite al individuo, la unidad básica de la sociedad, que funcione sin obstáculos. El capitalismo, como una expresión de la evolución, defiende que cada célula o unidad individual de la

sociedad actúe en su propio interés. La interferencia colectivista en la competitividad individual produciría caos y desorden, y conduciría a un retroceso, un regreso a un estado más primitivo de la sociedad en el que todos sufrirían. Por tanto, la intervención del Estado para ayudar a los pobres subvertiría el principio de supervivencia de los más preparados al aumentar el número de personas que no podrían sobrevivir por su cuenta, hasta tal punto que los más adaptados para la supervivencia serían arrollados. Aunque los actos individuales de caridad puedan ser buenos para el carácter del donante individual –e incluso esto fue cuestionado–, la acción caritativa del Estado solo induciría a la ruina absoluta por su interferencia con el progreso evolutivo. Si alguien deseaba riqueza para la nación, debía aceptar la existencia de pobreza para algunos individuos. Estos debates fueron absolutamente reales, y explicaban las transacciones de diferentes sociedades de beneficencia con las que Webb había empezado su carrera como científica social, así como el pensamiento de pioneros como Canon Barnett, fundador de Toynbee Hall, que había influido a Jane Addams[4].

La tradición de la sociología empírica. Una respuesta a este debate fue mirar a la ciencia en búsqueda de soluciones para la pobreza o de guías sobre las maneras de hacer caridad. Igual que Webb fue tutorizada por Spencer sobre

[4] Respondiendo a este problema moral, Webb se implicó en varios momentos en «trabajo caritativo» a través de la *Charity Organisation Society*, más en particular como administradora de los Edificios Katherine. Pensaba que el trabajo caritativo se enredaba en el vasto debate que superaba a la sociedad victoriana sobre el porqué estaba sucediendo todo eso. El filántropo, a quien ella llegó a conocer por su trabajo caritativo, intentaba varias soluciones al problema. Una primera aproximación era ayudar al pobre que se lo merecía; pero se veía que los que lo merecían eran a veces aquellos a los que no se podía ayudar –por ejemplo, los enfermos crónicos, derrumbados y que pedían más recursos de los que la caridad de la sociedad podía proporcionarles–. Una segunda aproximación era ayudar a quienes podían ser ayudados, aunque parecía a menudo que aquellos que podían tirar hacia delante de alguna manera eran quizás los menos inclinados a hacerlo. Una tercera aproximación era proporcionar asistencia de una manera científica, juzgando cada caso en función de qué tipo de ayuda beneficiaría más a la persona y a la clase para resistir por su cuenta –a pesar de que esto, por supuesto, no resolvía los problemas básicos de que el que se lo merece necesita demasiado y al que se le puede ayudar a menudo parece inclinado a ser ayudado indefinidamente–. Además, estaba siempre presente la cautela de no dispensar caridad indiscriminadamente, ya que eso animaría a la gente a hacerse dependiente. Finalmente, estaba el sentimiento incómodo de que daba igual cuánta ayuda se dispersara, que la pobreza de entonces seguiría siendo la misma. Entre estas opiniones en conflicto, Webb se sentía especialmente frustrada por la ausencia de datos brutos, de hechos reales, sobre lo que estaba pasando. Llegó a admirar sobre todo a las mujeres que simplemente hacían lo que pensaban que era lo correcto, como una tal Emma Cons que no siguió las recomendaciones de la *Charity Organisation Society* y organizaba entretenimientos en salas de conciertos para pobres; pero Cons tenía poco o ningún interés por la recogida de datos.

la teoría individualista de la sociedad, fue instruida por Charles Booth sobre la metodología empírica –y finalmente los hallazgos del último la harían descarrilarse de las líneas políticas del primero–. Los dogmas del pensamiento de Booth sobre los problemas de la investigación empírica están contenidos en sus cartas a Webb, la única de los discípulos de Booth que realmente compartía sus inquietudes acerca de la metodología de indagación en ciencias sociales (Simey y Simey, 1960). La primera preocupación de Booth fue desarrollar un sistema de recogida de datos que produjera teoría en lugar de ser modelado por la teoría. La segunda fue ponderar apropiadamente el significado de cualquier dato en el contexto del sistema completo de información empírica. La tercera fue encontrar las formas para verificar que los datos indicaban realmente los «hechos»– un reto que alcanzó con la estrategia de recoger y comparar datos de tantas fuentes como fuese posible. La cuarta fue el asunto de separar los hechos de la opinión en estos datos, no necesariamente descartando la opinión pero considerándola como opinión. Finalmente, cuando empezó a hacer ensayos para ver si su metodología funcionaba, Booth se enfrentó al problema de establecer categorías fiables de clasificación. Lo que es relevante en la aproximación de Booth, y lo que inspiró a Webb, fue su focalización en encontrar vías para llegar a los «hechos reales» sobre las condiciones de un conjunto de personas, más particularmente, el complicado colectivo de población pobre en contextos urbanos.

Socialismo fabiano. En el curso de su investigación empírica, Webb llegó a convencerse auténticamente de que el problema de la pobreza era estructural, no individual, y se convirtió al socialismo. Por su relación con Sidney, Webb se incorporaría a un grupo de pensadores británicos, los socialistas fabianos, que hacia finales de la década de 1880-1889 habían logrado suficiente consenso como para presentar sus ideas en un libro sorprendentemente popular, *Fabian Essays in Socialism* (Shaw, 1889b). La posición teórica en este libro era «ecléctica» (Cole, 1961), por la disposición a tomar prestadas y unir una diversidad de fuentes y a adoptar posturas a mitad de camino. Se presentaba al socialismo como esencialmente pragmático y «británico», más que radical y marxista. Los fabianos sostenían que lo que Marx llama «plusvalía» es en realidad «renta» –el beneficio que obtienen propietarios y capitalistas– y se debía devolver al trabajo o entregar a la comunidad en su conjunto. La concesión privada de esta «renta» conduce al desperdicio

(Shaw, 1889a). La posición de los fabianos era que dicha «renta» o «plusvalía» se debía usar para hacer funcionar grandes empresas centralizadas como la oficina de correos o los ferrocarriles, e incluso más significativamente, que este dinero se debía ceder a los gobiernos locales, entendidos como los «"representantes de la comunidad elegidos democráticamente", cualquiera que fuera la comunidad» (Cole, 1961, p. 30). Creían que expertos cualificados contratados por los representantes de la comunidad elegidos democráticamente debían llevar a cabo la gestión definitiva de los asuntos cívicos. En su ensayo en esta colección, Sidney Webb presenta el objetivo del socialismo en términos del consagrado principio británico benthamita de «el mayor bien para el mayor número». Reconoce que Marx tiene razón, que el funcionamiento económico o material de una sociedad determina su forma política; pero dice que el socialismo no llegará a través de la lucha o de la revolución, sino a través de la evolución gradual de la opinión pública trabajando mediante un proceso democrático (S. Webb, 1889, p. 35). Los fabianos creían que la vía para producir el cambio era a través de la estrategia que Sidney denomina como «permeabilidad». En todos los niveles de gobierno y organización cooperativa, los miembros fabianos tomaban cualquier iniciativa política en la que se estuviera avanzando e intentaban moldearla en la dirección socialista o colectivista. Esencial para la permeabilidad era la producción de análisis rigurosos y competentes de las condiciones sociales, de forma que el fabianismo pudiera asociarse en las mentes públicas con una presentación de la realidad meditada y justa. Compartiendo la fe general en el progreso de los victorianos, los fabianos creían que la evolución social iría en la dirección que ellos estaban delineando, aunque tendrían que trabajar para que sucediera. Aunque había mujeres miembros activas en la organización, era un discurso dominado por los hombres. Solo una mujer, Annie Besant, contribuye a *Essays*. Y cuando unos años más tarde la sociedad publicó el libro titulado *What Every Intelligent Woman Needs to Know about Socialism*, George Bernard Shaw fue su autor.

TEMAS PRINCIPALES

Webb quería ante todo explorar la posibilidad de crear una ciencia de la sociedad que pudiera describir, explicar y predecir las relaciones sociales. El tema central de dicha ciencia era la ansiedad que la rodeaba a ella y con-

fundía a los miembros de la intelectualidad de su clase: el problema de la creciente miseria a pesar de la creciente prosperidad económica. Describimos su sociología en base a tres cuestiones: que la investigación empírica debería fundamentar la teoría, que la sociedad es un sistema de estructuras, y que el proyecto de la sociología es ayudar a crear una sociedad caracterizada por la igualdad económica y la toma de decisiones democrática.

1. Para Webb, la sociología comienza con la proposición de que cualquier demanda de las ciencias sociales debe llegar inductivamente y estar fundamentada en la práctica de la investigación empírica rigurosa. Para comprender esta proposición como punto de partida, es necesario apreciar la mezcla de respuestas con la que los victorianos confrontan el problema que describen como «la pobreza entre los ricos»: incredulidad, rechazo, confusión, culpa, remordimiento, remedios temporales, llamadas al cambio masivo. En uno de sus primeros análisis publicados, «The Dock Life of East London», Webb describe algunas de las posiciones en este debate:

> El economista de este estudio frunce el ceño severamente mientras condena las diversiones de los trabajadores de clase baja de Londres. El filántropo, fresco desde la compuerta del muelle, manifiesta con una entonación más sensacionalista la culpabilidad del empleador del muelle y del puerto al negar a los trabajadores indefensos más incentivos para permanecer, más posibilidades para vivir decentemente y multiplicarse libremente. El indiferente solo se queda a un lado de la institución existente, y habla sin pensar sobre la tendencia inevitable de una competitividad inevitable a producir una irregularidad inevitable en el empleo; fracasando en reconocer que los así llamados «inevitables» suponen el deterioro gradual del cerebro y de la fuerza de los compañeros del campo (1887, p. 483)*.

La respuesta de Webb fue tanto epistemológica como metodológica: se tenía que buscar alguna manera de determinar si había desigualdades significativas en la sociedad o si la cuestión era un caso de lo que Webb describiría posteriormente como «la falacia del caso particular » (1907, p. 347), como las historias de los periódicos sobre la increíble adversidad individual, diseñadas para llegar a la conciencia del público sobre las condiciones *so-*

* Un asterisco que sigue a una cita en el texto significa que el pasaje citado se ofrece en un contexto más amplio en las lecturas al final del capítulo.

ciales, pero que únicamente reflejaban el ejemplo de un caso *particular* de mala suerte. El primer deber del sociólogo es llegar a dar una imagen certera de la situación entre manos, comenzando por el conocimiento comúnmente aceptado de la situación y avanzando con la investigación hasta descubrir bien la complejidad de lo común, bien las cosas en común subyacentes a las condiciones que popularmente se creen diversas.

La «imagen» de la situación entre manos tiene dos elementos, sus hechos inmediatos y el encuadre histórico y estadístico de tales hechos. Webb se basa en tres fuentes de hechos inmediatos: observación personal directa por el investigador, entrevistas, y el uso de documentos y literatura. La observación personal se realiza de forma más precisa, dice Webb, cuando las personas observadas no son conscientes de la observación y por tanto se comportan espontáneamente. Por ello, trabajar como cobradora de los alquileres en los Edificios Katherine fue un método de campo mejor que estar como observador de las ciencias sociales en las salidas de los muelles de Londres Este. Webb se apoya en el modelo de entrevistas del trabajo de Booth, *The Life and Labour of the People of London* (1892-1902), que usó como recurso clave al *School Board of Visitors* que llamaba a cada casa del barrio para recoger datos como el tamaño de la familia, la ocupación y los ingresos. Booth y su equipo entrevistaron en profundidad a los trabajadores de la *School Board*, revisando con ellos los datos que habían recogido, un método que Webb caracteriza como «entrevistas al por mayor» (1926, p. 277). Cree que esta técnica es una forma de reducir el sesgo: las idiosincrasias en los informes del *School Board Visitors* se equilibraban en el proceso de entrevistarlos a todos; el propósito de los asistentes en la recogida de datos se compensa con el propósito diferente de los entrevistadores de Booth; y ninguno de los entrevistadores captan o controlan la dirección completa del proyecto. Por tanto, las tendencias de entrevistadores y entrevistados a dar forma a las declaraciones de acuerdo con su propia predisposición se filtran progresivamente de los datos. Webb espera que los datos de las entrevistadas conduzcan al investigador a los documentos y a la literatura; «un documento es un testimonio escrito que una organización social mantiene inconscientemente en secreto con el propósito, no de influir en el pensamiento, sino de influir en la acción», mientras que la literatura está diseñada para influir sobre el pensamiento y es «la impresión personal del individuo que escribe» (1907, pp. 348-349).

Cualquier imagen de la situación entre manos se debe situar en el contexto, tanto estadística como históricamente. El contexto estadístico ayuda al investigador a conocer si una condición es social, al prevenir la distorsión de cualquier observación, entrevista o documento particular, ya que la esencia de la estadística para Webb es que todas las unidades se observan por igual. Pero solo se puede determinar la naturaleza y la igualdad de las unidades en el agregado si se han realizado observaciones personales repetidas de casos individuales. El contexto histórico establece cuáles son las acciones pasadas de los seres humanos que parecen haber provocado el inicio de esta situación. El investigador no presume que estas acciones se emprendieran para producir estas condiciones, sino solo que estas acciones parecen relacionadas y relevantes para el hecho de que existan las condiciones. Observando los muelles de Londres, Webb identifica el rol de las estructuras creadas históricamente en la configuración del destino de los actuales trabajadores del puerto. Por ejemplo:

> La sustitución de los barcos de vela por los de vapor, aunque distribuye el empleo más equitativamente a lo largo del año, aumenta la incertidumbre del día a día y de hora a hora. En días pasados, en ciertas estaciones del año, una flota de veleros se alineaba en los atraques del muelle. El trabajo se extendía durante semanas y meses, y en cada día de éxito se veía al mismo número de hombres empleados por el mismo número de horas... Ahora la escena ha cambiado. Los barcos de vapor van y vienen con independencia del viento y de la marea (1887, p. 485)*.

El investigador debe también empezar a crear de forma inductiva posibles tipificaciones o clasificaciones de estos datos agrupándolos por su relación entre ellos. Webb enfatiza repetidamente la importancia de tomar notas y de realinear y reorganizar las notas para que aparezcan las pautas descriptivas y causales. Su cuidadosa presentación de los mecanismos para tomar notas es una forma por la que Webb concreta el proceso mental por el que se debe transcurrir para pasar del hecho a la clasificación, y de ahí a la causa-efecto.

La efectividad de este método desde el trabajo inductivo con los datos hasta llegar a una afirmación se ilustra en el estudio de Webb «How to Do Away with the Sweating System» (1892/1898). Webb comienza con la proposición esencial de que el primer deber es la presentación precisa de la situación: «Primero, debemos decidir lo que entendemos por explotación textil y el sistema de talleres textiles en los domicilios particulares; y segundo, debemos determinar la causa de este mal» (1892/1898, p. 139). Explica

que cuando empezó su trabajo, la explotación textil se malinterpretaba como un acuerdo que implicaba la presencia de un subcontratante. Investigando taller tras taller, registrando sus resultados, y revisando sus datos, Webb encontró que el subcontratante *no* era un factor constante. Su trabajo empírico la convenció –y su testimonio, junto con el de otros, consiguió convencer al *House of Lords Committee on Sweating*– de que «el trabajo en los talleres textiles no era un método particular de remuneración, no era una forma peculiar de organización industrial, sino que eran ciertas condiciones de empleo, a saber: *salarios inusualmente bajos, excesivas horas de trabajo, y lugares de trabajo insalubres*» (1892/1898, p. 140). Por eso, la legislación que pretendía que el subcontratante corrigiera el trabajo en los talleres textiles como práctica de empleo estaba de hecho apuntando soluciones erróneas. Webb continúa entonces presentando lo que sus datos muestran sobre los lugares acertados para buscar soluciones.

2. La reivindicación sociológica básica de Webb es que la investigación empírica muestra que la sociedad es un sistema de estructuras sociales emergentes más que la consecuencia de la acción individual. Para llegar a esta reivindicación, Webb hizo un viaje intelectual desde una interpretación individualista de la organización a una interpretación colectivista, es decir, desde una visión del individuo como unidad social primaria y causante de su propio destino, hacia una visión en la que el individuo está moldeado por la organización social. Esta afirmación resuelve parte del problema que originariamente inspiró a Webb a hacer investigación social: las causas de la miseria en la prosperidad. Las investigaciones empíricas de Webb le muestran que la causa de la pobreza no está en los caracteres individuales, sino en la estructura social. Pero Webb insiste en que ella misma no empezó desde esa premisa, sino desde la premisa de que, entre los pobres, se debía reforzar el carácter individual de alguna manera.

La explicación que ella etiqueta como «individualismo» considera la pobreza como un resultado inevitable del hecho de que los individuos persigan sus propios intereses en la libre competencia, un proceso del que depende la evolución social (como hace su manifestación «más progresista», el capitalismo). Contra este argumento individualista está la posición teórica que Webb denomina «colectivismo», que señala que la causa de la pobreza es precisamente el fracaso de la población en actuar colectivamente

para controlar la competitividad y el capitalismo, y producir una distribución equitativa de los bienes y servicios. Por extensión lógica, por supuesto, el colectivismo argumenta que no solo la estructura social o el orden colectivo es la causa de la pobreza, sino que también es la fuente del capitalismo y de la riqueza. Webb llegó a romper completamente con la sociología liberal de Spencer por lo que ella consideraba como falacias intelectuales en su teoría. La más evidente de ellas es la que identifica como su etiquetaje arbitrario del capitalismo individual o corporativo como «natural», mientras que los intentos de los sindicatos o de los movimientos cooperativos son intromisiones «artificiales» en el macroproceso de evolución social. Webb sostiene que «no hay tal cosa como una estructura social aparte de los seres humanos, o independiente de su actividad. Por tanto, estrictamente hablando, cada desarrollo de la estructura social y su funcionamiento, desde la familia... hasta la más complicada ley parlamentaria, son igualmente «artificiales», es decir, productos de la intervención humana» (1926, p. 342). Para entender la sociología de Webb es fundamental darse cuenta de que ella considera que el argumento precedente es el resultado, no de la «teoría», sino del «descubrimiento». Llega a él a través del empiricismo científico, es decir, de la investigación sobre los hechos guiada por el método científico. De hecho, otro punto de fricción con Spencer es que él usa los datos, no para llegar a la teoría, sino para ilustrar teorías preconcebidas, y que no practica el método científico que proclama.

Webb es intensamente consciente de que ella, y los demás, son resultado de contextos de clase particulares que les inspiran ciertos intereses en la situación que investigan. Este es quizás para ella el rasgo distintivo de la sociología: que el sociólogo realmente no puede estar fuera del marco de lo que investiga, de la manera en que Webb imagina que lo están el químico o el biólogo. Lo que le parece crítico a Webb es que su propia posición de clase no cambia, su posición no cambia por la sólida realidad de la experiencia empírica. El trabajo de la investigación social la conduce, le guste o no, a una interpretación cada vez más colectivista de las causas. Por tanto, el argumento básico de Webb es que la sociología puede ser convincente si sus métodos son rigurosa y sabiamente empíricos.

Pero Webb admite que la ciencia sola no puede explicar el interés de ella o el interés de sus contemporáneos por el problema de la coexistencia de la

pobreza y la riqueza. La sociología podría presentar la imagen de la gente inocente sufriendo a causa del fracaso colectivo y la sociedad podría todavía sentir que no había nada que deseara hacer. Pero esta es una posición que Webb permite solo en teoría, argumentando que en la práctica uno debe actuar «"como si" cada alma en particular... estuviera en comunión con una fuerza sobrehumana que hiciera justicia» (1926, p. 344).

La teoría de Webb de que las estructuras sociales son factores causales principales es central en toda su sociología, pero no es focal. Una vez que estableció, a partir de la investigación empírica, su propia confianza en la interpretación colectivista, fijó su atención en el uso de la investigación social empírica para guiar la política social.

3. Para Webb, el proyecto de la sociología es descubrir cómo se puede llegar a la igualdad económica a partir de una toma de decisiones democrática. El empiricismo de Webb la llevó desde la crítica de las condiciones existentes de explotación hacia una exploración de vías alternativas de organización social, que ella encuentra en varios «experimentos sociales». Webb sostiene que los experimentos sociales tienen lugar todo el tiempo en las colectividades y en los negocios, y que los gobiernos intentan diferentes acciones para ver si estos producirán los efectos deseados en diferentes grupos de personas. Estos esfuerzos no se reciben normalmente el nombre de «experimentos», pero eso es de todas formas lo que son.

> De hecho, estamos aplicando siempre nuestro conocimiento de la sociedad para predecir acontecimientos, y basamos nuestro conocimiento en la predicción. ¿Imagina qué ocurriría si tuviera a un funcionario, encargado de la oficina de correos justo antes de Navidad, asaltado por una duda filosófica, que rechazara autorizar la contratación de carteros adicionales basándose en que no hay razón para suponer que tendrá lugar el mismo incremento de trabajo que en años anteriores? Sugiero que podamos verificar con suficiente certeza cuál será la conducta del hombre promedio bajo circunstancias ordinarias, para basar la acción en ella. Todo el éxito de un gobierno se fundamenta en este tipo de conocimiento (1907, pp. 350-351).

Webb pretende analizar esos experimentos sociales que llevan democracia política a la vida económica a través de la investigación de las ciencias sociales.

El primer experimento hacia el que se dirige, como alternativa al modelo liberal de los intereses y la competitividad individuales sin restricciones, es

el ya exitoso movimiento cooperativo de los consumidores, que conocía de primera mano por su trabajo inicial en Bacup (Webb, 1891). Le interesa este movimiento porque parece haber comenzado de las propias personas, entendidas aquí como trabajadores manuales; porque reconoce los principios básicos de la autogobernanza, y porque ofrece un sistema económico diferente del capitalismo para la producción y distribución de bienes.

Webb considera que el movimiento de tiendas cooperativas ha sido desarrollado por un sistema de ensayo y error, o experimento social, que combina las mejores ideas de dos visionarios británicos admirados –el economista utópico Robert Owen (1771-1858) y el reformador parlamentario demócrata William Cobbett (1763-1835)–. En palabras de Webb, Owen vio la necesidad de eliminar «el beneficio en el precio», es decir, la venta de objetos por más de lo que cuesta fabricarlos, práctica que es la base del capitalismo. Quería establecer fábricas en las que los trabajadores mantuvieran un estilo de vida cómodo, en lugar de que dieran beneficios monetarios a propietarios que los usaran luego para crear más dinero. Pero Owen no vio espacio para que los trabajadores tomaran las decisiones democráticamente. A Cobbett, por otra parte, no le importaban las cuestiones económicas, pero intentaba centrar la atención de las masas en la reforma parlamentaria y en el sufragio, creyendo que la democracia curaría los males de la economía.

Webb presenta la tienda cooperativa como experimento exitoso del uso del proceso democrático en la toma de decisiones para dirigir la provisión de bienes. En líneas generales, las tiendas cooperativas eran asociaciones de consumidores de clase trabajadora que elegían a sus propios administradores, encargados de negociar, con el consejo de los miembros, la compra de los bienes que querían los miembros. La compra al por mayor para un gran colectivo permitía a los administradores presionar a los productores para hacer buenos tratos. Al final del año, si la tienda generaba algún beneficio, ese beneficio se repartía entre los miembros de la cooperativa como dividendo basado en la cantidad de ítems que habían comprado de la cooperativa durante el año.

Webb usa la tienda cooperativa como punto de partida de su visión de una sociedad organizada de manera diferente a la competitividad capitalista, una sociedad organizada democráticamente en torno a los roles económicos simétricos de productor y consumidor y al proceso que ella denomina «ne-

gociación colectiva». Webb cree que la negociación colectiva es una fase de la evolución industrial, que reemplaza tanto el antiguo sistema de intercambio directo entre individuos, obsoleto por la revolución industrial, como el intercambio basado en la explotación del capitalista que ahora tenía lugar.

> Las negociaciones entre grupos de trabajadores y consumidores, a través de representantes autorizados, deben reemplazar los trueques entre individuos...
>
> Para obtener una concepción clara de la negociación colectiva –de la relación social que reemplazará a la relación individual– imaginemos, por tanto, que la democracia industrial estuviese completamente desarrollada y que la industria estuviese organizada por asociaciones de consumidores (ya fuesen voluntarias u obligatorias, la Tienda, las Sociedades de Mayoristas, el municipio y el Estado), y que todos los trabajadores estuviesen unidos en sindicatos. Entonces, el responsable del sindicato textil debatiría las cuestiones sobre el salario y la formación técnica con el responsable de la tienda o del municipio... el responsable del sindicato y el responsable de la comunidad, ciertamente, representarían intereses contrapuestos de diferentes secciones de la comunidad. Pero como miembros de un solo Estado los intereses de los electores son idénticos en última instancia (1891/1904, pp. 216-218)*.

Trabajando con Sidney tras 1893, Webb desarrolló la teoría de la historia del gobierno municipal, no como una historia de la ejecución de las leyes, sino como una historia que empezó con un grupo de ciudadanos que deseaban procurar el bien colectivo más que el individual, como carreteras y parques. El gobierno municipal puede ser visto entonces, no en términos de votos y aplicación de leyes, sino en términos de personas intentando encontrar el camino para cubrir las necesidades materiales colectivas. Esta visión del Estado condujo a Webb a proclamar que, en la crisis de la miseria en la riqueza, los gobiernos locales y el nacional tenían el derecho de actuar a través de varias formas de regulación gradual para reducir la explotación y la degradación que el capitalismo producía en las clases trabajadoras.

Pero el primer paso para una regulación estatal inteligente, para Webb, continúa siendo el conocimiento de las condiciones actuales de trabajo. El gran deber del sociólogo en la política pública es empírico: reunir datos y organizar los datos evitando el sesgo hasta que formen pautas descriptivas y causales que los legisladores puedan usar para dirigir el curso de la sociedad. Pero la dirección de tal curso, concluye Webb, depende finalmente de los valores que elija la sociedad.

LA RELEVANCIA DE WEBB EN LA HISTORIA Y LA PRÁCTICA ACTUAL DE LA SOCIOLOGÍA

WEBB Y EL CANON DE LA SOCIOLOGÍA

Introducir a Webb en el canon nos lleva a dos reformulaciones: (1) la de la relación entre teoría e investigación en la historia de la sociología y (2) la del lugar de Webb como contribuidora a la tradición teórica de la teoría analítica del conflicto.

La tradición empírica. A diferencia del resto de mujeres presentadas en este libro, Beatrice Webb ha sido, por su colaboración con su marido Sidney, parte del canon de la sociología. Pero la parte que se les ha asignado a los Webb –la sociología empírica y más particularmente la tradición británica de la sociología empírica– ha sido marginada en sí misma. En *A History of British Empirical Sociology* (1981), Raymond Kent toma el supremo estudio de los Webb, *Industrial Democracy* (1897/1902), una exploración del sindicalismo en Gran Bretaña, como ejemplo del traslado de los datos empíricos a la teoría. En el inicio de la planificación del libro, los Webb intentaron usar datos empíricos para generar teoría y para evitar que la teoría se permitiera moldear la investigación. Solo más tarde en el trabajo, en base a sus hallazgos empíricos, vuelven a la teoría. En la introducción a la edición de 1902 de *Industrial Democracy*, ofrecen una declaración rigurosa de este principio de dejar que los datos guíen hacia la teoría:

> Para empezar, el estudiante debe prepararse resolutivamente para encontrar, no la respuesta definitiva al problema práctico que le ha tentado a trabajar, sino cuál es la estructura actual y la función de la organización en la que está interesado. Por tanto, su tarea principal es observar y diseccionar los hechos, comparando tantos especímenes como sea posible, y registrando de forma precisa todas las semejanzas y diferencias parezcan o no significativas. Esto no quiere decir que el observador científico deba empezar con la mente libre de ideas preconcebidas en cuanto a clasificación y secuencias. Si tal persona existiera, no sería en absoluto capaz de hacer observaciones (1897/1902, pp. ix-x).

Sugieren tres fuentes principales de datos, fuentes a las que vuelve Webb (1907) repetidamente: el documento, la observación personal y la entrevista. Ofrecen entonces, como Webb ha hecho desde sus primeros momentos, consejo sobre el uso y toma de notas. En su libro de métodos de

1932, *Methods of Social Study* –que tuvo como base los primeros escritos de Webb, incluido un memorándum que escribió para sí misma en la década de 1880-1889– describen cómo llegaron a su teoría sobre el sindicalismo después de barajar y volver a barajar constantemente sus notas. Sobre su metodología, Kent propone una hipótesis interesante: «puede que no sea tan disparatado sugerir que aquí... estuviesen los comienzos de lo que los sociólogos contemporáneos llamarían análisis multivariante, que es el reordenamiento de los datos de muy diferentes maneras para revelar pautas y relaciones entre fenómenos que, a primera vista, no eran para nada aparentes» (1981, p. 116). Este es un tributo apropiado a las instrucciones cuidadosas de Webb sobre la toma de notas, que concretan la experiencia mental de buscar la pauta de las relaciones en los datos. Centrarse en los Webb muestra de nuevo que la definición de la sociología en función de sus teorías es una elección, no arbitraria pero tampoco inevitable. Al realizar tal elección, los estudiantes de historia de la sociología se mueven hacia un extremo en el que su visión del trabajo es como la de los Webb, un trabajo importante para la disciplina y la sociedad en su conjunto.

La tradición de la teoría analítica del conflicto. En *Industrial Democracy*, los Webb presentan una teoría que hoy podríamos reconocer como una forma de «teoría analítica del conflicto», una perspectiva teórica que, en esencia aunque no por nombre, Beatrice usó anteriormente en *The Cooperative Movement in Great Britain* (1891). En su análisis en *Industrial Democracy*, los Webb consideran tres tipos de decisiones que se deben realizar sobre la producción: qué producir, cómo producirlo en términos de materiales y habilidades requeridas, y en qué condiciones de trabajo. Y ponen esas tres decisiones básicamente en manos de tres grupos con intereses diferentes: las asociaciones de consumidores, los directivos de la industria, y los sindicatos. Los Webb atribuyen la primera consideración, la cuestión de qué producir, a los consumidores. Sostienen que los sindicatos «no tienen más que decir que cualquier otro ciudadano o consumidor sobre la determinación de qué se debe producir » (Webb y Webb, 1897/1902, p. 818). Además, los Webb están especialmente preocupados por vetar la segunda consideración a los sindicatos –sobre procesos, materiales y trabajo humano– porque creen que los sindicatos están profundamente sesgados, no a favor de la comunidad al completo, sino de los intereses particulares de sus miembros. Esta segunda decisión se la atribuirían los Webb a «los directivos

de la industria», ya sean capitalistas o empleados públicos asalariados. Pero el interés de estos directivos puede ser conseguir el abaratamiento de la producción, lo que podría dañar la «calidad de vida» de los trabajadores manuales. Por eso, los Webb consideran que los sindicatos son los actores principales de la tercera decisión, el establecimiento de las condiciones bajo las cuales esta producción –una vez determinada en función de los productos, materiales y procesos– tendrá lugar. Lo que ellos estudian es la complejidad de la interrelación entre estas tres decisiones, las decisiones de producción, proceso y condiciones.

En este modelo, los Webb pueden ofrecer una significativa aunque inexplorada declaración temprana de la teoría analítica del conflicto, una declaración consistente con muchas generalizaciones de teóricos modernos como Randall Collins (1975) y Ralf Dahrendorf (1968). El modelo de los Webb localiza grupos que parecen tener intereses enfrentados en la sociedad: productores y consumidores, trabajadores y capitalistas, ciudadanos y productores, ciudadanos y capitalistas. Muestran, sin embargo, que hay solapamientos significativos en esas categorías, que no son necesariamente excluyentes entre ellas, salvo porque las personas están incentivadas a identificar sus intereses con una categoría particular, a menudo porque a las otras categorías les falta organización y voz colectiva. Los Webb insisten en que estos intereses en conflicto, aunque reales, deben reconciliarse finalmente por alguna lógica ante el hecho de que cada persona particular es un miembro de la «comunidad», como quiera que esta se defina. Ellos piensan que todas las personas tienen que residir geográficamente en algún lugar, y el hecho de estar físicamente presente significa que al final uno tiene que cuidar de las carreteras, del agua, del aire y de la posibilidad de enfermedades epidémicas, temas que presionan con urgencia a las sociedades de hoy. En tal disposición de intereses encontrados y compartidos, un sistema podría tener éxito si reconoce abiertamente lo que los Webb normalmente denominan como «sesgo» y que nosotras denominaríamos «interés», por parte de los grupos constituyentes. Su proyecto es formar una «democracia industrial» que reconozca de una manera diferente a los grupos constituyentes que forman una sociedad, en función de los procesos de producción, distribución y consumo de bienes y servicios, e integrando esos procesos económicos en un sistema de toma de decisiones democrático políticamente, de manera que la vida material esté gobernada democráticamente.

WEBB Y LA TRADICIÓN DE LA SOCIOLOGÍA FEMINISTA

Como ya hemos sugerido, Webb no se identificó activamente como feminista; de hecho, en alguna ocasión pareció identificarse como antifeminista. Podríamos esperar o desear que su empiricismo la hubiese llevado a ver que las condiciones particulares en la organización de la sociedad afectaban a las mujeres de una manera especial. Pero sus necesidades personales y el socialismo fabiano que adoptó parece que detuvieron la investigación empírica abierta que marcó sus viajes intelectuales más osados. Una vez comprometida, a través de un proceso de investigación empírica, con el principio teórico del colectivismo, encontró difícil, como ha concluido Barbara Caine, «reconocer que las necesidades de las mujeres no eran idénticas a aquellas de la comunidad en su conjunto» (1982, p. 41).

Ocasionalmente realizó esfuerzos para favorecer a las mujeres. En 1906, en una carta que tenía la intención de que se publicara en un momento crucial de la movilización por el sufragio, pasó a retractarse de su posicionamiento antisufragio de 1889 y a alinearse con la causa argumentando que su justificación en lo tocante al sufragio femenino, no descansaba en la doctrina de los derechos naturales, sino en la tesis de que la vida es «una serie de obligaciones» y que para que las mujeres pudieran «cumplir sus... obligaciones particulares» necesitaban ejercer el derecho a voto (Caine, 1982, p. 35). En 1908, ayudó a fundar el *Fabian Women's Group* que, a lo largo de los años y a pesar del compromiso fabiano masculino con los roles familiares tradicionales, hizo algunos esfuerzos importantes. Webb apoyó al grupo aunque en raras ocasiones participó en él (Caine, 1982). En 1918, escribió un informe menor sobre la cuestión de la igualdad de salarios en el que recomendaba, de forma característica, que los salarios se definieran por la ocupación con independencia de quién ocupara una posición particular. Este fue un movimiento positivo, aunque esquivó la difícil cuestión del hecho de que hombres y mujeres casi nunca ocupaban la misma posición, un asunto sobre el que ella misma ya había argumentado con anterioridad (Webb, 1895/1896/1898).

El trabajo de Webb, a pesar de que fue esencialmente *no* feminista (pero quizás no *a*feminista), influyó a muchas de las mujeres más feministas de este volumen. Visitó la Hull-House en 1898. En el capítulo 7, apuntába-

mos algunas de sus influencias sobre las Mujeres de Chicago en cuestión de metodología y en la idea del consumidor como actor social. Ya en 1891, Addams leyó *The Co-Operative Movement in Great Britain* (Addams 1910b). Es interesante comparar la retórica y el pensamiento de Addams en «The Subjective Necessity for Social Settlements» (1893) y en *Democracy and Social Ethics* (1902/1907) con el análisis de Webb acerca de Robert Owen, William Cobbett y la fundación del movimiento cooperativo. En *The Co-operative Movement in Great Britain*, Webb escribe de Owen: «en contradicción con la fórmula competitiva de "cada uno a lo suyo y sálvese quien pueda", él declaró "que la felicidad de uno mismo, claramente entendida, solo se puede lograr con un servicio directo y consciente de la comunidad"» (1891/1904, p. 25). Webb sostiene que el fallo de Owen fue que «[é]l no había captado el significado de la democracia como una forma de asociacionismo por la que el conjunto de personas adquiere una vida colectiva, la voluntad interna de transformar las instituciones que precede al acto externo de la reforma» (1891/1904, p. 31). Mucha de la articulación de Addams en su teoría sobre la ética social está en línea con el argumento aquí desarrollado por Webb, y Owen podía haber sido un modelo para las críticas de Addams hacia los filántropos que presumen de conocer mejor que la propia población lo que es bueno para ella (véase el capítulo 3). Además, Webb conoció a Charlotte Perkins Gilman, que más tarde contribuyó a la iniciativa feminista más radical de Webb en un número del *New Statesman*. Y Marianne Weber cita a Webb en un ensayo de 1904 sobre el lugar de las mujeres en la creación del conocimiento.

La parte del análisis de Webb que las feministas contemporáneas pueden encontrar más provocativa o empática aparece en un artículo de 1913 para el *New Statesman*, que presentaba un suplemento especial sobre «la cuestión de las mujeres», «The Awakening of Women». En esa «Introducción», Webb escribe con pasión porque ve, aunque momentáneamente, una conexión entre los movimientos de las mujeres, los movimientos obreros y el nacionalismo de las personas-sujeto. Comienza:

> Nunca entenderemos el despertar de las mujeres hasta que no nos demos cuenta de que no es mero *feminismo*. Es uno de los tres movimientos mundiales simultáneos hacia una colaboración más equitativa entre los seres humanos para los asuntos humanos... [E]l movimiento para la emancipación de la mujer corre en paralelo, por una parte, con el Movimiento Obrero Internacional –la unión

> de las clases de trabajadores manuales para obtener «su lugar al sol»– y, por otra, con el malestar existente entre las personas-sujeto que luchan por la libertad para desarrollar sus propias civilizaciones peculiares (1913, p. iii)*.

Después identifica al dominador que oprime a los tres grupos como si fueran una y la misma persona, mostrando que la dominación está en el corazón del sistema mundial de estratificación.

Esta parte, reproducida en las lecturas, es un análisis feminista extraordinario. Es también principalmente un disparo de un solo tiro. Diríamos que el malestar esencial de Webb no era con la idea de sí misma como mujer, sino con la idea de sí misma como alguien que recibe órdenes en lugar de darlas, con independencia de cuánto intentó mejorar las condiciones de las clases que habitualmente reciben las órdenes. Identificarse con las mujeres como clase era admitir la posibilidad de pertenecer, no a la categoría de los que dan las órdenes, sino a la categoría de quienes las reciben, de no ser la dominadora luchando por los intereses de los oprimidos, sino ser algo mucho más arriesgado, la subordinada que se resiste a la opresión. Ese fue quizás el salto que no pudo dar.

LECTURA 8-1

EXTRACTO DE «THE DOCK LIFE OF EAST LONDON» [LA VIDA EN LOS MUELLES DEL ESTE DE LONDRES]

Esta selección se ha extraído de las páginas 483-494. La primera publicación sociológica de Webb muestra muchos de los rasgos perdurables de su sociología: el centro de atención en los trabajadores manuales y las cuestiones de pobreza, una definición bastante tradicional de los roles de las mujeres, y un intenso interés por la investigación empírica como medio para informar al público sobre la compleja realidad que existe tras la comprensión estereotipada y simplista de un «problema social». Webb usa datos históricos

Fuente: Beatrice Potter Webb, «The Dock Life of East London», *Nineteenth Century*, 22 (1887), pp. 483-499.

y estadísticos, observaciones y entrevistas para identificar las categorías en los grupos de la clase trabajadora involucrados en el trabajo portuario.

[L]a imaginación popular representa al estibador bien como un holgazán irrecuperable, bien como un ángel caído. No reconoce que hay «de todo tipo y condición», aquí como en cualquier otro lugar del *East End*... El economista de este estudio frunce el ceño severamente mientras condena las diversiones de los trabajadores de clase baja de Londres. El filántropo, fresco desde la compuerta del muelle, manifiesta con una entonación más sensacionalista la culpabilidad del empleador del muelle y del puerto al negar a los trabajadores indefensos más incentivos para permanecer, más posibilidades para vivir decentemente y multiplicarse libremente. El indiferente solo se queda a un lado de la institución existente, y habla sin pensar sobre la tendencia inevitable de una competitividad inevitable a producir una irregularidad inevitable en el empleo; fracasando en reconocer que los así llamados «inevitables» suponen el deterioro gradual del cerebro y de la fuerza de los compañeros del campo. Pero, afortunadamente, la democracia tiene gusto por los hechos, y podemos esperarar un creciente sentido de la proporción. Me atrevo por tanto a describir la vida en los muelles del este de Londres, a distinguir entre las diferentes clases de trabajo y a caracterizarlas. Y estoy capacitada, por cortesía de los oficiales portuarios, para dar las cifras actuales de los empleados, y para presentar este esbozo con una nota breve sobre las circunstancias que han conducido al presente estado y a los métodos de empleo.

Los tres muelles del este de Londres son el *London and St. Katherine*, el *West and East India* y el *Millwall*. Los dos primeros se abrieron a finales del siglo pasado y principios del actual, respectivamente, y durante los primeros cincuenta años de su existencia poseían el monopolio virtual del comercio de Londres... En 1868, el muelle *Millwall* cubrió el espacio dejado por el *West and East India* en *Isle of Dogs*. La competencia en los embarcaderos se había vuelto dura en aquel tiempo, y el *Millwall* se abrió con todos los equipamientos y métodos más novedosos para ahorrar trabajo y reducir los costes de las operaciones... Pero incluso durante los buenos tiempos las dos grandes compañías empezaban a escudriñar los balances de sus tesoreros...

La feroz competitividad en un negocio en declive no fue el único factor en juego para producir demandas de trabajo espasmódicas y tensas. La susti-

tución de los barcos de vela por los de vapor, aunque distribuye el empleo más equitativamente a lo largo del año, aumenta la incertidumbre de día a día y de hora a hora. En días pasados, en ciertas estaciones del año, una flota de veleros se alineaba en los atraques del muelle. El trabajo se extendía durantes semanas y meses, y en cada día de éxito se veía al mismo número de hombres empleados por el mismo número de horas... Ahora la escena ha cambiado. Los barcos de vapor van y vienen con independencia del viento y de la marea. Los numerosísimos navieros de Londres no muestran signos de desear organizar sus negocios para proporcionar tanto empleo regular como sea practicable...

Resumiendo brevemente, los acontecimientos comerciales, que han ayudado a ocasionar el estado actual del empleo portuario en el este de Londres y que todavía siguen vigentes, están experimentando una mayor transformación. La futilidad del intento de separar la cuestión del trabajo de la cuestión del comercio se hace cada día más aparente; y a menos que entendamos el curso del comercio, no lograremos dibujar la línea correcta entre lo previsible y lo inevitable en las cada vez más profundas sombras de la existencia en *East End*. Pero todas las cosas están en proceso de llegar a ser, y el ayer rivaliza con el hoy como si fuera un clarividente del mañana. Y pienso que si el lector me sigue en la breve explicación sobre... las clases de hombres empleados y de métodos de empleo... se añadirá algo de realismo a la imagen de la vida en el puerto....

A continuación doy las cifras de los empleados en los tres muelles del este de Londres, clasificados de acuerdo con la regularidad o irregularidad del empleo.

Se verá de lo anterior que las dos grandes compañías portuarias emplean tres clases de trabajadores: permanentes, preferentes y casuales... Intentaré describir a grandes rasgos en qué se distinguen estos estratos sociales; e intentaré dar las condiciones económicas, sociales y morales más importantes bajo las que existen y se forman...

... El capataz es inequívocamente el oficial. Cuando acaba el día de trabajo se apresura directamente desde el barrio de mala reputación hacia el olor a respetabilidad que respira en su zona residencial de clase media. Allí, en una de esas casas irreprochables construidas con la típica ventana en arco, y acaso con jardín, o al menos con un patio trasero, donde mantener y

Muelles *West and East India*

Personal en el exterior:	
Trabajadores permanentes	
Capataces &c	457
Policía	114
Otros trabajadores permanentes	247
Total empleados regularmente	818
Empleados irregularmente	
Máximo	2.355
Mínimo	600
Empleados irregularmente (media)	1.311
Preferidos para el empleo	2.129
"Royals"	700

Muelles *London* y *St. Katherine*

Personal en el exterior:	
Trabajadores permanentes	
Capataces &c	400
Policía	100
Artesanos	150
Otros trabajadores permanentes	420
Total empleados regularmente	1.070
Empleados irregularmente	
Máximo	3.700
Mínimo	1.100
Empleados irregularmente (media)	2.200
Preferidos para el empleo	3.270
"Royals"	450

montar sus pasatiempos, él lleva su más estimable vida. Sin duda está rodeado de su mujer y de su familia, quizás cuenta con una sirvienta para todo, y tiene unos pocos amigos seleccionados. Se inmiscuye poco en asuntos públicos... vive hacia sí mismo... [y obedece] la eterna fórmula del credo individualista: ¿Soy el cuidador de mi hermano?...

... El trabajador «permanente» del puerto... [c]on un salario normalmente de veinte a veinticinco chelines a la semana y una familia promedio, subsiste sobre la línea de la pobreza, aunque en momentos duros frecuentemente baja de ella... Por regla los hombres permanentes no viven en el barrio más cercano al puerto. Están desperdigados a lo largo y a lo ancho en... distritos periféricos; la regularidad de su salario les permite vivir en una pequeña casa alquilada por la misma cantidad que le saldría una sola habitación en el centro de Londres... En común con todos los trabajadores con unos ingresos regulares pero moderados, el estibador permanente depende de su mujer. Si ella es una mujer ordenada y una buena administradora, versada decentemente en las raras artes de la cocina y la costura, la vida de la familia es independiente, incluso confortable, y los niños pueden seguir los pasos de su padre o alcanzar algo mejor. Si ella es una chismosa y una chapucera –peor aún peor, una borrachina– la familia se hundirá por debajo del nivel de la calle del este de Londres...

Pero los capataces y los trabajadores permanentes constituyen, después de todo, el diez por ciento mejor posicionado en la vida del puerto, y nuestro interés se centra naturalmente en el gran volumen de trabajadores que luchan por un sustento, dígase, en las manos irregulares empleadas en el puerto, los grandes almacenes, y los embarcaderos del este de Londres. No he podido recoger estadísticas completas... Pero de las evidencias que agrupé... [el] promedio de mano de obra empleada de forma irregular por las tres compañías portuarias se sitúa en 3.000... un salario bueno una semana y nada la siguiente... no son condiciones favorables para ahorrar, para la moderación, ni para una buena administración... muchos de los estibadores [irregulares pero permanentes] viven en alojamientos comunes de lo más respetables. Si se casan, se deben rendir ante una inhóspita casa de una habitación que, incluso a pesar de lo insuficiente, les cuesta de 3 chelines a 4 chelines 6 peniques de sus exiguos ingresos. Con más probabilidad que menos, la mujer pasa el día estresada, con un trabajo miserablemente pagado, por alcanzar las necesidades básicas de existencia...

... [El marido] puede evitar la inanición pero no puede alcanzar un empleo permanente. ... Y aparte del trabajo y de la casa hacinada y sin comodidades, ni el marido ni la mujer ni los niños tienen ninguna alternativa o alivio excepto la monótona agitación de baja categoría de la calle *East End.*

LECTURA 8-2

EXTRACTO DE *THE CO-OPERATIVE MOVEMENT IN GREAT BRITAIN* [EL MOVIMIENTO COOPERATIVO EN GRAN BRETAÑA]

Esta selección se ha extraído del capítulo 7, «The Ideal and the Fact», páginas 205-221. Este libro hizo a Webb famosa en los círculos progresistas a nivel mundial e influyó en las teorías de Jane Addams (capítulo 3) y de las Mujeres de Chicago (capítulo 7). Representa también, para Webb, un viaje teórico remarcable y una transformación de valores: de los valores capitalistas de su propia familia adinerada y el tutelaje en la política «liberal» de Herbert Spencer, a la defensa de las soluciones colectivistas y socialistas para mejorar las vidas de la clase trabajadora. La descripción de Webb de la sociedad de finales del siglo XIX conducida por un capitalismo sin restricciones –caracterizada por la inseguridad laboral, los trabajadores manuales infrapagados, una mala calidad de vida para el ciudadano medio, la pobreza creciente en un sector de la sociedad, los ingresos desproporcionados para unos pocos de lo alto de la escala económica, los bienes de consumo de mala calidad, un precio arbitrario por los bienes y servicios– es todavía oportuna. Su solución socialista es no-marxista y no violenta, y convoca a la organización de los trabajadores y de los consumidores; a la eliminación del beneficio privado o corporativo; y a la regulación pública de la producción y de la distribución del dinero, de los bienes y de los servicios. Webb usa diversas estrategias políticas interesantes para presentar sus argumentos, se basa en la investigación, especialmente la investigación sobre un «experimento» ya

Fuente: Beatrice Potter Webb, *The Co-operative Movement in Great Britain* (London: Swan, Sonnenschein and Company, 1891/1904).

intentado por los trabajadores, el movimiento de consumo cooperativo, y muestra que los argumentos del socialismo son británicos y de larga tradición, originándose con Robert Owen, no con Marx. Dado que la cooperativa no obtiene «beneficio en el precio», puede poner precios competitivos. Hace referencia a las «leyes de los pobres» en el sistema de la asistencia pública a los desamparados, que empezó en el siglo XVII y todavía tenía lugar en Gran Bretaña en su propio tiempo, y sobre el que ella trabajaría para reformarlo radicalmente a principios del siglo XX.

Estamos ahora en la posición de estimar hasta qué punto el movimiento cooperativo moderno ha culminado el sistema cooperativo industrial de Robert Owen.

El lector recordará que la piedra angular del Nuevo Sistema de Sociedad de Owen era la eliminación del beneficio en el precio y la sustitución del capitalista por un funcionario asalariado. Él consideraba el beneficio en el precio como el fruto prohibido de la industria –como el potente veneno que estimula al hombre económico a estrategias fraudulentas y al monopolio egoísta– en resumen, como el origen del conflicto industrial. E imaginó que la rentabilidad como un método para ajustar la oferta y la demanda podría sustituirse por la verificación científica de las necesidades de los trabajadores.

Con respecto al primer punto –la eliminación del beneficio en el precio– la forma democrática de la cooperativa ha tenido un éxito absoluto. La absorción del beneficio por la comunidad ha tenido un efecto doble. El vendedor real de un artículo en el sistema cooperativo no tiene interés personal en defraudar al cliente. La forma democrática de la cooperativa ha puesto efectivamente en un callejón sin salida dentro del área de su influencia a todos estos monstruos y formas enanas de la tiranía industrial: la estrategia del sistema de crédito y contable, los regateos y engaños en los artículos destacados y de los segundos precios en los bienes fraudulentos o adulterados, junto con la política más moderna y funcionarial de los grandes fideicomisos y las combinaciones capitalistas, que dictan los precios osadamente.

Este es el resultado directo e inmediato de la eliminación del beneficio en el precio. Pero el efecto definitivo de vender al precio de coste sobre la organización de la industria es de mayor importancia. El logro glorioso de la forma democrática de la cooperativa es que es la única, y lo digo después de pensarlo bien, que al eliminar los beneficios y a los capitalistas, destruye la ocasión –los arranca de raíz y extirpa sus cimientos– para el arte de hacer

riqueza aparte de rendir servicios a la comunidad. Ya que si toda la industria estuviese organizada de acuerdo con la forma democrática de la cooperativa, y se jugara en participaciones, todas las operaciones como la «especulación a la baja», la «especulación al alza», y la monopolización del mercado se relegarían al trabajo de un anticuario económico. Un Departamento Bancario común supervisaría el Mercado de Valores...

En la democracia abierta de la tienda cooperativa y de las instituciones federales dependientes, todo el excedente sobre el coste de producción, junto con la «plusvalía» de los mejores enclaves o de las fluctuaciones del comercio, se comparte con todos aquellos que eligen unirse, incluso a la undécima hora, o si no, se acumula en forma de depreciaciones extra de la tierra y de los edificios, y de pesados fondos de reserva para el uso de las generaciones futuras de ciudadanos...

... En resumen, el colectivo completo de consumidores rechaza el tributo a una minoría de capitalistas con exceso de tasa de mercado.

Es más difícil y delicada la cuestión de si la forma democrática de la cooperativa ha demostrado finalmente y de forma efectiva que la rentabilidad individual es un método innecesario para ajustar la oferta y la demanda... Así, en las reuniones trimestrales de la Sociedad de Mayoristas, y en los congresos de compradores mantenidos en diferentes lugares del país, los directores y funcionarios de la institución federal soportan el suplicio de los mayoristas de oír las críticas de los clientes expertos, las opiniones de los hombres cuya profesión en su vida es verificar los deseos, y cubrir las necesidades de los consumidores individuales; mientras que los compradores y los directores de las instituciones centrales tienen amplia oportunidad de instruir a los representantes de los consumidores sobre el verdadero valor de los artículos al margen de su precio competitivo, y de las condiciones de empleo necesitadas para la producción de los productos baratos. En las reuniones anuales y trimestrales de las tiendas particulares, sus representantes y delegados están obligados a presentar por turno las quejas detalladas sobre cómo ajustan las botas de Leicester, el sabor de un paquete de té, y el color de la loncha de beicon. Los miembros requieren una explicación satisfactoria o insisten en una solución rápida. Sin duda esta vinculación próxima y constante entre el *empresario* y los clientes justifica el aumento inequívoco de la calidad del sabor, el conocimiento del

valor real, y consecuentemente la estabilidad de la demanda que es una característica del consumo de los distritos cooperativos. Aquí percibimos una aproximación a la verificación científica de los deseos de la comunidad.

Pero admito libremente que en la medida en que el movimiento cooperativo forme un «Estado dentro del Estado», y el sistema cooperativo se rodee de una sociedad individualista y competitiva, es imposible afirmar dogmáticamente que el control democrático será una alternativa efectiva a la rentabilidad individual para bajar los precios y mejorar la calidad de los productos. En la actualidad, los encargados de las tiendas cooperativas están empujados por los esfuerzos de los vendedores a ofrecer un precio más bajo que ellos. Las Sociedades de Mayoristas viven con el temor absoluto al comerciante privado y al fabricante. Además, los miembros de las tiendas cooperativas, el delegado de la Sociedad de Mayoristas, pueden acabar con las quejas de una administración ineficiente con la prueba tangible en forma de un artículo de mejor calidad o precio inferior comprado en el mercado libre. Si la eficiencia de la administración sobreviviría a un monopolio de la clientela por las asociaciones de consumidores, es una cuestión sobre la que ninguno de nosotros puede dogmatizar. No obstante, me atrevo a ofrecer algunas sugerencias para la solución a esta importante cuestión.

Primero, déjenme recordar al lector que la competitividad entre individuos y comunidades no está necesariamente conectada con la obtención de beneficios. Los funcionarios, desde los embajadores hasta los directores de escuelas de pueblo, se eligen entre muchos competidores...

... [Y] podemos imaginar muchos ejemplos de competitividad efectiva sin la obtención de beneficios. Los municipios de Leicester y Northampton podrían comprometerse a proporcionar gas, agua, educación y entretenimiento a sus habitantes. Una mejor administración de los asuntos de Leicester se haría aparente rápidamente para los ciudadanos de ambas ciudades, conduciría a la insatisfacción de los ciudadanos de Northampton, y a una consecuente emigración hacia la ciudad más favorecida... La imitación entre localidades sustituiría, en estas circunstancias, la competitividad entre comerciantes individuales. De hecho, si cada municipio provee a sus ciudadanos de todas las necesidades para vivir a precio de coste, la ley de la «supervivencia del más fuerte» diría más de la inteligencia y del temperamento humano. En ese caso, el servicio eficiente de la comunidad no dependería de la aparición casual de un Harrod o un Whitelely en un muni-

cipio en lugar de en otro, sino en la capacidad general de todos los ciudadanos de un autogobierno democrático...

... Todos los que están interesados en las asociaciones de consumidores poseen, si eligen usarlo, material completo para un juicio sensato de la excelencia relativa de los servicios proporcionados por los proveedores y profesionales particulares. Los miembros pueden estimar el gasto de la capacitación, así como la satisfacción de la demanda, pueden comparar los costes sociales con el valor social. De ahí que la emulación entre los funcionarios para asegurar la confianza y buena voluntad de sus electores reemplaza la búsqueda de los beneficios... Se da por hecho, por tanto, que la comunidad asumiría todo el comercio y la industria del país en forma de tiendas, municipios, condados o estados. Fuesen cuales fuesen las otras dificultades que se pudieran encontrar, la competitividad entre individuos sería todavía un método efectivo para la selección de funcionarios, y un potente estímulo para la capacitación y la actividad, en servicio de la comunidad, de las diferentes clases de productores.

Podemos decir, por tanto, que el principio cardinal del Nuevo Sistema de Sociedad de Robert Owen, *la eliminación del beneficio en el precio*, se ha llevado a término en el movimiento cooperativo moderno. Pero el lector recordará que... Robert Owen... era contrario igualmente a la competitividad por el empleo entre individuos como método para determinar *el precio* por el que deberían trabajar. Por citar las palabras del primer capítulo: «él sostenía que ese trabajo (que incluía todas las formas de esfuerzo humano) debería considerarse de acuerdo con sus necesidades; es decir, de acuerdo con los gastos requeridos para mantenerlo en un completo estado de eficiencia, proporcionándole al mismo tiempo educación, en su sentido más amplio, para la mejora física, intelectual y de carácter del individuo y de la raza; e incluyendo una paga por riesgo de enfermedad o incapacidad, y por la decrepitud de la vejez».

Pero en el gran sistema comercial y competitivo de hoy en día observamos dos hechos que varían completamente de la visión de Robert Owen de lo que es un método apropiado para remunerar el esfuerzo humano. En primer lugar, los trabajadores mentales extraen del conjunto de ingresos de la comunidad una mayor proporción que la correspondiente a sus necesidades; en segundo lugar, las clases de trabajadores manuales al completo se

limitan a una subsistencia básica, a una calidad de vida que degrada sus facultades como productores de riqueza, ciudadanos y padres.

La forma democrática de la cooperativa adolece obviamente del primer problema. Para una multitud de oportunistas en competencia, por cada intento de amasar una fortuna, o de añadirle una pequeña cantidad, vemos a todo un servicio público en actividad, una armada de empleados con salarios fijos que van desde las 2 libras a la semana del tendero del pueblo a las 400 libras al año de los directores de departamento que manejan mercancías de alrededor de varios millones. Estos salarios, que nos dictan mercaderes potentados y grandes financieros, son bastante inadecuados para atraer ese calibre de inteligencia necesario para asegurar operaciones económicamente sólidas... La tendencia creciente a la empresa cooperativa, el progreso firme del sistema de tiendas cooperativas con sus instituciones federales, que aumentan año tras años la multiplicidad de sus operaciones en la industria y el comercio, son una respuesta suficiente a esta opinión sesgada o teórica sobre la motivación humana. Se ha comprobado que la buena voluntad conjunta de una gran comunidad, el poder político y la influencia social lograda equitativamente por el empleado capaz y enérgico de una organización creciente y poderosa es una forma de remuneración tan eficiente como las ganancias desconocidas y los gastos sin ley del *emprendedor* capitalista, o los exorbitantes salarios que los accionistas de clase media les dan a los empleados de clase media, consecuentes con la estimación extravagante del dispendio convencional debido a su posición social...

Pero mientras que ha sido fácil para los cooperativistas eliminar el beneficio del intermediario, para el empleador de la cooperativa que lucha en medio de un sistema competitivo ha sido imposible subir los salarios de los trabajadores manuales al nivel de una ciudadanía efectiva. Los cooperativistas necesitan para esta iniciativa la ayuda constante, y me temo que a veces no bienvenida, de los sindicatos.

Pero ninguna organización, excepto un sindicato, o como se denomina más correctamente en francés, *una asociación de profesionales*, posee a la vez el conocimiento técnico y la experiencia para determinar, y el poder para asegurar, los criterios de educación técnica y de forma de vida para todos sus miembros. Un sindicato ofrece a la comunidad una estimación rápida y vaga del desembolso necesario para una cierta clase de capacitación; asegura

mediante un salario estándar que la resistencia y capacidad de un individuo no bajará la remuneración de todos hasta un nivel en el que la eficiencia en esa actividad en particular sea imposible para el hombre promedio...

De nuevo, por tanto, por la conjunción entre cooperativa y organización sindical, debemos poner cara a cara al productor y al consumidor. No me refiero a que el fabricante de botas le pueda vender sus botas al tejedor, mientras que el tejedor se deshace de sus prendas con la mujer del granjero; esta relación personal no es posible ya en un sistema comercial transformado por la revolución industrial. Los trueques entre individuos se deben sustituir por las negociaciones, a través de representantes autorizados, entre grupos de trabajadores y consumidores. El intercambio individualista debe seguir a la producción individualista, y dar lugar a las negociaciones colectivas.

Para obtener una concepción clara de la negociación colectiva –de la relación social que reemplazará a la relación individual– imaginemos, por tanto, que la democracia industrial estuviese completamente desarrollada y que la industria estuviese organizada por asociaciones de consumidores (ya fuesen voluntarias u obligatorias, la tienda cooperativa, las Sociedades de Mayoristas, el municipio y el Estado), y que todos los trabajadores estuviesen unidos en sindicatos. Entonces, el responsable del sindicato textil debatiría las cuestiones sobre el salario y la formación técnica con el responsable de la tienda o del municipio; el colegio de cirujanos o médicos determinaría, como actualmente, los niveles y temas de examen de los estudiantes de medicina y fijaría las tasas del servicio médico, sujetas quizás al control democrático de un Ministerio de Sanidad[5]. El responsable del sindicato y el responsable de la comunidad, ciertamente, representarían intereses contrapuestos de diferentes secciones de la comunidad. Pero como miembros de un solo Estado, los intereses de los electores son idénticos en última instancia. Ya que con la organización democrática de la industria, se reconocerá que el bienestar de cada individuo estará indisolublemente ligado a un alto nivel de capacidad de todo el grupo de ciudadanos.

---

[5] Es destacable que la clase capitalista no objete el que un sindicato o asociación de profesionales determine el precio por el que trabajarán, o las cualificaciones educativas sobre las que insistirán, en profesiones como las del derecho y la medicina, en las que tienen prácticamente el monopolio. Pero la autoridad limitada y quebrada de de los sindicatos de la clase trabajadora y el intento por su parte de asegurar un salario para la subsistencia completa de sus miembros, se atacan agriamente por considerarse interferencias a la libertad individual.

Tampoco es difícil descubrir el fundamento práctico de lograr un compromiso entre los intereses inmediatamente en conflicto del consumidor y del productor de servicios y mercancías especiales, suponiendo que estos grupos diferentes de ciudadanos rechacen persistentemente reconocer la «mayor conveniencia» de la ciudadanía eficiente en todas las clases de la comunidad...

Por ello, si el Sindicato Nacional de Fabricantes de Botas y Zapatos elevase los salarios por encima del nivel de ciudadanía eficiente, la Sociedad de Mayoristas o el municipio importaría botas y zapatos y fabricaría otros productos en su lugar; o si los proveedores de gas no fuesen razonables, podríamos preferir petróleo o luz eléctrica en vez de someternos a su designio. Los abogados y los médicos pueden incluso llegar a términos modestos por la justicia libre y los dispensarios municipales. Ya que si los asuntos entre productores y consumidores de productos o servicios no se complicasen por los beneficios y pérdidas desconocidos de los capitalistas individuales o de los trabajadores mentales, la opinión pública sería un tribunal de apelación decisivo e irresistible. La comunidad poseería todos los materiales para un dictamen, pero también tendría el poder absoluto para hacerlo cumplir... En una organización democrática de la industria –tal y como nosotros, por el propósito de nuestro argumento, asumimos que existe– todos los hombres similares serían, por una u otra habilidad, servidores de la comunidad... Y si un grupo especial de trabajadores estuviese marcado por la opresión, apenas haría falta la inteligencia de un economista para darse cuenta *a priori* de que la contratación en esa profesión o actividad no sería muy numerosa. Si los servicios de esa clase fueran útiles para la comunidad, los términos tendrían que mejorar...

De nuevo, se objeta que esta forma de organización industrial, con sus niveles de tarifas salariales y de precios, es aplicable solo a los trabajadores eficientes y bien disciplinados del ejército industrial. En otras palabras, la organización de la industria para el beneficio de la comunidad no dejará lugar a aquellos que, por una razón u otra, no puedan rendir un servicio eficiente a la comunidad... ¿Es necesario remarcar que de los no aptos, los hombres y mujeres que han caído de la clasificación, se encargará al final, en el presente sistema, la Ley de Pobres, y que en otro sistema industrial concebible solo se haría cargo de estos desafortunados *eficazmente* una Ley de Pobres reformada (a menos que les permitiéramos morir en las calles)?...

Pero el valor social de esta forma de la sociedad no consistiría solamente o incluso principalmente en una difusión más equitativa de las cosas necesarias y de las comodidades de la vida. Si eso fuese todo, sería un resultado pobre para las generaciones que han dedicado su esfuerzo; un objetivo indigno para los discípulos de Robert Owen. Ya que los cooperativistas siempre han estado inspirados por la antigua doctrina de la camaradería humana, por el nuevo espíritu de servicio social, por una fe firme en que llegará el día en que cada hombre y mujer trabajará, no por su subsistencia personal o su beneficio personal, sino por toda la comunidad. Este servicio de los ciudadanos a la comunidad –este ministerio libre de todos y para todos– constituye el ideal moral del movimiento cooperativista británico, y uno del que lo más seguro es que los cooperativistas no tengan razón para sentirse avergonzados. La organización de una sociedad en la que la comunidad –no un individuo que quiera obtener beneficios– sea siempre la empleadora –una organización del trabajo donde el bienestar último e inmediato de los trabajadores sea protegido por un representante personalmente desinteresado en la cuestión de los salarios y que esté decidido a esforzarse a un alto nivel y a disfrutar de la clase que representa– esta democracia industrial totalmente desarrollada proporciona sola, de forma completa, las bases económicas de la futura religión de la humanidad.

LECTURA 8-3

EXTRACTO DE «INTRODUCTION TO "THE AWAKENING OF WOMEN"» [INTRODUCCIÓN AL "DESPERTAR DE LAS MUJERES"]

La introducción de Webb a este suplemento sobre la «cuestión de las mujeres» –que contiene artículos de muchas feministas, incluida Charlotte Perkins Gilman, a las que se refiere Webb en su trabajo– es un rico análisis teórico de las múltiples prácticas opresivas del Atlántico Norte, la clase propietaria,

Fuente: Beatrice Potter Webb, « Introduction to "The Awakening of Women"», *A Special Supplement to the New Statesman*, 1 noviembre (1913), pp. iii-iv.

los hombres blancos con respecto a las mujeres, la clase trabajadora, la gente de color, las sociedades subyugadas; y de la resistencia creciente, multidimensional, a esa opresión. La línea argumental feminista y explícita usada en este trabajo lo hace, como hemos discutido antes en este capítulo, atípico, ya que Webb normalmente prefiere un análisis de la sociedad en términos de clase y es ambivalente sobre las cuestiones de género.

Nunca entenderemos el despertar de las mujeres hasta que no nos demos cuenta de que no es mero *feminismo*. Es uno de los tres movimientos mundiales simultáneos hacia una colaboración más equitativa entre los seres humanos para los asuntos humanos. Para los futuros filósofos historiadores podemos dejar el análisis de hasta qué punto estos tres movimientos simultáneos por todo el mundo forman parte uno de otro. Por el momento, es suficiente señalar que el movimiento para la emancipación de las mujeres corre en paralelo, por una parte, con el Movimiento Obrero Internacional –la unión de las clases de trabajadores manuales para obtener «su lugar al sol»– y, por la otra, con el malestar existente entre las personas-sujeto que luchan por la libertad para desarrollar su propias civilizaciones peculiares. Y los tres movimientos progresan hacia su consecución. Dentro de las grandes corrientes hay, en cada caso, corrientes transversales de método y objetivo inmediatos, que a menudo aparecen en mutua oposición, pero que se mueven finalmente en la misma dirección general. Planes de reforma cuidadosamente concebidos y persistentemente apremiantes se cruzan con los ataques heroicos de revueltas impacientes. Como narran los historiadores posteriores, ambos sirvieron para el mismo fin general: la transformación de las ideas, las costumbres y las leyes aceptadas por el grueso de humanos apáticos y absortos. Naturalmente hay en las tres corrientes todo tipo de creadores de obstáculos –reaccionarios del sexo, de la clase, o de la raza– que afirman, con todo grado de franqueza y convicción, que los oprimidos no están cualificados para la libertad, que aquellos a quienes se les ha negado la participación en las cosas buenas de esta vida realmente no están perjudicados por su miseria, ¡y que es fundamentalmente por amabilidad y humanidad que los fuertes han estado cuidando a los débiles!

Es interesante trazar el paralelismo de los tres movimientos en el vívido libelo que se acababa de publicar por el más franco, y me inclino a pensar que el más honesto, de estos reaccionarios. El testimonio es todavía más convincente por su aparente inconsciencia. Probablemente Sir Almroth

Wright no se haya dado cuenta ni siquiera ahora de que casi en cada página de su *Unexpurgated Case Against Women Suffrage,* su insolencia ingenua hacia las mujeres se entremezcla con una insolencia tan ingenua como desinformada hacia toda la clase de trabajadores manuales asalariados, y hacia cada raza de este amplio mundo que difiere del color de la suya. Hay un cierto encanto simplón en la forma en que este hombre, propietario blanco, suma los tres prejuicios. Denuncia como «no merecedora de una raza imperial viril» ni la simple noción de una balanza de la justicia equilibrada, ni el mero ideal de que «en la distribución de riqueza o poder político, o *cualesquiera otros privilegios que el Estado tenga el poder de conferir,* cada hombre comparta igualmente con cada otro hombre y cada mujer con cada otra mujer, y cuando los europeos y los nativos vivan lado a lado estos últimos compartan todos los privilegios de los blancos» (p. 11). Sir Almroth Wright no puede, de hecho, agrupar juntos, siempre en una y única frase, el tema de la clase, el tema de la raza y el tema del sexo. Pero podemos identificar la idea correctamente a través de su argumento. En el siguiente pasaje solo he insertado las palabras necesarias para mostrar lo fácil que es usar todos los argumentos a favor de la dominación del sexo masculino como razones para una dominación similar de una clase de propietarios o de raza blanca:

«El fracaso de reconocer que el hombre [el capitalista, el hombre blanco] es el patrón y por qué es el patrón reside en la raíz del movimiento sufragista [obrero, nacionalista]. Al ignorar la superioridad física masculina [la del capitalista, la del hombre blanco], se ignora el poder de compulsión en el que se basa todo gobierno. Dejando fuera del argumento todos los poderes mentales en los que el hombre [el capitalista, el hombre blanco] es superior, la mujer [el obrero, el hombre de color] cae en el error de pensar que ella [él] puede competir realmente con él [ellos] y que ella [él] pertenece a la misma casta intelectual. Finalmente, al poner fuera de visión la superior capacidad del hombre [del capitalista, del obrero] para ganar dinero, se ignora el poder de la billetera» (p. 71).

Esta aceptación de que una amalgama de fuerza física y de poder del dinero es el fundamento correcto de la organización social es característica de los tipos más básicos de Imperialismo y Comercialismo, como lo es también de una «casa alborotada». En resumen, tenemos aquí un mero estallido de insolencia del poder consciente, y la curiosa identificación, que a menudo

es el resultado de un conocimiento limitado de las ciencias físicas, de lo que es con lo que debería ser.

Esos reaccionarios que, como Sir Almroth Wright, argumentan en círculos –deduciendo de los propios efectos del sometimiento por sexo, clase o raza la justificación para continuar con el sometimiento– pueden quizás no darse cuenta de con qué eficacia están defendiendo a sus oponentes. A aquellos que se encuentran impedidos en la lucha, ya sea por desventajas de sexo, clase o raza... les ayudará el artículo de la Sra. Gilman... para convencerlos de que aquello de lo que sufren realmente es de un freno a su desarrollo artificialmente intensificado, que el hombre conservador (o el hombre blanco conservador o el capitalista conservador, como puede ser el caso) intenta, consciente o inconscientemente, perpetuar. Hay sobradas evidencias de esta hipótesis del freno artificial al desarrollo... Hay médicos indios que argumentan sin ninguna duda que la estatura más baja, complexión débil e inteligencia subdesarrollada de las mujeres indias confinadas las inhabilitan para emerger del *zenana*; que sería peligroso para la chica permanecer sin casarse hasta ser adulta; que sería impropio y contrario a la ética «inmemorial» que apareciera sin velo incluso delante de la mayoría de los hombres de su propia familia... El médico indio... podría incluso creer que la emergencia de la mujer del *zenana* perturbaría los sentimientos de los hombres hasta el punto de hacer impracticable la vida social. Argumentos muy parecidos se han usado sobre la salida de los obreros manuales de su sometimiento. Apenas hace un siglo una Cámara de los Comunes aplaudía a un contemporáneo Wyndham cuando alegaba en contra de la educación de los asalariados y a favor de conservar las orgías inmemorialmente sancionadas del hostigamiento de toros y las peleas de gallos, con el fundamento de que cuanto menos ignorantes y sensuales llegaran a ser los trabajadores más riesgo tendrían de «sedición». Observo la misma llamada de autoasertividad nerviosa entre los miembros más conservadores del *Indian Civil Service*, que en la misma exhalación dirán que los Bengalíes son incapaces de manejar su propia administración local, y que si cometemos el error de formarlos en administración, se librarán de los empleados británicos. Ninguno de los que generan estos obstáculos propone ningún argumento contra la hipótesis de que sería una ventaja para el mundo que se acabara con el freno al desarrollo o que, si se acabara, los seres humanos implicados fracasarían en su desarrollo.

... No nos damos cuenta adecuadamente de cuánto trabajo en el mundo realizan actualmente las mujeres. Para bien o para mal, el sistema capitalista ha forzado a salir a millones de mujeres de una posición de dependencia económica del marido o del padre a la posición de trabajadoras remuneradas independientes, a menudo responsables del sustento, no solo de ellas mismas, sino también de familiares dependientes. ¡La tragedia de la situación es que, aunque se ha forzado a estas millones de mujeres a caminar a lo largo del camino del trabajo remunerado, no se les han desatado los pies! Al continuar marcando a la mujer como inferior al hombre, no merecedora de ninguna participación en la dirección del país, en cuanto al desarrollo económico del que la hemos hecho directamente dependiente; al darle mucha menos formación técnica y educación superior que al hombre; al decirle que tenía menos capacidades y menos necesidades, y que no se esperaba de ella nada excepto trabajo duro de carácter rutinario... al vetarle... las ocupaciones mejor remuneradas –quizás para conformarlas con lo que Sir Almroth Wright denomina «capacidad de hacer dinero intrínsecamente inferior de las mujeres»– el hombre ha convertido a la mujer no en una mera asalariada, sino, tomado en su conjunto, en el mundo laboral, desafortunadamente también en una «esquirol», que debilita insidiosamente el salario del hombre.

Por otra parte, cuando las posiciones que implican trabajo mental y responsabilidad se ha abierto a las mujeres –cuando se les ha dado la bienvenida como honorables colegas en términos equitativos– han demostrado cuánto podían responder a los estímulos, incluso estando todavía en desventaja por las cadenas de las costumbres y una formación profesional imperfecta en muchos sentidos. En medicina y en administración pública... en la gran profesión de la enseñanza, en la literatura y en el trabajo científico, las pocas mujeres que comparativamente han tenido las mismas oportunidades que los hombres han más que justificado su admisión competitiva, que asegura la libertad, en los servicios públicos. Es interesante anotar que en todas estas profesiones las mujeres, tomadas en conjunto, se han distinguido a sí mismas por aquellas cualidades para los méritos públicos admirados, por las que sus nuevos detractores las rechazaban, por la incansable y persistente capacidad de trabajo, por su juicio sano y comedido, por la exactitud y la perspicacia, y (quizás lo más increíble de todo para el hombre simplón) por su sentido del honor y un *esprit de corps* que iguala, si no supera, el de sus colegas hombres.

Algunos críticos pueden objetar que la sobriedad y callada diligencia por las que se han distinguido las mujeres en las profesiones de trabajo mental han sido más que compensadas en años recientes por las actividades de las reivindicaciones «militantes» por el Sufragio Femenino. Tomado en su conjunto, es interesante apuntar que el Movimiento de las Mujeres en todo el mundo, en comparación con los otros dos que se esfuerzan por la libertad, el Movimiento Obrero y el Movimiento Nacionalista, ha estado singularmente libre de «militancia».

Durante los últimos tres cuartos de siglo las mujeres han estado siguiendo firmemente su camino, en todas partes del mundo, por la liberación económica, social y política, y con un éxito notable. En un país tras otro, han conseguido el acceso, a menudo a pesar de la más fuerte oposición, a la educación superior, a la profesión médica, al gobierno local, a varias ramas del servicio público, incluso al derecho a voto; mientras que en el norte, en el sur y en el oeste –en Escandinavia, Australia, América Occidental– han logrado la ciudadanía plena y libre. Este progreso se ha conseguido sin «insurrección» o llamamiento a la fuerza física. Solo en el Reino Unido en los últimos años encontramos un intento de abrir la puerta a la fuerza en lugar de hacer uso de la persuasión. E incluso entre aquellas que hoy en día están orgullosas de llamarse «militantes» ha habido de principio a fin una singular sensibilidad hacia la vida humana o el dolor, siempre a excepción de las propias «militantes», que han sacrificado voluntariamente sus vidas y sus comodidades... Estamos en contra de la insurrección y de la violencia porque pensamos que el llamamiento a la fuerza física es simplemente tan decadente y poco concluyente en el caso de las mujeres como en el de los hombres. Sabemos que los estallidos de desorden degradan las formas públicas, de las que todos compartimos la responsabilidad, como también todos encontramos nuestras vidas condicionadas por ellas, mujeres y hombres... Somos conscientes, de todas formas, de que la negación de la justicia siempre evoca, en algún lugar y en algún momento, una de las reacciones más tristes del mundo, la exasperación salvaje del oprimido. No estamos llamados a condenar una exasperación que deploramos tanto como la injusticia. Más bien condenamos aquellas posiciones de poder que incitan a la dominación por la fuerza física como único fundamento posible para un gobierno eficiente y para la vida social.

Epílogo
Test de significación

Necesitamos aprender cómo tratar lo que... dicen las mujeres como fuente y fundamento para nuestro propio trabajo y pensamiento... como portavoces acreditadas de nuestra experiencia y preocupaciones.
Dorothy E. Smith

«¿*Entonces qué?*» continúa siendo la pregunta más planteada en la investigación, ya sea porque una se lo pregunte a sí misma o se lo pregunten otros. La cuestión nos llegó pronto a nosotras, después de haber hecho una presentación sobre Jane Addams. Un reflexivo miembro de la mesa describió varios temas de la sociología contemporánea en los que él creía que su trabajo se «había anticipado» y entonces realizó las preguntas clave: «Lo que tenéis que pensar, tanto para vosotras mismas como para los demás, es ¿en qué nos podría hacer hoy diferentes la sociología de Jane Addams? ¿Cómo podría cambiar lo que hacemos?»[1]. Este epílogo es una respuesta a esas preguntas, que generalizamos a todas las mujeres estudiadas en este libro: *¿qué significado tiene la recuperación de las fundadoras para la sociología contemporánea?* Damos dos respuestas: una sobre el significado de un cambio en la comprensión de la historia de la disciplina; la otra sobre el significado de las teorías de las mujeres, porque a pesar de sus muchas diferencias, comparten temas comunes importantes. Nuestra discusión comienza con el asunto de la reconfiguración de la comprensión del pasado de la sociología, y se desplaza, por etapas, hacia el asunto de la significación de las teorías de las mujeres para nosotros en la actualidad.

---

[1] Agradecemos al Profesor James Ennis su respuesta meditada e inquisitiva a nuestro artículo para el *Eastern Sociological Association Meetings* de 1996 en Boston. Sus preguntas permanecieron con nosotras a lo largo de nuestro trabajo.

El significado inicial de la investigación para nosotras era que satisfacía nuestra curiosidad intelectual, una curiosidad que no era ni incorpórea, ni desinteresada, ni únicamente nuestra. Como feministas empezamos con preguntas básicas y radicales del feminismo: *¿y qué pasa con las mujeres?* Como sociólogas con un interés en la historia de la disciplina, supimos por el trabajo pionero de Mary Jo Deegan y muchas otras investigadoras feministas que había habido mujeres sociólogas en los primeros tiempos de la sociología. Como sociólogas feministas con un particular interés en la teoría social, no solo queríamos saber que estas mujeres habían vivido, *sino lo que habían pensado.* Pero nuestra curiosidad estaba impregnada de lo que Dorothy E. Smith (1979, 1987) llama «conciencia bifurcada», un riesgo profesional para mujeres formadas como nosotras lo habíamos sido: por una parte, queríamos conocer lo que las mujeres pensaban, pensábamos que el pensamiento de las mujeres importaba; por otra parte, nuestro propio pensamiento estaba circunscrito a nuestra formación en la sociología americana. Una metáfora arqueológica puede describir nuestra conciencia cambiante a medida que avanzaba la investigación. Empezamos esperando encontrar varios templos femeninos, únicos e interesantes en el «Valle de los Reyes», ya que habíamos sido bien socializadas en el sentido americano del canon sociológico, que fue y es una interpretación masculina. Encontramos en su lugar un vasto mundo perdido de estudios femeninos sobre teoría social, sociología y ciencias sociales, un descubrimiento que nos forzó a reconfigurar, por etapas, lo que pensábamos que sabíamos: nuestra comprensión de la importancia de la historia de la sociología para la práctica contemporánea de la sociología: la forma y la voz con las que se puede hacer teoría; las maneras en que las lentes de género moldean la teoría social; las posibilidades de investigación y práctica feministas; y el futuro de la sociología en el periodo actual que Charles Lemert (1995) denomina «tras la crisis».

Además, nuestra lectura inicial sobre las mujeres fundadoras estaba influida por la expectativa anacrónica de que podríamos encontrar un Durkheim mujer o la Dorothy Smith del siglo XIX; que encontraríamos «anticipaciones» a las teorías que conocemos hoy en día. Tuvimos que aprender a leer a las mujeres tal como eran, a entender que fueron partícipes de la *creación* de la sociología y, por tanto, libres de los convencionalismos en el pensamiento que nos atan hoy a formas particulares de hacer sociología y de escribir teoría social. Ellas fueron diseñando sus propios caminos, produ-

ciendo una sociología y una teoría social elaboradas «con una voz diferente». Nuestra valoración inicial de las mujeres fundadoras como «anticipadoras» de desarrollos posteriores de la sociología no es errónea, pero es superficial, y en su superficialidad distorsiona la significación de sus logros. Ya que su efecto es sugerir de alguna manera que las aportaciones originales de las mujeres fundadoras son más esquemáticas, que abarcan menos de la realidad social de lo que sigue, importantes solo por lo que viene después. Ahora pensamos que se entiende mejor a las mujeres fundadoras no como «anticipadoras», sino como creadoras de los inicios de una tradición que, si bien no atemporal, seguro que no es efímera. La teoría social de las mujeres fundadoras reafirma la reivindicación de una tradición de sociología feminista y crítica.

Descubrir esta tradición es especialmente importante para las mujeres sociólogas que buscan hacer un trabajo feminista. Ya que descubrir a las mujeres fundadoras de la sociología es parte de un proyecto más amplio de la historia de las mujeres: «recuperar a las mujeres en la historia y recuperar nuestra historia para las mujeres» (Kelly-Gadol, 1976/1983, p. 11). Esta no es una ambición menor, ya que la historia debe ser la fuente de un valor vicario; cuando nos encontramos a nosotros mismos –es decir, a personas como nosotros– en la historia, podemos encontrar también el valor de intentar hacer las cosas que ellos hicieron, las cosas que realmente aspiramos a hacer. La escritora feminista Tillie Olsen ha descrito el valor particular que requiere ser escritora, confeccionar un resumen más o menos permanente de los pensamientos de uno y compartir esos pensamientos con un público: «Cuánto requiere ser un escritor. Preferencias (mucho más común de lo que asumimos), circunstancias, tiempo, desarrollo de una destreza, pero más allá de todo ello: cuánta convicción de la importancia de lo que uno tiene que decir, el derecho de uno a decirlo... Difícil para cualquier hombre no nacido en una clase que cultive tal confianza. Casi imposible para una chica, una mujer» (1972, p. 8). Recobrar a las primeras creadoras de teoría sociológica nos puede proporcionar una fuente de convicción y confianza a las sociólogas y a las estudiantes que buscan en la actualidad hablar sobre teoría y con autoridad sobre alguna cuestión de trascendencia social. Ya que las fundadoras no limitaron su sociología a la exploración del «género como variable». Más bien comenzaron del hecho de ser mujeres y después procedieron a hacer análisis desde ese punto de vista, con la con-

vicción de que ese punto de vista importaba. Como Anna Julia Cooper dijo de la mujer negra: «[G]randes cuestiones económicas y sociales esperan su intervención... problemas de trascendencia nacional... la gestión de los sistemas educativos... el talante de las instituciones públicas... la extensa influencia de prisiones y reformatorios... el tratamiento de lunáticos e imbéciles... cuestiones sometidas a debate en la economía política... las relaciones entre el trabajo y el capital» (1892, pp. 134-135, 138). Las mujeres fundadoras aseveraron que las mujeres tenían opinión sobre todo, que esas opiniones no podían subsumirse a las de los hombres, que su género –un término que ellas no tenían– era una lente con la que ineludiblemente veían el mundo social y creaban teoría social.

Su comprensión de que hacían análisis social desde el punto de vista de una mujer condujo a las mujeres a algunas prácticas teóricas distintivas y compartidas: una negativa a realizar declaraciones universales sobre el comportamiento humano, una preferencia por el análisis concreto de la sociedad, y una sensibilidad hacia los efectos del género, la clase, la raza, la etnia y la edad en cualquier situación estudiada. Esto es cierto para el análisis de Martineau sobre la moral y las costumbres en culturas específicas en la historia; para la atención de Addams en los efectos variables de la edad, la etnia, el género y la clase sobre la adaptación de los individuos a la complejidad del capitalismo industrial en América; para el contraste de los feminismos blanco y negro de Cooper; para el uso de Wells-Barnett de una matriz de género, raza, y región para analizar la sexualidad; para la crítica de Gilman de las diferencias entre la experiencia del trabajo humano productivo de hombres y mujeres; para el análisis de Weber sobre las variaciones según clase en las experiencias de las mujeres en el trabajo; para la defensa de las Mujeres de la Escuela de Chicago de los colectivos desempoderados específicos de la sociedad de los EE. UU; y para la comprensión matizada de Webb de las variaciones económicas en las vidas de la clase trabajadora.

El uso del género por las fundadoras nos lleva a comprender que los fundadores, aunque inconscientes del hecho, también observan a través de las lentes de género –un fenómeno en la teoría social explorado por otras sociólogas feministas (p. ej. Bologh, 1990; Kandal, 1988; Lehmann, 1995; Sydie, 1987)–. Por tanto, el análisis de Mead del yo mismo es realmente un análisis del desarrollo del yo mismo desde el punto de vista masculino,

como lo es el análisis de la autoridad de Weber. Un contraste interesante de género es el uso de Max Weber de la palabra «*herrschaft*», traducido por Parsons y otros como «autoridad», una palabra que lleva consigo en alemán el sentido de «una expectativa a que se obedezcan las palabras de uno»; Marianne en cambio elige la palabra «*autöritat*», que tiene el significado de que «uno debe obedecer». En este vocabulario contrastado vemos encapsulada la verdad de que toda la teoría sociológica está creada a través de las lentes de género (y de clase, raza y cultura).

Colectivamente, las fundadoras produjeron una teoría social y una sociología caracterizadas por un voz distintiva o diferente de la típica de los textos del canon sociológico. Mientras que la expresión una «voz diferente» se asocia al trabajo de Carol Gilligan sobre las diferencias de género en la toma de decisiones éticas (1983), la usamos aquí, para nuestros propios propósitos, para describir la relación que establece el teórico social entre sí mismo, la audiencia y el objeto de estudio. Las características principales de la voz de las mujeres, a diferencia de la de los fundadores, son que está personificada en lugar de ser general, está comprometida en lugar de ser abstracta, es específica en lugar de universal, y es accesible en lugar de arcana. La fundadora normalmente se representa a sí misma como mujer y normalmente como mujer de una clase y etnia particulares. Es consciente de que estos hechos influyen en su percepción de los acontecimientos. Explica la posición desde la que se dirige a sus lectores, y establece las bases de su conocimiento en su experiencia vital. Además, se presenta preocupada por los estándares éticos de «la conducta correcta», «la justicia» y «la equidad». Se interesa por estos aspectos en la sociedad que estudia y como parte de su propia comprensión del rol del sociólogo. La moralidad que invoca tiene como fundamento la idea de que los humanos tienen derecho a la felicidad y de que se deberían examinar las estructuras sociales en función de si promueven dicho derecho. Las fundadoras escriben con el deseo de comunicarse con una audiencia más amplia que la de la sociología profesional, y experimentan presentando las ideas sociológicas de muchas formas: en libros de viaje, columnas de revistas, novelas, poesía y editoriales, así como en tratados formales. En la búsqueda de la accesibilidad, ellas mezclan ideas abstractas con una rica imaginería de la vida cotidiana y un sentido del humor subyacente. Ejemplos de esta mezcla abundan en las secciones de lecturas de los capítulos precedentes.

Redescubrir a las fundadoras puede sensibilizar a los sociólogos contemporáneos a oír el abanico de «voces» y formas con las que la teoría social se puede expresar. Esta concienciación nos hace regresar al pasado con nuevas preguntas e incógnitas, pero es igualmente significativa para orientar la sociología contemporánea. Las fundadoras refuerzan la reivindicación sociológica de una tradición, hasta la fecha asociada casi exclusivamente con Marx, implicadas como lo están con el proyecto de construir una sociología crítica. También proporcionan una pauta distintiva para el proyecto de crítica: no solo se oponen moralmente a la desigualdad social y al sufrimiento humano producidos socialmente; se comprometen también moralmente a la consecución de la felicidad humana. Martineau, por ejemplo, cree que un indicador clave del bienestar de una sociedad es su patrón en la distribución del recreo, la domesticidad y el ocio; Addams sostiene que la sociedad de su tiempo se centra erróneamente solo en la organización de la producción mientras que ignora la cuestión de la promoción del placer; Gilman cree que la felicidad humana se experimenta con el trabajo con sentido en la comunidad, un potencial subvertido por un orden social de género incorrecto y por la estratificación por clases; la crítica de Cooper de la opresión por raza y género se alimenta del reconocimiento de que «un pájaro no puede trinar sus notas más preciosas mientras los alambres de su jaula le pinchan y acalambran a cada latido de su corazón» (1892, p. 223); en su estudio sobre los beneficios éticos obtenidos a través de la legislación, Kelley se centra en el ocio como un derecho humano imperativo.

La inclusión de las fundadoras en la historia del canon sociológico expande las posibilidades del futuro de la sociología, dándonos ejemplos de lo que Lemert (1995) ha llamado «los sociólogos extramuros», es decir, teóricos sociales fuera del código profesional académico. Aceptar esta práctica y esta posibilidad en nuestra historia hace posible y practicable que nuestra comunidad sociológica y teórica actual «renuncie a su rígida adherencia a los estándares tradicionales de la disciplina» y llegue a los teóricos extramuros contemporáneos –personas como Trinh T. Minh-ha, Henry Louis Gates, Toni Morrison, Mary Daly, Spike Lee, Gloria Anzaldúa– que están «escribiendo la sociología de nuestro tiempo» (Lemert, 1995, pp. 208-209). Lo que los sociólogos «extramuros», tanto del pasado como del presente, tienen mayormente en común es la habilidad para transmitir su compromiso activo con los problemas que afectan a la población en sus vidas cotidianas

inmediatas. Las fundadoras nos incitan a preguntarnos si, por ejemplo, fuésemos juzgadas como sociólogas por alguna revista profesional relevante, concluirían que estamos haciendo esto. En un estudio titulado «The Main Drift of Sociology between 1936 and 1984», Patricia Wilner (1985) sostiene que la sociología se aleja incesantemente del compromiso con lo que ella identificaba como «los acontecimientos cruciales» de aquel periodo: la Gran Depresión, el McCarthyismo, los movimientos sociales entre finales de la década de 1950-1959 y principios de la de 1970-1979, y «el declive de la economía nacional de los EE. UU. y la hegemonía global». Buscando artículos en la *American Sociological Review* que fuesen «directamente relevantes» en relación con estos acontecimientos, Wilner encontró, para el total del periodo, 130 artículos de 2.559, o un 5,1%, que se centraron en estos acontecimientos importantes. Y la tendencia que documenta Wilner ha continuado en las publicaciones profesionales. Es la tendencia que le hizo perder las esperanzas a Lemert en 1995, y que lo condujo a volverse hacia «los sociólogos extramuros». Incluir a las fundadoras en nuestro canon de textos clásicos puede ayudarnos a todos a evaluar la disociación entre la actividad sociológica «profesional» y los temas que presionan a la opinión pública.

Finalmente, el redescubrimiento de las fundadoras les presenta a los teóricos sociológos un test específico sobre sus demandas de inclusividad. Para responder a estas demandas, los sociólogos, como los escritores y los profesores, tendrían que pasar a incorporar ideas de las fundadoras en sus presentaciones de los textos clásicos. Este es un reto práctico a cierto nivel. Muchas veces nos han preguntado en este proyecto, «¿Cómo podemos añadir algo más a nuestras programaciones, nuestras lecturas, nuestras expectativas sobre el número de textos que un estudiante se puede permitir comprar? ¿Qué textos actualmente "canonizados" tendremos que borrar si, en la práctica, nuestro canon tiene que incluir a las fundadoras? Nuestra respuesta a estas preguntas es que plantean un falso dilema, quizás porque se dirijan con la lógica defectuosa de que añadir algo significa quitar algo, en lugar de expandir y enriquecer el abanico de opciones de la gente. Ya que aunque los cursos están restringidos por los límites temporales del calendario académico, los requisitos y las opciones del currículum son muy maleables, como sabe cualquiera que haya enseñado sociología en las últimas décadas de avances tecnológicos en informática, sofisticación estadística, multiplicación de los paradigmas y emergencia de nuevas subespecialidades

como la sociología de género, la de la sexualidad, y de las diferentes etnias. Se pueden añadir cursos, alterar los requisitos, ofrecer programas alternativos. Si la temática se considera interesante estos cambios se pueden hacer –se han hecho–. Se llega así a un asunto más fundamental: ¿hay una *voluntad* real de ser inclusivo aquí? ¿Puede la comunidad sociológica garantizar la autoridad de las voces femeninas, de las teorías feministas y, por extensión, de las voces y del conocimiento de todos los demás «otros» que trabajan como sociólogos y teóricos sociales al margen de un discurso dominado por el conocimiento blanco, masculino, heterosexual, de la clase privilegiada y noratlántico? Este es un asunto que actualmente se está debatiendo en la profesión con la máxima seriedad (véanse, por ejemplo, Alway, 1995; Bhavnani, 1996; Collins, 1996; Ingraham, 1996; Lemert, 1995; McCarthy, 1996; Smith, 1996; Stacey and Thorne, 1996). Las fundadoras de la sociología presentan un ejemplo inmediato y apremiante de la necesidad de estrategias de inclusión en términos de igual autoridad.

Arthur Stinchcombe ofrece, en un artículo de 1982 titulado «Should Sociologists Forget Their Mothers and Fathers?», que desgraciadamente solo analiza a los «padres» de la sociología, seis criterios para evaluar el grado en el que tal inclusión plena y empoderada ha tenido lugar. Stinchcombe describe seis usos de los textos de la teoría clásica: «(1) como "piedra angular" que ofrece "una forma posible y bonita de hacer el propio trabajo científico"; (2) en "tareas de desarrollo", enseñando a los estudiantes a realizar a partir de ahí conexiones teóricas no identificadas; (3) como "pequeña invención" para indicar a través de las citas la tradición intelectual en la que se está trabajando; (4) como discusión de "ideas fundamentales" que abordan algún principio básico "que las grandes mentes del pasado han abordado"; (5) como fuente contrastable de hipótesis en la "ciencia rutinaria"; y (6) en la "función ritual" de proporcionar una historia común».

Usando estos criterios, podemos medir el grado en el que cualquiera de las fundadoras comienza a valer como clásica del canon sociológico. Tendrán estatus de «piedra angular» cuando, individual o colectivamente, se usen como paradigmas que enmarquen nuestro pensamiento: cuando, por ejemplo, encontremos «posible y bonito» el equilibrio de Martineau entre la búsqueda estoica de indicadores empíricos y una preocupación crítica y apasionada por la injusticia social; o la amplia visión de Addams de una

sociedad industrial ética *y* productiva; o la tradición combinada y matizada de las fundadoras de la teorización centrada en las mujeres. Servirán para la tarea de desarrollo del aprendizaje en pensamientos complejos cuando, por ejemplo, los sociológos empiecen a confrontar el análisis de Gilman de que la opresión de las mujeres es la causa de alienación en el capitalismo, no una consecuencia de ella; o cuando los sociólogos tracen la interacción entre el odio y el amor, la raza y el género, que es la comprensión de Wells-Barnett sobre las relaciones raciales en América. Se pagarán las pequeñas invenciones intelectuales a las fundadoras cuando –de nuevo de forma ilustrativa– Cooper se convierta en una cita tan rutinaria como Collins al referirnos a la tradición de la teoría feminista negra, o cuando se recuerden con citas a Edith Abbott, Breckinridge y Talbot en estudios empíricos sobre el estatus educativo, político y económico de las mujeres. Serán tratadas como fuentes de ideas fundamentales cuando las opiniones de Marianne Weber sobre el poder y la autoridad sean incluidas junto a las de Max, como una posición teórica distintiva y fundacional, o cuando la reivindicación de Addams de que la misión del ser humano es dar y recibir afecto sea incorporada en las discusiones sociológicas sobre el individuo en la sociedad. Nos proporcionarán hipótesis rutinarias para la investigación siempre que nos detengamos a tomarnos a cualquiera de ellas seriamente, ya que el compromiso con la investigación empírica es tan esencial en su teoría social como lo es su comprensión de la significatividad de las lentes de género. Ejemplos de tales hipótesis incluyen la tesis de Martineau de que el tratamiento que la sociedad hace de sus miembros desviados, empobrecidos o discapacitados es una medida segura de sus prácticas generales de libertad social y su compromiso ético con ellas; la afirmación de Gilman de que los «falsos conceptos» de las teorías capitalistas sobre la motivación económica dirigen erróneamente el potencial colectivo para el trabajo productivo; el argumento de Cooper de que las maneras tienen un rol funcional en la gestión del conflicto social; o la demostración empírica de Webb de que la gente normal en el ordenamiento del mundo moderno ha inventado repetidamente asociaciones colectivistas y cooperativas efectivas. Finalmente, ellas formarán parte de nuestro ritual de comunidad cuando los hechos y las leyendas de sus vidas sean parte de las historias que todos nos contemos a nosotros y a nuestros estudiantes de sociología, cuando nos imaginemos a Gilman (como a Max Weber) sentada mirando fijamente al papel de la

pared nerviosa y agotada; cuando se recuerde la elección de Addams de hacer carrera en ciencias sociales, como ella la recuerda, en un momento de claridad moral cuando observa desde lo alto de un ómnibus en Londres las manos extendidas de los pobres de Londres; cuando la práctica de la sociología de las Mujeres de Chicago como defensa se vincule al drama de Kelley y Lathrop avergonzando a las autoridades sanitarias de Chicago y arriesgando sus vidas durante una epidemia de viruela, cuando entraron en edificios infectados para llevar ayuda a los inquilinos y para eliminar los tejidos infectados de los talleres; y cuando la exposición sociológica de Wells-Barnett sobre el linchamiento se asocie con sus salidas de campo, pistola en mano, a los escenarios de terrorismo blanco y con su determinación tantas veces declarada: «Sentí que uno podía tener una muerte mejor luchando contra la injusticia que muriendo como un perro o una rata en una trampa. Ya había decidido vender mi vida lo más cara posible si me atacaban. Sentí que si me podía llevar a alguno de los que linchaban conmigo, compensaría las puntuaciones un poco» (Wells-Barnett, 1970, p. 62).

Pero el test de significación más básico –la respuesta definitiva al «entonces, ¿qué test?»– es que nosotras no nos damos por satisfechas con añadir a estas mujeres como una nueva bandada de iconos en la historia misma de la sociología. En lugar de eso, su recuperación requiere que sigamos adelante para contestar a la pregunta, «¿Quién más está esperando a ser descubierto? ¿Qué otras mujeres y hombres, de qué raza, clase, edad o nacionalidad, tenían algo importante que decir sobre sociología y teoría social, y todavía esperan nuestro descubrimiento para hablar una vez más, haciendo alguna aportación a los múltiples significados de la sociología?

BIBLIOGRAFÍA

Abbott, Edith (1908). «A Study of the Early History of Child Labor in America». *American Journal of Sociology,* 14.

Abbott, Edith (1910). «Women in Industry: A Study of American». *Economic History.* New York: Appleton.

Abbott, Edith (1915). «Are Women a Force in Good Government? An Analysis of the Returns in the Recent Municipal Election in Chicago». *National Municipal Review,* 4.

Abbott, Edith y Breckinridge, Sophonisba (1906). «Employment of Women in Industries: Twelfth Census Statistics». *Journal of Political Economy,* 14.

Abbott, Edith y Breckinridge, Sophonisba (1910). «Chicago's Housing Problems: Families in Furnished Rooms». *American Journal of Sociology,* 16.

Abbott, Grace (1908). «The Chicago Employment Agency and the Immigrant Worker». *American Journal of Sociology,* 14.

Abbott, Grace (1966[1941]). *From Relief to Social Security.* New York: Russell Sage.

Addams, Jane (1881). «Cassandra». En: *Essays of Class of 1881, Rockford Seminary.* DeKalb, IL: "News" Steam Press.

Addams, Jane (1893). «The Subjective Necessity for Social Settlements». En: Adams, Henry C. (ed.). *Philanthropy and Social Progress*. New York: Thomas Y. Crowell & Company Publishers.

Addams, Jane (1895). «The Settlement as a Factor in the Labor Movement». *Hull-House Maps and Papers: A Presentation of Nationalities and Wages in a Congested District of Chicago, Together with Comments and Essays on Problems of the Social Conditions*, by Residents of Hull-House. Boston: Thomas Y. Crowell.

Addams, Jane (1896). «A Belated Industry». *American Journal of Sociology*, 1.

Addams, Jane (1907). *Democracy and Social Ethics*. New York: Macmillan.

Addams, Jane (1905). «Problems of Municipal Administration». *American Journal of Sociology*, 10.

Addams, Jane (1906). *The Modern-City and the Municipal Franchise for Women*. New York: National American Woman Suffrage Association.

Addams, Jane (1907). *Newer Ideals of Peace*. New York: Macmillan.

Addams, Jane (1909). *The Spirit of Youth and the City Streets*. New York: Macmillan.

Addams, Jane (1910a). «Charity and Social Justice». *North American Review*, 192.

Addams, Jane (1910b). *Twenty Years at Hull-House*. New York: Macmillan.

Addams, Jane (1910c). «Why Women Should Have the Vote». *Ladies Home Journal*, January.

Addams, Jane (1912). *A New Conscience and an Ancient Evil*. New York: Macmillan.

Addams, Jane (1915). *Women at The Hague*. New York: Macmillan.

Addams, Jane (1916). *The Long Road of Woman's Memory*. New York: Macmillan; [ed. cast.: *El largo camino de la memoria de las mujeres*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014].

Addams, Jane (1922). *Peace and Bread in Time of War*. New York: Macmillan.

Addams, Jane (1930). *The Second Twenty Years at Hull-House.* New York: Macmillan.

Addams, Jane (1932). *My Friend Julia Lathrop.* New York: Macmillan.

Altick, Richard (1973). *Victorian People and Ideas.* New York: Norton and Company.

Alway, Joan (1995). «The Trouble with Gender: Tales of the Still-Missing Feminist Revolution in Sociological Theory». *Sociological Theory,* 13:3.

Anzaldua, Gloria (ed.) (1990). *Making Face, Making Soul/Hacienda Caras: Creative and Critical Perspectives by Women of Color.* San Francisco: Aunt Lute Foundation Books.

Baker-Fletcher, Karen (1994). *A Singing Something: Womanist Reflections on Anna Julia Cooper.* New York: Crossroad.

Bannister, Robert (1987). *Sociology and Scientism.* Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Becker, Ernest (1971). *The Lost Science of Man.* New York: Braziller.

Beecher, Catharine (1977[1844]). «From Miss Beecher's Domestic Receipt Book». En: Lerner, Gerda. *The Female Experience: An American Documentary.* Indianapolis: Bobbs-Merrill Press.

Bellamy, Edward (1917[1888]). *Looking Backward.* New York: Modern Library.

Benjamin, Jessica (1987). *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism, and the Problem of Domination.* New York: Pantheon.

Bennett, Joan (1957). *Four Metaphysical Poets.* Cambridge: Cambridge University Press.

Bernard, Jessie (1964). *Academic Women.* University Park: Pennsylvania State University Press.

Bernard, L. L. y Bernard, Jessie (1943). *Origins of American Sociology: The Social Science Movement in the United States.* New York: Thomas Y. Crowell, Co.

Bhavnani, Kum-Kum (1996). «Impact Is Not the Same as Revolution». *Perspectives: The ASA Theory Section Newsletter*, 18.

Blair, Karen J. (1981). *The Clubwoman as Feminist: True Woman hood Redefined, 1868-1914.* New York: Holm & Meier.

Blumberg, Dorothy (1966). *Florence Kelley: The Making of a Social Pioneer.* New York: Augustus M. Kelley Publisher.

Bologh, Roslyn W. (1990). *Love or Greatness: Max Weber and Masculine Thinking - A Feminist Inquiry.* New York: Unwin Hyman.

Booth, Charles (1892-1902). *The Life and Labour of the People in London.* 17 vol. London: Macmillan.

Breckinridge, Sophonisba (1910). «Neglected Widowhood in the Juvenile Court». *American Journal of Sociology,* 16.

Breckinridge, Sophonisba (1913). «The Color Line in the Housing Problem». *Survey,* 29.

Breckinridge, Sophonisba (1921). *New Homes for Old.* New York: Harper and Brothers.

Breckinridge, Sophonisba (1923). «The Home Responsibilities of Women Workers and the "Equal Wage"». *Journal of Political Economy,* 31.

Breckinridge, Sophonisba (1934). *The Family and the State.* Chicago: University of Chicago Press.

Breckinridge, Sophonisba y Abbott, Edith (1911). «Housing Conditions in Chicago III: Back of the Yards». *American Journal of Sociology,* 16.

Britton, Anne Camden (1979). *The Life and Thought of Marianne Weber.* Tesis de Master, San Francisco State University.

Broschart, Kay (1991a). «Beatrice Webb». En: Deegan, Mary Jo (ed). *Women in Sociology. A Bio-Bibliographical Sourcebook.* Westport, CT: Greenwood Press.

Broschart, Kay (1991b). «Ida B. Welis-Bamett». En: Deegan, Mary Jo (ed). *Women in Sociology: A Bio-Bibliographical Sourcebook.* Westport, CT: Greenwood Press.

Bryan, Mary; McCree, Leen; Slote, Nancy y de Angury, Maree (1996). *The Jane Addams Papers: A Comprehensive Guide.* Bloomington, IN: Indiana University Press,

Bulmer, Martin; Bales, Kevin y Sklai, Kish, Kathryn (eds.) (1991). *The Social Survey in Historical Perspective, 1880-1940.* Cambridge: Cambridge University Press.

Buxton, William y Turner, Stephen P. (1992). «From Education to Expertise: Sociology as a "Profession"». En: Halliday, Terence C. y Janowitz, Morris (eds). *Sociology and Its Publics.* Chicago: University of Chicago Press.

Caine, Barbara (1982). «Beatrice Webb and the "Woman Question"». *History Workshop Journal,* 14.

Campbell, Thomas F. (1988). «Edward W. Bemis». En: Buenker, John D. y Kantowicz, Edward R. (eds). *Historical Dictionary of the Progressive Era, 1890-1920.* Westport, CT: Greenwood Press.

Caraway, Nancie (1991). *Segregated Sisterhood: Racism and the Politics of American Feminism.* Knoxville: University of Tennessee Press.

Carter, Susan (1981). «"Academic Women" Revisited: An Empirical Study of Changing Patterns in Women's Employment as College and University Faculty, 1890-1963». *Journal of Social History,* 14.

Ceplair, Larry (ed.) (1991). *Charlotte Perkins Gilman: A Non-Fiction Reader.* New York: Columbia University Press.

Chodorow, Nancy (1978). *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender.* Berkeley: University of California Press.

Cole, Margaret (1946). *Beatrice Webb.* New York: Harcourt, Brace.

Cole, Margaret (1961). *The story of Fabian Socialism.* Stanford, CA: Stanford University Press.

Collins, Patricia Hill (1990). *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment.* Boston: Unwin Hyman.

Collins, Patricia Hill (1996). «Sociological Visions and Revisions: Review of Charles Lemert, *Sociology After the Crisis* and Donald Levine, *Visions of the Sociological Tradition*». *Contemporary Sociology,* 25.

Collins, Randall (1975). *Conflict Sociology.* New York: Academic Press.

Cook, Blanche Wiesen (1977). «Female Support Networks and Political Activism: Lillian Wald, Crystal Eastman, Emma Goldman». *Chrysalis,* 3.

Cooper, Anna Julia (1892). A *Voice from the South by a Black Woman from the South.* Xenia, OH: Aldine Press.

Cooper, Anna Julia; Richardson Keller, Frances (trad.) (1988[1925]). *Slavery and the French Revolutionists, 1788-1805.* Queenston, Canada: Edwin-Mellen Press.

Cooper, Anna Julia (1951). *Personal Reflections of the Grimké Family and the Life and Writings of Charlotte Forten Grimké.* Washington, DC: impreso en forma privada.

Coser, Lewis (1977). «Georg Simmel's Neglected Contributions to the Sociology of Women». *Signs,* 2.

Costin, Lela (1983). *Two Sisters for Social Justice: A Biography of Edith and Grace Abbott.* Urbana: University of Illinois Press.

Dahrendorf, Ralf (1968). *Essays in the Theory of Society.* Stanford, CA: Stanford University Press.

Darwin, Charles (1962[1859]). *The Origin of the Species.* London: Collier Books.

Davis, Allen F. (1967). *Spearheads of Reform: The Social Settlement and the Progressive Movement 1890-1914.* New York: Oxford University Press.

Davis, Allen F. (1973). *American Heroine.* New York: Oxford University Press.

DeBeauvoir, Simone (1963[1947]). *The Second Sex.* New York: Vintage Books.

Deegan, Mary Jo (1988). *Jane Addams and the Men of the Chicago School, 1892-1918.* New Brunswick, N.J.: Transaction Books.

Deegan, Mary Jo (1996). «"Dear Love, Dear Love": Female Pragmatism and the Chicago Female World of Love and Ritual». *Gender & Society,* 10.

Deegan, Mary Jo (ed.) (1991). *Women in Sociology: A Bio-Bibliographical Sourcebook.* Westport, CT: Greenwood Press.

Degler, Carl (1966). Introduction to 1966 edition of *Women and Economics,* by Charlotte Perkins Gilman. New York: Harper and Row.

Dewey, John (1922). *Human Nature and Conduct.* New York: Henry Holt.

Diner, Steven J. (1980). A *City and Its University.* Chapel Hill: University of North Carolina Press.

DuBois, W. E. B. (1989[1903]). *The Souls of Black Folks.* New York: Bantam.

Durkheim, Emile; Catlin, George E.G. (ed.); Solovay, Sarah A. y Mueller, John H. (trads.) (1938[1895]). *The Rules of Sociological Method.* New York: Free Press.

Ellison, Ralph (1972[1952]). *Invisible Man.* New York: Vintage Books.

Engels, Friedrich; Kelley, Florence (trad.) (1887[1846]). *The Condition of the Working Class in England in 1844.* New York: L. Weiss.

Evans, Richard J. (1976). *The Feminist Movement in Germany, 1894-1933.* Vol. 6, *Sage Studies in 20th Century History.* Beverly Hills, CA: Sage Publications.

Faderman, Lillian (1991). *Odd Girls and Twilight Lovers: A History of Lesbian Life in Twentieth-Century America.* New York: Columbia University Press.

Festinger, Leon (1957). A *Theory of Cognitive Dissonance.* Evanston, IL: Row, Peterson.

Fish, Virginia Kemp (1981). «Annie Marion MacLean: A Neglected Part of the Chicago School». *Journal of the History of Sociology,* 3.

Fish, Virginia Kemp (1985). «Hull House: Pioneer in Urban Research During Its Creative Years». *History of Sociology, 6,* 1.

Fitzpatrick, Ellen (1990). *Endless Crusade: Women Social Scientists and Progressive Reform.* New York: Oxford University Press.

Fonow, Mary Margaret y Cook, Judith A. (eds.) (1995). *Beyond Methodology: Feminist Scholarship as Lived Research.* Bloomington: Indiana University Press.

Forster, E. M. (1955[1927]). *Aspects of the Novel.* New York: Harcourt, Brace, & World.

Fout, John C. (1984). «Current Research on German Women's History in the Nineteenth Century». En: Fout, John C. (ed). *German Women in the Nineteenth Century: A Social History.* New York: Holmes & Meier.

Furner, Mary (1975). *Advocacy and Objectivity: A Crisis in the Professionalization of American Social Science, 1865-1905.* Lexington: University of Kentucky Press.

Gabel, Leona C. (1982). *From Slavery to the Sorbonne and Beyond: The Life and Writings of Anna Julia Cooper.* Northampton, MA: Smith College, Department of History.

Gates, Henry Louis (1988). «Introduction to *The Schomburg Library of Nineteenth-Century Black Women Writers*». En: Cooper, Anna Julia: *A Voice from the South: Mary Helen Washington.* New York: Oxford University Press.

Giddings, Paula (1984). *Where and When I Enter: The Impact of Black Women on Race and Sex in America.* New York: William Morrow.

Gilligan, Carol (1983). *In a Different Voice.* Cambridge: Harvard University Press.

Gilman, Charlotte Perkins (1887). «The Right to Earn Money». *Woman's Journal,* 18 (January 8).

Gilman, Charlotte Perkins (1973[1892]). *The Yellow Wallpaper.* New York: Feminist Press.

Gilman, Charlotte Perkins (1898). *Women and Economics.* Boston: Small and Maynard; [ed. cast.: *Mujeres y economía: un estudio sobre la relación económica entre hombres y mujeres como factor de la evolución social.* Valencia: Universitat de Valéncia, 2008].

Gilman, Charlotte Perkins (1900). *Concerning Children.* Boston: Small and Maynard.

Gilman, Charlotte Perkins (1903). *The Home: Its Work and Influence.* New York: Macmillan.

Gilman, Charlotte Perkins (1904). *Human Work.* New York: McClure and Phillips.

Gilman, Charlotte Perkins (1911). *The Man-Made World, or Our Androcentric Culture.* New York. Charlton Company.

Gilman, Charlotte Perkins (1923). *His Religion and Hers: A Study of the Faith of Our Fathers and the Work of Our Mothers.* New York: Century.

Gilman, Charlotte Perkins (1935). *The Living of Charlotte Perkins Gilman.* New York: D. Appleton-Century Company.

Gilman, Charlotte Perkins; Knight, Denise (ed.) (1994). *The Diaries of Charlotte Perkins Gilman.* 2 vols. Charlottesville: University Press of Virginia.

Gilman, Charlotte Perkins; Hill, Mary A. (ed.) (1994). *Journey from Within: The Love Letters of Charlotte Perkins Gilman, 1897-1900.* Lewisburg, PA: Bucknell University Press.

Gordon, Linda (1994). *Pitied But Not Entitled: Single Mothers and the History of Welfare.* New York: Free Press.

Green, Martin (1974). *The Von Richtofen Sisters: The Triumphant and the Tragic Modes of Love: Else and Frieda von Richtofen, Otto Gross, Max Weber, and D. H. Lawrence.* New York: Basic Books.

Halbwachs, Maurice; Lewis, Coser (ed.) (1992). *On Collective Memory.* Chicago: University of Chicago Press.

Halliday, Terence y Janowitz, Morris (eds.) (1992). *Sociology and Its Publics.* Chicago: University of Chicago Press.

Hamilton, Alice (1943). *Exploring the Dangerous Trades.* Boston: Little, Brown and Company.

Haraway, Donna (1988). «Situated Knowledge: The Science Question in Feminism and the Privilege of the Partial Perspective». *Feminist Studies,* 14.

Harper, Frances Ellen Watkins (1976[1891]). «Duty to Dependent Races». *Transactions.* Philadelphia. National Council of Women of the United States. En: Loewenberg, Bert James y Bogin, Ruth (eds). *Black Women in Nineteenth-Century American Life: Their Words, Their Thoughts, Their Feelings.* University Park: Pennsylvania State University Press.

Harris, Trudier (1991). "Introduction" a *Selected Works of Ida B. Wells-Barnett.* En: *The Schomburg Library of Nineteenth-Century Black Women Writers.* New York: Oxford University Press.

Heilbrun, Carolyn (1988). *Writing a Woman's Life.* New York: Norton.

Hill, Mary A. (1980). *Charlotte Perkins Gilman: The Making of a Radical Feminist, 1860-1896.* Philadelphia: Temple University Press.

Hill, Michael R. (1988). «Empiricism and Reason in Harriet Martineau's Sociology». En: Hill, Michael R. (ed.). *Introduction to How to Observe Morals and Manners,* by Harriet Martineau. New Brunswick, NJ: Transaction Books.

Hoecker-Drysdale, Susan (1991). *Harriet Martineau: First Woman Sociologist.* Oxford, England: Berg Publishers.

Hofstadter, Richard (1955). *Social Darwinism in American Thought.* Boston: Beacon Press.

Holbrooke, Agnes Sinclair (1895). «Map Notes and Comments». En: Residents of Hull-House. *Hull-House Maps and Papers: A Presentation of*

Nationalities and Wages in a Congested District of Chicago, Together with Comments and Essays on Problems Growing Out of Social Conditions. Boston: Thomas Y. Crowell.

Holt, Thomas (1982). «The Lonely Warrior: Ida B. Wells-Barnett and the Struggle for black Leadership». En: Hope, Franklin y Meier, August (eds.). *Black Leaders of the Twentieth Century.* Urbana: University of Illinois Press.

Howells, William Dean (1892). *An Imperative Duty.* New York: Harper.

Hughes, Helen McGill (1975). «Women in Academic Sociology, 1927-1975». *Sociological Focus,* 8, nº 3.

Hutchinson, Louise Daniel (1981). *Anna J. Cooper: A Voice from the South.* Washington, DC: Smithsonian Institution Press.

Ingraham, Chrys (1996). «You've Come a Long Way Baby ... or ... the Revolution Will Not Be Televised». *Perspectives: The ASA Theory Section Newsletter,* 18.

James, Henry (1985[1888]). «The Art of Fiction». En: Baym, Nina *et al.* (ed). *The Norton Anthology of American Literature.* New York; W.W. Norton & Company. (2ª ed.).

James, William (1907). *Pragmatism.* New York: Longmans, Green, and Company.

Johnson, Miriam (1988). *Strong Women, Weak Wives: The Search for Gender Equality.* Berkeley: University of California Press.

Johnson, Miriam (1989). «Feminism and the Theories of Talcott Parsons». En: Wallace, Ruth A (ed). *Feminism and Sociological Theory.* Newbury Park, CA: Sage.

Johnson, Miriam (1993). «Functionalism and Feminism: Is Estrangment Necessary?». En: England, Paula (ed). *Theory on Gender/Feminism on Theory.* New York: Aldine de Gruyer.

Kandal, Terry R. (1988). *The Woman Question in Classical Sociological Theory.* Miami: Florida International University Press.

Kasler, Dirk (1981). «Methodological Problems of a Sociological History of Early German Sociology». Artículo presentado en el Departamento de Educación, Universidad de Chicago, 5 de noviembre.

Keith, Bruce (1991). «Charlotte Perkins Gilman». En: Deegan, Mary Jo (ed). *Women in Sociology: A Bio-Bibliographical Sourcebook.* Westport, CT: Greenwood Press.

Keller, Evelyn Fox (1985). *Reflections on Gender and Science.* New Haven: Yale University Press.

Kelley, Florence (1986[1887]). «The Need for Theoretical Preparation for Philanthropic Work». En: Sklar, Katryn Kish (ed). *Notes, of Sixty Years: The Autobiography of Florence Kelley.* Chicago: Charles H. Kerr.

Kelley, Florence (1895). «The Sweating System». En: *Hull-House Maps and Papers: A Presentation of Nationalities and Wages in a Congested District of Chicago, Together with Comments and Essays on Problems Growing Out of Social Conditions,* by Residents of Hull-House. Boston: Thomas Y. Crowell.

Kelley, Florence (1899). «Aims and Principles of the Consumer's League». *American Journal of Sociology,* 5.

Kelley, Florence (1905). *Some Ethical Gains Through Legislation.* New York: Macmillan.

Kelley, Florence (1887). *The Condition of the Working Class in England in 1844,* by Fredrich Engels (1846). New York: L. Weiss.

Kellor, Frances (1900). «Psychological and Environmental Study Women Criminals». *American Journal of Sociology,* 5.

Kellor, Frances (1901a). «The Criminal Negro». *Arena,* 25.

Kellor, Frances (1901b). *Experimental Sociology.* New York: Macmillan.

Kellor, Frances (1904). *Out of Work.* New York: G. P. Putnam.

Kellor, Frances (1905a). «Assisted Emigration from the South: The Women». *Charities,* 15.

Kellor, Frances (1905b). «Associations for the Protection of Colored Women». *Colored American Magazine,* 9.

Kellor, Frances (1905c). «Southern Colored Girls in the North». *Charities,* 13.

Kellor, Frances (1915). *Out of Work.* New York: G. P. Putnam

Kellor, Frances (1920). *Immigration and the Future.* New York: Macmillan.

Kelly-Gadol, Joan (1983[1976]). «The Social Relation of the Sexes: Methodological Implications of Women's History». En: Abel, Elizabeth y Abel, Emily K. (eds). *The Signs Reader: Women, Gender and Scholarship.* Chicago: University of Chicago Press.

Kent, Raymond A. (1981). *A History of British Empirical Sociology.* Aldershot, England: Gower Press.

Kirchen, Elizabeth (1997). *Conversation.* Ann Arbor, MI, March 17.

Knight, Louise Wilby (1991). «Jane Addams and Hull-House: Historical Lessons in Nonprofit Leadership». *Nonprofit Management and Leadership,* 2.

Kuhn, Thomas (1962). *The Structure of Scientific Revolutions.* Chicago: University of Chicago Press.

Kuklick, Henrika (1973). «A "Scientific Revolution": Sociological Theory in the United States, 1930-1945». *Sociological Inquiry,* 43.

Lane, Ann J. (1990). *To Herland and Beyond: The Life and Work of Charlotte Perkins Gilman.* New York: Pantheon.

Lathrop, Julia (1895). «The Cook County Charities». En: Residents of Hull-House. *Hull-House Maps and Papers: A Presentation of Nationalities and Wages in a Congested District of Chicago, Together with Comments and Essays on Problems Growing. Out of Social Conditions.* Boston: Thomas Y. Crowell.

Lathrop, Julia (1905). *Suggestions for Visitors to County Poor-houses and to Other Public Charitable Institutions.* Chicago: Public Charities Committee of the Illinois Federation of Women's Clubs.

Lathrop, Julia (1912). «The Children's Bureau». *American Journal of Sociology, 18.*

Lehmann, Jennifer (1993). *Durkheim and Women: The Problematic Relationship.* Lincoln: University of Nebraska Press.

Lehmann, Jennifer (1995). «The Question of Caste in Modern Society: Durkheim's Contradictory Theories of Race, Class, and Sex». *American Sociological Review,* 60.

Lemert, Charles (1995). *Sociology after the Crisis.* Boulder, CO: Westview Press.

Lemert, Charles y Bahn, Esme (eds.) (1998). *The Voice of Anna Julia Cooper.* Boulder, CO: Rowman and Littlefield.

Lengermann, Patricia Madoo (1979). «The Founding of the *American Sociological Review:* The Anatomy of a Rebellion». *American Sociological Review,* 44.

Lengermann, Patricia Madoo y Niebrugge-Brantley, Jill (1995). «Intersubjectivity and Domination: A Feminist Analysis of the Sociology of Alfred Schutz». *Sociological Theory,* 13.

Lengermann, Patricia Madoo (1996). «Early Women Sociologists». En: Ritzer, George. *Classical Sociology.* New York: McGraw-Hill.

Lemer, Gerda (ed.) (1972). *Black Women in White America:* A *Documentary History.* New York: Vintage.

Leuchtenberg, William E. (1958). *The Perils of Prosperity, 1914-1932.* Chicago: University of Chicago Press.

Levine, Daniel (1971). *Jane Addams and the Liberal Tradition.* Madison: State Historical Society of Wisconsin.

Levine, Daniel (1995). *Visions of the Sociological Tradition.* Chicago: University of Chicago Press.

Linn, James Weber (1935). *Jane Addams.* New York: Appleton-Century-Crofts.

Lorde, Audre (1984). *Sister Outsider.* Trumansburg, NY: Crossings Press.

MacLean, Annie Marion (1899). «Two Weeks in Department Stores». *American Journal of Sociology,* 4,

MacLean, Annie Marion (1903). «The-Sweat-Shop in Summer». *American Journal of Sociology,* 9.

MacLean, Annie Marion (1905). «The Significance of the Canadian Migration». *American Journal of Sociology, 10.*

MacLean, Annie Marion (1910). *Wage-Earning Women.* New York: Macmillan.

MacLean, Annie Marion (1916). *Women Workers and Society.* Chicago: McClurg.

MacLean, Annie Marion (1920). *Some Problems of Reconstruction.* Chicago: McClurg.

MacLean, Annie Marion (1922). *Our Neighbors.* New York: Macmillan.

MacLean, Annie Marion (1923). «Twenty Years of Sociology by Correspondence». *American Journal of Sociology,* 32.

MacLean, Annie Marion (1925). *Modern Immigration.* Philadelphia: J. B. Lippincott.

MacLean, Annie Marion (1932). «I Become an American». *Sociology and Social Research,* 16.

Madge, John (1963). *The Origins of Scientific Sociology.* London: Tavistock.

Majors, Monroe (1893). *Noted Negro Women: Their Triumphs and Activities.* Chicago: Donohue and Henneberry.

Marilley, Suzanne M. (1995). *Woman Suffrage and the Origins of Liberal Feminism in the United States, 1820-1920.* Cambridge: Harvard University Press.

Martineau, Harriet (1822). «Female Writers on Practical Divinity». *Monthly Repository,* 17.

Martineau, Harriet (1832-34). *Illustrations of Political Economy.* 9 vols. London: Charles Pox.

Martineau, Harriet (1837[1836]). *Society in America.* 2 vols. New York: Saunders and Otley.

Martineau, Harriet (1838a). «Domestic Service». *London and Westminster Review,* 29.

Martineau, Harriet (1838b). *How to Observe Morals and Manners.* London: Charles Knight and Company.

Martineau, Harriet (1838c). «The Martyr Age of the United States». *London and Westminster Review,* 32.

Martineau, Harriet (1838d). *Retrospect of Western Travel.* 3 vols. London: Saunders and Otley.

Martineau, Harriet (1892[1839]). *Deerbrook: A Novel.* London: Smith, Elder, and Company.

Martineau, Harriet (1841a). *The Hour and the Man: An Historical Romance.* 3 vols. London: Cassell.

Martineau, Harriet (1841b). *The Playfellow.* 4 vols. London: Charles Knight and Company.

Martineau, Harriet (1844). *Life in the Sick-Room: Essays by an Invalid.* London: Edward Moxon.

Martineau, Harriet (1845). *Letters on Mesmerism.* London: Edward Moxon.

Martineau, Harriet (1848). *Eastern Life: Past and Present.* 3 vols. London: Edward Moxon.

Martineau, Harriet (1849). *Household Education.* London: Edward Moxon.

Martineau, Harriet (1852). *Letters from Ireland.* London: John Chapman.

Martineau, Harriet (1853). *The Positive Philosophy of Auguste Comte. Freely Translated and Condensed by Harriet Martineau.* London: John Chapman.

Martineau, Harriet (1859). «Female Industry». *Edinburgh Review,* 109.

Martineau, Harriet (1862). «Modern Domestic Service». *Edinburgh Review,* 115.

Martineau, Harriet (1877). *Harriet Martineau's Autobiography, with Memorials by Maria Westin Chapman.* 3 vols. London: Elder.

Martineau, Harriet y Atkinson, Henry George (1851). *Letters on the Laws of Man's Nature and Development.* London: John Chapman.

McCarthy, Doyle (1996). *Knowledge as Culture: The New Sociology* of *Knowledge.* London y New York: Routledge.

McDonald, Lynne (1994). *The Women Founders of the Social Sciences.* Ottawa (Canada): Carleton University Press.

Mies, Maria (1983). «Towards a Methodology for Feminist Research». En: Bowles, Gloria y Duelli Klein, Renate (eds.). *Theories of Women's Studies.* London: Routledge y Kegan Paul.

Mills, C. Wright (1977[1959]). *The Sociological Imagination.* York: Oxford University Press.

Minnich, Elizabeth K. (1990). *Transforming Knowledge.* Philadelphia: Temple University Press.

Misra, Joya; Kennelly, Ivy y Karides, Marina (1997). «Of Course *You* Got a Job': Race, Gender, and the Academic Job Market Strategy». Artículo presentado en la reunión anual de la American Sociological Association, Toronto.

Mitzman, Arthur (1970). *The Iron Cage.* New York: Alfred A. Knopf.

Morgan, J. Graham (1983). «Courses and Texts in Sociology». *Journal of the History of Sociology,* 5, nº 1.

Muggeridge, Kitty y Adam, Ruth (1968). *Beatrice Webb: A Life, 1858-1934.* York: Alfred A. Knopf.

Muncy, Robyn (1991). *Creating a Female Dominion in American Reform, 1890-1935.* New York: Oxford University Press.

Murphy-Geiss, Gail (1995). «Jane Addams: Social Gospel Token?». Artículo presentado en la reunión anual de la National Women's Studies Association, Norman, OK.

Nord, Deborah Epstein (1985). *The Apprenticeship, of Beatrice Webb.* Amherst: University of Massachusetts Press.

Oakes, Guy (ed.) (1984). *Georg Simmel on Women, Sexuality, and Love.* New Haven: Yale University Press.

Oberschall, Anthony (1972). «The Institutionalization of American Sociology». En: Oberschall, Anthony (ed.). *The Establishment of Empirical Sociology: Studies in Continuity, Discontinuity, and Institutionalization.* New York: Harper and Row.

Olsen, Tillie (1972). «Women Who Are Writers in Our Century. One Out of Twelve». *College English,* 34, nº 1.

O'Neill, William (1971). *Everyone Was Brave: A History of Feminism in America.* Chicago: Quadrangle Books.

Park, Robert E. y Burgess, Ernest (1921). *Introduction to the Science of Sociology.* Chicago: University of Chicago Press.

Parsons, Talcott (1937). *The Structure of Social Action.* 2 vols. New York: Free Press.

Pichanick, Valerie Kossew (1980). *Harriet Martineau: The Woman and Her Work, 1802-1876.* Ann Arbor: University of Michigan Press.

Platt, Jennifer (1996). *A History of Sociology Research Methods in America, 1920-1960.* Cambridge: Cambridge University Press.

Quataert, Jean H. (1979). *Reluctant Feminists in German Social Democracy.* Princeton University Press.

Rauschenbusch, Walter. (1963[1907]). «Excerpt from *Christianity and The Social Crisis*». En: Hofstadter, Richard (ed.). *The Progressive Movement 1900-1915*. New York: Simon & Schuster, Inc.

Reinharz, Shulamit (1983). «Experiential Analysis: A Contribution to Feminist Research». En: Bowles, Gloria y Duelli Klein, Renate (eds). *Theories of Women's Studies*. London: Routledge y Kegan Paul.

Reinharz, Shulamit (1989). «Teaching the History of Women in Sociology: Or, Dorothy Swaine Thomas, Wasn't She the Woman Married to William I?». *The American Sociologist*, 20, nº 1.

Reinharz, Shulamit (1992). *Feminist Methods in Social Research*. New York: Oxford University Press.

Reinharz, Shulamit (ed.) (1992). *A Contextualized Chronology of Women's Sociological Work*. Waltham, MA: Brandéis University Press.

Residents of Hull House (1895). *Hull-House Maps and Papers: A Presentation of Nationalities and Wages in a Congested District of Chicago, Together with Comments and Essays on Problems Growing Out of Social Conditions*. Boston: Thomas Y. Crowell.

Richards, Dell (1993). *Superstars: Twelve Lesbians Who Changed the World*. New York: Carroll and Graft Publishers.

Richards, I. A. (1962[1929]). *Practical Criticism*. New York: Harcourt, Brace and World, Harvest Books.

Riis, Jacob. (1924[1890]). *How the Other Half Lives*. New York: C. Scribner's Sons.

Roby, Pamela. (1992). «Women and the ASA: Degendering Organizational Structures and Processes, 1964-1974». *American Sociologist*, 27.

Rollins, Judith (1985). *Between Women: Domestics and Their Employers*. Philadelphia: Temple University Press.

Rosenberg, Rosalind (1982). *Beyond Separate Spheres: Intellectual Roots of Modern Feminism*. New Haven: Yale University Press.

Rosenberg-Smith, Carroll (1975). «The Female World of Love and Ritual». *Signs,* 1.

Ross, Dorothy (1991). *The Origins of American Social Science.* Cambridge: Cambridge University Press.

Roth, Gunther (1990). «Marianne Weber and Her Circle». *Society,* 127.

Schamhorst, Gary (1985). *Charlotte Perkins Gibnaru A Bibliography.* Metuchen, NJ: Scarecrow Press.

Schutz, Alfred (1967). *The Phenomenology of the Social World.* Evanston, IL: Northwestern University Press.

Schutz, Alfred (1973). *Collected Papers I: The Problem of Social Reality.* The Hague: Martinus Nijhoff.

Schutz, Alfred y Luckmann, Thomas; Zaner, Richard M. y Engelhardt, H. Tristram Jr. (trads.) (1973). *The Structure of the Life World.* Evanston, IL: Northwestern University Press.

Scott, Joan Firor (1964). "Introduction" to *Democracy and Social Ethics,* by Jane Addams. Cambridge: Harvard University Press.

Scott, Joan Firor (1991). *Natural Allies: Women's Associations in American History.* Urbana y Chicago: University of Illinois Press.

Shaw, George Bernard (1889a). «The Economic Basis of Socialism». En: Bernard Shaw, George (ed.). *Fabian Essay in Sociology.* New York: Humboldt Publishing Company.

Shaw, George Bernard (1889b). *Fabian Essays in Socialism.* New York: Humboldt Publishing Company.

Silva, Edward T. y Slaughter, Sheila A. (1989). *Serving Power: The Making of the Academic Social Science Expert.* Westport, CT: Greenwood Press.

Simey, T. S. y Simey, M.B. (1960). *Charles Booth, Social Scientist.* Oxford: Oxford University Press.

Sklar, Kathryn Kish (1973). *Catharine Beecher: A Study in American Domesticity.* New Haven: Yale University Press.

Sklar, Kathryn Kish (1995). *Florence Kelley and the Nation's Work, 1830-1900*. New Haven: Yale University Press.

Skocpol, Theda (1992). *Protecting Soldiers and Mothers: The Political Origins of Social Policy in the United States*. Cambridge: Harvard University Press, Belknap Press.

Small, Albion (1895). «The Era of Sociology». *American Journal of Sociology*, 1.

Small, Albion (1916). «Fifty, Years of Sociology in the United States». *American Journal of Sociology*, 21.

Smith, Dorothy E. (1979). «A Sociology for Women». En: Sherman, J.A. y Beck, E.T. (eds.). *The Prism of Sex: Essays in the Sociology of Knowledge*. Madison: University of Wisconsin Press.

Smith, Dorothy E. (1987). *The Everyday World as Problematic: A Feminist Sociology*. Boston: Northeastern University Press.

Smith, Dorothy E. (1990). *The Conceptual Practices of Power: A Feminist Sociology of Knowledge*. Boston: Northeastern University Press.

Smith, Dorothy E. (1995). «Response to Judith Stacey and Barrie Thome». *Perspectives: The ASA Theory Section Newsletter*, 18.

Smith, Mark C. (1994). *Social Science in the Crucible*. Durham, NC; Duke University Press.

Sprague, Joey (1997). «Holy Men and Big Guns: The Can[n]on in Social Theory». *Gender & Society* 11, nº 1.

Stacey, Judith y Thome, Barrie (1996). «Is Sociology Still Missing Its Feminist Revolution?». *Perspectives: The ASA Theory Section Newsletter*, 18.

Stead, William. (1995[1894]). *If Christ Came to Chicago*. Evanston, IL: Chicago Historical Bookworks.

Steffens, Lincoln. (1957[1904]). *The Shame of the Cities*. New York: Hill and Wang.

Stetson, Charles Walter; Hill, Mary A. (ed.) (1985). *Endure: The Diaries of Charles Walter Stetson.* Philadelphia: Temple University Press.

Stinchcombe, Arthur L. (1982). «Should Sociologists Forget Their Mothers and Fathers?». *American Sociologist,* 17.

Sydie, Rosalind (1987). *Natural Women, Cultured Men: A Feminist Perspective on Sociological Theory.* New York: New York University Press.

Talbot, Marion (1910). *The Education of Women.* Chicago: University of Chicago Press.

Talbot, Marion (1936). *More than Lore: Reminiscences of Marion. Talbot, Dean of Women, the University of Chicago, 1892-1925.* Chicago: University of Chicago Press.

Talbot, Marion y Breckinridge, Sophonisba (1912). *The Modem Household.* Boston: Whitcomb and Barrows.

Tarbell, Ida (1904). *History of Standard Oil.* New York: Macmillan.

Terry, James L. (1983). «Bringing Women... In: *A Modest Proposal*». *Teaching Sociology,* 10, nº 2.

Tijssen, Lietake van Vucht (1991). «Women and Objective Culture: Georg Simmel and Marianne Weber». *Theory, Culture and Society,* 8.

Tocqueville, Alexis de (1840[1835]). *Democracy in America.* London: Longmans, Green.

Townes, Emilie (1993). *Womanist Justice, Womanist Hope.* Atlanta: Scholars Press.

Turner, Stephen y Turner, Jonathan (1990). *The Impossible Science.* Newbury Park, CA: Sage.

Wade, Louise C. (1977). «Julia Lathrop». En: James, Edward T.; Wilson James, Janet y Boyer, Paul S. (eds.). *Notable American Women.* Vol. 2. Cambridge: Harvard University Press, Belknap Press.

Washington, Mary Helen (1988). «Introduction» to *A Voice from the South,* by Anna Julia Cooper. En: *The Schomburg Library of Nineteenth-Century Black Women Writers.* New York: Oxford University Press.

Webb, Beatrice Potter (1887). «The Dock Life of East London». *Nineteenth Century,* 22.

Webb, Beatrice Potter (1888). «Pages from a Working Girl's Diary». *Nineteenth Century,* 23.

Webb, Beatrice Potter (1904[1891]). *The Co-operative Movement in Great Britain.* London: Swan, Sonnenschein and Company.

Webb, Beatrice Potter (1898[1892]). «How to Do Away with the Sweating System». En: Webb, Sidney y Beatrice. *Problems in Modern* Industry. London: Longmans, Green.

Webb, Beatrice Potter (1898[1896][1895]). «Women and the Factory Acts». En: Webb, Sidney y Beatrice. *Problems in Modern Industry.* London: Longmans, Green.

Webb, Beatrice Potter (1907). «Methods of Investigation». *Sociological Papers* (Sociological Society, London), 3.

Webb, Beatrice Potter (1913). «Introduction to 'The Awakening of Women'». Suplemento especial a *New Statesman* de 1 de noviembre.

Webb, Beatrice Potter (1926). *My Apprenticeship.* London: Longmans, Green.

Webb, Beatrice Potter; Drake, Barbara y Cole Margaret (eds.) (1948). *Our Partnership.* London: Longmans, Green.

Webb, Robert K. (1960). *Harriet Martineau: A Radical Victorian.* New York: Columbia University Press.

Webb, Sidney (1889). «The Historic Basis of Socialism». En: Bernard Shaw, George (ed.). *Fabian Essays in Sociology.* New York: Humboldt Publishing Company.

Webb, Sidney y Potter Webb, Beatrice (1894). *The History of Trade Unionism.* London: Longmans, Green.

Webb, Sidney y Potter Webb, Beatrice (1902[1897]). *Industrial Democracy.* London: Longmans, Green.

Webb, Sidney y Potter Webb, Beatrice (1932). *Methods of Social Study.* London: Longmans, Green.

Weber, Marianne (1900). *Fichte's Sozialismus and sein Verhältnis zur Marx'schen Doktrin.* Tübingen: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne (1919[1905]). «Jobs and Marriage». En: *Frauenfragen und Frauengedanken.* Tübingen: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne (1907). *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung.* Tübingen: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne (1997a[1919][1912]). «Authority and Autonomy in Marriage». En: Kirchen, Elizabeth (trad.). «Selections from Marianne Weber's *Reflections on Women and Women's Issues*». Manuscrito inédito. Originalmente publicado en *Frauenfragen und Frauengendanken.* Tübingen: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne (1997b[1919][1912]). «On the Valuation of Housework». En: Kirchen, Elizabeth (trad.). «Selections from Marianne Weber's *Reflections on Women and Women's Issues*». Manuscrito inédito. Originalmente publicado en *Frauenfragen und Frauengendanken.* Tübingen: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne (1919[1913]). «Women and Objective Culture». En: *Frauenfragen und Frauengedanken.* Tübingen: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne (1997[1919][1917]). «Types of Academic Women». En: Kirchen, Elizabeth (trad.). «Selections from Marianne Weber's *Reflections on Women and Women's Issues*». Manuscrito inédito. Originalmente publicado en *Frauenfragen und Frauengedanken.* Tübingen: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne (1997a[1919][1918]). «The Forces Shaping Sexual Life». En: Kirchen, Elizabeth (trad.). «Selections from Marianne Weber's *Reflections on Women and Women's Issues*». Manuscrito inédito. Originalmente publicado en *Frauenfragen und Frauengendanken.* Tübingen: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne (1977b[1919][1918]). «Women's Special Cultural Tasks». En: Kirchen, Elizabeth (trad.). «Selections from Marianne Weber's *Reflections on Women and Women's Issues*». Manuscrito inédito. Originalmente publicado en *Frauenfragen und Frauengendanken.* Tübingen: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne (1919). *Frauenfragen und Frauengedanken.* Tiibingen: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne; Zohn, Harry (trad. y ed.) (1975[1926]). *Max Weber: A Biography.* New York: Wiley.

Weber, Marianne (1929). *Die Idee der Ehe and die Ehescheidung.* Frankfurt: Frankfurter Societats-Druckerie, Abteilung Buchverlag.

Weber, Marianne (1930). *Die Ideale der Geschlechtergemeinschaft.* Berlin: F. A. Herbig.

Weber, Marianne (1935). *Frauen und Liebe.* Koonigestein in Taunus: K. B. Langewissche.

Weber, Marianne (1948). *Lebenserinnerungen.* Bremen: J. Storm.

Wells-Barnett, Ida B. (1969[1892]). *Southern Horrors.* Reimpreso en *On Lynchings.* New York: Arno.

Wells-Barnett, Ida B. (1991[1893]). *The Reason Why the Colored American Is Not in the World's Columbian Exposition.* Reimpreso en Wells-Barnett, Ida B.; Harris, Trudier (ed.). *Selected Works.* En: *The Schomburg Library of Nineteenth-Century Black Women Writers.* New York: Oxford University Press.

Wells-Barnett, Ida B. (1895). A *Red Record.* Chicago: Donohue and Henneberry.

Wells-Barnett, Ida B. (1969[1900]). *Mob Rule in New Orleans.* Reimpreso en *On Lynchings*. New York: Arno.

Wells-Barnett, Ida B.; Duster, Alfreda M. (ed.) (1970). *Crusade for Justice: The Autobiography of Ida B. Wells.* Chicago: University of Chicago Press.

Welter, Barbara (1973[1966]). «The Cult of True Womanhood: 1820-1860». En: Friedman, Jean E. y Shade, William G. (eds.). *Our American Sisters: Women in American Life and Thought.*

Williams, Fannie Barrier (1976[1893]). *The Present Status and Intellectual Progress of Colored Women.* Panfleto, impreso en forma privada. En: Loewenberg, Bert James y Bogin, Ruth (eds.). *Black Women in Nineteenth-Century American Life: Their Words, Their Thoughts, Their Feelings.* University Park: Pennsylvania State University Press.

Wilner, Patricia (1985). «The Main Drift of Sociology between 1936 and 1984». *Journal of the History of Sociology,* 5, nº 2.

Wirth, Louis (1947). «American Sociology, 1915-47». *American Journal of Sociology*, Índice a los Volúmenes I-XLII.

Yates, Gayle Graham (ed.) (1985). *Harriet Martineau on Women.* New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.

ORGANISMOS

Afro-American League (Liga Afroamericana)

American Arbitration Association (Asociación Americana de Mediación)

American Association of Social Workers (Asociación Americana de Trabajadores Sociales)

American Association of University Women (AAUW) – (Asociación Americana de Mujeres Universitarias)

American Chemical Society (Sociedad Americana de Química)

American Federation of Labor (Federación Americana del Trabajo)

American Negro Academy (Academia Americana Negra)

American Philosophical Society (Sociedad Americana de Filosofía)

American Social Science Association (Asociación Americana de Ciencias Sociales)

American Sociological Association (Asociación Americana de Sociología)

American Sociological Society (Sociedad Americana de Sociología)

American Woman Suffrage Association (Asociación Americana por el Sufragio Femenino)

Association of Collegiate Alumnae (ACA) (Asociación de Alumnas Universitarias)

Charity Organisation Society (Sociedad para la Organización de la Caridad)

Chicago Board of Education (Junta de Educación de Chicago),

Chicago Commons Settlement House (Centro Social Comunitario de Chicago)

Chicago School of Civics and Philanthropy (Escuela de Chicago de Civismo y Filantropía)

Chicago Women's Club (Club de Mujeres de Chicago)

Chicago's Extension School (Escuela de Extensión de la Universidad de Chicago)

Colored National League (Liga Nacional de Color)

Colored Women's League (Liga de Mujeres de Color)

Conference of Charities (Congreso de Organizaciones Caritativas)

Cook County Charities (Organizaciones Caritativas del Condado de Cook)

Cook County Juvenile Court (Tribunal de Menores del Condado de Cook)

Fabian Women's Group (Grupo de Mujeres Fabianas)

Federal Children's Bureau (Agencia Federal para la Infancia)

Female Anti-Slavery Society (Sociedad Antiesclavista Femenina)

General Federation of Women's Clubs (Federación General de Clubs de Mujeres)

Henry Street Settlement (Centro Social de Henry Street)

House of Lords Committee on Sweating (Comité de la Cámara de los Lores sobre Explotación Laboral en los Talleres Textiles)

Illinois Board of Charities (Consejo de Organizaciones Caritativas de Illinois)

Illinois Consumers' League (Liga de Consumidores de Illinois)

Immigrants' Protective League (Liga para la Protección de los Inmigrantes)

Indian Civil Service (Administración Pública India),

International Committee of Women for Permanent Peace (Comité Internacional de Mujeres por la Paz Permanente)

International Lady Garment Workers Union (Unión Internacional de Trabajadoras Textiles)

Invincible Sons and Daughters of Commerce (Hijos e Hijas Invencibles del Comercio)

Juvenile Court Committee (Comité de Tribunales de Menores)

Kansas State Agricultural College (Facultad de Agricultura del Estado de Kansas)

National Afro-American Council (Consejo Nacional Afroamericano)

National American Woman Suffrage Association – NAWSA (Asociación Nacional Americana por el Sufragio Femenino)

National Association for the Advancement of Colored People (Asociación Nacional para el Avance de las Personas de Color)

National Association of Colored Men (Asociación Nacional de Hombres de Color)

National Association of Colored Women's Clubs (Asociación Nacional de Clubs de Mujeres de Color)

National Child Labor Committee (Comisión Nacional para el Trabajo Infantil)

National Committee on Mental Hygiene (Comité Nacional para la Higiene Mental)

National Conference of Charities and Corrections (Congreso Nacional de Organizaciones de Beneficencia y Corrección)

National Consumers' League (Liga Nacional de Consumidores)

National Council of Women of the United States (Consejo Nacional de Mujeres de los Estados Unidos)

National Education Association (Asociación Nacional de Educación)

National Federation of Afro-American Women (Federación Nacional de Mujeres Afroamericanas)

National Federation of Colored Women's Clubs (Federación Nacional de Clubs de Mujeres de Color)

National Woman's Council (Consejo Nacional de Mujeres)

National Women's Trade Union League (Liga de los Sindicatos Nacionales de Mujeres)

Negro Business League (Liga de Negocios Negros)

Negro Fellowship League (Liga de Compañeros Negros)

Negro Press Association (Asociación de Prensa Negra)

New York Bureau of Industries and Immigration (Oficina de Industria e Inmigración de Nueva York)

New York State Immigration Commission (Comisión de Inmigración del Estado de Nueva York)

New York State Tenement House Commission (Comisión de Vivienda del Estado de Nueva York)

North Carolina Teachers' Association (Asociación de Profesores de Carolina del Norte)

Poor Law Commission (Comisión de la Ley de Pobres)

Progressive Party Convention (Convención del Partido Progresista)

Religious Education Association (Asociación de Educación Religiosa)

Retail Clerks' Protective Associations (Asociaciones de Protección de los Empleados del Comercio al por Menor)

School of Household Administration (Escuela de Administración del Hogar de la Universidad de Chicago)

School of Social Service Administration (Escuela de Administración de Servicios Sociales)

Social Purity Society (Sociedad de la Pureza Social)

Socialist Labor Party (Partido Socialista Obrero)

Socialist Society (Sociedad Socialista)

Sociologists for Women in Society (Sociólogos por las Mujeres en la Sociedad)

Unitarian Association (Asociación Unitaria)

US Bureau of Labor (Oficina de Trabajo de los EE. UU)

US Bureau of Labor Statistics (Oficina de Estadísticas Laborales de los EE. UU.)

Woman's Peace Party (Partido Pacifista de la Mujer)

Women's Christian Temperance Union (WCTU) – (Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza)

Women's International League for Peace and Freedom – (Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad)

ÍNDICE ANALÍTICO

A Red Record (Wells-Barnett), 272, 307-320

A Singing Something: Womanist Reflections on Anna Julia Cooper, 273

A Voice from the South (Cooper), 273, 276, 277, 320-335

Abbott, Edith, 5, 19, 23, 27, 30-33, 127-128, 401, 406, 408-413, 416-420, 422, 423, 429-432, 437, 462, 472-480.

extractos de

«Are Women a Force for Good Government?», 477-479

«Housing Conditions in Chicago, III: Back of the Yards», 472-477

Abbott, Elizabeth Griffin, 406

Abbott, Grace, 4, 19, 23, 30, 127-128, 401, 406-408, 410-413, 416-420, 423-426, 430, 437.

extracto de «The Chicago Employment Agency and the Immigrant Worker», 463-466

Abbott, Othman, 406-407

Acontecimiento vital, Guerra Civil como, 266-267

Activismo social, 134-136, 409-417

Adam, Ruth, 483-491

Adams, Henry Carter, 42

Addams, Jane, 2, 4, 5, 6, 7, 19, 22, 23, 26, 27, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 37, 38, 39, 43, 45, 46, 47, 119-186, 197, 198, 199, 218, 266, 300, 303, 346, 401, 403, 404, 408, 409, 413, 416, 417, 418, 420, 422, 434, 438, 494, 509, 515, 531, 534, 536, 539, 540,

antecedentes biográficos, 121-130

como una voz teórica distintiva, 152

extractos de

Democracy and Social Ethics (Addams), 167-173

«Problems of Municipal Administration», 174-175

The Long Road of Women's Memory (Addams), 177-176

«The Settlement as a Factor in the Labor Movement», 159-166

foco de atención en, las vidas de las mujeres, 155

método de investigación feminista, 157

método para hacer teoría, 139-141

múltiples puntos de vista para, 156-157

punto de vista de género de, 154

relevancia para la historia y la práctica actual de la sociología, 150-159

sobre el deseo de sociabilidad, 143-144, 150

sobre el individuo, 141-142

sobre el trabajo del sociólogo, 136-139

sobre los cambios, 158-159

teoría del desarrollo humano, 142-144

teoría frente a aplicación, 141-144

teoría social de, 145-149

teoría social general de, 132-149
uso de la narrativa, 139-141
y la tradición interpretativa, 152
Afro-American League, 272
Aims and Principles of the Consumers' League», 414, 435
Alienación, 220, 356, 367-368
Altgeld, John P., 409
Altick, Richard, 493
American Arbitration League, 30
American Journal of Sociology, 5, 29, 44, 130, 199, 222, 405, 408
American Negro Academy, 266, 278
American Social Science Association, 409-412, 421
American Sociological Association (ASA), 5, 29, 409
American Sociological Review, 44, 537
American Sociological Society (ASS), 5, 29, 34, 44, 130, 199, 222, 410, 412
Amor erótico, 360
Análisis social, 283-285
Anomalías, y la búsqueda de la riqueza, 77, 94
Anthony, Susan B., 197-198, 281, 322
Anzaldúa, Gloria, 36, 536
«Are Women a Force for Good Government?» (Abbott), 477-479
Arena, 410
Atkinson, Henry George, 61
Atlee, Clement, 483
Auden, W. H., 39

Autoridad,
logro de, como problema para las mujeres, 32

Baader, Ottilie, 351
Bahn, Esme, 273
Baker-Fletcher, Karen, 273, 279
Bales, Kevin, 20, 439
Bamer, Gertrud, 346
Bannister, Robert, 40, 45
Barnett, Canon, 494
Barnett, F. L., 271
Baum, Marie, 346
Becker, Ernest, 21
Beecher, Catharine, 192-193
Beecher, Henry Ward, 192
Bemis, Edward W., 42-43
Benjamin, Jessica, 36, 48, 157, 190
Bennett, Joan, 208
Berger, Peter, 221
Bernard, Jessie, 130
Bernard, L. L., 43, 45
Besant, Annie, 496
Bhavnani, Kum-Kum, 538
Bismarck, Otto von, 340, 350-353
Blair, Karen, 202
Blumberg, Dorothy, 401, 421

Blumer, Herbert, 222

Bologh, Roslyn W., 368, 371, 534

Bonsall, Caroline Bartram, 403

Booth, Charles, 30, 422, 488, 489, 495, 498

Brandeis, Louis, 437

Braun, Lily, 351

Breckinridge, Sophonisba, 5, 19, 23, 28, 30, 31, 46, 127, 128, 401, 405, 407, 408, 410, 411, 412, 415, 416, 417, 418, 419, 422, 423, 425, 427, 429, 413, 430, 431, 432, 434, 435, 437, 442, 443, 468, 472-477, 539

extracto de «Housing Conditions in Chicago, III: Back of the Yards», 472-476

Breckinridge, William Cambell, 405

Britton, Anne Camden, 339-342, 345, 348-349

Broschart, Kay, 19

Bryan, William Jennings, 121, 130

Bulmer, Martin, 20, 439

Burgess, Ernest, 6, 28-30, 35-41, 45

Burns, John, 159

Buxton, William, 45

Caine, Barbara, 508

Cambio,

compromiso con el, 155

social, 86, 87.

Campbell, Helen, 20, 43

Capacidad de acción frente a determinismo, 152-154

Caraway, Nancie, 202, 281

Caridad, 72-74, 155, 159, 161, 171-172, 176, 322, 334, 444, 453, 487, 488, 493, 494

Carter, Susan, 42, 43

Cather, Willa, 199

Centro Social de Henry Street, 37, 416

Ceplair, Larry, 29, 189-190, 197

Channing, Grace, 91, 195, 196, 200

Chapman, Maria Westin, 59

Charities, 410

Chicago Board of Education, 126

Chicago Commons Settlement House, 415

Chicago School of Civics and Philanthropy, 472

Chicago Women's Club, 402, 406, 408, 414

Children's Bureau, 27, 30, 126-128, 402, 409, 410, 412, 416, 432, 437, 438

Chodorow, Nancy, 36

Church, Mary (Terrell), 20, 275, 280, 283

Churchill, Charles H., 275

Churchill, Henrietta Vance, 275

Ciencias sociales, 353

    investigación en, 409-417

    neoidealistas, 353-354

Cientificismo, tendencia hacia el, 44

Clases económicas, 209, 367

Clubs nacionalistas, 196

Cobbett, William, 503, 509

Coerción frente a autoridad, 147, 175, 268, 302, 304, 369

Coexistencia, 297, 303, 501

Cole, Margaret, 483

Colegio de la Calle M, 276, 278-279

Collins, Patricia Hill, 538

Collins, Randall, 19, 21, 36, 48, 49, 265, 280, 292, 300, 507

Colored National League, 266

Commons, John R., 34, 42

Comte, Auguste, 3, 4, 21, 22, 23, 24, 25, 32, 39, 61, 65, 66, 77, 78, 80, 81, 83, 284, 300, 487

Conciencia bifurcada, 123, 141, 474, 532

Conciencia, libertad de, 357, 358, 376

Conferencia de Mujeres, 31

Confianza de las mujeres, 127-129

Congreso Nacional de Mujeres de Color, 277

Congressional Civil Rights Act (1875), 269

Conocimiento sociológico, validez epistemológica del, 68-70

Conocimiento, política del, 6, 19, 33, 39-46, 48

Consumers' League, 410, 412

Conway, 121

Cook, Blanche Wiesen, 129, 441

Cook, Judith A., 48

Cooley, Charles Horton, 27, 45

Coolidge, Mary Elizabeth Burroughs Roberts Smith, 417

Cooper, Anna Julia, 4, 5, 9, 19, 21, 23, 25, 26, 27, 28, 29, 31, 32, 36, 45, 46, 47, 75, 125, 148, 149, 156, 158, 244, 263-336, 371, 447, 534, 536, 539
antecedentes biográficos, 265-279
diferencias entre Ida B. Wells-Barnett y, 305-307
extractos de *A Voice from the South,* 320-336
sobre el funcionalismo, 300-301
sobre la teoría marxista del conflicto, 300-301
sociología feminista y la tradición de, 303-305
teoría social general, 280-298
y el canon de la sociología, 299-306
Cooper, George A. C., 274
Coppin, Fannie Jackson, 277
Coser, Lewis, 6, 35, 362, 368
Costin, Lela, 19, 401, 402, 418
Costumbres,
objetivaciones representativas de las, 68-74
relación entre moral y, 66-67, 78-80
y dominación, 75-76, 295
Crítica, 354-356
Crow, Jim, leyes, 25, 286, 289, 292
Cultura androcéntrica, 8, 47, 202-206, 213-217, 225, 254-258
Cultura, 204
androcéntrica, 202-206, 213
expresiva, 362-363
objetiva, 362-363
subjetiva, 362-363

Dahrendorf, Ralf, 507

Daly, Mary, 536

Darwin, Charles, 25, 45, 493

Darwinismo social

de reforma, 134, 200-202

progresista, 134

Davis, Allen F., 22, 121, 129, 131, 135, 402

Davis, Katherine Bement, 20

De Quincey, 124

DeBeauvoir, Simone, 36

Debilidad, 291

Deegan, Mary Jo, 1, 19, 22, 29, 33, 35, 39, 42, 121, 128, 132, 401, 415, 422, 532

Degler, Carl, 198

Democracy and Social Ethics (Addams), 167-170

Deseo de sociabilidad, 143-144, 156, 356, 434

Desha, Issa, 405

Determinismo frente a capacidad de acción, 152-153

Dewey, John, 8, 135

Dickens, Charles, 22, 61

Diferencia(s),

al crear la otredad, 291-293

entre mujeres, 85

indiferencia ante la, 227

Diner, Steven, 40

Distinción sexual excesiva, 202, 208, 210, 238

División de clases, 421

Documento, 505

«Domestic Service» (Martineau), 60, 84, 115-118

Dominación sadomasoquista, 352

Dominación, 225-226, 289-290

alternativas a la, 292-294

criterios para estimar el grado de, 74-77

de las mujeres, 76, 208-210

de los esclavos, 76

e historia, 291

e ideología, 291

en el servicio doméstico, 85

equilibrio como alternativa a la, 291

factores en las pautas de la, 291-297

sadomasoquista, 352

y búsqueda de la riqueza, 77

y costumbres, 294-295

y furia, 295-296

y patología, 304

y recursos materiales, 294

Donovan, Frances R., 20

Douglass, Frederick, 270-271, 280, 288, 308

DuBois, W. E. B., 22, 27, 31, 32, 278, 280, 300

Dummer, Ethel Sturgess, 20

Durkheim, Emile, 150-151, 153, 219-220, 299, 368, 439-440, 532

Duster, Alfreda M., 267

Eaton, Isabel, 20

Eaves, Lucille, 30

Economía, política, 55-58, 64, 245, 260, 534

Ecuanimidad, 69, 73

Eddy, Frances, 406

Eddy, Mary, 406

Edificios, Katherine, 488, 494

Eliminación, política de la, 32-46

Ellison, Ralph, 22

Ely, Richard T., 42

Empatía, 69

Empleo,

capitalista, 364-368

sector salarial, 364-366

Engels, Friedrich, 24, 25, 30, 79, 351, 403, 421

Enmienda décimoquinta, 281

Entrevista, 70, 73, 177, 327, 429, 430, 449, 473, 489, 498, 499, 505, 511

Equilibrio, 307-309

como alternativa a la dominación, 291

Era de la Mujer Negra, 267

Esclavos, dominación de, 74-77

Escuela de Sociología de las Mujeres de Chicago, 19, 127, 399-480
antecedentes biográficos, 401-419
teoría social general de, 420-437
y el canon de la sociología, 438, 441
y la tradición de la sociología feminista, 440-443
Estrategias de recogida de datos, 428, 432, 441
Ética,
en oposición a la dominación, 74
femenina, 298-299
protestante, 345-357
social, 136, 150-153
Evolución biológica, 63
Evolución, 45
Examinación cruzada, 283-287
Experiencia erótica, 360
Exposición Mundial Colombina, discriminatoria, 26, 271, 277, 282, 289
exclusión de los afroamericanos, 271
logros de la, 271
Expresión, cultura de la, 362

Faderman, Lillian, 129
Fe, 284
Federación de las Organizaciones de Mujeres Alemanas, 347-351
Feminismo, 5, 8, 9, 13, 14, 200, 202, 344, 367, 848, 509, 524, 532
alemán, 350
cultural, 352

erótico, 353
negro, 534
primera-ola, 14
proactivo, 354
segunda-ola, 44
Ferree, 49
Festinger, Leon, 222
Fish, Virginia Kemp, 401, 406
Fitzpatrick, Ellen, 19, 42, 128, 401, 405, 406, 413, 415-416, 420
Fonow, Mary Margaret, 44, 48
Forster, E. M., 139
Forster, William Edward, 62
Fortune, Thomas, 270
Frankfurter, Felix, 418
Free Speech, 269-270
Frente a coerción, 69
Freud, Sigmund, 190, 224, 404
From Slavery to the Sorbonne and Beyond: The Life and Writing of Anna Julia Cooper, 273
Funcionalismo, 13, 78, 150, 203, 218-220, 300, 440
Furia y dominación, 296
Furner, Mary, 39, 40, 43

Gabel, Leona C., 273, 278
Garrison, William Lloyd, 59

Gates, Henry Louis, 267, 536

General Federation of Women's Club (GFWC), 408, 437, 442, 470-471

Género,

en la división del trabajo, 356, 361-362

política de, 33-39

socialización de, 355-356

uso de las mujeres fundadoras del, 534

Gibbs, Wells-Barnett, Ida B., 275

Giddings, Paula,202, 265, 267, 280-283, 300,

Gilligan, Carol, 535

Gilman, Charlotte Perkins, 4, 8, 19, 23, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 45, 46, 47, 121, 187-263, 266, 300, 303, 346, 359, 375, 371, 372, 383, 509, 523, 526, 534, 539, 540

antecedentes biográficos, 189-199

exclusión del canon, 222-223

extractos de,

Human Work, 245-253

The Man-Made World, or Our Androcentric Culture, 254-262

Women and Economics, 228-243

método para hacer sociología, 207

puntos en común y diferencias, 120-227

sobre el cambio, 226-227

sobre el deseo femenino, 190-191

sobre la cultura androcéntrica, 202-214

sobre la cultura, 193-194

sobre la dominación, 225-226
sobre la familia, 192-193
sobre la relación social humana, 202
sobre las relaciones sexo-económicas, 207-210
teoría social general de, 200-202
voz teórica de, 203
y el canon de la sociología, 118-227
y el funcionalismo, 203-204
y el género como estructura de estratificación, 206-208
y el patriarcado capitalista, 225-226
y la heterosexualidad obligatoria, 223
y la indiferencia ante la diferencia, 227
y la sociología marxista del conflicto, 218
y la teoría interpretativa, 218-220
y la tradición de la sociología feminista, 227-230
Gilman, George Houghton, 197
Gilman, Houghton, 189-191, 198, 200
Goldman, Emma, 20
Gordon, Linda, 1, 121, 127-128, 202, 401, 414, 418
Green, Martin, 345, 352
Grimké, Charlotte Forten, 276, 279-280
Grimké, Francis J., 276
Grunberg, Helene, 351
Grupos pacifistas, 126
Grupos por los derechos de las mujeres, 126

Guerra Civil como acontecimiento vital, 265-279
Guillermo, káiser, II, 343
Gynaecocentric Theory, 200

Halbwachs, Maurice, 20
Halliday, Terence, 40
Hamilton, Alice, 128
Hamilton, Margaret, 127, 403
Hanna, Gertrud, 351
Haraway, Donna, 48
Harper, Frances Ellen Watkins, 280-282
Harris, Trudier, 267, 479
Hart, Schaffner, Marx, 156, 416
Hartley, David, 63, 64
Hayworth, Fabius, 273
Heibrun, Carolyn, 121
Henderson, Charles, 30, 134, 415
Henderson, H. L., 45
Hess (con Ferree), 49
Heterosexualidad obligatoria, 223
Hewes, Amy, 20
Hill, Mary A., 189, 191, 194, 197
Hill, Michael R., 9, 39, 53
Historia y dominación, 292
Hitler, Adolf, 292, 341, 348

Hoecker-Drysdale, Susan, 1, 19, 22, 39, 53, 56, 57, 65

Hofstandter, Richard, 281

Holbrooke, Agnes Sinclair, 432

Hollingworth, Lena Stetter, 20

Holmes, Oliver Wendell, 134

Holt, Thomas, 267, 272

Hosmer, James K., 281

«Housing Conditions in Chicago, III: Back of the Yards» (Breckinridge y Abbott), 472-477

How to Observe Morals and Manners (Martineau), 87-99

Howell, William Dean, 277, 288, 334

Hughes, Helen McGill, 44, 316

Hull, Charles, 125

Hull-House, 4, 7, 8, 22, 26, 27, 30, 31, 34, 35, 121-132, 136-140, 148, 151, 154, 157, 159-162, 173, 177-183, 197, 401-420, 422-425, 432-433, 448, 508

Human Work (Gilman), 245-253

Hutchinson, Louise Daniel, 273-275, 286

Idealismo alemán, 358, 377

Ideología, 13, 134, 19+4, 210, 179, 311, 364, 434

    género, 349, 350, 360, 366, 404

    y dominación, 301-302, 317

Iglesia episcopal metodista africana, 270-274

Iglesia episcopal, 224

Igualdad económica y toma de decisiones democrática, 497-502

Igualdad racial, 63

Ihrer, Emma, 351

Illinois Consumers' League, 409

Imaginación, sociológica, 79, 94

Immigrants' Protective League (IPL), 409, 417, 439

Imparcialidad, 17, 68, 290

Independencia económica, 197, 200, 204, 209, 224, 231, 232, 234, 354, 359. 378, 382

Indiferencia ante la diferencia, 227

Individualismo, 158, 221, 243, 244, 492, 500

Informe Brandeis, 437

Ingraham, Chrys, 538

International Committee of Women for Permanent Peace, 126, 131

«Introduction to "The Awakening of Women"» (Webb), 523-528

Invención de formas de asociacionismo, 434

Investigación social, 488

Invincible Sons and Daughters of Commerce, 266

Invisibilidad, 21-22, 349

Jackson, Andrew, 59

Jaffe, Else, 345-348, 353

James, Henry, 123, 190

James, William, 6, 21, 44, 135

Janowitz, Morris, 40

Johnson, Charles, 265

Johnson, Miriam, 301

Journal of Political Economy, 408, 468

Jucharz, Marie, 351

Judson, Henry Pratt, 415

Jurisprudencia, 198, 420, 423

Justicia, 69, 268-273, 280-284, 289

Kandal, Terry R., 345, 350-352, 362, 368, 544

Karides, Marina, 42

Käsler, Dirk, 22

Keith, Bruce, 19, 222

Keller, Evelyn Fox, 36

Kelley, Florence, 4, 19, 23, 25, 26, 37, 30, 31, 34, 37, 43, 46, 125, 127, 128, 198, 346, 401, 403, 404, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 427, 428, 429, 430, 431, 433, 434, 435, 436, 437, 440, 536, 540

extractos de

«Aims and Principles of the Consumers' League», 453-455

Some Ethical Gains through Legislation, 460-463

Kelley, William Darrah, 403

Kelley-Gadol, Joan, 533

Kellogg, Paul U., 31

Kellor, Daniel, 406

Kellor, Frances, 4, 20, 23, 30, 127, 401, 406-408, 410, 412, 432

extracto de «Psychological and Environmental Study of Women Criminals», 456-459

Kellor, Mary Sprague, 406

Kennelly, Ivy, 43

Kent, Raymond, 505-506

Key, Ellen, 386

Kingsbury, Susan, 20

Kirchen, Elizabeth, 362, 370

Kleeck, Mary van, 20

Knapp, Adeline, 191, 196

Knight, Louise Wilby, 127, 190

Kollontai, Alexandra, 20

Kraditor, Aileen, 281

Kuhn, Thomas, 439

Kuklick, Henrika, 40

L'Ouverture, Toussaint, 60

Landsberg, Clara, 128

Lane, Ann J., 189, 191, 192, 193, 227

Lathrop, Julia, 4, 20, 30, 31, 127, 128, 401, 408, 409, 410, 413, 415, 417, 423-425, 429, 430, 432, 437, 443, 540

extracto de «The Cook County Charities», 444-447

Lathrop, William, 402

Laurencina (Heyworth) Potter, 485

Lazarsfeld, Paul, 45

Lease, Mary, 130

Lee, Spike, 536

Lehmann, Jennifer, 368, 534

Lemert, Charles, 19, 21, 40, 273, 532, 536, 538

Lengermann, Patricia Madoo, 19, 36, 45

Lerner, Gerda, 282

Leuchtenberg, William E., 199

Levine, Daniel, 22

Levine, Donald, 20, 40, 43

Libertad de conciencia, 357-358, 376

Linchamientos, 29, 270, 272, 284-287, 289, 540

Lincoln, Abraham, 192

Linn, James Weber, 121

Locke, John, 64

Lombroso, Cesare, 414, 430

Lorde, Audre, 22

Love, John, 279

Love, Lula, 279

Luckmann, Thomas, 33, 151, 221

Luther, Martha, 191, 194

MacLean, Annie Marion, 20, 30, 43, 46, 127, 401, 405, 406, 408, 410, 414, 417, 418, 419, 425, 427, 429, 433, 443

extracto de «Two Weeks in Department Stores», 448-452

MacLean, Christina, 405

MacLean, John, 405

Madge, John, 20

Majors, Monroe, 277

Mao Tse-tung, 441

Marginación, 21
patriarcal, 38
Marilley, Suzanne M., 121
Marshall, Alfred, 36, 45, 489
Martineau, Harriet, 19, 22, 32, 36, 38, 39, 46, 53-118, 150, 218, 300, 301, 303, 371, 534, 536, 539
antecedentes biográficos, 53-62
extractos de
«Domestic Service», 115-118
How to Observe Morals and Manners, 87-99
Society in America, 99-114
foco de atención en, la vida y el trabajo de las mujeres, 83-84
influencia del unitarismo, 54-56
manifestaciones fundacionales sobre la naturaleza de la sociedad y las reglas del método sociológico, 53
metodología de, 70-74
punto de vista de género, 82-84
sobre el cambio social, 86-87
sobre la dominación, 74-77
sobre la moral y las costumbres, 65-67
sobre la validez epistemológica del conocimiento sociológico, 68-70
sobre las diferencias entre las mujeres, 85
sobres las costumbres y la moral, 78-80
teoría social general de, 62-77
valentía de la convicción, 59
y Durkheim, 81-82

y el canon de la sociología, 77-81

y la tradición de la sociología feminista, 82-86

Martineau, James, 65

Marx, Karl, 20, 22, 77, 79, 81, 83, 206, 209, 219, 221, 226, 351, 403, 420, 495, 516, 536

Marxismo, 420

Masaryk, Alice, 20

Matrimonio, 84-85, 356-361, 368

Matriz de privilegio y opresión, 304

McCarthy, Doyle, 46, 538

McDonald, Lynne, 19

McDowell, Calvin, 269

McKinley, William, 272

Mead, George Herbert, 21, 29, 30, 134-135, 150, 151, 152, 219, 222, 299, 534

Merriam, Charles E., 478

Merton, Robert, 45

Métodos de investigación feministas, 441

Michels, Robert, 346

Mies, Maria, 48, 157, 441

Miller, Nancy, 122

Mills, C. Wright, 141

Mills, J. S., 57, 79

Minh-ha, Trinh T., 536

Minnich, Elizabeth K., 36, 43

Misra, Joya, 43
Mitchell, S. Weir, 195
Mitzman, Arthur, 343, 345
Moral
    objetivaciones representativas de la, 70-73
    relación entre costumbres y, 66-67, 78-80
    y dominación, 74, 75-76
Morgan, J. Graham, 42, 43
Morrison, Toni, 536
Moss, Thomas, 269, 273, 286
Motivación, 417-418
Movilización por el sufragio, 508
Movilización, 434
Movimiento abolicionista, 86
Movimiento anti-Guerra de Vietnam, 44
Movimiento cooperativo, 454-455, 489, 490, 501, 503, 509
Movimiento de las Ciencias Sociales, 129-130
Movimiento de las tiendas cooperativas, 503, 518, 520
Movimiento de los centros sociales,
    afroamericanos, 31
    La Hull-House en el, 22, 30, 124-130, 401, 407, 408, 443
Movimiento de los clubs de mujeres, 201-202
Movimiento de los derechos civiles de los afroamericanos, 44
Movimiento de reforma social, 129-130
Movimiento del centro social afroamericano, 31

Movimiento erótico, 352

Movimiento evangelista social, 132, 135

Movimiento por los derechos civiles, 44

Movimiento progresista liberal, 44

Muerte, experiencia universal de la, 72

Muggeridge, Kitty, 483, 491

Mujer blanca, ceguera ante las súplicas de las mujeres negras pobres, 305-307

Mujeres

- ceguera de las blancas, ante las súplicas de las mujeres negras pobres, 305-307
- como sociólogas, 21-31
- condición política de, 82-83
- confianza de las, 127-129
- congreso de, 127-129
- diferencias entre (among, en el original), 85, 364-366
- diferencias entre (between, en el original), 305-307
- dominación de las, 74, 209-210
- en la historia de la sociología y de la teoría social, 19-49
- igualdad de las, 63
- importancia de, 441-443
- logro de la autoridad, como problema de, 32-46
- sufragio de las, 133
- trabajo de, 83-84

Muller contra Oregon, 437

Muncy, Robyn, 121, 127, 401, 402, 416, 417, 418, 438, 443

Murphy-Geiss, Gail, 135

Murray, Gilbert, 178

National Afro-American Council, 266

National American Woman Suffrage Association (NAWSA), 126, 409, 442

National Association for the Advancement of Colored People (NAACP), 29, 31, 127, 266, 272, 409

National Association of Colored Men, 266

National Association of Colored Women's Clubs, 266

National Child Labor Committee, 126, 409, 416

National Conference of Social Work, 409

National Congress of Charities and Corrections, 126, 409, 439

National Consumers' League, 30, 127

National Federation of Afro-American Women, 277

National Federation of Colored Women's Clubs, 31

National Federation of Settlements, 409

National Women's Trade Union League, 127

Necesarianismo, 63

Negro Business League, 266

Negro Fellowship League, 272

Negro Press Association, 271

New England Quarterly, 408

New York City Age, 270

Niebrugge-Brantley, Jill, 19, 36

Nightingale, Florence, 20

Nord, Deborah Epstein, 483, 487, 492
North Carolina Teachers' Association, 276

Oakes, Guy, 363, 368
Oberlin College, 275-276
Oberschall, Anthony, 42
Objetividad, científica, 284-285
Observación
    participante, 429
    personal, 489, 498
Observación participante, 429
Observación personal, 489, 498
Ogburn, William, 45
Olsen, Tillie, 36, 533
Olson, Harry, 478
Opinión pública, sumisión a la, 76
Opresión
    matriz de privilegio y, 304
    punto de vista de la, 284-288
Otley, 99
Otredad, práctica ideológica de usar la diferencia para crear, 291-293
Otto, Rose, 385
Owen, Robert, 503, 509, 516, 519, 523

Palmer, Alice Freeman, 404
Pareto, Vilfredo, 45, 150

Park, Robert E., 21, 29, 40, 45, 150, 219, 439

Parsons, Elsie Clews, 20

Parsons, Talcott, 45, 132, 220, 300, 439, 535

Patriarcado capitalista, 223, 225, 352, 381

Patriarcado, 38-39

capitalista, 223-225

y marginación, 225

y matrimonio, 351, 354-356, 357-359

Patterson, Mary Jane, 275

Penn, J. Garland, 271

Penn, Quaker W., 376

Pensamiento psicoanalítico freudiano, 199, 353

People's Grocery Company, 269

Personal Recollections of the Grimké Family and the Life and Writings of Charlotte Forten Grimké, 279

Personificación, 141-142

Perversión de la sociabilidad, 210

Pichanick, Valerie Kossew, 53, 62

Platt, Jennifer, 20

Pobreza, debate sobre, 86, 493

Política de género, 33, 36-38

Política del conocimiento, 39-45

Potter, Richard, 485, 487

Potter, Sarah Adeline, 402

Pragmatismo filosófico, 132

Pragmatismo, filosófico, 132

Priestley, Joseph, 63

Primera-ola feminista, 14

Privado, crítica de lo público frente a lo, 434-435

Privilegio, matriz de opresión y, 304

«Problems of Municipal Administration» (Addams), 174-177

Proceedings of the National Conference of Charities and Corrections, 408

Progresismo, 129, 201, 420

Progreso, 62-63, 86

«Psychological and Environmental Study of Women Criminals» (Kellor), 456-459

Público, crítica de lo privado frente a lo, 434-435

Pullman, George, 146

Punto de vista de la opresión, 284-288

Punto de vista, de género, 82-83, 154

Puntos de vista, múltiples, 139-140, 156

Qué significación, (entonces, ¿qué test?), 540

Rauschenbusch, Walter, 135

Reciprocidad del reconocimiento, 156-157

Recursos materiales y dominación, 294

Reflections on Women and Women's Issues (Weber), 372-397

Reforma a través del gobierno, 436-437

Reforma progresista, 22

Regulación estatal inteligente, 504
Reinharz, Shulamit, 19, 20, 48, 157, 441
Relaciones sexo-económicas, 208-213
Relaciones sociales, aspectos de las, 202-206
Relato sociológico, 139
Richard, Ellen H., 404
Richards, Dell, 128
Richards, I. A., 38
Rickert, Heinrich, Jr., 344
Riqueza, búsqueda de la, 75-77, 86
Robinson, Virginia, 127
Roby, Pamela, 49
Rollins, Judith, 22
Roosevelt, Franklin, 44
Roosevelt, Theodore, 37, 130
Rosenberg, Rosalind, 19, 40, 128, 401, 404, 408
Rosenberg-Smith, Carroll, 129
Ross, E. A., 29, 39, 40-42
Roth, Guther, 339, 343, 348

Saint-Simon, Henri, 64
Saunders, 99
Scharnhorst, Gary, 189
Schnitge, Anna, 340
Schnitger, Eduard, 340

Schutz, Alfred, 33, 151

Scott, Joan Firor, 121, 128, 202, 419, 421

Segunda-ola feminista, 44

Servicio doméstico, dominación en el, 85

Sexualidad, 360-361

Shaw, Anna, 277, 281, 322

Shaw, George Bernard, 197, 496

Significación, pérdida de, 353

Silva, Edward T., 40

Simmel, Georg, 21, 150, 219, 299, 346, 349, 353, 356, 367, 370, 372, 389

Simmel, Gertrud, 20, 29, 37, 45, 151, 153, 222, 346, 363, 368, 372

Simon de Cyrene, 275

Situación entre manos

análisis de la, como narrativa de los múltiples puntos de vista, 139-140, 156

e interacción entre la diferencia y el poder, 289-290

Situación por descubrir, 138

Sklar, Kathryn Kish, 20, 37, 42, 193, 402, 408, 421, 439

Skocpol, Theda, 202

Slaughter, Sheila A., 40

Slavery and the French Revolutionists, 279

Small, Albion, 29, 30, 40, 45, 134, 415

Smith, Adam, 64

Smith, Dorothy, 19, 21, 32, 38, 43, 81, 123, 129, 152, 531, 532, 538

Smith, Henry, 287, 307, 314-315

Smith, Mark C., 39, 43
Smith, Mary Rozet, 128
Sociabilidad estética, 143
Sociabilidad, deseo de, 143-144
Sociabilidad, perversión de la, 210-212
Socialismo fabiano, 484, 490, 492, 495-496
Society in America (Martineau), 99-114
Sociología
    académica, 38-45
    aplicada, 150-151
    definición de, 41
    dolor humano que se produce socialmente, 428-433
    empírica, 494-495, 505-506
    extramuros, 536
    feminista negra, 265-335
    interpretativa, 301-302
    métodos de la, 428-433
    mujeres en la historia de la, 19-49
Sociología feminista, 10, 48, 70, 82-85, 126, 151, 154, 233
    crítica, 533
    puntos en común de la, 304
    tradición de la, 370-371
Sociología feminista negra,
    contribución distintiva de la, 303-306
    fundamentos de la, 263-336

Sociólogos,
    como educadores públicos, 87
    rol social de, 39
    trabajo de, 136-139
Sombart, Werner, 346
Some Ethical Gains through Legislation (Kelley), 460-463
Southern Horrors, 269, 270
Spencer, Anna Garlin, 20, 127
Spencer, Herbert, 21, 30, 45, 77-78, 80, 83, 134, 200, 219, 284, 485, 493, 501
St. Augustine Normal School and Collegiate Institute, 274, 275
Stacey, Judith, 538
Stanley, Hannah, 273
Stanton, Elizabeth Cady, 197
Starr, Ellen Gates, 124-125, 128, 403, 416
Stetson, Charles Walter, 193-195, 196, 200
Stetson, Katharine, 191, 196
Stevens, Alzina P., 414
Stinchcombe, Arthur, 43, 538
Stowe, Harriet Beecher, 192
Stuart, Henry, 269
Subordinación forzada, 358
Sufragio para las mujeres, 133
Sufrimiento,
    causas estructurales del, 426-427
    colectivo, 424

individual, 424-425

problemática crítica del ser humano, 203-204

Survey, 408

Sydie, Rosalind, 534

Taft, Jessie, 20, 127

Taine, Hippolyte, 287

Talbot, Emily, 404, 422, 430

Talbot, Israel Tisdale, 404

Talbot, Marion, 20, 30, 46, 127, 128, 401, 404, 405, 408, 413, 415, 417, 419, 418, 422, 429, 430, 434-436, 539

extractos de *The Education of the Women*, 467-471

Tareas del hogar, 277, 360, 361

Taylor, Graham, 415

Teoría analítica del conflicto, 505-507

Teoría del conflicto, 283

marxista, 78, 301

no-marxista, 29, 283

Teoría social evolutiva, 200

Teoría social, 20

Teoría, 20

abstracta frente a fundamentada, 78-79, 83

Teorías de las mujeres, significación de las, 531-540

Terrell, Mary Church, 280, 283

«The Chicago Employment Agency and the Immigrant Worker» (Abbott), 463-466

«The Cook County Charities» (Lathrop), 424-425, 444-447

The Co-operative Movement in Great Britain (Webb), 515-523

«The Dock Life of East London» (Webb), 497, 510-515

The Education of Women (Talbot), 467-472

The Long Road of Women's Memory (Addams), 177-185

The Man-Made World, or Our Androcentric Culture (Gilman), 254-257

The Reason Why the Colored American Is Not in the World's Columbian Exposition (1893), 271

«The Settlement as a Factor in the Labor Movement» (Addams), 159-166

The voice of Anna Julia Cooper, 273

Thomas, W. I., 29, 42, 45, 134, 151

Thompson, Maurice, 296

Thompson, William Hale, 478

Thorne, Barrie, 538

Tijssen, Lietake van Vucht, 339, 352

Tipificación, 33

Tocqueville, Alexis de, 78

Toma de decisiones democrática, 497, 502

Townes, Emilie, 267, 272

Toynbee Hall, 124

Trabajo doméstico, 30, 138, 155, 205, 209, 223, 226, 232, 360, 371, 372, 377, 381-289, 464

Trabajo inductivo, 499

Truth, Sojourner, 280

Tubman, Harriet, 277, 280

Turner, Stephen P., 45

Twist, Oliver, 274

«Two Weeks in Department Stores» (MacLean), 448-452

Unitarismo, 63

Universidad de Chicago, 401, 405, 415-416

School of Social Service Administration, 30

Universidad de Wilberforce, 276

Universidad Frelinghuysen, 279

Universidad Lincoln, 297

Vagones de ferrocarriles segregados, 269-270

Validez epistemológica del conocimiento sociológico, 68

Vance, Myrtle, 314

Veblen, Thorstein, 42

Wade, Louise C., 402, 416

Wald, Lillian, 20, 37, 416-417

Ward, Lester, 29, 197, 200, 220

Washington Colored High School, 276

Washington, Booker T., 272, 278, 280

Washington, Mary Helen, 32, 273

Webb, Beatrice Potter, 19, 30, 36, 45, 46, 47, 55, 59, 197, 300, 407, 422, 439, 483-528, 539

antecedentes biográficos, 483-492

extractos de

«Introduction to the "Awakening of Women"», 523-528

«The Dock Life of East London», 510-515
The Co-operative Movement in Great Britain, 515-523
teoría social general, 492-504
y el canon de la sociología, 505-507
y la tradición de la sociología feminista, 508-510
Webb, Robert K., 53
Webb, Sidney, 197, 407, 422, 483, 484, 487, 490, 491, 495, 504
Weber, Alfred, 346
Weber, Helene, 342, 344, 347, 350
Weber, Karl, 340, 341, 346
Weber, Marianne, 19, 29, 32, 37, 45, 47, 153, 300, 303, 339-397, 535, 539
antecedentes biográficos, 339-349
Reflections on Women and Women's Issues, 372-397
teoría social general, 349-366
y el canon de la sociología, 367-370
y la tradición de la sociología feminista, 370-371
Weber, Max, 21, 22, 29, 45, 150, 152, 219, 221, 300, 339, 340, 341, 343, 347, 348, 349, 353, 354, 356, 367, 368, 370, 372, 535, 540
Wells, Elizabeth Warrenton, 267
Wells, Jim, 267
Wells-Barnett, Ida B., 19, 29, 31, 32, 45, 46, 75, 534, 539, 540
antecedentes biográficos, 265-273
diferencias entre Anna Julia Cooper y, 305-307
extractos de *A Red Record*, 307-320

sobre el funcionalismo, 300-301
sobre la teoría marxista del conflicto, 301
sociología feminista, y la tradición de, 302-305
teoría social general, 280-299
y el canon de la sociología, 299-300
Welter, Barbara, 48, 193
West, Mary Mills, 438
Westcott, Mary Fitch, 192
Willard, Frances, 305, 404
Williams, Fannie Barrier, 277, 280, 282
Wilner, Patricia, 40, 45, 537
Wilson, Woodrow, 272, 295
Wirth, Louis, 41, 42
Wischnewetzky, Lazare, 403
Wollstonecraft, Mary, 63
Woman's Era, 266
Woman's Peace Party, 131
Women and Economics (Gilman), 228-244
Women's Christian Temperance Union (WCTU), 305
Women's International League for Peace and Freedom, 132
Women's Peace Party, 127
Women's Trade Union League, 442
Woolley, Celia Parker, 406
Wright, Caroll, 421-422

Yates, Gayle Graham, 53
Yeats, William Butler, 39

Zetkin, Clara, 351
Zeublin, Charles, 134
Zietz, Luise, 351
Zohn, Harry, 339